

TESIS DOCTORAL



**La diplomacia británica y el primer franquismo.  
Las relaciones hispano-británicas durante la  
Segunda Guerra Mundial**

Miguel Fernández-Longoria Muñoz-Seca

Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad Nacional de  
Educación a Distancia (UNED).

Licenciado en Administración y Dirección de Empresas por la  
Universidad Pontificia de Comillas.

Departamento de Historia Contemporánea

Facultad de Geografía e Historia

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

2007



Departamento de Historia Contemporánea

Facultad de Geografía e Historia

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

**La diplomacia británica y el primer franquismo.  
Las relaciones hispano-británicas durante la  
Segunda Guerra Mundial**

Miguel Fernández-Longoria Muñoz-Seca

Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad Nacional de  
Educación a Distancia (UNED).

Licenciado en Administración y Dirección de Empresas por la  
Universidad Pontificia de Comillas.

Director de Tesis: Juan Avilés Farré



## *Sagittarius*<sup>1</sup>

The other side the Pyrenees  
Where leagued with all our enemies  
Franco exterminates at ease  
The 'Red' Republicans  
His Fascist regime we support  
For General Franco is a sport  
A caballero, or for short  
A Spanish gentleman.

True, Spain was to the Axis sold  
There Nazi murder planes patrolled  
And there, the world need not be told  
Italians also ran,  
But though some Spaniards wish us ill  
We cultivate New Spain's goodwill  
The Generalissimo is still  
A Spanish gentleman.

The swastika above Tangier  
Just hoisted with a Spanish cheer  
Does not officially appear  
An anti-British plan  
Though when we ask what it may mean  
(Arriving later on the scene)  
The answer is a Tangerine  
From the Spanish gentleman.

We do not care to make a fuss  
With someone who is 'one of us'  
So fresh assistance we discuss  
and joint proposals scan  
But while some circles still acclaim  
That hoary diplomatic game  
Most Britons have another name  
For the Spanish gentleman.

---

<sup>1</sup> Poema manuscrito de Miss Chidley (Board of Trade), 22 March 1941, BT 11/1517.



## Agradecimientos

Este trabajo comenzó su andadura en 2001. Desde entonces, he recibido la ayuda de muchas personas, a las que quisiera mostrar mi gratitud por el apoyo incondicional que me han prestado.

A Gloria, podría agradecerle todas las pacientes lecturas que ha realizado de mis borradores durante todos estos años o las tediosas búsquedas de noticias relacionadas con la España de 1936 en la Hemeroteca británica. Lo que realmente tengo que reconocer es que ella ha sido la principal impulsora de mi tesis, sin su apoyo y su paciencia no habría podido llevar a buen término este estudio ni comenzar la carrera de Historia.

A mi hijos Lucía, Miguel y Casilda, nacidos a lo largo del desarrollo de esta Tesis Doctoral. Su alegría ha sido un continuo estímulo para mi trabajo.

A mi abuelo, el Teniente General Francisco Fernández- Longoria que no ha podido ver terminado este trabajo. Agradecerle su ejemplo y haber encendido mi interés por la Segunda Guerra Mundial.

A toda mi familia y amigos, por su cariño, su comprensión y su paciencia con mi dedicación al doctorado.

A Juan Avilés, que ha marcado la dirección de esta investigación. Su dedicación y sus consejos han sido fundamentales para la concepción y desarrollo de mi trabajo.

A la profesora Ángeles Egido, por sus comentarios tras la lectura de mis primeras redacciones.

A don Rufino, cuyas clases en el colegio del Pilar despertaron mi vocación como historiador.

A Javier Ceballos y Elena Moreno por compartir conmigo sus experiencias en el mundo de la investigación.

Mi agradecimiento también a todas las personas que han facilitado mi labor investigadora en los Archivos que he consultado, ayudándome a buscar la documentación o los libros que necesitaba en cada momento.





# Índice

## INTRODUCCIÓN..... 1

## CAPÍTULO I. ESPAÑA Y GRAN BRETAÑA ANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL ..... 11

1. GRAN BRETAÑA DURANTE LA DÉCADA DE 1930 ..... 11
  - a) *Evolución de la situación política y económica*..... 11
  - b) *La política exterior británica* ..... 15
2. ESPAÑA TRAS LA GUERRA CIVIL ..... 21
  - a) *Evolución de la situación política y económica*..... 21
  - b) *La política exterior franquista* ..... 28
3. FACTORES CONDICIONANTES EN LAS RELACIONES BILATERALES ..... 33
  - a) *Los factores tradicionales: estratégicos y económicos*..... 34
  - b) *Nuevos factores: ideológicos y bélicos* ..... 39

## CAPÍTULO II. ANTECEDENTES: LAS RELACIONES ENTRE INSURGENTES Y BRITÁNICOS DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA ..... 41

1. EL ESTALLIDO DE LA GUERRA CIVIL ..... 41
  - a) *La insurrección militar y la definición de la postura británica*..... 42
  - b) *La influencia del contexto internacional* ..... 50
  - c) *Las relaciones bilaterales bajo el supuesto de guerra breve*..... 54
2. LA NORMALIZACIÓN DE LAS RELACIONES BILATERALES ENTRE BRITÁNICOS E INSURGENTES ..... 56
  - a) *Reajuste de la política británica tras el fracaso de la toma de Madrid* ..... 56
  - b) *Crisis en las relaciones bilaterales*..... 60
  - c) *El intercambio de agentes diplomáticos* ..... 64
  - d) *El incremento de la tensión internacional por la guerra en España*..... 68
3. EL CAMINO HACIA LA VICTORIA FRANQUISTA ..... 73
  - a) *Haciendo tiempo para la derrota republicana* ..... 73
  - b) *La crisis de los Sudetes y sus repercusiones*..... 79
  - c) *El reconocimiento de Franco y el final de la guerra* ..... 81
4. LA SITUACIÓN AL FINAL DE LA CONTIENDA ..... 84

**CAPÍTULO III. EL ESTABLECIMIENTO DE RELACIONES  
DIPLOMÁTICAS (ABRIL 1939 – SEPTIEMBRE 1939)..... 88**

1. EL AUMENTO DE LA TENSIÓN INTERNACIONAL EN EUROPA ..... 88
2. LAS ESPERANZAS BRITÁNICAS RESPECTO A ESPAÑA ..... 90
3. LAS AMBICIONES EXPANSIONISTAS ESPAÑOLAS ..... 95
4. LAS PRIMERAS IMPRESIONES DE LOS DIPLOMÁTICOS BRITÁNICOS ..... 102

**CAPÍTULO IV. EL ESTALLIDO DE LA GUERRA EN EUROPA  
(SEPTIEMBRE 1939 – ABRIL 1940) ..... 112**

1. EL NUEVO ESCENARIO INTERNACIONAL Y LA NEUTRALIDAD “FORZADA”  
ESPAÑOLA ..... 112
2. EL DIFÍCIL ENTENDIMIENTO HISPANO-BRITÁNICO ..... 116
3. LA APUESTA BRITÁNICA POR EL APACIGUAMIENTO ECONÓMICO ..... 120
  - a) *Objetivos y límites de ambas partes en las negociaciones comerciales*.... 121
  - b) *La búsqueda de un entendimiento*..... 125
  - c) *La firma del Acuerdo de Comercio y Pagos* ..... 130
  - d) *Valoración del Acuerdo* ..... 133
4. EL ESPEJISMO DE UNA MEJORA EN LAS RELACIONES BILATERALES ..... 136
5. EL ASCENSO FALANGISTA EN ESPAÑA ..... 140
  - a) *La Ley de Represión política y la depuración de elementos hostiles* ..... 140
  - b) *La nueva legislación económica* ..... 145
  - c) *El acoso a las compañías británicas. El ejemplo de Río Tinto*..... 151
6. LA PROBLEMÁTICA SITUACIÓN INTERNA ESPAÑOLA..... 157
  - a) *El impacto de la Segunda Guerra Mundial* ..... 157
  - b) *La lucha política soterrada en el seno del régimen franquista* ..... 158
7. LA FALSA CRISIS DE COMIENZOS DE 1940 ..... 161

**CAPÍTULO V. EL ESPLENDOR FALANGISTA Y LA TENTACIÓN  
IMPERIALISTA ESPAÑOLA (MAYO 1940 – DICIEMBRE 1940) ..... 171**

1. LA CAÍDA DE FRANCIA ..... 171
2. LA REACCIÓN BRITÁNICA AL NUEVO CONTEXTO BÉLICO..... 174
  - a) *Relevo de embajador en España*..... 175
  - b) *La definición de una política hacia la España franquista*..... 180
  - c) *El frustrado acercamiento económico hispano-británico*..... 187
  - d) *La oposición interna a la nueva política británica*..... 193
3. LA PERCEPCIÓN BRITÁNICA DE LA REALIDAD ECONÓMICA ESPAÑOLA..... 195
  - a) *La situación de la industria*..... 197

<i>b) La situación de la agricultura.....</i>	201
<i>c) La situación del transporte.....</i>	203
<i>d) Las necesidades financieras españolas.....</i>	205
4. EL REAJUSTE DE LA POLÍTICA INTERIOR ESPAÑOLA.....	209
5. LAS TENTACIONES INTERVENCIONISTAS ESPAÑOLAS.....	215
<i>a) La caída de Beigbeder.....</i>	218
<i>b) La entrevista entre Franco y Hitler en Hendaya.....</i>	226
6. LAS SUSPICACIAS BRITÁNICAS.....	231
7. LA CRISIS DE TÁNGER.....	238

**CAPÍTULO VI. LAS VICTORIAS DEL EJE Y LA BELIGERANCIA MORAL ESPAÑOLA (ENERO 1941 – NOVIEMBRE 1941)..... 246**

1. LA PRESIÓN ALEMANA SOBRE ESPAÑA.....	246
2. LOS LÍMITES DE LA POLÍTICA BRITÁNICA DE APACIGUAMIENTO ECONÓMICO.....	249
3. EL IMPACTO DE LAS VICTORIAS DEL EJE EN LOS BALCANES Y ÁFRICA.....	256
4. LA REACCIÓN DE LOS MILITARES AL PREDOMINIO FALANGISTA.....	259
<i>a) El aumento de la tensión interna.....</i>	260
<i>b) La crisis ministerial de mayo de 1941.....</i>	264
<i>c) España vuelve a considerar la intervención.....</i>	269
5. LA INVASIÓN ALEMANA DE RUSIA Y SUS REPERCUSIONES EN LAS RELACIONES BILATERALES.....	271
6. EL APOYO TÁCITO BRITÁNICO A LAS CONSPIRACIONES DE LOS MILITARES....	280
7. LA INACCIÓN DE LOS GENERALES ESPAÑOLES.....	286

**CAPÍTULO VII. LA GLOBALIZACIÓN DE LA GUERRA Y LA AMBIGÜEDAD ESPAÑOLA (DICIEMBRE 1941 – SEPTIEMBRE 1942) . 295**

1. LA AMBIGUA POSTURA ESPAÑOLA.....	295
2. LA PRESIÓN ECONÓMICA ALIADA A LA ESPAÑA FRANQUISTA.....	298
3. EL PAPEL BRITÁNICO EN LAS CONSPIRACIONES MONÁRQUICAS.....	306
<i>a) La percepción británica del movimiento monárquico.....</i>	306
<i>b) La intervención personal de Hoare.....</i>	314
4. LA ININTERRUMPIDA CRISIS INTERNA ESPAÑOLA.....	320
<i>a) El declive político de Serrano Suñer.....</i>	320
<i>b) La consolidación del poder de Franco.....</i>	327
<i>c) El incidente de Begoña: la crisis política de septiembre de 1942.....</i>	331
<i>d) Consecuencias de la crisis.....</i>	336

**CAPÍTULO VIII. EL REAJUSTE DE LA POLÍTICA EXTERIOR  
ESPAÑOLA (OCTUBRE 1942 – JULIO 1943)..... 341**

1. LA OPERACIÓN *TORCH*..... 341
2. LAS RENOVADAS ESPERANZAS MONÁRQUICAS ..... 350
3. EL LENTO CAMINO ESPAÑOL HACIA LA NEUTRALIDAD ..... 355
  - a) *Las primeras señales de cambio* ..... 355
  - b) *La reacción británica al cambio de postura español* ..... 360
  - c) *El comienzo de la guerra del volframio* ..... 366
4. LA FLUIDA SITUACIÓN INTERNA EN ESPAÑA..... 371
  - a) *Los esfuerzos de Franco para asegurar su posición* ..... 375
  - b) *La ofensiva de los monárquicos*..... 377

**CAPÍTULO IX. EL OCASO DEL EJE Y LA PRESIÓN ALIADA SOBRE  
ESPAÑA (AGOSTO 1943 – AGOSTO 1944) ..... 387**

1. LA CAÍDA DE MUSSOLINI ..... 387
2. EL AUMENTO DE LA PRESIÓN ALIADA A ESPAÑA ..... 394
  - a) *El endurecimiento de la postura aliada*..... 399
  - b) *El embargo estadounidense de petróleo* ..... 405
  - c) *Churchill sale al rescate del régimen franquista*..... 413
  - d) *Los intercambios comerciales bajo la influencia de la guerra económica*420
3. EL ACERCAMIENTO ESPAÑOL A LOS ALIADOS ..... 424
4. LA PRESIÓN DE LOS MONÁRQUICOS ..... 433

**CAPÍTULO X. LA VICTORIA ALIADA (SEPTIEMBRE 1944 – AGOSTO  
1945)..... 445**

1. EL PAULATINO ENFRIAMIENTO DE LAS RELACIONES BILATERALES ..... 445
  - a) *Franco apela a Churchill y es rechazado*..... 447
  - b) *Distanciamiento británico y acercamiento español a los Estados Unidos* 457
2. LA DIFÍCIL SUPERVIVENCIA DEL NUEVO RÉGIMEN..... 466
  - a) *La invasión de las guerrillas comunistas*..... 467
  - b) *El general Aranda apela a Churchill*..... 469
  - c) *Los inútiles esfuerzos monárquicos*..... 472
  - d) *El vano sueño republicano*..... 479
  - e) *La reacción de Franco: represión interior y nueva imagen en el exterior* 482
3. EL OSTRACISMO INTERNACIONAL DEL RÉGIMEN FRANQUISTA ..... 487

<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>495</b>
---------------------------	------------

<b>FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>523</b>
------------------------------------	------------

1. FUENTES DOCUMENTALES ARCHIVÍSTICAS .....	523
2. FUENTES DOCUMENTALES IMPRESAS .....	524
3. PUBLICACIONES PERIÓDICAS.....	524
4. MEMORIAS Y TESTIMONIOS.....	524
5. BIBLIOGRAFÍA: LIBROS.....	525
6. BIBLIOGRAFÍA: ARTÍCULOS .....	533

## **Lista de tablas**

INTRODUCCIÓN: -

CAPÍTULO I:

Tabla 1. Empresas extranjeras en España

Tabla 2. Empresas británicas en España

CAPÍTULO II: -

CAPÍTULO III: -

CAPÍTULO IV:

Tabla 3. Valor de los intercambios comerciales entre Reino Unido y España durante la Guerra Civil

CAPÍTULO V:

Tabla 4. Importaciones españolas de origen británico 1939 - 1941

Tabla 5. Exportaciones españolas a Gran Bretaña 1939 - 1941

CAPÍTULO VI:

CAPÍTULO VII:

CAPÍTULO VIII:

CAPÍTULO IX:

Tabla 6. Importaciones españolas de origen británico 1942 - 1945

Tabla 7. Exportaciones españolas a Gran Bretaña 1942 - 1945

CAPÍTULO X: -

CONCLUSIONES: -

## Introducción

El propósito del trabajo es realizar un examen minucioso de las relaciones bilaterales hispano-británicas durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). De acuerdo con este marco temático y temporal, se analizan los antecedentes de las relaciones anglo-insurgentes durante la Guerra Civil, la estrategia británica hacia España, la influencia de las condiciones bélicas en su proceso de formulación y su desarrollo a lo largo del tiempo, y los resultados de su ejecución práctica sobre el devenir de las relaciones bilaterales. De igual modo, el estudio aborda la actuación exterior del régimen franquista respecto a Gran Bretaña, condicionada por la situación económica del país y su alineamiento ideológico con las potencias del Eje. De este modo, se establece el entorno y la evolución de las relaciones bilaterales durante el periodo, procurando cubrir todos los aspectos posibles, con la intención de ofrecer un enfoque global del tema y no una mera descripción de las relaciones diplomáticas entre los gobiernos de ambos países.

Nuestro trabajo se encuadra dentro de los postulados establecidos por la disciplina de las Relaciones Internacionales, entendiendo éstas como las interacciones políticas, económicas y militares de las unidades que componen el sistema internacional, fundamentalmente Estados, pero también organizaciones internacionales o no gubernamentales<sup>2</sup>. Se trata de un campo altamente interdisciplinario que involucra a varias áreas de estudio, tales como la ciencia política, la economía, la historia diplomática o el derecho internacional, entre otras. Recientemente, se han incorporado nuevos temas a la disciplina, tales como el medio ambiente, la biología y la informática.

Uno de los ejes principales del análisis de las Relaciones Internacionales es el examen de la política exterior de los Estados objeto del estudio. En este sentido, es especialmente relevante la consideración que hacemos de la política exterior de un Estado como una variable que no se puede explicar sin tener en cuenta la estructura social y la organización política de ese mismo Estado. De este modo, se considera que la política exterior no es sino el conjunto de una serie de decisiones tomadas por un grupo de personas, las cuales se procesan a través de una maquinaria completamente identificable dentro del Estado. Esto significa que para entender la política exterior, habría que interesarse tanto por la propia sustancia de

---

<sup>2</sup> Para estudiar los distintos enfoques teóricos de las Relaciones Internacionales se puede consultar la obra de JACKSON, Robert y SORENSEN, Georg (1999): *Introduction to International Relations*, Oxford, Oxford University Press.

esa política, como por su elaboración (el proceso de toma de decisiones)<sup>3</sup>. El presente trabajo sigue dicha línea de investigación, por lo que las relaciones bilaterales hispano-británicas han sido examinadas atendiendo a los condicionantes internos de cada Estado y a los distintos actores que intervienen en el proceso de formulación y ejecución de la política exterior.

En dichos procesos intervienen una multiplicidad de actores, los cuales no se concentran en un solo tema estratégico, sino que están pendientes de diversos problemas internacionales y actúan según distintos criterios y objetivos, tanto en el ámbito organizativo como personal. Además, dichos actores están sometidos a las limitaciones propias de la operativa del proceso cognitivo, por lo que es relevante conocer la percepción de la información sobre los acontecimientos internacionales que es usada en el proceso de toma de decisiones, ya que el mundo de lo “subjetivo” influye de manera diferente a los distintos actores. Esto nos ha llevado a determinar si la visión que tenían los representantes diplomáticos británicos de los acontecimientos políticos españoles y de la situación interna del país estaba alineada con la realidad de los hechos. Como sabemos, la percepción del *Foreign Office* de los acontecimientos políticos en España y su entendimiento de la situación interna, tanto en el plano político como en el económico, es relevante porque de ella derivó en gran parte la posición mantenida por Gran Bretaña respecto a nuestro país durante la Segunda Guerra Mundial.

Las relaciones bilaterales entre Gran Bretaña y España fueron cruciales para ambos países durante el periodo que hemos considerado en este trabajo. La posición española respecto a la Guerra Mundial fue de suma importancia estratégica para el gobierno británico, especialmente a partir de 1940, cuando tuvo que hacer frente en solitario a la embestida de las fuerzas alemanas. Dado el alineamiento diplomático y la cercanía ideológica del régimen de Franco con las potencias del Eje, se temía que España pudiese entrar en el conflicto bélico en el lado de Alemania para materializar sus reivindicaciones territoriales. La enemistad española podía suponer grandes problemas para las líneas de comunicación intercontinentales de Gran Bretaña con su imperio y con el resto del mundo. La pérdida del control del Estrecho y de la base de Gibraltar hubiese tenido un gran impacto en la posición británica en el Mediterráneo. Las comunicaciones con Egipto y el canal de Suez se hubieran cortado, aliviando la presión a la que estaban sometidas las fuerzas

---

<sup>3</sup> Estos postulados están recogidos en CLARKE, Michael y WHITE, Brian (1989): *Understanding Foreign Policy. The Foreign Policy Systems Approach*, Aldershot, Edward Elgar Publishing; y DEUTSCH, Kart W. (1988): *The analysis of international relations*, Nueva York, Prentice Hall.



italianas. En palabras del primer ministro Winston Churchill, “España era la clave de todas las empresas británicas en el Mediterráneo”<sup>4</sup>.

Además, desde las costas españolas se podía atacar fácilmente las vías marítimas de abastecimiento británicas, poniendo en difícil situación a un país que dependía de la importación de materias primas del extranjero. La disponibilidad de bases en territorio español, y posiblemente portugués, hubiese ampliado el radio de acción de los submarinos hasta las costas norteamericanas. El alcance de las fuerzas aéreas del Eje también aumentaría considerablemente para las operaciones de reconocimiento y de ataque al tráfico marítimo. La intervención española también abría la puerta al despliegue de fuerzas del Eje en África occidental, ofreciendo más posibilidad de dominar el océano Atlántico y de atacar América del Sur.

En este contexto, para el gobierno británico era necesario mantener buenas relaciones con España, de tal manera que se asegurase su neutralidad en cualquier conflicto bélico en el que se viera envuelto el continente europeo. Prueba de la importancia otorgada por los estrategas y gobernantes británicos a la postura exterior española, fue la creciente atención que dedicó el *Foreign Office* a los acontecimientos políticos en España durante el periodo de entreguerras, especialmente tras el advenimiento de la Segunda República. El principal temor de la diplomacia británica tras el cambio de régimen era que el nuevo gobierno no fuera capaz de controlar la situación socio-política y que pudiera ser desbordado por una situación revolucionaria. Las posibles repercusiones de la inestabilidad política española podían afectar gravemente a los intereses estratégicos y económicos de Gran Bretaña en una zona vital para la seguridad de su Imperio. La conflictiva evolución política del régimen republicano, con sus disturbios laborales, agrarios y anticlericales reforzó dicha opinión y causó una gran inquietud en Londres<sup>5</sup>.

Esta interpretación determinó la postura británica durante la Guerra Civil española. Ante el temor de que se produjera una revolución comunista en España, el gobierno británico mostró su preferencia por el triunfo de los sublevados, que garantizaba la seguridad de Gibraltar y de sus rutas marítimas, así como de sus intereses económicos en la zona. La postura oficial británica respecto al conflicto fue de “neutralidad benévola” hacia la insurrección, cuya finalidad era evitar cualquier ayuda directa o indirecta al gobierno republicano y cualquier perjuicio a

---

<sup>4</sup> CHURCHILL, Winston S. (2000): *The Second World War*, vol. 2: “Their finest hour”, Londres, The Folio Society, 2000, pág. 519.

<sup>5</sup> Para estudiar la cuestión de las relaciones bilaterales entre España y Gran Bretaña véanse las siguientes monografías: LITTLE, Douglas (1985): *Malevolent Neutrality. The United States, Great Britain, and the Origins of the Spanish Civil War*, Londres, Cornell University Press; y PERTIERRA, José Francisco (1984): *Las relaciones hispano-británicas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Fundación Juan March.

las fuerzas sublevadas<sup>6</sup>. El bando franquista, consciente de la favorable actitud británica, intentó mantenerla hasta el final de la contienda. Durante este periodo, el perfil de los contactos entre ambas partes fue menor, al no producirse el reconocimiento del gobierno de Franco por parte británica y el intercambio de embajadores hasta el final de la Guerra Civil.

Por parte española, el estallido de la Segunda Guerra Mundial supuso que Franco se encontrara con la disyuntiva de elegir entre la paz, para centrarse en la reconstrucción interna y en la consolidación del régimen, o la guerra para llevar a cabo la soñada expansión imperialista. En este sentido, existió lo que se ha denominado como “la tentación imperial”, por la que Franco en un determinado momento valoró intervenir en la guerra para conseguir la ampliación del Marruecos español y la incorporación de la Cataluña francesa a España. Precisamente, Gran Bretaña había sido tradicionalmente una barrera para los afanes expansionistas españoles, ostentando el dominio sobre Gibraltar, cuya devolución era una prioridad para España en materia exterior. Sin embargo, a pesar de existir una plena identificación con la causa alemana (tanto en la Falange como en los medios afectos al régimen) y una animadversión hacia el Reino Unido, el régimen de Franco se mantuvo al margen de la contienda. La neutralidad española era forzada por las circunstancias, con un país semidestruido y agotado por una cruenta guerra civil, lo que no impidió que se llevara a cabo ayuda encubierta al esfuerzo bélico del Eje. Como pronto detectó el *Foreign Office*, la actitud española era en realidad una “neutralidad hostil” hacia Gran Bretaña<sup>7</sup>. Las circunstancias internacionales unidas a la deriva fascista y nacionalista del Nuevo Estado, impidieron el reconocimiento de la postura británica que había favorecido claramente a los insurgentes durante la Guerra Civil. Desde los círculos gubernamentales españoles se acusó a Gran Bretaña de apoyar al bando republicano<sup>8</sup>.

Conviene indicar que el periodo que hemos considerado coincide en España con el momento de mayor imitación fascista, que ha permitido a diversos historiadores calificar al régimen de Franco como “semi-fascista”<sup>9</sup>. El comienzo del trabajo coincide con el final de la guerra civil y por ende con la implantación del régimen franquista en todo el territorio nacional. La victoria total lograda en abril de

---

<sup>6</sup> MORADIELLOS, Enrique (1990): *Neutralidad benévola*, Oviedo, Pentalfa, pág. 20.

<sup>7</sup> Esta era la descripción de la posición española realizada por Samuel Hoare a su llegada al país para hacerse cargo de la embajada británica. Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>8</sup> MORADIELLOS, E. (1990): págs. 22-23.

<sup>9</sup> El periodo considerado queda encuadrado en la etapa que ha sido denominada por Tusell como “la tentación fascista e imperial y las luchas internas” o como la fase “semi-fascista y potencialmente imperialista” definida por Payne y que se encuadra temporalmente entre 1939 y 1945. Véase PAYNE, S. (1987): *The Franco Regime*, Londres, Phoenix Press, pág. 622 y TUSELL, Javier (1996): *La dictadura de Franco*, Madrid, Altaya, pág. 252.

1939 permitió a Franco continuar con la labor de institucionalización de su régimen por la senda de la fascistización emprendida con anterioridad. Durante los tres primeros años de la guerra mundial, el franquismo iba a experimentar decididos avances hacia el fascismo al compás de las victorias militares de las potencias del Eje y bajo la dirección de Serrano Suñer. Esta evolución se manifestó en la patente ampliación del campo de influencia falangista hacia áreas que tradicionalmente habían estado en manos de otras fuerzas políticas o sociales y en la fuerte penetración falangista en la Administración. Sin embargo, la expansión falangista provocó la resistencia de aquellas fuerzas, como el Ejército y la Iglesia, que se sintieron amenazadas por la hegemonía del partido único. La resistencia interna y el declive militar del Eje hicieron que el régimen comenzara a abandonar la retórica fascista para hacerse más aceptable para las democracias occidentales.

En cuanto a los rasgos definitorios de este periodo, hay que destacar que la política en torno al conflicto europeo supuso un factor determinante en dicha etapa, pero no el único. Lo que caracterizó sobre todo a este periodo fue la división existente en el seno del régimen y las luchas internas que se desataron, circunstancias que no se volverían a repetir. La lucha enfrentó a los militares por un lado y a los falangistas por otro, materializándose estas rivalidades en una serie de crisis políticas, en 1940, 1941 y finalmente en 1942. Esta última crisis es relevante porque significó la derrota del proyecto político de Falange, materializada en el cese de Serrano Suñer como ministro de Asuntos Exteriores, y por ser el único momento en el que el enfrentamiento entre tendencias dentro del régimen desembocó en derramamiento de sangre (incidente de Begoña). La mejor prueba de la preponderancia del conflicto interno durante el periodo es el hecho de que todos los cambios ministeriales de las crisis mencionadas no se produjeron directamente por variaciones en el devenir de la contienda mundial, sino que fueron anteriores a ellos<sup>10</sup>.

En definitiva, uno de los principales caracteres de las relaciones bilaterales en este periodo fue la mutua desconfianza entre ambos países. Las causas de la preocupación del gobierno británico eran el alineamiento diplomático español al lado de las potencias del Eje, y las características del nuevo régimen que lo identificaban ideológicamente con Alemania e Italia. La propaganda pro-alemana desplegada por la prensa española unida al discurso fascista del Nuevo Estado reforzaba la desconfianza británica. La evolución de los acontecimientos bélicos durante los primeros años de la guerra tampoco favoreció un acercamiento entre ambos países. Las deslumbrantes victorias del Eje en Europa y el norte de África

---

<sup>10</sup> MORADIELLOS, Enrique (2000): *La España de Franco (1939-1975), política y sociedad*, Madrid, Síntesis, pág. 69.  
TUSELL, J. (1996): págs. 251-253.

supusieron una fuerte tentación para el régimen franquista de intervenir en la guerra del lado de los alemanes. De esta manera, el gobierno británico se vio forzado a mantener una actitud benévola respecto al régimen del general Franco, a pesar del rechazo de sus formas totalitarias y fascistas, para evitar la enemistad española. Por razones de seguridad estratégica había que mantener la neutralidad española o retrasar al máximo su entrada en la guerra.

En base a este objetivo último se formuló una política sustentada en el apaciguamiento del régimen franquista, basándose en la creencia de que Franco quería mantener a España fuera de la guerra. El *Foreign Office* estaba convencido de poder evitar la entrada de España en la guerra mediante una política de compromisos generosos con el gobierno español y de un velado apoyo a sus aspiraciones territoriales. De este modo, se firmaron acuerdos comerciales y económicos con España, intentando vincular la reconstrucción española a las aportaciones británicas y explotando la dependencia española al suministro de alimentos y materias primas del exterior. El gobierno británico también mostró cierta receptividad a las pretensiones territoriales españolas (Gibraltar y el norte de África), aunque las promesas siempre fueron muy vagas. En ambas circunstancias, se esperaba convencer al gobierno franquista que sus intereses estaban en la cooperación con los aliados y en el mantenimiento estricto de su política de neutralidad. La política británica se reforzaba con el poder disuasorio de la *Royal Navy*, que mantenía la supremacía naval en el Atlántico y que podía bloquear las costas españolas.

Como veremos, la respuesta británica ante la ambigua postura española fue utilizar la ayuda económica y la amenaza de bloqueo naval para contener estratégicamente al régimen franquista y preservar su neutralidad en el conflicto. Durante la mayor parte del periodo, dicha política se aplicó de forma positiva sin recurrir a la amenaza de la interrupción de los suministros como medio de presión. A pesar de que la recuperación de la economía española podía acabar siendo una desventaja para los británicos en el caso de que España decidiera entrar en la guerra en el lado del Eje, no se abandonó la asistencia económica británica al régimen franquista. En Londres se pensaba que la paralización de la ayuda británica sólo podía precipitar un cambio de gobierno en España y su sustitución por otro más favorable a la guerra, lo que podía suponer la beligerancia española, que era precisamente lo que se trataba de evitar<sup>11</sup>. La política británica respecto a España fue muy criticada por tratarse de otra muestra de apaciguamiento, en referencia al

---

<sup>11</sup> Informe de Mr. Eccles (Ministerio de Economía de Guerra), a Mr. Makins (Departamento Central del Foreign Office), 24 de abril de 1940, FO 371/24508.

fracaso de la estrategia contemporizadora que se había desplegado en los años 30 ante las intenciones revisionistas de Italia y Alemania.

Los responsables de la política exterior británica basaron su política y sus decisiones respecto a España en la información que disponían a través de los canales diplomáticos y de sus representantes acreditados en el país. El conjunto de la información recibida ayudaba a formar la percepción de la situación española y de la evolución política interna. A lo largo del trabajo, se intentará determinar hasta qué punto la percepción que tenía Londres de la realidad española era correcta, y en qué medida dicha percepción influyó en la formulación de las políticas desplegadas por el gobierno británico con el fin de intentar mantener la neutralidad española.

Otro de los medios utilizados por los británicos para asegurar la neutralidad del régimen de Franco fue el reparto de grandes sumas de dinero entre los altos mandos militares. Con estos sobornos se pretendía crear una tendencia de opinión contraria a la intervención española en la guerra, que ejerciera de contrapeso al discurso belicista de la Falange y Serrano Suñer. Aunque el movimiento de oposición al predominio falangista dentro del medio militar fuera anterior a la entrega de dichas sumas de dinero, esta actuación suponía una clara injerencia británica en los asuntos internos de otro país. En cualquier caso, las disensiones internas en el régimen franquista y la actitud del Ejército, en su mayor parte contrario a la participación en la guerra, ofrecieron otro punto de apoyo a los británicos para mantener la neutralidad española, esencial para el éxito de su esfuerzo bélico.

La dialéctica establecida entre las políticas de España y de Gran Bretaña define las relaciones bilaterales de ambos países durante la Segunda Guerra Mundial. Como ya se ha mencionado, estas políticas fueron cambiando con el transcurso del conflicto bélico, motivando la aparición de fases y etapas muy definidas que han sido analizadas de forma rigurosa.

La historiografía británica e internacional cuenta con diversos trabajos sobre la conducta española durante la Segunda Guerra Mundial y las relaciones del régimen franquista con otras potencias europeas<sup>12</sup>. Por parte española, hay que destacar que la historiografía ha prestado una atención preferente a las relaciones

---

<sup>12</sup> Consciente de la imposibilidad de mencionar toda la producción historiográfica relacionada con el tema, ofrezco una selección de los títulos más representativos: BOWEN, Wayne H. (2006): *Spain during World War II*, Columbia, University of Missouri Press; LEITZ, Christian (1999): *Spain in an international context: 1936-1959*, Oxford, Oxford University Press; CATALA, Michel (1997): *Les relations franco-espagnoles pendant la Deuxieme Guerre mondiale, rapprochement necessaire, reconciliation impossible, 1939-1944*, Paris, L'Harmattan; LEITZ, Christian (1996): *Economic relations between Nazi Germany and Franco's Spain, 1936-1945*, Oxford, Oxford University Press; BEAULAC, Willard Leon (1986): *Franco: silent ally in World War II*, Carbondale, Southern Illinois University Press; y RUHL, Klaus-Jörg (1986): *Franco, Falange y III Reich*, Madrid, Akal.

internacionales del régimen de Franco, aunque las investigaciones se han concentrado en el periodo de aislamiento internacional y en la década de los 50, más que en el primer franquismo<sup>13</sup>. Respecto al periodo cubierto por nuestro estudio, los trabajos existentes suelen centrarse en el análisis de la evolución de la postura española, en el estudio de las presiones ejercidas por las distintas potencias beligerantes en forzar o mantener la actitud española y en la comprensión de las relaciones entre España y las grandes potencias. En este sentido, los historiadores han primado el estudio de las relaciones bilaterales de la España franquista con las potencias del Eje, dada su afinidad ideológica, frente a sus relaciones con las potencias aliadas o neutrales.

En cuanto al estudio de las relaciones entre Gran Bretaña y el régimen franquista durante el conflicto bélico, existen cuatro trabajos monográficos que estudian el tema con distintos enfoques<sup>14</sup>. Denis Smyth se centra en determinar la postura oficial británica frente al nuevo régimen en los primeros años del conflicto bélico. Resulta un trabajo muy interesante para estudiar los mecanismos que intervinieron en el proceso de toma de decisiones del gobierno británico respecto a España, pero no captura todos los aspectos de las relaciones bilaterales y sólo cubre con detenimiento los años 1940 y 1941. La tesis doctoral de Leonardo Caruana se limita a ser una simple descripción cronológica de los acontecimientos diplomáticos, sin profundizar en cuales fueron los factores clave en la relación entre ambas naciones. Además, ofrece unas interpretaciones de los hechos un tanto discutibles si consideramos la óptica de la historiografía más reciente. Por ejemplo, nos presenta a Serrano Suñer como al gran defensor de la neutralidad española durante la Segunda Guerra Mundial.

Recientemente, Richard Wigg también se ha centrado en lado británico de los acontecimientos, presentando la política británica de apaciguamiento como una responsabilidad personal de Churchill. Su trabajo permite entender la tolerancia británica hacia el régimen franquista a lo largo del conflicto bélico, pero no analiza la política exterior española, ni tiene en cuenta la incidencia en las relaciones

---

<sup>13</sup> Sin afán exhaustivo mencionaré algunos títulos. Obras generales: ESPADAS, Manuel (1988): *Franquismo y política exterior*, Madrid, Rialp; y ARMERO, José Mario (1978): *La política exterior de Franco*, Barcelona, Planeta. Obras relacionadas con el periodo de la Segunda Guerra Mundial: SUÁREZ, Luís (1997): *España, Franco y la Segunda Guerra Mundial, desde 1939 hasta 1945*, Madrid, Actas; PAYNE, Stanley G. y CONTRERAS, Delia (1996): *España y la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Editorial Complutense; TUSELL, Javier (1995): *Franco, España y la II Guerra Mundial*, Madrid, Temas de Hoy; y MORALES LEZCANO, Víctor (1980): *Historia de la no-beligerancia española durante la segunda guerra mundial (VI, 1940-X, 1943)*, Las Palmas, Cabildo Insular.

<sup>14</sup> SMYTH, Denis (1986): *Diplomacy and strategy of survival. British policy and Franco's Spain, 1940-41*, Cambridge University Press; CARUANA, Leonardo (1989): *Las relaciones bilaterales entre España y Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial*, Tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense de Madrid; WIGG, Richard (2005): *Churchill y Franco. La política británica de apaciguamiento y la supervivencia del régimen, 1940-1945*, Barcelona, Debate; y MORADIELLOS, Enrique (2005): *Franco frente a Churchill*, Barcelona, Editorial Península.

bilaterales de determinados sucesos que se producían dentro de España. Su carácter periodístico y el limitado número de archivos consultados convierten a esta obra en una mera aproximación a las relaciones hispano-británicas durante dicho periodo. Por su parte, Enrique Moradiellos ofrece un trabajo más completo que los anteriores, especialmente por la variedad de fuentes consultadas. Sin embargo, no investiga con profundidad y detalle los aspectos económicos de las relaciones bilaterales, ni la percepción diplomática del régimen de Franco, de sus tendencias políticas y de los acontecimientos que transcurren en dicho periodo. Su mayor contribución es examinar las concepciones y actitudes de Churchill y Franco, y su influencia en la política exterior de ambos países, tarea que había sido parcialmente realizada por Wigg. Como máximos mandatarios de sus respectivos países, tanto el primer ministro británico como el dictador español imprimieron su imborrable marca personal en el proceso de formulación y ejecución de la política exterior de Gran Bretaña y de España durante la Segunda Guerra Mundial. Por eso mismo, creemos que abordar las relaciones hispano-británicas durante esa coyuntura histórica significa, en gran medida, examinar las concepciones, actitudes y conductas de sir Winston Churchill frente a Francisco Franco y viceversa.

Ninguno de estos trabajos analiza con detenimiento la incidencia en las relaciones bilaterales de determinados sucesos que se producían en la política interna española, concentrándose más en describir cuales eran las políticas seguidas por ambos países que en la génesis de las mismas. Tampoco ofrecen una perspectiva adecuada de las relaciones económicas bilaterales, que son estudiadas de un modo muy general. Por lo tanto, esta tesis pretende revisar y superar todas estas posiciones, contribuyendo a enriquecer la comprensión de las relaciones bilaterales entre Gran Bretaña y España durante la Segunda Guerra Mundial, de tal manera que sirva de enlace con el conocimiento de la etapa anterior, la Guerra Civil, y con la etapa siguiente, la posguerra y el aislamiento internacional.

En el orden compositivo, el trabajo se estructura en torno a dos partes diferenciadas. En la primera se presentan los caracteres de las relaciones hispano-británicas durante la Segunda Guerra Mundial, teniendo en cuenta los antecedentes de la postura británica en la Guerra Civil y sus relaciones con el bando insurgente. La segunda parte contiene el estudio de las relaciones bilaterales en el ámbito político-diplomático, el plano económico y el orden militar-estratégico. Hemos organizado esta sección de forma cronológica, ya que la evolución de las tres dimensiones anteriormente mencionadas marca el curso de las relaciones entre ambos países. Este paso lo hemos dado porque creemos que es necesario sistematizar cómo los hechos internacionales, especialmente la evolución del conflicto bélico, junto a los acontecimientos políticos en España influyen en el devenir de las relaciones bilaterales. Por lo tanto, no nos quedamos en un análisis

meramente descriptivo e histórico, sino que intentamos aproximarnos al tema de una manera más explicativa. Ésta es la tarea que emprendemos para intentar estudiar más profundamente porqué fueron perseguidos ciertos objetivos en materia exterior por parte de Londres o Madrid, de qué forma fueron aplicados en las relaciones mutuas y hasta qué punto fueron alcanzados. A través de este análisis podremos entender el qué, el cómo y el porqué de las relaciones entre Gran Bretaña y España durante la Segunda Guerra Mundial.

Para la elaboración de esta Tesis Doctoral hemos investigado los archivos del *Foreign Office*, custodiados en el Public Record Office, que contienen documentos relacionados con España y que se encuentran en la correspondencia general de los departamentos políticos y en los papeles personales de Sir Anthony Eden, secretario del *Foreign Office*. También hemos consultado el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español, en el que se pueden encontrar la mayoría de la documentación española referida a las relaciones con Gran Bretaña. Otros fondos documentales a los que hemos accedido son las colecciones privadas del Palacio de Liria, donde se encuentra la correspondencia y a los archivos personales del XVII duque de Alba y los del Churchill College, en los que revisamos los archivos del Primer Ministro británico.

Completando estas fuentes archivísticas, hemos utilizado las colecciones documentales impresas, las publicaciones oficiales, la prensa y la bibliografía mencionada en las páginas finales, que ha sido consultada en la British Library (Londres), en la Biblioteca Central de la Universidad Nacional a Distancia (Madrid) y en la Biblioteca Nacional (Madrid).



# Capítulo I. ESPAÑA Y GRAN BRETAÑA ANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

## 1. Gran Bretaña durante la década de 1930

### a) Evolución de la situación política y económica

A comienzos de los años 30, Gran Bretaña había alcanzado la cumbre de su poderío. Se trataba de un Imperio con una vasta extensión geográfica que agrupaba la quinta parte de la superficie terrestre y la cuarta parte de la población mundial. Sus territorios se extendían desde Australia y Nueva Zelanda en el Extremo Oriente hasta Canadá en Norteamérica, incluyendo sus posesiones en Oriente Medio (como Palestina e Irak), India y la franja africana que unía Egipto con África del Sur. Desde la reforma electoral de 1918 Gran Bretaña era una democracia de masas, basada en una Cámara de los Comunes que se elegía por sufragio universal y en una no electiva Cámara de los Lores. En el plano económico, Gran Bretaña se había convertido de potencia industrial en potencia financiera y comercial.

A pesar de su aparente fortaleza, los cambios experimentados tras la costosa victoria en la Primera Guerra Mundial habían incrementado su vulnerabilidad económica y estratégica. Por un lado, las dimensiones del Imperio dificultaban la defensa adecuada de todas las áreas contra potenciales enemigos sin incurrir en elevados gastos militares que podían poner en peligro la estabilidad económica y social. Por otro lado, la fortaleza comercial y financiera británica dependía en gran medida de la estabilidad en los mercados mundiales. De lo contrario, se corría el riesgo de que se alteraran los flujos comerciales e inversores británicos o de que se menoscabara la posición de la libra esterlina en los mercados de capitales<sup>15</sup>.

Tras un periodo de cierta estabilidad, la depresión económica de los años 30 y el nuevo clima en las relaciones internacionales amenazaron la posición internacional predominante que Gran Bretaña mantenía en la esfera internacional.

---

<sup>15</sup> Para estudiar la evolución política y social de Gran Bretaña durante el período de entreguerras, véase el texto clásico de MOWAT, Charles Loch (1956): *Britain between the wars, 1918-1940*, Londres, Methuen & Co. Síntesis más reciente en RUBINSTEIN, William D. (2003): *Twentieth Century Britain: A Political History*, Londres, Palgrave Macmillan.

En octubre de 1929 se produjo el crack de Wall Street que señalaba el comienzo de la crisis económica de los años 30. El consiguiente colapso de la economía estadounidense provocó un efecto en cadena en todo el mundo, al motivar una drástica disminución del comercio mundial y al suponer el fin de los créditos que el gobierno norteamericano suministraba a numerosos países europeos. Dichos créditos eran fundamentales para sostener sus respectivas economías, enormemente agobiadas por la deuda generada para financiar el esfuerzo de guerra. Este problema no lo tenía Gran Bretaña, ya que había financiado su intervención en el conflicto con la venta de sus participaciones en el exterior. Las respuestas tomadas por muchos países fueron la limitación del comercio y la imposición de tarifas aduaneras, medidas que acentuaron la crisis al restringir el intercambio comercial y que afectaban a la posición económica británica<sup>16</sup>.

La Gran Depresión afectó duramente a Gran Bretaña, que no se había recuperado todavía de los devastadores efectos de la guerra. Los efectos de la crisis económica fueron inmediatos, motivando una caída de las exportaciones británicas en más de un 50% y una reducción de la producción industrial, cuando ambas partidas no habían alcanzado todavía los niveles de antes de la guerra. La crisis tuvo grandes repercusiones sociales, ya que supuso que a finales de 1930 el desempleo pasara de 1 millón a 2,5 millones de trabajadores. Esto motivó que el coste de asistencia a los desempleados se disparase, en un momento en el que los ingresos estatales se reducían debido a la negativa evolución de la economía. Los efectos de la crisis fueron graves, aunque desiguales, dependiendo de las regiones y de las industrias. Por ejemplo, en Gales la población sufrió un desempleo masivo y situaciones de extrema pobreza, mientras que en algunas zonas del sur del país no se vivieron situaciones tan dramáticas. De la misma manera, las industrias tradicionales de minería de carbón, acero, textil o construcción naval sufrieron duramente los embates de la crisis, mientras que las nuevas industrias, como la eléctrica o la automoción, pudieron resistir mejor sus efectos negativos.

El gobierno laborista de Ramsay MacDonald, que había llegado al poder en mayo de 1929 con el apoyo de los liberales, no estaba preparado para afrontar el reto de la nueva situación económica. El partido carecía de experiencia gubernamental previa, ya que era la segunda vez que alcanzaba el poder tras su breve paso por el gobierno en 1924. Además, la mayor parte de los miembros del gobierno carecían de conocimientos sobre economía, por lo que su pensamiento

---

<sup>16</sup> Sobre la crisis económica de comienzos de los años 30 y los efectos de la Gran Depresión, pueden consultarse las siguientes obras: KINDLEBERGER, Charles P. (1995): *La crisis económica 1929-1939*, Barcelona, Crítica y ALONSO, Teresa (1990): *La economía de entreguerras-la gran depresión*, Madrid, Akal. Para conocer los efectos de la crisis sobre Gran Bretaña, véase STEVENSON, John y COOK, Chris (1994): *Britain in the Depression: Society and Politics 1929-1939*, Londres, Longman.

económico se reducía a la vieja ortodoxia financiera de la época victoriana que consistía en el mantenimiento de presupuestos equilibrados.

Ante la presión de sus aliados liberales y de la oposición conservadora, el gobierno laborista nombró un comité para que revisara el estado de las finanzas públicas. El informe elaborado por dicho organismo en 1931 propuso realizar recortes en el sector público y en las partidas de gasto, lo que afectaba a las prestaciones por desempleo, para evitar la aparición de un déficit presupuestario. Pero las recomendaciones del informe fueron rechazadas por las bases laboristas y los sindicatos, que junto a varios ministros se opusieron a su puesta en marcha. Esta disputa dividió al gobierno laborista y supuso una paralización de la vida política, provocando una huida de inversores con la consiguiente fuga de capitales y de oro que desestabilizó aún más a la economía británica.

Como respuesta a la nueva situación política, MacDonald decidió formar un gobierno de Unión Nacional junto a conservadores y liberales y convocar elecciones ante la fractura de su partido. El propio MacDonald y sus colaboradores fueron expulsados del partido laborista y acusados de traidores. Las elecciones de octubre de 1931 dieron una amplia victoria al partido conservador, pasando los laboristas a la oposición. El nuevo gobierno de Unión Nacional de mayoría conservadora, presidido por MacDonald y con el líder de los conservadores Neville Chamberlain como ministro de Economía, puso en marcha un programa de recortes del gasto público, incluyendo una reducción de los salarios de empleo público y una reducción del seguro de desempleo. Estas medidas tuvieron un efecto distinto al deseado, reduciendo la capacidad adquisitiva de la economía británica, empeorando la situación económica y provocando que el desempleo alcanzase la cifra de 3 millones de personas a finales de 1931.

Por otra parte, el gobierno se vio obligado a abandonar el patrón-oro, para impedir la salida masiva de oro del país, produciéndose una inmediata depreciación de la libra esterlina y una caída de los tipos de interés. Asimismo, en febrero de 1932 Chamberlain introdujo medidas proteccionistas con el *Import Duties Act*, un arancel general del 10% a todas aquellas mercancías que no procediesen de algún país o territorio del Imperio Británico. Estas medidas supusieron un cambio fundamental de la política económica británica, configurando un área comercial en torno a la libra, relativamente autónoma respecto al exterior. Como resultado de esta nueva situación, el sector exportador se recuperó, al ser la economía británica más competitiva en los mercados mundiales que las de los países que seguían dentro del patrón-oro.

De este modo, el sector exportador se convirtió en el motor de la gradual recuperación económica británica, aunque manteniendo siempre niveles

inferiores a los de antes de la guerra. A partir de 1933 se apreciaron descensos de las tasas de desempleo, especialmente en 1935 y 1936. La creación de empleo fue mayor en el sur del país, donde la caída de los tipos de interés motivo una expansión de la construcción de vivienda y de la industria local. En contraste, las regiones del norte permanecieron sumidas en una profunda depresión económica durante toda la década. En estas zonas, el gobierno británico impulsó una serie de programas para estimular el crecimiento económico y fomentar el empleo, como la construcción de infraestructuras o la concesión de créditos a los astilleros, que no tuvieron un gran impacto en el desempleo.

Tras el inicio de la recuperación económica, el gobierno británico aprobó en febrero de 1934 el *Unemployment Act* para solucionar las dificultades financieras que afrontaba el sistema de desempleo mediante el aumento de las contribuciones al seguro de desempleo y la reducción tanto de la duración de los beneficios como de su cuantía semanal. Al mismo tiempo, se transfirió la gestión del sistema de asistencia a los parados a un organismo estatal centralizado, extendiendo la protección a aquellos que no se podían beneficiar de este mecanismo y estuvieran necesitados. El objetivo de estas medidas era conseguir la paz social, la cual era indispensable para el desarrollo de las transformaciones socio-económicas que afrontaba Gran Bretaña en aquel momento.

La hegemonía conservadora dentro del gobierno de Unión Nacional se puso de manifiesto en junio de 1935 cuando Stanley Baldwin sustituyó a MacDonald como Primer Ministro. Los objetivos del programa gubernamental se habían cumplido, ya que el país se encontraba en plena recuperación económica y se había garantizado la cohesión interna necesaria para afrontar los cambios socio-económicos derivados de la nueva posición comercial y financiera de Gran Bretaña en el orden internacional. Las elecciones de noviembre de 1935 reflejaron el amplio apoyo social que tenía el gobierno, ya que los grupos pertenecientes a la coalición gubernamental consiguieron una holgada victoria que justificaba su gestión. El partido laborista mejoraba ligeramente sus resultados y se convertía en la única oposición efectiva al gobierno de la nación.

A partir de 1936 el deterioro del orden internacional obligó al gobierno británico a prestar mayor atención a la política exterior. Neville Chamberlain, que sucedió a Baldwin en Mayo de 1937, tuvo que dedicar gran parte de su tiempo a lidiar con la creciente inestabilidad internacional. Ante la amenaza del expansionismo nazi el gobierno británico decidió lanzar un plan de rearme masivo. Esta política keynesiana de carácter accidental proporcionó el estímulo que necesitaba el país para terminar de salir de la crisis económica, como prueba que a finales de 1937 la cifra parados se había reducido a 1,5 millones de trabajadores. Desde entonces continuaría disminuyendo hasta que la movilización general de

mano de obra, como resultado del estallido de la guerra en 1939, acabó con el problema del desempleo.

## **b) La política exterior británica**

### - Objetivos y formulación

La política exterior británica durante el periodo de entreguerras tenía como objetivo principal el mantenimiento de la integridad del Imperio en un sistema de relaciones internacionales inestable y afectado por la crisis económica. La principal dificultad se encontraba en la vasta extensión del Imperio que multiplicaba los compromisos estratégicos existentes y la necesidad de mantener una presencia militar en numerosos puntos de la geografía mundial. Por un lado, existían una serie de focos de tensión internos, como la India o Palestina, mientras que por otro tenía que hacer frente a tensiones externas, como el expansionismo japonés en Asia y el alemán e italiano en Europa Central y el Mediterráneo respectivamente. Entre los responsables del *Foreign Office* estaba muy extendido el convencimiento de que el Imperio desaparecería si se entraba en otra costosa y larga guerra europea.

Un problema añadido era la desproporción existente entre los numerosos compromisos estratégicos y los medios militares a su alcance. En 1935, un informe secreto encargado por el gobierno británico para evaluar el estado de sus fuerzas de defensa puso de relieve que:

1. La marina británica, *Royal Navy*, era incapaz de defender el Imperio y el comercio británico;
2. El Ejército era tan pequeño y tan pobremente equipado que no podría ofrecer suficiente ayuda al Ejército francés en el caso de un ataque alemán;
3. Las Fuerzas Aéreas disponían de pocos cazas y bombarderos y sus sistemas de defensa aérea eran totalmente insuficientes<sup>17</sup>.

Ante dicha situación, los mandos militares aconsejaron al gobierno británico que aumentaran el gasto de defensa y que usaran la diplomacia para evitar entrar en una guerra simultánea con Alemania, Italia y Japón. Esta sugerencia

---

<sup>17</sup> McDONOUGH, Frank (2002): *Hitler, Chamberlain and appeasement*, Cambridge, Cambridge University Press, págs. 33-34.

tendría una amplia influencia en los miembros del gabinete británico. De esta manera, se fue generando el convencimiento generalizado de que la tarea prioritaria en política exterior era la prevención de una nueva guerra. En consecuencia, el gobierno británico elaboró una política que se fundamentaba en eliminar los focos de tensión internacionales, negociar cambios pacíficos en el status quo y limitar la carrera de armamento. Con esta política se evitaba que la recuperación económica británica y su cohesión social fuesen amenazadas por un nuevo conflicto bélico.

Dicha política ha sido denominada peyorativamente por la historiografía tradicional como *política de apaciguamiento*, acompañado de connotaciones negativas por la aparente debilidad y cobardía mostrada ante las agresiones de las potencias revisionistas. Según dicha política, se consideraba preferible el apaciguamiento a una estrategia militar preventiva que obligase a un rearme acelerado que podía romper el equilibrio socio-económico alcanzado. Esta política también implicaba el distanciamiento relativo frente a conflictos que no amenazasen la seguridad del Imperio británico<sup>18</sup>.

Aparte de los argumentos estratégicos y militares que hemos expuesto, existen otras razones que ayudan a explicar la génesis de dicha política. Entre ellas se encuentran: el trauma psicológico que supuso la muerte de tantos jóvenes en la Primera Guerra Mundial y que extendió el recelo a volver a participar en una guerra; el temor a los efectos destructivos de la aviación, que aparecía como un arma invencible que podía arrasar ciudades; la percepción de que el Tratado de Versalles había impuesto a Alemania una serie de restricciones de su soberanía que eran injustas; el temor a la expansión del comunismo en Europa; el apoyo a la Sociedad de Naciones como organismo capaz de resolver conflictos internacionales sin necesidad de acudir a la guerra y la crisis económica imperante que no facilitaba el lanzamiento de programas de rearme.

Esto no quiere decir que la política de apaciguamiento fuese la única opción posible. Existieron otras vías alternativas para enfrentarse al mismo problema, como la búsqueda de mecanismos efectivos de seguridad colectiva a través de la Sociedad de Naciones o la creación de una alianza de potencias antifascistas que integrara a Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética. La política de apaciguamiento fue elegida por los gobernantes británicos como la mejor solución posible, teniendo en cuenta todos los factores que se han mencionado anteriormente. Dada la debilidad militar británica, parecía razonable intentar conciliar las

---

<sup>18</sup> Existe una abundante bibliografía sobre la política exterior británica durante la década de 1930, entre las que destacan ROCK, William R. (1977): *British appeasement in the 1930's*, Londres, Edward Arnold; ROBBINS, Keith (1988): *Appeasement*, Oxford, Historical Association studies, Basil Blackwell; ADAMS, E. J. Q. (1993): *British Politics and Foreign Policy in the Age of Appeasement, 1935-39*, Stanford, Stanford University Press y PEIJIAN, Shen (1999): *The Age of Appeasement: The Evolution of British Foreign Policy in the 1930s*, Stroud, Alan Sutton Publishing.

demandas alemanas con la intención de evitar una guerra para la que el país no estaba preparado. El máximo exponente de dicha política fue el Primer Ministro Neville Chamberlain, que intentó transformar la política de apaciguamiento de una aceptación pasiva de las transgresiones de los dictadores europeos a intentar descubrir activamente cuáles eran sus reivindicaciones para satisfacerlas mediante soluciones negociadas. Esto no significa que se defendiera el apaciguamiento a cualquier precio. Si Hitler intentaba dominar Europa mediante medios militares, Chamberlain se proponía usar la fuerza para detenerle<sup>19</sup>.

Los juicios de la historiografía tradicional sobre la política de apaciguamiento son muy negativos. La política de Chamberlain ha sido acusada de ser una humillante rendición ante las agresiones nazis y por suponer que importantes consideraciones morales fueren dejadas de lado al negociar con Hitler. También se ha criticado que una política de apaciguamiento desde una posición militar débil estaba condenada al fracaso. Sin embargo, la historiografía reciente ha revisado el papel de Chamberlain, destacando las dificultades en el diseño de la política exterior británica durante los años 30, presentándole como un político competente con una visión realista de la política exterior que consiguió ganar tiempo para el rearme y unir a la nación para afrontar la guerra con Alemania en 1939. En la actualidad, la valoración de la política de apaciguamiento es más equilibrada, apreciándose que se trataba de una política de alto riesgo, en la que no se tenía en cuenta que la continua cesión ante las agresiones de los dictadores europeos era una solución que no prevenía la guerra, sólo la retrasaba<sup>20</sup>. A pesar de los esfuerzos de Chamberlain, el descalabro del sistema internacional en el periodo de entreguerras culminó en el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

#### - Medios y fuentes de información en España

La Embajada británica en Madrid mantuvo durante la Segunda Guerra Mundial una dotación de personal que puede ser considerada como normal para una delegación diplomática situada en una potencia europea de segundo orden. El puesto principal en la misión británica en España lo desempeñaba el embajador. Durante el periodo cubierto por este trabajo este puesto fue ocupado por Maurice Peterson (1939-1940) y Samuel Hoare (1940-1944). Los embajadores contaban con la ayuda del ministro plenipotenciario Arthur F. Yencken, el coronel W. Torr como agregado militar, el comandante Archibald James como agregado aéreo, el capitán

---

<sup>19</sup> Una versión objetiva de la política exterior de Chamberlain se puede ver en McDONOUGH, Frank (1998): *Neville Chamberlain, Appeasement and the British Road to War*, Manchester, Manchester University Press.

<sup>20</sup> McDONOUGH, F (2002): págs. 77-86.

Alan Hillgarth como agregado naval, Hugh Ellis-Rees como agregado comercial, el encargado de negocios James Bowker y el responsable del departamento de prensa, Bernard Malley, además del personal auxiliar correspondiente. A su vez, Gran Bretaña contaba con una amplia red consular por toda la geografía española, al estar presente en las principales ciudades españolas como Vigo, Sevilla, Málaga, Barcelona, Bilbao y Valencia. La red consular fue un instrumento utilizado por los británicos para conocer la situación política y económica en las distintas regiones españolas.

Como bien sabemos, los diplomáticos tienen un papel destacado en la formulación de la política exterior, porque suministran gran parte de la información en la que se basa la toma de decisiones. Su principal contribución en dicho proceso es la obtención de información, así como su capacidad de interpretar y juzgar las condiciones del país donde están acreditados<sup>21</sup>. Además, los responsables de formular la política exterior necesitan disponer de información precisa en la que basar sus decisiones, por lo que debe ser necesario que exista una mínima discrepancia entre la realidad y la imagen de la misma que tienen los que elaboran la política. La información sobre el potencial militar o las capacidades económicas es generalmente suministrada por una serie de unidades especializadas, las cuales tienen dificultad en entender las intenciones, tendencias, actitudes y motivaciones de la clase dirigente. El diplomático no sólo ofrece sus propios datos, sino que además, dada su preparación y su familiaridad con la sociedad del país donde reside, puede interpretar la información y hacer predicciones fiables sobre las respuestas del gobierno receptor de las políticas de su propio gobierno. El éxito en esta labor depende en gran medida de la naturaleza y de la abundancia de las fuentes de información que es capaz de cultivar en el país receptor, entre los partidos políticos, gobierno, prensa o militares. La información se obtiene a través de distintos medios, como la lectura de periódicos, asistiendo a conferencias, apoyándose en su personal especializado y a través de medios informales como fiestas y cenas<sup>22</sup>.

Las fuentes de información de la delegación británica en España durante la Segunda Guerra Mundial fueron muy variadas. En primer lugar, podemos mencionar las reuniones sociales a las que asistían el embajador o sus ayudantes, y en las que se relacionaban con personajes de los círculos dirigentes del régimen franquista, como generales de alta graduación, ministros del gobierno, funcionarios

---

<sup>21</sup> Además de su papel esencial en la comunicación y en la negociación entre Estados, los diplomáticos llevan a cabo otra serie de tareas como son la protección de los ciudadanos y de sus propiedades en el exterior, la representación simbólica de su propio Estado, y, como ya he mencionado, la obtención de información y labores de asesoramiento y formulación de la política exterior. HOLSTI, K. J. (1995): *International Politics. Frameworks for Analysis*, Londres, Prentice-Hall, págs. 174-209.

<sup>22</sup> HOLSTI, K. J. (1995): págs. 174-209.



de los distintos ministerios, miembros del clero, altos cargos de la Falange o miembros de la alta sociedad. En particular, los representantes diplomáticos británicos cultivaron la amistad de los generales monárquicos y de aquellos que se oponían al predominio de la Falange y de Serrano Suñer, como Aranda y Orgaz, así como personalidades entre las que podemos mencionar al financiero Juan Ventosa. Como veremos más adelante, alguno de los generales mencionados incluso pasó a engrosar la nómina británica. Además, es necesario señalar que el coronel Beigbeder, tanto en su etapa de ministro de Asuntos Exteriores como inmediatamente después de su cese, fue una fuente de información muy relevante tanto para Peterson como para Hoare, con los que llegaría a entablar cierta amistad.

Por otro lado, las unidades especializadas de la embajada, los agregados militares y comerciales, completaban la labor de suministro de información del embajador de turno y del ministro plenipotenciario Yencken. Por su parte, el departamento de prensa analizaba la información suministrada por los periódicos españoles, aunque sabían que la rígida censura que imperaba en el país impedía conocer la verdadera opinión pública. Otro canal importante de información eran los servicios de espionaje que operaban en España. Sin embargo, su actividad fue restringida por Hoare, que no deseaba provocar ningún incidente con las autoridades españolas que pudiese ser aprovechado por los alemanes para cambiar la postura española en la Segunda Guerra Mundial<sup>23</sup>.

Otras fuentes que tuvieron un papel secundario en la percepción de los acontecimientos que se desarrollaban en España fueron los hombres de negocios de visita en el país, el personal diplomático británico presente en otras embajadas, algunos representantes diplomáticos de otras naciones destacados en Madrid, junto a los asesores políticos del *Foreign Office* en Londres. Finalmente, hay que destacar que el servicio exterior británico utilizaba como fuente de información la censura de la correspondencia entre ambos países, que le permitía entender cual era la “opinión pública” acerca de los acontecimientos que sucedían en España, aunque sólo recogía la opinión de algunos segmentos de la población, como funcionarios, militares y la clase acomodada. El *Foreign Office* también recibía copia de las cartas que los antiguos representantes del gobierno de la República, así como de los gobiernos vasco y catalán residentes en Londres, remitían a representantes del gobierno británico en las que hacían su propia exposición de los hechos que sucedían en España.

Además de reunir información, algunos diplomáticos son capaces de influir decisivamente en la propia elaboración de la política exterior si gozan de

---

<sup>23</sup> Hoare limitó los movimientos de la red de espionaje británica en España. SMYTH, D. (1986): pág. 32.

prestigio político entre los responsables del Ministerio de Exteriores y el gobierno, o si su juicio es considerado como altamente fiable<sup>24</sup>. Sir Samuel Hoare puede ser clasificado dentro de esta categoría de diplomáticos. Antiguo secretario del *Foreign Office* en el gobierno Nacional-Conservador de Stanley Baldwin desde junio a diciembre de 1935, gozaba de un gran prestigio político, tanto que podía haber figurado en la lista de posibles primeros ministros de no haber estallado la guerra<sup>25</sup>. Aunque su reputación no se había recuperado completamente tras su dimisión por los “infames” acuerdos Hoare-Laval mediante los que se cedía parte de Etiopía a Mussolini. En cualquier caso, el primer ministro Churchill pensó en él a mediados de 1940 para desarrollar una misión especial en España destinada a mejorar las relaciones con nuestro país. Aunque en un primer momento se pensó que la duración de dicha misión estaría entre seis semanas y seis meses, al final, el propio Hoare pidió ser nombrado embajador, pero con la condición de que se mantuviera su escaño en el Parlamento, circunstancia que no era habitual. La prensa británica destacó la importancia de su excepcional nombramiento<sup>26</sup>. Smyth señala que en su nombramiento también podía haber sido considerada la oportunidad de eliminar a este influyente personaje de la arena política inglesa<sup>27</sup>. Dadas sus conexiones políticas y su amplia experiencia en el campo de las relaciones internacionales, tuvo no sólo un papel relevante en la formulación de los objetivos de la acción exterior respecto a España, sino también en la manera de conseguirlos.

Finalmente, hay que señalar que en España existía una comunidad relativamente importante de residentes británicos. Según Moradiellos, que presenta unos datos reunidos por la red consular británica respecto a la evacuación de sus ciudadanos entre julio y octubre de 1936, en España había unos 7.300 residentes británicos. Aunque, esta información es incompleta y probablemente subestima la cifra de residentes británicos en el país, nos da un cierto orden de magnitud y nos permite entender su dispersión geográfica. De acuerdo a estos datos, la comunidad británica se concentraba en la región andaluza, especialmente en torno a Gibraltar, a los núcleos mineros onubenses y a las explotaciones de agricultura de exportación de la provincia de Cádiz. El resto de los residentes británicos se encontraban en las grandes ciudades del país, como Barcelona, Madrid y Bilbao. En general, la

---

<sup>24</sup> HOLSTI, K. J. (1995): pág. 185.

<sup>25</sup> Sir Samuel Hoare (1880-1959) fue secretario de Estado en la India (1931-1935), donde desarrolló y defendió la nueva Constitución India, siendo artífice del “India Act” (1935). Por su papel en el impopular acuerdo Hoare-Laval cuando era secretario del Foreign Office (1935), fue obligado a dimitir. Como ministro del Interior (1937-1939) colaboró en el desarrollo del acuerdo de Munich, lo que le marcó como defensor de la política de apaciguamiento, dañando su carrera política. Durante la Segunda Guerra Mundial sería nombrado embajador en España (1940-1944). Britannica Concise Encyclopaedia, 2003, Encyclopædia Britannica Premium Service.

<sup>26</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 80; y HOARE, Samuel (1946): *Ambassador on special mission*, Londres, Collins, págs. 9-19.

<sup>27</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 26-27.

presencia británica en España estaba fuertemente ligada a la actividad económica, siendo en la gran mayoría de los casos obreros especializados, ingenieros y directivos que ocupaban importantes puestos gerenciales<sup>28</sup>.

## 2. España tras la Guerra Civil

### a) Evolución de la situación política y económica

La España que surge de la Guerra Civil estaba diezmada y exhausta tras una guerra devastadora que produjo 300.000 muertos, otros 300.000 exiliados y 270.000 prisioneros políticos a finales de 1939. Además, los efectos de la contienda dejaron una huella de destrucción y miseria, agravada por la represión interna ejercida por el régimen franquista y por los efectos negativos de su política económica y social<sup>29</sup>.

En el plano político, la derrota militar republicana a finales de marzo de 1939, supuso la implantación del régimen franquista en la totalidad del territorio nacional. El origen del Nuevo Estado se encuentra en la necesidad de los dirigentes sublevados de organizar una estructura política en el área bajo su control tras el fracaso del alzamiento militar contra la Segunda República y la radicalización política de la Guerra Civil. El primer paso fue concentrar la dirección estratégica y política en un mando único. De esta forma, la Junta de los generales, que en julio de 1936 habían asumido los poderes del Estado, eligió a Franco como Generalísimo de las fuerzas militares y Jefe del Gobierno del Nuevo Estado. El encumbramiento de Franco supuso el paso de una Junta militar colegiada a una dictadura militar de carácter personal. Franco gozaba del apoyo de todos los grupos políticos derechistas y de la Iglesia española, no existiendo ningún rival que pudiera disputarle su preeminencia pública<sup>30</sup>. Hubo que esperar hasta el 31 de enero de 1938 para que las autoridades de la zona insurgente anunciaran una ley que establecía una nueva estructura administrativa que hizo explícitos los poderes dictatoriales del Jefe del

---

<sup>28</sup> MORADIELLOS, E. (1990): págs. 103-105.

<sup>29</sup> Para una perspectiva de la España de Franco, véase JULIÁ, Santos (1993): *Historia económica y social moderna y contemporánea de España*, vol. 2, *el Siglo XX*, Madrid, UNED; CAZORLA, Antonio (2000): *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons; y MORADIELLOS, Enrique (2000): *La España de Franco (1939-1975), política y sociedad*, Madrid, Síntesis.

<sup>30</sup> Habían desaparecido sus rivales potenciales, tanto los políticos (Calvo Sotelo y José Antonio) como los militares (Sanjurjo y Goded). MORADIELLOS, E. (2000): pág. 44.

Estado<sup>31</sup>. De esta manera, surgió una embrionaria organización de poderes que se constituía, de manera provisional, en alternativa al Estado republicano.

Al día siguiente, se anunciaba la formación del primer gobierno regular presidido por el general Francisco Franco, quien ya era Jefe del Estado, compuesto por miembros de las distintas tendencias políticas que habían apoyado la sublevación. De los once ministros, cuatro eran militares (Defensa, Orden Público, Industria y Exteriores, este último en manos del general Jordana), tres eran falangistas (Organización y Acción Sindical, Agricultura y Gobernación, este último al mando de Serrano Suñer), uno carlista (el conde de Rodezno titular del Ministerio de Justicia), dos monárquicos alfonsinos (Hacienda y Educación, cuyo titular era Pedro Sainz Rodríguez) y un derechista (Peña Boeuf en Obras Públicas). Esta combinación ministerial, que se mantuvo casi inalterable hasta el fin de la guerra, ratificó la condición de árbitro del general Franco entre los distintos grupos de la derecha española<sup>32</sup>.

El general Franco reconoció la importancia de crear una nueva organización política que facilitara la institucionalización del nuevo régimen. En aquellos momentos, el descrédito de los partidos políticos de la derecha moderada por su colaboración con el sistema republicano, junto a la radicalización política de la guerra civil en un intenso conflicto entre fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias, supuso que la fuerza política clave en el área insurgente fuese el floreciente partido falangista. Dicho partido fue capaz de movilizar a una gran masa de voluntarios y de miembros del partido en apoyo de la insurrección. A pesar de que la Falange se había convertido en un movimiento de masas y que contaba con un naciente aparato de propaganda, tenía dos grandes debilidades. Por un lado, el partido estaba sujeto a las condiciones impuestas en el área insurgente como consecuencia de la guerra y que significaban su subordinación a la autoridad militar. Por otro lado, se encontraba con un problema de liderazgo, ya que la mayoría de las figuras claves del movimiento estaban prisioneras o habían muerto en los primeros enfrentamientos de la contienda<sup>33</sup>. Su nacionalismo radical, su autoritarismo de carácter fascista, el tono militar y violento, junto a un aire de modernidad resultaban ideales para la construcción de un partido único afecto al Nuevo Estado y que asegurase la institucionalización política del mismo.

---

<sup>31</sup> Ley organizadora de la Administración Central del Estado del 31 de enero de 1938, Boletín Oficial del Estado, nº 407.

<sup>32</sup> TUSELL, Javier (1992): *Franco en la guerra civil, una biografía política*, Barcelona, Tusquets, págs. 228-233.

<sup>33</sup> El liderazgo del partido estaba en aquellos momentos en manos de Manuel Hedilla, aunque su autoridad dentro del partido era discutida por los "legitimistas" liderados por Dávila y Agustín Aznar. PAYNE, S. (1987): pág. 165 y pág. 170.

Mediante la unificación en abril de 1937 de las fuerzas políticas sublevadas en un partido único, Falange Española Tradicionalista, el general Franco, con la colaboración de Serrano Suñer, culminaba su objetivo de constituir un partido del Estado, moderno y sofisticado, de características semi-fascistas, organizado en torno a Falange, pero que a su vez integraba al resto de fuerzas políticas que apoyaban a los sublevados (católicos, tradicionalistas y monárquicos)<sup>34</sup>. A partir de entonces, impuso en la nueva organización los conceptos de control y jerarquía, que tanto le gustaban por su mentalidad militar, muy influenciada por el modelo fascista de organización.

La influencia del ideario fascista fue cada vez mayor dentro del Nuevo Estado, reflejándose no sólo en las declaraciones y gestos políticos de Franco, sino también en la imposición de sus conceptos en los nuevos estatutos del partido único en detrimento del resto de integrantes de la coalición antirrepublicana. De este modo, los estatutos recogieron formulaciones claramente fascistas como la doctrina del caudillaje, las referencias al imperio, la identificación entre Partido y Estado o la creación de organizaciones sindicales afectas al régimen. La creación del Consejo Nacional Falangista en octubre de 1937 estrechó la relación entre Franco y el partido único.

De esta manera, el partido unificado se convertía en un pilar del Nuevo Estado, en el que Franco se apoyaba para “legitimar su poder omnímodo, para disponer de un modelo político integrador y controlador de la sociedad civil”, que podía también servir “para canalizar y encuadrar la movilización de masas”<sup>35</sup>. El Ejército y la Iglesia fueron, junto a la Falange Unificada, los otros pilares que sostuvieron al Nuevo Estado, por lo que tendrían posiciones privilegiadas dentro del mismo. El Ejército resultó fundamental para alcanzar la victoria militar contra el bando republicano y para garantizar, de ahí en adelante, el mantenimiento del orden y la defensa del régimen ante sus enemigos internos y externos. Entre 1938 y 1945, la mitad de los altos cargos del Estado (ministros, subsecretarios o directores generales) fueron militares, controlando puestos clave como Gobernación, Presidencia y Asuntos Exteriores<sup>36</sup>. Por su parte, la Iglesia defendió un catolicismo militante que se convirtió en un substrato ideológico del régimen. Además, la Iglesia recuperó muchos de sus antiguos privilegios abolidos por la Constitución republicana de 1931 y ejerció el liderazgo educativo y espiritual de la nación.

---

<sup>34</sup> La medida fue objeto de rechazo por un sector falangista liderado por Hedilla, que fue reducido y controlado con su destitución y encarcelamiento. PAYNE, S. (1987): págs. 171-173.

<sup>35</sup> MORADIELLOS, E. (2000): pág. 46.

<sup>36</sup> Por su parte, los falangistas controlarían 38,1 por ciento de los altos cargos. JEREZ, Miguel (1982): *Elites políticas y centros de extracción en España*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pág. 415.

En la España que surgió de la guerra civil, aparte del predominio de esas tres instituciones básicas, persistieron varios grupos políticos que respondían a las antiguas fuerzas políticas de la época republicana (falangistas, tradicionalistas, carlistas, católicos y monárquicos)<sup>37</sup>. En el nuevo régimen tuvieron cabida las aspiraciones de todas las clases y sectores que habían visto peligrar sus propiedades o sus valores sociales y morales por las reformas del periodo republicano<sup>38</sup>. Son lo que se ha denominado tradicionalmente como las “familias” del régimen. Franco tuvo la habilidad de ejercer un eficaz arbitraje moderador entre ellas, dividiéndolas internamente y contraponiendo a unas contra otras para evitar el excesivo crecimiento de una opción y para prevenir cualquier división o conflicto que pudiese amenazar o debilitar al régimen<sup>39</sup>. Como señala Tusell, la historia política del franquismo se puede explicar por la sucesión de enfrentamientos entre las familias del régimen. Los momentos de mayor lucha interna fueron aquellos en los que parecía que se iba a adoptar una estructura definitiva de rango constitucional, ya que las familias no tenían un modelo ideal común. Esta tensión, en cuanto a los proyectos de futuro, no hizo sino reforzar el papel arbitral de Franco dentro del Nuevo Estado<sup>40</sup>.

Los historiadores y ensayistas políticos han interpretado de distintas maneras la naturaleza y definición del régimen franquista, teniendo que enfrentarse a diversos obstáculos durante dicha tarea, como la heterogeneidad ideológica del régimen o su longevidad. Sin entrar en el debate de las distintas corrientes de investigación, presentaré los elementos permanentes e inherentes al franquismo, que están presentes en su primera etapa<sup>41</sup>.

- El primer concepto fundamental es el carácter de *dictadura personal*, que supone la concentración de los poderes que los regímenes liberales y democráticos habían separado y regulado en una persona, el Caudillo. Aunque estaba basada en la existencia previa de una coalición conservadora, no era una dictadura colectiva. El propio Franco consideraba que su fórmula política era “un régimen de mando personal” de carácter

---

<sup>37</sup> MORADIELLOS, E. (2000): pág. 21.

<sup>38</sup> CAZORLA, A. (2000): pág. 12.

<sup>39</sup> No se puede concebir a las “familias políticas” del régimen como una especie de partidos políticos. Se caracterizaron por la carencia de organización, por sus imprecisos límites ideológicos y por su capacidad de representación informal ante Franco. TUSELL, J. (1996): págs. 199-201.

<sup>40</sup> TUSELL, J. (1996): págs. 201.

<sup>41</sup> Para una comprensión del debate historiográfico en torno a las principales líneas de investigación del franquismo ver el artículo de SANCHEZ, Glicerio (1999): “Líneas de investigación y debate historiográfico”, en SANCHEZ, Glicerio (1999): *El primer franquismo (1939-1959)*, Madrid, Marcial Pons, págs. 17-40; y MORADIELLOS, E. (2000): págs. 209-225.

vitalicio<sup>42</sup>. Franco era la pieza indispensable y fundamental del régimen, nadie sino él podía ejercer el papel de árbitro entre las diferentes tendencias de la coalición conservadora que constituyó el bando vencedor en la guerra civil.

- Dado su carácter dictatorial, el régimen obviamente se caracterizaba por su *autoritarismo*, aunque no por ser totalitario. A diferencia de otras dictaduras totalitarias, como la estalinista o la fase final de la Alemania nazi, el Estado no intentó ejercer un control absoluto sobre la economía nacional ni sobre las instituciones sociales, culturales y religiosas. La mejor prueba de ello es el papel preponderante de la Iglesia y del Ejército dentro del régimen<sup>43</sup>.

- La *condición militar* de la dictadura franquista viene dada por la identificación de esta institución con el régimen político que surge tras la guerra civil y por su lealtad hacia la figura del general Franco. Esto no significa que, dado su carácter militar, la totalidad del Ejército ejerciese el poder, ya que la dictadura de Franco fue ante todo personal, los generales tan sólo en un primer momento de la guerra civil llegaron a plantearse la formación de un mando colectivo. En cualquier caso, el Ejército fue el principal instrumento para la consolidación del régimen, convirtiéndose en colaborador fiel y disciplinado de Franco<sup>44</sup>.

- Junto a su componente militar, hay que destacar sus *vínculos con la Iglesia*, la cual fue, como se ha mencionado, otra de las instituciones que colaboró en la implantación del régimen franquista. El colaboracionismo de la Iglesia se puso de manifiesto en la defensa expresa del régimen y en el ejercicio de tareas propias del Estado en campos como la educación o la cultura. De esta manera, el catolicismo se convirtió en “la esencia misma sustentadora del régimen”<sup>45</sup>. Dicho intervencionismo eclesiástico y la existencia de prestaciones mutuas han motivado la acuñación del término “nacional-catolicismo” que presupone una alianza política entre la Iglesia y el franquismo<sup>46</sup>.

---

<sup>42</sup> FUSI, Juan Pablo (1995): *Franco. Autoritarismo y poder personal*, Madrid, Taurus, pág. 72.

<sup>43</sup> TUSELL, J. (1996): págs. 86-104.

<sup>44</sup> TUSELL, J. (1996): págs. 173-181; y PAYNE, S. (1987): págs. 242-253.

<sup>45</sup> TUSELL, J. (1996): pág. 182.

<sup>46</sup> TUSELL, J. (1996): págs. 183-189; y SANCHEZ JIMÉNEZ, José (1999): “La jerarquía eclesiástica y el Estado franquista: las prestaciones mutuas”, en SANCHEZ, G. (1999). Para un análisis más detallado de las relaciones entre Iglesia y franquismo ver: RICO, Juan José (1977): *El papel político de la Iglesia en la España de Franco (1936-1971)*, Madrid, Tecnos; HERMES, Guy (1981): *Los católicos en la España franquista*, Madrid, Centro de

- Otro rasgo importante para la definición del régimen es *la represión*, que fue utilizada para eliminar cualquier oposición interna y para imponer uniformidad ideológica mediante el uso indiscriminado de la fuerza. El grado de la represión durante la etapa del primer franquismo fue mayor que en épocas posteriores. Aparte de las ejecuciones, de las cuales un 80 por ciento se concentran entre 1939 y 1941, hay que tener en cuenta la población presa, alrededor de 270,000 en 1939 y la lucha contra la oposición superviviente que intentaba continuar sus actividades<sup>47</sup>.

Respecto al plano económico, la destrucción bélica dañó la estructura productiva del país. Los mayores daños se produjeron en la infraestructura y en el material de transporte. En este sentido, utilizando las estadísticas de Catalan, durante la guerra se destruyó gran parte de la red ferroviaria y de su parque móvil (el 35% de las locomotoras y el 40% de los vagones de carga). Más graves eran las destrucciones de puentes, carreteras y puertos. Sin embargo, como ha advertido éste autor, las pérdidas fueron menores que las sufridas en Francia, Italia y Grecia durante la Segunda Guerra Mundial, cuyos equipos ferroviarios tuvieron pérdidas que oscilaban entre el 50% y el 80%, lejos del nivel español que se situaba en torno al 30-40%; y cuyas flotas mercantes fueron absolutamente diezmadas (pérdidas superiores al 70%), mientras que en España su reducción fue de apenas un cuarto<sup>48</sup>. Menos graves fueron los daños en la capacidad industrial y agraria, lo que no pudo evitar una fuerte reducción de su producción, del 14% y del 22% sobre los respectivos niveles antes de la guerra. La situación financiera era muy complicada, al estar agotadas las reservas de oro como resultado de la contienda y al disponer de escasas divisas por la caída de las exportaciones españolas. Estas circunstancias dificultarían enormemente la reconstrucción económica durante la posguerra.

Sin embargo, el mayor perjuicio para dicha labor fue la política económica que adoptó el régimen franquista a imitación de los modelos económicos autoritarios. La búsqueda de la autarquía y la fuerte intervención estatal produjo una profunda depresión económica, como demuestra la evolución de la renta nacional durante el periodo 1940-1945, donde tan sólo creció un 1% anual. La opción autárquica desestabilizaba el proceso de recuperación de la economía española,

---

Investigaciones Sociológicas; TELLO, José Antonio (1984): *Ideología y política, la Iglesia católica Española (1936-1975)*, Zaragoza, Libros Pórtico; TUSELL, Javier (1984): *Franco y los católicos: la política interior española entre 1945-1957*, Madrid, Alianza y CASANOVA, Julián (2001): *La Iglesia de Franco*, Madrid, Crítica.

<sup>47</sup> El debate historiográfico en torno a esta cuestión se ha centrado en el cómputo del número de víctimas y en el entendimiento del comportamiento de las instituciones del régimen en la represión. Sin afán exhaustivo ofrecemos algunos títulos representativos: SALAS, Ramón (1977): *Pérdidas de la guerra*, Barcelona, Planeta; JULIA, Santos (1999): *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy; y MIR, Conchita ed. (2001): *La represión bajo el franquismo*, Revista Ayer (nº43), Madrid, Asociación de Historia Contemporánea.

<sup>48</sup> CATALAN, Jordi (1995): *La economía española y la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Ariel, pág. 44 y págs. 53-56.



obstaculizando las ventajas que ofrecía la posición de neutral en la Segunda Guerra Mundial y estrangulando la economía más que los propios efectos del conflicto bélico<sup>49</sup>. Por otro lado, como consecuencia directa de la intervención en precios y en los suministros surgió un floreciente mercado negro (el “estraperlo”), cuya importancia fue tan grande que en casos como el del trigo superó en volumen al mercado oficial o estuvo muy de cerca de hacerlo, como en el caso del aceite de oliva. Como los precios clandestinos estaban de media entre las 2 y 3 veces los del mercado oficial, se favorecía la especulación, motivando que fabricantes y agricultores se fueran al mercado negro<sup>50</sup>.

La sociedad española de la posguerra tuvo que hacer frente al hambre y a la miseria generada por los efectos de la guerra civil y magnificada por la política económica del franquismo. La caída de la producción agraria produjo grandes carencias de alimentos, que la política de abastecimiento del nuevo régimen no consiguió solucionar. Paralelamente, se produjo un aumento del desempleo y una disminución del poder adquisitivo de los trabajadores como consecuencia de la caída de sus salarios reales<sup>51</sup>. Esta situación produjo un empeoramiento del nivel de vida de los españoles, obligando a la mayoría de la población a sufrir grandes privaciones. El fantasma del hambre se extendió por la geografía española y supuso que los más desfavorecidos muriesen de inanición. A su vez, la debilidad de la población española, atenazada por la miseria y el hambre, favoreció el estallido de enfermedades como el tifus, asociada a la falta de higiene y al hambre, así como la extensión de epidemias como la viruela en numerosas localidades españolas. La extrema penuria queda reflejada en las cifras de fallecidos por enfermedades asociadas a la desnutrición, que algunos autores sitúan en torno a las 200.000, y en la evolución de una serie de indicadores demográficos como el incremento de la mortalidad infantil, que excedió el nivel de 117% de 1930 llegando al 143% en 1941, o la caída del crecimiento vegetativo de la población española, que pasó de 11,4% en 1931 a un mínimo de 0,9% en 1941<sup>52</sup>.

Un factor que ensombrecía este negro panorama fue la labor represiva del régimen franquista, cuya manifestación más evidente fue el encarcelamiento masivo. Como indica Cazorla, sólo en Madrid se estima que había en junio de 1939 unos 50.000 prisioneros, alcanzando la población reclusa en España a finales de

---

<sup>49</sup> La neutralidad podía haber reportado grandes beneficios a la economía española, constatándose que la política autárquica seguida por Franco no era la única opción disponible. Los beneficios que España obtuvo de su neutralidad resultaron menores que los del resto de países neutrales que generalmente mejoraban en el sector exterior y en el ámbito industrial, sufriendo además mayores costes que ellos. CATALAN, J. (1995): págs. 59-75.

<sup>50</sup> CATALAN, J. (1995): págs. 244-252.

<sup>51</sup> CAZORLA, A. (2000): págs. 95-96.

<sup>52</sup> CARRERAS, Albert (2005): *Estadísticas históricas de España: siglos XIX-XX*, Madrid, Fundación BBVA, págs. 78-153.

1939 las 270.000 personas. Por ello, la maquinaria judicial franquista tuvo que trabajar deprisa, pero caóticamente, para juzgar a centenares de miles de prisioneros. Todavía en mayo de 1940 había en el país 103.000 reclusos condenados y decenas de miles estaban a la espera de juicio. En consecuencia, el celo represivo hacía que el número de presos desbordase la capacidad de las cárceles españolas. Por ejemplo, la cárcel modelo de Valencia, construida para albergar a 528 reclusos llegó a albergar a más de 15.000 personas<sup>53</sup>. Las condiciones de las cárceles eran degradantes, con falta de higiene, hacinamiento de presos y palizas sin el menor motivo. Como ha indicado la historiografía, la brutalidad de este tipo de actos era continua, al emplearse la tortura de modo sistemático. El común denominador de las prisiones españolas de la posguerra fue el hambre, que generaba epidemias y una gran mortandad. Los estudios provinciales han permitido deducir que en total hubo unos 4,600 fallecidos en las cárceles españolas por hambre y epidemias<sup>54</sup>.

Para Moradiellos, la intensidad de la represión también queda puesta en evidencia con la cifra estimada de 40.000 ejecuciones durante la posguerra. En conjunto, se ha calculado que la represión afectó al 15 por ciento de las 6.000.000 familias españolas existentes en 1935<sup>55</sup>. Indudablemente, el clima de terror, que se completaba con la represión ideológica y laboral, acabó con cualquier síntoma de disidencia, permitiendo al nuevo régimen consolidarse sin ningún tipo de resistencia. Como ha señalado Cazorla, la protesta masiva estaba descartada, ni siquiera los terribles efectos de la autarquía como la carestía de alimentos y el hambre, eran suficientes para movilizar a la población, ya que el miedo era demasiado grande<sup>56</sup>.

## **b) La política exterior franquista**

### **- Objetivos y formulación**

Aunque se ha llegado a afirmar que no hubo una política exterior durante el franquismo, nos parece obvio que los distintos gobiernos franquistas pusieron en marcha estrategias y acciones diplomáticas diferenciadas en respuesta a la evolución del contexto internacional. Como ha definido Deutsch, las prioridades de cualquier Estado en política exterior son el mantenimiento de la integridad nacional y la seguridad, así como la defensa y extensión de sus intereses

---

<sup>53</sup> CAZORLA, A. (2000): págs. 98-101.

<sup>54</sup> JULIA, S. (1999): págs. 288-301.

<sup>55</sup> MORADIELLOS, E. (2000): págs. 236-237.

<sup>56</sup> CAZORLA, A. (2000): págs. 105-107.

económicos<sup>57</sup>. Del mismo modo, el Nuevo Estado franquista estaba interesado en proteger la integridad nacional y acentuar el poder del Estado, con el objetivo prioritario de mantener el régimen. En este sentido, durante la Segunda Guerra Mundial se dedicaron las energías a la defensa del Nuevo Estado, a la espera de oportunidades para conseguir otras ganancias.

La acción exterior estuvo limitada por la naturaleza del propio régimen, que desde el ocaso de los regímenes fascistas le enajenó la simpatía de las naciones democráticas, lo que Rosa María Pardo Sanz ha definido como un “déficit de legitimidad”. La debilidad económica supuso otra grave limitación, dada la dependencia del exterior para el abastecimiento de materias primas básicas, especialmente durante la Segunda Guerra Mundial. Tampoco se disponía de aportaciones tecnológicas o culturales, tras el ocaso de las artes y de las ciencias que acompañó al fin de la Guerra Civil. Tan sólo se pudo sacar partido de la privilegiada posición geoestratégica de la Península Ibérica<sup>58</sup>.

Debido al carácter personal de la dictadura de Franco, las posiciones del Caudillo en materia exterior fueron determinantes en la elaboración de la política exterior española. Como ha señalado Ángel Viñas, la política exterior se trataba de “un coto vedado del Jefe del Estado”, donde Franco decidía la orientación general de la política internacional. En el Ministerio de Asuntos Exteriores se elaboraba la información y se diseñaban las distintas alternativas para la acción exterior española, pero era Franco quien siempre tomaba la decisión última. Al mismo tiempo, Franco intervenía directamente en asuntos que eran competencia del Ministerio, como el nombramiento de embajadores. En ocasiones, incluso tomaba decisiones sin consultar a sus ministros, llegando al extremo de ocultar datos clave para la elaboración de la política exterior<sup>59</sup>.

Aunque el Ministerio de Asuntos Exteriores tuvo a su cargo la dirección de la política exterior española, su labor durante el primer franquismo estuvo marcada por la interferencia de otros organismos, como la Falange o el Ministerio de Comercio, o la actuación de otras personas, como Carrero Blanco, Serrano Suñer siendo Ministro de Gobernación o militares como Muñoz Grandes o Vigón. Especialmente, cabe destacar la influencia de Carrero Blanco, determinante en la percepción del propio Franco de los acontecimientos internacionales a partir de 1941. Además, Carrero se encargó de informar técnicamente a Franco, para lo que contaba con sus propios servicios de información, además de tener acceso al

---

<sup>57</sup> DEUTSCH, K. W. (1988): págs. 97- 108.

<sup>58</sup> PARDO, Rosa María (1999): “La política exterior del franquismo”, capítulo V de MORENO, Roque y SEVILLANO, Francisco (1999): *El franquismo, visiones y balances*, Alicante, Universidad de Alicante, pág. 13.

<sup>59</sup> VIÑAS, Ángel (1986): *La política exterior del franquismo*, Historia 16, nº 121, pág. 10.

Ministerio de Asuntos Exteriores, y de vigilar el cumplimiento de sus órdenes. Del mismo modo, intervino en el cese de ministros y tuvo a su cargo la dirección de áreas como la política colonial<sup>60</sup>. Por otro lado, hay que señalar que la acción exterior española no estuvo sujeta a la discusión pública de las alternativas existentes en política internacional al existir en el país una férrea censura de prensa.

El intervencionismo de Franco y Carrero, junto a la rivalidad de las familias políticas en el seno del régimen, redujeron el margen de maniobra de los ministros de Asuntos Exteriores. Esto suponía la quiebra del principio de unidad de acción exterior, al darse frecuentemente el caso de que otros ministerios defendiesen políticas opuestas a las de Exteriores. De la misma manera, conviene destacar que los nombramientos de los ministros tuvieron una gran significación política, al estar sujetos al juego de contrapesos de las familias políticas que practicaba el Jefe del Estado. Esto significa que en dichos nombramientos no premiaba la preparación profesional para el cargo. De esta manera, al terminar la Guerra Civil Franco decidió confiar en militares para el desempeño de dicho cargo (Jordana y Beigbeder), mientras que el ascenso de Serrano Suñer estuvo relacionado con su preferencia por la fascistización del régimen. Su sucesión por Jordana estuvo ligada a su cercanía a la oposición militar y monárquica que desencadenó la caída del primero. A la muerte del general, Franco eligió a Lequerica, un monárquico reconvertido al franquismo. La personalidad de los ministros dejó su impronta personal en el Palacio de Santa Cruz. Por ejemplo, cabe recordar las diferencias de estilo entre Serrano Suñer y Jordana. Frente al relativo desorden de Serrano Suñer y sus intentos de imponer el fascismo en el Ministerio, se encuentran los métodos de trabajo de Jordana, que instaura una comunicación regular con los representantes de España en el exterior y que forma un equipo con diplomáticos profesionales de amplia experiencia.

El carácter personalista de la dictadura obliga a evaluar las ideas de Franco sobre las relaciones internacionales. Como ha apuntado Rosa María Pardo Sanz, de su condición de militar se desprendía su visión belicista de la política internacional, resultado de la rivalidad de los intereses de cada nación. Por otro lado, interpretaba la evolución de la vida internacional en clave conspirativa, donde el poder de las internacionales judeo-liberal-masónica y comunista tenían un peso determinante. Esta visión era heredera del tradicionalismo ideológico español, a la que se unían componentes de antiliberalismo y anticomunismo, junto a las aportaciones del nacionalismo y el fascismo<sup>61</sup>.

---

<sup>60</sup> PARDO, R. M. (1999): pág. 13.

<sup>61</sup> PARDO, R. M. (1999): págs. 14-15.

Esta combinación ideológica supuso el abandono de los objetivos tradicionales de la política exterior española, centrados en una acción europea y con un carácter colonial en África y cultural en Hispanoamérica. Finalizada la Guerra Civil, se puso fin a los esfuerzos diplomáticos centrados en la obtención de ayuda exterior y en anular diplomáticamente al bando republicano, produciéndose un giro de los objetivos españoles en materia exterior. El ideario nacionalista y fascista se tradujo en la aspiración de que España recuperase peso en el ámbito internacional. En aquellos momentos, el estallido de la Guerra Mundial parecía ofrecer la oportunidad al gobierno español de llevar a cabo sus aspiraciones imperialistas, participando en un Nuevo Orden mundial tras las victorias militares del Tercer Reich. Los objetivos irredentistas de la derecha española, como eran la devolución de Gibraltar o el ampliar las posesiones africanas, pasaron a ocupar la prioridad de las ambiciones franquistas en el exterior. La posibilidad de materializar los sueños imperiales estaba cerca ante el esperado debacle franco-británico en el conflicto europeo. Estos objetivos se reflejarían en el deseo de entrar en la guerra mundial y en la autarquía económica, entendida como un instrumento que garantizaba la independencia nacional.

#### - Medios y fuentes de información en Gran Bretaña

El principal problema que tuvieron que superar las relaciones del nuevo Estado franquista con el exterior fue la superación de la situación de provisionalidad que había existido durante el periodo de la Guerra Civil. El punto de partida para acometer dicho proceso fue la reorganización de la Carrera Diplomática a partir del Decreto-Ley de 11 de enero de 1937 por la que se anunciaba un nuevo escalafón y se creaba una Comisión Depuradora, encargada de estudiar las peticiones de ingreso (en realidad se trataba de continuar en su ejercicio) de los diplomáticos españoles en el extranjero y varios Tribunales para decidir sobre la incorporación de estos funcionarios al nuevo Estado<sup>62</sup>. El paso siguiente a la depuración de funcionarios fue la creación de organismos permanentes para la gestión de la acción del nuevo Estado. En este contexto, surgió el Ministerio de Asuntos Exteriores, dirigido por el general Francisco Gómez Jordana, sustituyendo en enero de 1938 a la Secretaría de Relaciones Exteriores que había dirigido hasta ese momento la política exterior de los insurgentes.

---

<sup>62</sup> Se examinaron 438 casos, de los que 72 fueron separados de la carrera, 18 jubilados y 36 declarados disponibles. CASANOVA, Marina (1987): "Depuración de diplomáticos durante la Guerra Civil", *Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea* (UNED), nº 1, págs. 361-378.

Al finalizar la Guerra Civil e irse extendiendo los reconocimientos internacionales al régimen de Franco, se fue normalizando la actividad diplomática. Sin embargo, los medios y recursos dedicados a la actividad diplomática fueron precarios, al no disponer la función exterior de suficiente cantidad presupuestaria para desarrollar sus labores ni para afrontar la tarea de reconstruir la red de representaciones españolas en el extranjero. De hecho, el cuerpo diplomático no era numeroso, tan sólo contaba con 360 funcionarios en 1939. La escasez de medios también se puso de manifiesto en la formación de dicho personal, faltando en muchos casos diplomáticos que pudieran hablar o leer las lenguas de sus países de destino, lo que limitaba su conocimiento del país donde se encontraban y determinaban la escasa fiabilidad general de la información que suministraban<sup>63</sup>. Por lo tanto, la carencia de medios económicos resultó determinante en la escasa relevancia de la acción exterior española durante el periodo cubierto por este trabajo.

Esta limitación de medios también afectaba a los representantes diplomáticos españoles destacados en Gran Bretaña, donde la eficacia de su labor se debía más a las conexiones del primer embajador franquista en Londres, el duque de Alba, que a la disposición de un abundante presupuesto. El papel más importante en la delegación española lo desempeñaba el embajador, puesto ocupado por el duque de Alba desde 1939 hasta 1945, cuya labor de propaganda y de obtención de información fue muy relevante. Gracias a la labor de Alba, Franco estaba muy bien informado de lo que sucedía en los círculos gubernamentales británicos. Sin embargo, dado el carácter personalista de la dictadura franquista, el duque tuvo poca influencia en la formulación de la política exterior respecto a Gran Bretaña. Además, su capacidad de acción se vio mermada por sus crecientes diferencias con Serrano Suñer, así como por su rechazo al totalitarismo imperante debido a sus convicciones monárquicas. En este sentido, el duque fue marginado por Beigbeder y por Serrano Suñer cuando la política exterior franquista se hizo más germanófila. Por el contrario, cabe destacar la buena relación que mantuvo con Jordana, quien confiaba en sus juicios sobre la política británica.

Respecto a la comunidad española en Gran Bretaña, podemos señalar que era relativamente pequeña y poco importante. Antes del estallido de la Guerra Civil, los residentes españoles se cifraban en unos 1.800, agrupados en su mayoría en torno a la ciudad de Londres. Otras ciudades que contaban con la presencia de pequeños núcleos de españoles eran Cardiff, Liverpool, Newcastle y Glasgow. La mayoría estaban ocupados en trabajos relacionados con la agricultura de exportación (de productos como la fruta o el vino) o eran empleados en la industria hotelera, en calidad de cocineros o camareros. La escasa relevancia de la colonia

---

<sup>63</sup> PARDO, R. M. (1999): pág. 20.

española se aprecia al observar que 26 de los 41 puestos consulares en 1936 estaban cubiertos por ciudadanos británicos<sup>64</sup>.

Después de la Guerra Civil, unos dos mil exiliados encontraron refugio en Gran Bretaña. Entre ellos se encontraban un gran número de políticos republicanos, destacando las figuras de Juan Negrín, último primer ministro de la República; Casares Quiroga, antiguo ministro de Gobernación y jefe de gobierno; el coronel Casado y Pablo de Azcárate, embajador en Londres durante la guerra española. Lamentablemente, los exiliados republicanos trasladaron sus rencillas y divisiones a Gran Bretaña. En cualquier caso, al encontrar la mayor parte residencia en Londres, esta ciudad se convirtió en uno de los centros neurálgicos del exilio español<sup>65</sup>. Por esta razón, Beigbeder ordenó al duque de Alba que organizara un servicio de vigilancia de las actividades “de los cabecillas rojos” en el Reino Unido. El embajador fue informando puntualmente a Madrid de los quehaceres de los exiliados republicanos<sup>66</sup>. El duque destacaba el escaso interés que despertaban entre la clase política británica, exceptuando al Partido Laborista, que los “trataba de mártires”<sup>67</sup>. Ninguno de los líderes republicanos gozó de ningún privilegio, cumpliendo con todos los requisitos y restricciones impuestos a los extranjeros en Gran Bretaña. A pesar del control al que estaban sometidas sus actividades, el gobierno británico se negó a expulsarlos del país, como pedían las autoridades franquistas. Esta decisión fue tomada en función de sus intereses políticos y estratégicos, ya que la oposición republicana podía ser utilizada como un arma arrojada contra Franco.

### **3. Factores condicionantes en las relaciones bilaterales**

Desde la crisis del Antiguo Régimen en el siglo anterior, España se encontraba en la órbita diplomática y económica de Gran Bretaña. El Imperio británico, conjuntamente con Francia, tutelaba al Estado español, débilmente integrado, con una economía mayormente agraria pero con una valiosa posición estratégica. En el ámbito económico, la hegemonía británica se reflejaba en la naturaleza de los intercambios comerciales y de los capitales invertidos en España. Por esta razón, durante el primer tercio del siglo XX, las relaciones hispano-

---

<sup>64</sup> MORADIELLOS, E. (1990): págs. 101-102.

<sup>65</sup> ARASA, Daniel (1995): *Exiliados y enfrentados: los españoles en Inglaterra de 1936 a 1945*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, págs. 15-50.

<sup>66</sup> Los informes del duque de Alba pueden verse en AMAE, R2223/11.

<sup>67</sup> Informe de Alba a Beigbeder, 9 de julio de 1940, AMAE, R2223/11.

británicas se caracterizaron por su asimetría, explicada por su naturaleza y por el distinto papel que ambos Estados jugaban en el plano internacional. Mientras que Gran Bretaña era una potencia plenamente industrializada, poseedora de un vasto imperio de abundantes recursos económicos y militares; España era una potencia de segundo orden que ocupaba una posición marginal en las relaciones internacionales. Además de la asimetría existente, otros factores de distinta índole determinaban las relaciones entre ambos países.

#### **a) Los factores tradicionales: estratégicos y económicos**

La verdadera importancia de España para el gobierno británico venía determinada por su posición geográfica, al dominar ambos lados del Estrecho de Gibraltar y flanquear con su extenso litoral atlántico y mediterráneo dos vías marítimas de gran interés económico y estratégico. La proyección sobre el Mediterráneo se reforzaba con las islas Baleares, mientras que las Islas Canarias reforzaban la presencia española en el Atlántico. La enemistad española podía plantear graves problemas a las comunicaciones entre la metrópoli británica y su Imperio, ya que desde bases españolas se podía actuar contra el tráfico atlántico y mediterráneo. Además, podía suponer una amenaza para la integridad de Gibraltar, “la llave del Mediterráneo”, que era una de las mayores bases de operaciones de la flota británica para la defensa de sus rutas atlánticas y mediterráneas, además de escala en el tráfico a América del Sur, África y Oriente Medio<sup>68</sup>.

Esta privilegiada posición estratégica es un factor fundamental para entender la preocupación con la que el *Foreign Office* seguía los acontecimientos españoles desde el periodo republicano, ya que sus repercusiones podrían tener una gran importancia para Gran Bretaña, especialmente dada la creciente tensión internacional durante el periodo de entreguerras. Del mismo modo, explica los motivos de la intervención extranjera en la Guerra Civil y la preocupación del gobierno británico ante la posibilidad de que el régimen español que surgiera de la contienda tuviera lazos estrechos con la Unión Soviética o con las potencias revisionistas. Por esta razón, interesaba asegurar que en el caso de un conflicto bélico en Europa, España se mantuviese neutral.

Las relaciones económicas entre España y Gran Bretaña se caracterizaban por haber sido muy estrechas desde el siglo XIX. Como en el plano de política exterior, reflejaban una subordinación de la posición española respecto

---

<sup>68</sup> MORADIELLOS, E. (1990): pág. 64.



de la británica. Tradicionalmente, el Reino Unido era el principal mercado de las exportaciones españolas y uno de los principales proveedores de la economía nacional. Durante el quinquenio republicano (1931-1935), el 23,3 por ciento de nuestras ventas al exterior fueron concertadas con dicho país. A su vez, Gran Bretaña suministró el 10,4 por ciento de nuestras importaciones<sup>69</sup>. En contraste con la magnitud que suponían estas cifras para la economía española, nuestras exportaciones tan sólo suponían en 1,7 por ciento de las compras que realizaba el Reino Unido, mientras que sus exportaciones a España representaban un 1,6 por ciento del total<sup>70</sup>. Estas cifras son una prueba de la asimetría de las relaciones económicas bilaterales.

La debilidad española en los intercambios era mayor, debido a la composición diferencial de los mismos. Fundamentalmente, los envíos españoles a Gran Bretaña eran productos alimentarios, sometidos a una dura competencia en el mercado internacional. Las exportaciones españolas se concentraban en productos como las naranjas, los tomates, las patatas y el vino. La única partida relevante que estaba firmemente asentada eran las materias primas como el mineral de hierro, la piritita o el mercurio, necesarias para la industria pesada y de armamento británicas. En contraste, las importaciones españolas eran principalmente productos manufacturados, maquinaria inexistente en el país, y una serie de materias primas básicas para la marcha de la economía nacional como el carbón. El saldo resultante de las transacciones bilaterales generaba un superávit que resultaba fundamental para abastecer al país de las divisas necesarias para realizar compras en los mercados internacionales. Como resultado de la crisis económica de los años treinta y de las medidas proteccionistas dictadas por las autoridades británicas que premiaban las importaciones de productos de los dominios y del Imperio respecto a los demás países, el superávit español en la balanza comercial fue reduciéndose entre 1931 y 1935, signo evidente de la debilidad de la posición española en los intercambios.

La posición dominante de Gran Bretaña en las relaciones económicas bilaterales se reforzaba por el volumen de inversión desplegado en España. Las inversiones británicas contaban con una larga tradición que se remontaba al siglo XIX. Su entrada se produjo para estimular la revolución industrial española, concentrándose en la construcción del ferrocarril y la explotación de las reservas mineras. Desde entonces hasta el comienzo de la Guerra Civil, el capital británico fue mayoritario entre la inversión foránea en España. Según un informe encargado

---

<sup>69</sup> MARTÍNEZ RUIZ, Elena (2003): *El sector exterior durante la autarquía, una reconstrucción de las balanzas de pagos de España (1940-1958)*, Madrid, Banco de España, págs. 75-76.

<sup>70</sup> Porcentajes ofrecidos en MORADIELLOS, Enrique (1996): *La perfidia de Albión*, Madrid, Siglo XXI, pág. 20.

por el Ministerio de Hacienda británico a la banca Lazard Brothers, que se terminó en 1937, el capital británico invertido en España ascendía a 40 millones de libras (unos 161 millones de dólares), representando aproximadamente un 1 por ciento de la inversión británica en el mundo. Para nuestro país, su significación era mayor, al representar el 40 por ciento del total de la inversión extranjera<sup>71</sup>. En 1940 tenemos constancia de la existencia de al menos 60 empresas británicas que operaban en España, lo que representaba más del 40 por ciento de las compañías extranjeras que se encontraban en nuestro país. En número absoluto, su presencia era mayor que la de cualquier otro país. Tan sólo Francia con 43 empresas se acercaba a dicha cifra, el resto de países tenían una presencia menor (véase Tabla 1). La importancia de las empresas británicas aumenta si se tiene en cuenta que se concentraban en sectores clave de la economía como la minería, el ferrocarril o las finanzas, extendiéndose su presencia en numerosos sectores de la actividad económica como el sector eléctrico y algunas industrias de alimentación dedicadas a la exportación (véase Tabla 2).

En la minería el capital británico tenía una posición hegemónica desde finales del siglo XIX. Diversas compañías como *The Tharsis Sulphur and Copper Co.*, *Huelva Copper and Sulphur*, *The Río Tinto Co.*, *The Seville Sulphur and Copper Co.* y *The Peña Copper Mines* explotaban los principales yacimientos en las provincias de Huelva y Sevilla. Estas empresas junto a otras compañías británicas de menor tamaño controlaban casi el 90 por ciento de la producción española en dicha zona. Por encima de todas destacaba *Río Tinto*, que concentraba la mayoría de la producción española de piritas. Esta compañía representaba la cuarta parte del capital británico invertido en España (unos 10 millones de libras). En la minería de hierro también había una presencia mayoritaria de capital británico. La empresa más importante era *The Orconera Iron Ore Co.*, con un capital de 2 millones de libras y que operaba en la provincia de Vizcaya. Otras compañías que explotaban el mineral de hierro eran *Baird's Mining Co.*, que también se encontraba ubicada en la misma provincia que la anterior, *The Bacares Iron Ore Mines*, que explotaba yacimientos en Almería y *The Alquife Mines Co.*, situada en Granada. También era relevante la presencia de capital británico en la *European and North African Mines*, valorada en 300.000 libras y propiedad de un consorcio dominado por la *Ebbw Steel, Iron & Coal*. Dicho consorcio también tenía una participación en la Compañía Española de Minas del Rif.

Después del minero, el sector que contaba con mayor presencia británica era el ferroviario. Las líneas construidas por firmas británicas comunicaban áreas de producción con destino a la exportación y puertos de embarque. Las principales compañías eran *Ferrocarril de Zafra a Huelva*, que

---

<sup>71</sup> Informe de la banca Lazard Brothers al Foreign Office, 8 de febrero de 1937, FO 371/21381, W3004.

operaba en la zona de producción de piritas, *The Great Southern of Spain Railway Co.*, valorada en 1,6 millones de libras que unía la cuenca minera murciano-granadina con el puerto de Águilas, *The Alcoy and Gandía Railway and Harbour Co.*, situada en la principal zona de agricultura de exportación y *The Anglo-Spanish Construction Co.* que realizó el tendido ferroviario entre Santander y Calatayud, valorada en 1,6 millones de libras.

Otros sectores en los que también había una presencia relevante de capital británico eran el eléctrico, donde *Fuerzas Motrices de Valle de Lecrín*, cuyo capital de 1,5 millones de libras estaba en manos de *Whitehall Electric Investments*, que suministraba electricidad en Granada y Almería. Junto a ésta, existían otras como la *Compañía Hispano-Americana de Electricidad*, donde la inversión británica totalizaba 1,25 millones de libras. Otra categoría relevante era la producción y comercialización de artículos agrícolas exportables al Reino Unido. La banca *Lazards* valoraba en 1 y 2 millones de libras respectivamente los intereses en la elaboración de aceite y vinos de jerez. En esta última categoría destacaban *Sandeman & Sons*, *González Byass & Co.*, *Mackenzie & Co.*, *Ruiz y Hermanos* y *Williams & Humbert*. En territorio español existían un conjunto de bancos británicos atraídos por el volumen de intercambios comerciales hispano-británicos. Destacaba el *Anglo South American Bank*, con siete sucursales en España. Junto a esta entidad se encontraban, *Lazards Brothers*, con una sucursal en Canarias, el *Banco de Londres y América del Sur*, *Blandy Brothers* y *Smyth, Hom & Cia*.

Tabla 1  
**EMPRESAS EXTRANJERAS EN ESPAÑA**  
**Año 1940. Calsificadas por nacionalidad**

	Nº de empresas
Inglesas	60
Francesas	43
Belgas	12
Alemanas	9
Italianas	7
Suizas	6
Canadienses	4
Danesas	3
USA	3
Brasileñas	1

Fuente: Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas

Tabla 2

**EMPRESAS BRITANICAS EN ESPAÑA**  
**Año 1940**

Nombre de la empresa	Región	Sector de actividad	Año de constitución	Capital social desembolsado (miles €)
Andalusia Water Company Ltd.	Andalucía (Algeciras)	Agua	1912	56
The Seville Water Works Co. Ltd.	Andalucía (Sevilla)	Agua	1883	287
City of Las Palmas & Power Co. Ltd.	Canarias (Las Palmas)	Agua y Electricidad	1913	98
Bank of London & South America	Madrid, Barcelona y Valencia	Banca	1862	4.040
Blandy Brothers & Co.	Canarias (Tenerife y Las Palmas)	Banca	1896	50 y 4m ptas
Lazard Brothers	n.d.	Banca	n.d.	n.d.
Smyth Hom & Cia	n.d.	Banca	n.d.	n.d.
The Anglo South American Bank Ltd.	Madrid, Barcelona, Sevilla, Bilbao, Valencia y Vigo	Banca	1916	6.633
Elder Sempster Ltd	Canarias (Las Palmas)	Buques	1913	92
Miller's Coaling Co. Ltd.	Canarias (Las Palmas)	Carbón	1920	250
Grand Canary Coaling Co. Ltd.	Canarias (Las Palmas)	Carbón y Agua	n.d.	n.d.
The Cooperative Wholesale Society	Valencia (Denia - Alicante)	Conservas frutas	antes de 1932	n.d.
The Great Southern of Spain Railway Co. Ltd.	Murcia (Águilas)	Ferrocarril	1885	691
The Alcoy and Gandía Railway and Harbour Co. Ltd.	Valencia (Gandía)	Ferrocarril y puerto	1889	32
Bairds Mining Company Ltd.	Santander (Guarnizo)	Minas	1914	300
British Iberian Minerals Ltd.	Murcia y Andalucía (Almería)	Minas	1932	1
Dome Mining Corporation Ltd.	Castilla - León (León)	Minas	1913	54
European and North African Mines Ltd.	Melilla	Minas	1927	193
Orcronera Iron Ore Co. Ltd.	País Vasco (Bilbao)	Minas	antes de 1885	2.000
San Finx Tin Mines Ltd.	Galicia (San Finx - La Coruña)	Minas	1933	50
The Alquife Mines and Railway Co. Ltd.	Andalucía (Alquife - Granada)	Minas	1900	450
The Asturiane Mines Ltd.	Asturias (Cangas de Onís)	Minas	n.d.	160
The Bacares Iron Ore Mines Ltd.	Andalucía (Bacares - Almería)	Minas	1899	108
The Huelva Copper and Sulphur Mines Ltd.	Andalucía (Huelva)	Minas	1903	201
The Peña Copper Mines Ltd.	Andalucía (Peña del Hierro - Huelva)	Minas	1900	179
The Rio Tinto Co. Ltd.	Andalucía (Río Tinto - Huelva)	Minas	1873	3.750
The Seville Sulphur & Copper Co. Ltd.	Andalucía (Sevilla)	Minas	1873	100
The Tharsis Sulphur and Copper Co. Ltd.	Andalucía (Huelva)	Minas	1866	1.250
The Carthage Minig & Water Co. Ltd.	Murcia (Cartagena)	Minas y Agua	1889	36
Alliance Assurance Co. Ltd.	Madrid	Seguros	1824	1.000
British Engine Boiler & Electrical Insurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	antes de 1923	140
Commercial Union Assurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1861	3.540
Merchants and Manufactures Insurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1934	50
North British and Mercantile Insurance Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1809	2.438
Palatine Insurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	n.d.	200
Pearl Assurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1927	1.500
Phoenix Assurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1782	1.005
Relaince Marine Insurance Co. Ltd.	País Vasco (Bilbao)	Seguros	1881	100
Royal Exchange Assurance	Andalucía (Cádiz)	Seguros	1720	947
Royal Insurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1845	2.780
Sun Insurance office Ltd.	País Vasco (Bilbao)	Seguros	1710	600
The British and Foreign Marine Insurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1863	1.340
The Caledonian Insurance Company	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1938	n.d.
The Gresham Life Assurance Society Ltd.	Madrid	Seguros	1882	22
The Guardian Assurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1821	1.025
The Legal & General Assurance Society Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1934	250
The Legal Insurance Company Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1917	100
The Liverpool & London & Globe Insurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1836	1.062
The London & Lancashire Insurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1862	1.456
The London Assurance Corporations	Canarias (Las Palmas)	Seguros	1720	1.000
The Northern Assurance Company Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1877	904
The Norwich Union Fire Insurance Society Ltd.	Andalucía (Málaga)	Seguros	1797	748
The Norwich Union Life Insurance Society Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1808	n.a.
The Union Marine and General Insurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1863	164
The World Marine & General Insurance Co. Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1921	100
Union assurance Society Ltd.	Cataluña (Barcelona)	Seguros	1714	50
Mac Andrews & Co. Ltd.	Cataluña, Levante, Andalucía y País Vasco	Transporte marítimo	antes de 1929	400
Gonzalez Byass and Co. Ltd.	Andalucía (Jerez - Cádiz)	Vinos	1896	329
Mackenzie & Co. Ltd.	Andalucía (Jerez - Cádiz)	Vinos	1900	83
Wisdom & Warter Ltd.	Andalucía (Jerez - Cádiz)	Vinos	antes de 1925	n.d.
BEA Ltd.	Madrid	Turismo	1947	20
The Gresham Fire & Accident Insurance Society Ltd.	Madrid	Seguros	1949	300
Lloyd's Register of Shipping	Madrid	Buques	1956	1.000
The Continentals Assurances Company of London Ltd.	Madrid	Seguros	1947	200

Fuente: Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas

El elevado volumen de las inversiones británicas en España significaba que Gran Bretaña tuviese interés en mantener unas buenas relaciones económicas con el régimen franquista. Durante el periodo considerado en este trabajo, una de las preocupaciones de las autoridades británicas era la posibilidad de que se produjera un proceso de nacionalización de empresas foráneas, dado el cariz nacionalista y autárquico que tomaba la economía española. A pesar de las restricciones impuestas por la legislación española, el grado de dificultades que encontraron las compañías británicas no fue homogéneo. Por otra parte, en Londres se pensaba que una nueva desestabilización interna podía afectar a sus intereses económicos en la zona. Especialmente, si resultaba en la instauración de un régimen comunista.

## **b) Nuevos factores: ideológicos y bélicos**

Tras la Guerra Civil los contenidos de las relaciones bilaterales cambiaron ligeramente al surgir nuevos factores que complicaron las relaciones entre ambos Estados. Para comenzar, ambos países estaban situados en extremos opuestos tanto en sistema político como económico, pasando por su alineamiento internacional. Como hemos visto, la España de la posguerra era una dictadura con tintes fascistas, en la que las nuevas autoridades imponían una férrea autarquía y una política represiva y de control de la opinión pública. La Guerra Civil marcó profundamente a la sociedad española de la posguerra. Uno de los factores que tuvo gran influencia fue el intenso anticomunismo del nuevo régimen, como se pone de manifiesto en la política interior y exterior española del franquismo.

Por el contrario, Gran Bretaña era una democracia de masas, con una economía liberal y una opinión pública independiente. El sentimiento de rechazo hacia el régimen de Franco, expresado por la sociedad británica al final de la Guerra Civil, se incrementó por su similitud y alineamiento ideológico con los enemigos de la nación. Como resultado, las diferencias entre ambos Estados provocaron un empeoramiento de las relaciones bilaterales. Hay que señalar que las autoridades franquistas contribuyeron a que Gran Bretaña tuviera una mala imagen en la psicología colectiva, como prueba la actitud de la prensa española durante la mayor parte del periodo que cubre este trabajo.

La carga ideológica del Nuevo Estado franquista supuso un factor de distorsión en las relaciones bilaterales. En el campo económico la imposición de una férrea autarquía frenó los intercambios económicos hispano-británicos. En materia de política exterior, Franco quiso superar la posición de subordinación respecto a Francia y Gran Bretaña que tradicionalmente había jugado España en el

escenario internacional. Esta nueva orientación se materializó en el alineamiento diplomático de España con las potencias revisionistas, que se convirtieron en enemigos del Imperio británico en la Segunda Guerra Mundial.

Dicho conflicto, que estalla en Europa a comienzos de septiembre de 1939 y que pronto adquiere una escala mundial, fue el factor principal que marca las relaciones hispano-británicas durante el periodo que estudiamos. La Segunda Guerra Mundial enfrentó a un conjunto de naciones con regímenes de tipo autoritario (Alemania, Italia y Japón) que buscaban revisar el status quo internacional para ampliar su cuota de poder en el mundo frente a las naciones como Gran Bretaña y Francia que tradicionalmente dominaban dicha esfera. Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el valor de la posición geográfica española se incrementó, por la posibilidad de que la entrada española en el conflicto del lado del Eje pudiera detener el tráfico en el Estrecho de Gibraltar, dañando la principal ruta de comunicaciones y abastecimiento aliada con el Frente Mediterráneo y el Extremo Oriente. Por este motivo, la postura española resultó clave durante los meses en los que Gran Bretaña tuvo que enfrentarse sola a la maquinaria bélica italo-germana.

La situación de guerra mundial influyó también decisivamente en el devenir de las relaciones económicas bilaterales. Cualquier conflicto de esa escala provoca dificultades en los intercambios e inestabilidad macroeconómica, que pueden alterar las relaciones económicas entre distintos países. Sin embargo, la mayor complicación que trajo consigo el conflicto para las relaciones económicas bilaterales fue motivada por el alineamiento del régimen franquista junto a las potencias del Eje, enemigas de Gran Bretaña. A pesar de la postura neutral española, su cercanía ideológica y diplomática al Eje dificultaba el acceso a los mercados aliados. Además, durante la Segunda Guerra Mundial se consolidó el desvío del comercio exterior español a las potencias fascistas, iniciado durante la Guerra Civil. Las exportaciones españolas siguieron siendo desviadas hacia Alemania e Italia, incluyendo minerales de alto valor estratégico. Como consecuencia, se generó una gran desconfianza entre ambas partes. La principal cuestión para los británicos, interesados por razones estratégicas en el mantenimiento de la neutralidad española, era si debían comerciar con un país que podía convertirse en su enemigo en el futuro.

## **Capítulo II. ANTECEDENTES: LAS RELACIONES ENTRE INSURGENTES Y BRITÁNICOS DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

### **1. El estallido de la Guerra Civil**

De todos los conflictos exteriores durante el siglo XX, la Guerra Civil española fue la que causó un mayor impacto en la vida política, social y cultural británica. Inicialmente se percibió como un conflicto extraño y ajeno. Sin embargo, la percepción fue cambiando con el curso de la guerra debido a la carga ideológica del conflicto, presentado como una lucha entre comunismo y cristianismo o una confrontación entre fascismo y democracia. La opinión pública británica se fue apasionando a medida que avanzaba el conflicto por su coincidencia con un periodo de crisis política internacional provocada por el auge del fascismo.

La política británica respecto a la Guerra Civil no fue coherente ni determinada, ya que después de las primeras semanas, tuvo que tener en cuenta consideraciones legales, humanitarias y diplomáticas. La rápida internacionalización de la guerra y la amenaza de que provocara un conflicto bélico en Europa significó que cualquier reflexión sobre las formas de gobierno en España pasara a un segundo plano. Como afirmó Eden a comienzos de 1937, la principal preocupación británica era que el conflicto no se propagara fuera de las fronteras españolas<sup>72</sup>. A partir de finales de 1936, la política británica respecto a la guerra española no se puede separar de la cuestión de las relaciones con Italia y Alemania. La compleja situación internacional motivó que dicha política disgustara a ambos contendientes, situación que no preocupaba a los dirigentes británicos ya que confiaban que el bando que saliera vencedor en el conflicto buscaría la ayuda financiera de Gran Bretaña para la reconstrucción del país.

Como veremos, el gobierno británico contribuyó decisivamente a la victoria de los nacionales con su defensa de la No-Intervención. El triunfo de éstos en la contienda permitió la instauración de un régimen dictatorial encabezado por el general Francisco Franco, principal dirigente militar y político de los sublevados, que sustituyó al sistema parlamentario republicano. A pesar de ello, la larga duración de la guerra y el devenir de las operaciones militares influyeron decisivamente en las relaciones entre Gran Bretaña y la España nacionalista,

---

<sup>72</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 131-132.

durante un periodo que se caracterizó por el aumento de la tensión internacional que desembocaría en el estallido de la Segunda Guerra Mundial. De este modo, el estudio de las relaciones entre insurgentes y británicos durante la Guerra Civil nos ayuda a comprender la situación de partida en las relaciones hispano-británicas durante dicho periodo<sup>73</sup>.

### a) La insurrección militar y la definición de la postura británica

El levantamiento militar contra el gobierno republicano comenzó el 17 de julio de 1936 en Melilla. Las unidades militares sublevadas, las mejores del Ejército español, pronto se hicieron con el control del protectorado de Marruecos. Ese mismo día, se sublevaron los mandos militares de las divisiones peninsulares que participaban en la insurrección. Pronto se evidenció el fracaso del pronunciamiento, que sólo triunfó en dos de las mayores ciudades del país, Sevilla y Zaragoza, permaneciendo bajo control gubernamental el resto, Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia. Desde el primer momento, el territorio nacional quedó dividido en dos zonas en función del éxito que obtuvieron los militares sublevados. Los insurgentes sólo consiguieron controlar una serie de zonas en el norte y centro de España (Galicia, Castilla la Vieja, León, Álava y Navarra), gran parte de Aragón, Baleares (excepto Menorca), Marruecos y Canarias, así como un núcleo andaluz en torno a Sevilla<sup>74</sup>. Por su parte, los republicanos mantuvieron el control del País Vasco (excepto Álava), Asturias (excepto Oviedo), Castilla la Nueva, Madrid, la mayor parte de Extremadura, Cataluña, Levante y Andalucía (excepto Sevilla y Granada). La zona fiel al gobierno contaba con los principales núcleos industriales y urbanos, una mayor población (unos 14 millones de habitantes), además de los recursos financieros del Banco de España. El bando sublevado dominaba un área de menor extensión y población (unos 10 millones de habitantes), menos industrializada (con la excepción de las minas de piritas de Huelva y el hierro marroquí), pero que contaba con la principal zona cerealista y ganadera.

---

<sup>73</sup> Para el análisis de dicha cuestión he utilizado las siguientes monografías: las obras ya mencionadas de MORADIELLOS, E. (1990): *Neutralidad benévola*, Oviedo, Pentalfa, que examina la política seguida por el gobierno británico ante la guerra de España durante 1936; y MORADIELLOS, Enrique (1996): *La perfidia de Albión*, Madrid, Siglo XXI, donde extiende el análisis de la política británica respecto a la guerra civil hasta el final de la contienda; tema que es abordado también por AVILES, Juan (1994): *Pasión y Farsa, franceses y británicos ante la guerra civil española*, Madrid, Eudema; EDWARDS, Jill (1979): *The British Government and the Spanish Civil War*, Londres, Macmillan y la obra de BUCHANAN, Tom (1997): *Britain and the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press.

<sup>74</sup> Para estudiar el desarrollo del alzamiento militar hasta la configuración de una línea divisoria entre el territorio sublevado y el controlado por el gobierno republicano, véase THOMAS, Hugh (1995): *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, volumen 1, capítulos 14 y 15, págs. 239-283.



La aparente desventaja de los sublevados se compensaba en el plano militar, al tener el apoyo de la mitad de los miembros del Ejército peninsular además del curtido Ejército de África y una estructura de mando cohesionada y operativa. En cambio, el gobierno republicano sufrió la defección de la mayoría de la oficialidad, por lo que la defensa de la República quedaba en manos de las milicias de izquierdas dirigidas por los pocos oficiales que habían permanecido fieles<sup>75</sup>. Esto suponía que, a pesar del evidente fracaso del golpe, los sublevados tuvieran la capacidad militar y las bases necesarias para coordinar un esfuerzo bélico contra las autoridades republicanas, por lo que el levantamiento degeneró en una guerra civil a gran escala.

El aplastamiento de la sublevación en la zona republicana supuso el comienzo de la revolución tras el colapso de las estructuras del Estado y la movilización popular que hizo frente a la insurrección. Por toda la zona republicana se formaron juntas y comités de los partidos y sindicatos de izquierdas, que asumieron las funciones políticas y administrativas del Estado en su ámbito de actuación. La disolución de los restos del Ejército y los recelos de ciertos sectores de izquierdas ante el hecho militar, supuso que los primeros defensores armados de la República fuesen las milicias obreras. La revolución fue acompañada de una oleada incontrolada de destrucciones, saqueos y asesinatos de militares, sacerdotes, derechistas y empresarios<sup>76</sup>. Por otro lado, la situación permitió que se produjeran numerosas expropiaciones y colectivizaciones de empresas, sobre todo en zonas con fuerte presencia anarquista como Cataluña. Todos esos hechos demostraban la incapacidad del gobierno para imponerse sobre los acontecimientos durante los primeros meses de la contienda. Además, puso de manifiesto las diferentes actitudes de los partidos y sindicatos en la zona republicana respecto a las transformaciones revolucionarias que se llevaban a cabo en la retaguardia. Esta división interna debilitaba la defensa de la República y dificultaba el apoyo de las potencias democráticas.

Los informes que llegaron a Londres sobre los acontecimientos en la zona republicana tras la derrota de la insurrección militar, llenaron de alarma y preocupación al *Foreign Office*. La imagen que transmitían tanto sus agentes como otras fuentes de información, mostraban como las principales ciudades estaban bajo el control de fuerzas revolucionarias, masas de obreros y sindicalistas armados. La

---

<sup>75</sup> No obstante, la República mantuvo el control de dos tercios de la reducida aviación española, así como de la mayoría de la flota naval, al sublevarse la marinería contra los oficiales rebeldes, devolviendo el control de los buques al gobierno. SALAS LARRAZABAL, Ramón y Jesús María (1986): *Historia General de la Guerra de España*, Madrid, Rialp, págs. 33-64.

<sup>76</sup> En la actualidad, se estima que los asesinatos cometidos en la zona republicana durante la contienda no debieron superar las 50.000 personas. Cifra mencionada en JULIA, S. (1999): págs. 406-410.

parafernalia revolucionaria, tanto la hoz y el martillo como grandes retratos de Lenin y Largo Caballero se desplegaban por todas partes, incluyendo los edificios oficiales, reforzando la creencia de que en España se estaba reproduciendo la misma situación que durante la revolución rusa de 1917. Frente a la inquietante situación en la zona republicana, donde había estallado la revolución, los informes que llegaban desde la zona nacional transmitían una imagen de tranquilidad y normalidad<sup>77</sup>. Estos hechos reafirmaron la percepción del gabinete Baldwin que en la zona republicana se estaba desarrollando un proceso revolucionario que el gobierno existente era incapaz de atajar.

Esta interpretación de los hechos concordaba con la imagen configurada de la realidad española desde el triunfo del Frente Popular en las elecciones de 1936, circunstancia que hizo resurgir en el *Foreign Office* el temor de que el gobierno republicano fuera sobrepasado por las fuerzas revolucionarias<sup>78</sup>. A lo largo de los meses de gobierno del Frente Popular fue cobrando fuerza una imagen de la situación española que se asemejaba al periodo que transcurre entre febrero y octubre de 1917 en Rusia, que culminó con el derrocamiento del gobierno liberal de Kerenski por los bolcheviques. En base a esta interpretación de la realidad española, el país había entrado en una fase de “tipo Kerenski” cuya resolución dependía de la potencia de las fuerzas revolucionaras y contrarrevolucionarias. El recelo sobre la capacidad del gobierno republicano para cortar la crisis revolucionara se fue acentuando en los meses siguientes a medida que el gobierno británico recibía noticias de la alarmante situación en España. El propio embajador sir Henry Chilton transmitía en sus informes su grave preocupación por la situación en la que se encontraba el país. Estos informes se complementaban con fuentes no oficiales, como la visita del historiador Arthur Bryant, quien gozaba de la confianza de Baldwin y que transmitió una visión muy pesimista del curso de los acontecimientos en España<sup>79</sup>.

Los continuos desordenes, las huelgas y los asesinatos políticos provocaron que a comienzos del mes de julio el Frente Popular se hubiese enajenado de cualquier simpatía en el *Foreign Office* y en el gobierno británico, suscitando una desconfianza total en todos sus ordenes de actuación. La interpretación por parte de la prensa moderada y conservadora de los

---

<sup>77</sup> MORADIELLOS, E. (1990): págs. 137-145.

<sup>78</sup> Desde la instauración de la República en abril de 1931 el Foreign Office y ciertos miembros del gobierno británico abrigaban el temor de que los gobernantes republicanos fueran víctimas de un proceso revolucionario. SMYTH, D. (1986): págs. 58-90. Esta misma tesis puede encontrarse en la ya mencionada obra de LITTLE, Douglas (1985): *Malevolent neutrality. The United States, Great Britain, and the Origins of the Spanish Civil War*, Londres, Cornell University Press.

<sup>79</sup> BUCHANAN, T. (1997): pág. 45.

acontecimientos que sucedieron en España durante los meses que transcurren desde febrero a julio de 1936 vino a coincidir y reforzar la percepción que tenía el *Foreign Office* y que transmitían tanto los diplomáticos acreditados en España como los residentes británicos, de que la dinámica política existente en el país se asemejaba a la rusa pre-revolucionaria<sup>80</sup>. Además, hay que señalar que desde julio de 1932 existía en Gran Bretaña un grupo de monárquicos españoles que junto a destacadas personalidades inglesas realizaban labores de propaganda monárquica y desprestigio del gobierno republicano. Para ello contaron con el apoyo de diversos medios de comunicación conservadores como el *Daily Mail* o el *Daily Telegraph*. Este grupo desde febrero de 1936 se entregó a labores abiertamente conspirativas contra la República<sup>81</sup>.

De este modo, durante las primeras semanas de la contienda fue cristalizando en medios diplomáticos y oficiales británicos la imagen de una España sumida en un proceso revolucionario. Al mismo tiempo, se agudizaba el recelo anti-soviético, al sospechar que la URSS estaba fomentando el proceso a través del apoyo que la Komintern prestaba a la izquierda socialista y al partido comunista. En consecuencia, se interpretó que la Guerra Civil no era sino la resolución de un largo conflicto que enfrentaba a revolución y contrarrevolución. Para Londres, el final de este proceso “Kerenski” había revelado la incapacidad del gobierno español para hacer frente a la situación, especialmente al legitimar al movimiento revolucionario obrero. Sin embargo, el caso español era diferente al ruso, ya que la legitimidad formal se había quedado en el campo donde se desataba la revolución.

En las primeras semanas del conflicto, el gobierno británico tuvo que tomar decisiones para resolver una serie de problemas inmediatos que planteaba la guerra española, así como definir su postura respecto a la contienda. Dado el poco interés que el primer ministro Baldwin prestaba a la política internacional, la responsabilidad de la elaboración de la política exterior recaía sobre el *Foreign Office*, una institución de elite, ya que todos sus miembros procedían de Oxford y de los mejores colegios ingleses. A su cabeza se encontraba el impulsivo Anthony Eden, miembro del ala más liberal del partido conservador británico y cada vez más marginado dentro del gobierno.

En primer lugar, hay que señalar que las primeras decisiones del *Foreign Office* se tomaron en un ambiente marcado por la confusión generalizada. Tras los rápidos cambios de gobierno en la zona republicana, no se sabía con

---

<sup>80</sup> FERNÁNDEZ-LONGORIA, Miguel (2005): “La percepción de los acontecimientos políticos españoles de enero a julio de 1936 en la prensa inglesa”, *Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea* (UNED), nº 17, págs. 191-205.

<sup>81</sup> MORADIELLOS, E. (1990): págs. 111-117.

certeza quien gobernaba en Madrid, especialmente teniendo en cuenta que la acción de las masas obreras armadas sugería que había estallado la revolución y que el gobierno republicano había perdido el control de la situación. De la misma manera, las atrocidades cometidas en territorio gubernamental causaron una enorme repulsa tanto en el gabinete como en el *Foreign Office*. En segundo lugar, la imagen de una España sumida en el caos revolucionario fue recibida de manera preocupante por los círculos gubernamentales y diplomáticos británicos, donde se creía que el comunismo representaba la mayor amenaza al orden en Europa. El anticomunismo fue un factor muy relevante en la definición de la postura inicial británica ante la contienda española. No en vano Samuel Hoare, entonces Lord del Almirantazgo, dijo que ninguna decisión británica debía reforzar al comunismo en España. El anticomunismo estaba omnipresente en el *Foreign Office*, compartiendo los representantes diplomáticos británicos destacados en España la misma actitud. El embajador Chilton fue siempre muy crítico con la República. Sus opiniones eran compartidas por la mayoría de los cónsules británicos, sobre todo por el cónsul de Barcelona, Norman King, que era un feroz anticomunista. Muchos de ellos creían que los acontecimientos españoles vindicaban sus advertencias anteriores. Los diplomáticos británicos se sentían más cómodos socialmente con los insurgentes que con los republicanos. Aunque durante la guerra ayudaron a escapar a muchos seguidores del bando nacional de una muerte segura, su labor fue completamente imparcial, al contribuir también a la evacuación de numerosos simpatizantes republicanos<sup>82</sup>.

Por lo tanto, el rechazo ideológico a la República estuvo presente en la respuesta inicial británica ante la crisis española. No hay duda que el gobierno británico no veía fundamental para sus intereses nacionales la supervivencia del régimen republicano, por lo que estaba abierto a considerar formas de gobierno alternativas. Dada la hostilidad existente hacia la República y el temor a que degenerase en un régimen comunista, existía una predilección inicial en el gobierno británico hacia un gobierno militar que devolviese la estabilidad a España. Como el *Foreign Office* y el gobierno británico dudaban de la capacidad española de gobernarse de forma eficiente y democrática, entre las posiciones de extrema izquierda y extrema derecha, consideraban que la opción autoritaria era la apropiada para el nivel de desarrollo del país<sup>83</sup>.

Otro factor que influyó decisivamente en su actitud fue el impacto del estallido de la revolución sobre los intereses económicos británicos. Multinacionales como Río Tinto o Barcelona Traction vieron sus instalaciones

---

<sup>82</sup> BUCHANAN, T. (1997): pág. 40-42

<sup>83</sup> BUCHANAN, T. (1997): pág. 44-46.

ocupadas y sus fondos confiscados por funcionarios de la República y obreros armados, al igual que sucedió con empresas británicas de menor entidad<sup>84</sup>. La impresión causada por estas noticias reforzó la opinión negativa que el *Foreign Office* tenía de las autoridades republicanas, demostrando las intenciones verdaderamente revolucionarias de sus partidarios. Londres tenía presente la experiencia rusa, donde se había mostrado que los procesos revolucionarios eran una grave amenaza a las inversiones extranjeras, al ir acompañados de numerosas expropiaciones y nacionalizaciones. Como más de la mitad del capital británico invertido en España se encontraba en la zona republicana, el gobierno británico se vio forzado a adoptar una postura firme ante la campaña de incautaciones y expropiaciones llevadas a cabo por las fuerzas revolucionarias, que suponían un agravio directo contra la República. Frente a las colectivizaciones e incautaciones que se producían en la zona republicana, en el bando nacional se apreciaba un respeto a la actividad económica. Por lo tanto, el gobierno británico consideró la protección de sus intereses económicos en la formulación de su política exterior respecto a la Guerra Civil.

Teniendo en cuenta todos los factores mencionados, las autoridades británicas decidieron adoptar una posición de neutralidad respecto al conflicto español. En ausencia de amenazas a los intereses británicos en la zona, como la base aeronaval de Gibraltar, el gobierno británico adoptó una postura de “esperar y ver” como se desarrollaban los acontecimientos. Sin embargo, al negar la asistencia a un gobierno legítimamente constituido, para no favorecer por ningún medio el esfuerzo bélico republicano ni la supresión del levantamiento militar, la postura británica se convertiría en benévola hacia los insurgentes. La actitud británica supuso un duro golpe diplomático a la República, a la vez que cubría las mejores expectativas de los insurgentes, perfectamente conscientes del sentido favorable de la neutralidad británica. La preferencia de Londres en el conflicto español era la victoria rebelde, ya que el triunfo de los militares sublevados podía sofocar el foco de bolchevismo que amenazaba con desestabilizar el orden internacional, al temer el *Foreign Office* que la revolución se extendiese a Francia si triunfaba en España. Por esta razón, los gobernantes británicos decidieron confiar en el estamento militar español, que lideraba el movimiento insurgente, ya que existía una amplia coincidencia con sus objetivos contrarrevolucionarios, y porque tradicionalmente mantenían buenas relaciones con Gran Bretaña. Por lo tanto, la prevención antirrevolucionaria y la desconfianza hacia todo síntoma de bolchevismo en Europa determinaron la postura del gobierno británico ante la insurrección militar en España de julio de 1936.

---

<sup>84</sup> Igual suerte tuvieron la Great Southern of Spain Railway Co. en Murcia, Fuerzas Motrices del Valle de Lecrín en Almería o las subsidiarias de la Shell o de la Imperial Chemical Industries. MORADIELLOS, E. (1990): pág. 167.

Sin embargo, los gobernantes británicos tenían unos factores internos que considerar a la hora de elaborar su política hacia España. Aunque Baldwin mantenía una amplia mayoría en la Cámara de los Comunes, tuvo que tener en cuenta la fuerte presencia sindical y parlamentaria del laborismo y la simpatía que medios populares e intelectuales tenían hacia la República española. Como ha señalado Watkins, la guerra española dividió al pueblo británico, haciendo que los distintos grupos sociales e ideológicos se identificaran con uno u otro bando, despertando una pasión política y una movilización social sin precedentes. De esta manera, los sectores conservadores y derechistas mostraron su preferencia con los sublevados merced a su simpatía de clase, el factor religioso y el impacto de las atrocidades cometidas por el bando republicano. Para estos grupos sociales, los sucesos en España venían a confirmar sus peores temores respecto al comunismo internacional. Por su parte, el laborismo y la izquierda británica defendieron la causa republicana, con la intención de evitar los desastres que habían experimentado las organizaciones obreras en Alemania, Austria e Italia<sup>85</sup>. Todos los sectores sociales vieron una nueva y atractiva sociedad siendo creada en su parte afín de España.

La opinión pública británica, que ya se había ido polarizando ante la evolución política española a comienzos de 1936, reflejó también estas divergencias. A pesar de que la mayoría de la población favorecía la causa republicana, las profundas divisiones que afectaban a la izquierda británica impidieron que el apoyo popular se tradujera en acción política. En este sentido, la guerra española agravó el conflicto existente en el seno del laborismo entre la dirección y el ala izquierda del partido, reduciendo su capacidad de intervenir en la vida política británica<sup>86</sup>. En cualquier caso, parte de la población británica, contraria a la actitud de su gobierno, procedió al envío de alimentos y medicinas, junto a voluntarios para combatir al lado de la República<sup>87</sup>.

En cualquier caso, el gobierno británico era consciente de la división que provocaba la guerra española en el país, amenazando con fracturar la estabilidad política interna. Como la política gubernamental necesitaba el máximo consenso interno para desarrollar los planes de recuperación económica y de apaciguamiento europeo, las autoridades británicas fueron obligadas a actuar con la máxima prudencia posible para salvaguardar la unidad de la acción política. Esta

---

<sup>85</sup> Para un análisis detallado de la cuestión, léase la obra de WATKINS, K. W. (1963): *Britain divided, the effect of the Spanish Civil War on British political opinion*, Londres, Thomas and Sons.

<sup>86</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 249-253.

<sup>87</sup> Durante la guerra unos 2.500 británicos combatieron en las Brigadas Internacionales defendiendo la causa republicana. Unos 500 murieron en combate. Para un estudio más detallado del tema, véase la obra de HOPKINS, James K. (1998): *Into the Heart of the fire, the British in the Spanish Civil War*, Stanford, Stanford University Press.

circunstancia impedía una declaración explícita de apoyo a los rebeldes, que podía convertirse en un arma peligrosa en manos de la oposición laborista.

En este contexto, la postura de neutralidad se presentaba como la mejor solución posible, ya que ofrecía la posibilidad de mantener buenas relaciones con ambos contendientes. A pesar del presunto respeto a las normas internacionales, no se tenían ninguna intención de ayudar al bando republicano, al que se perjudicaba gravemente con esta postura que negaba la asistencia a un gobierno legítimamente constituido. La ventaja de esta posición es que permitía aparentar una imagen de equidistancia hacia los dos contendientes, alineándose con la opinión pública de su país que favorecía la no-intervención en los asuntos españoles.

Las primeras medidas de las autoridades británicas hacia los dos contendientes nos revelan cómo se iba a desarrollar su política, mostrando que la aparente imparcialidad de la postura oficial en realidad se rompía por la preferencia existente hacia la victoria militar de los sublevados. Prueba de ello, fueron las medidas tomadas respecto a Tánger y Gibraltar, que impidieron que la flota de guerra republicana repostara en dichos puertos, junto al embargo de armas a la República, seguida de la negativa de aceptar los derechos de beligerancia marítima de su flota. De esta manera, el gobierno republicano encontraba grandes dificultades para mantener el bloqueo naval del Estrecho e impedir el paso de las tropas sublevadas en África a la Península. Al no poder ejercer la supremacía naval en el Estrecho, las autoridades republicanas tuvieron que dedicar sus buques casi exclusivamente a la escolta del tráfico mercante procedente o dirigido hacia puertos republicanos.

Sin embargo, el cambio en la correlación de fuerzas navales en la zona presentó un nuevo problema al gobierno británico, ya que la falta de derechos de beligerancia de los sublevados penalizaba la actuación de su flota en las labores de bloqueo, al impedirles interrumpir en alta mar el tráfico comercial con los puertos republicanos. Londres esperaba que el problema fuese temporal, al confiar en la pronta victoria militar de los insurgentes. Dicha victoria se esperaba que se produjera de forma inmediata, ya que la impresión existente en el servicio de inteligencia militar fue que la guerra sería breve, al comprobar como la resistencia republicana ante el avance hacia Madrid se derrumbaba y como los insurgentes cortaban las comunicaciones de la bolsa republicana del norte con Francia. La esperada entrada en Madrid de las tropas nacionales justificaría la inmediata concesión de los derechos de beligerancia a las autoridades insurgentes.

## b) La influencia del contexto internacional

Como veremos a continuación, la postura británica respecto a la contienda española respetaba las líneas maestras de la política de apaciguamiento que venía desarrollando en Europa. En vista de la multiplicidad de conflictos potenciales, el revanchismo nazi en Europa central, el militarismo japonés en el Extremo Oriente y el expansionismo italiano en el Mediterráneo, existía un grave peligro de desbordamiento de los recursos militares británicos. A este hecho, se le unía la percepción de que Francia no era un aliado del que se podía depender en caso de conflicto, ya que se consideraba que estaba profundamente debilitado por sus divisiones políticas internas. Por estas razones, los objetivos de las autoridades británicas en materia exterior fueron la reducción del número de enemigos potenciales y la disminución de la tensión en los focos de tensión internacional. La creciente tensión internacional tendría una influencia decisiva en la política británica respecto al conflicto español.

Las primeras acciones exteriores de ambos contendientes tras el estallido de la Guerra Civil fueron la búsqueda de ayuda internacional en forma de suministros bélicos y la neutralización de los esfuerzos diplomáticos de los oponentes. El gobierno republicano acudió a las potencias democráticas y a la Unión Soviética, aunque tan sólo consiguieron la asistencia encubierta de Francia y el soporte financiero ruso. Por su parte, los sublevados consiguieron el apoyo de los gobiernos de Alemania, Italia y Portugal<sup>88</sup>. La internacionalización del conflicto, tras las peticiones de ayuda al exterior de ambos contendientes, provocó en los gobernantes británicos el temor a que la guerra en España rompiera su estrategia de apaciguamiento y precipitara una guerra en Europa. En este sentido, los gobernantes británicos creían que no merecía la pena correr el riesgo de oponerse a la intervención italo-germana para defender un gobierno de tintes revolucionarios. Por otra parte, dado su profundo recelo anticomunista, las autoridades británicas temían que la ayuda francesa a los republicanos significara la expansión del comunismo al otro lado de los Pirineos. Ambas circunstancias, reforzaron la postura de neutralidad adoptada y la necesidad de evitar que la contienda española desestabilizara la política internacional.

Por este motivo, el 15 de agosto se constituyó el “Acuerdo Internacional de No Intervención en España”, mediante el que Gran Bretaña y

---

<sup>88</sup> Sobre la intervención alemana puede consultarse GARCÍA PÉREZ, Rafael (1994): *Franquismo y Tercer Reich: las relaciones económicas hispano-alemanas durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Centro de estudios constitucionales. Para la intervención italiana, véase SAZ, Ismael (1986): *Mussolini contra la II República*, Valencia, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació.



Francia se comprometían a no intervenir en los asuntos españoles, acordando imponer un embargo de armas a ambos contendientes en cuanto los gobiernos de Italia, Alemania y Portugal se adhiriesen al mismo. En realidad, ambos países no esperaron a que estas naciones se unieran para imponer el embargo. Al mismo tiempo, se establecía en Londres un Comité Internacional con el fin de supervisar el cumplimiento de los compromisos adquiridos por las naciones firmantes del acuerdo. De esta manera, la diplomacia franco-británica conseguía su objetivo de imponer un embargo de armas en Europa para los contendientes españoles, a pesar de recelar de las posturas de Alemania e Italia que apoyaban a Franco. La constitución del Comité de No Intervención formaba parte de los esfuerzos británicos por evitar la internacionalización de la guerra española, perfectamente encuadrados en su política de apaciguamiento europea<sup>89</sup>.

Al comenzar septiembre de 1936, los esfuerzos del *Foreign Office* habían configurado un sistema diplomático multilateral que les ayudaba en el plano exterior a preservar la postura de neutralidad oficial, frenar la intervención francesa y restringir el conflicto a España. El gobierno británico se felicitaba porque habían conseguido la creación de un foro en el que las potencias europeas podían dialogar, justo en el momento en el que Alemania e Italia estaban fuera de la Sociedad de Naciones. En el plano interno sancionaba su política respecto a España y les servía para aplacar a la oposición laborista y contentar a la opinión pública (hasta el diario comunista *Daily Worker* celebró la constitución del Comité)<sup>90</sup>. La preparación de la compleja maquinaria del sistema de No-Intervención dominó la actividad diplomática británica durante los primeros meses de la Guerra Civil española. Sin embargo, la subordinación de la política hacia España respecto al apaciguamiento europeo suponía una indulgencia indirecta hacia la sublevación militar.

Las implicaciones estratégicas de la guerra española recibieron especial atención de la Junta de Jefe de Estado Mayor británico. En un informe elaborado el 24 de agosto, se subrayaba que la benevolencia española era un requisito fundamental para la defensa de los intereses británicos, para evitar la pérdida de Gibraltar y la interrupción de las comunicaciones con las colonias. Las conclusiones del informe validaban la política de neutralidad adoptada por los gobernantes británicos:

*Nuestros intereses en la presente crisis española son el mantenimiento:*

*a) de la integridad territorial de España y sus posesiones, y*

---

<sup>89</sup> Para estudiar las labores del Comité de No Intervención, véanse la obras ya mencionadas de MORADIELLOS, Enrique (1996): *La perfidia de Albión*, Madrid, Siglo XXI y AVILES, Juan (1994): *Pasión y Farsa, franceses y británicos ante la guerra civil española*, Madrid, Eudema.

<sup>90</sup> BUCHANAN, T. (1997): págs. 46-51.

b) *de relaciones amistosas con cualquier gobierno que surja del conflicto que aseguren una neutralidad benevolente en el caso de que nos encontremos inmersos en una guerra en Europa*<sup>91</sup>.

En la práctica el sistema multilateral de No Intervención era una iniciativa inviable, debido al incumplimiento de las potencias revisionistas, y a la ausencia de provisión de sanciones por las violaciones del Acuerdo, que convirtieron al Comité en un instrumento diplomático inútil, al desalentar la presentación de denuncias y al no penalizar la intervención extranjera en España. Por lo tanto, el cumplimiento de los objetivos británicos dependía del supuesto de guerra breve, que evitase la ruptura o el descrédito del Acuerdo. Tras la consolidación de la maquinaria de No-Intervención, la atención del gobierno británico se centró en la posibilidad de una pronta victoria nacionalista, como parecía apuntar su victorioso avance sobre Madrid. El plan británico era reconocer a los insurgentes como beligerantes inmediatamente después de la esperada toma de la capital española, acontecimiento que supondría el preludio a la completa derrota republicana. Dicho reconocimiento les permitiría superar la provisionalidad de las relaciones bilaterales y les ofrecería la posibilidad de conseguir ventajas del reconociendo *de facto* del gobierno nacional, teniendo en cuenta que probablemente alemanes e italianos procederían a reconocer *de iure* al gobierno insurgente.

Por lo tanto, las autoridades británicas no tuvieron ninguna duda de la inutilidad del Comité, que frenaba la intervención extranjera en España. De este modo, eran perfectamente conscientes de los efectos asimétricos del sistema sobre ambos contendientes, ya que hasta la plena implicación de la Unión Soviética en el conflicto, la República sólo pudo acudir a traficantes de armas, mientras que los sublevados recibían ayuda directa de los gobiernos de Italia y Alemania. Frenados los intentos franceses de intervenir en el conflicto mediante envíos de ayuda material a la República, se toleraba tácitamente la intervención italiana y alemana en el conflicto. Esta intervención no provocaba gran inquietud en Londres, ya que favorecía la victoria insurgente y porque se confiaba en que la fortaleza económica y naval británica serían los instrumentos adecuados para en el futuro garantizar la benevolencia diplomática del nuevo régimen español. Además, como ya se ha señalado, los insurgentes daban continuas garantías de que no habían llegado a ningún acuerdo con las potencias revisionistas y de que no habría cesión alguna de territorio español a potencias extranjeras.

La actitud británica en el Comité generaba sospechas de dilación interesada en las cancillerías europeas y en la opinión pública del país. Cuando el

---

<sup>91</sup> Informe de la Junta de Estado Mayor británico, CAB 53/28, 24 de agosto de 1936. Recogido en EDWARDS, J. (1979): págs 36-37.

gobierno republicano presentó ante la Sociedad de Naciones pruebas de la ayuda que Portugal, Alemania e Italia estaban prestando a los insurgentes, se puso en tela de juicio la labor del Comité. Las denuncias republicanas tuvieron un gran efecto en la opinión pública mundial, estimulando las críticas de la oposición laborista y del gobierno soviético hacia el mal funcionamiento del Comité. Esta situación forzó al *Foreign Office* a presentar dichas denuncias en el seno de dicho organismo, para evitar una oleada de críticas y para salvaguardar el funcionamiento del mismo. Ese momento fue aprovechado por el representante soviético para desatar una tormenta diplomática por sus críticas a los gobiernos que apoyaban a los sublevados y por anunciar públicamente un giro de la política rusa hacia el problema español, al decidir liberarse de los compromisos del Acuerdo de No Intervención si continuaba la ayuda “fascista” a los insurgentes<sup>92</sup>.

La iniciativa soviética de incrementar el envío de suministros bélicos y asesores militares para ayudar al esfuerzo de guerra republicano motivó que el conflicto español entrara en una nueva fase en el orden internacional. El giro de la política rusa ponía en peligro los planes elaborados por la diplomacia británica respecto al conflicto español. Sin embargo, el *Foreign Office* consideró que la ayuda militar rusa no podía afectar significativamente al desarrollo de la guerra. Como respuesta a la acción soviética Alemania e Italia incrementaron su apoyo diplomático y sus envíos de tropas y materiales de guerra hacia España<sup>93</sup>. Otra contribución que hicieron estos países a la causa insurgente fue en el plano diplomático, al reconocer de *iure* al gobierno de Franco, comprometiéndose públicamente con su victoria. Estos acontecimientos plantearon nuevos problemas en el plano internacional al poner en riesgo el confinamiento de la contienda en España, obligando al gobierno británico a realizar una serie de ajustes en el Comité de Intervención para convertirlo en un instrumento útil para frenar la intervención extranjera en la guerra. Igualmente, la creciente internacionalización de la contienda española reforzó la intención británica de permanecer fuera del conflicto, mientras se esperaba que la toma de Madrid por las tropas nacionales eliminase un foco de tensión que amenazaba con romper su política de apaciguamiento en Europa. A partir de este momento, los eventos internacionales marcaron la política británica respecto a la Guerra Civil española.

---

<sup>92</sup> AVILES, J. (1994): pág. 41.

<sup>93</sup> El contingente alemán, la Legión Cóndor, estuvo compuesta permanentemente por unos 5.000 hombres, con un centenar de aviones, un batallón de tanques y otro de artillería antiaérea. La participación italiana fue más numerosa, basándose en una serie de divisiones agrupadas en torno al Corpo Truppe Volontari (CTV) que ascendió a un máximo de 49.000 soldados y milicianos fascistas en febrero de 1937, y en el que sirvieron unos 75.000 hombres durante toda la guerra. La contribución italiana también supuso el despliegue de cientos de aviones de combate en España. MORADIELLOS, E. (1996): pág. 127.

### c) Las relaciones bilaterales bajo el supuesto de guerra breve

Durante los primeros meses de la Guerra Civil el cauce de comunicaciones entre el gobierno británico y las autoridades insurgentes fueron los cónsules y los representantes diplomáticos británicos que se encontraban en territorio nacional. Los primeros contactos de los insurgentes con las autoridades británicas fueron encaminados a conseguir la inhibición británica ante las gestiones republicanas respecto a Tánger y Gibraltar. Ante dichas demandas antagónicas, y bajo el impacto de los alarmantes informes que mostraban al gobierno español presa de las masas revolucionarias, las autoridades británicas rechazaron las peticiones republicanas, a pesar del perjuicio que se ocasionaba a sus esfuerzos de cerrar el paso del Estrecho a las tropas nacionales. Paralelamente, los monárquicos españoles residentes en Gran Bretaña constituyeron una Junta Nacional con sede en Londres que contribuyó a la paralización de las gestiones republicanas en el país. Este organismo consiguió la deserción o colaboración encubierta del embajador Julio López Oliván y de la mayoría del cuerpo diplomático y consular destacado en Gran Bretaña<sup>94</sup>. Al mismo tiempo, la Junta llevó a cabo una intensa campaña de propaganda política en medios económicos y gubernamentales, presentando la guerra española como un conflicto entre revolución y contrarrevolución. Dicha imagen sintonizaba a la perfección con la percepción que el gobierno británico tenía de los acontecimientos españoles. Para Moradiellos, los contactos de las autoridades insurgentes, así como las actividades de la Junta Nacional en Londres están perfectamente integradas en el marco de la política exterior insurgente diseñada para conseguir ayuda material de Alemania, Italia y Portugal, evitar ayuda directa o indirecta a la República, reducir el conflicto a España y presentar la contienda como una reacción nacional ante la amenaza comunista<sup>95</sup>.

La Junta de Burgos intentó formalizar sus relaciones diplomáticas con el gobierno británico mediante el intercambio de agentes oficiosos. Sin embargo, el gabinete Baldwin rechazó las propuestas de los sublevados y se limitó a mantener al

---

<sup>94</sup> Desde el 8 de julio, el embajador y sus principales colaboradores contactaron con los agentes rebeldes en Gran Bretaña o adoptaron una actitud de inhibición ante las órdenes que se recibían de Madrid. La actuación de Julio López Oliván en aquellos momentos es fuente de controversia. Aunque el embajador quisiera inicialmente mantenerse independiente del conflicto que ahogaba a España, la imposibilidad de permanecer en una posición neutral le llevó a tomar parte en el mismo. De esta manera, sus propias convicciones morales, el devenir de los acontecimientos en España, la presión ejercida por amigos y familiares y su carácter elitista le llevaron a cambiar su postura e inhibirse ante la suerte de la República, o si seguimos las tesis de Moradiellos, a participar activamente en la neutralización de la Embajada de Londres. CASANOVA, Marina (1996): *La diplomacia española durante la Guerra Civil*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, págs. 55-59 y MORADIELLOS, E. (1990): págs. 199-206.

<sup>95</sup> MORADIELLOS, E. (1990): págs. 198-206.

embajador en Hendaya<sup>96</sup>, como hicieron otros países. Esta circunstancia le permitía tener un contacto directo con Burgos y le permitía mantener en un mínimo las relaciones con la República. Esta actuación ponía de manifiesto nuevamente la predilección británica por los sublevados, al rechazar la petición hecha por el gobierno republicano para que Chilton regresase a Madrid. Como ha apuntado Moradiellos, la compatibilidad de objetivos entre las autoridades nacionales y el gobierno británico hizo que las relaciones bilaterales durante los primeros meses de la contienda fueran apacibles bajo el supuesto de una guerra breve<sup>97</sup>. Desde el bando nacionalista se reconocía la corrección de la postura británica, aunque manifestando una cierta decepción por que no mostraban un apoyo similar al que ofrecían Alemania, Italia o Portugal. En cualquier caso, reconocían que la postura británica era favorable a sus intereses, como se puso de manifiesto en el informe que José Yanguas Messia, Jefe del Gabinete Diplomático de la junta militar, donde afirmaba que “tenemos a Inglaterra prácticamente neutral”<sup>98</sup>.

Sin embargo, la posibilidad de que la contienda española se integrara plenamente en el proceso de ruptura de las relaciones internacionales en el periodo de entreguerras era una grave amenaza para Gran Bretaña. La ayuda que los insurgentes recibían de Alemania e Italia podía suponer la alianza de los sublevados con las potencias revisionistas en el caso de un conflicto europeo. Por esta razón, el gobierno insurgente desde el primer momento intentó disipar los temores británicos, dando continuamente garantías de que no habría cesión de territorio nacional a ninguna potencia extranjera. En este sentido, la Junta de Burgos envió a Londres al marqués de Merry del Val para que se hiciera cargo de las actividades insurgentes en el país y transmitiera plenas garantías de que el bando nacional no tenía ningún acuerdo con potencias extranjeras, intentando disipar los recelos británicos ante la ayuda prestada a los insurgentes por Italia y Alemania<sup>99</sup>.

---

<sup>96</sup> El estallido de la guerra sorprendió a Chilton en San Sebastián, lugar donde se trasladaba el cuerpo diplomático destacado en España durante la temporada estival. Tras ser expulsado de su residencia durante los primeros días de la contienda, se trasladó a Francia. AVILES, J. (1994): pág. 13.

<sup>97</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 40-136.

<sup>98</sup> Informe confidencial, 4 de agosto de 1936, AMAE R614/5.

<sup>99</sup> MORADIELLOS, E. (1990): págs. 270-274.

## 2. La normalización de las relaciones bilaterales entre británicos e insurgentes

### a) Reajuste de la política británica tras el fracaso de la toma de Madrid

El fracaso del asalto nacional a Madrid en noviembre de 1936 deshizo el supuesto de guerra breve en el que se basaban los planes británicos. Las tropas nacionales, desgastadas después de una intensa campaña, fueron incapaces de vencer la resistencia republicana, fortalecida por la llegada de armamento soviético, la intervención de las Brigadas Internacionales y las mejores posibilidades de defensa de las milicias en un entorno urbano<sup>100</sup>. El resultado de la batalla de Madrid obligaba a las autoridades británicas a revisar su política hacia España bajo el presupuesto de una guerra larga. Esta circunstancia, motivó la urgencia británica a modificar su actitud hacia los insurgentes en un momento en el que el contexto internacional se deterioraba, acrecentando la necesidad de regularizar las relaciones en todos los niveles.

En el plano diplomático, la cuestión del reconocimiento de los derechos de beligerancia a los sublevados complicaban las relaciones bilaterales. Esta iniciativa se hacía urgente debido a la intención de las autoridades nacionales de llevar a cabo un bloqueo naval al territorio republicano para impedir la llegada de la ayuda soviética por mar. El reconocimiento de los derechos de beligerancia podía acelerar la victoria nacionalista al depender la República de los suministros por vía marítima. Además, como la flota rebelde se dedicaba a interceptar barcos mercantes, para los británicos existía el riesgo de una multiplicación de incidentes en alta mar, al no haber adquirido los insurgentes todavía la condición de beligerantes. Sin embargo, el gabinete Baldwin no quería que Gran Bretaña fuese la única nación democrática en reconocer al gobierno de Franco, hecho que podía ser interpretado como un apoyo tácito a la intervención germano-italiana en España. La reticencia de Eden aumentó a lo largo de 1937 al observar la relevancia de la ayuda extranjera a los sublevados, ya que un bloqueo nacionalista con ayuda germano-italiana podía iniciar un conflicto bélico en Europa si se atacaban barcos de la Unión Soviética. El tema de los derechos de beligerancia enfrentó a Eden con el ala más conservadora del gobierno, entre los que se encontraba el vociferante Hoare, convirtiéndose en el principal motivo de las quejas del bando nacional respecto a la actitud británica durante la guerra española<sup>101</sup>.

---

<sup>100</sup> MARTÍNEZ BANDE, José Manuel (1982): *La Marcha sobre Madrid*, Madrid, Servicio Histórico Militar, Monografías de la guerra de España, nº 1.

<sup>101</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 119.

Para satisfacer a Franco, sin tener que hacer frente a las consecuencias de un posible reconocimiento diplomático, el gobierno británico prohibió a los barcos de pabellón británico el transporte de material bélico a la República mediante el *Merchant Shipping Bill*. De esta manera, se permitía a los insurgentes realizar la labor de bloqueo naval al territorio republicano sin ningún obstáculo. Este ajuste garantizaba el cumplimiento de los objetivos básicos del gobierno británico y no obstaculizaba el esfuerzo bélico de Franco<sup>102</sup>. Sin embargo, no solucionaba totalmente la cuestión, por lo que ésta enturbiaría las relaciones bilaterales hasta el final de la contienda.

Otro cambio que se hizo necesario fue la regularización de las relaciones económicas con la zona sublevada. El golpe militar y su degeneración en guerra civil, supuso la ruptura temporal de las relaciones comerciales hispano-británicas al desorganizarse los mecanismos tradicionales de intercambio. El gobierno británico suspendió parcialmente el funcionamiento del Acuerdo de Pagos, bloqueando las libras de la cuenta de Londres<sup>103</sup>. La suspensión del acuerdo impedía al gobierno republicano disponer de un fondo de divisas, generadas por las exportaciones españolas a Gran Bretaña, para la compra de armamento. La actitud británica revelaba una clara benevolencia hacia los sublevados, indicando que Londres deseaba congraciarse con ellos al esperar una rápida victoria insurgente. De nuevo, la aparente igualdad de trato quedaba matizada por la favorable actitud británica hacia los insurgentes. Otro agravio a las autoridades republicanas fue el tratamiento especial de las piritas, cuya producción se concentraba en territorio rebelde y cuyo suministro era vital para la industria de defensa, al eximir a las compañías británicas del pago en la cuenta bloqueada en Londres. Estas consideraciones no se tuvieron en cuenta con las compañías de mineral de hierro, cuya producción se concentraba en territorio republicano.

Los intercambios con la España insurgente se redujeron drásticamente al existir la obligación de pagar en pesetas en la cuenta de Madrid. Por otro lado, la falta de divisa de los insurgentes causaba la desviación de los flujos comerciales hacia Alemania e Italia como pago compensatorio de la ayuda militar recibida, en detrimento de la exportación a Gran Bretaña. Ambas tendencias eran preocupantes, pero eximir a los sublevados de las obligaciones del Acuerdo para favorecer los intercambios era imposible, aunque se había hecho en el caso de las piritas, ya que se acusaría al gobierno británico de favorecer a la causa insurgente. Sin embargo, la

---

<sup>102</sup> MORADIELLOS, E. (1990): pág. 343.

<sup>103</sup> Dicho acuerdo había sido firmado el 6 de enero de 1936 para regular el tráfico comercial entre España y Gran Bretaña, así como para resolver las dificultades en los pagos internacionales, generadas por las medidas proteccionistas impuestas por ambos países como respuesta a la crisis económica de los años treinta. MORADIELLOS, E. (1990): págs. 94-95.

inacción podía enajenar al bando nacional, facilitando la penetración alemana e italiana en la economía española. A pesar de ello, las autoridades británicas no se mostraron dispuestas a restablecer las relaciones comerciales hasta la caída de Madrid, momento en el se reconocería al Gobierno de Burgos. Los gobernantes británicos confiaban en una rápida victoria militar de los insurgentes y en que la ayuda económica británica fuera fundamental para la futura recuperación económica española, formulándose la política de la diplomacia de la libra para el apaciguamiento de España en la posguerra.

La envergadura de los intereses económicos británicos en la zona ocupada por el ejército nacional y la importancia del suministro de algunas de las materias primas españolas, hicieron que, ante la alarmante penetración económica alemana e italiana, se acelerase el envío de la misión comercial prevista a la capital burgalesa para solicitar la reanudación de las relaciones comerciales con España. La propuesta británica fue bien acogida por las autoridades nacionales, por lo que inmediatamente se iniciaron unas negociaciones bilaterales. Después de tres semanas de negociaciones secretas, fue firmado un *modus vivendi* el 4 de diciembre de 1936, que debía regular los intercambios comerciales entre ambos estados. Estos se estructuraron en el marco de un acuerdo de clearing parcial, del 70 por ciento, en el que se permitía que el 30 por ciento de las divisas obtenidas por las exportaciones españolas hacia Gran Bretaña pudieran ser usadas libremente por el gobierno de Burgos, al no quedar vinculadas al pago de compras de mercancías británicas. Dos semanas más tarde, tras forzar al gobierno de la República, se anunciaba la suspensión del Acuerdo de Pagos en el Parlamento británico<sup>104</sup>.

A partir de ese momento, este acuerdo informal reguló los intercambios bilaterales entre ambas naciones. Para los sublevados, la firma del acuerdo fue una victoria importante, al suponer el reconocimiento de que en España existían dos zonas económicas y administrativas claramente diferenciadas y al significar la obtención de un suministro de divisas para la compra de materiales bélicos. A pesar de la firma de este acuerdo bilateral, la evolución del comercio hispano-británico durante la Guerra Civil no fue plenamente satisfactoria para Gran Bretaña, que, como Estados Unidos y Francia, perdió terreno frente a la ascensión de las potencias fascistas europeas. De este modo, las exportaciones españolas hacia Gran Bretaña entre 1935 y 1938 se redujeron en 4,9 puntos porcentuales, pasando a comprar tan solo un 11,7 por ciento de las mercancías vendidas por España en el exterior. Mientras que Alemania aumentaba su cuota en 27,6 puntos porcentuales hasta totalizar el 40,7 por ciento de las ventas españolas y las compras de Italia crecían en 12,9 puntos porcentuales hasta alcanzar el 15,3 por ciento de las

---

<sup>104</sup> MORADIELLOS, E. (1990): págs. 348-356.



exportaciones españolas<sup>105</sup>. Además, hay que señalar que mientras Gran Bretaña y Estados Unidos comerciaban con los dos bandos contendientes en la Guerra Civil, las potencias fascistas tenían relaciones únicamente con el bando nacional, lo que aumenta la significación de la pérdida de cuota de las democracias occidentales.

Como señala Moradiellos, ambos ajustes garantizaban el cumplimiento de los objetivos básicos del gobierno británico. En el plano diplomático no se obstaculizaba el esfuerzo bélico de Franco, mientras que en el plano económico se eliminaban las trabas al comercio, fomentándose los vínculos económicos con los sublevados, clave en la política que Londres pensaba aplicar al término de la contienda<sup>106</sup>. Sin embargo, en el orden internacional, el ajuste a las nuevas circunstancias fue más complicado por el incremento de la participación exterior en el conflicto, especialmente el aumento de tropas italianas en España, que se convirtió en intervención masiva. El gobierno británico en aquellos momentos estaba especialmente interesado en mejorar sus relaciones con Italia para lograr cierta distensión en el Mediterráneo que redujera los riesgos estratégicos en la zona. El nuevo plan de acción elaborado por el gabinete Baldwin daba prioridad al apaciguamiento de Italia. En aquellos momentos, Eden quería introducir un cambio de la política respecto al conflicto español debido a su preocupación por la evidente intensificación de la ayuda italiana a Franco, temiendo que al finalizar la contienda siguieran en territorio español amenazando los intereses británicos. Convencido de la mala fe de Mussolini, pidió que el respeto a la integridad nacional española estuviese presente en las conversaciones italo-británicas y defendió en enero de 1937 un cambio de postura hacia posiciones de mayor firmeza para atajar la escalada militar italiana en España. Sin embargo, no pudo conseguir el apoyo del resto del gobierno y sus sugerencias fueron rechazadas al ir en contra de la política de apaciguamiento y al suponer un acercamiento no deseado a la Unión Soviética<sup>107</sup>.

A pesar de este revés, Eden consiguió convencer al gobierno de la necesidad de lograr una No-Intervención más efectiva. Terminado el reajuste de la política británica y aprovechando la relativa distensión internacional a comienzos de 1937, el *Foreign Office* concentró sus esfuerzos en conseguir un confinamiento real de la lucha a España que facilitase la posterior negociación para la retirada de voluntarios extranjeros. Los gobiernos italiano y alemán se mostraron dispuestos a colaborar en la elaboración de un plan de control efectivo en el marco del Acuerdo de No Intervención, pero intentando retrasar el proceso lo máximo posible para poder garantizar el envío de tropas y armamento que estaba en curso. Tras la

---

<sup>105</sup> GARCÍA PÉREZ, R. (1994): pág. 60.

<sup>106</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 123.

<sup>107</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 129-131.

aprobación del plan de control en febrero de 1937, se procedió a la preparación de toda la infraestructura necesaria para poner en marcha el proyecto. El gobierno republicano puso todas sus esperanzas en el correcto funcionamiento de dicha iniciativa. Por el contrario, las autoridades insurgentes se manifestaron en contra de la misma, en claro contraste con el entusiasmo republicano.

## **b) Crisis en las relaciones bilaterales**

La nueva política británica supuso una decepción en el bando nacional, ya que un control efectivo de la intervención extranjera junto a una eventual retirada de los voluntarios que combatían en la guerra española podía limitar severamente la capacidad militar de los sublevados. Como consecuencia, el gobierno insurgente comenzó a cambiar su actitud hacia Gran Bretaña, fomentándose una animosidad creciente en los círculos franquistas, que no pasó desapercibida al *Foreign Office*.

Mientras se preparaba el plan de control del Comité de No Intervención se produjo una crisis en las relaciones bilaterales por la incautación y posterior reexportación a Alemania de piritas producidas por compañías británicas en territorio nacional, y por el desvío de la producción de hierro marroquí hacia el Tercer Reich. Estos hechos provocaban grandes perjuicios a las empresas británicas, reduciendo el volumen de exportaciones de minerales españoles a Gran Bretaña. En contraste, Alemania recibía una cantidad creciente de estos materiales<sup>108</sup>. Los propietarios de compañías como *Río Tinto* y la *Steel Corporation* alertaron al *Foreign Office* de la gravedad del asunto. Conviene recordar que en 1935, Gran Bretaña había supuesto el 4,6% de las exportaciones de mineral de hierro español (que a su vez representaba el 31% de todas las importaciones británicas) y el 9,8% de la exportación de piritas (lo que suponía el 66,4% de todas las importaciones británicas). Para Eden, esta situación suponía un grave perjuicio para los intereses británicos. Por esta razón, propuso el uso de la fuerza para interceptar buques que transportaran dichos minerales y que se dirigieran hacia Alemania o Italia. El gobierno se mostró muy crítico con dicha propuesta, especialmente Hoare y Chamberlain, argumentándose que dicha medida podía suponer un *casus belli*. Eden decidió retirarla, pero pidió que se efectuase una protesta ante Franco por las incautaciones realizadas. Chamberlain y su gobierno preferían evitar el uso de

---

<sup>108</sup> Esto se debía en gran parte a la forma en la que se organizó la ayuda militar alemana a España. Como los sublevados carecían de recursos financieros para hacer frente a los pagos de los suministros bélicos, éstos se entregaron a crédito utilizando una compañía privada para encubrir la operación, la Compañía Hispano Marroquí de Transportes SL - Hisma, con el compromiso de ir reduciendo el endeudamiento mediante el envío de materias primas mercancías o entrega de divisas disponibles. GARCÍA PÉREZ, R. (1994): pág. 61.

medidas disuasorias y esperar a la posguerra para usar “la diplomacia de la libra” con el fin de atraer a España a su órbita económica. El *Foreign Office* elevó sus protestas por las incautaciones, solicitando garantías en el suministro de materias primas estratégicas (piritas y hierro), además de pedir compensaciones para las compañías británicas. En marzo, el agregado comercial de la embajada y un representante del *Board of Trade* negociaron con Nicolás Franco, hermano y secretario del Generalísimo, un compromiso sobre dicho contencioso. Las autoridades insurgentes decidieron satisfacer las peticiones británicas, ya que no querían perder el mercado británico, que era muy relevante para el comercio español y fuente principal de obtención de divisas, ni hipotecar sus relaciones comerciales con Alemania en una situación de clara inferioridad negociadora<sup>109</sup>.

La cuestión de las piritas planteó al gobierno británico la necesidad de mejorar las relaciones con los insurgentes, si no querían que estos se desplazaran completamente hacia la órbita de las potencias revisionistas. Ante la necesidad de defender los intereses económicos y estratégicos británicos se propuso el intercambio de agentes oficiosos para mejorar las relaciones bilaterales. Esta solución fue adoptada porque no implicaba el reconocimiento de los derechos de beligerancia de los sublevados. El elegido para desempeñar dicho papel fue sir Robert Hodgson<sup>110</sup>. Con este nombramiento se esperaba contrarrestar la creciente influencia germana e italiana en España y sus posibles efectos en el alineamiento exterior del régimen de Franco en el caso de un conflicto en Europa. Sin embargo, los temores respecto a los avances italianos y alemanes en España se atenuaban por la confianza que el gobierno tenía en la eficacia de la diplomacia de la libra, que esperaba utilizar al término de la contienda. Por su parte, los sublevados se acercaban más a Italia y Alemania, firmando sendos protocolos secretos. El de Alemania preveía una neutralidad benévola en el caso de un conflicto europeo, así como una intensificación de las relaciones comerciales entre ambos países<sup>111</sup>.

Solucionado este contencioso, el desarrollo de las operaciones militares provocó la mayor crisis de las relaciones bilaterales durante la guerra y la paralización del intercambio de agentes. El fracaso de la toma de Madrid mediante

---

<sup>109</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 143-152.

<sup>110</sup> Robert Hodgson había sido agente oficial y luego diplomático en Moscú desde 1921. En 1928 se hizo cargo de la delegación diplomática británica en Albania, puesto que ocupó hasta 1936. Como ha señalado Juan Avilés, Hodgson estaba influenciado por su experiencia en Rusia en 1917, por lo que tendía a interpretar los sucesos en España como una nueva revolución a la que Franco quería poner fin. AVILES, J. (1994): pág. 118.

<sup>111</sup> Los protocolos firmados en julio de 1937 determinaron la vinculación económica española a Alemania. Estos acuerdos pusieron un hito en las relaciones bilaterales, permitiendo a los alemanes prolongar su dominio comercial mientras durase la guerra, asegurarse el suministro de materias primas estratégicas a un precio inferior al internacional y sin necesidad de desembolsar divisas, así como obtener un compromiso del pago de la deuda de guerra. Además, los protocolos abrían la posibilidad de la penetración económica alemana en España. GARCÍA PÉREZ, R. (1994): págs. 67-69.

las operaciones envolventes de Jarama y Guadalajara, motivó un cambio en la estrategia militar de los nacionales. A partir de entonces, utilizaron su superioridad militar y ofensiva en una sistemática reducción de la capacidad de combate enemiga. Esta estrategia se basaba en el mantenimiento de la ayuda militar italiana y alemana y en cortar los suministros de materiales bélicos a la República. Como primer paso de esta nueva estrategia, el alto mando nacional decidió la liquidación de la Bolsa del Norte, cuya conquista proporcionaría a los sublevados una zona de gran interés económico por sus recursos industriales y mineros, aunque podía plantear algunos problemas diplomáticos, por la presencia del gobierno autónomo vasco y por ser una zona mayoritariamente católica en la que no habían habido grandes excesos revolucionarios. Para lograr sus objetivos, los sublevados optaron por una ofensiva terrestre acompañada de un férreo bloqueo naval.

Al gobierno británico se le planteó el problema del bloqueo nacional a Bilbao, ya que Franco pretendía ejercer de *facto* los derechos de beligerancia para detener a los mercantes británicos que transportaban víveres y combustible fuera de la zona de las tres millas jurisdiccionales españolas. Ante la intención de Franco de mantener el bloqueo a cualquier precio, a las autoridades británicas se les presentó la disyuntiva de intentar disuadir a los mercantes británicos de ir a Bilbao, lo que prácticamente tenía el mismo efecto que conceder los derechos de beligerancia a los sublevados, o usar la *Royal Navy* para forzar el paso de los mercantes hasta el puerto, lo que podía provocar un incidente naval con buques insurgentes, deteriorando las relaciones bilaterales. Eden propuso una solución intermedia consistente en comunicar a Franco que no se le concedían los derechos de beligerancia, pero que se advertiría a los mercantes de evitar la zona (retirando confidencialmente la protección de la *Royal Navy*), proponiendo el desvío de los mercantes al puerto de Santander. La respuesta de Franco a las propuestas británicas fue un rotundo rechazo. Por otra parte, la protesta de los laboristas y de las navieras forzó al gobierno británico a extender la protección de la *Royal Navy* a sus mercantes hasta las tres millas<sup>112</sup>.

Los acontecimientos superaron tanto a británicos como insurgentes cuando en abril, un mercante británico, el *Seven Seas Spray*, consiguió llegar hasta Bilbao rompiendo el bloqueo nacionalista. Otros mercantes intentaron seguir su ejemplo, forzando a que el acorazado británico *Hood* hiciera una demostración de fuerza e impidiera que la flota nacionalista los interceptara fuera de las 3 millas jurisdiccionales (las defensas costeras republicanas complicaban la intercepción dentro de las aguas españolas). El incidente hizo variar la política inicial británica

---

<sup>112</sup> Sobre la actitud británica y el bloqueo de Bilbao, véase, AVILÉS, J. (1994): págs. 90-93 y MORADIELLOS, E. (1996): págs. 152-165.

hacia una postura de mayor firmeza, provocando airadas protestas de Franco y deteriorando las relaciones bilaterales a pesar de que el incidente no influyó en el desarrollo de la guerra. Algunos miembros del gabinete, como Hoare, lamentaron que se hubiese roto el bloqueo nacionalista por la fuerza.

Otro acontecimiento que enturbió las relaciones bilaterales fue el bombardeo de Guernica por la Legión Cóndor. Este hecho de guerra provocó la indignación internacional, movilizándolo a los simpatizantes de la República en Gran Bretaña y en todos los lugares del mundo. Para el gobierno británico se trataba de un caso deplorable de bombardeo a la población civil. Poco después, las autoridades británicas decidieron, a petición del gobierno vasco, enviar sus buques de guerra a proteger la evacuación de civiles de Bilbao, a pesar de las reticencias del Almirantazgo y del embajador Chilton. Según las estimaciones británicas, la *Royal Navy* evacuó a unas 89.000 personas de las provincias del norte de España<sup>113</sup>. Estas medidas provocaron nuevas protestas de las autoridades insurgentes, advirtiéndoles del gran daño que hacían a las relaciones bilaterales. Como represalia, el gobierno de Burgos llevó a cabo una serie de medidas hostiles, aunque de alcance limitado, como negar el permiso a buques de guerra británicos para atracar en puertos insurgentes o confiscar la mercancía de los barcos mercantes británicos capturados en aguas jurisdiccionales españolas. Tanto en el bloqueo de Bilbao como en la evacuación de civiles, el gobierno británico se vio forzado por la opinión pública a cambiar su política por una de mayor firmeza. Ambos hechos muestran la falta de coherencia de la política británica durante la Guerra Civil. La rápida conquista de Bilbao y los acontecimientos en el plano internacional motivaron una rápida vuelta a la política original.

Durante la campaña de Bilbao, el *Foreign Office* volvió a retomar el proyecto de poner fin a la contienda mediante la mediación internacional. Se trataba de conseguir a través del Comité de No Intervención un acuerdo para que las potencias integrantes acordaran la retirada de voluntarios extranjeros, sondeando la posibilidad de utilizar la mediación internacional para terminar con el conflicto. Esta iniciativa tenía como objetivo evitar la instalación de un régimen anti-británico en España. Dentro del Comité, Alemania e Italia mostraron su habitual obstruccionismo ante la posibilidad de la retirada de voluntarios, reclamando que también se estudiase la prohibición de ayuda indirecta (como la financiera). La intención de Eden de promover una acción de mediación internacional en la guerra española, recibió el visto bueno del socialista Julián Besteiro, representante personal del presidente de la República en la coronación de Jorge VI. En su entrevista con Eden, Besteiro sugirió la posibilidad de conseguir un cese de hostilidades que

---

<sup>113</sup> AVILES, J. (1994): pág. 98.

permitiese la retirada de voluntarios extranjeros<sup>114</sup>. A pesar de que las opiniones de los diplomáticos destacados en las cancillerías europeas presagiaban pocas posibilidades de éxito a la iniciativa, el gobierno británico presentó un plan a los gobiernos de las potencias involucradas. Sin embargo, ni Alemania ni Italia se mostraron favorables a la iniciativa, mientras que Franco rechazó de inmediato el plan británico, poniendo fin al intento de mediación.

El 28 de mayo de 1937 se produjo un cambio gubernamental en Londres que tuvo un efecto decisivo en la política exterior británica. Neville Chamberlain, hasta entonces ministro de Hacienda, sustituyó a Baldwin en la presidencia del gobierno. Desde su nombramiento, Chamberlain tuvo que enfrentarse a un progresivo deterioro de la situación internacional. A diferencia de su predecesor, Chamberlain asumió un papel más decisivo en la formulación de la política exterior. Su decidida apuesta por el apaciguamiento en Europa excluyó toda posibilidad de un esfuerzo decidido a terminar la intervención germana e italiana en la guerra española. Hasta el momento en el que Chamberlain comenzó a ejercer su autoridad en materia exterior, la iniciativa respecto a la política española correspondió a Eden, reforzado por la resolución del conflicto del bloqueo a Bilbao y por la marcha de Hoare al *Home Office*. Su objetivo era impedir una victoria para la intervención germano-italiana, manteniendo intactos los intereses y el prestigio británico. Para lograrlo, sus prioridades fueron estimular la influencia británica en el gobierno de Franco, mediante el envío de un agente a la España nacionalista, y asegurar el confinamiento real de la guerra mediante iniciativas diplomáticas, como el plan de retirada de voluntarios, que redujeran la intervención extranjera en el conflicto.

### **c) El intercambio de agentes diplomáticos**

La conquista de Vizcaya por los nacionales les proporcionó un área industrial y minera de gran valor económico y militar, rompiendo el relativo equilibrio que existía desde finales de 1936. A partir de entonces, la ofensiva pasó exclusivamente a manos de los nacionales, mientras que los republicanos sólo pudieron seguir una estrategia de resistencia, retrasando los ataques enemigos mediante maniobras de sorpresa en otros frentes. Aprovechando esta victoria crucial y la favorable coyuntura internacional, Franco puso en marcha una ofensiva diplomática para mejorar sus relaciones con Gran Bretaña y conseguir el reconocimiento de los derechos de beligerancia. La primera medida fue el envío a

---

<sup>114</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 356-357.

Londres de Jacobo Fitz James Stuart Falcó, XVII duque de Alba, para hacerse cargo de la junta que representaba oficiosamente a los insurgentes en Gran Bretaña. Se trataba de una elección muy acertada, ya que era duque de Berwick y par de Inglaterra, bien conocido en círculos aristocráticos y conservadores, por lo que su nombramiento daba al régimen franquista una imagen más moderada y alejada del fascismo. El objetivo de su misión era hacer más fluidas las comunicaciones bilaterales, disminuyendo la tensión mediante garantías sobre la independencia política de la España nacionalista y el respeto a los intereses económicos británicos, así como recordando que la alternativa existente a los insurgentes era el bolchevismo<sup>115</sup>.

Como ha apuntado Juan Avilés, tras su llegada a Gran Bretaña, el duque de Alba comenzó con su labor de persuadir a sus interlocutores británicos de que los nacionales no eran unos fascistas que iban a poner España al servicio de Roma y Berlín. Al vizconde Cranborne, subsecretario parlamentario del *Foreign Office*, le dio garantías sobre el suministro de hierro vasco, manifestando que Franco no se oponía a la retirada de voluntarios extranjeros y que en el caso de guerra europea, España tendría una actitud neutral pero amistosa hacia Gran Bretaña. La ventaja de sus conexiones aristocráticas se manifestó cuando al poco tiempo de llegar a Londres se entrevistó con el propio rey Jorge VI, al que expuso su deseo del retorno de la monarquía al final de la guerra. Respecto a su nombramiento, Chilton dijo que Alba era un caballero, pero que creía que se le enviaba a Londres por sus conexiones, siendo dudoso que supiera lo que realmente pasaba en España. De este modo, el duque se dedicó a extender la red de apoyos a la España nacional, creando el grupo *Friends of Spain*, en contraposición al republicano, y difundiendo sus ideas en círculos oficiales y conservadores<sup>116</sup>. La influencia de Alba no contribuyó de manera importante a orientar la política británica hacia España, pero no cabe duda de que sus gestiones se encaminaron a convencer al gobierno de Londres de que la eventual victoria de Franco no representaba una amenaza para sus intereses.

La segunda medida fue la petición formal de los derechos de beligerancia para poder disfrutar de las atribuciones diplomáticas pertinentes y hacer uso legítimo del bloqueo en alta mar. Como medida de presión, se impusieron una serie de actuaciones lesivas de los intereses británicos: la negativa a reconocer a

---

<sup>115</sup> Sobre la misión diplomática el duque de Alba en Londres, véase RODRÍGUEZ-MOÑINO, Rafael (1971): *La misión diplomática del XVII duque de Alba en la embajada de España en Londres (1937-1945)*, Madrid, Castalia, 1971, AVILES, Juan (1996): “Un Alba en Londres: la misión diplomática del XVII duque, 1937-1945”, *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, nº 15, págs. 163-177 y BUÑUEL, Luís Antonio (1982): “La embajada del duque de Alba en Londres”, *Historia* 16, nº 76, 1982, págs. 11-24.

<sup>116</sup> AVILES, Juan (1996): “Un Alba en Londres: la misión diplomática del XVII duque, 1937-1945”, *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, nº 15, págs. 163-177.

los cónsules británicos para Bilbao y Vigo sin trato de reciprocidad (dejaba a Gran Bretaña con sólo un cónsul en Sevilla), la demora de permisos para exportación a Gran Bretaña de mineral de hierro y la consideración de los mercantes británicos capturados con destino a territorio republicano como “presas de guerra”<sup>117</sup>.

A pesar de que la actitud de Franco se endureció tras la caída de Bilbao, el *Foreign Office* no estaba dispuesto a conceder a Franco los derechos de beligerancia si no se llegaba en el Comité de No Intervención a un acuerdo sobre la retirada de voluntarios extranjeros. Sin embargo, el *Foreign Office* estaba inquieto por los intereses británicos en España y mostraba la necesidad de que Gran Bretaña diera los primeros pasos hacia una amistad con Franco. Ante las medidas contrarias a los intereses británicos como la incautación de parte de la producción de piritas, la interrupción del suministro de mineral de hierro, la polémica de los cónsules y la captura de los barcos mercantes, sólo cabían realizar concesiones o llevar a cabo represalias económicas, que tampoco beneficiaban a Gran Bretaña, o militares, que podían tener graves consecuencias. Como las represalias podían acercar aún más a Franco hacia Alemania e Italia, se optó por la vía de las concesiones. Para mejorar las relaciones bilaterales, se decidió llevar a cabo el intercambio de agentes oficiosos, que no implicaba el reconocimiento de los derechos de beligerancia.

Las negociaciones comenzaron en octubre entre Chilton y Sangróniz, jefe del gabinete diplomático de Franco. Los requisitos de Gran Bretaña, entre los que destacaban la liberación de los mercantes apresados, fueron aceptados por Franco. Sin embargo, la lentitud del gobierno franquista retrasó el acuerdo. Un obstáculo en las conversaciones fue el hundimiento del mercante *Jean Weems*, primer buque británico hundido por los insurgentes. Para compensar los posibles efectos negativos en las negociaciones, Franco decidió liberar al día siguiente los mercantes presos, haciendo así posible el acuerdo. En virtud del mismo, el duque de Alba era nombrado agente en Londres, mientras que Hodgson era enviado a España en representación británica<sup>118</sup>. El nombramiento de Alba no fue bien visto por los alemanes, que recelaban de la postura abiertamente anglófila del duque y de su hostilidad a la Falange y hacia la influencia italiana y alemana en España. El intercambio de agentes supuso un cambio cualitativo en las relaciones bilaterales que satisfizo a las dos partes. Para Franco, fue una clara victoria diplomática que aumentaba su margen de maniobra internacional. Para el gobierno británico era la mejor fórmula para mejorar las relaciones bilaterales, ya que evitaba los riesgos del reconocimiento y conseguía proteger sus intereses económicos y políticos, congraciándose con el que esperaban que fuera futuro vencedor en la guerra. Sin

---

<sup>117</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 190.

<sup>118</sup> Sobre las negociaciones que llevaron al intercambio de agentes, véase MORADIELLOS, E. (1996): págs. 210-220.



embargo, el envío de Hodgson no sirvió para reducir las quejas españolas respecto a la cuestión de los derechos de beligerancia. A este respecto el agente británico escribió a su llegada a España que, al negar los derechos de beligerancia al bando de Franco, Gran Bretaña aparecía como el responsable de la destrucción de pueblos españoles, la prolongación de la Guerra Civil y la pérdida de vidas humanas<sup>119</sup>.

La satisfacción británica por el salto cualitativo en las relaciones bilaterales que suponía el intercambio de agentes se ensombreció por las continuas noticias que llegaban de España sobre la progresiva fascistización del régimen franquista. En España después del decreto de unificación, Franco decidió consolidar su poder personal, llevando a cabo una institucionalización del nuevo régimen, muy influida por el modelo fascista italiano y dirigida por Serrano Suñer. Los estatutos de Falange refrendaron el abandono del conservadurismo tradicional por el ideario fascista. Las impresiones de Chilton, que alertó sobre el proceso de fascistización, fueron reforzadas por Hodgson que veía una peligrosa combinación de fascismo y sentimiento anti-británico. Estas impresiones estaban de acuerdo con la interpretación de Eden de que la asociación de España con Italia y Alemania era algo irreversible y peligroso. Sin embargo, estas opiniones no eran compartidas por todos los analistas británicos ni por la mayor parte del gabinete, para los que la alternativa que suponía el gobierno republicano no era mucho mejor por su dependencia de Moscú. Para tranquilizar a los británicos, el propio Sangróniz dio garantías de que la evolución del régimen no suponía un peligro para Gran Bretaña, afirmando que lo que España iba a necesitar tras la guerra era paz y reconstrucción interna y recordando la importancia del mercado británico para las exportaciones españolas<sup>120</sup>.

En cualquier caso, la discrepancia interna sobre el peligro de “fascistización” del régimen franquista agravó las diferencias sobre el enfoque de las relaciones anglo-italianas en el seno del gobierno británico. La línea política que defendían Eden y sus asesores se contraponía a las auspiciadas por Chamberlain, al ir en contra de los objetivos que se habían planteado en el contexto de la política de apaciguamiento: marginar el problema español, evitar sus efectos negativos en las relaciones con Italia y favorecer la rápida eliminación del problema para conjurar la existencia de un foco de tensión internacional.

---

<sup>119</sup> BUCHANAN, T. (1997): pág. 52.

<sup>120</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 217-219.

#### d) El incremento de la tensión internacional por la guerra en España

El curso de la guerra en España supuso un incremento de la tensión internacional, amenazando con la ruptura del mecanismo de No Intervención. Hasta entonces, la eficacia de las patrullas navales que intentaba controlar la no intervención había sido casi nula, lo que resultaba más favorable a Franco que a la República. Los suministros bélicos alemanes utilizaban buques con bandera de Panamá, país al margen del Acuerdo, mientras que los italianos lo hacían en barcos españoles o de la marina de guerra italiana, exentos de inspección. El día 29 de mayo se produjo un grave incidente cuando aviones republicanos, dotados de pilotos rusos, atacaron por error a un mercante italiano en la base de Palma, resultando en la muerte de 6 oficiales, y al acorazado de bolsillo alemán *Deutschland*, causando 31 muertos y 70 heridos. En represalia, Hitler concentró la flota alemana en el Mediterráneo frente a Almería, bombardeando la ciudad y causando 19 muertos y 55 heridos. Como resultado de la crisis, Alemania e Italia anunciaron su retirada del Comité hasta que se adoptasen medidas para evitar estos incidentes. Los gobiernos británico y francés buscaron una solución de compromiso para que se reincorporaran a la patrulla naval. No obstante, su regreso fue efímero, ya que a los pocos días el gobierno alemán anunció que el crucero *Leipzig* había sido atacado por submarinos, aprovechando esta circunstancia como excusa para que Alemania e Italia abandonaran nuevamente la patrulla naval, aunque no el Comité. Dentro del mismo, Londres y París propusieron que sus marinas de guerra asumieran las tareas de Alemania e Italia en la patrulla naval. Por su parte, las potencias revisionistas pidieron el fin de la patrulla naval y la concesión de los derechos de beligerancia a los contendientes españoles<sup>121</sup>.

Las autoridades insurgentes aprovecharon la ocasión para exigir los derechos de beligerancia, argumentando que cumplían todos los requisitos necesarios: librar una guerra, dominar gran parte del territorio y contar con un gobierno. Era más discutible el hecho de que condujeran la guerra de forma regular, aunque lo mismo se podía aplicar a los republicanos. Sin embargo, los requisitos no constituían una obligación sino una decisión facultativa del gobierno que los otorgaba. En cualquier caso, como señaló por aquel entonces el profesor de derecho internacional de Oxford y simpatizante de la República J. L. Brierly, desde un punto de vista puramente legal la reivindicación nacionalista tenía sólidos fundamentos, añadiendo que era inusual no concederla en aquellas circunstancias y que si no fuera por la intervención de las potencias fascistas “la demanda de Franco sería ineludible”. El gabinete británico discutió la cuestión, pero tanto Eden como

---

<sup>121</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 174-180.

Chamberlain se manifestaron en contra de dicha iniciativa, ya que la oposición podía acusarles de favorecer a Franco<sup>122</sup>.

Los gobernantes británicos desestimaron la postura de firmeza de París, que pretendía imponer la patrulla naval franco-británica, prefiriendo mantener una actitud conciliadora. Con su actitud, el gabinete británico quería evitar la ruptura del Comité de No Intervención y no obstaculizar la política de apaciguamiento de Hitler y Mussolini. El Comité encargó al *Foreign Office* que buscara una solución de compromiso entre las dos propuestas. La solución fue sustituir la patrulla naval por observadores en los puertos, junto a la formación de una comisión para supervisar la retirada de voluntarios extranjeros y la concesión de los derechos de beligerancia tras una retirada sustancial de los voluntarios. De esta manera, se salvaguardaba la posición de neutralidad británica. El gobierno británico conseguía también evitar el fracaso del Comité, aunque las complejas medidas propuestas ofrecían a las potencias revisionistas la posibilidad de llevar a cabo numerosas medidas dilatorias. El gobierno republicano era consciente de los efectos de la postura británica, lo que llevó a Azaña a afirmar meses más tarde que “todos los artilugios inventados para la no-intervención y sus incidentes han dañado al Gobierno de la República y favorecido a los rebeldes”<sup>123</sup>.

A partir de entonces, el Comité entró en una fase de reducida actividad hasta el fin de la contienda. Esta parálisis selló el desmantelamiento progresivo del sistema de control y supervisión. Esta situación suponía el fracaso del proyecto de Eden de conseguir una política efectiva de no intervención. La ofensiva italiana y alemana motivó que Eden intentara modificar la política de apaciguamiento para disuadir a Mussolini que se uniera a Hitler, pero Chamberlain impuso la política de tolerancia y concesiones. La guerra española y la cuestión italiana fueron temas de permanente conflicto entre ambos.

El desarrollo de la guerra española provocó una nueva crisis internacional que retrasó el intercambio de agentes, el cual se hizo público el día 12 de noviembre. Como ya se ha mencionado, la nueva estrategia militar franquista requería cortar los suministros de materiales bélicos a la República. Para ello era necesario acabar con su principal vía de abastecimientos: el Mediterráneo, por donde llegaba la mayor parte del armamento soviético. Consciente de la incapacidad de sus escasas fuerzas navales, Franco pidió a Mussolini que su flota de guerra detuviera los envíos soviéticos. Mussolini aceptó la propuesta española

---

<sup>122</sup> BUCHANAN, T. (1997): págs. 52-53.

<sup>123</sup> AZAÑA, Manuel (2000): *Diarios completos, Monarquía, República y Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, pág. 975.

ordenando el despliegue de su flota por el Mediterráneo y un incremento de los ataques aéreos sobre el tráfico mercante a puertos republicanos<sup>124</sup>.

La intensidad y extensión de los ataques italianos provocaron alarma en los círculos gubernamentales británicos y franceses. Las autoridades británicas disponían de pruebas de la participación italiana en los ataques navales, calificados legalmente de piratas al desconocerse la identidad de los submarinos atacantes, gracias a haber descifrado las claves secretas de la comunicación de la marina italiana. Convencidos de la necesidad de mantener la política de apaciguamiento, los gobernantes británicos decidieron no denunciar a Italia por sus agresiones. Sin embargo, no estaban dispuestos a permitir que el Comité de No Intervención dilatará la solución del problema. Por esta razón, cuando el gobierno francés propuso al británico la realización de una conferencia conjunta para asegurar la protección de la navegación por el Mediterráneo, Londres aceptó inmediatamente la propuesta, comenzando dicho evento el 10 de septiembre en Nyon<sup>125</sup>.

Consciente de su aislamiento internacional, Mussolini ordenó la suspensión de los ataques. Con la ausencia de Italia, Albania y Alemania en la conferencia, por la denuncia de la URSS de la autoría italiana de los ataques (encaminada a evitar un acercamiento global de Gran Bretaña y Francia a Alemania e Italia), las potencias reunidas decidieron que las flotas de sus respectivos gobiernos contraatacarían ante cualquier ataque de submarinos piratas y acordaron fijar rutas entre los puertos cuya seguridad sería vigilada por patrullas navales. En el Mediterráneo occidental, dicha responsabilidad recayó sobre la flota francesa y británica. El resultado de la Conferencia de Nyon fue un triunfo de la política de firmeza franco-británica y una derrota de la diplomacia italiana, que daba a las potencias revisionistas indicaciones de los límites de la ayuda militar a Franco. El deseo británico de apaciguar a Italia llevó a la apertura de negociaciones para su incorporación al acuerdo. El éxito diplomático satisfizo a Chamberlain, aunque se lamentó de que fuese a costa de las relaciones italo-británicas. Por su parte, Hitler y Mussolini aceptaron la necesidad de una política naval más prudente. A partir de entonces, los italianos no utilizaron su flota de manera ofensiva, mientras que Franco se vio obligado a concentrar sus esfuerzos navales en aguas jurisdiccionales españolas, llegando a un acuerdo con Londres para evitar ataques a mercantes británicos<sup>126</sup>.

---

<sup>124</sup> AVILES, J. (1994): pág. 107.

<sup>125</sup> Sobre la conferencia de Nyon, véase AVILES, J. (1994): págs. 107-108 y MORADIELLOS, E. (1996): págs. 200-207.

<sup>126</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 200-203.

El triunfo diplomático que supuso la Conferencia de Nyon animó al gobierno francés a intentar frenar la intervención italiana en España. París propuso una gestión conjunta franco-británica para detener el envío de tropas y armamento italiano a España y para obligar a Italia a colaborar en el plan de retirada de combatientes extranjeros en el seno del Comité de No Intervención. Las autoridades francesas temían que la ayuda italiana a Franco respondía no a un anti-comunismo o a razones de prestigio, sino a la intención de sacar ventajas geoestratégicas, como conseguir un futuro aliado en caso de guerra europea o bases militares en España. El gobierno francés quería terminar con la situación actual, de lo contrario amenazaba con abrir su frontera con España al tráfico de armas. En el gabinete británico las reflexiones francesas, apoyadas por Eden que defendía la prolongación de la guerra para desgastar a las potencias fascistas, fueron acogidas con cierto escepticismo. No obstante, Chamberlain decidió aprobar la iniciativa francesa para dar una nueva oportunidad a la paz. Lamentablemente, el gobierno italiano rechazó la propuesta franco-británica, reiterando sus garantías sobre España, recordando que el Comité era el instrumento para discutir los asuntos relacionados con la guerra española y afirmando que no iniciarían conversaciones sin la participación de Alemania. La actitud italiana colocó a franceses y británicos en la disyuntiva de plegarse a las pretensiones italianas y remitir el asunto al Comité o bien hacer frente de manera decidida al desafío italiano, como prefería el gobierno francés.

El gobierno británico examinó la situación y consideró que la postura francesa era contraria a la política de apaciguamiento, lo que podía llevar a un incremento de tensión y desencadenar una guerra en Europa. Chamberlain estableció que las líneas de actuación de su país estuvieran encaminadas a evitar que el problema español afectara a las relaciones anglo-italianas y a que se rompiera la política de apaciguamiento<sup>127</sup>. Esta decisión supuso el fin de la política de firmeza francesa, eliminando la posibilidad de conseguir la retirada de las tropas italianas en España. El gobierno francés secundó la iniciativa británica de que el Comité examinase el problema español y sus posibles soluciones, al carecer de fuerza para mantener su postura de firmeza, que podía suponer su aislamiento internacional y provocar una fractura política interna.

Finalmente, en el mes de noviembre el Comité llegó a un principio de acuerdo sobre la retirada de voluntarios, que había de ser propuesto a los contendientes españoles. La actitud conciliadora italiana y alemana en el Comité satisfizo a las autoridades británicas. Se había eliminado el riesgo de que el problema español desencadenara una guerra en Europa. Sin embargo, supuso que se acrecentaran las divisiones entre Eden, partidario de una postura de firmeza, y

---

<sup>127</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 226.

Chamberlain, partidario de una postura de conciliación, en materias de política exterior, especialmente en torno a las relaciones con Italia y la cuestión española. En este sentido, Eden insistía en que el caso español debía incluirse en las previstas conversaciones anglo-italianas<sup>128</sup>.

En cualquier caso, las autoridades francesas decidieron no obstaculizar el paso por sus fronteras de armas con destino a la República. La nueva actuación francesa no gustó al *Foreign Office*, ya que al permitir el tránsito de armamento soviético contribuía a la prolongación de la guerra y aumentaba la inseguridad internacional. El ejército republicano, reforzado por los suministros que llegaban a través de la frontera francesa, lanzó en diciembre de 1937 la ofensiva de Teruel, ciudad que fue conquistada el 7 de enero de 1938<sup>129</sup>. Esta ofensiva supuso un triunfo psicológico para la República, sorprendiendo a los dirigentes británicos que hasta entonces habían creído que los nacionales alcanzarían una fácil victoria. Como resultado del inesperado éxito republicano, Alemania e Italia volvieron a su postura obstruccionista en el Comité para retrasar lo máximo posible la retirada de voluntarios extranjeros.

A finales de 1937 y comienzos de 1938 las divisiones entre Eden y Chamberlain se agudizaron. Los profundos desacuerdos en cuanto al estilo y a los contenidos de la política exterior condujeron a la dimisión del primero en febrero de 1938. En ella, la cuestión española fue el factor decisivo. Chamberlain quería conversaciones sin condiciones con Italia, mientras que Eden requería que a cambio Italia terminara su intervención en España. La mediación de Halifax en la disputa determinó que el gobierno decidiese anunciar las conversaciones con Italia, con la reserva de que no habría acuerdo hasta que no se resolviese la cuestión española. Eden terminó presentando su dimisión, siendo sustituido por Halifax. Esto provocó una sucesión de cambios que significaron la sustitución de Cranborne por Butler y el relevo de Vantissart, también defensor de la política de firmeza, sustituido en el puesto de subsecretario permanente del *Foreign Office* por Alexander Cadogan. Los círculos políticos en Londres y en Europa valoraron que la dimisión de Eden terminaba los intentos de aplicar una política de firmeza frente a la intervención alemana e italiana en España. Liberado de su impetuoso ministro, Chamberlain decidió avanzar por la senda del apaciguamiento. En sus grandes diseños de política exterior la Guerra Civil española era una fuente de irritación, pues impedía la reconciliación entre Gran Bretaña e Italia<sup>130</sup>.

---

<sup>128</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 232.

<sup>129</sup> MARTÍNEZ BANDE, José Manuel (1990): *La batalla de Teruel*, Madrid, Servicio Histórico Militar, Monografías de la guerra de España, nº 10.

<sup>130</sup> BUCHANAN, T. (1997): págs. 59-62.

### **3. El camino hacia la victoria franquista**

#### **a) Haciendo tiempo para la derrota republicana**

El 30 de enero de 1938 fue hecho público el primer gobierno de Franco, en el que el general Francisco Gómez Jordana, con fama de anglófilo, asumió la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores y la vicepresidencia del gobierno. Hodgson destacaba del ministro su integridad y su lealtad a Franco. Sin embargo, la composición del gabinete corroboró los temores de Hodgson al confirmar las tendencias totalitarias del régimen franquista<sup>131</sup>. Una de las primeras actuaciones de Jordana, fue encargar al conde de Mambblas un informe confidencial sobre la actitud británica respecto a la contienda española. Dicho informe muestra como la desconfianza hacia Londres estaba muy extendida entre los partidarios de Franco. De esta manera, Mambblas atribuyó al gobierno británico el deseo de un triunfo de los republicanos moderados, la intención de debilitar a España mediante el establecimiento de una república federal con una Vizcaya autónoma bajo protección británica, una Cataluña independiente bajo influencia francesa y una política exterior mediatizada por ambas potencias. Según su interpretación, desde la caída de Bilbao, Londres se había esforzado en prolongar la guerra, destacando la complacencia británica ante la ayuda que las autoridades francesas daban a los republicanos y su reticencia a conceder los derechos de beligerancia al bando nacional. El conde de Mambblas terminaba recomendando una política de prudencia en política exterior<sup>132</sup>.

Por otro lado, Alba consideraba que tras la dimisión de Eden, días después de la toma de Teruel, y el acercamiento entre italianos y británicos, se abría una nueva etapa en las relaciones bilaterales. Por estas razones, Jordana, tras consultar a Franco, puso en marcha una política de acercamiento a Londres con la intención de aprovechar las oportunidades que ofrecía la dimisión de Eden. Por su parte, el gobierno británico estaba decidido a mejorar las relaciones bilaterales con Italia, por lo que no iba a dejar que el problema español fuese un obstáculo. A su entender, dicha cuestión, debía tratarse en el seno del Comité de No Intervención. Las conversaciones entre Ciano, ministro italiano de Asuntos Exteriores, y el embajador británico en Roma comenzaron el 8 de marzo, pero los acontecimientos trastocaron la situación española e internacional, impidiendo un mayor acercamiento italo-británico.

---

<sup>131</sup> AVILES, J. (1994): pág. 128.

<sup>132</sup> Informe del conde de Mambblas, 25 de febrero de 1938, AMAE R833/19.

En España, aprovechando la debilidad de las tropas republicanas tras la ofensiva de Teruel, Franco decidió lanzar el 9 de marzo una nueva ofensiva para alcanzar el Mediterráneo y partir en dos el territorio de la República. Con el fin de debilitar la moral del enemigo, la aviación italiana realizó sobre Barcelona una dura campaña de bombardeos. Dada la magnitud de la ofensiva, el frente republicano se desmoronó, alcanzando los nacionales el mar el 13 de abril<sup>133</sup>. Al partirse la República en dos, se ampliaban las posibilidades de victoria insurgente.

Paralelamente, el 12 de marzo tropas alemanas entraron en Austria, que fue anexionada al Tercer Reich. El *Anschluss* consolidaba la posición hegemónica alemana en Europa Central. Ante la política de hechos consumados, Gran Bretaña y Francia sólo pudieron lamentar el uso de la fuerza. En aquellos momentos, los dos frentes de tensión internacional eran España y Checoslovaquia, al agravarse la tensión con la minoría alemana en este último país. En Londres, tanto el *Anschluss* como la ofensiva franquista incrementaron el deseo de lograr un acercamiento rápido con Italia, esperando que una pronta victoria de Franco eliminase el problema español. Para Chamberlain, la anexión alemana de Austria demostraba la necesidad de seguir con la política de apaciguamiento<sup>134</sup>. El gobierno británico acordó presionar a Francia para que su política no entorpeciera las negociaciones italo-británicas, ya que para Chamberlain lograr la amistad italiana era más importante. A tal efecto, las negociaciones italo-británicas siguieron su curso gracias a las garantías del gobierno de Mussolini respecto a la integridad territorial española y su adhesión a la fórmula británica para la retirada de voluntarios extranjeros, y pese a las críticas de la oposición laborista. El acuerdo fue firmado en Roma el 16 de abril, aunque el acuerdo quedaba pendiente de una solución del problema español. Las cancillerías europeas vieron como se toleraba la presencia italiana en España a cambio de una promesa de retirada al concluir el conflicto<sup>135</sup>.

La ofensiva franquista para alcanzar el Mediterráneo hizo creer a los gobernantes británicos que el colapso de la República era inminente. Para ellos la victoria de Franco era altamente positiva, ya que solucionaba la cuestión española y permitía la entrada en vigor del acuerdo italo-británico. Las inquietudes estratégicas que suponían la posible influencia nazi y fascista en el régimen español quedaban amortiguadas por la confianza en los recursos que se utilizarían al final de la guerra

---

<sup>133</sup> MARTÍNEZ BANDE, José Manuel (1991): *La campaña de Aragón y la llegada al mar*, Madrid, Servicio Histórico Militar, Monografías de la guerra de España, nº 11.

<sup>134</sup> McDONOUGH, F. (2002): págs. 48-49.

<sup>135</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 270-271.



para reconducir las relaciones con España: el poder económico de la libra y el poder disuasorio de la *Royal Navy*.

Conocedores de las inquietudes de las autoridades británicas, la diplomacia franquista intentó reforzar las convicciones británicas. Para ello, Jordana ordenó a Alba que diera garantías formales que no habría ninguna cesión de territorio español, ni se establecerían bases extranjeras en el mismo. A tal efecto, Alba se entrevistó con Halifax en el mes de marzo. En dicha entrevista, el ministro británico le transmitió que su gobierno seguiría fielmente la política de abstenerse de intervenir en el conflicto español, aunque deseaba la victoria nacionalista, para lo que intentaba refrenar a Francia. El gobierno franquista decidió preservar la buena disposición británica, que era favorable a sus intereses. Jordana reiteró el papel crucial que desempeñaba el gobierno británico en la estrategia diplomática nacionalista como garantía para frenar la intervención francesa<sup>136</sup>. A pesar de que tanto Alba como Jordana tranquilizaban a las autoridades británicas afirmando que no se habría ningún acuerdo político o económico con Italia ni con Alemania en la posguerra, Franco había abierto negociaciones para la firma de un tratado de amistad hispano-alemán.

La expectativa británica de una rápida victoria de Franco se desvaneció cuando, tras haber llegado hasta el Mediterráneo, concentró sus esfuerzos en una ofensiva sobre Valencia en lugar de proseguir su ataque hacia Cataluña. El desplome de las defensas republicanas fue evitado por la apertura de la frontera francesa al paso de suministros soviéticos y por la acción resolutiva del nuevo gobierno de Negrín. Para los británicos, el efecto de esta prolongación imprevista de la contienda fue el retraso de la entrada en vigor del acuerdo italo-británico. La prolongación del conflicto situaba en primera plana la cuestión de la frontera francesa a través de la que entraban grandes cantidades de material soviético. El gobierno británico se vio ante la necesidad de intervenir para propiciar el cierre de la frontera con la intención de facilitar una rápida solución de la cuestión española.

El gobierno franquista también decidió lanzar una acción diplomática destinada a presionar a los británicos para que lograsen el cierre de la frontera francesa. El duque de Alba daba puntualmente información al *Foreign Office* de los envíos de material de guerra que usaban dicha vía para llegar a territorio republicano, solicitando la intervención británica. La petición nacionalista coincidía plenamente con los intereses de Londres, porque suponía evitar la prolongación de la guerra española, que estaba impidiendo la entrada en vigor del acuerdo italo-

---

<sup>136</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 256-257.

británico y agitando la opinión pública. Por esta razón, los británicos insistieron ante las autoridades francesas por vías oficiales y oficiosas de la necesidad de cerrar la frontera francesa para restablecer la No Intervención y evitar la cristalización del eje Roma-Berlín. A principios de junio el *Foreign Office* decidió incrementar su presión sobre París, utilizando como pretexto la puesta en marcha de una nueva tentativa de mediación en la guerra española, aún sabiendo que esta idea era inoportuna tanto en Barcelona como en Burgos. El gobierno francés, ante la presión parlamentaria de la derecha francesa y del *Foreign Office*, asumió la oferta de mediación británica y ordenó el cierre de la frontera, aún sabiendo que era un duro golpe para la República. Las autoridades franquistas reconocieron que el cierre de la frontera se debía a la presión británica<sup>137</sup>.

El efecto de las conversaciones franco-británicas y del previo acuerdo italo-británico fue la reactivación de las tareas del Comité de No Intervención, prácticamente paralizado desde la dimisión de Eden. A pesar de los retrasos, el plan británico de retirada de voluntarios fue aprobado el 5 de julio de 1938 en la última sesión plenaria del Comité. Solo quedaba la conformidad de los contendientes españoles. Igual que en ocasiones anteriores los intereses de la República y del gobierno de Franco eran totalmente contrapuestos, dado el contraste entre el volumen y la calidad de los combatientes extranjeros respectivos. El gobierno de Franco decidió aceptar el plan, aunque con preguntas y reservas ir ganando tiempo, anulando de esta manera el esfuerzo diplomático del Comité durante los meses anteriores<sup>138</sup>.

Tras el cierre de la frontera catalana, los suministros marítimos a la República cobraron mayor relevancia. Por este motivo, Franco y sus aliados lanzaron una ofensiva contra los buques que se dirigían a puertos republicanos, a pesar de que la mayoría sólo transportaba mercancías autorizadas por el Comité, como víveres o combustible. La mayor parte de los buques que realizaban este tráfico comercial eran británicos, ya que, como denunciaba el gobierno franquista, las autoridades republicanas financiaban o creaban compañías navieras en Gran Bretaña para conseguir la protección de la *Royal Navy*. La ofensiva naval franquista provocó en los meses de junio y julio grandes tensiones en las relaciones bilaterales. Como ha indicado Moradiellos, se trataba de un problema similar al planteado por el bloqueo de Bilbao, pero que se resolvería de manera diferente. Dada la ausencia de derechos de beligerancia, era ilegal interceptar los mercantes en alta mar. Además, había que contar con la protección que prestaba la marina británica a los buques mercantes en las rutas establecidas en la Conferencia de Nyon. Ante esta

---

<sup>137</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 278.

<sup>138</sup> AVILES, J. (1994): pág. 156.

situación, la única respuesta posible era la ofensiva aérea en aguas españolas y en los puertos republicanos. Las autoridades nacionales durante los meses anteriores habían actuado con extrema prudencia, aunque ya habían hundido algún mercante británico. La decisión de ampliar los ataques a los mercantes británicos por su participación en el tráfico a la República provocó que durante el verano de 1938 se registraran las mayores pérdidas de mercantes británicos durante la Guerra Civil, 10 de los 16 que se hundieron en toda la guerra<sup>139</sup>.

La respuesta inicial británica fue protestar y demandar compensaciones por los daños causados. Pero la opinión pública y la oposición parlamentaria exigieron una mayor determinación, ya que la intensidad y repetición de los ataques produjo una gran indignación por todo el país. El gobierno británico decidió no armar a los buques mercantes ni apostar buques de guerra en los puertos, ya que se trataría de una intervención directa en el conflicto, ni aplicar sanciones económicas, que serían más perjudiciales para los británicos dados los intereses que tenían en el país. La mejor solución era conceder los derechos de beligerancia a Franco, aunque no era una opción políticamente factible. Ante este dilema solo cabía la protesta, las demandas de compensaciones y examinar la posibilidad de conseguir zonas de seguridad en los puertos republicanos. La política de apaciguamiento una vez más justificaba la inacción británica. Paralelamente, se hizo saber a Roma y Berlín de la necesidad de interrumpir los ataques para no incrementar las dificultades del gobierno británico. Como resultado de esta gestión, los gobiernos de Italia y Alemania recomendaron a Franco la suspensión de los ataques.

Las autoridades franquistas conocían por Alba la situación delicada del gobierno de Chamberlain, por lo que se decidió tomar medidas para tranquilizar a los británicos. Por esta razón, el duque transmitió al *Foreign Office* la posibilidad de habilitar Almería como puerto neutral. Sin embargo, la relativa distensión lograda por la oferta española fue anudada por el hundimiento de más mercantes por ataque aéreos. El gobierno de Chamberlain tuvo que hacer frente a una creciente hostilidad en el Parlamento por su pasividad, viéndose obligado a declarar que Hodgson fuese llamado a Londres para consultas. Las autoridades nacionales comprendieron que de continuar los ataques aéreos se podía provocar un cambio hostil en la política británica hacia España, por lo que Franco ordenó la interrupción de los ataques. De este modo, los ataques aéreos a mercantes británicos decrecieron en intensidad y regularidad. Esta dilatación temporal de los ataques era la medida aconsejada por Alba tras escuchar las opiniones alarmantes de diputados

---

<sup>139</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 285-288.

conservadores y simpatizantes con la causa de Franco, y consciente de lo peligroso que era para el régimen la dimisión de Chamberlain<sup>140</sup>.

El gobierno de Franco reiteró a los británicos la oferta de neutralidad del puerto de Almería, rechazando oficialmente que los ataques hubieran sido deliberados. La oferta española y la suspensión de los ataques aéreos fueron suficientes para lograr la distensión. De esta manera, los dirigentes británicos desecharon la posibilidad de realizar cualquier tipo de represalia, ya que creían necesario tolerar la actuación naval y aérea franquista para evitar una prolongación de la guerra que ayudaría a Alemania e Italia a consolidar sus posiciones en España. A iniciativa británica se propuso la constitución de una comisión técnica formada por dos oficiales navales de ambas flotas que investigarían los ataques para determinar si eran deliberados y en su caso fijar indemnizaciones. El acuerdo satisfizo a las dos partes. Era una solución digna para que los gobernantes británicos la presentaran al Parlamento y evitaba tomar medidas enérgicas contra Franco. Los insurgentes se beneficiaron enormemente del acuerdo al poder continuar con su campaña aérea. Ante el bombardeo de sus barcos mercantes, el gobierno británico no tuvo la misma respuesta que frente al bloqueo nacionalista a Bilbao o ante los ataques de los “submarinos piratas”. La reacción de las autoridades británicas ante este problema fue una muestra más de la incoherencia de su política respecto a la cuestión española. El enfado del gobierno fue con los dueños de las compañías navieras no con los insurgentes. La gran preocupación de Chamberlain era que los bombardeos hundieran demasiados barcos y forzaran a su gobierno a intervenir, socavando sus esfuerzos de apaciguamiento<sup>141</sup>.

A finales de julio un nuevo revés militar de los nacionales terminaba con las expectativas británicas de una victoria rápida de Franco. El Ejército republicano emprendió desde Cataluña una ofensiva en la desembocadura del Ebro, utilizando el material soviético acumulado y rompiendo la línea nacionalista en varios puntos, con la intención de frenar la ofensiva nacionalista sobre Valencia. De esta manera, Franco se vio obligado a cambiar sus planes y concentrar sus fuerzas para la batalla del Ebro, que se prolongaría hasta noviembre<sup>142</sup>. Las renovadas energías republicanas tuvieron implicaciones en el plano internacional y en el seno de la República. Para Negrín, la ofensiva del Ebro le sirvió de apoyo a su política de resistencia para esperar una guerra en Europa o para conseguir condiciones más favorables de mediación. Por su parte, Azaña aprovechando la situación pidió a los

---

<sup>140</sup> AVILES, J. (1994): pág. 156.

<sup>141</sup> BUCHANAN, T. (1997): págs. 61-62.

<sup>142</sup> MARTÍNEZ BANDE, José Manuel (1988): *La batalla del Ebro*, Madrid, Servicio Histórico Militar, Monografías de la guerra de España, nº 13.

representantes británicos el apoyo de su gobierno a su plan de mediación internacional. La reacción del *Foreign Office* ante la gestión de Azaña fue sumamente escéptica, ante el fracaso de las tentativas previas, decidiendo no apoyar su plan<sup>143</sup>.

## **b) La crisis de los Sudetes y sus repercusiones**

En septiembre el panorama internacional se complicó con la crisis de los Sudetes, zona que Hitler deseaba anexionar al Tercer Reich, debilitando a Checoslovaquia que era un obstáculo para su hegemonía en Europa central por sus tratados de ayuda mutua con Francia y la URSS. La creciente tensión germano-checa y la inflexibilidad de Hitler ante la mediación de Chamberlain hicieron que la guerra pareciera inminente en Europa. El gobierno de Franco observó el desarrollo de la crisis, coincidente con el punto culminante de la batalla del Ebro, con gran inquietud por sus posibles implicaciones para la guerra española. En el caso de que estallara una guerra en Europa, se podía poner en peligro la victoria nacionalista, ya que la República se alinearía inmediatamente con Francia y sus aliados. La única solución disponible para Franco era una declaración anticipada de neutralidad, aunque tenía problemas de credibilidad por la presencia masiva de tropas italianas en España. El gobierno franquista comunicó a Londres y París su intención de permanecer neutral en el caso de conflicto europeo, salvo que Francia interviniese en Cataluña o Marruecos. La precipitada declaración de neutralidad no gustó en Roma y Berlín<sup>144</sup>. Este hecho unido a la fortaleza republicana hizo que ambas potencias desconfiaran de la utilidad de la España nacional en el caso de un conflicto en Europa.

La tensión internacional creció al máximo cuando Hitler anunció su intención de solucionar militarmente la crisis de los Sudetes, poniendo a Europa al borde de la guerra. En un desesperado intento de evitar la guerra, Chamberlain le pidió a Mussolini que convenciera a Hitler para solucionar la cuestión pacíficamente en una conferencia cuatripartita. Hitler aceptó dicha propuesta, presionado por sus generales que no deseaban una guerra en dos frentes que les enfrentase al mismo tiempo a Gran Bretaña y Francia en el oeste y a la Unión Soviética en el este. La conferencia se organizó rápidamente en Munich en la noche del 29 al 30 de septiembre. En ella las potencias democráticas cedieron a las pretensiones expansionistas alemanas, sancionando la cesión de los Sudetes a

---

<sup>143</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 308-309.

<sup>144</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 310-315.

Alemania. Por su parte, el gobierno checo tuvo que aceptar un acuerdo que no había negociado. El resultado de la conferencia produjo un gran alivio en la opinión pública británica, aunque en algunos sectores políticos y militares provocó una sensación de humillación y derrota<sup>145</sup>. La Conferencia de Munich evitó la guerra en Europa, que podía haber puesto en peligro el futuro del régimen franquista. Siguiendo su táctica de duplicidad en la política exterior, Franco felicitó a Hitler por su triunfo en los Sudetes y a Chamberlain por sus esfuerzos pacificadores. Por otro lado, el resultado de la conferencia suponía la condena definitiva de la República, confirmando la falta de voluntad de las potencias democráticas de hacer frente a la creciente agresividad italiana y alemana. La postura franquista en el conflicto, reforzó en Gran Bretaña la percepción de que el régimen franquista no sería un peón de Alemania e Italia<sup>146</sup>. De la misma manera, acrecentó la determinación de Chamberlain de eliminar el problema español y conseguir el ansiado acercamiento a Italia.

A partir de Munich, la política española de Gran Bretaña se caracterizó por su pasividad ante el conflicto a la espera de la victoria del general Franco. Esto se puso de manifiesto en la política multilateral de No Intervención. Para evitar que la táctica dilatoria franquista respecto al plan británico de retirada de voluntarios provocara una nueva crisis en el Comité, especialmente tras la retirada unilateral de las Brigadas Internacionales, se emprendió una nueva iniciativa dilatoria mediante el envío del secretario del Comité, Francis Hemming, a Burgos para explicar los detalles del plan a las autoridades franquistas. Sin embargo, Franco no cedió en su oposición al proyecto, por lo que su visita fue un fracaso<sup>147</sup>. La retirada de 10.000 combatientes italianos el 15 de octubre, ordenada por Mussolini como gesto de buena voluntad hacia el Comité de No Intervención, fue interpretada por los británicos como una retirada sustancial, aunque no significaba un debilitamiento del contingente italiano en España<sup>148</sup>. Del mismo modo, fue percibido como una medida compensatoria que mostraba que ambos bandos podían retirar sus efectivos sin la necesidad de intervención internacional. Esta circunstancia fue aprovechada por los dirigentes británicos para evitar el fracaso de la No Intervención e impedir una nueva convocatoria del Comité.

La retirada parcial italiana proporcionó a los dirigentes británicos la oportunidad de determinar la entrada en vigor del acuerdo italo-británico, que fue aprobado por el Parlamento el 2 de noviembre, sin gran oposición parlamentaria,

---

<sup>145</sup> McDONOUGH, F. (2002): págs. 48-52.

<sup>146</sup> AVILES, J. (1994): págs. 162-164.

<sup>147</sup> AVILES, J. (1994): págs. 157.

<sup>148</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 326-327.

entrando en vigor el 16 del mismo mes. Para Chamberlain, la disminución de la tensión internacional después de la Conferencia de Munich había aminorado el peligro desestabilizador de la guerra española<sup>149</sup>. Sin embargo, la retirada de las Brigadas Internacionales, cifrada en 12.673 combatientes, no modificó la política británica de No Intervención que impedía la llegada de ayuda francesa o soviética, mientras permitía la agresión alemana e italiana.

### **c) El reconocimiento de Franco y el final de la guerra**

En preparación de la campaña de Cataluña, Franco pidió a Hitler nuevos recursos militares. Hitler condicionó la ayuda germana a la aceptación por parte de Franco de una serie de demandas económicas, entre las que se encontraba que se les facilitase sus inversiones mineras. Franco accedió a sus peticiones, reiterando al embajador alemán su decisión de orientar su política exterior hacia Alemania después de la guerra. Paralelamente, para preparar al gobierno británico ante la inminente ofensiva militar, Jordana convocó a Hodgson para subrayar la necesidad de mantener buenas relaciones bilaterales. Los gobernantes británicos sabían de la renovada ayuda militar alemana, pero la toleraban porque esperaban que contribuyese a acortar la duración de la guerra española, eliminando un foco de tensión internacional<sup>150</sup>.

En efecto, la ofensiva franquista sobre Cataluña que comenzó la víspera de Navidad apenas encontró resistencia. El gobierno francés ante la petición de ayuda republicana, decidió abrir la frontera al paso de material bélico soviético, aunque negándose a suministrar material francés. Sin embargo, la ayuda soviética llegó demasiado tarde para evitar el hundimiento de las defensas republicanas. Ante el imparable avance nacional el gobierno republicano ordenó la evacuación de Barcelona el 22 de enero, iniciándose un éxodo masivo de la población civil y de las fuerzas militares hacia la frontera francesa. Un total de 440.000 españoles pasaron a Francia hasta el 9 de febrero cuando las tropas nacionales completaron la conquista de Cataluña<sup>151</sup>.

El éxito de la ofensiva franquista y la intención británica de impedir que el asunto español entorpeciera las relaciones bilaterales con Italia, tras la visita de Halifax y Chamberlain a Roma a mediados de enero, reforzaron la política de no-

---

<sup>149</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 326-329.

<sup>150</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 333-334.

<sup>151</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 337.

intervención británica. Chamberlain consideraba exagerados los temores político-estratégicos de la victoria nacionalista porque la devastación de la guerra obligaría a Franco a centrarse en cuestiones internas del país. Además, creía que el poder disuasorio de la *Royal Navy* y el poder de atracción de la libra serían suficientes para apaciguar a España en la posguerra<sup>152</sup>. No obstante, el gobierno británico abandonó sus convicciones para intervenir en el conflicto español con la intención de facilitar la rendición republicana de Menorca. Lograda la aprobación francesa, el crucero *Devonshire* llevó al puerto de Mahón al representante nacional encargado de negociar la rendición de la isla, que fue aceptada por el gobernador republicano. El 9 de febrero, los nacionales ocupaban la isla mientras que 450 refugiados republicanos embarcaban en el crucero británico con destino a Marsella<sup>153</sup>. El interés estratégico de la isla motivó que británicos y nacionales colaboraran en la consecución de una salida que evitara el problema de la intervención extranjera, a expensas de una desahuciada República que no fue ni siquiera informada.

Tras la ocupación de Barcelona por las tropas nacionales, el gobierno británico tuvo que hacer frente a gestiones simultáneas de ambos bandos españoles. El general Jordana ordenó al duque de Alba que presentara la demanda de reconocimiento diplomático al *Foreign Office* basándose en que la ocupación de Barcelona demostraba la superioridad militar nacional e indicaba que el final de la contienda estaba próximo<sup>154</sup>. Mientras los nacionales exigían el reconocimiento *de iure* de su gobierno, los republicanos intentaban que las potencias democráticas facilitaran una capitulación con ciertas garantías. Pero las gestiones republicanas se encontraron con la reticencia británica a involucrarse en los intentos de mediación, para no correr el riesgo de enemistarse con Franco, y con la falta de voluntad de las autoridades nacionales de aceptar condiciones en la rendición de los republicanos.

El 8 de febrero el gabinete británico tomó la decisión reservada de proceder al reconocimiento de Franco tan pronto como fuera posible y preferiblemente después de que hubiera cesado la resistencia republicana. El mismo día, Alba le comunicaba a Jordana que ya se había tomado la decisión y sólo se esperaba la conformidad del gobierno francés para una acción simultánea<sup>155</sup>. Solucionada la cuestión del reconocimiento, se produjo el desplome final de la resistencia republicana en Cataluña. La República pasaba a controlar tan solo una zona en el centro-sur de España, por lo que su posición era estratégicamente muy débil. La situación forzaba a Londres de modo urgente a reconocer *de iure* a Franco

---

<sup>152</sup> EDWARDS, J. (1979): pág. 64.

<sup>153</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 345-346.

<sup>154</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 347.

<sup>155</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 350.



o a llevar a cabo una nueva mediación de los términos de la capitulación. Halifax era favorable al reconocimiento inmediato de Franco, junto a Francia, para contrarrestar la influencia germano-italiana y favorecer el cese de hostilidades. Lamentablemente para las intenciones del ministro británico, existían dos impedimentos, la intención francesa de obtener garantías políticas de los nacionales y la petición de mediación del embajador republicano en Londres. Ante dicha situación, se acordó esperar al resultado de ambas gestiones antes de anunciar el reconocimiento del gobierno de Franco.

Respondiendo a las gestiones británicas de mediación, Jordana entregó a Hodgson una declaración en la que se afirmaba que la caballerosidad y generosidad del Caudillo era una garantía para los españoles que no fueran criminales. Además, se aseguraba que los tribunales se limitarían a juzgar a los acusados de acuerdo a los procedimientos y leyes existentes antes de la guerra<sup>156</sup>. El texto ambiguo de la nota estaba destinado a satisfacer las pretensiones británicas, por lo que tuvo escaso valor real, como comprobaron más tarde los británicos al analizar el texto de la Ley de Responsabilidades Políticas, que convertía en delito haber ocupado puestos políticos o administrativos en los partidos afiliados al Frente Popular o en las organizaciones que lo apoyaron. Satisfechos por las garantías de la declaración, que Halifax consideró una respuesta a las peticiones británicas, los gobiernos francés y británico reconocieron oficialmente el 27 de febrero al gobierno de Franco como el único gobierno legítimo de España. El Caudillo se mostró exultante ante la noticia, mientras que Azaña en su exilio de París dimitió como presidente de la República. Como resultado del reconocimiento, el duque de Alba se convertía en encargado de negocios de la embajada española en Londres, a la espera de su nombramiento oficial como embajador, que tuvo lugar el 8 de marzo. Por su parte, Hodgson permaneció en Burgos hasta ese mismo día, mientras se elegía en Londres al nuevo embajador en España. El reconocimiento diplomático franco-británico consumó el largo proceso de desahucio internacional de la República, precipitando su descomposición interna por sus efectos devastadores en la moral de la población y de las autoridades.

Apenas anunciado el reconocimiento, Besteiro y Casado, jefe militar de Madrid, comunicaron al *Foreign Office* su intención de derribar al gobierno de Negrín para formar un nuevo gabinete que negociase la paz con Franco. La única petición que tenían al gobierno británico era la evacuación de entre 5.000 y 10.000 personas a territorio francés. Las autoridades británicas examinaron el día 8 de marzo la propuesta ante la presión parlamentaria y de la opinión pública. Para Chamberlain, aceptar la evacuación de tantas personas equivalía a intervenir en el

---

<sup>156</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 353.

conflicto, lo que podía significar la hostilidad de Franco. Además, tuvo que tener en cuenta las reticencias de la marina de guerra a participar en las labores de evacuación y la dificultad que suponía encontrar un país que acogiese a los refugiados. Finalmente, se decidió que Gran Bretaña daría refugio a un limitado número de líderes políticos<sup>157</sup>.

Mientras tanto, se desató una crisis interna en la zona republicana que supuso el triunfo de los partidarios de Casado sobre Negrín, anulando su política de resistencia y evacuación para intentar una paz que evitase la prolongación de la guerra y limitara la represión de los vencidos. No obstante, este hecho no modificó la intransigencia de Franco ni la pasividad británica ante la rendición y evacuación de los republicanos. La actitud británica contrastaba con la que había mantenido respecto a Menorca, donde sus intereses estratégicos, al querer evitar que los italianos intervinieran en la isla, le llevaron a intervenir. Hodgson comunicó a Londres que Franco no iba a permitir la evacuación de “ningún rojo” en buques de la *Royal Navy*. Por otro lado, Franco le comunicó a Casado que sólo cabía la rendición inmediata e incondicional. El fracaso de la política de Casado trajo consigo la descomposición y colapso de la zona republicana. Ante dicha situación, Franco decidió lanzar una ofensiva en todos los frentes el 26 de marzo, que no encontró resistencia alguna. Madrid fue ocupada el día 28 y el 30 de marzo se ocupaba Valencia, mientras 160 refugiados republicanos embarcaban en Gandía en un destructor británico que les conduciría al exilio. En Londres ya se había iniciado el desmantelamiento de la maquinaria de No Intervención. El día 1 de abril de 1939 Franco anunciaba que la Guerra Civil había terminado con la victoria incondicional de sus tropas. El gobierno británico ante el problema de acoger refugiados en su país, se limitó a dejar entrar a los que fueran “respetables”. De esta manera, en otoño de 1939 había en Gran Bretaña 326 refugiados españoles<sup>158</sup>.

#### **4. La situación al final de la contienda**

La política británica de neutralidad respecto a la Guerra Civil consiguió alcanzar sus objetivos de confinar el conflicto a España y evitar su conversión en una guerra europea. De la misma manera, consiguió mantener la integridad del territorio español y el status quo en una zona clave para los intereses británicos. En este sentido, dicha política encajaba plenamente en la estrategia de apaciguamiento definida por el gabinete británico en materia exterior. Pero como

---

<sup>157</sup> MORADIELLOS, E. (1996): págs. 357-359.

<sup>158</sup> AVILES, J. (1994): págs. 191-192.

hemos visto a lo largo de este capítulo, la aparente imparcialidad de la postura británica no fue tal, ya que contribuyó activamente al desenlace final de la contienda favoreciendo la victoria del bando nacional y perjudicando claramente a la República. El sacrificio de la República estaba justificado para evitar el establecimiento de un peligroso foco comunista en el Mediterráneo occidental y conseguir la amistad italiana y la paz en Europa.

La postura oficial británica respecto a la guerra civil española fue bien recibida por los dirigentes de los sublevados, que percibieron la benevolencia británica e intentaron preservarla hasta el final de la contienda. Franco y sus más inmediatos colaboradores conocían las ventajas que les reportaba la política no-intervencionista británica y de las dificultades de que adoptasen una postura más favorable. Una nota de la Secretaría Técnica del Jefe del Estado señalaba en julio de 1937 que “de no haber sido por Inglaterra, la ayuda de Francia a los rojos hubiera sido mayor y más eficaz y hasta de otro carácter”<sup>159</sup>.

A pesar de la postura de neutralidad benévola, la actitud de las autoridades insurgentes hacia Gran Bretaña era de irritación por la conducta evasiva británica y por su falta de compromiso con la causa nacional. Los sublevados creían que el gobierno británico debía haber mostrado una participación similar a la de Italia y Alemania durante la Guerra Civil, al coincidir sus intereses con el rechazo al comunismo, lo que hubiese facilitado la victoria nacional. Por esta razón, los círculos oficiales nacionales entendían que el gobierno británico tenía una grave responsabilidad, ya que de su postura dependía el alargar o acortar la duración de la guerra. La prolongación de la guerra favoreció un aumento del sentimiento anti-británico en casi todos los sectores dirigentes, incluido el alto mando del Ejército, insatisfechos con la postura británica. A pesar todo, resultaba evidente que las quejas de los insurgentes ante la actitud británica no se debían a los supuestos efectos negativos de su política de No-Intervención. Las acusaciones a Gran Bretaña se concretaban en la existencia de unidades británicas en las Brigadas Internacionales, la protección ofrecida por la Royal Navy a los buques que comerciaban con la España republicana, su papel en el rompimiento del bloqueo de Bilbao y la existencia de un grupo de niños vascos refugiados en suelo británico.

El despertar del sentimiento anti-británico estuvo ligado a la deriva fascista y nacionalista del nuevo régimen. Después de asumir la “Jefatura del Estado” el 1 de Octubre de 1936, Franco promovió un proceso de fascistización política en el bando nacional que habría de sacar a España de su postración para volver a recuperar su fortaleza y caminar de nuevo hacia el Imperio. El ideario

---

<sup>159</sup> Nota de la Secretaría General, 10 de julio de 1937, AMAE R1061/3.

falangista repudiaba el liberalismo y la democracia, por lo que la forma de gobierno británica se enajenaba las simpatías del Nuevo Estado franquista. Al margen de razones ideológicas, la hostilidad hacia las potencias democráticas se fundamentaba en que tanto a Francia como a Gran Bretaña se les consideraba responsables del papel secundario que España tenía en el exterior. Ambos países eran considerados como enemigos de una España fuerte, criticándose la ayuda que habían prestado a los “rojos” durante la Guerra Civil. Al gobierno británico se le acusaba de colaborar con el esfuerzo bélico republicano al no poner fin al contrabando que les surtía de suministros, de prolongar la guerra mediante sus intentos de mediación internacional y de no reconocer los derechos de beligerancia de Franco mientras mantenía relaciones diplomáticas con el enemigo. Por otro lado, la doctrina oficial, imbuida del ideario fascista, defendía la “voluntad de imperio”, cuyas aspiraciones territoriales conllevaban enfrentarse necesariamente a Gran Bretaña por la cuestión de Gibraltar y a Francia por el deseo de extender la zona de influencia española en Marruecos. Los británicos fueron testigos del proceso de fascistización que vivía el régimen franquista, pero descartaron que fuese abiertamente hostil a Gran Bretaña.

Otro aspecto que influyó en el aumento de la fobia anti-británica fue el alineamiento diplomático de la España franquista con el Eje, como resultado de la ayuda que tanto Hitler como Mussolini habían prestado a los insurgentes durante la Guerra Civil y como consecuencia del proceso de fascistización interno, que suponía una cercanía ideológica del régimen de Franco con dichas potencias. Por estas razones, Alemania e Italia se convirtieron en la referencia de la política exterior española al terminar la Guerra Civil. Esta decisión de Franco se manifestaba antes del final de la contienda, al suscribir la España nacionalista acuerdos secretos de amistad y colaboración con Italia (28 de noviembre de 1936) y Alemania (31 de marzo de 1939). Para procurar no alterar la buena disposición británica, cuya inhibición absoluta ante la Guerra Civil les resultaba favorable, y calmar sus temores ante un acercamiento de los insurgentes a las potencias del Eje, los insurgentes desplegaron un esfuerzo diplomático para garantizar al gobierno británico que España no terminaría la contienda ligada ni política ni económicamente a dichas potencias, en un claro juego de doble diplomacia. Como ya hemos comentado, el gobierno británico confiaba que el poder económico de la libra y el poder disuasorio de la *Royal Navy* fuesen suficientes para evitar el riesgo de un excesivo acercamiento del régimen franquista a Alemania e Italia.

Todas estas circunstancias impidieron el reconocimiento de la postura británica que había favorecido claramente a los insurgentes, motivando el surgimiento de una actitud anglófoba y la construcción de un “mito oficial” que postulaba que Gran Bretaña había sido, desde el inicio del conflicto, favorable al

bando republicano<sup>160</sup>. Lograda la victoria, en las filas franquistas se desencadenó una oleada de sentimiento anti-británico a tono con la fascistización del régimen y la simpatía en política exterior con Alemania e Italia en la Segunda Guerra Mundial. Las deformaciones ideológicas motivaron el olvido público de los beneficios de la postura británica, al centrarse la propaganda oficial en convencer a los españoles de la malevolencia de su neutralidad.

En definitiva, España terminó la Guerra Civil alineada diplomáticamente e ideológicamente con las potencias del Eje y sus afanes revisionistas, en oposición a Francia y Gran Bretaña, defensoras del status-quo. En la tensa atmósfera internacional previa al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, el *Foreign Office* volvió a dedicar gran atención a los acontecimientos políticos que sucedían en España. En Londres se temía que, en el caso de que estallase la guerra en Europa, el régimen franquista pudiese entrar en el conflicto bélico en el lado de Alemania e Italia. Por esta razón, podemos afirmar que la política británica durante la Guerra Civil española fue un fracaso, al favorecer la instalación de un régimen potencialmente hostil a Gran Bretaña en un área vital para sus intereses estratégicos y económicos.

---

<sup>160</sup> MORADIELLOS, E. (1990): págs. 22-23.

## Capítulo III. EL ESTABLECIMIENTO DE RELACIONES DIPLOMÁTICAS (ABRIL 1939 – SEPTIEMBRE 1939)

### 1. El aumento de la tensión internacional en Europa

La tensión internacional creció en Europa durante la primavera de 1939, coincidiendo con el final de la contienda española. La ocupación de Praga por las tropas nazis el 15 de marzo de 1939 puso fin a la independencia checa y supuso la ruptura del Acuerdo de Munich que la salvaguardaba. Esta nueva agresión nazi puso en evidencia que los acuerdos firmados con Hitler no eran más que papel mojado. Se revelaba que el objetivo del dictador nazi no era revisar el Tratado de Versalles, sino dominar Europa por la fuerza de las armas. Las ambiciones de Hitler parecían no tener límite, ya que el día 21 de marzo, recién ocupada Praga, demandó al gobierno de Polonia la devolución de Danzing. El día 23 de marzo las tropas alemanas entraban en Memel, ciudad que Lituania había arrebatado a Alemania en 1923. Para Hitler, la política británica de apaciguamiento era un símbolo de debilidad de las potencias democráticas. En sus cálculos, era extremadamente improbable que reaccionaran con firmeza ante su soñada expansión hacia el Este<sup>161</sup>.

Después de la invasión de Checoslovaquia, las potencias democráticas se vieron forzadas a reaccionar. A pesar del escaso éxito que había mostrado la política de apaciguamiento, Chamberlain siguió convencido de que las negociaciones políticas eran mejor solución que el conflicto armado. La debilidad interna francesa, provocada por las profundas divisiones políticas que existían, daba toda la iniciativa diplomática a los británicos. El 31 de marzo Chamberlain anunció que su país garantizaba la independencia polaca en el caso de una agresión externa, declaración que fue rápidamente secundada por el gobierno francés. Esta decisión fue ampliamente criticada en Inglaterra, entre otros por Winston Churchill, ya que se pensaba que no iba a disuadir a Hitler de invadir Polonia. La garantía franco-británica era un intento de plantar cara a Hitler, pero intentando evitar enemistarse irremediablemente. Durante el mes de abril, se dieron similares garantías a Rumania, Grecia y Turquía, ofreciéndose también a Holanda, Suiza y Dinamarca, aunque estas últimas naciones las rechazaron. Como franceses y británicos ya habían dado garantías similares a los checos en Munich, Hitler estaba convencido que no desembocarían en una declaración de guerra. Además, era evidente que Francia y

---

<sup>161</sup> Para el estudio de la política exterior hitleriana, véase: WEINBERG, Gerhard L. (2005): *Hitler's Foreign Policy 1933-1939: The Road to World War II*, Nueva York, Enigma.

Gran Bretaña no podían defender militarmente Polonia por su lejanía geográfica. Las potencias democráticas tampoco acompañaron sus garantías con ayuda militar o económica al gobierno polaco. En cualquier caso, no hubiesen resultado decisivas, puesto que el Ejército polaco no estaba preparado para frenar al bien equipado Ejército alemán. La respuesta de Hitler fue ordenar al Alto Mando alemán la preparación de un plan de invasión de Polonia.

En Italia, Mussolini también seguía una política exterior agresiva como la de Hitler. El 7 de abril de 1939, tropas italianas ocupaban Albania, mostrando que el dictador fascista tampoco se tomaba muy en serio el intento franco-británico de mostrar firmeza frente a los afanes revisionistas en Europa. Italia también se preparaba para la guerra que inevitablemente se cernía sobre Europa. Su estrecha alianza con Alemania, forjada durante la Guerra Civil española, fue sellada el 22 de mayo de 1939 mediante la firma del Pacto de Acero. A pesar de que Mussolini era bien consciente de las limitaciones de su país, Italia estaba destinada a entrar en la guerra al lado de Alemania<sup>162</sup>.

La única alternativa que hubiese podido frenar a Hitler era una alianza franco-británica con la Unión Soviética. Sin embargo, Chamberlain, movido por su desconfianza respecto al comunismo y su deseo de evitar reconocer que la política de apaciguamiento había fracasado, retrasó el posible acercamiento con Stalin. A pesar de la oferta soviética de firmar un pacto de asistencia mutua en el mes de abril, las negociaciones entre británicos y rusos no comenzaron hasta principios de agosto. El primer ministro británico era tremendamente escéptico respecto a las posibilidades que ofrecía la alianza con Rusia:

*Debo confesar mi más profunda desconfianza de Rusia. No tengo ninguna convicción respecto a su capacidad de mantener una ofensiva efectiva, incluso si lo deseara. Y también desconfío de sus motivos que me parecen tener poca relación con nuestras ideas de libertad, y estar sólo preocupada por coger a todos de las orejas. Más aún, es odiada y temida por los países más pequeños, entre los que destacan Polonia, Rumania y Finlandia<sup>163</sup>.*

Desilusionado por la lentitud de las negociaciones, Stalin concluyó que las potencias democráticas no estaban interesadas en llegar a un acuerdo y que no tenían intención de hacer frente a la expansión alemana. Además, el gobierno polaco rechazaba la posibilidad de permitir la entrada de las tropas soviéticas en su territorio para hacer frente a una hipotética invasión nazi. Ante esta situación, Stalin

---

<sup>162</sup> Para estudiar la política exterior de la Italia fascista, véase: KNOX, MacGregor (1986): *Mussolini unleashed, 1939-1941, politics and strategy in Fascist Italy's Last War*, Cambridge, Cambridge University Press y BURGWYN, H. James (1997): *Italian Foreign Policy in the Interwar Period: 1918-1940*, Westport, Praeger Publishers.

<sup>163</sup> Anotación del diario de Chamberlain reproducida en FEILING, Keith (1946): *Life of Neville Chamberlain*, Londres, Macmillan, pág. 403.

decidió firmar un pacto de no-agresión con el dictador alemán<sup>164</sup>. Por su parte, el gobierno británico anunció el 23 de agosto la formación de una alianza militar con Polonia. Para Hitler, se trataba de un mero ardid negociador de Chamberlain. Lo que no apreció el Primer Ministro británico fue que el gobierno polaco, una dictadura militar, no estaba dispuesto a rendir de manera humillante parte de su territorio, prefiriendo ir a la guerra con Alemania. Convencido de que franceses y británicos no intervendrían, Hitler ordenó la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939.

## 2. Las esperanzas británicas respecto a España

La victoria de Franco en la Guerra Civil española tuvo poca significación en el plano internacional debido al escaso peso militar y económico de nuestro país y a la prudente diplomacia practicada por los vencedores durante la contienda. Hay que recordar que en otoño de 1938, en plena crisis de los Sudetes, Franco declaró la neutralidad española cuando parecía que la guerra iba a estallar en Europa a causa de la presión de Hitler sobre Checoslovaquia. El principal defensor de la neutralidad, o equidistancia respecto a los dos bandos que se configuraban en la futura guerra europea, era el ministro de Asuntos Exteriores, el general Gómez Jordana. La principal dificultad a la hora de desarrollar esta política era que el bando nacional había ganado la guerra con unos aliados bien definidos, las potencias fascistas. Por esta razón, Jordana se había esforzado durante la contienda en no causar un excesivo enfrentamiento con Francia y Gran Bretaña. El régimen puso tanto en Londres como en París unos representantes diplomáticos que pudieran contactar con la derecha conservadora en dichos países y mejorar su percepción de la realidad española. En Londres se encontraba el duque de Alba, de linaje aristocrático inglés, y en París se envió a Lequerica, un antiguo maurista que entabló rápidamente amistad con los círculos de la derecha francesa y en especial con Pierre Laval, quien sería el máximo exponente de la colaboración con los alemanes tras la caída de Francia<sup>165</sup>.

En cualquier caso, debido a la creciente tensión internacional, existía el riesgo de que España se viera involucrada en el conflicto. Prueba de ello es que en el mes de abril, en el que se produjo un importante aumento de la tensión

---

<sup>164</sup> Sobre el pacto germano-soviético, véase ROBERTS, Geoffrey (1995): *The Soviet Union and the Origins of the Second World War. Russo-German relations and the road to war, 1933-1941*, Londres, Macmillan.

<sup>165</sup> Sobre la actividad de Lequerica en París ver: AVILES, Juan (1989): *Lequerica, embajador franquista en París*, Historia 16, nº 160.



internacional, que amenazó con provocar el estallido de la guerra en Europa, los británicos y los franceses reforzaron sus guarniciones en Gibraltar y Marruecos respectivamente<sup>166</sup>. En el caso de que se produjese una guerra en Europa, los jefes del Estado Mayor británico concedían gran importancia a la postura española. En un informe elaborado el 9 de mayo, los estrategas británicos evaluaban la capacidad bélica del régimen de Franco:

*4. Las facilidades navales en Gibraltar serían en gran parte o totalmente impracticables debido a los bombardeos aéreos y terrestres, con el resultado de que nuestro control del Estrecho sería amenazado.*

*5. Los submarinos y aviones alemanes e italianos que operasen desde territorio español, incluyendo las Islas Baleares y Canarias, aumentarían considerablemente nuestras dificultades para proteger nuestras comunicaciones marítimas en el Atlántico y las comunicaciones francesas entre el norte de África y Francia, tanto más cuanto que también la ruta mediterránea estaría cerrada.*

*6. Los ataques aéreos podrían afectar a las bases francesas en el norte de África, cuyo uso por las fuerzas navales aliadas, si Gibraltar no estuviera disponible, sería esencial para el control del Mediterráneo occidental. Sin el uso de esas bases sería difícil interrumpir el comercio italiano procedente del Atlántico.*

*7. Para Francia, la entrada en la guerra de España significaría la defensa de una tercera frontera terrestre, con la consecuente dispersión de sus recursos. (...)*

*11. Si España fuese hostil podría rápidamente ocupar Portugal y no podríamos usar Lisboa como base.*

*12. Las desventajas estratégicas citadas en los párrafos precedentes son formidables. Sin embargo, debe tenerse en cuenta, (...) que los españoles están cansados de la guerra y en proceso de desmovilización, y que probablemente tendrán pocas ganas de combatir, que estarían sometidos a un riguroso bloqueo, (...) que sus recursos de material bélico, particularmente en reservas de combustible, son muy limitadas, y que su capacidad de fabricación propia es muy pequeña. En estas circunstancias las desventajas que hemos enumerado podrían no ser tan serias como parecen<sup>167</sup>.*

En realidad, al término del conflicto España conservaba una gran independencia en materia de política exterior en sus relaciones con las potencias del Eje. Para Alemania, nuestro país era considerado como un suministrador de materias primas para su esfuerzo de guerra. Con tal fin, a lo largo de la Guerra Civil construyeron un complejo empresarial (bajo la compañía SOFINDUS) destinado a

---

<sup>166</sup> Para ver la tensión internacional en el mes de abril de 1939 ver AMAE R1067/8.

<sup>167</sup> Report by the Chiefs of Staff Sub-Committee: Balance of Strategical Value in War as between Spain as an enemy and Russia as an Ally, 9 de mayo de 1939, CAB 24/86. Recogido en el anexo de EDWARDS, J. (1979): págs. 228-232.

explotar sus relaciones económicas con España<sup>168</sup>. De ahí que el interlocutor con las autoridades alemanas en España fuese en muchas ocasiones el gestor de dicho entramado empresarial alemán, Johannes Bernhardt, en lugar del propio embajador Stöhr. Hay que señalar que en la España de esa época existía una profunda admiración por Alemania, en gran parte por su poderío económico y militar, pero no había una plena identificación con su sistema totalitario. La relación con Italia era ciertamente diferente. Mussolini no consiguió materializar ninguna ventaja de su participación en la Guerra Civil española. Tan sólo pudo reforzar su imagen exterior de gran potencia que decidía los destinos de otras naciones. Sin embargo, no se firmó ningún acuerdo que mediatizara la política exterior española, como había logrado Hitler con Yugoslavia. El primer ministro británico, Neville Chamberlain, esperaba que tras el final de la contienda el general Franco tuviese mayor libertad de movimientos en el plano internacional, que idealmente pudieran llevarle a establecer “excelentes relaciones con Gran Bretaña”<sup>169</sup>.

Tanto británicos como franceses quisieron aprovechar la oportunidad que ofrecía el final de la guerra civil para iniciar un acercamiento a España, aunque afrontando la cuestión de manera diferente. Francia estaba más preocupada respecto al papel que podía desempeñar España en el caso de que estallara un conflicto bélico en Europa, al tener una amplia frontera común y al ser conocidas las ambiciones españolas en Marruecos. Además, en París se temía la existencia de pactos secretos entre las potencias fascistas y el régimen de Franco. Para mejorar sus relaciones con el régimen franquista, el gobierno francés envió como representante diplomático al mariscal Petain, en un claro intento de buscar cierta ascendencia sobre el caudillo. Sin embargo, las relaciones entre ambos países no tuvieron ninguna cordialidad en el periodo que transcurre entre el final de la guerra civil y el inicio de la guerra mundial. La embajada británica en Madrid resumió certeramente los sentimientos españoles:

*Existe considerable recelo respecto a Francia en toda España, no sólo por la asistencia prestada a los republicanos durante la guerra, sino también por el hecho de que se dio asilo en Francia a cerca de un cuarto de millón de españoles hostiles al nuevo Gobierno español. También existe gran suspicacia y distanciamiento respecto a Gran Bretaña, por la actitud tomada*

---

<sup>168</sup> Los protocolos hispano-alemanes firmados en julio de 1937 determinaron la vinculación económica española al Tercer Reich. La empresa SOFINDUS (Sociedad Financiera e Industrial S.A.) fundada en Lisboa y registrada en Salamanca en noviembre de 1938 se constituyó como un holding que poseía las acciones de las empresas del grupo, que en 1939 alcanzó un capital de 121,6 millones de pesetas. GARCÍA PÉREZ, Rafael (1994): *Franquismo y Tercer Reich: las relaciones económicas hispano-alemanas durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Centro de estudios constitucionales, págs. 67-76.

<sup>169</sup> FEILING, Keith (1946): pág. 394.

*durante la Guerra Civil, nuestra estrecha alianza con Francia y por nuestro acercamiento al archi-enemigo, Rusia*<sup>170</sup>.

Los estadistas británicos pensaban que la situación geopolítica española, con el país rodeado por los británicos por el mar y por los franceses por tierra, le condenaban a seguir siendo un satélite franco-británico, a pesar de las reticencias de Franco. La subordinación económica española quedaba reforzada por la destrucción provocada por cruenta guerra civil que acababa de terminar. Chamberlain estaba convencido que una España devastada por la guerra tendría que buscar ayuda en el exterior para financiar su reconstrucción interna. Según su razonamiento, como las potencias revisionistas no tenían reservas de capital, creía que Franco no tenía otra opción que acudir al bloque franco-británico para conseguir los recursos financieros que necesitaba para la reconstrucción del país<sup>171</sup>. En función de estas expectativas, el gobierno británico diseñó una política exterior respecto a España que se fundamentaba en utilizar la dependencia económica española para convencer a Franco de que mantuviese su posición de neutral en un hipotético conflicto europeo en lugar de intervenir del lado de Alemania.

La estrategia seguida por Chamberlain fue utilizar el poder económico de la libra para influir en la política exterior española, haciendo que sus criterios se acomodaran a los deseos británicos, mediante el cultivo de vínculos económicos y el uso inteligente de incentivos. La lógica británica suponía que los incentivos económicos serían suficientes para que Franco dejara sus aspiraciones revisionistas. Al mismo tiempo, se fundamentaba en la creencia que el lamentable estado de la economía española después de la Guerra Civil supondría otro freno a las ambiciones franquistas. Por esta razón, se pensaba que a pesar de la retórica franquista y su cercanía al Eje, Franco no iba a sacrificar la economía española para embarcarse en una aventura exterior. Este tipo de política económica positiva, que usa la zanahoria en lugar del palo, es calificada de forma crítica como apaciguamiento económico. Esta política, con algunos cambios y crisis, fue seguida por los británicos durante toda la guerra. La ventaja con la que contaba Londres para encauzar la conducta exterior del régimen franquista era el poder disuasorio de la *Royal Navy*. Utilizando su poderío naval, el gobierno británico podía imponer un bloqueo a la Península Ibérica que impidiera la llegada de suministros a España. De este modo, se esperaba que las concesiones que se realizaran en el ámbito comercial y económico no pareciesen un signo de debilidad.

La política de apaciguamiento económico no carecía de riesgos para el gobierno británico. Por un lado, suponía un problema moral, ya que planteaba

---

<sup>170</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>171</sup> EDWARDS, J. (1979): pág. 64.

negociar con un país cuyo régimen político era aborrecible y que potencialmente podía convertirse en un adversario militar. Cabe recordar que durante la Guerra Civil, el gobierno británico se resistió a ser la primera potencia democrática en reconocer al gobierno de Franco, para evitar alinearse con los regímenes fascistas europeos. Esta política suponía dejar de lado la negativa valoración política que hacían del nuevo régimen, remitiéndose al principio de no intervención en los asuntos internos de un país. Lo que realmente interesaba al gobierno británico era la orientación de la política exterior española, esperándose evitar que España pudiese participar en un hipotético conflicto bélico del lado del Eje. El principal problema de esta política era el carácter imprevisible de la política interna española y la dificultad de usar el intercambio económico como un instrumento para manipularla. Si la política fracasaba, se corría el riesgo de enfrentarse a un rival con capacidades fortalecidas gracias a los intercambios comerciales. Por esta razón, algunos miembros del gobierno británico se planteaban la disyuntiva de hasta qué medida podían ayudar económicamente a Franco.

De esta manera, el *Foreign Office* integró a España en los diseños de su política de apaciguamiento a nivel europeo, convirtiéndose los factores económicos en el aspecto central de las relaciones entre España y Gran Bretaña. Después del reconocimiento del régimen de Franco, el gobierno británico centró sus esfuerzos diplomáticos en la creación de unos vínculos que le permitieran desplegar su política de apaciguamiento económico con la que esperaban aplacar los ánimos revisionistas españoles. El primer paso fue la normalización de las relaciones comerciales y financieras entre ambas naciones. Para ello, era necesario entrar en negociaciones que sirvieran para establecer un nuevo marco para los intercambios, superar la provisionalidad existente durante la Guerra Civil y resolver los contenciosos pendientes. Días después de que finalizase la guerra en España se sondeó la posibilidad de llevar a cabo negociaciones comerciales entre los dos países. Un representante del *Board of Trade* británico se trasladó a España para informar con carácter oficioso que el gobierno británico estaba dispuesto a comenzar a discutir los problemas comerciales y financieros que afectaban a las relaciones económicas entre ambos países<sup>172</sup>.

La misión británica descubrió que las autoridades españolas, aunque favorables a llevar a cabo las discusiones comerciales, no estaban preparadas para una discusión a fondo sobre el asunto en aquellos momentos, ni siquiera de manera informal. La justificación oficial fueron los problemas que planteaban la dispersión de la Administración española en más de media docena de ciudades y la ausencia de contacto de muchos departamentos con sus archivos centrales en Madrid.

---

<sup>172</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

Realmente, las negociaciones comerciales con Gran Bretaña no eran la primera prioridad del nuevo régimen franquista. Éste se encontraba inmerso en un proceso de institucionalización que no facilitaba que se tomase la decisión de entablar conversaciones con un país al que se acusaba públicamente de favorecer al enemigo durante la Guerra Civil. La puesta en marcha de las negociaciones fue la principal cuestión que tuvo que resolver la primera misión diplomática británica con el Gobierno de Franco, bajo el liderazgo de un diplomático con experiencia como sir Maurice Drummond Peterson<sup>173</sup>.

### 3. Las ambiciones expansionistas españolas

El final de la Guerra Civil marcó el inicio de una nueva etapa en las relaciones entre España y Gran Bretaña. La paz en la Península proporcionó al gobierno franquista cierta estabilidad interna que significó un profundo cambio en sus objetivos en materia exterior. La búsqueda de ayuda militar en el extranjero y los esfuerzos por aislar diplomáticamente al bando republicano fueron sustituidos por sueños imperiales y ambiciones coloniales. Franco deseaba recortar el poder franco-británico en el Mediterráneo y crear un nuevo imperio colonial español en el norte de África<sup>174</sup>. No en vano había adoptado la corona y el escudo imperiales de Carlos I como armas del Estado español y el lema *plus ultra*, que simbolizaba “la expansión española de ultramar y el aliento de superación de los navegantes y los conquistadores españoles”<sup>175</sup>. La propaganda del régimen le situaba a la misma altura que el Duce y el Führer y le representaba como heredero de los grandes reyes de la Historia de España.

Para los británicos, el fin de la guerra española permitía superar la provisionalidad existente durante la contienda y proceder a la normalización de las relaciones diplomáticas entre ambos países. Al partir en clara desventaja con las potencias fascistas, el gobierno británico intentó congraciarse con el nuevo régimen

---

<sup>173</sup> Sir Maurice Drummond Peterson (1889-1952), diplomático profesional desde su entrada en el Foreign Office en 1913. Estuvo en España como consejero de la Embajada británica (1929-1931), asistiendo a la caída de la Monarquía. El caos y los desordenes que acompañaron al nacimiento de la Segunda República le llevaron a profetizar que tendría una corta vida. Otros puestos relevantes que desempeñó fueron: embajador en Bagdad (1938-1939), subsecretario del Foreign Office (1942-1944), embajador en Turquía (1944-1948) y embajador en Moscú (1946-1949). Antes de la Segunda Guerra Mundial estuvo en las delegaciones diplomáticas británicas en Praga, Tokio, Cairo y Sofía. Por lo tanto, se trata de una de las figuras más importantes de la diplomacia británica de la primera mitad del siglo XX.

<sup>174</sup> Sobre la importancia de las reivindicaciones en África del Norte en la política exterior española de aquellos años: AVILÉS FARRÉ, Juan (1995): “Un país enemigo: Franco frente a Francia, 1939-1944”, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 7, págs. 119-124.

<sup>175</sup> Decreto de 2 de febrero de 1938 sobre Constitución del Escudo de España, publicado en el Boletín Oficial del Estado del 3 de febrero de 1938, nº 470.

español. A pesar de la predisposición británica y de los deseos del general Jordana, el comienzo de las relaciones diplomáticas no se produjo inmediatamente después del final de la Guerra Civil. El resentimiento español por la actitud británica durante la contienda y por su acercamiento a la Unión Soviética dificultaba el acercamiento y motivaba cierta resistencia en algunos miembros del gobierno. Halifax comprendía que su país no fuese visto con simpatía en España por la actitud adoptada durante la Guerra Civil. Así se lo reconoció al duque de Alba:

*Lord Halifax añadió, comprendía perfectamente no se viera con simpatía, y aún con recelo, en España la actitud de Inglaterra durante la guerra, la que debía hacer constar había sido impuesta por las circunstancias. De todas formas, siendo deseo de este Gobierno llegaran las relaciones entre nuestros dos países al grado de amistad de antes de la guerra, me pedía medidas concretas en que creía mi Gobierno podría llegar a borrar el mal recuerdo*<sup>176</sup>.

Los analistas del *Foreign Office* pensaban que les costaría mucho tiempo erradicar esta opinión de los corazones de los españoles que “son lentos para perdonar”. Dado el marcado carácter nacionalista del nuevo régimen, la recuperación de Gibraltar se convirtió en uno de sus objetivos exteriores. Esta cuestión no hizo sino acrecentar el rencor de los nuevos gobernantes españoles respecto a Gran Bretaña, dificultando la creación de verdaderos lazos de amistad.

El nuevo embajador británico pudo comprobar en persona cómo la actitud de los vencedores respecto a su país no había mejorado. Maurice Peterson cruzó la frontera franco-española el 30 de marzo de 1939, coincidiendo su entrada en el país con el final de la Guerra Civil española y la firma del Tratado hispano-alemán de amistad<sup>177</sup>. En Burgos, sede gubernamental del bando insurgente, pudo comprobar el ambiente de fervor nacionalista tras la victoria en la contienda y la presencia de representantes y enseñas de las potencias del Eje por todas partes. El gobierno español no mostró ninguna prisa para formalizar la situación del nuevo embajador británico. En su visita de cortesía al Ministerio español de Asuntos Exteriores, fue informado por Jordana que su presencia en Burgos no era grata, al estar la totalidad del cuerpo diplomático instalado en San Sebastián. Por esta razón, se vio obligado a abandonar la ciudad y a instalar su residencia en la capital guipuzcoana. Mientras tanto, las autoridades españolas hicieron público el día 7 de abril la adhesión del régimen franquista al Pacto Anti-Komintern, en el que se declaraba la hostilidad española al comunismo y que acercaba más a España a la

---

<sup>176</sup> Mensaje del duque de Alba a Jordana, 27 de abril de 1939, AMAE R1083/13.

<sup>177</sup> En dicho tratado los firmantes se comprometían a evitar cualquier acto en el terreno político, militar o económico que pudiera ser perjudicial para un miembro del mismo o ventajoso para su enemigo. PRESTON, Paul (1994): *Franco, Caudillo de España*, Barcelona, Editorial Grijalbo, pág. 407.

órbita del Eje<sup>178</sup>. Además de la España de Franco, otros países en la órbita de Alemania o claramente enfrentados a la URSS, como Rumania, Bulgaria o Finlandia firmaron el pacto en años posteriores, Hungría lo había hecho en febrero de 1939. Este acuerdo no suponía ningún compromiso relevante, pero ciertamente señalaba que las preferencias españolas en política exterior se orientaban claramente hacia el Eje.

Con la intención de disipar las posibles suspicacias británicas, Jordana restó importancia a la firma del acuerdo ante Peterson, que se había trasladado a Burgos para presentar sus credenciales al Caudillo. En contra de los procedimientos habituales, el embajador visitó al general Jordana antes de obtener su plácet. En la entrevista, preguntado por las consecuencias de la adhesión española al Pacto Anti-Komintern, Jordana afirmó que era un mero “gesto de solidaridad ideológica”<sup>179</sup>. En Londres, Halifax no manifestó ninguna sorpresa, afirmando al duque de Alba que encontraba “natural” que España lo hubiese firmado. El embajador español se apresuró a indicar que era consecuencia de “nuestro propósito de combatir al comunismo en todos los campos”<sup>180</sup>.

El Caudillo quiso calmar los ánimos británicos ante su nueva política exterior aprovechando la presentación de las credenciales del nuevo embajador británico el día 11 de abril. En dicha entrevista Peterson no tuvo una buena impresión del líder español. La ceremonia le recordó a los tiempos de la Monarquía, al encontrarse el Generalísimo en una plataforma elevada rodeado por miembros del Gobierno, generales, líderes de Falange y personalidades notables, como si fuera un monarca. Tras las pertinentes introducciones, se produjo un pequeño incidente. Como le habían asegurado a Peterson que el Caudillo dominaba el francés, intentó mantener la entrevista en dicho idioma. Sin embargo, Franco se dirigió a él en español, por lo que tuvo que llamar a su agregado militar, el comandante Mahony, para que ejerciera de intérprete. La audiencia duró unos quince minutos, en los que el Generalísimo insistió machaconamente en el peligro que suponía la extensión del comunismo para el Imperio Británico<sup>181</sup>.

A pesar de todo, Franco continuó estrechando los lazos con sus aliados del Eje. El 8 de mayo, España se retiró de la Sociedad de Naciones, identificándose nuevamente con las potencias fascistas que la habían abandonado

---

<sup>178</sup> Dicho documento había sido firmado el 27 de marzo de 1939 por el general Gómez Jordana, en presencia del conde Viola, embajador italiano, el ministro japonés Makoto Yano y el embajador alemán von Stoher. PRESTON, P. (1994): pág. 407.

<sup>179</sup> Despacho de Peterson a Halifax, 12 de abril de 1939, FO 371/24150, W6173/824/41.

<sup>180</sup> Mensaje del duque de Alba a Jordana, 27 de abril de 1939, AMAE R1083/13.

<sup>181</sup> Despacho de Peterson a Halifax, 12 de abril de 1939, FO 371/24150, W6173/824/41.

años antes. Por todo ello, el régimen de Franco aparecía en la escena internacional como una baza que podían jugar las potencias revisionistas. En aquellos momentos de tensión en el escenario internacional, la identificación española con el Eje era un motivo de inquietud para el Parlamento y la prensa británica. Especialmente, por la importante presencia de tropas alemanas e italianas en el suelo español, fruto de la ayuda prestada durante la Guerra Civil. En los meses de abril y mayo dichas tropas participaron en una serie de desfiles por diversos lugares de la geografía española. Dichas paradas militares no eran sino glorificaciones públicas de la figura de Franco, pero dejaban bien claro quienes eran sus aliados. Las sucesivas cancelaciones del desfile de la Victoria, que posponían la salida de estas tropas del país, produjeron una considerable preocupación en Londres porque parecía que dicha presencia podía convertirse en permanente. Desde Madrid, Peterson insistía en su convencimiento de que las tropas extranjeras abandonarían el territorio español tras dicho desfile.

La celebración del desfile de la Victoria el 19 de mayo en Madrid identificó a Franco con Hitler y Mussolini, asociándole también con los grandes héroes de la historia de España. Doscientos mil hombres desfilaron ante el Caudillo, ataviado con la camisa azul falangista y la boina carlista, durante más de cinco horas. El desfile presentaba claramente a Franco como un aliado del Eje, estando su discurso a tono con el despliegue de medios. Al día siguiente, la celebración se completó con un Te Deum en agradecimiento a Dios por la victoria alcanzada en la guerra. Rodeado de reliquias militares, entre las que estaban el pendón de las Navas de Tolosa (victoria contra los árabes en 1212) y el estandarte usado por don Juan de Austria en Lepanto, el Caudillo entregó su espada al cardenal Gomá, arzobispo de Toledo y primado de España. Franco se consagraba como heredero de la gloria imperial española y dejaba claro cuales eran sus desmedidas ambiciones<sup>182</sup>.

Las tropas alemanas e italianas comenzaron a abandonar el país después del desfile de la Victoria. La mayoría de la Legión Cóndor alemana salió del puerto de Vigo rumbo a su patria el día 26, dejando detrás cantidades considerables de material y algunos aviones. Por su parte, las tropas italianas embarcaron en Cádiz el día 31, acompañadas por tropas españolas y una representación española liderada por Serrano Suñer. El personal de las Fuerzas Aéreas italianas abandonó el país el día 10 de junio, acompañados del general Kindelán y de un grupo de oficiales españoles. El *Foreign Office* vio con gran alivio su marcha, ya que se evitaba que Italia y Alemania pudiesen utilizar el suelo español como base de operaciones en una zona de alto interés estratégico para británicos y franceses. Como le había indicado Chamberlain al duque de Alba, la

---

<sup>182</sup> PRESTON, P. (1994): pág. 412.



presencia de estos voluntarios era un motivo de preocupación de su gobierno. En cualquier caso, el Primer Ministro británico no censuraba la gratitud del régimen franquista con Portugal, Alemania e Italia, por el apoyo que les habían brindado durante la Guerra Civil<sup>183</sup>.

Al mismo tiempo, el general Jordana, le había comunicado a Alba que “España no estaba irremediadamente unida a las potencias fascistas” para que tranquilizase a sus interlocutores en Londres. El duque ya había informado a Halifax el 26 de abril de la voluntad española de independencia y neutralidad en el plano internacional, así como del deseo sincero de mantener buenas relaciones con Gran Bretaña<sup>184</sup>. Éste era un signo que parecía indicar que el nuevo régimen falangista quería librarse de una excesiva influencia italo-germana y acercarse a Francia e Inglaterra. Los observadores británicos tenían el convencimiento de que Franco deseaba tener una política exterior más independiente:

*El final de la Guerra Civil dejó al Gobierno del general Franco con una deuda de gratitud hacia Italia y Alemania, sin cuya asistencia material no se hubiese podido ganar la guerra. La deuda fue reconocida, pero parece poco probable que el general Franco se deje dominar por sus antiguos aliados<sup>185</sup>.*

En efecto, Jordana defendía el mantenimiento de una postura de neutralidad y luchaba por desarrollar una política exterior independiente, que resultara en un acercamiento a Gran Bretaña. El ministro español estaba muy satisfecho con la actitud británica y con el interés británico por mejorar las relaciones bilaterales. En su opinión, era todo lo cordial que resultaba posible después de las pasadas tensiones. Jordana le indicó al duque de Alba de forma muy expresiva cómo debía desenvolverse España en el escenario internacional:

*Nos hacen todos el amor y hay que coquetear por una temporada, porque no nos conviene entregar a nadie, ni aún a buen precio, ni disgustar totalmente a todos nuestros seductores de forma que nos cierre el camino para inclinarnos en el momento oportuno del lado que nos convenga o que malogre cualquier negocio de los muchos de los que tenemos entre manos y pendientes de la voluntad ajena<sup>186</sup>.*

En contra de las esperanzas británicas y de Jordana, los vínculos entre España e Italia se reforzaron durante el verano de 1939. La visita de Serrano Suñer a Roma en el mes de junio fue muy relevante. No en vano Italia ofrecía un modelo para el impulso fascista que propugnaba el ministro de Gobernación. Por su parte,

---

<sup>183</sup> Mensaje de Alba a Jordana, 9 de junio de 1939, PL Caja 1ª, nº 1.

<sup>184</sup> Mensaje del duque de Alba a Jordana, 27 de abril de 1939, AMAE R1083/13. La versión británica se encuentra en el informe de Halifax, 26 de abril de 1939, FO 371/24129.

<sup>185</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>186</sup> Mensaje de Jordana a Alba, 26 de junio de 1939, PL Caja 1ª, nº 1.

los italianos sabían que se estaba produciendo el ascenso de Serrano Suñer y esperaban de él una mayor cercanía al fascismo. En medio de grandes alardes fascistas, Serrano Suñer manifestó la gratitud española por la ayuda en la Guerra Civil. La impresión que dio su viaje, para indignación de Jordana, fue que España estaba estrechamente unida al Eje. Por su parte, Serrano Suñer organizó la visita a España del ministro italiano de Asuntos Exteriores, también en contra de la opinión de Jordana y de García Conde, el embajador español en Roma. Ciano llegó a nuestro país el 8 de julio, presentando una propuesta de Mussolini de colaboración hispano-italiana en política exterior y ofreciendo a Franco la posibilidad de visitar Italia. Todo el aparato de Propaganda del Régimen fue puesto al servicio de este viaje. En el plano interior, esta visita apuntaló a Serrano Suñer, mientras que en materia exterior implicó a partir de entonces una cierta subordinación moral de Franco y Serrano Suñer respecto al Duce, no reflejada por escrito<sup>187</sup>. Para los británicos, la visita del conde Ciano fue inconsecuente. En su opinión, a pesar del entusiasmo público desplegado por el Régimen, no produjo ningún resultado político concreto, por lo que la delegación italiana volvió a su país desilusionada por los escasos acuerdos alcanzados<sup>188</sup>. Lo cierto es que el viaje de Ciano se resolvió en nada.

En este contexto, el acercamiento británico a España parecía complicarse. Desde el mes de abril, las autoridades españolas ignoraban las continuas demandas inglesas para iniciar discusiones comerciales. Las declaraciones de Franco con motivo de la celebración del desfile de la Victoria, el 20 de mayo de 1939, en las que lanzó una advertencia a Francia y Gran Bretaña no facilitaron el comienzo de las negociaciones económicas:

*Sería, pues, además de inútil, un serio obstáculo para nuestro acercamiento a determinadas naciones el que, con propósito de presionarnos de un modo reflejo en el campo político, quisieran cercarnos en el económico, pensando que otra vez pudieran abrirse camino los grandes intereses de antiguo hostiles a nuestra independencia y nuestro poderío. Sepan todos que esto será ya para siempre imposible<sup>189</sup>.*

El día 5 de junio, Franco realizó unas declaraciones similares ante el Consejo Nacional de la Falange, haciendo referencia a las influencias de fuera de España para impedir la reconstitución comercial y económica española. El embajador Peterson advirtió a Londres que “la opinión en España era muy sensible ante sugerencias de que su amistad puede ser comprada con oro”<sup>190</sup>. Los

---

<sup>187</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 32-33.

<sup>188</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>189</sup> Diario *Arriba*, 20 de mayo de 1939.

<sup>190</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

representantes diplomáticos británicos también recogieron el fuerte discurso que Serrano Suñer había realizado sobre dicho tema el 15 de junio de 1939 en Barcelona. Estas manifestaciones motivaron que Halifax hiciera en la Cámara de los Lores a finales del mismo mes una declaración que abría la posibilidad de un entendimiento económico con España, al negar cualquier intento de mediatizar la política o economía española:

*El Gobierno de su Majestad no tiene deseo ni intención alguna de organizar el curso económico de España o de tomar determinación alguna perjudicial a los mutuos intereses de España y del Reino Unido. Las relaciones comerciales entre los dos países tienen una larga historia de desarrollo amistoso detrás de ellas y el Gobierno británico desea ver como el comercio entre ambos países adquiere dimensiones normales. El Gobierno británico desea llegar a un arreglo satisfactorio para ambas partes con el Gobierno español sobre los varios problemas que afectan al comercio entre ambas naciones, y que comprendan los pasos necesarios para que vuelva a asumir el comercio con España su antiguo nivel, y la cuestión de las deudas pendientes*<sup>191</sup>.

Durante todo el verano, el gobierno británico continuó enviando señales a través de distintos medios a las autoridades españolas acerca de su intención de entablar conversaciones sobre asuntos económicos. En el mes de julio tanto Lord Halifax, el secretario del *Foreign Office*, como Robert Hudson, ministro de Comercio de Ultramar, manifestaron públicamente su interés por comenzar dichas negociaciones. Halifax mostró su deseo de que el comercio entre ambos países volviera a proporciones normales, asegurando que ése era el único objetivo de su política comercial respecto a España. Por su parte, Hudson recordó que las conversaciones hispano-británicas debían resolver cuestiones espinosas como la deuda pendiente. Desde Londres, Alba avisaba a Jordana que el gobierno británico consideraba que había dado sobradas indicaciones de sus intenciones, por lo que el siguiente paso debía darlo el gobierno español. Además, el duque mencionó que había recibido numerosas ofertas de ayuda financiera de miembros del parlamento y de hombres de negocios británicos, que suscribían lo afirmado por Halifax y Hudson<sup>192</sup>.

Las gestiones de la embajada británica en Madrid y las manifestaciones gubernamentales no sirvieron para impulsar el comienzo de las negociaciones, por lo que los británicos tuvieron que esperar a que las circunstancias fuesen más favorables. En opinión de Peterson, la incapacidad negociadora española se debía a “la falta de personal cualificado, la desorganización administrativa y la mayor preocupación de las autoridades por los acuciantes problemas domésticos”<sup>193</sup>. A pesar de las intenciones del *Foreign Office*, la

---

<sup>191</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>192</sup> Despacho de Alba a Jordana, 15 de julio de 1939, AMAE R1894/1.

<sup>193</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

normalización de las relaciones económicas con el régimen franquista no se produjo inmediatamente después del final de la Guerra Civil. El retraso se debió fundamentalmente a la resistencia de ciertos sectores del gobierno, resentidos por la actitud británica durante la Guerra Civil y enfrentados a la visión favorable que Jordana tenía respecto a Gran Bretaña y al establecimiento de un acuerdo comercial hispano-británico. La actitud neutralista de Jordana provocaba continuos enfrentamientos con Serrano Suñer, decidido partidario del Eje y que gozaba de amplia influencia sobre Franco.

#### **4. Las primeras impresiones de los diplomáticos británicos**

Tras el restablecimiento de las relaciones diplomáticas los británicos comenzaron a observar con detenimiento la evolución política del nuevo régimen, especialmente atentos a un posible revivir del sentimiento monárquico que pudiese suponer la restauración de la monarquía y a cualquier cambio que tuviera implicaciones en el alineamiento internacional de España. Sus impresiones no pudieron ser más negativas al constatar el lamentable estado del país y la incapacidad de sus nuevos gobernantes para rectificar dicha situación. Además, percibieron como el gobierno español tuvo que lidiar con los problemas que suponían la existencia de profundas divisiones dentro del régimen que imposibilitaban el impulso de la acción gubernamental.

La llegada del nuevo embajador británico se produjo en pleno proceso de institucionalización del nuevo régimen. Durante los primeros meses de paz, el Nuevo Estado procedió a implantarse en las antiguas zonas republicanas, extendiendo su control a todo el territorio nacional. Tras su llegada a España, los diplomáticos británicos se preguntaron cómo iba a hacer frente la Administración española a todos los graves problemas que afectaban al país, en particular la precaria situación alimentaria, que era más acuciante en el área republicana, y la grave crisis económica. En sus despachos mostraron su sorpresa por la falta de respuesta de la nueva administración ante dichos problemas. Especialmente, porque en lugar de intentar solucionarlos, el gobierno español anunció que se posponían todas las decisiones políticas hasta que se produjese la celebración del desfile de la Victoria en Madrid. Esta medida fue criticada por Peterson, que desde su óptica anglosajona no podía comprender porqué se retrasaban las decisiones gubernamentales. Al observar cómo después del desfile el gobierno español seguía sin tomar decisiones, manifestó que la solución adoptada por las autoridades fue “la de hacer lo menos posible y posponer las decisiones hasta el aciago día en el que

haya que enfrentarse al problema”, señalando irónicamente que quizá “fuese natural en España”<sup>194</sup>.

En realidad, el proceso de articulación de la nueva administración fue lento y laborioso. Después de años de guerra, los mecanismos administrativos estaban oxidados o habían sido destruidos por la guerra, como en muchas de las antiguas zonas republicanas. Además, la súbita expansión estatal obligó a contratar a miles de funcionarios para que cubriesen las numerosas vacantes existentes en la administración pública. La falta de preparación de los nuevos funcionarios también explica en parte la lentitud del proceso y en cierta medida también la extensión de la corrupción en los aparatos del Estado<sup>195</sup>. Los analistas del *Foreign Office* vieron claramente como la incompetencia de los gobernantes complicaba la labor de reconstrucción y la tarea más importante durante los primeros meses de la posguerra que no era otra que la de alimentar a la población. Al ponerse en marcha la reorganización del país, la impresión que tuvieron los analistas británicos era que no existía Administración civil digna de ese nombre.

La centralización de la Administración del Estado motivó que los distintos ministros del Gobierno, antes repartidos por la geografía española, comenzaran a trasladarse a Madrid en los meses de primavera. Sin embargo, como el Jefe del Estado continuaba residiendo en Burgos, disminuía la eficacia de la acción gubernamental. Igualmente, Franco se dedicó durante la mayor parte de la primavera de 1939 a recorrer la geografía española para entrar en contacto con la realidad del país y ensalzar su liderazgo. Mientras recorría España en una limusina rodeado de un inmenso despliegue de seguridad, se paralizaba la toma de decisiones en el seno del gobierno. Como criticaba Peterson, se perdieron unos meses cruciales en los que se podían haber tomado decisiones para empezar a solucionar los problemas más inmediatos de la posguerra<sup>196</sup>.

La lentitud en las decisiones de gobierno se debía a las enormes dificultades que planteaba la tarea de gobierno en dichas circunstancias y sobre todo a las divisiones internas en el seno del Régimen. Tras el final de la Guerra Civil, salieron a la luz las divergencias existentes entre las distintas familias políticas que formaban parte de los vencedores. Las principales discrepancias se producían en torno a la configuración misma del régimen, existiendo una gran resistencia en algunos sectores a la institucionalización del régimen por la senda del fascismo iniciada durante la guerra. La dinámica interna enfrentaba a los falangistas con el resto de fuerzas conservadores que rechazaban el predominio de la Falange en la

---

<sup>194</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>195</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 231-232.

<sup>196</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

política española. Como alternativa a la instauración de un Estado nacional-sindicalista se presentaba la restauración de la Monarquía tradicional. Los continuos enfrentamientos entre las distintas familias del régimen provocaron una situación de inestabilidad política durante los primeros años del franquismo. Estas rivalidades se desarrollaban insistentemente detrás del telón, sin trascender a la opinión pública, enredándose en todos los asuntos políticos y entorpeciendo el funcionamiento de la Administración. Las principales divisiones que se observaban eran las que enfrentaban al Ejército y a la Iglesia española con el partido falangista. Además, la Falange tampoco era un bloque monolítico, existiendo en su seno una lucha por el control del partido que enfrentaba a distintas personalidades y corrientes bien diferenciadas.

Los militares rechazaban la preponderancia de Falange en la administración y gobierno del país, oponiéndose a un aumento de su influencia en la vida nacional, que podía perjudicar a sus propios intereses. En especial, recelaban de las interferencias falangistas en áreas que consideraban de su exclusiva competencia, como la gobernación interior y la definición de la política exterior. Además, también expresaban sus propias ideas en materia económica que contrastaban con el ideario falangista. La renovada preponderancia de la Iglesia en el Nuevo Estado franquista supuso que ésta chocara con los falangistas, que también trataban de expandir su ideología en la sociedad española a través del campo de la educación, especialmente de la juventud. La embajada británica percibía como la Iglesia española recelaba de las doctrinas totalitarias de la Falange y estaba en contra de que la educación de masas siguiera líneas claramente totalitarias, ya que esto significaba que la sociedad no recibiría una adecuada formación religiosa<sup>197</sup>. Tanto el Ejército como la Iglesia católica supusieron un freno a la plena realización de las aspiraciones falangistas. La delegación diplomática británica estuvo en continuo contacto con ambos estamentos, con los que coincidía en su rechazo a las formas totalitarias que querían imponerse desde el partido único.

Durante el verano de 1939 los esfuerzos de las autoridades españolas se centraron en conseguir una normalización política dentro del territorio nacional, lo que suponía el asentamiento indiscutido de Franco y del partido único bajo la hegemonía de Serrano Suñer, que parecía convertirse en el verdadero hombre fuerte del Régimen. Los diplomáticos británicos fueron testigos de como poco a poco las posiciones de Falange y de los militares comenzaban a chocar frontalmente en su lucha por conseguir mayor influencia política. Los observadores británicos creían que la rivalidad entre los generales y la Falange estaba motivada en parte por la personalidad de Serrano Suñer. Los comentarios sobre la personalidad del ministro

---

<sup>197</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

español y sus irritantes maneras son continuos en la correspondencia diplomática de la embajada británica. La mejor descripción nos la ofrece el ministro plenipotenciario Yencken que comentaba como tenían que soportar las siguientes vicisitudes:

*Las malas maneras que eran frecuentemente deliberadas, el rencor femenino, la mente estrecha, del fanático, impetuoso, pequeño y enfermizo cuñado del Generalísimo. Este odiado e increíble joven, todavía no ha llegado a los cuarenta, con su pelo canoso, sus manos y sus pies más pequeños que los de una mujer, y sus rápidos y cambiantes ojos, demostró en todo momento (...) ser más despiadado que sus enemigos, muchos de los cuales son nuestros amigos*<sup>198</sup>.

De acuerdo con la percepción británica, los generales se negaban a reconocer la autoridad de Serrano Suñer, a quien consideraban un advenedizo, e intentaban dinamitar su posición cada vez más dominante. Como vieron los británicos, los generales fueron incluso capaces de difundir públicamente que “Serrano Suñer se había pasado la mitad de la guerra en la prisión modelo en Madrid, siendo liberado porque los rojos decidieron que había tan poca diferencia entre ellos y él que podía hacer un mayor servicio en el otro bando”. Los críticos más severos a Serrano Suñer eran, según su parecer, el general Saliquet, comandante del distrito militar de Madrid, el general Queipo de Llano y el general Aranda que no ocultaba a los británicos su intención de obtener para su persona el Ministerio de Gobernación, que ostentaba Serrano Suñer desde el primer gobierno de Franco<sup>199</sup>.

En el contexto de las luchas internas se sitúa el cese del general Queipo de Llano del mando de la Segunda Región Militar, que había vivido casi independientemente en Andalucía durante toda la guerra. Según los británicos, la causa directa fue el discurso del general en Sevilla el 18 de Julio de 1939, en el cual atacó con su característica vehemencia al “centralismo de Madrid” y a la Falange Española. Para Peterson, las importantes diferencias de opinión entre Queipo de Llano y Serrano Suñer habían provocado la caída del primero. La razón fundamental fue que el general defendía que “la única manera de salvar a España era la formación de un gobierno puramente militar”, idea que chocaba frontalmente con las aspiraciones falangistas. Según el embajador británico, Serrano Suñer aprovechó la ocasión y que su rival “había expuesto su flanco con algunas indiscreciones” para poner el tema en manos de Franco. La resolución de la crisis, mediante la cual se envió a Queipo de Llano en una misión militar a Italia, fue

---

<sup>198</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41. Hoare también se quejó de lo fastidioso que era tratar con dicho personaje, ya que “era completamente ignorante de las convenciones ordinarias de la vida”, 11 de enero de 1941, FO 954/27A.

<sup>199</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 26 de enero de 1940, FO 371/24507.

considerada como un signo inequívoco por los observadores británicos de que Franco apoyaba plenamente a Serrano Suñer frente a todos los demás oponentes<sup>200</sup>.

A finales del mes de julio los diplomáticos británicos percibieron claramente como el enfrentamiento entre Falange y los militares era general, centrándose en las cuestiones económicas y en la reorganización del gobierno que todavía no se había llevado a cabo. En aquel momento se consideraba que la estrella de Serrano Suñer estaba definitivamente en ascensión. Sin embargo, los analistas del *Foreign Office*, eran capaces de ver que a pesar de ello, su gran problema era la falta de seguidores dentro del partido que le fuesen fieles y que aportasen experiencia en la administración pública. Para ellos, lo peor de todo era que la situación en España bajo la hegemonía falangista no les invitaba a ninguna esperanza de mejora:

*La situación en la Administración española es absolutamente caótica, las materias primas escasean, el desempleo y el descontento crecen, y a pesar de todo ello el gobierno todavía no ha llevado a cabo ninguna medida constructiva para solucionar dichos problemas. El señor Serrano Suñer es muy impopular*<sup>201</sup>.

Los diplomáticos británicos también fueron capaces de detectar la existencia de intrigas personales y enfrentamientos entre los líderes falangistas por el control del partido único<sup>202</sup>. Aparte de percibir los ya comentados intentos de insurrección dentro de una Falange que buscaba definir su rumbo, atajados por el nombramiento de Serrano Suñer para controlar al partido unificado, vieron como la posición dominante de éste podía ser amenazada por dos rivales. El primero era el general Muñoz Grandes, ministro sin cartera y secretario general del partido. Éste era considerado por Peterson como un hombre de Franco (no se le percibían simpatías monárquicas), pro-británico y del que también se decía que apoyaba a los generales en lugar de al líder de su partido. Además, el hecho de que el propio Muñoz Grandes estuviese supervisando, sin protestar, la desbandada de las milicias falangistas, de las cuales era su comandante, les parecía indicar que su concepción del papel de su partido no le daba a éste una posición suprema en el Estado. De esta manera, una de las esperanzas que tenían los británicos acerca de la aparición de una nueva España más equilibrada radicaba en parte en la posibilidad de que Muñoz Grandes se hiciese con el control real de la Falange<sup>203</sup>.

---

<sup>200</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>201</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>202</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>203</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 26 de enero de 1940, FO 371/24507.



El segundo rival de Serrano Suñer era el general Yagüe, ministro del Aire, en torno al que se agrupaban algunos miembros del partido que estaban descontentos con su labor. En opinión de Peterson era un caso problemático, ya que eran bien conocidas sus simpatías pro-alemanas, reflejadas en su “vejatoria actitud” hacia Gran Bretaña en las discusiones acerca de la línea aérea Londres-Lisboa. Por lo que se refiere a la política interna destacaba que era generalmente considerado como un revolucionario. También se hacía eco de su consideración como un advenedizo por el resto de los militares, ya que nunca había pertenecido a la alta casta militar, la cual Peterson consideraba que “de todas maneras no destacaba por su elevada educación”. Otra de las opiniones que recogía la embajada británica era que bajo la imponente presencia de “un actor de éxito”, se decía que “el general esconde un feroz odio de clases, por lo que su acceso al poder supremo puede significar graves problemas para la aristocracia y para los adinerados cuyas posesiones serían seguramente confiscadas”<sup>204</sup>.

Aunque los británicos apreciaron la existencia de divisiones dentro de la Falange, no llegaron a determinar con exactitud los numerosos grupos que la componían. La historiografía nos ha revelado la multiplicidad de agrupaciones dentro del partido único. Como señala Payne, la Falange estaba dividida en múltiples grupos: aquellos que estaban situados dentro del régimen en Madrid, los jefes provinciales sin ambiciones, los excombatientes, las juntas clandestinas y la organización sindical. Dentro del partido los “camisas viejas” buscaban agilizarlo y devolverlo a sus orígenes, mientras que los neofascistas (procedentes de la derecha tradicional) buscaban adaptarlo a las nuevas circunstancias. La gestión de Serrano Suñer dentro del partido se mantuvo gracias a la política de compromiso, la corrupción y la marginación de aquellos elementos que eran válidos pero que podían rivalizar con él. Su gestión, unida a la posterior labor de domesticación del partido por parte de Arrese, convirtió el partido en un aparato propagandístico y burocrático<sup>205</sup>. Por otro lado, hay que señalar que los británicos conocían que los carlistas no se habían integrado en el partido único, siendo otra de las principales causas de disensión dentro del mismo. Como apuntaba el propio embajador Peterson, la supuesta unificación de tradicionalistas y falangistas era “más nominal que real, existiendo una enemistad latente entre ambos grupos que puede estallar fácilmente”<sup>206</sup>.

---

<sup>204</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 26 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>205</sup> Sobre la labor de Arrese véase DIEGO, Álvaro de (2001): *José Luís Arrese o La Falange de Franco*, Madrid, Actas y PAYNE, Stanley G. Payne (1965): *Falange. La historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, págs. 183-193.

<sup>206</sup> Minuta de Peterson a Halifax, 1 de mayo de 1940, FO 371/24528, C 6580/6314/61.

Prueba de que los líderes del Nuevo Estado creían sinceramente que el nuevo orden europeo se basaría en regímenes autoritarios de tipo fascista fue el conjunto de leyes decretadas en torno al mes de agosto y que suponían la extensión de la fascistización del régimen, ya iniciada durante la guerra civil. La Ley de Reorganización de la Administración Central del Estado del día 8 de Agosto, abordó la reforma de la Administración Central, introduciendo grandes cambios como la sustitución del Ministerio de Defensa por tres ministerios independientes (Ejército, Marina y Aire); la supresión del Ministerio de Acción Sindical cuyas funciones se traspasaron a la Falange; la creación del Consejo de Defensa Nacional bajo la presidencia del propio Generalísimo y la abolición de la vicepresidencia del gobierno cuyas funciones se transfirieron a un Secretariado bajo control directo de Franco. Los analistas británicos valoraron positivamente el abandono de las estructuras improvisadas utilizadas durante la Guerra Civil y juzgaron que la reorganización de la Administración junto a la modificación de los estatutos de Falange, reafirmaban la concentración de poderes en manos del Jefe del Estado<sup>207</sup>. Contrariamente a sus expectativas, al día siguiente se formaba un nuevo gobierno, en el cual sólo dos ministros retenían sus carteras, Serrano Suñer y Alfonso Peña Boeuf. Este gobierno se formaba en un momento clave, ya que en la escena internacional el riesgo de un estallido bélico se hacía inminente. Por otra parte, tuvo una gran significación en el ámbito político interno, ya que determinó el tipo de política desarrollada por el régimen durante los primeros años de su existencia.

Tras la sorpresa inicial, la diplomacia británica procedió a valorar el cambio gubernamental y la formación del “gobierno de la paz”, como se le denominó en la prensa afecta al Régimen. En primer lugar, consideraban que los rasgos principales del nuevo gobierno eran: la eliminación del general Jordana (por su rivalidad con Serrano Suñer), el fortalecimiento de la posición del elemento militar dentro del gobierno y la preponderante e incontestable influencia personal de Serrano Suñer, que retenía la cartera de Gobernación, en el general Franco. De este modo, juzgaban que el elemento falangista en el gobierno había retrocedido posiciones, estando solamente representado por dos ministros con cartera, el propio Serrano Suñer y el general Yagüe. Los otros tres personajes relevantes del partido único, Muñoz Grandes, secretario general del partido, Sánchez Mazas, líder de la Sección Exterior, y Gamero del Castillo, Secretario adjunto del partido, se habían quedado sin cartera ministerial. Como Cuesta había sido eliminado de la ecuación, los analistas británicos pensaban que Serrano Suñer había vencido y conseguido el control completo de la Falange. Además, recogían rumores que señalaban que el Ejército había intentado impedir el cese del general Jordana de sus puestos como

---

<sup>207</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

ministro de Exteriores y vicepresidente del Gobierno, movimientos que se atribuyeron directamente a Serrano Suñer<sup>208</sup>.

Era evidente a los ojos de los observadores británicos que la presencia de los militares en el gobierno era fuerte, al tener cinco carteras del total de catorce. Además, era manifiesta su impaciencia ante la caótica situación económica, expresada en las entrevistas que mantenían con el personal diplomático británico, tanta que les hizo pensar que el nuevo gobierno iba a ser severamente juzgado por el estamento castrense. De tal manera, interpretaban que si no se llevaba a cabo ninguna mejora de la situación interna cabía la posibilidad que se produjera un alzamiento militar contra la política autárquica de la Falange y la cesión parcial de los recursos del país a las potencias del Eje. Por otro lado, creían que el general Franco al haber estado obligado a inclinarse hacia las posiciones de Falange o hacia las de los militares y monárquicos, había decidido tomar más responsabilidades personalmente (como el liderazgo supremo de la Falange y la presidencia del consejo de defensa), con el objetivo de posponer dicha toma de posicionamiento respecto a ambos grupos<sup>209</sup>.

En realidad, a pesar del dominio del componente militar en el gobierno, la influencia determinante en el Gabinete y en la acción gubernativa correspondería a Falange, en función del apoyo total que mostraba Franco a su cuñado. En este sentido, el gran vencedor de la remodelación del gobierno fue precisamente Serrano Suñer, como reconocieron tanto sus rivales como los medios diplomáticos. Bajo su dirección, el régimen se embarcó de manera decidida por la senda totalitaria. Los diplomáticos británicos supieron captar la gran influencia de Serrano Suñer, que había conseguido eliminar a sus rivales políticos del gobierno, pero otorgaron demasiada importancia a la presencia de los militares en el gobierno, a pesar de que asumían carteras de contenido no exclusivamente militar. Por lo tanto, el aparente fortalecimiento de la posición de los militares no era tal, al existir un desequilibrio a favor de Falange que nacía de la posición predominante de Serrano Suñer y de la mentalidad de Franco<sup>210</sup>.

El cambio de gobierno tuvo importantes consecuencias para la política exterior española durante la Segunda Guerra Mundial, al sustituir al general Jordana, cuya postura favorable a la amistad con Gran Bretaña le llevó al enfrentamiento con Serrano Suñer, partidario del Eje y con mayor influencia sobre Franco. Su sustituto, el coronel Beigbeder, tenía una compleja personalidad, siendo un militar con una

---

<sup>208</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>209</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>210</sup> Para analizar el resultado de la crisis de gobierno, véase: TUSELL, J. (1995): págs. 34-36; PRESTON, P. (1994): págs 420-421; MORADIELLOS, E. (2000): págs. 69-70.

fuerte impronta africanista. Enseguida se rodeó de diplomáticos de la vieja escuela, que no gustaban de imitar las aventuras en materia exterior de alemanes e italianos. Su condición de africanista supuso que gran parte de su acción política se centrara en torno a Marruecos. Tanto alemanes como italianos no creían que Beigbeder fuera a buscar el acercamiento con Gran Bretaña. El nuevo ministro tenía una orientación inicial pro-alemana, que fue atemperándose a lo largo de su mandato hasta convertirse en pro-británica<sup>211</sup>. El cese de Jordana pudo haber supuesto un freno para las negociaciones comerciales hispano-británicas. Sin embargo, su sucesor, siguió la línea marcada por su predecesor, apoyando la normalización de las relaciones económicas con Gran Bretaña, por lo que se enemistaría rápidamente con Serrano Suñer. Un cambio significativo que trajo consigo el nombramiento de Beigbeder fue la marginación del duque de Alba de las decisiones relevantes en materia exterior. A pesar de su contribución en la mejora de las relaciones hispano-británicas, no gozó de la confianza del nuevo ministro de Asuntos Exteriores.

Para los británicos, el nuevo gobierno debía enfrentarse a un sentimiento general de desencanto por no haber cumplido las numerosas promesas realizadas por los nacionalistas tras la liberación de Madrid. Especialmente, se destacaba que el problema de la escasez de alimentos no se había resuelto y que se avanzaba muy lentamente en la recuperación económica, hechos que desilusionaban incluso a los seguidores más acérrimos del régimen. Igualmente, observaban como las clases más cultas del país estaban molestas por el continuo despliegue de patriotismo falangista, observándose una fricción entre las clases gobernantes del antiguo régimen, representadas fundamentalmente por los militares, y la nueva y entusiasta Falange, compuesta en su mayor parte por la clase media<sup>212</sup>.

En este sentido, los observadores británicos creían que el traslado de la sede del gobierno a Madrid podía abrir los ojos del gobierno a las grandes dificultades económicas a las que se enfrentaba, por lo que les parecía probable que se intentara sustituir la política autárquica pregonada por la Falange por una apertura comercial con Gran Bretaña, Francia y otros países neutrales. En cualquier caso, se consideraba que los líderes del Ejército influidos por las condiciones de escasez en Madrid y en otras ciudades, continuaban observando al gobierno con desconfianza, e incluso les parecía existir la posibilidad de un movimiento de los militares durante el invierno. Sin embargo, se creía que aunque la popularidad del general Franco había disminuido, todavía era lo suficientemente elevada como para

---

<sup>211</sup> Juan Beigbeder y Atienza (1888-1957). Participó en numerosas acciones de la guerra de África. Fue agregado militar en la embajada de España en París y Berlín. Residió muchos años en Marruecos, donde llegó a hablar el idioma árabe. Una semblanza del coronel Beigbeder puede encontrarse en TUSELL, J. (1995): págs. 35-41.

<sup>212</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

garantizar su supervivencia a un golpe militar, siempre que no se opusiese frontalmente al mismo<sup>213</sup>.

Durante el mes de agosto los sentimientos españoles, inspirados en la prensa por el gobierno, eran claramente a favor del Eje y críticos con cualquier movimiento que realizaran Francia o Gran Bretaña. Incluso el Pacto de No Agresión germano-soviético fue presentado como una jugada diplomática magistral del Tercer Reich para eludir el cerco que le habían tendido las potencias democráticas. A pesar de la postura oficial, la embajada británica detectaba cierta incertidumbre ante el acercamiento entre Alemania y la Unión Soviética, encontrando difícil conciliar esta situación con las críticas realizadas meses antes en contra de las negociaciones entre británicos y rusos. Las explicaciones alemanas de que el Pacto no implicaba simpatía con el bolchevismo no satisfacían a los españoles. Por estas razones, los diplomáticos británicos pensaban que “el prestigio alemán había sufrido un duro revés en España”. En sus conversaciones con funcionarios españoles, éstos evitaban hacer referencias al pacto Antikomintern firmado meses antes<sup>214</sup>. Sin embargo, Franco y Serrano Suñer apreciaban los beneficios estratégicos conseguidos por Alemania en dicho pacto de cara a un eventual conflicto armado en Europa.

---

<sup>213</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>214</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

## Capítulo IV. EL ESTALLIDO DE LA GUERRA EN EUROPA (SEPTIEMBRE 1939 – ABRIL 1940)

### 1. El nuevo escenario internacional y la neutralidad “forzada” española

El 31 de agosto de 1939 Hitler ordena a la Wehrmacht que ataque a Polonia en la madrugada del día siguiente. Con esta acción, el dictador nazi procedió a imponer por la fuerza de las armas las reivindicaciones territoriales que había proclamado durante la primavera anterior. Inmediatamente después de la violación del territorio polaco, los gobiernos francés y británico presentaron un ultimátum a Hitler, que les situó en guerra con Alemania el 3 de septiembre<sup>215</sup>. En el momento de estallar la guerra en Europa, España mantenía un gran recelo respecto a Francia, practicaba unas relaciones distantes con Gran Bretaña, mientras que se encontraba alineada diplomáticamente con las potencias del Eje, que constituían el marco de su política exterior. No en vano, el régimen de Franco había firmado acuerdos secretos de colaboración y amistad con Alemania e Italia, y había suscrito el Pacto Antikomintern italo-germano-nipón. Lamentando que la guerra hubiese estallado tan pronto, el día 4 de septiembre el Caudillo declaraba la neutralidad española en el conflicto:

*Constando oficialmente el estado de guerra que por desgracia existe entre Inglaterra, Francia y Polonia, de un lado y Alemania, de otro. Ordeno, por el presente Decreto, la más estricta neutralidad a los súbditos españoles con arreglo a las Leyes vigentes y a los principios del derecho Público Internacional*<sup>216</sup>.

La neutralidad española era forzada por la situación interna del país, existiendo una identificación pública con la causa de Alemania que más tarde se materializaría en ayuda encubierta. En este sentido, Franco imitaba la declaración de “no beligerancia” de Mussolini, al reservarse el derecho a intervenir en el conflicto y al ayudar a los alemanes mientras esperaba al momento oportuno de entrar en la guerra. De cara al exterior, el dictador se presentó como un pacificador, al lanzar un llamamiento a las potencias involucradas para que se limitara el conflicto. Sus peticiones de paz favorecían las ambiciones del Eje y pedían que se

---

<sup>215</sup> Existe una amplia bibliografía sobre las operaciones militares en la Segunda Guerra Mundial, de las que he utilizado LIDDLE HART, Basil (1991): *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Caralt y GILBERT, Martin (2005): *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros.

<sup>216</sup> Decreto de 4 de septiembre de 1939 ordenando la más estricta neutralidad en relación con el conflicto europeo, publicado en el Boletín Oficial del Estado de 5 de septiembre de 1939, nº 284.

cediera a las aspiraciones alemanas. Las autoridades españolas fueron informadas el día 5 que el gobierno británico recibía con satisfacción la proclamación de la neutralidad española. Incluso Halifax preguntó de nuevo qué podían hacer para mejorar sus relaciones con España<sup>217</sup>.

Unos días más tarde, Peterson visitó junto a Petain al ministro de Asuntos Exteriores español para entregarle unas notas formales en las que sus respectivos gobiernos se comprometían a respetar la neutralidad de España. Sin embargo, no consiguieron que Franco les recibiera<sup>218</sup>. Este hecho reflejaba la actitud del Caudillo que culpaba a Francia y Gran Bretaña de la humillante subordinación que había padecido España en el pasado. Desde un principio, resultó claro para Franco y su Estado Mayor que los intereses de Alemania e Italia, centrados en la derrota de Francia e Inglaterra, confluían con los de España. El nuevo régimen tenía un deber de gratitud hacia sus aliados durante la Guerra Civil, de cuya victoria podía además esperar la recuperación de Gibraltar y la expansión territorial en el norte de África<sup>219</sup>.

Para Francia y Gran Bretaña, la postura de Franco fue un mal menor al evitarse la intervención española en el conflicto. En cualquier caso, el estallido de la guerra en Europa hizo más necesario que nunca garantizar su neutralidad en el conflicto. Por esta razón, Halifax buscó otro acercamiento a España, redoblando los esfuerzos apaciguadores, multiplicando sus ofertas de ayuda económica y presionando para la formalización de acuerdos comerciales bilaterales. La posición negociadora británica quedó reforzada tras el estallido de la guerra por la dramática reducción que se produjo del comercio hispano-alemán. Cortadas las comunicaciones terrestres con Alemania y dado el bloqueo ejercido por Gran Bretaña en el mar, el comercio español con el Tercer Reich se redujo a una mínima expresión al poder recurrir tan sólo al transporte aéreo, a los barcos que se arriesgaban a burlar el bloqueo marítimo y a intercambios a través de Italia. Dadas las dificultades que suponían el conflicto bélico para los intercambios comerciales, la maltrecha economía española sólo podía recurrir a los aliados para conseguir los bienes básicos que necesitaba para alimentar a la población e iniciar la reconstrucción del país.

El gobierno británico confiaba que una España aislada por tierra y mar de Alemania e Italia y con una maltrecha economía estuviera forzada a permanecer

---

<sup>217</sup> Mensaje de Alba a Beigbeder, 6 de septiembre de 1939, PL Caja 1ª, nº 4.

<sup>218</sup> Despacho de Peterson a Halifax, 12 de septiembre de 1939, FO 371/24150, W6173/824/41.

<sup>219</sup> Entre las monografías sobre la política española en la guerra mundial destacamos las obras ya mencionadas de TUSELL, Javier (1995): *Franco, España y la II Guerra Mundial*, Madrid, Temas de Hoy y SUÁREZ, Luís (1997): *España, Franco y la Segunda Guerra Mundial, desde 1939 hasta 1945*, Madrid, Actas.

neutral. La embajada británica en Madrid informaba que “España deseaba ardientemente ser neutral”<sup>220</sup>. De acuerdo con las impresiones de Peterson, Franco consideraba la guerra en Europa “como un obstáculo en la reconstrucción del país y un grave peligro para el mundo occidental”, ya que podía facilitar la extensión del comunismo. En sus despachos con Londres mantuvo consistentemente que no existía razón alguna que hiciese temer la intervención española en la guerra del lado del Eje. Peterson era consciente de la animosidad existente contra Gran Bretaña, pero consideraba que España no tenía la capacidad económica ni militar para entrar en el conflicto. En su opinión, una España devastada por la guerra no se encontraba en condiciones de iniciar ninguna aventura bélica:

*Mis despachos desde Madrid durante los ocho meses anteriores habían mantenido de forma consistente que no había razón para temer que España se uniera a nuestros enemigos. Independientemente de lo que hiciera Italia. (...) La voluntad de causarnos daño estaba presente, pero faltaba la fuerza para poder hacerlo*<sup>221</sup>.

En un primer momento, no se realizó ningún estudio detallado de la situación económica española, basándose la política británica en la percepción del embajador Peterson, por la que el país no estaba en condiciones de afrontar una nueva guerra. Para desarrollar la política de apaciguamiento, se redoblaron desde la embajada de Madrid la presión para el inicio de las negociaciones económicas. A pesar del resentimiento hacia Gran Bretaña y Francia, el deterioro de la situación económica y las dificultades comerciales generadas por el estallido de la guerra obligaron a España a entrar en negociaciones con las potencias occidentales. Los propósitos falangistas se estrellaban contra la cruda realidad de hambre y la debilidad económica que dejaban al Régimen a merced de la alianza anglo-francesa que dominaba las rutas comerciales<sup>222</sup>. En este sentido, la superioridad naval fue un argumento decisivo que las autoridades británicas no dudaron en utilizar para reforzar la neutralidad española.

A pesar de la postura neutral española, su cercanía ideológica y diplomática a las potencias del Eje, enemigas de Gran Bretaña, generaba suspicacias y dificultaba las relaciones económicas entre ambos países. Hay que recordar que el comercio exterior español, incluyendo minerales de alto valor estratégico, comenzó

---

<sup>220</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>221</sup> Incluso en sus memorias critica a aquellos políticos, como Winston Churchill, que en los momentos más difíciles para Gran Bretaña durante 1940 y 1941, pensaban que España era un peligro y que había que hacer todo lo posible por apaciguarla. PETERSON, Maurice (1950): *Both sides of the curtain*, Londres, Constable and Company, págs. 229-230.

<sup>222</sup> CARUANA, L. (1989): págs. 118-129.



a desviarse durante la Guerra Civil hacia las potencias fascistas<sup>223</sup>. Como consecuencia, existía una gran desconfianza por parte de los británicos respecto a las verdaderas intenciones españolas. El principal interrogante que se les planteaba era si debían negociar acuerdos económicos con un país, que podía convertirse en su enemigo en el futuro.

Por parte española, se era consciente de los negativos efectos que tendría la guerra mundial en la estabilidad económica del país al establecer las potencias aliadas un sistema de bloqueo económico de Alemania. El conde de Casas Rojas, Director General de Política y Tratados del Ministerio de Asuntos Exteriores, elaboró un informe a las pocas semanas del estallido del conflicto bélico en el que resaltaba la dependencia española de las potencias aliadas como potenciales clientes y suministradores de materias primas. Por esta razón, el diplomático español recomendaba firmar acuerdos comerciales con Gran Bretaña y Francia para aminorar los negativos efectos del bloqueo naval aliado:

*La privilegiada situación geográfica de España, delimitada por Francia, Portugal y el mar, nos coloca en cierta manera en una posición ventajosa. Para el grupo de Estados democráticos, Inglaterra y Francia, no puede hacerse sospechosa la importación de mercancías en nuestro territorio, porque dada nuestra posición de islote dichas mercancías no son transportables desde aquí vía terrestre a Alemania. Lo que les interesa a Inglaterra y Francia será vigilar nuestras salidas, inspeccionar nuestras exportaciones. Probablemente lo que venga a España será respetado a no ser que ellos mismos lo precisen por exigencias de la guerra. De ello se deriva que no hay grandes riesgos que temer si contamos con las divisas necesarias para la compra de géneros alimenticios, primeras materias para nuestras industrias, abonos para nuestros campos, etc. En cambio existe la grave amenaza del colapso para nuestras exportaciones, sobre todo en los momentos presentes si tenemos en cuenta que una tercera parte de la totalidad de nuestro comercio de exportación se realizaba con Alemania. (...)*

*Para nosotros, como antes se ha dicho, el daño será mucho menor sobre todo si encontramos salida en los mismos que nos hacen objeto de su severidad para el exceso de nuestra producción. A esto deben encaminarse nuestras gestiones. Si podemos importar cuanto deseemos y Francia e Inglaterra consumen lo que nos sobre, nuestro problema económico quedará resuelto. Por eso se hace urgente el tratar con ambos países, aprovechando la iniciativa que ellos han tomado (...) para asegurar la colocación de nuestros excedentes. (...)*

*Para resumir, cree el que suscribe que conviene seguir de cerca el resultado de las protestas de los países neutrales mas afectados que nosotros ante la política guerrera de Gran*

---

<sup>223</sup> La Alemania nazi acaparó materias primas españolas usando la ayuda militar como arma de presión. MARTÍNEZ RUIZ, Elena (2006): *Guerra Civil, comercio y capital extranjero. El sector exterior de la economía española (1936-1939)*, Madrid, Banco de España.

*Bretaña (...) y que hay que activar las negociaciones con Francia e Inglaterra para la salida del excedente de nuestros productos*<sup>224</sup>.

## **2. El difícil entendimiento hispano-británico**

Los intentos de acercamiento británicos tuvieron que superar numerosas dificultades, ya que existían una serie de cuestiones que entorpecían las relaciones entre ambos estados y que obstaculizaban los esfuerzos pacificadores de Halifax. La principal barrera eran los grandes prejuicios que existían en España al comienzo de la guerra contra Francia y Gran Bretaña por su apoyo moral a la República durante la Guerra Civil. Los observadores británicos culpaban a las nuevas autoridades españolas de haber inculcado a la población que estos países eran amigos de los comunistas. Los británicos veían que Francia era especialmente odiada por su ayuda activa a los “rojos” durante la guerra y por albergar en su suelo a cientos de miles de refugiados republicanos completamente hostiles al Nuevo Estado. Por lo tanto, no les sorprendía el tono detectado en las cartas censuradas por la oficina de censura de correspondencia ni los sentimientos anti-británicos y anti-franceses desatados en la prensa del régimen. Las críticas a británicos y franceses eran acompañadas de entusiasmados informes acerca de la maquinaria bélica alemana y de la simpatía del Tercer Reich por las aspiraciones territoriales españolas en África. El periódico falangista *Arriba* destacaba por su virulencia, al realizar ataques casi diarios contra Gran Bretaña.

La embajada británica en Madrid consideraba directamente responsable a las autoridades españolas de la tendenciosa presentación de las noticias internacionales en los medios del país. Así se explicaba que los medios hiciesen continuas referencias a la injusticia del tratado de Versalles o al status-quo introducido por la Liga de las Naciones, para justificar las acciones de Alemania y esconder su responsabilidad en el expansionismo ruso. El agregado de prensa británico, Bernard Malley, describía la prensa española de la siguiente manera:

*La prensa española (...) está estrictamente controlada por el Gobierno nacional-sindicalista y en muchos aspectos está divorciada de los sectores más influyentes de la opinión pública. La calidad de los medios es de tercera, tratándose en la mayoría de los casos de cuatro hojas de noticias. Por lo tanto, no se le debe dar mucha importancia a los efectos que puedan producir en los españoles*<sup>225</sup>.

---

<sup>224</sup> Informe del conde de Casas Rojas sobre las consecuencias inmediatas de la guerra para la economía española, 16 de septiembre de 1939, AMAE R1065/22.

<sup>225</sup> Informe del agregado de prensa de la embajada británica, 5 de enero de 1940, FO 371/24507.

Como advirtió Peterson, la influencia alemana estaba fuertemente enraizada en España desde la Guerra Civil. Para el embajador, una de las formas de penetración alemana en el país se reflejaba en la prensa española, que bajo inspiración oficial actuaba en bloque mostrando simpatías por el Eje y las aspiraciones territoriales alemanas. Peterson creía que agentes del Tercer Reich operaban en la oficina de censura de prensa española. En realidad, el secretario de prensa de la embajada alemana proporcionaba a la prensa falangista el material de propaganda que luego era transmitido como noticias. En opinión de Peterson, la maquinaria de propaganda alemana instalada en España no tenía rival<sup>226</sup>. Las quejas de Peterson no consiguieron cambiar la orientación pro-alemana de los medios españoles. Sus protestas diplomáticas tan sólo servían para incluir de vez en cuando algún material pro-aliado en la prensa.

El embajador británico se dedicó a hacer lo posible para promover una mejor opinión de Gran Bretaña en España, en un intento de contrarrestar la influencia alemana. Por un lado, intentó que la población valorase los esfuerzos que hacía Gran Bretaña por la reconstrucción del país. Por ejemplo, presidiendo en Bilbao la entrega de un convoy de comida proveniente de las Islas Británicas y que se entregó a Auxilio Social. En otro orden de cosas destacamos los donativos para la reconstrucción de iglesias destruidas por los republicanos o la ayuda prestada para la obtención de un nuevo césped para el club de golf de Puerta de Hierro<sup>227</sup>. Por otro lado, aconsejó a su gobierno en numerosas ocasiones que facilitase la llegada de barcos cargados con bienes básicos para alimentar a la población española o favorecer la recuperación económica del país. En cualquier caso, toda la actividad desplegada por el embajador y su participación en innumerables actos oficiales era ignorada por la prensa controlada por el régimen. Cómo irónicamente comenta Peterson en sus memorias:

*Los embajadores argentino y griego no pasaban nunca desapercibidos, sólo el embajador británico, caminando penosamente durante horas por las calles de Madrid o de pie durante horas en desfiles y en iglesias bajo gélidas corrientes de viento, conseguía mantener el incógnito en la prensa<sup>228</sup>.*

Tampoco su tarea de estrechar vínculos con personalidades españolas, tanto civiles como militares, tuvo mucha eficacia. En primer lugar, hay que considerar que esta importante labor diplomática fue dificultada por la dispersión de los ministerios españoles existente a su llegada y por la estancia forzada del cuerpo

---

<sup>226</sup> PETERSON, M. (1950): págs. 195-197. Sobre el despliegue de la maquinaria de propaganda nazi en España puede verse el artículo de VELASCO, Carlos (1994): "Propaganda y publicidad nazi en España durante la Segunda Guerra Mundial", Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 7, págs. 85-108.

<sup>227</sup> PETERSON, M. (1950): págs. 196 y 224.

<sup>228</sup> PETERSON, M. (1950): pág. 197.

diplomático en San Sebastián, lejos de la sede gubernamental. Hasta el mes de octubre no se trasladaron a Madrid el gobierno y sus distintos ministerios, junto con el cuerpo diplomático. Lamentablemente, como la embajada británica había sido dañada en la guerra, fue necesario realizar obras para acondicionar el edificio hasta finales de diciembre. Tan sólo a partir de enero de 1940 se puede decir que las instalaciones de la embajada estuvieran en pleno funcionamiento. A partir de entonces, Peterson comenzó a dar recepciones y cenas a las que invitó a personalidades influyentes del régimen. Sin embargo, la mayor parte de ellas, especialmente los falangistas, rechazaron sus invitaciones. Aparte del ministro español de Asuntos Exteriores, pocas personalidades del régimen asistieron a alguna de sus cenas, siendo la figura más relevante el general Muñoz Grandes<sup>229</sup>.

Peterson no supo conectar bien con los españoles, probablemente por su personalidad arrogante, por lo que no pudo establecer ningún vínculo relevante con la clase política española. Sus comunicados a Londres están llenos de quejas por el comportamiento de los españoles y su falta de puntualidad. Desde su óptica anglosajona no supo acercarse al pueblo español. Tan sólo estrechó lazos con Beigbeder, el cada vez más marginado y contestado ministro de Asuntos Exteriores español. En su despedida a Beigbeder, al cesar como embajador, éste le manifestó que “en este ministerio no dejas sino amigos”<sup>230</sup>. En cualquier caso, Peterson presumiría en sus memorias de haber contribuido a generar una mayor simpatía en España hacia su país.

Los prejuicios negativos que existían contra Gran Bretaña en los círculos gubernamentales españoles se tradujeron en una persecución de negocios o de ciudadanos británicos, en la que se combinaron las amenazas oficiales y los arrestos policiales sin motivo, con el acoso de falangistas extremistas que hostigaban a los residentes británicos y a las comunidades evangélicas que había en el país. Durante los primeros meses de la posguerra, el hecho de ser ciudadano británico suponía ser sospechoso ante los ojos de las autoridades españolas. Además, en las cárceles españolas había varios brigadistas ingleses que no habían sido liberados inmediatamente después del final de la Guerra Civil. Por estas razones, Peterson tuvo que multiplicar sus quejas al Ministerio de Asuntos Exteriores español. Para el embajador británico, esta situación suponía un gran obstáculo en las relaciones bilaterales.

Sus primeras protestas fueron planteadas a Serrano Suñer a finales de mayo de 1939, ya que como ministro de Gobernación tenía competencia en dichos

---

<sup>229</sup> PETERSON, M. (1950): pág. 227.

<sup>230</sup> PETERSON, M. (1950): pág. 190.

asuntos. En dicha entrevista, el embajador británico se quejó del acoso a los ciudadanos británicos, de las dificultades que éstos tenían para conseguir visados de salida del país y del monopolio que tenían en España las agencias oficiales de noticias alemanas e italianas. Peterson tuvo una mala impresión del ministro español que no hizo nada por solucionar ninguno de los problemas que planteaba, ni por mostrarle ningún signo de amistad. El embajador británico también hizo gala de su arrogancia en dicha ocasión. En un momento de la entrevista le dijo a Serrano Suñer que “si no quieren tener extranjeros en el país, deberían facilitarles la salida”, en un intento de aliviar los retrasos que sufrían sus compatriotas en la obtención de visados. Nada más llegar a Madrid en el mes de octubre, Peterson escribió un detallado informe al Ministerio español de Asuntos Exteriores en el que hacía una relación de todos los casos conflictivos que enturbiaban las relaciones hispano-británicas. En este ministerio, Peterson encontró una mayor colaboración y unos sentimientos más favorables a su país. Gracias a sus gestiones ante ambos ministerios, el embajador constató la rivalidad interna existente en el seno del Nuevo Régimen, al observar la creciente enemistad entre Serrano Suñer, ministro de Gobernación, y Beigbeder, ministro de Asuntos Exteriores<sup>231</sup>.

Por otro lado, el estallido de la guerra puso en primera plana la cuestión de Gibraltar. Durante los primeros meses del conflicto, se recrudecieron los temores británicos ante el incremento de tropas españolas en las cercanías de Algeciras, el establecimiento de baterías costeras en posiciones frente a Gibraltar y el Estrecho y la fortificación de diversas posiciones en la frontera española. Estos preparativos militares fueron acompañados de continuas referencias en la prensa española a las circunstancias por las que la Roca había sido capturada y a la necesidad de buscar una solución satisfactoria de la cuestión en el futuro. La guerra había despertado las ambiciones territoriales españolas y el deseo de recuperar Gibraltar, última posesión española en manos extranjeras.

La posible intervención española en el conflicto podía significar la neutralización de una de las principales bases aeronavales británicas que era clave en el esfuerzo de guerra marítima tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico. El gobierno español también protestó por los movimientos de tropas británicas en la zona. El embajador español en Londres comunicaba periódicamente la preocupación del gobierno respecto al refuerzo de la guarnición gibraltareña. Las autoridades británicas tildaban de exagerados los informes españoles, dando garantías al régimen de Franco que las tropas británicas estacionadas en Gibraltar tenían una finalidad únicamente defensiva y que en ningún caso representaban una amenaza al territorio español. En la zona, las relaciones hispano-británicas eran

---

<sup>231</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

mucho mejores, gracias al nombramiento del general Moreno como gobernador militar de Algeciras. Desde su llegada, se esforzó en mantener unas buenas relaciones con sus vecinos británicos<sup>232</sup>.

En el mes de noviembre la cuestión gibraltareña volvió a la primera plana de las relaciones hispano-británicas. Para facilitar el esfuerzo de guerra en el Mediterráneo e incrementar la seguridad de Gibraltar, el Estado Mayor británico procedió a ampliar el campo de aterrizaje en la zona neutral británica y a realizar una serie de mejoras en sus posiciones defensivas. La noticia fue comunicada por Peterson al gobierno español, que nada pudo hacer para oponerse a la decisión británica, a pesar del fuerte resentimiento que provocaba. El embajador británico defendió la iniciativa de su gobierno argumentando que las mejoras no cambiaban la naturaleza de emergencia del campo de aterrizaje. Paralelamente, para apaciguar los ánimos españoles, notificó que se habían dado instrucciones a la aviación británica de que se respetara la soberanía del territorio español y de sus aguas jurisdiccionales<sup>233</sup>. La cuestión gibraltareña seguía siendo un tema candente en las relaciones hispano-británicas.

### **3. La apuesta británica por el apaciguamiento económico**

Como hemos mencionado, después del estallido de la guerra mundial en septiembre de 1939, el gobierno británico intentó acelerar las negociaciones comerciales con la intención de obtener un vínculo que permitiese hacer efectiva su política de apaciguamiento, destinada a asegurar la amistad española en el conflicto. Especialmente, tras evidenciar la fulminante caída del volumen de intercambios comerciales entre el Reino Unido y España después de la Guerra Civil (véase la Tabla 3). La embajada británica en Madrid mostró la intención de su gobierno de entrar en discusiones tan pronto como las autoridades españolas estuviesen preparadas para alcanzar un acuerdo que solucionase los numerosos problemas que afectaban al comercio y a los pagos entre ambos países, incluyendo la cuestión de la deuda pendiente. Sin embargo, el gobierno español no mostró ningún interés en aceptar la oferta británica de volver a impulsar las negociaciones hasta que la sede gubernamental fue trasladada a Madrid. Hubo que esperar al mes de octubre para que se acordase el comienzo de las mismas. Finalmente, el 13 de noviembre llegó a España la delegación comercial británica, comenzando cuatro días después unas

---

<sup>232</sup> Para los británicos, el general fue siempre amigable y atento a sus demandas. Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>233</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

discusiones que se alargaron durante muchos meses<sup>234</sup>. Hay que destacar que las negociaciones empezaron siete meses después del final de la Guerra Civil, lo que demuestra el escaso entusiasmo de las autoridades franquistas por normalizar las relaciones comerciales con Gran Bretaña.

Tabla 3

**VALOR DE LOS INTERCAMBIOS COMERCIALES ENTRE REINO UNIDO Y ESPAÑA DURANTE LA GUERRA CIVIL**

Libras esterlinas. 6 primeros meses de cada año

	<b>1936</b>	<b>1937</b>	<b>1938</b>	<b>1939</b>
Importaciones	8.241.040	7.309.542	5.507.425	4.682.830
Exportaciones	2.750.815	1.184.154	2.178.174	923.423
Re-exportaciones	191.822	408.779	340.461	278.107
Volumen de intercambios	10.991.855	8.493.696	7.685.599	5.606.253

Fuente: Despacho del consulado general español en Londres, 8 de septiembre de 1939, AMAE R1894/1.

**a) Objetivos y límites de ambas partes en las negociaciones comerciales**

Las negociaciones sirven para ilustrar los límites a los que estaban dispuestas a llegar ambas partes para la consecución de sus respectivos fines. Como se ha mencionado, el objetivo para los británicos era conseguir el establecimiento de unos vínculos comerciales sólidos que permitieran la aplicación de su política de apaciguamiento económico. Atrayendo a España a su órbita económica, se esperaba vincular la recuperación del país a la contribución británica de recursos y bienes básicos. De este modo, se pensaba lograr el mantenimiento de la neutralidad española en la Segunda Guerra Mundial y conseguir que ésta fuese lo menos benévola posible con Alemania. Desde un punto de vista puramente económico, el gobierno británico tenía evidente interés en firmar el acuerdo para tranquilizar a los acreedores británicos y acceder al mercado español para poder aprovisionarse de

---

<sup>234</sup> La delegación británica estaba formada por R. M. Novell del Board of Trade, David Eccles del Ministerio de Guerra Económica, E. W. Playfair del Tesoro y A. T. Smyth consejero técnico a los que acompañaba una secretaria. El consejero comercial de la Embajada británica W. Hough y K. Unwin el secretario comercial de la misma se unieron a las negociaciones, actuando éste último como intérprete. Por parte española representaban al Ministerio de Asuntos Exteriores: el conde Casas Rojas, José Pan de Soraluze y Don Félix Iturriaga. Al Ministerio de Industria y Comercio: Vicente Taberna y Jaime Alba. Al Instituto de Moneda Extranjera: Blas de Huet, Manuel Vila y Manuel Arburúa. Al Ministerio de Hacienda: Gustavo Navarro, director general de Aduanas. Al Ministerio de Agricultura: Manuel Gotilla, director general de agricultura y Ramón Cantos Figuerola. 9 de noviembre de 1939, AMAE R1894/1.

una serie de mercancías importantes para su esfuerzo de guerra. Además, hay que recordar que la balanza comercial y de pagos había sido tradicionalmente favorable al Reino Unido. Aunque el peso relativo del mercado español para Gran Bretaña era menor, su importancia radicaba en el suministro de una serie de productos estratégicos, lo que explica la atención prestada por el gobierno británico a las exportaciones españolas desde la Guerra Civil, en especial a los minerales de hierro, pirita, volframio y cinabrio.

Por lo que respecta al mineral de hierro, su alta calidad lo convertía en una materia prima idónea para la fabricación de acero, esencial en la fabricación de armamento. Esta es la razón por la que las importaciones alemanas de este mineral aumentaron a partir de 1933, cuando el régimen nazi comenzó su programa de rearme. A su vez, conviene recordar que la relación entre la producción española de este mineral y la industria británica se venía desarrollando desde el siglo XIX. En el caso de las piritas, su importancia radicaba en su utilización en hornos de tostación para la obtención de ácido sulfúrico, cuyo uso era fundamental en la industria, química, petrolífera y siderometalúrgica. La producción española de este mineral tenía una significación estratégica para Gran Bretaña, ya que sus hornos estaban adaptados a la pirita española. Por este motivo, la mayor parte de la importación británica de pirita procedía de nuestro país. Respecto al volframio, su relevancia residía en la utilización que de esta materia prima hacía la industria de guerra germana, primera en generalizar su uso. Este mineral era usado para potenciar el blindaje de los tanques y en determinadas municiones. Para asegurar el máximo nivel de suministro y para incrementar las garantías del mismo, Alemania intentó controlar su comercialización y además adquirir los centros productivos, las minas de volframio del noroeste español. En cuanto al cinabrio, principal fuente para la obtención del mercurio, España era uno de los mayores productores de este mineral. Esta materia prima también se usaba con fines militares. De este mineral se obtenía el fulminato de mercurio, utilizado como detonador en explosivos de alta potencia. Esto explica que este mineral, y su suministro por parte de España, fuesen considerados de carácter estratégico por Gran Bretaña y por otros países europeos. La importancia de estos productos se magnificaba en un contexto internacional marcado por la guerra, ya que a los contendientes les interesaba que la producción de estos minerales no pasara a manos enemigas.

Dada la necesidad de apaciguar al régimen de Franco, el gobierno británico estaba dispuesto a realizar numerosas concesiones, salvaguardando ciertas condiciones mínimas, para asegurar el éxito de las negociaciones. Los objetivos mínimos británicos en las conversaciones hispano-británicas fueron liquidar las deudas anteriores a la guerra civil, estimular y regular el comercio existente entre ambos países y elaborar un plan para mantener ciertos bienes lejos del alcance de



los enemigos de Gran Bretaña<sup>235</sup>. El embajador británico no intervino directamente en las negociaciones, que fueron delegadas a los técnicos y expertos en la materia. Sin embargo, en los momentos en los que se encontraban grandes obstáculos o no se alcanzaban progresos adecuados, el embajador intervenía eficazmente para desbloquear dichas situaciones mediante protestas diplomáticas dirigidas a Beigbeder. Por parte española, dadas las necesidades financieras del régimen, era una excelente oportunidad de acceder al mercado de capitales británicos para obtener financiación para las tareas de reconstrucción del país, facilitando la compra de mercancías vitales para la economía española y evitando la pérdida de un cliente nada despreciable para las exportaciones de nuestro país<sup>236</sup>.

Para el gobierno español el acuerdo también suponía la posibilidad de nivelar la balanza de pagos con el Reino Unido, en línea con la obsesión franquista de equilibrar la posición exterior española. En este sentido, antes de la primera reunión, el día 15 de noviembre se elaboró una lista provisional de artículos de importación y exportación para las negociaciones hispano-británicas. Según ésta, España exportaría al Reino Unido frutas (destacando limones, naranjas, plátanos y uva), verduras y legumbres (destacando cebollas, tomate y patata), frutos secos, aceite, sal, jerez y minerales (piritas, hierro, potasa y mercurio). De las exportaciones, se esperaba que frutas, verduras y legumbres contribuyeran con más de la mitad de su valor. En cuanto a las importaciones, se esperaba recibir del Reino Unido y de sus dominios combustibles como carbón o petróleo y productos básicos como lana, caucho y algodón. La lista representaba el resultado ideal de las negociaciones para la delegación española, pues permitía invertir el signo de la balanza comercial con el Reino Unido, ya que las exportaciones se elevaban a 539 millones de pesetas, frente a las importaciones de unos 480 millones. Esto permitía la obtención de un superávit que se podía aplicar íntegramente a compras en la Gran Bretaña o a otros fines, como la reconstrucción de las reservas de oro del Banco de España<sup>237</sup>.

Los negociadores españoles se encontraban limitados por la nueva política económica de carácter autárquico que había implantado el régimen franquista. Por esta razón, dado el interés de la Falange por limitar la presencia de los intereses extranjeros en España, hubo largas discusiones sobre la cuota de libras incluida en el acuerdo y los pagos financieros originados en España. Sin embargo, los negociadores españoles apenas cuestionaron las propuestas de compensación de

---

<sup>235</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>236</sup> Informe del conde de Casas Rojas, miembro de la delegación española, 27 de enero de 1940, AMAE R1894/1.

<sup>237</sup> Informe confidencial, 15 de noviembre de 1939, AMAE R1894/1.

pagos ni las condiciones de comercio de guerra realizadas por los británicos, ya que éstas nada tenían que ver con los intereses extranjeros en nuestro país. El margen de maniobra de los representantes españoles también se reducía por las rivalidades internas en el seno del Nuevo Estado franquista, que se trasladaron al ámbito de las relaciones comerciales hispano-británicas.

El enfrentamiento entre la Falange y los militares era general, centrándose en las cuestiones económicas y en la reorganización del Estado, por lo que tendrían posturas distintas respecto al posible acuerdo comercial con Gran Bretaña. Desde el comienzo de las negociaciones comerciales, los observadores británicos percibieron con claridad este antagonismo. Los diplomáticos británicos vieron como la mayoría de los militares de alta graduación eran favorables al acuerdo. Por ejemplo, conocían que el general Aranda apoyaba el mantenimiento de relaciones comerciales con Gran Bretaña:

*El general afirmó que la prosperidad futura de España se encontraba en impulsar el comercio con Gran Bretaña y Francia. Estas declaraciones las realizó después de participar en la delegación española que visitó a Alemania para celebrar el regreso de la Legión Cóndor, dejando claro que la gratitud hacia Alemania era necesaria, pero que el futuro de España está en las relaciones con Gran Bretaña. En su opinión, aunque Gran Bretaña puede sobrevivir sin España, España no puede sobrevivir sin Gran Bretaña<sup>238</sup>.*

El embajador británico consideraba que el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, el coronel Beigbeder, era también favorable al acuerdo. El propio Peterson señalaba en sus despachos que el ministro español hacía todo lo posible por asegurar el éxito de las negociaciones. Frente a los militares, estaba el partido falangista, cuyas posiciones fuertemente nacionalistas eran percibidas como hostiles al acuerdo comercial. Hay que señalar que en su programa político se consideraba a Gran Bretaña responsable de la posición subordinada que España mantenía en el escenario internacional. Además, el partido defendía a ultranza la autarquía económica, por lo que la idea de obtener un préstamo en las negociaciones, o peor aún, la de reconocer intereses extranjeros en España, eran aborrecibles. Los diplomáticos británicos creyeron que Serrano Suñer intentaba sabotear las negociaciones comerciales, apoyándose en las tesis de su partido<sup>239</sup>.

Como resultado de esta situación, los delegados españoles tenían gran incertidumbre respecto a su posición negociadora, dado que no conocían el alcance de sus propios recursos, ni cuales eran los requerimientos que debían hacer en las

---

<sup>238</sup> Informe del agregado naval de la embajada británica a Peterson en el que relata su entrevista con el general Aranda, 23 de febrero de 1940, FO 371/24507.

<sup>239</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

negociaciones, estando sujetos a continuas presiones e injerencias en su labor. Por ejemplo, en la primera reunión de las delegaciones española e inglesa del 17 de noviembre Blas Huete, representante del IEME, sugirió como posibilidad el reconocimiento de la deuda por los atrasos del antiguo *clearing* hispano-británico (estimada por él en unos 3 millones de libras) y asentimiento al pago de los mismos mediante un empréstito de cinco millones de libras, comprometiéndose España a comprar productos por la diferencia<sup>240</sup>. Esta sugerencia no tenía autorización gubernamental e iba claramente en contra de las aspiraciones falangistas, por lo que esta línea de negociación fue rápidamente abandonada por la delegación española.

Los diplomáticos británicos consideraron que el mayor obstáculo en las negociaciones fueron las presiones políticas, internas y externas, que se hicieron sentir persistentemente a lo largo del proceso. Respecto a las segundas, la embajada británica recogió las intromisiones de los países del Eje para evitar o retrasar la firma del acuerdo, que no beneficiaba a los planes del Tercer Reich de penetrar la economía española<sup>241</sup>. Hay que recordar que desde el inicio de la Guerra Civil, se había establecido un intenso comercio bilateral con Alemania, que había conseguido triplicar el valor de sus importaciones de España, asegurándose el suministro de la mayor parte de las materias primas españolas en detrimento de sus tradicionales compradores, los británicos.

## **b) La búsqueda de un entendimiento**

A pesar de las interferencias en el proceso de negociación y a la ineficacia característica de la España falangista, las conversaciones siguieron adelante. A lo largo de las mismas, hubo una serie de temas conflictivos a la hora de cerrar al acuerdo. Las principales diferencias entre las posturas de ambos países se centraron en el reconocimiento de las deudas pendientes, tanto las atrasadas como las del mecanismo de *clearing* (que por parte española totalizaban siete millones de libras) y la negativa española a devaluar la peseta, la cual estaba sobrevalorada por razones de prestigio<sup>242</sup>. Los negociadores británicos utilizaron una serie de bazas, tanto en forma de incentivos como de amenazas, en las negociaciones para evitar su estancamiento. Por ejemplo, se concedió al gobierno español la posibilidad de abastecerse no sólo de bienes producidos en Inglaterra, sino también en el área de la

---

<sup>240</sup> Informe de la primera reunión de las negociaciones hispano-británicas, 17 de noviembre de 1939, AMAE R1894/1.

<sup>241</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>242</sup> CARUANA, L. (1989): págs. 130-140.

libra esterlina. Esta concesión fue muy apreciada por la delegación española y especialmente por Beigbeder, sirviendo para mostrar la buena fe negociadora de los británicos<sup>243</sup>. Por otro lado, se recurrió a la amenaza velada de poner fin a las negociaciones dada la falta de avance en las mismas. A mediados de diciembre, Hudson, el ministro británico para el Comercio de Ultramar, confesó a Alba que había estado a punto de retirar la delegación británica de Madrid ante la falta de avance en las negociaciones, apremiándole a la pronta firma del acuerdo<sup>244</sup>. De nuevo, en febrero de 1940, Peterson transmitió al gobierno español la posible retirada de los negociadores si no se cerraba pronto un acuerdo, bajo la excusa de que las conversaciones se alargaban y se le necesitaba a los representantes británicos en otra parte<sup>245</sup>.

En el lado español, se planteaba el problema de hasta qué punto se podía mostrar una actitud intransigente en las negociaciones, ya que se corría el riesgo de provocar el fracaso de las mismas. Los sectores falangistas estaban dispuestos a llegar hasta ese extremo para salvaguardar el país de influencias extranjeras, evitando la firma de acuerdos que no respondieran plenamente a sus ideales. La delegación española asumía un grave riesgo al retrasar la firma del acuerdo, ya que podía dificultar la compra de maquinaria o de productos manufacturados británicos en el futuro. El conde de Casas Rojas, miembro de la delegación española, analizó el problema en los siguientes términos:

*No son infundados pesimismos los que llevan al que suscribe a manifestar el peligro de un fracaso en las negociaciones si no se encuentra la buscada fórmula. (...) No cabe duda que en las presentes circunstancias ofrece para nosotros ventaja al nivelar esa balanza como ahora se propone, el obtener un empréstito de 2 millones de libras y el no privarnos de un cliente como la Gran Bretaña muy difícil de sustituir en momentos de guerra. Ello hace meditar seriamente a la Delegación y le obliga a recurrir en consulta al Gobierno. Quizá nuestra intransigencia no tenga tan catastróficas consecuencias y se traduzca tan sólo en una reducción del volumen de “clearing”, en cuyo caso la Delegación española estima que procedería dejar de lado toda la cuestión de atrasos (...) y buscar un acuerdo de “clearing” mucho más modesto en el que procurásemos defender nuestras exportaciones características y asegurar la compra de aquellos productos que son más indispensables<sup>246</sup>.*

Como hemos señalado, al comienzo de las negociaciones, quedó claro que las grandes dificultades para alcanzar un acuerdo satisfactorio eran la decisión española de no devaluar la peseta y la necesidad de reconocer la deuda atrasada, haciendo a cuenta algún pago de ésta. El resto de cuestiones, aunque importantes

---

<sup>243</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41., FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>244</sup> Minuta de Alba a Beigbeder, 15 de diciembre de 1939, AMAE R1894/1.

<sup>245</sup> Traducción de una comunicación de la delegación británica, 26 de enero de 1940, AMAE R1894/1.

<sup>246</sup> Informe del conde de Casas Rojas sobre las negociaciones con Inglaterra, 27 de enero de 1940, AMAE R1894/1.

eran más secundarias o tenían un carácter técnico. La sobrevaloración de la peseta afectaba claramente a las relaciones comerciales entre ambos países, al suponer un obstáculo a las exportaciones españolas debido a sus altos precios. Para solucionar el problema, los negociadores británicos ofrecieron al gobierno español distintas posibilidades: una devaluación de la peseta, a la que se negó en rotundo la delegación española; una política de primas a la exportación, que también se encontró con la negativa española por suponer un reconocimiento de que la peseta estaba sobrevaluada; el uso de un tipo de cambio establecido por el libre juego de la oferta y demanda en el mecanismo de clearing, rechazado por la pérdida de control del valor de los flujos comerciales que suponía para las autoridades franquistas; o la compensación privada, que era indeseable para ambas partes<sup>247</sup>. En este asunto el gobierno español se mostró realmente inflexible, al considerar que era un asunto de prestigio nacional.

En cuanto al reconocimiento de la deuda, el gobierno español se negaba a hacerse cargo de las deudas por compras de mercancías británicas desde el 18 de julio de 1936 hasta el 1 de abril de 1939 en zona no nacional. En este asunto las autoridades españolas también se mostraron irreductibles. No sucedió lo mismo con la responsabilidad que el Instituto de Moneda podía tener por las garantías concedidas por el Centro de Contratación respecto a compras de productos ingleses en febrero de 1936. La delegación española se hizo firme en su criterio de que la garantía no comprometía al gobierno español y que sólo podían asegurar la transferencia en libras de las pesetas que los deudores fueran entregando a dicho Centro. Los británicos no estaban dispuestos a claudicar en este tema, por lo que amenazaron con no entregar al Banco de España las 950.000 libras que le correspondía recibir por pagos anticipados en libras. Como solución se convino que se repasaría la lista de deudores para excluir a los desaparecidos e insolventes y que la delegación británica negociararía a título particular con el Banco de España el adelanto de las cantidades necesarias para la liquidación de los créditos, quedando a su cargo repetir contra los deudores españoles para que hicieran las provisiones de pesetas para la liquidación de la deuda<sup>248</sup>.

Respecto al acuerdo de pagos, la delegación británica proponía que se reservase una parte del producto de las ventas españolas en el Reino Unido a la compra de mercancías producidas o manufacturadas en el propio país, que se liquidasen los atrasos, incluyendo provisiones dentro del acuerdo para evitarlos, que se dotase una cantidad adecuada para cubrir las necesidades en el exterior de las compañías del Reino Unido que operaban en España y para otros pagos financieros

---

<sup>247</sup> Nota de la delegación del Reino Unido, 15 de noviembre de 1939, AMAE R1894/1.

<sup>248</sup> Informe de estado de las negociaciones hispano-británicas, 30 de diciembre de 1939, AMAE R1894/1.

periódicos. Para facilitar el acuerdo, los negociadores británicos aceptaron que se usase una parte del producto de las exportaciones españolas en la adquisición de mercancías en la zona de la libra. A cambio de esta concesión, pidieron que se incluyese en el acuerdo una cláusula por la que el gobierno español se comprometiera a no reexportar mercancías a destinos no aprobados por el gobierno británico. Además, los representantes británicos ofrecieron un crédito para ser usado en la compra de productos en cualquier parte del área de la libra esterlina para que España se aprovisionase de los alimentos y materias primas que necesitaba y financiar el pago a cuenta de la deuda atrasada que exigían en la negociación<sup>249</sup>.

Una cuestión relevante para la delegación española era si Gran Bretaña podía realmente comprar una cantidad suficiente de productos españoles para suministrar las libras esterlinas que requería España para sus pagos en libras. En este sentido, existían dos graves amenazas al comercio entre ambos países provocadas por la guerra. Por un lado, las restricciones sobre la importación de algunos artículos no esenciales que había impuesto el gobierno británico obligado por sus necesidades bélicas. Éstas le habían forzado a asumir el control sobre las adquisiciones de ciertas mercancías consideradas fundamentales para la defensa nacional, algunas de las cuales como el mineral de hierro, productos de hierro y acero, piritas, aceite de oliva y fruto secos, afectaban a productos que tradicionalmente componían las exportaciones españolas.

Por otro lado, existían grandes dificultades para asegurar el tráfico comercial entre ambos países, debido a que la guerra afectaba al tráfico de mercancías, y por la falta de medios de transporte españoles para el intercambio de productos. La delegación británica propuso emplear buques españoles para el transporte de bienes entre ambas naciones, pero se encontró con la oposición española, que se negaba a exponer a su reducida marina mercante al riesgo de ser objeto de ataques de la flota de submarinos alemana. Para superar este escollo, la delegación británica se comprometió a gestionar ante su gobierno el empleo de buques británicos para realizar el transporte de mercancías. Sin embargo, aprovechó la ocasión para resucitar las quejas por la existencia de barcos británicos en las listas negras del gobierno español, pidiendo que se eliminase a aquellos que todavía figurasen en ellas. En aquellos momentos, se encontraban en las listas negras unos 250 barcos, lo que representaba aproximadamente un 2,5 por ciento del total de la marina mercante británica (estimada en unos 10,000 barcos). Para Beigbeder, las consideraciones políticas que habían justificado la creación de dicha lista no podían tener una supervivencia ilimitada, por lo que desde un punto de vista práctico,

---

<sup>249</sup> Traducción de la propuesta británica, 30 de diciembre de 1939, AMAE R1894/1.

juzgaba conveniente cumplir con la sugerencia británica. Además, según su opinión, una respuesta negativa española podía perjudicar a las exportaciones españolas<sup>250</sup>.

Aparcado el problema de la sobrevaloración de la peseta y conseguido un compromiso de reconocimiento de la deuda atrasada, las siguientes diferencias entre ambas delegaciones fueron respecto al diseño del mecanismo de clearing que debía incluirse en el acuerdo. Para los negociadores británicos se consideraba necesaria la distribución de las libras de las exportaciones españolas en tres categorías para asegurar que las ventas fuesen utilizadas equitativamente para las compras realizadas en el Reino Unido (a las que se asignaba la sub-cuenta A), las compras en el área de la libra (a las que se asignaba la sub-cuenta B) y para el arreglo de las deudas y los pagos financieros, como intereses o seguros, de las empresas británicas que operaban en España (a las que se asignaba la sub-cuenta C). Con el fin de evitar que se acumulasen pagos financieros y resultaran en nuevas deudas, la delegación británica proponía que se utilizase un pequeño porcentaje de las libras que entrasen en el clearing para realizar estos pagos. Esta cuestión era muy relevante para los negociadores británicos, que defendían que dicha pequeña cantidad no tendría un gran impacto en la cantidad de libras que estarían disponibles para la compra de mercancías en el Reino Unido o en la zona de la libra. Para los británicos, este sistema de tres cuentas evitaba confusiones y retrasos inesperados. Sin embargo, la propuesta española que defendió Blas Huete requería sólo una cuenta de clearing, rechazando que se asignasen libras de antemano para hacer frente a los pagos financieros, circunstancia a la que la delegación británica se negaba rotundamente<sup>251</sup>.

Acordado el empleo de tres sub-cuentas en el mecanismo de clearing, la discusión se centró en la proporción de libras que debía asignarse a las mismas. La discrepancia fundamental se centraba en la manera de nutrir la cuenta designada para los pagos financieros. La propuesta británica de reservar el 15 por ciento de las libras generadas por las ventas españolas en el Reino Unido para el pago de las deudas y otros pagos financieros de las empresas británicas que operaban en España, asignado un 45 por ciento para compras de mercancías al Reino Unido y el restante 40 por ciento para la adquisición de mercancías en el área de la libra, fue rechazada por los negociadores españoles. Dicho porcentaje les parecía excesivo, al estimar que el valor del producto de las ventas españolas en unos 8 millones de libras, el 15 por ciento de éstas representaban 1,2 millones de libras. La delegación española argumentó que si aceptaban dicho porcentaje, otros países podrían solicitar el

---

<sup>250</sup> Nota de Beigbeder sobre la exclusión de buques británicos en la lista negra española, 15 de diciembre de 1939, AMAE R1894/1.

<sup>251</sup> Informe de las negociaciones con Inglaterra, 29 de enero de 1940, AMAE R1894/1.

mismo trato, lo que perjudicaría gravemente al comercio español. Para la delegación británica la normalización del comercio entre ambos países dependía en gran medida de la creación de un clima de confianza en el que las empresas británicas pudieran sacar fruto de sus actividades en España. En posteriores reuniones, los representantes británicos propusieron que el porcentaje asignado a la cuenta C se rebajase al 10 por ciento de las exportaciones, y el resto se repartiera a partes iguales entre las cuentas A y B, como recoge la versión final del acuerdo<sup>252</sup>.

La delegación española admitió que las empresas británicas (fundamentalmente las compañías mineras) pudieran exportar una determinada cantidad de libras en concepto de dividendos, beneficios, seguros, reaseguros, intereses o repatriación de capital. Sin embargo, la cantidad propuesta por los españoles, 120.000 libras al año fue considerada insuficiente por la delegación británica. Finalmente, la delegación española aceptó autorizar a las compañías mineras británicas para que exportasen divisas con las que atender a los gastos de su instalación en el extranjero. La cifra acordada fue el 10 por ciento del importe total de las ventas de sus minerales fuera de España, en el caso de que dichas compañías no tuviesen una cuota especial ya otorgada<sup>253</sup>. Respecto a las compañías que ya habían conseguido acuerdos de este tipo, como Río Tinto, se acordó que de modo transitorio percibieran en el curso de 1940 el promedio que resultaba de las concesiones otorgadas para estos fines durante el año 1939.

Otras pequeñas discrepancias se produjeron en torno a cuestiones como el tipo de interés a aplicar al anticipo para hacer el pago a cuenta de los atrasos (para la delegación españolas no debía devengar intereses); el establecimiento dentro del acuerdo de provisiones que evitasen futuros atrasos en los pagos al Reino Unido; la inclusión en el acuerdo de las colonias españolas y Marruecos y el establecimiento de una cuota para periódicos y revistas, así como para películas británicas.

### **c) La firma del Acuerdo de Comercio y Pagos**

Finalmente, el Acuerdo de Comercio y Pagos se firmó el 18 de marzo de 1940, haciéndose efectivo el día 1 de abril del mismo año<sup>254</sup>. En el preámbulo se

---

<sup>252</sup> Informe del conde de Casas Rojas sobre las negociaciones con Inglaterra, sin fecha, AMAE R1894/1.

<sup>253</sup> Informe del conde de Casas Rojas sobre las negociaciones con Inglaterra, sin fecha, AMAE R1894/1.

<sup>254</sup> Una breve descripción de los acuerdos y de su gestión puede encontrarse en ALPERT, Michael (1976): "Las relaciones hispano-británicas en el primer año de la postguerra: los acuerdos comerciales y financieros de marzo de 1940", Revista de política internacional, nº 147, págs. 13-29.



mencionaba específicamente que el Gobierno del Reino Unido deseaba “cooperar al trabajo de reconstrucción emprendido por el Gobierno español”<sup>255</sup>. El Convenio establecía las bases para regular los pagos entre ambos países, articulando un sistema de *clearing* aplicable tanto a las operaciones de importación-exportación como a los atrasos o saldos pendientes de cancelación, originados en transacciones anteriores a 1936. Dicho sistema consolidaba los mecanismos que habían regulado las relaciones hispano-británicas desde 1936.

El mecanismo de *clearing* establecía que los ingresos de libras esterlinas procedentes de las exportaciones españolas a Gran Bretaña se distribuyeran en distintas categorías, con el fin de asegurar que se utilizaran equitativamente para las compras de productos y para el arreglo de las deudas financieras, evitando retrasos y confusiones. De esa manera, se estipulaba que un porcentaje de las libras se reservara para los pagos financieros corrientes, incluyendo la concesión de libras para las compañías británicas que operaban en España, mientras que el resto se repartiera en partes iguales para pagar las adquisiciones españolas de mercancías procedentes de Gran Bretaña (un 45%) y de la zona de la libra respectivamente (un 45%), dedicándose un remanente para los pagos de los gastos accesorios de seguros, fletes y otros servicios (un 10%). El sistema de compensación establecido obligaba al importador británico a satisfacer el importe de la transacción en libras esterlinas, en una cuenta a nombre del Instituto Español de Moneda Extranjera (IEME) abierta en el Banco de Inglaterra. Por su parte, el importador español debía ingresar en el IEME el contravalor en pesetas de la operación. Con este mecanismo, se conseguía que cada exportador cobrase sus ventas en su respectiva moneda nacional<sup>256</sup>.

Para el pago de la deuda pendiente devengada por transacciones anteriores a 1936 se crearon unos mecanismos de compensación diferentes, en función de la nacionalidad de los deudores y acreedores. Si el deudor era británico y el acreedor español, el primero debía saldar su deuda ingresando su valor en libras en una llamada “cuenta sin intereses” abierta en el Banco de Inglaterra a nombre del IEME. Este organismo, en función de los ingresos, iría liquidando con el acreedor español la deuda en pesetas. El tipo de cambio utilizado para dicha operación sería el vigente el 18 de julio de 1936. Respecto a las deudas pendientes de agentes españoles con residentes británicos se utilizó un sistema distinto, que admitía el retraso de los pagos. El débito debía quedar anulado el 31 de diciembre de 1940, para lo que se fijó la obligación de realizar seis pagos, el primero de ellos por el 50 por ciento del saldo pendiente y cada uno de los cinco restantes por el 10 por ciento

---

<sup>255</sup> Preámbulo del Acuerdo de Comercio y Pagos, 18 de marzo de 1940, AMAE R1894/1.

<sup>256</sup> Acuerdo hispano-británico de Comercio y Pagos, 18 de marzo de 1940, AMAE R1894/1.

de aquel. Dichos pagos debían ser efectuados en pesetas a entregar al IEME, quien se encargaría de satisfacer los importes correspondientes en libras a los acreedores británicos, al tipo de cambio fijado el 18 de julio de 1936. El gobierno británico se comprometía a adelantar las sumas que fuesen necesarias para poder efectuar el primer pago de todos los atrasos pendientes que España debía al Reino Unido. A esta partida se acordó aplicar un tipo de interés del 3,5 por ciento anual<sup>257</sup>.

El acuerdo se completaba con la concesión de un préstamo de 2 millones de libras a las autoridades españolas, las cuales se abonarían a medida que el Gobierno franquista lo fuese solicitando. El préstamo tenía un tipo de interés del 4,5 por ciento anual y debía ser amortizado en libras, a partir del 30 de junio de 1942, en veinte pagos de vencimiento semestral<sup>258</sup>. La finalidad del préstamo era facilitar al gobierno español la compra de materias primas y alimentos en el área de la libra esterlina.

Adicionalmente, ambas delegaciones firmaron unos protocolos secretos en los que se desarrollaban ciertas cuestiones particulares. En el primero de ellos, la delegación española aceptó que cuando se importasen productos manufacturados de terceros países, se adquiriese una parte razonable de productos similares de fabricantes del Reino Unido, siempre que hubiese existencias y sus precios fuesen razonables. Asimismo, se estableció para el año 1940 una cuota de 1.500 libras mensuales para periódicos y publicaciones del Reino Unido y facilidades para la exportación de películas británicas a nuestro país. A las compañías mineras británicas se les otorgaba mensualmente hasta diciembre de 1940 una cantidad en libras para que hiciesen frente a sus pagos en el exterior igual al 10 por ciento del valor de sus productos exportados<sup>259</sup>. Por su parte, el gobierno británico se comprometía a facilitar, en la medida de lo posible, las compras españolas de ciertas materias primas de manera urgente tanto dentro del Reino Unido como en el área de la libra. En el segundo protocolo secreto se desarrollaban en detalle ciertos aspectos relacionados con el pago de las deudas debidas por personas en España a personas del Reino Unido. En el tercero y último de los protocolos secretos, las autoridades franquistas se comprometían a importar las mercancías para consumo y fabricación dentro de España, estando prohibida su

---

<sup>257</sup> Acuerdo hispano-británico de Comercio y Pagos, 18 de marzo de 1940, AMAE R1894/1.

<sup>258</sup> Acuerdo hispano-británico de Comercio y Pagos, 18 de marzo de 1940, AMAE R1894/1.

<sup>259</sup> Las compañías que se beneficiaban de esta medida eran The Orconera Iron Ore Co. Ltd, The Sevilla Sulphur & Copper Co. Ltd, The Batares Iron Ore Mines Ltd, The Peña Copper Mines Ltd, Bairds Mining Co. Ltd, San Fix Tin Mines Ltd., The Alquife Mines & Railway Co. Ltd, The Tharsis Sulphur & Copper Co. Ltd y Río Tinto Co. Ltd. Otras compañías del Reino Unido podían ser incluidas en lo convenido por acuerdo entre ambas partes. Protocolo secreto nº 1 del Acuerdo hispano-británico de Comercio y Pagos, 18 de marzo de 1940, AMAE R1894/1.

exportación a terceros países. Con esta última medida el gobierno británico evitaba que España reexportase mercancía a sus enemigos<sup>260</sup>.

La vigencia de los acuerdos de 18 de marzo de 1940 fue limitada, ya que el 2 de diciembre de ese mismo año la firma de varios protocolos, algunos de ellos secretos, modificó el sistema a aplicar. Las correcciones más importantes se centraron en la posibilidad de realizar operaciones corrientes fuera del mecanismo de *clearing*, que deberían liquidarse en cuentas especiales abiertas en Gran Bretaña a nombre del IEME o de algunos bancos privados españoles. Además, el pago de la deuda hispana anterior a 1936 quedaba de nuevo aplazado. De 1941 a 1945 debía quedar totalmente liquidada al realizar cuatro entregas (las tres primeras del 10 por ciento y la última del 20 por ciento) con las que se habría amortizado el 50 por ciento de la deuda aún pendiente en diciembre de 1940. El ejecutivo británico se comprometía además a facilitar suministros muy urgentes a España y presionar para que otros países del área de la libra esterlina hicieran lo mismo. Intentaría igualmente asegurar que el mecanismo de guerra económica no entorpeciese las importaciones españolas, siempre y cuando se incluyesen los controles necesarios para asegurar que las mercancías importadas no fueran enviadas a las potencias del Eje<sup>261</sup>.

#### **d) Valoración del Acuerdo**

El acuerdo comercial del 18 de marzo de 1940 fue el origen de las relaciones económicas bilaterales durante la Segunda Guerra Mundial y el medio a través del que el gobierno británico aplicaría su política de apaciguamiento económico del Régimen franquista. Sin embargo, no implicaba nada firme para el futuro de las relaciones entre ambos países. Para los observadores británicos, la firma del acuerdo era fruto de la habilidad y la persistencia de sus negociadores, que tuvieron que superar numerosos problemas y momentos exasperantes durante las conversaciones que mantuvieron con sus homólogos españoles<sup>262</sup>.

La posición oficial británica destacaba que el Acuerdo era ventajoso para ambas partes, suponiendo un avance significativo en el restablecimiento de las relaciones amistosas entre ambos países. Ciertamente, fue beneficioso para un país

---

<sup>260</sup> Acuerdo hispano-británico de Comercio y Pagos, 18 de marzo de 1940, AMAE R1894/1.

<sup>261</sup> MARTIN ACEÑA, Pablo (2001): *Los movimientos de oro en España durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, págs. 49-50.

<sup>262</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

como España que vivía en condiciones de hambruna y de falta de suministros, ya que le facilitó la compra de alimentos y materias primas. En efecto, gracias al acuerdo las autoridades españolas pudieron abastecerse de productos básicos como cereales, lana o petróleo. Según los informes de la oficina británica de censura de correspondencia, el acuerdo comercial con Gran Bretaña causó una buena impresión en los círculos empresariales españoles, aunque se recogieron quejas por la existencia de grandes dificultades para el comercio con Gran Bretaña, causadas por el obstruccionismo de sus autoridades<sup>263</sup>.

El gobierno británico también consiguió beneficiarse del acuerdo. Tras la firma del mismo, se solucionaron una serie de contenciosos que mantenía con el gobierno español como la liberación de prisioneros británicos que habían luchado a favor del gobierno republicano, la desaparición de los barcos británicos de la “lista negra” que manejaban las autoridades españolas y la obtención del permiso necesario para que el vuelo Londres-Lisboa pudiera sobrevolar territorio español. Además, despejó las trabas burocráticas y administrativas que encontraba la apertura del *British Institute* en Madrid, proyecto que estaba paralizado desde el mes de octubre del año anterior<sup>264</sup>.

Lo más importante para Londres fue la obtención de un elemento mediante el que presionar a las autoridades franquistas para que mantuviesen su neutralidad. El mismo día de la firma del acuerdo, Makins, uno de los expertos del *Foreign Office*, volvía a repetir el argumento de que “el único medio para mejorar las relaciones con España es el comercio”<sup>265</sup>. La finalidad política del acuerdo se ve claramente en que, si hubiese sido únicamente un tratado comercial, el gobierno británico no hubiese aceptado la obstinación española de sobrevalorar la peseta, que lesionaba gravemente sus intereses<sup>266</sup>. Además, hay que recordar que este acuerdo se firmaba en un momento en el que Gran Bretaña estaba preocupada en el mantenimiento de sus reservas de divisas y en el que debía orientar el uso de sus materias primas al mantenimiento del esfuerzo de guerra. Como puso de manifiesta la embajada de Madrid, la persecución del objetivo político de los acuerdos motivó la constancia negociadora británica:

*El principal objetivo de esta política fue el deseo, por razones estratégicas, de mantener a la Península Ibérica fuera de la guerra por el mayor tiempo posible, el tener constantemente presente dicho objetivo hizo posible que tanto la Embajada británica en Madrid como el Gobierno de Su Majestad pudieran resistir las persistentes provocaciones de la prensa*

---

<sup>263</sup> Informe de la oficina de censura de correspondencia, 29 de mayo de 1940, FO 371/24507.

<sup>264</sup> Minuta de Mr. Makins (Foreign Office), 18 de marzo de 1940, FO 371/24510.

<sup>265</sup> Informe de Mr. Makins del Departamento Central del Foreign Office, 18 de marzo de 1940, FO 37/24510.

<sup>266</sup> CARUANA, L. (1989): págs. 130-140.

*controlada por los alemanes, de una policía ligada a la GESTAPO, de un régimen corrupto e incompetente aterrorizado por los alemanes, y de la falta de cortesía y los desplantes continuos de Serrano Suñer*<sup>267</sup>.

Hay que señalar que este acuerdo daba a los británicos un control significativo respecto a la economía española, puesto que las comunicaciones con Alemania, país que se había convertido en el primer socio comercial español, estaban sujetas al control naval franco-británico. Además, el control aliado de Gibraltar y de las rutas marítimas en el Mediterráneo eran suficientes para prevenir el pasaje de las exportaciones españolas a Italia destinadas al Tercer Reich. A pesar de ello, no se pudo evitar que existieran filtraciones en el esquema británico de bloqueo económico, llegando envíos españoles de carbón, hierro y piritas a Alemania a través de Italia. El acuerdo firmado con España se consideraba el instrumento adecuado para evitar la reexportación y el tránsito de bienes de carácter estratégico al enemigo<sup>268</sup>.

Finalmente, es necesario destacar la profunda contradicción ideológica del gobierno español que criticaba a Gran Bretaña, pero que se hacía económicamente dependiente de ésta. De esta manera, los propósitos falangistas de una férrea autarquía se estrellaban contra la cruda realidad del país. Las necesidades españolas y un cierto sentido práctico, al no poder contar con ayuda del Eje, produjeron dicho contrasentido, si bien el gobierno franquista esperaba que en el futuro se pudiera rectificar la situación. En consecuencia, los falangistas perdieron un asalto en su enfrentamiento con los militares, al no haber podido aportar las potencias del Eje una oferta comercial tan importante<sup>269</sup>. Lamentablemente, el gobierno español no supo obtener condiciones favorables en las negociaciones con Gran Bretaña ni con el resto de los países aliados durante el periodo 1939-1941, al haber rechazado el recurso a la financiación exterior y al mantener una clara posición favorable al Eje.

---

<sup>267</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>268</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): *The economic blockade*, Londres, H.M.S.O. y Longman, Green and Co., vol. I, pág. 56.

<sup>269</sup> Ni alemanes ni italianos podían ayudar al régimen franquista. El Tercer Reich dependía del exterior para abastecerse de materias primas, así como de productos alimentarios (Alemania ya había sufrido duramente el bloqueo inglés durante la Primera Guerra Mundial). Por su parte, Italia tenía una economía que podía ser clasificada como tributaria de las importaciones de combustibles, materias primas e incluso productos semiacabados. CARUANA, L. (1989): págs. 121-143.

#### 4. El espejismo de una mejora en las relaciones bilaterales

Los británicos apreciaron un cierto cambio en la política exterior española desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Según su percepción, dentro de la relación española respecto a los países del Eje, se había producido un relativo alejamiento de Alemania y un mayor acercamiento hacia Italia. Para Peterson, las razones que explicaban dicho cambio eran el deseo generalizado de evitar la entrada del país en otra guerra y la dependencia económica española:

*Este periodo (desde el 3 de septiembre de 1939 hasta el 1 de enero de 1940) se ha caracterizado por un movimiento gradual desde el extremo alemán del Eje hasta el italiano, acompañado de una mejora de las relaciones con Francia y Gran Bretaña. Este cambio de política se debe en parte a la reticencia española a entrar en otra guerra, a su enfado con Alemania por pactar con Rusia (y particularmente por su actitud equívoca ante la invasión de Finlandia) y la aprobación española de la neutralidad italiana. (...) Sin embargo, un factor más importante que los anteriormente citados es la pérdida del mercado alemán y el progresivo descubrimiento de la dependencia económica respecto al Imperio Británico y Francia<sup>270</sup>.*

La oficina británica de censura de la correspondencia indicaba que la firma del Pacto germano-soviético y la soviétización de Polonia, país católico, había conmocionado a la opinión pública española. La agresión soviética a Finlandia fue también un golpe al prestigio alemán en España, al considerarse que Hitler era el responsable de la expansión rusa en Europa del Este. Como resultado, los observadores británicos creían que la opinión pública española estaba modificando su abierta postura germanófila. En cualquier caso, reconocían que el incipiente sentimiento anti-alemán no denotaba ninguna simpatía por los aliados<sup>271</sup>.

Durante los primeros meses de la guerra, Franco y Mussolini se fueron acercando. Las relaciones bilaterales fueron cada vez más cordiales, gracias a la solución del tema de la deuda pendiente de la Guerra Civil. El régimen franquista se orientó hacia Roma, al encontrar en la Italia fascista un modelo en el que inspirarse. Por su parte, Mussolini estaba interesado en cultivar la relación especial que mantenía con España, a la que consideraba como un estado casi satélite. En este contexto, Franco aseguró al embajador italiano Gambaro que mantendría un estrecho contacto con Italia en cuestiones de política exterior. El 8 de abril, el Duce informó a Franco de su próxima entrada en la guerra, aunque Italia no estaba preparada después de sus esfuerzos en Abisinia, Albania y España<sup>272</sup>.

---

<sup>270</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>271</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia, 9 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>272</sup> PRESTON, P. (1994): págs. 436-437.

La posición española en torno al conflicto no varió durante ese tiempo. Los británicos, especialmente el embajador Peterson, apreciaban una mejora en las relaciones con Gran Bretaña y Francia. Este cambio de actitud se suponía que estaba íntimamente relacionado con la pérdida del mercado alemán y el entendimiento de la dependencia de la economía española respecto a los países aliados. Esta situación superaba las mejores expectativas de los británicos:

*Mientras que en agosto no había duda acerca de las simpatías españolas y lo mejor que podía esperarse era una neutralidad que fuese benevolente hacia Alemania, al final del año la neutralidad establecida se había convertido en estricta y hasta cierto punto sorprendentemente imparcial*<sup>273</sup>.

Esta perspectiva tan optimista, no estaba alineada con la realidad, ya que las simpatías de Franco en materia de política exterior estaban claramente con el Eje. Prueba de ello fueron sus declaraciones a Lord Lloyd<sup>274</sup>, presidente del *British Council* que visitó al dictador en noviembre de 1939 para promover el establecimiento de dicha institución en España y el fomento de lazos culturales entre los dos países. El Caudillo acordó ante Peterson y Lord Lloyd permitir la apertura del instituto, aunque problemas burocráticos lo retrasarían durante meses. En dicha entrevista, Franco les expuso su convicción de que Gran Bretaña estaba casi derrotada. Semanas más tarde, dio otra muestra de sus preferencias en su emisión radiofónica del 31 de diciembre, en la que atacó a Francia y Gran Bretaña. El discurso desagradó a los británicos por sus críticas al liberalismo y la democracia, su clara inclinación hacia el Eje y las referencias sesgadas al conflicto europeo<sup>275</sup>. En la cena de Año Nuevo para el Cuerpo Diplomático que se celebró en el Palacio del Pardo, Franco desairó a Peterson y a Petain, al recibir a todos los embajadores, menos a ellos dos<sup>276</sup>.

Los alemanes estaban también satisfechos con la postura española, ya que desde principios de 1940 los submarinos alemanes utilizaban las aguas territoriales españolas para recargar baterías, descansar sus tripulaciones y reabastecerse de suministros. Además, el Ministerio español de Asuntos Exteriores ofrecía con regularidad a la embajada alemana la información recibida de las misiones diplomáticas españolas en el extranjero. Los informes elaborados por

---

<sup>273</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>274</sup> George Ambrose Lloyd (1879–1941). Político conservador, formaba parte del ala más intransigente de su partido. Fue gobernador de Bombay (1918-1923), Alto Comisionado en Egipto (1925-1929) y presidente del *British Council* (1937-1941). Cuando Churchill se convierte en Primer Ministro le nombra Secretario de Estado para las Colonias en mayo de 1940 y Líder de la Cámara de los Lores en diciembre del mismo año. Lord Lloyd fallecería dos meses más tarde. Britannica Concise Encyclopaedia, 2003, Encyclopaedia Britannica Premium Service.

<sup>275</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>276</sup> PETERSON, M. (1950): pág. 207.

Lequerica sobre la situación política en Francia serían muy valiosos durante los meses de mayo y junio de 1940<sup>277</sup>.

Sin embargo, no todos los miembros del estamento militar compartían el entusiasmo de Franco respecto al Eje. Algunos generales temían que las ambiciones imperialistas de la Falange arrastraran a España a la guerra como aliado de Eje. Por ejemplo, el general Kindelán estaba preocupado por la falta de preparación del Ejército español si estallaba la guerra. En marzo de 1940 plasmó sus inquietudes en un informe remitido al general Varela. Éste leyó sus conclusiones en una reunión del Consejo Superior del Ejército. El mencionado informe fue aprobado por dicho organismo y enviado a Franco. Por otra parte, el Jefe del Estado Mayor, el general Carlos Martínez Campos, hizo un informe parecido e igualmente desolador sobre el estado de las Fuerzas Armadas, en el que resaltaba la falta de aviones y unidades mecanizadas<sup>278</sup>.

Estos informes, junto al mal estado de las reservas nacionales de combustible y grano, influyeron en la cautela mostrada por Franco en materia de política exterior en la primavera de 1940. El 30 de abril envió un mensaje a Roma en el que manifestó su creencia de que la guerra sería larga y difícil (convencido de la capacidad militar del Ejército francés) y alabó el juicio de Mussolini de retrasar la entrada en la guerra. A su vez, describió la postración económica española y lo inoportuno que suponía estar tan rezagados en sus preparativos. Franco conocía que España no podía sostener un prolongado esfuerzo de guerra frente a Francia o Gran Bretaña. Sin embargo, no quería desperdiciar la oportunidad de realizar sus aspiraciones territoriales y quedarse sin su parte del botín de la guerra. Por esta razón, esperaba entrar en la guerra en el último momento, poco antes de la capitulación aliada. A diferencia de Mussolini, Franco tenía una visión más realista de las capacidades de su país<sup>279</sup>.

A comienzos de abril tuvo lugar la invasión alemana de Dinamarca y Noruega que volvió a poner de manifiesto la superioridad del Ejército alemán. Los acontecimientos en Noruega demostraron que los alemanes eran capaces de minar la situación interna de países neutrales. La presencia en España de alemanes e italianos, así como la existencia de elementos claramente anti-aliados en el gobierno español hacían preguntarse a los británicos “si Franco sería capaz de mantener su neutralidad en contra de los deseos del Eje”. Ante tal disyuntiva, los franceses propusieron un cambio de política de los aliados respecto a España que conllevara amenazas como la privación del suministro de petróleo o de los envíos de alimentos,

---

<sup>277</sup> PRESTON, P. (1994): págs. 448-449.

<sup>278</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 94-98.

<sup>279</sup> PRESTON, P. (1994): pág. 440.



para dejar claro al gobierno español que los aliados no tolerarían más el control alemán e italiano de España. Pero, el *Foreign Office* y el Ministerio de Economía de Guerra británico estaban firmemente convencidos de poder reducir la influencia italo-germana en España mediante una política de apaciguamiento económico:

*Hasta ahora nos hemos esforzado, mediante generosos acuerdos económicos alcanzados con España, en dar ayuda para la reconstrucción de España con la esperanza de mostrar al Gobierno español que su interés está en la cooperación con los aliados y en el mantenimiento de la neutralidad. (...) Cabe plantearse la cuestión (...) de si un fortalecimiento de la economía española puede terminar siendo una desventaja. Por otro lado, la retención de la ayuda económica sólo puede precipitar la caída del Gobierno o llevar al Gobierno a buscar la participación en la guerra*<sup>280</sup>.

Para los observadores británicos, los acontecimientos internacionales no llegaron a provocar un acercamiento español hacia Gran Bretaña y los aliados. Aunque sí apreciaron una mayor determinación en el nuevo régimen de permanecer estrictamente neutral en el conflicto internacional, junto a un deseo de incrementar la colaboración con Italia<sup>281</sup>. Después de la firma de los acuerdos comerciales, las relaciones bilaterales mejoraron sensiblemente. Sin embargo, los beneficios económicos del acuerdo no ocultaban las serias diferencias políticas entre ambos gobiernos, cuyas relaciones eran claramente forzadas.

Las simpatías políticas del gobierno español estaban bien definidas, siendo el sentido práctico de las autoridades franquistas el que determinaba una mayor o menor aproximación a los británicos, forzadas por la realidad económica y la dependencia absoluta en el suministro de productos fundamentales como el petróleo y el trigo. En este sentido, la postura exterior española era claramente ambigua, ya que, en el caso de que los alemanes o los aliados consiguiesen una victoria rápida, podía cambiar significativamente. Hay que tener en cuenta que el acuerdo hispano-británico del mes de marzo era el fruto de una situación de equilibrio militar entre el Eje y los aliados en el frente del oeste. Cualquier alteración significativa de la situación bélica podía producir cambios en las relaciones bilaterales.

---

<sup>280</sup> Informe de Mr. Eccles (Ministerio de Economía de Guerra), a Mr. Makins (Departamento Central del Foreign Office), 24 de abril de 1940, FO 371/24508.

<sup>281</sup> Informe del agregado de prensa de la embajada británica, 5 de enero de 1940, FO 371/24507.

## **5. El ascenso falangista en España**

Bajo el liderazgo de Serrano Suñer, verdadero vencedor del cambio de gobierno de agosto, el régimen franquista avanzó decididamente por la vía totalitaria. A pesar de la resistencia de los militares y del resto de las fuerzas conservadoras del régimen, el Nuevo Estado se adentraba por la senda del fascismo, ante el evidente predominio de la Falange en la vida civil española. El llamado Movimiento Nacional estaba dominado de hecho por una de las corrientes integradas en él, que logró prevalecer sobre las demás fuerzas políticas, dando la impresión de que Movimiento y Falange eran términos equivalentes. Estos avances del falangismo se fueron reflejando en distintas iniciativas legislativas. Hay que recordar que el orden constitucional español, surgido tras la guerra civil responde a lo que se ha denominado como “proceso constitucional abierto”, por lo que se fueron promulgando normas a medida que lo aconsejaban las circunstancias.

### **a) La Ley de Represión política y la depuración de elementos hostiles**

La Ley de Responsabilidades Políticas de 9 de febrero de 1939 fue seguida por la ley de Represión de la Masonería y el Comunismo de 1 de marzo de 1940. El rechazo de Franco a la Masonería era absoluto, considerándola un peligro para el Nuevo Estado español por sus lazos internacionales y porque muchos de los antiguos dirigentes republicanos eran masones. A su vez, se le acusaba de ser enemiga de la Iglesia católica y de promover la persecución religiosa desatada durante la Segunda República. Hay que señalar que Hitler también había tratado de erradicarla de Alemania. El objetivo de la ley de 1940 era castigar a sus miembros e impedir que éstos ocupasen cargos relevantes en la Administración o en el Ejército. Hay que destacar que la represión de la masonería supuso una nueva brecha con las potencias anglosajonas. Respecto a la represión del comunismo, la nueva ley suponía un paso más en la lucha que acababa de concluir en España. En este sentido, pretendía evitar que se reconstituyeran en el interior del país células comunistas que pudieran contribuir a desestabilizar al Régimen.

Un factor que ensombrecía la situación del país durante la posguerra era la violencia represiva. Los observadores británicos no eran ignorantes de esta realidad ni de sus efectos, afirmando que generaban “un grupo de enemigos potenciales que eran implacables con el gobierno del nuevo régimen”<sup>282</sup>. Según

---

<sup>282</sup> Informes de los distintos consulados sobre la situación económica y social de España, agosto de 1940, FO 371/24508.

ellos, resultaba muy difícil dar una cifra aproximada sobre el número de sentencias de muerte impuestas y ejecutadas a antiguos seguidores republicanos inmediatamente después del final de la contienda. Los británicos pensaban que el mayor número de ejecuciones se habían producido durante los días de euforia que acompañaron al final de la guerra. Especialmente se destacaba lo sucedido en ciudades como Barcelona y Valencia, donde los prisioneros fueron fusilados a diario. De esta manera, estimaban a finales de agosto de 1939 que desde el final de la Guerra Civil habían tenido lugar en España unas diez mil ejecuciones. Como justificación parcial, se mencionaba que aproximadamente medio millón de personas habían sido ejecutadas en las áreas bajo control republicano durante la guerra<sup>283</sup>. Esta cifra es claramente exagerada, ya que los últimos estudios la sitúan en torno a los 50,000<sup>284</sup>. Después de la primera oleada de fusilamientos durante la inmediata posguerra (1939-1940), las menciones de las medidas represivas del nuevo régimen en los despachos del *Foreign Office* prácticamente desaparecen, reflejando la disminución del número de ejecuciones y el menor interés británico en la materia.

La manifestación más evidente de la represión de la posguerra para los diplomáticos británicos era el encarcelamiento masivo. En este sentido, señalaban que muchos “rojos” (prisioneros políticos y personas acusadas de crímenes durante la guerra civil) estaban languideciendo en cárceles y campos de concentración sin haber sido juzgados. Su función represiva era clara, ya que muchos de los que eran considerados enemigos potenciales del régimen no eran liberados, al ser percibidos como posibles alborotadores. De este modo, los británicos veían como las cárceles de todas las regiones españolas estaban llenas. En virtud de esta situación, señalaban que la delincuencia había disminuido dramáticamente<sup>285</sup>. A finales de 1939, Peterson estimaba que sólo en Málaga había alrededor de doce mil personas en campos de concentración, y que a finales de abril del mismo año había en Madrid quince mil detenidos<sup>286</sup>. Otros observadores de la realidad española cifraban los prisioneros políticos en unos ochenta y cinco mil, de los cuales veinticuatro mil estaban en Madrid<sup>287</sup>. Por otra parte, muchos de los que eran liberados no podían encontrar trabajo debido a su pasado, lo que indicaba el carácter excluyente del Nuevo Estado<sup>288</sup>.

---

<sup>283</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>284</sup> JULIA, S. (1999): págs. 406-410.

<sup>285</sup> Informe del cónsul de Valencia describiendo las condiciones de su distrito, 9 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>286</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>287</sup> Informe del Ministerio de Información británico que recogía la copia de una carta enviada por un representante de la United Press of America acerca de la situación general en España, 20 enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>288</sup> Informe del cónsul de Valencia describiendo las condiciones de su distrito, 9 de agosto de 1940, FO 371/24508.

El número de prisioneros durante la posguerra habla de la dureza represiva del régimen de Franco. En junio de 1939 sólo en Madrid se estima que había unos 50.000 prisioneros. La población reclusa en España a finales de 1939 alcanzó las 270.000 personas. Por ello, la maquinaria judicial franquista tuvo que trabajar de prisa, pero caóticamente, para juzgar a centenares de miles de prisioneros. Todas las cifras proporcionadas por la historiografía reciente son superiores a las estimadas por los observadores británicos. Todavía en mayo de 1940 había en el país 103.000 reclusos condenados y decenas de miles estaban a la espera de juicio. En consecuencia, el celo represivo hacía que el número de presos desbordase la capacidad de las cárceles españolas. Por ejemplo, la cárcel modelo de Valencia, construida para albergar a 528 reclusos llegaría a tener a más de 15.000 personas<sup>289</sup>. La intensidad de la represión queda puesta en evidencia con la cifra estimada de 40.000 ejecuciones durante la posguerra. En conjunto, se ha calculado que la represión afectó al 15 por ciento de los 6 millones de familias españolas existentes en 1935<sup>290</sup>.

La maquinaria represiva recayó sobre la jurisdicción militar hasta 1948 cuando se dio por terminado el estado de guerra. De este modo, se celebraron miles de consejos de guerra, en los que los acusados no tenían ningún tipo de garantía jurídica. Los observadores británicos vieron como las autoridades militares llevaban a cabo numerosos “consejos de guerra a rojos”, aunque reconocían que muchos gobernadores militares no escondían su disgusto por las penosas tareas que tenían que llevar a cabo. Por ejemplo, el gobernador militar de Toledo le expresó al cónsul general británico Godden su disgusto por “las interminables tareas de consejos de guerra y el deber de ejecutar muchas de esas sentencias”<sup>291</sup>. Como sabemos, los procesados eran juzgados y condenados sin labor probatoria, siendo las denuncias e informes negativos incuestionables, por lo que resultaban en numerosas ejecuciones “legales”<sup>292</sup>. Igualmente, era evidente a los ojos de los británicos que aquellas ciudades que habían sido “rojas” durante la guerra civil mantenían fuertes guarniciones militares para garantizar su control. En dichas ciudades, conocían que los gobernadores llevaban a cabo drásticas medidas junto a los militares para restablecer el orden<sup>293</sup>.

Por otro lado, los diplomáticos británicos vieron como Franco instituía los trabajos forzados en diversos grados para que muchos prisioneros políticos

---

<sup>289</sup> CAZORLA, A. (2000): págs. 98-101.

<sup>290</sup> MORADIELLOS, E. (2000): págs. 236-237.

<sup>291</sup> Informe de Godden a Halifax, 10 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>292</sup> JULIA, S. (1999): págs. 309-336.

<sup>293</sup> Informe del cónsul general Godden a Halifax tras su visita a las provincias de Castilla, 10 de enero de 1940, FO 371/24507.

redimieran sus penas a través de los mismos<sup>294</sup>. A finales de 1940 un 6,7% de la población presa estaba encuadrada en alguno de dichos esquemas. La primera modalidad eran los batallones de trabajo que se dedicaban a la construcción de caminos, puentes o carreteras. Las condiciones de vida eran duras con una gran mortandad por frío, hambre, enfermedades o agotamiento físico. Con mayor frecuencia los prisioneros se encuadraban en destacamentos penales que podían ser contratados por organizaciones estatales, eclesiásticas o privadas, siendo estas últimas las más frecuentes. Otras modalidades eran los trabajos en regiones devastadas y las colonias penitenciarias. Finalmente, hay que indicar que dentro de las prisiones existía la modalidad de talleres penitenciarios<sup>295</sup>.

Desgraciadamente, la cuestión de una amnistía general, que podía haber ayudado a la reconciliación nacional, estaba fuera de la consideración de las nuevas autoridades. En opinión de Peterson, ésta no se llevaba a cabo por las divisiones existentes en el seno del gobierno y por la resistencia de la Falange a otorgarla. En este sentido, señalaba la poca predisposición a concederla por parte del propio Franco. Como probaba el perdón concedido por Generalísimo a un número relativamente pequeño de prisioneros en el aniversario de su llegada al poder, de los que la mayoría estaban sentenciados por ofensas de carácter puramente militar tanto durante como después de la Guerra Civil<sup>296</sup>. Los observadores británicos recogían la opinión de los propios prisioneros políticos, mediante la cual sólo la vuelta de la monarquía podía traerles la ansiada amnistía<sup>297</sup>.

El tratamiento de los prisioneros era a veces inhumano, como atestiguaban los observadores británicos, que recogían numerosas quejas y denuncias relacionadas con ese tema. Por ejemplo, supieron como fue suprimida en enero de 1940 una insurrección de miles de prisioneros políticos en Ciudad Real, en la que había muerto el oficial responsable de la prisión así como numerosos guardias. La insurrección fue brutalmente aplastada por tropas que usaron ametralladoras contra los amotinados. El coronel que mandaba dicho batallón comentó con disgusto al agregado naval británico que “ahora tendremos que matarlos a todos en lugar de a unos pocos”<sup>298</sup>. De igual forma, los británicos conocían a través de quejas de refugiados y de la censura de correspondencia, que

---

<sup>294</sup> Informe de la oficina de censura de correspondencia, 29 de mayo de 1940, FO 371/24507.

<sup>295</sup> JULIA, S. (1999): págs. 336-342.

<sup>296</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>297</sup> Informe del Ministerio de Información británico que recogía la copia de una carta enviada por un representante de la United Press of America acerca de la situación general en España, 20 enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>298</sup> Informe del agregado naval, capitán Alan Hillgarth al embajador Maurice Peterson, 4 de enero de 1940, FO 371/24507.

las condiciones de las cárceles eran degradantes, con falta de higiene, hacinamiento de presos y palizas sin el menor motivo<sup>299</sup>.

Como ha indicado la historiografía, la brutalidad de este tipo de actos era continua, siendo el empleo de la tortura algo sistemático. A los presos no se les trataba como personas, buscándose su continua humillación. El común denominador de las prisiones españolas de la posguerra fue el hambre, que generaba epidemias y una gran mortandad. Los estudios provinciales han permitido deducir que en total hubo unos 4,600 fallecidos en las cárceles españolas por hambre y epidemias<sup>300</sup>. Irónicamente, en un despacho recibido por el *Foreign Office* se señalaba que, ante la desoladora situación del país, algunas personas preferían estar encerradas en prisión, “ya que al menos así tenían la posibilidad de tener algo más de comida”<sup>301</sup>.

El gobierno británico recibió numerosas denuncias de miembros del anterior gobierno republicano español, como Fernando de los Ríos, en relación con los excesos represivos del régimen falangista. Por humanidad, pedían al Primer Ministro británico su ayuda para que usara su influencia para mitigar la severidad de las sentencias que recibían los antiguos partidarios de los republicanos y para se que pusiera freno a las labores represivas. Según ellos, si la guerra había terminado, se debían acabar las muertes. Como ejemplos, citaban los excesos cometidos durante le peregrinación de los restos de Primo de Rivera, las condenas a muerte de varios antiguos altos cargos republicanos, como el Sr. Conejero ex-gobernador de Valencia, asesinado por la Falange a pesar de que se le había conmutado la pena de muerte por 30 años de prisión, o de los antifascistas Ricardo Zabalza o Emilio Valldecabres<sup>302</sup>.

La labor de los republicanos en su protesta contra la represión en España y contra el gobierno de Franco era continua, contribuyendo a reforzar la imagen de falta de libertad en España que transmitían los representantes diplomáticos británicos destacados en nuestro país. Por ejemplo, en abril de 1941 Pablo de Azcárate, antiguo embajador republicano en Londres, protestaba por las terribles condiciones en las que vivía la población bajo la dictadura totalitaria que representaba el nuevo régimen. Así, se quejaba de la existencia de los batallones de trabajo y de la gran cantidad de prisioneros políticos que había en el país, estimando que se contaban entre un millón y un millón trescientas mil personas, de los cuales

---

<sup>299</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia, 26 de diciembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>300</sup> JULIA, S. (1999): págs. 288-301.

<sup>301</sup> Despacho de Butler, diplomático británico que era el encargado de negocios de la embajada británica en Washington, posiblemente reflejando la opinión de Azcárate, 28 de mayo de 1941, FO 371/26890, C6120/3/41.

<sup>302</sup> Carta de tres antiguos miembros del gobierno republicano al primer ministro británico, 3 de enero de 1940, FO 371/24507.

unos seiscientos mil estaban en prisión y el resto en los batallones de trabajo. Denunciaba que las condiciones en las prisiones eran lamentables, siendo ligeramente mejores en los batallones de trabajo, ya que incluían una exigua paga. De acuerdo a sus argumentos, aquellos que eran antifascistas recibían peor tratamiento, quejándose que los republicanos discapacitados eran sistemáticamente ejecutados al no tener ningún uso. Según su opinión, la tortura hasta la muerte era también habitual en las prisiones españolas. Finalmente protestaba por el elevado número de sentencias de muerte en el país, a pesar de haber transcurrido un año desde el final de la guerra:

*Los republicanos discapacitados son sistemáticamente ejecutados al no tener ningún uso. (...) Se producen un número considerable de ejecuciones en todo el país. Según su opinión, la tortura hasta la muerte era también habitual en las prisiones españolas. Sólo en la prisión de Porlier en Madrid son asesinadas entre cuarenta y cincuenta personas cada semana (...). En Madrid y Salamanca, las mujeres que insisten en acompañar a sus maridos e hijos hasta el pelotón de ejecución, son también fusiladas<sup>303</sup>.*

Indudablemente, el clima de terror, que se completaba con la represión ideológica y laboral, acabó con cualquier síntoma de disidencia, permitiendo al nuevo régimen consolidarse sin ningún tipo de resistencia. Ante la crueldad de la maquinaria represiva del régimen, la protesta masiva estaba descartada. Ni siquiera los terribles efectos de la autarquía como la carestía de alimentos y el hambre, eran suficientes para movilizar a la población, ya que el miedo era demasiado grande<sup>304</sup>.

## **b) La nueva legislación económica**

La diplomacia británica pudo comprobar como el nuevo régimen español, por su ideología y alineamiento diplomático, imitaba los modelos totalitarios de la Alemania nazi, la Italia fascista o la Portugal salazarista en su vertiente económica. Aunque no existía una identificación absoluta, la política económica inicial del franquismo se inspiraba claramente en determinados aspectos de las políticas de dichos regímenes. En el Consejo de Ministros del 7 de octubre de 1939 se aprobó el “Plan para la reconstrucción nacional” mediante el que se entraba de lleno en una política autárquica, acorde con los ideales del momento. La nueva política económica se basaba en la contención de las importaciones, el control de

---

<sup>303</sup> Carta de Azcárate a Mr. Butler, encargado de negocios británico en Washington, 15 abril de 1941, FO 371/26890. C3986/3/41.

<sup>304</sup> CAZORLA, A. (2000): págs. 105-107.

cambio y el rechazo a la posibilidad de acceder a los mercados de capitales para llevar a cabo la compra de materias primas y para financiar la reconstrucción. Esta política era resultado de una búsqueda obsesiva del equilibrio de la balanza comercial. La política autárquica se fundamentaba en la creencia de que España podía y debía ser autosuficiente. Esta idea, sostenida por el partido falangista, pretendía terminar con la tradicional subordinación económica española respecto a las potencias democráticas<sup>305</sup>. En este sentido, un acuerdo comercial con Gran Bretaña parecía chocar con el nuevo ideario económico.

Los británicos vieron como Falange también extendía su dominio sobre el campo sindical y de las relaciones laborales. Tras un largo proceso de elaboración, y siguiendo al Fuero del Trabajo de 1938, se aprobó la ley de Unidad Sindical de 26 de enero de 1940. Esta norma estaba claramente inspirada en los principios fascistas de unidad, totalidad y jerarquía. Mediante dicha ley se establecía la sindicación obligatoria, subordinando todas las asociaciones privadas al nuevo sistema e impidiendo la creación de sindicatos católicos. Esta ley se completaría con la Ley de Bases de la Organización Sindical del 6 de diciembre de 1940. Ambas leyes configuraron un vasto entramado sindical totalmente dominado por la burocracia falangista. Las fuerzas conservadoras y los militares reaccionaron con recelo a la formación de la Organización Sindical Española. A pesar de sus temores, el concepto de sindicatos verticales integrados fue abandonado, estando representados los trabajadores y los empresarios en secciones separadas, siendo éstos últimos los que tuvieron la voz dominante. El entramado sindical se convertía en un instrumento esencial del Régimen para el control de los trabajadores<sup>306</sup>. Para los analistas del *Foreign Office*, las leyes sindicales de 1940 no eran una nueva carta para los trabajadores, cuyos intereses eran prácticamente ignorados. Simplemente se trataba de “un intento de Falange por controlar todos los aspectos de la vida económica del país”<sup>307</sup>.

Como en el plano político, los británicos percibieron la existencia de discrepancias dentro del nuevo régimen en materia económica, detectando una corriente de opinión que no estaba tan convencida de las capacidades de España para reconstruirse con sus propios recursos. En especial, el estamento militar se mostró muy crítico ante la caótica situación económica española en las entrevistas

---

<sup>305</sup> Para estudiar los rasgos básicos de la nueva política económica franquista, véase: CATALAN, J. (1995): págs. 59-75

<sup>306</sup> Gerardo Salvador Merino, Delegado Nacional de Sindicatos, fue el encargado de la construcción del nuevo sistema sindical. Camisa vieja y pro-nazi, imaginó un organismo sindical autónomo que fuese el elemento más representativo del nuevo régimen. PAYNE, S. (1987): págs. 262-265.

<sup>307</sup> Guía de de las fuerzas políticas en España realizada por el Profesor W.C. Atkinson y remitido al Foreign Office, 21 de marzo de 1942, FO 371/31234, C3121/220/41.



que sus integrantes mantuvieron con el personal diplomático británico<sup>308</sup>. La embajada británica criticó duramente que Serrano Suñer y la Falange imbuidos del espíritu nazi y de las teorías fascistas de la autarquía quisieran imponerlas en España, a pesar de lo mucho que sufría la población<sup>309</sup>. Estas políticas tendieron a desestabilizar el proceso de recuperación de la economía española, obstaculizando las ventajas que ofrecía la posición de neutral en la Segunda Guerra Mundial y estrangulando la economía más que los propios efectos del conflicto bélico<sup>310</sup>.

Una de las consecuencias del nuevo modelo económico franquista fue el aumento de restricciones y de dificultades para la inversión extranjera en España. De acuerdo con los ideales nacionalistas del Nuevo Régimen, el capital foráneo era el responsable de todos los males de la economía española, por lo que había que limitar su presencia en el país. En este sentido, se dictaron una serie de medidas para limitar su presencia en España, con el objetivo de reforzar la soberanía nacional y liberar a la economía española de la dependencia extranjera. El resultado fue un sistema legal altamente restrictivo y que discriminaba a las empresas extranjeras<sup>311</sup>.

El núcleo principal de las restricciones impuestas al capital extranjero se encuentran en la Ley de Ordenación y Defensa de la Industria de 24 de noviembre de 1939 en cuyo preámbulo se especifica que “es la primera y más fundamental disposición de las varias que habrán de dictarse para crear una economía industrial española grande y próspera, liberada de la dependencia extranjera, que revalorice las materias primas españolas”<sup>312</sup>. Dicha ley desarrollaba en diversos artículos la cuestión de la inversión extranjera en España imponiendo restricciones de venta de activos españoles a extranjeros y limitaciones a la participación del capital extranjero en empresas españolas y en su gestión. En su artículo quinto se fijaba una participación máxima de capital foráneo en empresas españolas del 25 por ciento. Respecto a la gestión de las empresas, se garantizó que los españoles dispusieran de tres cuartas partes de los votos en sus órganos de administración y que se reservaran los cargos directivos para naturales del país.

---

<sup>308</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>309</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>310</sup> La neutralidad podía haber reportado grandes beneficios a la economía española, constatándose que la política autárquica seguida por Franco no era la única opción disponible. Los beneficios que España obtuvo de su neutralidad resultaron menores que los del resto de países neutrales que generalmente mejoraban en el sector exterior y en el ámbito industrial, sufriendo además mayores costes que ellos. CATALAN, J. (1995): págs. 59-75.

<sup>311</sup> La situación de las empresas españolas y foráneas bajo el franquismo puede estudiarse en TORRES, Eugenio (2001): “La empresa”, *La economía del primer franquismo (1939-1959)*, VII Congreso de la Asociación de Historia Económica.

<sup>312</sup> Ley de 29 de noviembre de 1939 sobre Ordenación y defensa de la industria, publicado en el Boletín Oficial del Estado del 15 de diciembre de 1939, nº 349.

Además, prohibía la presencia de capital extranjero en sociedades relacionadas con la defensa nacional. Sin embargo, en su artículo séptimo la ley estipulaba que el gobierno español podía variar dichas restricciones para la realización de “proyectos industriales de extraordinario interés nacional”, como algunos de los que más tarde llevó a cabo el Instituto Nacional de Industria (INI).

El trato discriminatorio al capital extranjero se completaba con otras leyes que vieron la luz en el bando insurgente durante la Guerra Civil. Una de las principales restricciones fue establecida en el decreto de 5 de julio de 1937 por el que se bloqueaban los saldos en pesetas propiedad de titulares residentes en el extranjero<sup>313</sup>. Esta disposición significaba la prohibición de la transferencia al exterior de los beneficios e intereses derivados de sus actividades en España, salvo autorización expresa del Comité de Moneda Extranjera. La Ley de Desbloqueo de 7 de diciembre de 1939 no eliminó totalmente esta restricción. Aunque los saldos en pesetas de no residentes quedaron desbloqueados, se mantuvo la necesidad de la autorización previa del Instituto de Moneda Extranjera para transferir el dinero al exterior<sup>314</sup>.

La Ley de 7 de junio de 1938 sobre títulos de propiedad minera en su artículo tercero reservaba la concesión de explotaciones mineras a españoles y a empresas constituidas y domiciliadas en España. Además, se exigía que al menos el 60 por ciento del capital social de la compañía fuese español. El gobierno se reservaba la posibilidad de rebajar dicho porcentaje y cambiar las condiciones “en casos especiales”. En cuanto a la gestión de las empresas mineras, el artículo cuarto de esta ley especificaba que el Presidente del Consejo y por lo menos las dos terceras partes de los miembros de dicho Consejo fuesen españoles. Su artículo sexto prohibía la venta de activos y participaciones en empresas mineras a extranjeros. Posteriormente, en el artículo décimo se obligaba a las compañías mineras a producir, facultándose al gobierno a cancelar su concesión en el caso de que no lo hicieran<sup>315</sup>.

Todas estas medidas se afianzaron en la Ley de Minas de 19 de julio de 1944 que endureció algunos de estos principios, manteniendo el resto. Esta ley elevó al setenta y cinco por ciento el mínimo de participación española en el capital social de las sociedades mineras. De nuevo, el gobierno retenía su potestad de

---

<sup>313</sup> Decreto número 313 de 5 de julio de 1937 sobre movimientos de fondos en relación con el extranjero, publicado en el Boletín Oficial del Estado, nº 261.

<sup>314</sup> Ley de 7 de diciembre de 1939 reguladora del desbloqueo, publicado en el Boletín Oficial del Estado del 11 de diciembre de 1939, nº 345.

<sup>315</sup> Ley de 7 de junio de 1938 sobre otorgamiento de títulos de propiedad minera y transacciones mineras de todas clases, publicado en el Boletín Oficial del Estado del 8 de junio de 1938, nº 594.

autorizar que pertenecieran a extranjeros una proporción mayor a la señalada, pero nunca superior al cincuenta y uno por ciento. Finalmente, especificaba que, para los minerales de interés para la defensa nacional, el gobierno español podía exigir que la totalidad del capital y de la gestión de la sociedad minera fuese española<sup>316</sup>. A pesar de que las disposiciones dejaban a las compañías mineras extranjeras a merced de las autoridades franquistas, ninguna mina fue expropiada durante los años 40.

Dentro de este conjunto de medidas de índole restrictiva también hay que incluir la Ley de nacionalización voluntaria de la banca extranjera de 11 de julio de 1941. Dicha ley autorizaba la adquisición de los negocios bancarios de entidades extranjeras por la banca nacional<sup>317</sup>. Los datos disponibles parecen indicar que la medida no produjo cambios significativos ya que el declive del peso de la banca extranjera en España había comenzado ya en 1921. En cualquier caso, algunos bancos españoles se beneficiaron de la normativa. Por ejemplo, el Banco Español de Crédito en el período 1944-1945 llegó a un acuerdo con el británico Anglo South American Bank para la toma de sus sucursales en Bilbao, La Coruña y Vigo y con la casa de negocios inglesa Blandy Brothers para la absorción de sus operaciones en Gran Canaria<sup>318</sup>.

La Ley de Ordenación Bancaria de 31 de diciembre de 1946 consolidó los principios de regulación bancaria establecidos en disposiciones anteriores y supuso una mayor intervención gubernamental con la finalidad de garantizar la solvencia del sistema y convertirlo en un instrumento de la economía nacional. Esta ley equiparaba la legislación de los bancos nacionales a los extranjeros, aunque en la práctica no permitía la entrada de capital foráneo<sup>319</sup>. Hasta 1978 no se liberalizó la entrada de la banca extranjera en nuestro sistema financiero.

Tras la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial, la presencia extranjera en la banca española se redujo a cuatro entidades: Credit Lyonnais (Francia), Banco de Londres y América del Sur (Gran Bretaña), Société Generale de Banque (Francia) y Banca Nazionale del Lavoro (Italia). Por el camino se quedaron un banco canadiense (Royal Bank of Canada), un banco norteamericano (Internacional Banking Corp.), cuatro bancos británicos (Blandy Brothers; Lazard

---

<sup>316</sup> Ley de Minas de 19 de julio de 1944, publicado en el Boletín Oficial del Estado del 22 de julio de 1944, n  204.

<sup>317</sup> Ley de 11 de julio de 1941 sobre nacionalización voluntaria de la banca extranjera, publicado en el Boletín Oficial del Estado de 17 de julio de 1941, n  198.

<sup>318</sup> Información facilitada por la Secretaría del Consejo de Banco Español de Crédito, previa consulta de las Memorias y Libros de Actas de Juntas Generales de la entidad en el periodo 1940-1945.

<sup>319</sup> El decreto de 17 de mayo de 1940 prohibía la creación de nuevos bancos y la expansión de los ya existentes, salvo que el Consejo de Ministros lo aprobase por razones de conveniencia nacional. Ley de 31 de diciembre de 1946 de Ordenación bancaria, publicado en el Boletín Oficial del Estado de 1 de enero de 1947, n  1.

Brothers; Smyth, Hom & Cia y Anglo South American Bank) junto a los dos bancos alemanes (Banco Alemán Transatlántico y Banco Germánico de América del Sur) cuyas propiedades fueron intervenidas al final de la Guerra Mundial<sup>320</sup>.

Es incuestionable que el entorno legal de las inversiones extranjeras en España era altamente restrictivo. Aunque no descartaba la presencia del capital extranjero, restringía su presencia hasta un tope determinado, el 25 por ciento. Esta cuota máxima podía superarse mediante autorización gubernamental, lo cual requería un inmenso trabajo burocrático y dejaba la cuestión en manos de las autoridades españolas. Como la Ley de Ordenación y Defensa de la Industria no tuvo un posterior desarrollo reglamentario, en lugar de existir un marco definido para la inversión extranjera, se procedió a regular caso por caso. Esta situación otorgó un amplio poder discrecional al gobierno, lo que le permitió usar la ley a su antojo para presionar a empresas extranjeras presentes en sectores considerados como estratégicos con la intención de forzar su salida o permitir que algunas empresas extranjeras tuvieran una proporción superior a la legalmente permitida.

Otra prueba del uso discrecional de la legislación por parte de las autoridades españolas es que se permitió que en ciertas empresas se sobrepasara el límite impuesto al capital foráneo. Por ejemplo, las filiales de las empresas farmacéuticas alemanas Bayer, Schering, Merck y Boehringer, siguieron controladas por éstas al 100 por 100. A su vez, el Estado toleraba que algunas empresas suscribiesen con sociedades extranjeras convenios de ayuda técnica y financiera. Especialmente, el trato a las empresas alemanas fue mucho más permisivo, por lo menos hasta 1945. Aparte de la discriminación que suponía respecto a otras sociedades, esta situación produjo la ocultación de la verdadera dimensión de la inversión extranjera en las empresas españolas<sup>321</sup>.

Este conjunto de medidas pudieron causar efectos distintos a los que desearon sus promotores. La imposibilidad de que las empresas foráneas repatriasen sus beneficios motivó que éstos se usaran en España, pudiendo resultar en un aumento de la inversión extranjera en el país, obviando las ampliaciones de capital en las que sólo podían suscribir un 25 por ciento de la emisión. Algunas empresas pudieron repatriar los beneficios de su actividad a su país de origen cuando esta opción se incluía en el acuerdo de pagos bilateral. Finalmente, es necesario señalar el provecho que sacaron algunos empresarios españoles que se hicieron con el control de compañías extranjeras. Los casos son muy variados, desde entidades financieras que participaron en operaciones de gran relevancia como las de Río

---

<sup>320</sup> Información facilitada por la Asociación Española de Banca.

<sup>321</sup> TORRES, E. (2001): págs. 34-36.

Tinto o Barcelona Traction, así como empresarios particulares que se hicieron con el control de filiales de empresas multinacionales, como los casos de Ford Motor Ibérica o Roca Radiadores<sup>322</sup>.

El coste de estas políticas discriminatorias respecto los inversores extranjeros fue muy alto para la economía española, ya que la importación de capital era la solución más adecuada para la acuciante falta de divisas. Este fue el precio a pagar al subordinar las necesidades económicas a objetivos de tipo político. Sólo la búsqueda del fin al ostracismo internacional de la posguerra llevó a las autoridades españolas a abandonar gradualmente esta línea de actuación. En este sentido, a finales de los años 40, las condiciones para las empresas extranjeras mejoraron ligeramente. Por ejemplo, las compañías Tharsis y Río Tinto vieron incrédulamente como se les cancelaba una multa por defraudar al Tesoro español<sup>323</sup>. En cualquier caso, este marco legal estuvo vigente hasta los cambios económicos que se introdujeron en 1959.

### **c) El acoso a las compañías británicas. El ejemplo de Río Tinto**

Bajo la normativa descrita anteriormente, las compañías extranjeras pasaron por grandes dificultades durante los años 40, sufriendo el continuo escrutinio de las autoridades y estando bajo la constante amenaza de la nacionalización. Las autoridades franquistas esperaban que mediante el uso discrecional de la legislación, que permitía fijar los precios por debajo de los costes y denegar las licencias de importación y las divisas necesarias para renovar y mantener sus equipos, las empresas pasaran por dificultades económicas que les obligara a vender sus negocios a precio de saldo. Aunque la nacionalización de empresas relacionadas con intereses extranjeros, con la intención de liberar a España de la “dependencia extranjera”, se produjo a partir de la segunda mitad de los años cuarenta, empresas británicas como The Peñarroya Mining Co. y Río Tinto fueron continuamente hostigadas por las autoridades franquistas. El acoso a estas empresas fue utilizado como elemento de presión en las negociaciones diplomáticas.

Como ejemplo de la presión sobre las compañías británicas, podemos mencionar el caso del continuo hostigamiento a la compañía minera británica Río

---

<sup>322</sup> TORRES, E. (2001): págs. 34-36.

<sup>323</sup> TORRES, E. (2001): págs. 34-36.

Tinto para conseguir su nacionalización<sup>324</sup>. En su intento por conseguir la autosuficiencia económica, para el gobierno franquista era fundamental eliminar la presencia extranjera en sectores estratégicos como la minería. Esta idea no era novedosa, ya que durante la dictadura de Primo de Rivera se habían intentado reducir la dependencia extranjera y fomentar la industria y la banca nacional. Sin embargo, el desencanto con la situación que disfrutaba Río Tinto en España era mayor porque el acuerdo alcanzado por la compañía con las autoridades españolas en 1873 le garantizaba el dominio de los recursos minerales y del suelo<sup>325</sup>. Los elementos más conservadores de la derecha española consideraban que esta situación suponía una pérdida de la soberanía nacional sobre un parte del territorio. Por esta razón, miembros del gobierno español utilizaron paralelismos entre Río Tinto y la colonia británica de Gibraltar, por la que se describía a la compañía como el “Gibraltar económico”, mediante el que se traicionaba a la economía española mediante el robo de sus recursos minerales. Por esta razón, su recuperación tenía un alto poder simbólico.

Después de haber conseguido sobrevivir a la Guerra Civil, la compañía tuvo que afrontar una delicada situación durante la década siguiente. El estallido de la Segunda Guerra Mundial fue una gran complicación para Río Tinto, ya que se vio privada del acceso a los mercados internacionales y aumentaron los costes de los fletes. Sin embargo, los principales obstáculos que tuvo que salvar vinieron de la mano de las nuevas autoridades españolas. Para conseguir la nacionalización de la compañía, el gobierno franquista utilizó de manera claramente discriminatoria un conjunto de medidas legales con el fin de presionar a la sociedad británica para que abandonara el país.

Nada más terminada la Guerra Civil se impuso a Río Tinto un embargo de la exportación de sus minerales, excepto a Italia y Alemania, que llevó a la práctica paralización del negocio. El embajador británico Peterson protestó ante Jordana por la medida claramente discriminatoria<sup>326</sup>. Además, las autoridades españolas quisieron obligar a vender su producción a los precios fijados por el Ministerio y a entregar información de sus contratos. Una delegación de la

---

<sup>324</sup> Para estudiar la historia de la compañía Río Tinto, véase: GÓMEZ MENDOZA, Antonio (1994): *El "Gibraltar económico": Franco y Riotinto, 1936-1954*, Madrid, Civitas y HARVEY, Charles E. (1981): *The Río Tinto Company, an economic history of a leading international mining concern, 1873-1954*, Cornwall, Penzance.

<sup>325</sup> El acuerdo firmado el 14 de febrero de 1873 cedía a la compañía *Matheson and Company* en perpetuidad los siguientes activos: un terreno de 1.906 hectáreas, todos los edificios dentro de dicha área (incluyendo una pequeña población habitada por unas dos mil personas), las instalaciones y los depósitos de minerales, así como el derecho a extraer todos los recursos que se encontrasen bajo la superficie del terreno. A su vez, el Estado español renunciaba al derecho de tasar la producción de la mina. A cambio, las arcas estatales ingresaron 92,8 millones de pesetas por los activos mencionados y por la concesión, junto a 1,2 millones por las instalaciones y los edificios. HARVEY, C. E. (1981): págs. 18-19.

<sup>326</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

compañía viajó hasta España para negociar con las autoridades y solucionar el problema. En agosto de 1939 se llegó a un acuerdo que eliminaba las restricciones impuestas, acordándose que la compañía garantizase unos precios mínimos a cambio del reconocimiento español de sus gastos sociales. La firma británica pudo continuar con sus exportaciones, consiguiendo que el gobierno español permitiera la compra de 17.500 libras al mes para poder pagar sus gastos en el exterior. Río Tinto pudo evitar que las autoridades franquistas supervisaran sus exportaciones mediante la revisión de los contratos de venta, salvando la confidencialidad de la información de sus clientes. La impresión que se llevó la delegación británica fue que el objetivo último del gobierno era conseguir la nacionalización de la empresa<sup>327</sup>. Al final, la evolución de los acontecimientos internacionales y la negativa situación de la economía española retrasaron la decisión hasta la década de los 50.

Hay que recordar que el gobierno español se beneficiaba de la presencia de Río Tinto en el país en un doble sentido. Por un lado, la venta de su producción suponía la entrada de divisas en España, lo que permitía la compra en el mercado internacional de productos tan necesarios como petróleo o alimentos. Por otro lado, el gobierno usaba la posición de la sociedad británica para conseguir ventajas en las negociaciones con los aliados. Uno de estos episodios se produjo en 1941 cuando el ministro de Industria Carceller condicionó la subida de precios de cobre en el mercado interno a la concesión de licencias de exportación de la Administración norteamericana. A Río Tinto se le exigió que aumentase su producción de cobre de manera considerable, algo que solo podía lograr con la importación de maquinaria del Reino Unido. A principios de 1942, Churchill y Roosevelt acordaron suministrar el equipo necesario para que Río Tinto pudiera cumplir con los deseos de las autoridades españolas. Esto suponía una nueva prueba de la voluntad de apaciguar al régimen de Franco. La publicación de dicho acuerdo supuso un gran escándalo en la prensa anglosajona<sup>328</sup>.

Para mantener la presión sobre la empresa británica, el gobierno franquista recurrió a diferentes medidas destinadas a interrumpir la marcha de su negocio<sup>329</sup>. Las podemos agrupar de la siguiente manera:

1. Política industrial: se obligaba a la empresa a vender su producción en el mercado interno, por lo que no se le permitía beneficiarse de los precios superiores que existían en el mercado internacional. Además, las autoridades franquistas quisieron socavar la posición competitiva de Río Tinto mediante el establecimiento de empresas que competían

---

<sup>327</sup> GÓMEZ MENDOZA, A. (1994): págs. 54-62.

<sup>328</sup> HARVEY, C. E. (1981): págs. 110-113 y GÓMEZ MENDOZA, A. (1994): págs. 119-127.

<sup>329</sup> HARVEY, C. E. (1981): págs. 250-290.

directamente con ella. Por otro lado, a la empresa se le trató de manera claramente discriminatoria frente a otras empresas nacionales en el reparto de los recursos de carbón que se otorgaban para la actividad industrial y minera.

2. Política comercial: la restricción de las importaciones afectaron directamente a la compañía al impedirle importar recambios o combustible como carbón. Como resultado, disminuyó la productividad y eficiencia de sus instalaciones. Además, se le prohibía la repatriación de beneficios y debía entregar su moneda extranjera al IEME para su conversión en pesetas al cambio oficial, que sobrevaloraba la moneda española.

3. Política laboral: una serie de medidas encarecieron los costes de explotación de la empresa, entre los que se encontraban la paga de los domingos, cambios en los horarios y sobre todo la imposibilidad de realizar despidos a pesar del exceso de capacidad.

El efecto combinado de estas medidas puso en peligro la continuidad de las operaciones de Río Tinto en España. Su impacto fue ampliado por la dislocación de la economía del país debido a las destrucciones de la Guerra Civil. Especialmente importante fue la falta de combustible, que ocasionó numerosas interrupciones en la producción. Como resultado, la producción pasó de ser 1,2 millones de toneladas en 1938 a 0.4 millones de toneladas en 1944, es decir, un 35 por ciento menos. Hay que señalar, que también influyó el hecho de que la planta no había sido modernizada. Desde 1931 la firma británica no invertía en sus operaciones españolas por temor a que los cambios políticos que se operaban en el país pudieran afectar a su negocio. La imposibilidad de importar recambios impidió realizar las tareas básicas de mantenimiento, por lo que la productividad de las instalaciones declinó considerablemente después de la Guerra Civil. En marzo de 1949 se calculó que se necesitaría una inversión de más de 1 millón de libras esterlinas para poner la compañía en pleno funcionamiento<sup>330</sup>.

Los ejecutivos de la firma británica tuvieron que dedicar la mayor parte de sus esfuerzos a solucionar los problemas que suponían los efectos negativos de las políticas franquistas en sus operaciones en España. La situación mejoró ligeramente al decantarse la marcha de la guerra a favor de los aliados. De esta manera, el capitán Charles, representante de la compañía, consiguió con el apoyo de la embajada en Madrid a partir de 1942 incrementar las cuotas de carbón que recibía la empresa. De este modo, Río Tinto pasó de obtener 4.700 toneladas en

---

<sup>330</sup> HARVEY, C. E. (1981): pág. 297.



1941 a 8.100 toneladas en 1943. También se consiguieron mejoras en los precios del cobre, azufre y piritas, que crecieron más que los salarios<sup>331</sup>.

Al hacerse más precaria la situación económica española y ser más acuciante la falta de divisas, el gobierno franquista impuso unos controles más estrictos sobre el uso de la moneda extranjera permitido a Río Tinto. Ante las crecientes dificultades financieras, la compañía reaccionó presentando a partir de 1943 contratos de venta falsos con un precio que era aproximadamente un veinticinco por ciento inferior al acordado en realidad. Este ardid permitía a la empresa retener parte de sus libras y usarlas para sus gastos corrientes y para acumular beneficios. La evasión de los controles fijados por las autoridades españolas junto a la subida de los precios de las piritas motivó que la compañía pudiese sacar un pequeño beneficio de sus operaciones en España. De esta manera, frente a las pérdidas de 124.970 libras en los años 1940-1942, consiguió obtener unos beneficios de 103.880 libras en los años 1943-1945, que incluso fueron superados en los años siguientes<sup>332</sup>.

A pesar de la relativa mejora en su situación, esto no supuso el final de sus problemas. En 1943 el gobierno español intentó equiparar a Río Tinto con el resto de compañías españolas en el borrador de la Ley de Minas, con la intención de eliminar sus derechos sobre los depósitos de minerales. Hoare se dispuso a defender los derechos de todas las compañías mineras británicas amenazados por la nueva legislación. El embajador protestó duramente contra la iniciativa española, advirtiendo a Jordana de las implicaciones que supondrían para las relaciones bilaterales<sup>333</sup>. Las quejas británicas y la evolución del panorama internacional salvaron a la compañía, obligando al gobierno español a introducir ciertos cambios en el texto de la Ley de Minas. En apariencia, se garantizaba el respeto de los derechos de propiedad de Río Tinto. Sin embargo, la nueva ley otorgaba poderes ilimitados al gobierno español para socavar la posición de la firma británica, ya que disponía de la facultad de expropiar sus minas<sup>334</sup>.

Los cambios regulatorios dejaron a Río Tinto en una situación de indefensión, forzando a su dirección a buscar una solución más definitiva para solventar las dificultades que atravesaba en España. La tarea no era nada fácil, puesto que si se paraba la producción, el gobierno español podía expropiar las minas, facultad que le concedía la legislación vigente. Tampoco podía crear una subsidiaria en España, porque la ley fijaba el máximo de propiedad foránea en una

---

<sup>331</sup> HARVEY, C. E. (1981): pág. 295.

<sup>332</sup> HARVEY, C. E. (1981): págs. 295-297.

<sup>333</sup> Informe de la reunión entre Jordana y Hoare, 1 de diciembre de 1943, AMAE R3080/11.

<sup>334</sup> GÓMEZ MENDOZA, A. (1994): págs. 159-170.

compañía española en un 25 por ciento. El único medio que le quedaba a la dirección de la empresa para solucionar el problema era la venta de la compañía<sup>335</sup>.

De este modo, comenzaron unas negociaciones con unos banqueros españoles en diciembre de 1943 que llegaron a su punto culminante a comienzos de 1944. Para el gobierno español era difícil justificar el uso de millones de libras para la compra de una compañía minera dada la falta acuciante de divisas y de recursos básicos existentes en el país. Pero fueron el *Foreign Office* y el Tesoro británico quienes bloquearon el posible acuerdo, alegando razones políticas y económicas. En primer lugar, se consideraba que la venta forzada de Río Tinto podía dañar el prestigio británico en el exterior. Por otra parte, se reconocía la pérdida de una oportunidad de afianzar la presencia comercial británica en España, ya que la compañía era un canal de extrema importancia para los intercambios entre ambos países<sup>336</sup>.

El gobierno británico retiró su veto en el verano, al estabilizarse los frentes bélicos y al convencerse el régimen franquista de la necesidad de cooperar con los aliados. Se le encomendó al capitán Charles que vendiese las minas a compradores españoles, abriéndose unas negociaciones con banqueros españoles que duraron hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la oferta del Banco Urquijo de 3,36 millones de libras fue sensiblemente inferior a los 9,3 millones que pretendían conseguir los propietarios de Río Tinto<sup>337</sup>. Tras el fin de la guerra, que supuso el aislamiento internacional de España, disminuyó el interés del gobierno franquista en la toma inmediata del control de la compañía. Los esfuerzos para conseguir el reconocimiento internacional eran incompatibles con la confiscación de la propiedad privada.

Al final, tras diversos procesos negociadores, el gobierno español consiguió que la explotación minera pasase a manos de una nueva sociedad en junio de 1954, donde el capital español era mayoritario y controlaba la gestión. La firma británica retuvo un tercio del capital social, por encima del límite establecido en la legislación española. El consorcio de bancos españoles, liderado por el Banco Español de Crédito y el Banco Hispano Americano pagaron 7.667.000 de libras<sup>338</sup>. De este modo, terminaba la historia de una empresa británica que había estado ochenta años operando en España.

---

<sup>335</sup> HARVEY, C. E. (1981): págs. 297-301.

<sup>336</sup> La recomendación del Foreign Office y las opiniones gubernamentales se recogen en el legajo FO 371/39691.

<sup>337</sup> GÓMEZ MENDOZA, A. (1994): págs. 177-180.

<sup>338</sup> HARVEY, C. E. (1981): págs. 301-304.

## 6. La problemática situación interna española

### a) El impacto de la Segunda Guerra Mundial

El nuevo gobierno español no sólo tuvo que enfrentarse a la situación de postración económica del país, sino que también lidió con los retos y oportunidades que suponía el estallido de la Segunda Guerra Mundial en Europa. Como bien apreciaron los observadores británicos, el impacto de la guerra mundial y la toma de postura española en el conflicto influyeron decisivamente en la vida política española de la inmediata posguerra. En su opinión, este tema de política exterior se superpuso a los conflictos internos, por lo que daban una gran importancia al efecto que pudiese tener el conflicto mundial en la política interna española<sup>339</sup>. En efecto, como detectaban los británicos, la política interna y la política exterior española estaban íntimamente ligadas. Para Tusell la política exterior española estaba “muy estrechamente vinculada” con la política interna del nuevo régimen. Según su opinión, la política exterior española “caminaba al ritmo de la guerra y la política interna”, existiendo momentos en los que la política interna y exterior de España se entrecruzaban, de modo que resultaba imposible distinguirlas<sup>340</sup>.

Igualmente, los observadores británicos fueron capaces de percibir como el dilema de la neutralidad frente a la intervención en el conflicto bélico del lado del Eje estaba dividiendo a España en unas líneas nuevas que no coincidían con las que habían dividido el país durante la Guerra Civil<sup>341</sup>. El *Foreign Office* constataba la existencia de posiciones enfrentadas entre los distintos sectores del franquismo respecto a esta cuestión. La derecha autoritaria pero también la conservadora, tradicional y católica apoyaba la neutralidad, defendiendo una visión más centrada en los asuntos españoles. Enfrente, se encontraba una derecha fascista que pretendía el alineamiento ideológico y militar con las potencias del Eje, por lo que era favorable a la intervención militar española en la guerra. La opinión germanófila era preponderante en Falange Española y en muchos sectores del Ejército. La fulgurante campaña polaca no hizo sino incrementar la admiración de estos sectores por la maquinaria bélica germana y la sensación de que se estaba produciendo un cambio definitivo en la marcha de la Historia. Los británicos fueron testigos del debate que se produjo entre ambas tendencias a lo largo de la Segunda Guerra Mundial.

---

<sup>339</sup> Análisis de las fuerzas políticas españolas, 8 de julio de 1941, FO 371/26898, C 7823/33/41.

<sup>340</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 220 y 299.

<sup>341</sup> Análisis de las fuerzas políticas españolas, 8 de julio de 1941, FO 371/26898, C 7823/33/41.

Por otro lado, se comprobaba que la población española, cansada de la guerra, tenía un fuerte deseo de permanecer neutral en el conflicto bélico. Los españoles señalaban que “como católicos no podían luchar por Alemania, pero como españoles tampoco podían hacerlo por los aliados”. A su vez, los diplomáticos británicos detectaron el nerviosismo existente entre la población española sobre las intenciones del Eje, al creer que pudiesen provocar algún incidente que involucrara a España en la guerra<sup>342</sup>.

El *Foreign Office* también era consciente de las esperanzas que generaba entre los republicanos la posibilidad de que la victoria de los aliados en la guerra supusiese un cambio en la política interna española. En sus contactos con exiliados republicanos, éstos se mostraban convencidos de que la caída de Hitler arrastraría a Franco. Sin embargo, el gobierno británico no tenía previsto ningún proyecto de cambio de régimen en España. Algunos observadores incluso apreciaron que dentro de Falange existía el temor de que cambios en los acontecimientos internacionales, como un cambio de la actitud de Alemania hacia el comunismo o la victoria de los aliados, pudiesen dar lugar a peligrosas repercusiones en España, incluyendo el cambio de los principios ideológicos como del Régimen. Por ello, algunos falangistas llegaban a afirmar que “la victoria de Inglaterra sobre Alemania significaría la caída del régimen nacional-sindicalista”<sup>343</sup>.

Para Peterson, en aquellos momentos, existían dos riesgos potenciales en las relaciones hispano-británicas. Por un lado, dada la gran influencia de los militares en la vida política española, podía ocurrir que un general iniciase, con la connivencia alemana, alguna acción que Franco no aprobase o contra el propio Franco y que provocaran un cambio en la política exterior española. Por otro lado, el resultado de la extensión del poder de la Falange en toda la vida civil española podía suponer una radicalización de la postura española en materia exterior, dada la influencia del Eje en dicho partido y su denostado sentimiento anti-británico<sup>344</sup>.

## **b) La lucha política soterrada en el seno del régimen franquista**

Durante los meses siguientes al estallido de la guerra los observadores británicos recogieron los rumores de una profunda división en el gabinete. Se creía

---

<sup>342</sup> Informe de la oficina de censura de correspondencia, cartas de los meses de abril y mayo, 29 de mayo de 1940, FO 371/24507

<sup>343</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>344</sup> PETERSON, M. (1950): pág. 219.

que el Ministro de Asuntos Exteriores y los ministros del Ejército estaban en abierta oposición a los miembros falangistas del gobierno. En opinión de los británicos, el enfrentamiento estaba provocado por las distintas posiciones que mantenían ante la grave situación económica y ante la posibilidad de una amnistía general, a la que se oponía Falange<sup>345</sup>. Al mismo tiempo, los observadores británicos creían ver un avance notable del sentimiento monárquico entre todas las clases sociales, incluidos los antiguos republicanos, que veían en la restauración la única esperanza de conseguir una amnistía general. La situación política resultante era considerada por la embajada de Madrid como problemática para el país y para sus intereses:

*Franco no muestra ninguna intención de dirigir personalmente la maquinaria del gobierno y se dedicaba a cazar y a jugar al golf, solo yendo a Madrid para mantener ocasionales reuniones de gabinete. En consecuencia, ha dejado la administración del país en las manos de su cuñado Serrano Suñer, verdadero hombre fuerte del régimen. (...) Serrano Suñer es una persona inteligente y peligrosa por su extremismo político y su simpatía hacia los alemanes<sup>346</sup>.*

El principal acontecimiento público que se produjo en otoño de 1939 fueron las ceremonias relacionadas con el funeral de José Antonio Primo de Rivera. Franco eligió como lugar de su sepultura el monasterio del Escorial. Desde Alicante, donde fue fusilado el fundador de Falange Española, sus restos recorrieron España hasta reposar bajo una losa en la nave mayor del monasterio. Dicha ceremonia fue considerada por los británicos como una diversión de la opinión pública. Toda España estuvo pendiente entre los días 20 y 30 de noviembre del traslado de su ataúd a lo largo de una ruta que casi alcanzaba los 500 kilómetros. La embajada británica recogió numerosas críticas a las ostentosas ceremonias y a los gastos incurridos en las mismas. Especialmente virulentos eran los comentarios desde círculos monárquicos, que no estaban de acuerdo con el lugar elegido para su enterramiento, al ser el sitio tradicional utilizado por la Familia Real española<sup>347</sup>. Este tipo de ceremonias, con amplio despliegue de uniformes y parafernalia falangista, contribuían a reforzar entre los observadores británicos la sensación de que España se asemejaba cada vez más al resto de los regímenes fascistas europeos.

Como acertadamente juzgaron los observadores británicos, dichas ceremonias también sirvieron para dejar en suspenso el enfrentamiento entre el Ejército y la Falange, que no llegó a exteriorizarse durante el mes de diciembre. Para los británicos esto no quiso decir que las condiciones en las que se acababa el año fueran estables, ya que la nueva administración de Franco no había solucionado

---

<sup>345</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>346</sup> Para Peterson, Serrano Suñer era pro-alemán, aunque algunas fuentes españolas le indicaron que Serrano Suñer realmente era pro-italiano. Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>347</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

ningún problema, generando un profundo descontento por todo el país. Según la opinión de los diplomáticos británicos, existían ciertas indicaciones que parecían señalar que las doctrinas falangistas estaban perdiendo influencia, o siendo modificadas. Asimismo, creían que las manos de los mejores administradores del gobierno, como José Larraz, ministro de Hacienda apoyado por los militares, se estaban dejando sentir cada vez más en la Administración. Las medidas a las que hacían referencia y que tan buena impresión les había causado eran el decreto de diciembre por el que se desbloqueaban los saldos de las cuentas en pesetas, los continuos rumores de amnistía y la posibilidad de que se llevara a cabo una devaluación de la peseta que hubiese hecho que los bienes españoles fueran competitivos en el extranjero<sup>348</sup>. También se pensaba que la continua presencia de delegaciones comerciales foráneas, particularmente la británica, y la esperanza de la formalización de acuerdos comerciales habían ayudado a aplazar un esperado reajuste ministerial<sup>349</sup>.

A pesar de aplazarse el enfrentamiento, los observadores británicos recogieron numerosas maniobras políticas de distintos elementos del régimen. De este modo, se hicieron eco de las presuntas conversaciones privadas de Serrano Suñer con personajes influyentes en las que sugería que la responsabilidad de la desastrosa actual política no era suya sino de Franco<sup>350</sup>. A su vez, recogieron los intentos por parte de Serrano Suñer de seducir políticamente al general Muñoz Grandes y alejarlo de su aparente alianza con Varela y Aranda, que destacaban por ser los generales más activos en rechazar el predominio falangista en la vida política española<sup>351</sup>. En aquellos momentos, percibían que la situación interna de la Falange tampoco era estable, ya que muchos de los líderes más destacados del Movimiento estaban retirando su apoyo a Serrano Suñer, para no ser acusados por su culpa de la ineficaz labor del gobierno. Aunque, como irónicamente señalaban los observadores británicos, el gobierno español “no es que fuese mucho más eficiente”. Por todo ello, la tensión se hacía cada vez más evidente dentro de la Falange<sup>352</sup>. De esta manera, Peterson consideró que uno de los motivos del viaje de Serrano Suñer a Barcelona durante diciembre de 1939 fue la necesidad de realizar un examen de la situación

---

<sup>348</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>349</sup> Informe del agregado naval, capitán Alan Hillgarth al embajador Maurice Peterson, 4 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>350</sup> El poeta Zuzunegui, monárquico y vasco, y en buenos términos con Serrano Suñer, era la fuente directa de esta información, validada así mismo por otras fuentes británicas. Informe del agregado naval, capitán Alan Hillgarth al embajador Maurice Peterson, 4 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>351</sup> Estos intentos se consideraban como un rumor, pero sí que apreciaban la existencia de una mayor cordialidad entre Serrano Suñer y Muñoz Grandes. Informe del agregado naval, capitán Alan Hillgarth al embajador Maurice Peterson, 4 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>352</sup> Informe del agregado naval, capitán Alan Hillgarth al embajador Maurice Peterson, 4 de enero de 1940, FO 371/24507.

interna de la Falange en dicha región. Según nos cuenta el embajador, en dicha ciudad acababa de ser expulsado del partido el actual jefe provincial de la Falange por supuestas tendencias separatistas y en los discursos de Serrano Suñer hubo continuas referencias a la necesidad de hacer purgas en el partido<sup>353</sup>.

Los observadores británicos vieron como el discurso de Franco de fin de año de 1939 causaba un descontento general entre todas las fuerzas del régimen. A pesar de que había personas que intentaban leer en el mensaje más de lo que se había dicho, su contenido estaba claramente orientado hacia las tesis falangistas y mostraba su alineamiento ideológico con el Eje<sup>354</sup>. De este modo, juzgaban que el discurso había tenido una recepción mixta por parte de la opinión pública. Por un lado, se alababa la franqueza de sus declaraciones. Mientras que por otro lado, las “personas inteligentes” ridiculizaban las referencias del dictador a los recursos de oro y petróleo de España y no mostraban ninguna confianza en los métodos con los que se esperaba que mejorase la situación del país. Al leer las manifestaciones de corte falangista de Franco, Makins escribió al margen del documento que las resumía: “no tenemos ninguna razón para felicitar al Caudillo por este discurso”<sup>355</sup>. Según la embajada británica, el mensaje no fue nada tranquilizador para los observadores que no fuesen del Eje, ni para muchos españoles, exceptuando a los falangistas<sup>356</sup>.

## 7. La falsa crisis de comienzos de 1940

A comienzos de 1940, la embajada británica era plenamente consciente de las luchas internas que dividían a los nuevos gobernantes de España y que se desarrollaban constantemente en la sombra, ya que no trascendían a la opinión pública. Por ello, consideraban que era más fácil identificar esas rivalidades que poder discernir el camino que estaba tomando la política española. En este sentido, se hacían eco de la completa ruptura de relaciones (no se hablaban) entre Beigbeder y Serrano Suñer, recogiendo numerosas anécdotas para mostrar hasta qué extremos llegaba su rivalidad personal. Por ejemplo, mencionaban el caso de la concesión de una condecoración a Beigbeder por parte del embajador portugués a su regreso de un viaje de Estado a Portugal. Beigbeder escribió una nota sobre el

---

<sup>353</sup> Informe de Peterson a Halifax sobre la visita de Serrano Suñer a Barcelona, 27 de diciembre 1939, FO 371/24507.

<sup>354</sup> Informe del agregado naval, capitán Alan Hillgarth al embajador Maurice Peterson, 4 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>355</sup> Informe del agregado de prensa de la embajada británica, 5 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>356</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

acontecimiento que debía ser publicada en la prensa, pero Serrano Suñer, celoso, bloqueó su publicación durante días, sólo permitiéndola tras las fuertes protestas del Ministerio de Asuntos Exteriores<sup>357</sup>.

De este modo, la mutua antipatía entre los dos ministros hacía surgir innumerables rumores que eran recogidos rápidamente por los británicos. Éstos conocían perfectamente que el origen de dichos rumores casi siempre podía atribuirse a seguidores de uno u otro personaje. Por ejemplo, los partidarios de Serrano Suñer criticaban que Beigbeder centrara su atención en los asuntos árabes y que se estuviera preparando para ocupar el puesto de representante español en Egipto, cargo que claramente no tenía ninguna relevancia política. Por su parte, Beigbeder manifestaba ante distintos diplomáticos acreditados en Madrid su convencimiento acerca de la probable salida del gobierno de Serrano Suñer. En cuanto a esta rivalidad, calificada por el embajador británico como “vendetta” personal, se pensaba que la causa fundamental era la distinta concepción que tenían de la posición internacional española:

*Una de las causas de su distanciamiento es indudablemente la diferencia de opinión respecto a los acuerdos comerciales alcanzados con franceses y británicos. (...) El embajador alemán se ha alineado más o menos abiertamente con Serrano Suñer, al que visita asiduamente. Mientras que el ministro de Asuntos Exteriores se encuentra cercano a nuestras tesis<sup>358</sup>.*

La esperada confrontación se produjo a finales de enero de 1940. Una de las fuentes de información británica, directamente conectada con el Ministerio de la Guerra, informaba que la eliminación política de Serrano Suñer había sido ya decidida. Esta noticia podía suponer un vuelco en la política española y era interpretada como favorable a los intereses británicos. La embajada ya había apreciado con anterioridad la ausencia de referencias al ministro en la prensa durante cuatro días seguidos<sup>359</sup>. Se trataba de un hecho inusitado, si se tiene en cuenta el férreo control que Serrano Suñer ejercía sobre ella, lo que reforzaba la información inicial que manejaban los británicos.

La embajada británica se dedicó a analizar cuales eran las causas del posible cambio en la política española. Uno de los motivos fue la tensión generada entre Falange y los militares por el asalto a la prisión de Alicante y las sacas realizadas por extremistas falangistas en Valencia. Dichos actos fueron duramente reprimidos por el general Aranda, gobernador militar de la región, que ejecutó sumariamente a los responsables. Este hecho aumentó la hostilidad entre Serrano

---

<sup>357</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 26 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>358</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 26 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>359</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 2 de febrero de 1940, FO 371/24507.



Suñer y los militares dentro del régimen. Los diplomáticos británicos recogieron más acusaciones contra el ministro de Gobernación que podían explicar su eventual caída. Se le acusaba de haber criticado abiertamente a Franco en un discurso en Toledo el día 19 de enero, que no transmitió íntegramente la prensa dado el carácter polémico de numerosos pasajes. También se le acusaba de haber introducido en la Falange a elementos subversivos e incluso a comunistas, lo que había motivado según sus críticos que “el saludo del puño en alto se viese cada vez más, incluso entre falangistas, en los cines y en reuniones en los suburbios de Madrid”. Los observadores británicos al analizar esta última acusación, consideraban que de lo que se le acusaba era del deterioro de la Falange, al que no había puesto solución<sup>360</sup>.

En relación con este último asunto, Peterson pensaba que cabía la posibilidad de que los alemanes hubiesen estado trabajando en diluir a la Falange con elementos comunistas que probablemente la paralizaran, buscando promover nuevos desórdenes en el país. En consecuencia, opinaba que, independientemente de los cambios ministeriales que se avecinaban, era posible que se llevase a cabo una fuerte depuración de Falange, probablemente liderada por el general Muñoz Grandes. Según la opinión del embajador, diversos hechos ilustraban esta teoría. Por un lado, el aparente temor de las autoridades ante la posibilidad de disturbios, que les habían motivado a poner guardias en teatros y cines. Otra prueba era el aparente recrudecimiento del sentimiento anti-republicano en España, que incluso había afectado al antiguo líder monárquico Santiago Alba. Dicho personaje, que antes de la revolución de 1931 parecía destinado a ser el salvador de la monarquía, había sido forzado a abandonar el hotel en el que residía en Madrid por un grupo de hombres armados debido a su “sospechosa actuación en el período republicano”<sup>361</sup>.

Otros hechos que se mencionaban como posibles causas para provocar una crisis política en España, aparte de los ya mencionados, eran las tensas relaciones de España con el Vaticano; los rumores de corrupción en Auxilio Social y en otras organizaciones de Falange; así como un presunto enfrentamiento entre Muñoz Grandes y Serrano Suñer en una reunión del gabinete sobre asuntos económicos en la que Franco había tomado partido por el primero. A raíz de dicho enfrentamiento se rumoreaba que Muñoz Grandes dimitiría de su cargo como secretario general de Falange si Serrano Suñer continuaba en su puesto. Cualesquiera que fuesen las causas, los británicos reconocían la importancia de la crisis ya que percibían como se abría una brecha entre el Generalísimo y su cuñado que podía tener grandes repercusiones en el futuro<sup>362</sup>.

---

<sup>360</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 2 de febrero de 1940, FO 371/24507.

<sup>361</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 2 de febrero de 1940, FO 371/24507.

<sup>362</sup> Informe del agregado de prensa de la embajada británica, 15 de febrero de 1940, FO 371/24507.

La embajada británica juzgaba que las diferencias entre los dirigentes del país estaban comenzando a salir a la luz. De esta manera, pronto comenzaron a haber movimientos que fueron captados por los observadores británicos. El general Aranda, después de reprimir las ejecuciones ilegales realizadas por extremistas falangistas en Valencia, no pudo ir a Madrid para protestar contra Serrano Suñer por prohibición expresa del propio Franco. Sin embargo, el general Solchaga, que para los británicos era el representante del elemento requeté en el Ejército, acudió a Madrid, consiguiendo el apoyo de diversos miembros del gobierno contra Serrano Suñer (supuestamente Beigbeder y Muñoz Grandes). En aquel momento, los diplomáticos británicos pensaban que Muñoz Grandes estaba a punto de dimitir debido a sus enfrentamientos con el ministro de Gobernación, rumoreándose que otros ministros podían seguir el mismo camino si Franco tomaba otra vez partido por Serrano Suñer. Éste último se encontraba ausente de Madrid, aparentemente por razones de salud. En el caso de que hubiese un enfrentamiento abierto entre los militares y los falangistas, Peterson pensaba que Franco estaría del lado de los generales, aunque resaltaba que éstos no eran un grupo unido y homogéneo<sup>363</sup>. En cualquier caso, percibían que los generales opinaban que los asuntos del país tenían que organizarse mejor, en vista del desbarajuste que reinaba en la Administración, y que detestaban a los políticos. Como el general Aranda le manifestó al agregado naval de la embajada británica, lo que hacía falta era “orden, honestidad y sentido común”<sup>364</sup>. Peterson destacaba que la prensa española no hiciera ninguna mención a la crisis política que se estaba fraguando<sup>365</sup>.

En cuanto al inmediato futuro, los observadores británicos recogían dos rumores sin confirmación. Uno hacía referencia a que Serrano Suñer, en lugar de caer en desgracia sería ascendido a un nuevo puesto de presidente del Consejo de Ministros. Aunque esta noticia procedía de fuentes del Ministerio de Gobernación, Peterson no le dio ninguna importancia a esta posibilidad, dándole más relevancia al otro rumor:

*El segundo, y que me parece infinitamente más probable, es que el general Franco ha aceptado la eliminación de su cuñado debido a la animosidad general en su contra, pero haciendo también una profunda reforma el gobierno para eliminar de sus puestos a algunos de los que han liderado la lucha contra el señor Suñer. De acuerdo a la información que he podido recabar durante los dos últimos días, el ajuste de gabinete ha sido pospuesto hasta el mes de*

---

<sup>363</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 26 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>364</sup> Informe del agregado naval de la embajada británica a Peterson en el que relata su entrevista con el general Aranda, 23 de febrero de 1940, FO 371/24507.

<sup>365</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 27 de enero de 1940, FO 371/24507.

marzo y existe un consenso de opinión que indica que el señor Suñer será trasladado a la Embajada española en Roma, Berlín o en el Vaticano<sup>366</sup>.

Sin embargo, era obvio para Peterson que el retraso en la resolución de la crisis le daba más tiempo a Serrano Suñer para reaccionar y darle la vuelta a la situación contra sus oponentes. Entre otros cambios ministeriales, se esperaba que Muñoz Grandes reemplazase a Serrano Suñer en el cargo de Ministerio de Gobernación. A pesar de ser todo conjeturas, siendo valoradas como tales por el *Foreign Office*, se destacaba que las nuevas combinaciones ministeriales que se manejaban parecían fortalecer el elemento monárquico dentro del gobierno. Además, consideraban que la posible creación de un nuevo puesto de presidente del consejo, podía significar la renuncia por parte del general Franco de parte de las responsabilidades que había asumido en agosto de 1939 cuando cesó al general Jordana y abolió el puesto de vicepresidente del gobierno. Sin embargo, en la embajada británica eran conscientes de que aunque se produjese dicha renuncia, no era necesariamente un paso hacia la restauración de la monarquía, ya que lo más probable era que la intención del Caudillo fuese la contraria.

Las noticias sobre el desarrollo de los acontecimientos llegaban con cuentagotas a la embajada británica y no terminaban de esclarecer si la resolución de la crisis estaba próxima. Las fuentes de información de la embajada relataron que algunos militares miembros del gobierno, como los ministros de la Marina y del Aire, señalaban que de momento no se había producido ninguna dimisión y que “todo iba como ellos querían”. Ante la inminencia de la confirmación de los cambios políticos, el embajador Peterson indicaba que era conveniente que la desaparición de Serrano Suñer no produjese ninguna crisis política en España:

*Parece que se va a permitir que el señor Suñer se abstenga de volver a Madrid indefinidamente. (...) Si la influencia del señor Suñer puede ser eliminada sin abrir ninguna crisis interna, pues mucho mejor. España no necesita tener más problemas de los que ya tiene en este momento*<sup>367</sup>.

Las noticias que iban recibiendo e interpretando en la embajada británica, les hacía pensar que los generales habían obtenido al menos una victoria parcial ante Serrano Suñer. Mientras tanto, Halifax se mostraba cauto ante la evaluación de los hechos que sucedían en Madrid, por lo que anotó en uno de los telegramas enviados por Peterson que “es todavía muy pronto para extraer conclusiones”. Frente a las noticias e interpretaciones que recibía desde Madrid,

---

<sup>366</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 2 de febrero de 1940, FO 371/24507.

<sup>367</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 27 de enero de 1940, FO 371/24507.

tenía indicaciones del agregado de prensa de la embajada española en Londres que Serrano Suñer se convertiría en el próximo ministro de Asuntos Exteriores<sup>368</sup>.

En cualquier caso, Peterson consideraba que la marcha de la guerra tendría influencia decisiva en el destino de Serrano Suñer, cuyo último recurso para mantenerse en su posición era la convicción general, incluyendo la del propio Franco, de que Alemania vencería en el conflicto bélico mundial. De esta manera, pensaba que incluso el propio acuerdo comercial con Inglaterra, que estaba siendo negociado, tendría su propia influencia en la política interna española. Esto lo ilustraba con el ejemplo de una comida que había mantenido en la embajada con el general Muñoz Grandes, rival de Serrano Suñer, en la que éste se mostró ansioso por la pronta firma del acuerdo, a pesar de todos los obstáculos que encontraban en el proceso<sup>369</sup>.

La crisis continuó fermentando en Madrid durante las primeras semanas de febrero. Sin embargo, como señalaron los sorprendidos observadores británicos, la prensa no recogía ninguna mención de la crisis política en ciernes y que era bien conocida por todos los observadores políticos, tanto nacionales como extranjeros. De este modo, el gobierno aparentaba un funcionamiento perfectamente normal, aunque los rumores sobre la marcha de la vida política nacional se difundían por todos los lados:

*En los círculos políticos y periodísticos españoles se piensa que la prerrogativa en la administración del Estado que se le ha dado a la Falange va a ser revocada. La justificación para explicar que Franco lleve a cabo dicho paso, se fundamentaba en la incapacidad falangista para desarrollar una política económica y financiera efectiva, y por el amplio descontento público existente ante la marcha del país. A pesar de todo, el partido falangista es la única organización capaz de mantener la disciplina en España<sup>370</sup>.*

Los diplomáticos británicos esperaban que el reajuste de gabinete se produjera tras la aprobación de los nuevos presupuestos. Por un lado, pensaban que los generales monárquicos, apoyados por la opinión pública monárquica, tenían como objetivo el establecimiento de una dictadura militar bajo el general Franco y la eliminación de Falange de la escena política. Por otro lado, creían que los generales más moderados buscaban una mayor intervención en los asuntos de la Administración del Estado, pero sin la exclusión de la Falange. Por contra, Serrano Suñer defendía el mantenimiento de la situación actual de predominio falangista.

---

<sup>368</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 26 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>369</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 2 de febrero de 1940, FO 371/24507.

<sup>370</sup> Informe del agregado de prensa de la embajada británica, 15 de febrero de 1940, FO 371/24507.

La opinión de la embajada británica en Madrid, menos cauta que la del *Foreign Office*, tendía a pensar que los generales acabarían incrementando su poder y recogían los siguientes cambios que se rumoreaban en los círculos periodísticos: el nuevo primer ministro sería Yagüe (de conocidas simpatías falangistas), el nuevo ministro de Asuntos Exteriores sería Yanguas Messia (monárquico y ministro con Primo de Rivera), la cartera de finanzas sería para Ventosa (otro monárquico y antiguo ministro del rey), el nuevo ministro de Interior sería Muñoz Grandes, el Ministerio de Industria y Comercio sería para Larraz (seguidor de Gil Robles), la cartera de ministro de Guerra iría a las manos de Vigón (uno de los principales generales monárquicos, con opiniones más favorables a los aliados y considerado como un hombre capaz) u Orgaz (calificado como un hombre de moderada inteligencia), Kindelán sería nombrado ministro del Aire y Serrano Suñer sería “puesto fuera de la circulación” como embajador en Berlín o Roma. Esta combinación ministerial era interpretada por los observadores británicos en Madrid como una derrota para la Falange. Sin embargo, como esperaban que la oposición de Falange fuese muy fuerte, pensaban que cualquier pronóstico debía ser realizado con muchas reservas<sup>371</sup>.

Los británicos observaron como a mediados de febrero la vuelta de Serrano Suñer a Madrid, tras su retiro en Andalucía, para hacerse cargo de nuevo del Ministerio de Gobernación, animó la “crisis muda” dentro de la política española. El coronel Wyndham Torr, agregado militar de la embajada británica, no pudo entrevistarse con el general Aranda en Valencia, ya que éste había acudido urgentemente a Madrid. Uno de los ayudantes del general le dijo abiertamente al agregado militar británico, que su superior “se encontraba metido en líos políticos y que seguramente permanecería en la capital hasta que el asunto sobre Serrano Suñer se solucionase”. Otro indicio para los británicos de la extensión de la crisis era un informe que le había llegado al embajador Peterson del secretario privado de Beigbeder, en el que se describía una conversación reciente de éste con Franco. Aparentemente, en dicha entrevista Beigbeder le había sugerido a Franco que la cabeza del Estado no debía encontrarse demasiado involucrada en asuntos de la política interna del país, siendo necesario dejar las tareas de gobierno a sus ministros. Para a continuación indicarle que si alguno de ellos no era satisfactorio para el Caudillo, podía rescindir inmediatamente de sus servicios. Ante dichas palabras, Franco había reconocido que estaba ansioso por no tener que presidir más reuniones de su gobierno, ya que le hacían sentirse como “un tonto”. La conclusión que ambos alcanzaron en la entrevista fue la necesidad de crear la figura de presidente del Consejo de Ministros. Beigbeder indicó a los británicos que para Franco el único candidato posible para ese puesto era Serrano Suñer, ya que Franco

---

<sup>371</sup> Informe del agregado de prensa de la embajada británica, 15 de febrero de 1940, FO 371/24507.

estaba convencido que su cuñado era “el mayor hombre de Estado en Europa”, situándolo incluso por encima de su adorado Mussolini<sup>372</sup>. Para los británicos, los extractos de esta conversación ilustraban el fuerte respaldo que el Caudillo daba a la labor de Serrano Suñer.

La vuelta de Serrano Suñer a Madrid motivó que aparecieran continuas referencias sobre su persona en la prensa. Sin embargo, los británicos al ver que estas noticias eran menos numerosas que antes de su retiro andaluz, pensaban que la prensa, como todos los demás estamentos del país, estaba esperando a ver qué pasaba en la arena política<sup>373</sup>. Las opiniones pulsadas por Peterson en aquel momento le hicieron cambiar su optimismo inicial ante la crisis política en ciernes, y aunque éste esperaba que sus fuentes estuviesen equivocadas, le sugerían que Franco, al haber ganado algo de tiempo, conseguiría salvar a su cuñado, aunque éste no avanzaría más allá del Ministerio de Gobernación. En medio del conflicto político, el Caudillo decidió el día 10 de febrero volver a implantar el Consejo de Estado, un cuerpo que había funcionado como un consejo privado hasta la caída de la monarquía y que fue abolido por la República. Este acontecimiento fue interpretado por Peterson como una posible concesión de Franco al sector enfrentado con Serrano Suñer. Aunque, hasta que la composición del consejo fuese hecha pública, no estaba seguro si los militares tendrían alguna satisfacción con su reaparición<sup>374</sup>. En cualquier caso, el embajador consideró que dicha institución podía ayudar al general Franco a resistir la presión alemana para entrar en la guerra<sup>375</sup>.

Poco a poco los observadores británicos vieron como los militares iban perdiendo posiciones en el conflicto político interno. En este sentido, a comienzos de marzo, el embajador Peterson recogió rumores de que Serrano Suñer le iba a dar la vuelta a la partida. Diversas fuentes señalaban que Beigbeder estaba a punto de dimitir. Los diplomáticos británicos pensaban que si lo hacía, lo más probable era que el propio Serrano Suñer se hiciese cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores. En ese caso, esperaban que comenzara su andadura ministerial con algún acto conciliatorio hacia el Reino Unido y Francia. Para Peterson, en aquellos momentos era un error cambiar la política británica de amistad hacia España, dado que no se había despejado la incógnita sobre la situación política española:

---

<sup>372</sup> Informe de Peterson a Halifax, 15 de febrero de 1940, FO 371/24507.

<sup>373</sup> Informe de Peterson a Halifax, 15 de febrero de 1940, FO 371/24507.

<sup>374</sup> Informe de Peterson a Halifax, 15 de febrero de 1940, FO 371/24507.

<sup>375</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

*Aunque no creo que bajo un acentuado dominio de la combinación Franco-Serrano Suñer, España no puede evitar moverse cada vez más hacia una neutralidad no amistosa, pienso que sería un error, en base al desarrollo de la política interna española, cambiar nuestra política de amistad tanto en los acuerdos comerciales como en otras cuestiones*<sup>376</sup>.

Enseguida los observadores británicos percibieron que el cambio de tendencia a favor de Serrano Suñer empezaba a materializarse. El primer indicio fue la dimisión de Muñoz Grandes como secretario general y comandante de las milicias de Falange. Este hecho fue considerado como una victoria personal de Serrano Suñer que eliminaba a un peligroso rival dentro de su propio partido. Los diplomáticos británicos se lamentaban que los enemigos políticos de Serrano Suñer no hubieran podido aprovechar su ausencia de Madrid para eliminarlo de la escena política. Al haber desperdiciado su ventaja, Franco fue ganando tiempo y aplazando la crisis. Al regresar Serrano Suñer a Madrid el día 12 de febrero su posición seguía siendo sólida junto a su cuñado. Como resultado, fue Muñoz Grandes y no Serrano Suñer el que dimitió, fortaleciéndose la posición política de este último<sup>377</sup>.

En realidad, el nombramiento de Muñoz Grandes como secretario general de Falange no había sido acertado, ya que al carecer de talento político no había podido lidiar con la organización amorfa y creciente del partido único. Su nombramiento había generado protestas dentro de Falange, y al estar la dirección efectiva del partido en manos de Serrano Suñer, se generaron continuas disputas entre ambos. De este modo, se explica que su dimisión fuese considerada por los británicos como un triunfo de Serrano Suñer. Hay que señalar que a Muñoz Grandes no se le nombró sucesor, quedando el liderazgo nominal del partido en manos de Gamero del Castillo, un monárquico y católico, que no causó problemas, al carecer de prestigio e independencia política<sup>378</sup>.

Aparte de este movimiento, se continuaban recogiendo rumores en Madrid de división dentro de Falange, donde se decía que los requetés insistían en separarse del partido, o en los que se afirmaba que Franco iba a prohibir a ambos grupos<sup>379</sup>. En medio de un ambiente político enrarecido se celebró el desfile del primero de abril, que fue de menor escala y colorido que el año anterior, debido a la ausencia de requetés, falangistas y tropas moras. Según los observadores británicos:

*El aspecto físico de los soldados se ha deteriorado considerablemente por la vida en los míseros cuarteles. (...) El entusiasmo de los asistentes ha sido menor que en el anterior*

---

<sup>376</sup> Informe de Peterson a Halifax, 4 de marzo de 1940, FO 371/24507.

<sup>377</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>378</sup> PAYNE, S. (1965): págs. 183-193.

<sup>379</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Halifax, 16 de marzo de 1940, FO 371/24507.

*desfile de la Victoria. Las unidades militares no marchaban con el mismo vigor ni rompían a cantar canciones patrióticas en su recorrido. (...) oficiales de la Falange fueron situados a intervalos con megáfonos como si fuesen animadores para enardecer a las masas. (...) Para terminar, casi se produce un accidente cuando los cazas CR 42 formaban una v de la Victoria, al pasar serias dificultades los aviones que iban en el centro*<sup>380</sup>.

En torno a dicha fecha se multiplicaron los rumores sobre el inminente cese de Beigbeder, que sería reemplazado por Lequerica, embajador en París y considerado como pro-nazi. Dicho movimiento era interpretado como la continuación del proceso de eliminación de los elementos hostiles a Serrano Suñer y de aquellos de los que se pensaba que tenían simpatías por los aliados, como había sucedido con Muñoz Grandes y Jordana respectivamente. Alarmado por estos acontecimientos y rumores, Peterson cambió de opinión, comenzando a pedir que el gobierno británico ralentizase sus concesiones a España, por ejemplo mencionando la posibilidad de retrasar el envío del trigo australiano<sup>381</sup>.

La embajada británica constató como se produjo un aumento de la influencia de Falange dentro de la Administración española, paralela a la consolidación de la hegemonía personal de Serrano Suñer. De esta manera, se interpretó que el nombramiento de ocho gobernadores civiles procedentes de Falange a mediados de abril reforzaba el control del partido único sobre el país. La cada vez mayor coordinación existente entre los gobernadores civiles y la Falange hizo pensar a los británicos que se trataba de un paso más en la consolidación de un estado de carácter totalitario en España, frente a las aspiraciones de los militares<sup>382</sup>. El único hecho interpretado por los británicos como una victoria parcial de los militares fue la firma del acuerdo comercial entre España e Inglaterra en el mes de marzo, después de una larga y tortuosa negociación.

---

<sup>380</sup> Informe del embajador Maurice Peterson a Williams (Foreign Office) relatando las impresiones del agregado aéreo de la embajada británica, 5 de abril de 1940, FO 371/24508.

<sup>381</sup> Informe de Peterson a Halifax, 2 de abril de 1940, FO 371/24508.

<sup>382</sup> Informe de Peterson a Williams, 13 de abril de 1940, FO 371/24508.



## **Capítulo V. EL ESPLENDOR FALANGISTA Y LA TENTACIÓN IMPERIALISTA ESPAÑOLA (MAYO 1940 – DICIEMBRE 1940)**

### **1. La caída de Francia**

A las pocas semanas de la firma de la reconciliación económica entre España y Gran Bretaña y justo cuando las relaciones hispano-británicas parecían mejorar se produjo la caída de Francia ante la invasión alemana en mayo-junio de 1940. El inicio del ataque alemán en el frente occidental se produjo el 9 de mayo, cuando la Wehrmacht invadió Bélgica, Francia y Holanda. De nuevo, se demostraba que en esta guerra la neutralidad no iba a ser respetada. Los aliados, que esperaban una guerra de trincheras, se vieron sorprendidos por el plan alemán que aprovechaba la potencia de sus unidades acorazadas para penetrar profundamente en el territorio enemigo. En la primera fase de las operaciones, las unidades acorazadas alemanas consiguieron llegar hasta el Canal de la Mancha, cortando a los ejércitos aliados en dos. Ante la embestida nazi, Holanda capitulaba el 14 de mayo y Bélgica hacía lo mismo el día 28 de mayo. Gran Bretaña tuvo que retirar a sus unidades expedicionarias para evitar una debacle irreversible. La derrota motivó en Francia una remodelación gubernamental, para la que se requirió a Petain, que se encontraba de embajador en Madrid. El Ejército alemán ocupó París el 14 de junio. El Gobierno francés, derrotista y fuertemente dividido pidió la firma de un armisticio a través del embajador español en París, José Félix de Lequerica. El mariscal Petain se convirtió en premier, firmándose el armisticio franco-alemán el 22 de junio en el bosque de Compiègne. Este acontecimiento era de tales proporciones que abría un mundo de posibilidades diplomáticas. Las relaciones internacionales en Europa sufrían un cambio violento, ya que los vencedores de la Primera Guerra Mundial habían sido derrotados en cuestión de días. La derrota francesa significaba que España iba a encontrarse cerca de la zona de guerra debido a la presencia de tropas alemanas en los Pirineos.

Este acontecimiento destrozó todas las bases sobre las que el gobierno británico había calculado su política hacia España durante los cuatro años anteriores. Después de muchos esfuerzos, el acuerdo económico hispano-británico del mes de marzo había conseguido establecer unos sólidos vínculos con España, reduciendo la presencia económica alemana en el país. El cambio de circunstancias provocó que el régimen nazi tuviera de nuevo acceso al mercado español y que pudiera reanudar su política de penetración económica en España. Ahora Gran Bretaña no disponía de recursos para llevar a España a la posición subordinada que tradicionalmente

había mantenido. Los británicos apenas tenían medios para sobrevivir en su lucha con la Alemania nazi. Sin embargo, las repercusiones económicas de la conquista de Francia por los alemanes eran secundarias ante la creciente posibilidad de la participación española en el conflicto. El gobierno británico tuvo que reconocer que incluso un país con recursos militares limitados como España podía hacer un daño devastador al esfuerzo militar británico.

La conquista alemana de Francia tuvo consecuencias para la política exterior española. Durante los primeros meses del conflicto España había mantenido una postura neutral, aunque amistosa con el Eje. La derrota francesa y la posibilidad de acercarse al final de la guerra motivó un cambio de postura ante la tentación de hacer realidad las reivindicaciones territoriales españolas. El primer signo fue la sustitución de la posición de neutralidad por la de no-beligerancia, postura que Italia había mantenido antes de su entrada en el conflicto bélico y que tenía la apariencia de pre-beligerancia. Precisamente, en aquellos momentos la beligerancia italiana provocaba que el frente Mediterráneo fuese vital para el desarrollo de la contienda. El 9 de junio Mussolini envió una carta a Franco en la que le comunicaba la entrada de Italia en la guerra. El Duce solicitaba la solidaridad moral y económica con España, garantizando que Gibraltar sería español después del conflicto. El día 10 de junio, Franco respondió a Mussolini prometiéndole solidaridad moral y, en la medida de las posibilidades españolas, solidaridad económica. Además, el dictador le comunicaba al Duce que convertiría la postura española de neutralidad en no-beligerancia. Este paso era interpretado como un signo de mayor apoyo al esfuerzo bélico del Eje<sup>383</sup>. El cambio de la posición exterior del régimen franquista se materializó el día 12 de junio. La petición italiana y las posibilidades que entrañaba la situación bélica influyeron en la decisión de Franco.

En aquellos momentos, la guerra parecía ganada por Alemania, por lo que la tentación española de entrar en la guerra se prolongó durante los meses en los que la maquinaria bélica alemana fue de victoria en victoria. La caída de Francia reforzó la creencia en la invencibilidad de la maquinaria de guerra alemana entre la opinión pública y la mayor parte de la jerarquía militar. Parte de la misma estaba a favor de unirse al conflicto del lado del que parecía ser el seguro vencedor. Franco despejó sus dudas y se convenció de la victoria alemana en la guerra, opinión que mantendría incluso en 1944 cuando la guerra se decidía del lado de los aliados. En el verano de 1940 la derrota británica parecía cuestión de tiempo. La posibilidad de recuperar Gibraltar y extender las posesiones españolas en África resultó muy tentadora para Franco. Su mayor preocupación era perder dicha oportunidad si no entraba en la guerra en el momento adecuado.

---

<sup>383</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 76-77.

La declaración española de no-beligerancia fue valorada muy negativamente en Londres, ya que parecía ser un paso previo a la intervención en la guerra del lado del Eje. El duque de Alba informó a Beigbeder que algunos sectores de política y de la opinión pública británica habían expresado su temor ante el cambio de postura español:

*La reacción a nuestra declaración de no-beligerancia ha sido en general de alarma, habiéndose publicado algunos comentarios en prensa, según los cuales España pensaba usar la no-beligerancia para convertirla mas tarde, como Italia, en pre-beligerancia, usando el interregno entre una y otra actitud para pertrecharse y acumular reservas con que poder subsistir durante la beligerancia*<sup>384</sup>.

En la práctica, España ya había abandonado la neutralidad al permitir la utilización de su territorio por una de las potencias beligerantes. Los submarinos alemanes estaban siendo abastecidos y reparados en puertos españoles, permitiendo a sus tripulaciones de relevo viajar a través de España. De este modo, los submarinos podían operar más tiempo lejos de sus bases y extender su radio de acción hacia el sur, amenazando las líneas de abastecimiento británicas<sup>385</sup>. A partir de este momento, los dirigentes españoles no dudaron en mostrar públicamente su simpatías ideológicas con Alemania e Italia con la intención de obtener ventajas, pero evitando entrar en el conflicto. Las intenciones del régimen estaban muy claras, como se trasluce en la interpretación que hace José María Doussinague, director general de Política Exterior, de la nueva postura española:

*La declaración de no beligerancia de España en las hostilidades entre Italia, Francia e Inglaterra mejora considerablemente la ventajosa posición diplomática en que está colocada hoy España. El precedente de Italia deja entender que una declaración de no beligerancia es en realidad un estado preparatorio de la entrada en la lucha y ello ha de ejercer fortísima coacción de temor en los países que puedan suponerse amenazados por nuestras armas. Entendiéndose que la declaración de no beligerancia viene a significar que salimos de la neutralidad estricta en que estábamos colocados, quienes deseen que volvamos a tal posición de neutralidad estricta se sentirán propicios a hacer las más grandes concesiones. Si sabemos sacar partido de esta situación obtendremos sin duda ventajas de importancia (...). Debemos aprovechar este momento para negociar con Inglaterra la restitución de Gibraltar a España*<sup>386</sup>.

De esta manera, comenzó una nueva etapa en las relaciones entre España y Gran Bretaña, para la que la neutralidad española era aún más importante. Ante los británicos, el Caudillo justificó su conducta por la llegada de la guerra al Mediterráneo, que hacía necesario que España mostrara su interés en la evolución

---

<sup>384</sup> Mensaje de Alba a Beigbeder, 17 de junio de 1940, PL Caja 1ª, nº 5.

<sup>385</sup> Para ver una lista de los actos españoles que suponían una brecha de la política de neutralidad, ver TUSELL, J. (1995): págs. 227-245. Para ver en detalle la colaboración del régimen franquista con el Eje, véase ROS AGUDO, Manuel (2002): *La guerra secreta de Franco*, Barcelona, Crítica.

<sup>386</sup> Informe de José María Doussinague, agosto de 1940, AME R833/36.

de los acontecimientos, facilitando que estuviera preparada para cualquier eventualidad. De acuerdo a su interpretación, el cambio no significaba una alteración de la política de neutralidad española. Esta última afirmación fue reiterada por Franco al embajador portugués y por Nicolás Franco al ministro portugués de Exteriores<sup>387</sup>.

A pesar de estas afirmaciones, el régimen continuó enviando señales nada tranquilizadoras para los británicos. El 14 de junio, coincidiendo con la caída de París, una columna de 4,000 soldados españoles ocupaba Tánger. Esta era la ciudad más importante de la zona norte de Marruecos y constituía un importante puerto comercial. Tánger se regía por un estatuto internacional suscrito en 1923 que le otorgaba un régimen de ciudad internacional y unas instituciones multinacionales, aunque bajo la esfera de influencia de Francia. Los generales africanistas ambicionaban la ocupación de la ciudad, situada en medio del Protectorado español de Marruecos. La ocupación de la ciudad fue excusada por la situación peculiar que generaba la derrota francesa y la posibilidad de que se produjera un enfrentamiento abierto entre las potencias contendientes en el enclave. El escueto comunicado oficioso aparecido en la prensa informaba de lo siguiente:

*Con objeto de garantizar la neutralidad de la zona y ciudad de Tánger, el Gobierno español ha resuelto encargarse provisionalmente de los Servicios de Vigilancia, Policía y Seguridad de la zona internacional, para lo cual han penetrado esta mañana fuerzas de las mehalas jalifianas con dicho objeto. Quedan garantizados todos los servicios existentes que continuaran funcionando normalmente*<sup>388</sup>.

En realidad, los dirigentes españoles no tenían ninguna intención de volver al status original de la ciudad, calificando la ocupación de irreversible. Este era el primer paso para la creación de un nuevo imperio español. El gobierno británico protestó por la ocupación española de la ciudad, pero dejando la puerta abierta a considerar las reivindicaciones españolas después de la guerra. Después de esta acción, el papel español en el Estrecho tenía una mayor significación estratégica.

## **2. La reacción británica al nuevo contexto bélico**

Coincidiendo con el comienzo de la ofensiva alemana en el frente del oeste, tuvo lugar una urgente remodelación del gobierno británico. El desastre de la

---

<sup>387</sup> PRESTON, P. (1994): págs. 446-447.

<sup>388</sup> Arriba, 15 de junio de 1940.

campaña de Noruega había provocado un enorme malestar en los círculos políticos británicos, motivando que se pusiera en tela de juicio la capacidad de liderazgo de Chamberlain. La negativa situación bélica y los continuos ataques que recibía el premier británico, motivaron su dimisión. Winston Churchill se hizo cargo el 10 de mayo de 1940 de las riendas de un país que pronto tendría que luchar en solitario por su supervivencia frente a las embestidas del Eje. El nuevo primer ministro formó un gobierno de concentración en el que incluyó a representantes del laborismo y a políticos conservadores fieles a Chamberlain, como Lord Halifax, que se mantuvo en su cargo de ministro de Asuntos Exteriores<sup>389</sup>.

El nombramiento de Churchill pudo haber acarreado cambios en la política exterior británica hacia España, ya que durante la Guerra Civil había recelado de la actitud de Franco en la posguerra y de los efectos potenciales de la intervención italo-germana<sup>390</sup>. Sin embargo, la delicada situación bélica motivada por la retirada de los ejércitos franco-británicos, incapaces de detener el avance alemán, le obligó a buscar un entendimiento con el régimen de Franco. Con Francia a punto de ser derrotada era vital para los intereses británicos que Franco no entrara en el conflicto de la mano del Eje. Los analistas militares habían estudiado las implicaciones de la intervención española en la guerra. De acuerdo a su valoración, la entrada de España en la contienda supondría la probable pérdida de Gibraltar, lo que sería un duro golpe para el esfuerzo de guerra británico, y una amenaza clara a la independencia de Portugal. Además, los alemanes tendrían a su disposición bases aeronavales más avanzadas con las que atacar a las comunicaciones marítimas británicas.

#### **a) Relevo de embajador en España**

Las circunstancias eran tan graves que Churchill creyó conveniente realizar un cambio de embajador en Madrid, enviando al ministro saliente Sir Samuel Hoare con el encargo de mantener la neutralidad española. Los motivos por los que Churchill decidió enviar a Hoare a España no están del todo claros. De acuerdo con la opinión oficial, transmitida por Halifax, su elección se explicaba por las mayores posibilidades que tenía una figura pública como la suya para influir positivamente en los esfuerzos diplomáticos británicos en España. Sin embargo, su nombramiento también pudo haber estado motivado por un deseo de eliminar a este influyente personaje y antiguo rival político de Churchill de la arena política

---

<sup>389</sup> JENKINS, Roy (2003): *Winston Churchill*, Barcelona, Ediciones Folio, págs. 645-654.

<sup>390</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 247.

inglesa<sup>391</sup>. Hay que recordar que Hoare había sido el gran defensor de la política del apaciguamiento con la Italia de Mussolini. En diciembre de 1935 negoció con el primer ministro francés, Pierre Laval, el llamado Pacto Hoare-Laval, por el que ambos países se avenían a resolver la crisis provocada por la invasión italiana de Etiopía cediendo al Duce dos tercios del territorio y otros al este del país. El pacto fue filtrado a la prensa y se convirtió en papel mojado. El Gabinete lo rechazó y Hoare dimitió, aunque Chamberlain le recuperó luego como ministro del Interior y le dio entrada en el Gabinete de Guerra como Lord del Consejo de la Reina. El hecho de que se eligiera a un personaje tan importante y con un bagaje político claramente orientado hacia el apaciguamiento, parece resaltar el temor que existía en Londres ante las intenciones de Franco. Probablemente, se esperaba que conectase mejor con las nuevas autoridades españolas, al haberse mostrado favorable a la causa de Franco en la Guerra Civil<sup>392</sup>. Halifax le encomendó a Hoare la misión de mantener a España fuera de la guerra durante el máximo tiempo posible. Convencido por el Almirante Tom Phillips de la importancia estratégica de dicha tarea, Hoare aceptó trasladarse a Madrid para contribuir de este modo al esfuerzo bélico británico<sup>393</sup>.

La excusa para retirar el embajador fueron las protestas recibidas por el *Foreign Office* tanto de las autoridades españolas, que se quejaban de la actitud arrogante de Peterson, como de fuentes británicas que criticaban su incapacidad de defender los intereses británicos. Respecto a estas acusaciones, podemos afirmar que el embajador mantuvo una postura insolente con Franco y que realizaba continuos comentarios irónicos sobre los españoles en sus despachos. Su arrogancia le llevaba a afirmar que Franco era “un hombre pequeño y asustado” que temía entrevistarse con él. La realidad era que Franco sólo se reunía con los embajadores de los países del Eje e ignoraba a los representantes de los países aliados. Peterson era extremadamente crítico con la nueva Administración española, tanto con sus funcionarios como con su manera de actuar. De este modo, le sacaban de quicio los retrasos que tenía que sufrir en sus gestiones con la burocracia española o las esperas que tenía que soportar en los actos públicos. Peterson llegó a afirmar que prefería “ser recibido con insultos a que le dejaran colgado en dichos eventos”. En algunos de dichos actos tuvo que sufrir el acoso de la Falange, como en la reunión del Movimiento Juvenil en la que su silla estuvo cubierta de panfletos que atacaban a Gran Bretaña, haciendo referencias a Gibraltar y a la injusticia del Tratado de Versalles. Él mismo creía que las quejas sobre su actitud estaban influidas por la propaganda negativa que el embajador alemán Stohrer realizaba sobre su persona y

---

<sup>391</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 26-27.

<sup>392</sup> MORADIELLOS, E. (1996): pág. 255.

<sup>393</sup> HOARE, S. (1946): págs. 11-16.

por la impopularidad de los comunicados que el *Foreign Office* le pedía que transmitiera a las autoridades españolas. Entre las polémicas instrucciones recibidas por Peterson se encuentran los intentos de salvar de la ejecución a numerosas personalidades republicanas o la exigencia de compensaciones a Gran Bretaña por los daños producidos durante la Guerra Civil<sup>394</sup>. Lo que no cabe duda es que Peterson realizó una correcta labor en la defensa de los intereses de su país.

El día 12 de mayo se le comunicó el cese a un sorprendido Peterson, que no se esperaba lo sucedido, ya que hasta ese momento su gestión en España no había recibido nada más que elogios de Londres. Nunca recibió una explicación adecuada de Halifax de los motivos de su destitución. En cuanto supo quién era su sustituto tuvo claro cual había sido el motivo de su salida, afirmando amargamente que “hubiese sido más fácil si alguien me hubiera dicho que me tenía que ir para que le pudieran dar un nuevo trabajo a Hoare”<sup>395</sup>. El nombramiento del nuevo embajador no fue bien recibido en el cuerpo diplomático británico. Cadogan apuntó en su diario respecto al nombramiento que “había un lado bueno, ya que hay grandes posibilidades de que Samuel Hoare sea asesinado por uno de los muchos alemanes e italianos que hay en Madrid”. Esta dura afirmación estaba relacionada con su extremadamente negativa visión de Hoare, del que pensaba que sería “el Quisling de Inglaterra cuando Alemania venza en el conflicto”<sup>396</sup>. En cambio, la designación de Hoare fue del agrado del duque de Alba, valorando lo poco habitual que era el nombramiento de ex-ministros como embajadores y considerándolo como una muestra de la importancia que los británicos otorgaban a la amistad española<sup>397</sup>.

Hoare llegó a Madrid el 1 de junio, coincidiendo con la debacle francesa en el frente del Oeste. Al aterrizar en Madrid se encontró con un ambiente cargado de nerviosismo ante los acontecimientos internacionales que estaban sucediendo. De acuerdo a su percepción, en la capital española existía la creencia generalizada de que España sería ocupada a los pocos días de la caída de Francia, circunstancia que se vislumbraba cada vez más próxima. Esta opinión era compartida por la embajada británica en Lisboa, donde se tenía la convicción de que Franco pronto abriría las puertas de la Península Ibérica a los alemanes. La misión de Hoare no comenzaba con muy buenos augurios y el propio embajador fue presa de los nervios, dando muestras de miedo e incluso cobardía durante sus primeros días en la capital española, al temer que su vida corriese peligro. En sus memorias

---

<sup>394</sup> PETERSON, M. (1950): págs. 228-232.

<sup>395</sup> Peterson fue muy crítico con Halifax en sus memorias, criticándole su actitud en los momentos de su cese, ya que no le explicó cuales eran las quejas británicas y españolas acerca de su labor diplomática. PETERSON, M. (1950): págs. 228-232.

<sup>396</sup> CADOGAN, Sir Alexander (1971): *Diaries*, Londres, David Dilks, págs. 282-286.

<sup>397</sup> Papeles de Alba, 27 de mayo de 1940, Caja 1ª, nº 5.

reconoce que estuvo “muy ansioso” durante sus primeros días en España ante la posibilidad de ser atacado o secuestrado por agentes de la Gestapo. Por esta razón, Hoare llevaba noche y día una pistola automática e iba acompañado a todas partes por un detective de *Scotland Yard*<sup>398</sup>.

En sus primeras semanas en suelo español Hoare vio las dificultades a las que se iba a enfrentar para la realización del objetivo de su misión. El nuevo embajador se encontró con un ambiente hostil y anglófobo. No en vano, fue recibido por incidentes y manifestaciones anti-británicas en las que falangistas exaltados gritaban “Gibraltar español”. El simple hecho de que se produjeran dichas concentraciones anti-británicas, en un régimen en el que se amordazaban las manifestaciones políticas públicas, muestra claramente la connivencia de las autoridades. Al mismo tiempo, la prensa controlada por el régimen volcaba su simpatía hacia las victorias alemanas y planteaba las reivindicaciones territoriales españolas, entre las que abundaban las referencias al Peñón. En aquel momento, Hoare señalaba que había muchos españoles que incluso podían recibir con agrado un ejército extranjero si eso suponía cumplir las aspiraciones territoriales de España en cuanto a Gibraltar y el norte de África<sup>399</sup>. En aquellas circunstancias tan adversas y ante las continuas derrotas militares, era entendible que la postura del personal de la embajada fuera claramente derrotista. Precisamente, la primera labor que tuvo que llevar a cabo Hoare fue remediar la desorganización e ineficacia de la embajada, así como recuperar su moral.

La desesperación inicial de Hoare se fue transformando en optimismo, al ser informado en las entrevistas que mantuvo con distintas personalidades del régimen como los generales Varela y Orgaz, que España no entraría nunca en guerra. El propio Beigbeder aseguró continuamente al embajador británico que España mantendría su neutralidad mientras Franco estuviese en la jefatura del Estado <sup>400</sup>. Hoare quiso comprobar la veracidad de estas afirmaciones, contrastándolas con el propio Franco. En la presentación de sus credenciales no tuvo la ocasión de entrevistarse con el Caudillo, limitándose el encuentro a la ceremonia habitual en esas ocasiones. En cualquier caso, la primera impresión que tuvo Hoare de Franco no fue muy positiva, llevándole a preguntarse cómo un joven oficial marroquí sin personalidad había llegado a la cúspide del Estado español:

*En medio de los ministros, generales y obispos que me recibieron, su figura burguesa, bastante gruesa y de baja estatura parecía insignificante. Su voz era muy diferente de*

---

<sup>398</sup> HOARE, S. (1946): págs. 22-23.

<sup>399</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>400</sup> Informe de Hoare a Halifax, 20 de junio de 1940, FO 371/24515, C7281/113/41.



*los alaridos incontrolados de Hitler o de la gravedad teatralmente modulada de Mussolini. En realidad, era la voz de un médico de cabecera de trato amable, un doctor con una gran práctica en medicina familiar y unos ingresos asegurados*<sup>401</sup>.

Hoare tuvo que esperar hasta el día 22 de junio para poder entrevistarse con el Caudillo por primera vez. Tras su llegada al palacio del Pardo pudo comprobar el ambiente de aislamiento en el que vivía el Generalísimo, dándole la sensación de “visitar a un déspota oriental en Oriente, mas que a un general español de Occidente”. La entrevista fue presidida por las fotos firmadas de Hitler y Mussolini que se encontraban en el escritorio de Franco. Hoare no pudo entrar en discusiones serias ante la complacencia de Franco en las posibilidades económicas de España y el desarrollo de los acontecimientos bélicos favorables al Eje. Cuando el embajador británico hizo una cauta referencia a las necesidades económicas españolas, el Generalísimo no hizo caso de sus comentarios, afirmando que España no necesitaba nada del Imperio Británico y que cualquier artículo que fuese necesario podía ser traído del norte de África. A continuación, el dictador dejó constancia de su firme convicción en la victoria alemana al comentar que los británicos “nunca podrían ganar la guerra”. En su opinión, la continuación de la guerra provocaría “la destrucción de la civilización europea”. Hoare se quedó muy sorprendido de su desprecio a la potencia económica y naval británica y de su desdén a contemplar la posibilidad de una victoria aliada en la guerra<sup>402</sup>. Curiosamente, el embajador se convenció de la intención de Franco de permanecer neutral. De esta manera, informó al *Foreign Office* “que Gran Bretaña no tiene nada que temer de España”, sin saber del interés que en aquellos momentos mostraba Franco por participar en la guerra del lado del Eje.

Las fechas inmediatas a la caída de Francia, en las que se produjo la entrada en la guerra de Italia y la declaración de no-beligerancia española fueron momentos decisivos en la política exterior española. Los observadores británicos vieron como muchos españoles se lamentaban ante la declaración de no-beligerancia de Franco, puesto que habían esperado que España abandonase la neutralidad para entrar de la mano del “chacal de Mussolini” en la guerra. Hoare señalaba que en España “sólo una instruida minoría lamentaba la pérdida de la posición de neutralidad”<sup>403</sup>. En aquellas fechas comenzaba una etapa crítica en las relaciones hispano británicas en las que el nuevo embajador ocuparía un lugar destacado.

---

<sup>401</sup> HOARE, S. (1946): pág. 45.

<sup>402</sup> HOARE, S. (1946): págs. 46-47.

<sup>403</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

## **b) La definición de una política hacia la España franquista**

Tras su llegada, y superado el nerviosismo inicial, Hoare se planteó la necesidad de redefinir la política británica hacia España ante la nueva situación internacional creada por la caída de Francia y la exigencia de pasar a la acción ante el cambio de rumbo en la política exterior española. Su antecesor en la embajada, Maurice Peterson, había defendido que todas las políticas británicas respecto a España eran completamente irrelevantes, porque dado el desastroso estado de la economía española, el país nunca entraría en guerra. El análisis de Hoare era parecido, pero realizado desde una óptica distinta. Bajo su punto de vista, la entrada de España en el conflicto desataría una profunda crisis económica que paralizaría totalmente el país y que terminaría provocando un cambio de régimen. De acuerdo con este razonamiento, la supervivencia del régimen franquista dependía del mantenimiento de su neutralidad en el conflicto. A pesar de detestar su régimen dictatorial, Hoare llegó a la conclusión de que Franco podía ser útil a la causa aliada si conseguía mantener a España fuera de la Segunda Guerra Mundial. Para el nuevo embajador, ambos gobiernos estaban unidos por el deseo de que España permaneciera neutral en el conflicto. Aunque señalaba que las intenciones de Franco eran distintas de los británicos, ya que el dictador quería utilizar la neutralidad para consolidar internamente su régimen y para satisfacer sus aspiraciones territoriales en Gibraltar y el norte de África tras la victoria alemana que consideraba segura. En cualquier caso, en las primeras semanas de su estancia en nuestro país, Hoare articuló un tema fundamental en su política hacia España: que el régimen de Franco era el mejor y el único instrumento para garantizar el mantenimiento de la neutralidad española, en línea con las tesis que había mantenido el gobierno de Chamberlain.

A diferencia de Peterson, Hoare estaba convencido de la necesidad de articular una política que contribuyera al mantenimiento de la neutralidad española en el conflicto. En este sentido, pensaba que Gran Bretaña tenía todavía dos medios para influir en las decisiones del régimen franquista en materia exterior: la ayuda económica y la simpatía por su engrandecimiento territorial. En su planteamiento, no se apartaba del marco de la política existente, que trataba de apaciguar al régimen de Franco mediante incentivos económicos. En aquellos momentos, la ayuda económica era el único incentivo concreto que Gran Bretaña podía ofrecer a España. Sin embargo, viendo el exaltado ambiente nacionalista y las pasiones que levantaba la cuestión gibraltareña, Hoare creyó necesario que el gobierno británico mostrara cierta simpatía ante las intenciones españolas de engrandecimiento territorial.

La ocupación de Tánger reveló que Franco estaba dispuesto a tomar ciertos riesgos con el fin de materializar sus ambiciones imperialistas. Por lo tanto, se hacía necesario a los británicos cortejar a Franco y convencerle que podía satisfacer sus ambiciones territoriales después de la guerra, sin necesidad de intervenir en el conflicto. Por su parte, el gobierno español también presionó a Gran Bretaña para obtener su aquiescencia a una ocupación parcial del Marruecos francés. En el mes de julio Beigbeder advirtió a Hoare del peligro que suponía el interés italiano en Marruecos y lo favorable que resultaba la ocupación española para evitar que se entrometieran otras naciones. Sin embargo, los británicos no quisieron enemistarse con la Francia de Vichy y no cedieron a las proposiciones españolas. Sólo la descomposición de su imperio colonial podía justificar dicha medida, siempre que Franco mantuviera la neutralidad<sup>404</sup>. Las ambiciones españolas pasaban también por la recuperación de Gibraltar. A finales de mayo, apareció un significativo artículo en el diario *Arriba* titulado “Gibraltar, honor y deber de los españoles” en el que se reclamaba la devolución del Peñón:

*A tal punto de incompreensión llegan los ingleses, imaginándose a la España nacional capaz de fundar toda una política sobre pequeños arreglos mercantiles, que si son interesantes, y aún importantes, no miran sino a resolver las necesidades inmediatas y dejan injustamente al margen todas las esenciales e insobornables aspiraciones de nuestro espíritu. (...) La verdad es que entre Inglaterra y España se levanta, como una sombra, el Peñón de Gibraltar. He ahí el primero de nuestros presentes problemas, no el único ni mucho menos, pero si el primero. Los españoles con perfecta unanimidad, sabemos, y decimos y clamamos que Gibraltar nos pertenece, que Gibraltar es de España, que nadie puede retenerlo sin incurrir en delito de despojo y que nos duele en lo más profundo del alma ver como sobre la perspectiva del peñón flamea a los vientos una bandera que no es la española*<sup>405</sup>.

Para calmar las ansias expansionistas del régimen de Franco, el gobierno británico autorizó el 18 de junio que se manifestase a los españoles que “estaríamos libres después de la guerra para discutir cualquier materia de interés para España y para nosotros”<sup>406</sup>. Este mensaje era suficientemente ambiguo para evitar cualquier compromiso, pero podía ser utilizado para apaciguar al régimen franquista. Sin embargo, el gabinete dejó claro que esta oferta debía omitir cualquier mención específica sobre Gibraltar, a pesar de las alegaciones de Hoare de que sería útil decirles a los españoles que su Gobierno estaba dispuesto a hablar de la cuestión gibraltareña después de la guerra. En función de las nuevas circunstancias, el subsecretario parlamentario del Foreign Office, R. A. Butler, le

---

<sup>404</sup> HOARE, S. (1946): págs. 51-52. La impresión británica de la ocupación española de Tánger en junio de 1940 puede recogerse en FO 371/26893.

<sup>405</sup> Artículo escrito por Manuel Aznar en *Arriba*, 31 de mayo de 1940. En los días siguientes aparecieron otros dos artículos más: “Gibraltar o los Dardanelos del Mediterráneo Occidental” y “Un agravio inútil”.

<sup>406</sup> Conclusiones del Gabinete de Guerra, de 18 de junio de 1940, CAB 171/40.

dio a entender al duque de Alba que su país estaba dispuesto a considerar todas las aspiraciones territoriales de España, incluida la de Gibraltar. Esta era la primera vez que una persona de dicha posición hacía una declaración en tal sentido<sup>407</sup>. En cualquier caso, Churchill era muy realista:

*Estoy seguro de que no ganaríamos nada ofreciéndonos a tratar la cuestión de Gibraltar al final de la guerra. Los españoles sabrán que, si ganamos, las discusiones no tendrán fruto alguno, y si perdemos, no serán necesarias*<sup>408</sup>.

Otro aspecto fundamental en la misión de Hoare fue el fortalecimiento de aquellos elementos en el seno del régimen que deseaban mantener la neutralidad, contrarrestando la influencia italiana y alemana y extendiendo la propaganda británica. Los miembros de la Embajada mantuvieron continuas entrevistas con autoridades del régimen, con representantes de la Iglesia, empresarios y especialmente con el grupo de generales opuestos al predominio falangista en la vida pública española. En particular, los representantes diplomáticos británicos cultivaron la amistad de generales como Aranda y Orgaz. Incluso alguno de ellos pasó a recibir periódicamente sobornos de la embajada británica. Hay que recordar que muchos militares españoles se consideraban más cerca de los valores e ideales representados por Gran Bretaña que por los de la Alemania nazi. Hoare intentaba apelar a estos valores, convencido de que la devoción religiosa de muchos de los ministros españoles y de la población podía ser una fuerza para resistir “el neopaganismo nazi y el cesarismo de los fascistas”<sup>409</sup>. Estos contactos, mantenidos de forma regular, le permitieron seguir la evolución de la política española, especialmente las luchas internas entre las distintas tendencias que englobaba el nuevo régimen, y recabar información acerca de las intenciones del régimen franquista en política exterior. Por otra parte, Hoare limitó las actividades del servicio de espionaje británico en España. A pesar de la existencia de una red de 168 agentes, se les prohibió que realizaran labores de espionaje que pudieran antagonizar a Franco y a su régimen<sup>410</sup>.

La labor de acomodar la opinión entre las distintas autoridades españolas hacia posturas favorables a los propósitos aliados tuvo también su lado clandestino. Durante su estancia utilizó grandes sumas de dinero para realizar pagos

---

<sup>407</sup> Mensaje de Alba a Beigbeder, 8 de julio de 1940, PL Caja 1ª, nº 5.

<sup>408</sup> Archivo del Gabinete Particular del Primer Ministro, 8 de julio de 1940, PREM 3/1999. El tema de Gibraltar salía a relucir continuamente en las conversaciones entre los gobiernos español y británico. Éstas sirvieron de base a la campaña orquestada por el régimen franquista en 1954 en la que se acusaba a Churchill de mala fe por las presuntas promesas que había realizado sobre Gibraltar y que había incumplido. El premier británico negó rotundamente que hubiese acordado con el gobierno español la entrega de Gibraltar después de la guerra.

<sup>409</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax, 20 de noviembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>410</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 38-39.

secretos a altos militares españoles para que defendiesen ante Franco la necesidad de permanecer neutrales en la guerra mundial. Los receptores del dinero serían los nuevos Caballeros de San Jorge, en alusión a la figura que aparecía en las monedas de oro que había utilizado Inglaterra durante el siglo XVIII para asegurar la lealtad de sus aliados en las guerras continentales<sup>411</sup>.

Los detalles de la operación, ideada por el capitán Hillgarth, son oscuros, pero se sabe que el financiero español Juan March era empleado para distribuir el dinero de los sobornos, que se presentaban a los interesados como una contribución de grandes empresas que apostaban por el mantenimiento de la neutralidad española. El dinero era ingresado en cuentas secretas en Argentina y Nueva York<sup>412</sup>. Por esta razón, Hoare llegó a pedir a su Primer Ministro que protegiera al empresario español, que era una figura clave en su esquema de guerra clandestina:

*Halifax y usted podrán apreciar las razones especiales por las que estoy ansioso de cerrar este asunto y que se eviten los ataques personales en la radio y prensa norteamericana a Juan March y sus empleados, por la mera razón de serlo. Espero que contacten al Gobierno estadounidense sobre este asunto. (...) Definitivamente, es de nuestro más alto interés mantener nuestra amistad con ellos*<sup>413</sup>.

Halifax le dio a Hoare plena libertad de acción y una serie de fondos especiales para incrementar la influencia británica en España. El embajador realizó a lo largo de su estancia una continua labor de reclutamiento de altas personalidades españolas para que defendieran el mantenimiento de la postura de no-beligerancia en sus respectivos ambientes. Entre mediados de 1940 y finales de 1941, unos treinta oficiales y generales españoles recibieron cerca de trece millones de dólares. Entre los altos mandos militares estaban probablemente los generales Aranda y Orgaz. También es posible que participasen otros como los generales Varela, Martínez Campos y Kindelán. Hoare pedía regularmente sumas de dinero a Londres para utilizarlas como sobornos y contrarrestar la influencia que ejercía el Eje sobre las altas personalidades del régimen:

*Existen indicios de que España se aleja de la postura de neutralidad. Necesitamos medio millón de libras esterlinas, tenemos un medio seguro de acercarnos a un ministro español (posiblemente Beigbeder). (...) El general Yagüe ha recibido veinte millones de pesetas de los alemanes para comprar a diversos oficiales y neutralizar a las fuerzas aéreas españolas. (...)*

---

<sup>411</sup> SMYTH, Denis (1991): "Les Chevaliers de Saint-George: La Grande-Bretagne et la corruption des généraux espagnols (1940-1942)", *Guerres mondiales*, nº 162, págs 29-54.

<sup>412</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 35-36.

<sup>413</sup> Hoare destacaba que tanto March como sus empleados siempre habían colaborado con los británicos. En definitiva, señalaba que era del máximo interés para su gobierno el mantenimiento de su amistad. Minuta de Hoare a Eden, 24 de diciembre de 1941, FO 954/27A.

*Sánchez Mazas está recibiendo veinte mil pesetas al mes de los italianos. (...) El descubrimiento de estas prácticas por las autoridades españolas es un paso atrás para las aspiraciones alemanas*<sup>414</sup>.

No fueron estos los únicos métodos que se barajaron en el *Foreign Office* para influir en la postura española. Para conseguir sus propósitos estaban dispuestos a utilizar cualquier medio que tuviesen a su alcance. Un informe realizado por Makins presentaba una completa lista de las distintas posibilidades existentes<sup>415</sup>:

1. Aprovechar aquellas corrientes políticas que fuesen favorables a Gran Bretaña. Para contrarrestar la influencia de Falange, se recomendaba apoyar a los conservadores y a los monárquicos, de los que se creía que eran mayoritariamente pro-británicos.

2. Incrementar los lazos comerciales. Conscientes de la importancia de las exportaciones británicas para la maltrecha economía española y de la imposibilidad alemana de suministrar productos básicos como trigo o petróleo, se recomendaba usar el comercio como instrumento para acercar a ambos países. Además, se resaltaba la necesidad de cambiar la dirección de las exportaciones españolas, para que su destino fuese Gran Bretaña y no Alemania.

3. Utilizar los contactos sociales. Se recomendaba que tanto la embajada como la comunidad británica organizaran “entretenimientos frecuentes pero sin incurrir en despilfarro” para convencer a las personalidades españolas de la necesidad de mantener la neutralidad en la guerra. Además, como ya hemos destacado, estos contactos podían servir para obtener información sobre el régimen y sus intenciones en materia exterior.

4. Realizar intensas labores de propaganda. El objetivo fundamental que los analistas del *Foreign Office* tenían en mente no era sino contrarrestar los efectos de la dominante presencia de la propaganda alemana por todo el país y de la postura favorable al Eje de la prensa española. Para ello, se recomendaba resaltar los lazos que unían a Gran Bretaña con España y justificar la postura británica durante la Guerra Civil, que no era valorada positivamente por el régimen. Especialmente, se sugería el uso de las emisiones de radio como medio para difundir la propaganda británica, dada la imposibilidad de editar un periódico o imprimir artículos pro-británicos debido a la férrea censura de prensa. Hay que

---

<sup>414</sup> Informe de Hoare a Halifax, 4 de junio de 1940, FO 371/24508.

<sup>415</sup> Informe de Makins, junio de 1940, FO 371/24510.

señalar el papel destacado que tuvo el *British Council* en las labores de propaganda cultural encaminadas a mejorar la imagen del Reino Unido dentro de nuestro país<sup>416</sup>.

5. Explotar la proyección deportiva británica. Se pensaba aprovechar los lazos deportivos que unían a ambos países. No en vano, se resaltaba que deportes como el fútbol, el tenis y el golf habían llegado a España desde las Islas Británicas.

7. Emplear la baza de Gibraltar. Como hemos visto, la situación tan desesperada en la que se encontraba Gran Bretaña motivó que se planteara la devolución a España de Gibraltar. De esta manera, se evitaba la instrumentalización política que Falange daba a la reivindicación del peñón y se difuminaba una de las causas de fricción entre ambos países.

8. Usar la influencia de otros países. Se pensaba que “la actitud adoptada por las repúblicas sudamericanas en el presente conflicto” podía influir en el posicionamiento español. Por esta razón, se consideraba que una intensa labor diplomática en América del Sur podía ser beneficiosa para favorecer el mantenimiento de la neutralidad española.

9. Apoyarse en los Estados Unidos. Se consideraba que este país, aliado natural de Gran Bretaña, era la fuerza decisiva que podía cambiar el curso de la guerra. Como el gobierno español estaba aparentemente interesado en establecer relaciones comerciales con Estados Unidos, se pensaba utilizar dicha circunstancia para influir en la política exterior española.

10. Recurrir a la religión. Conocedores de la importancia del papel que jugaba la Iglesia en la sociedad española, recomendaban resaltar el vínculo cultural que existía entre ambos países dada la “común creencia en Dios y los valores cristianos”, frente al paganismo nazi.

11. Valerse del sentido del honor español. Convencidos de su importancia en la sociedad española, pensaban que la postura británica en la guerra debía suscitar cierta simpatía, dado que se mantuvo la promesa de proteger y defender Polonia.

De todas estas medidas propuestas, se puede ver como algunas de ellas sobreevalúan la capacidad que disponía el gobierno británico para influir en la postura española. Ciertamente, los lazos culturales y religiosos no podían por sí

---

<sup>416</sup> Sobre el papel del British Council, véase el artículo de BERDAH, Jean François (1993): “La propaganda cultural británica en España durante la Segunda Guerra Mundial a través de la acción del British Council. Un aspecto de las relaciones hispano-británicas, 1939-1946”, en TUSELL, Javier (ed.) (1993): *El régimen de Franco 1936-1975. Política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, págs. 273-287.

solos modificar la posición del régimen de Franco. Además, la posibilidad de utilizar a conservadores y monárquicos para intervenir en la política española era muy limitada, dado el carácter personalista de la dictadura y el poco peso que tenían dentro de la estructura del régimen. Tan sólo los vínculos económicos se vislumbraban como el arma más eficaz para garantizar la neutralidad española. Como apuntaba Makins, “no es posible crear un lazo más fuerte que el comercial”.

Sin embargo, el marco de las relaciones económicas bilaterales no era el mismo, al quedar afectadas por la nueva situación bélica. Hasta la caída de Francia, los bienes españoles sólo podían llegar a Alemania por aire, por vía marítima de contrabando en el Golfo de Génova o indirectamente a través de otros países neutrales. Con la llegada de las tropas germanas a los Pirineos y la entrada de Italia en la guerra, España podía suministrar directamente bienes a Alemania y servir de canal para las adquisiciones de mercancías no-europeas. Como la prioridad para los británicos era la guerra económica contra el Tercer Reich, era necesario evitar que el régimen franquista canalizara las importaciones alemanas. Además, se temía que Hitler forzase a Franco a intervenir en la guerra, por lo que también había que impedir que España acumulase determinadas mercancías y bienes de carácter estratégico.

Las circunstancias bélicas forzaban a Gran Bretaña a extender a España y a otros neutrales el bloqueo naval y el esquema de guerra económica que ejercía sobre Alemania a todo el continente europeo que se encontraba bajo el yugo nazi. Dicho esquema incluía la obligación de utilizar un sistema de pasaportes comerciales (navicerts) que emitía la delegación diplomática británica en el país de origen de las mercancías. Si los bienes transportados no estaban cubiertos por un *navicert*, se presumía que su destino final era un país enemigo, por lo que se autorizaba a la marina británica a capturar aquellos buques que no llevasen dicho documento. Además, los pasaportes comerciales sólo se emitían en una escala que permitiera importaciones para un consumo doméstico adecuado, con el fin de evitar que los bienes se reexportasen hacia Alemania o fuesen acumulados con vistas a participar en la guerra del lado del Eje, como había hecho Italia. Esto suponía que el esquema llevara implícito un sistema de racionamiento de suministros, que se basaba en cuotas de importación trimestrales para cada país<sup>417</sup>. El sistema beneficiaba a los países exportadores, pero suponía una clara interferencia en la soberanía de los neutrales, proporcionando a Gran Bretaña un elevado grado de control sobre sus economías. El esquema de guerra económica se completaba con la obligación de comerciar a través de la *United Kingdom Commercial Corporation*

---

<sup>417</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. I, págs. 430-467.



(U.K.C.C.), una organización creada con el fin de impedir que Alemania accediese a suministros claves como alimentos, minerales de alto valor estratégico o textiles.

La inclusión de España en el área de navicerts supuso una gran contrariedad para el régimen franquista, puesto que dificultaba tremendamente el abastecimiento español, tan necesario para combatir la penuria económica y alimentaria en la que se encontraba sumido el país. Asimismo, sirvió para mostrar a las autoridades del régimen la extrema dependencia española del comercio británico. En el caso de España, la situación se agravaba con los retrasos que sufrían los envíos de navicerts, motivados por el exceso de celo británico y por la ineficacia de la administración franquista. Lógicamente, esta situación ocasionaba graves perjuicios a los importadores españoles y al país. El gobierno de Franco no pudo hacer nada, salvo protestar, para oponerse a las medidas británicas.

El recelo británico motivó también el racionamiento de los suministros de petróleo, al descubrir el Ministerio británico de Guerra Económica que las reservas españolas habían aumentado considerablemente durante los últimos meses. Para prevenir que el régimen de Franco almacenase reservas de cara a una eventual intervención en la guerra, en junio de 1940 el gobierno británico pidió formalmente al gobierno norteamericano su colaboración para disuadir a las compañías petroleras de que suministraran petróleo a España y para impedir que los petroleros estadounidenses fueran utilizados para dicho propósito. Para complementar esta medida, los británicos no aprobaron ningún navicert durante el mes de julio para que el régimen franquista pudiera comprar petróleo. Estas medidas eran muy graves para España, ya que el país dependía del suministro exterior de petróleo y contaba con una capacidad muy reducida de refinamiento de crudo. Las quejas de Beigbeder motivaron la apertura de negociaciones sobre la importación española de petróleo<sup>418</sup>. Esta cuestión se convertiría en un aspecto fundamental de las relaciones económicas entre España y los países aliados durante toda la Segunda Guerra Mundial.

### **c) El frustrado acercamiento económico hispano-británico**

Las complicaciones en las relaciones económicas bilaterales no terminarían para los británicos con el establecimiento del bloqueo económico y las dificultades que suponía para el comercio entre ambos países. Desde la firma del acuerdo de comercio y pagos de marzo de 1940, existía en el seno del régimen “una

---

<sup>418</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. I, págs. 534-535.

constante y amarga lucha” en torno a las relaciones económicas hispano-británicas<sup>419</sup>. En opinión de Hoare, los alemanes y sus seguidores españoles querían impedir que el acuerdo llegase a buen puerto. Una señal muy preocupante para los británicos fue que el gobierno de Franco tardó varios meses en usar la facilidad de crédito incluida en el mismo. Por esta razón, el *Foreign Office* tuvo incluso la impresión en algunos momentos de que el acuerdo económico no iba a funcionar. Sin embargo, como apuntó certeramente Hoare en sus despachos, el gobierno español se vio obligado a rectificar su postura porque alemanes e italianos no pudieron proporcionar los bienes que España necesitaba para su reconstrucción<sup>420</sup>. De esta manera, las autoridades españolas tuvieron que hacer efectivo el crédito acordado para la adquisición urgente de materias primas.

Según Hoare, el máximo responsable de este retraso fue Serrano Suñer, quien intentó impedir el uso de los dos millones de libras que podía disponer la Administración española, ignorando la urgente demanda de alimentos en España. El embajador británico mencionó en sus comunicaciones con Londres como Serrano Suñer utilizaba todos los medios que tenía a su disposición como ministro de Gobernación para anular los efectos positivos del acuerdo hispano-británico. Por ejemplo, señaló como Serrano Suñer se dedicó a llevar a cabo una campaña de expulsión de ciudadanos británicos con el fin de enturbiar las relaciones entre ambos países. Además, Hoare se quejaba de que ordenase a la prensa española, que estaba bajo su estricto control, la publicación de continuos ataques en contra del acuerdo económico entre España y Gran Bretaña, como los que aparecían regularmente en el diario falangista *Arriba*<sup>421</sup>.

El resultado concreto de la política británica de apaciguamiento económico quedó reflejado en la evolución de las importaciones y exportaciones bilaterales de 1939 a 1941 que recogemos en los cuadros adjuntos (Tablas 4 y 5). Respecto a las importaciones españolas procedentes de Gran Bretaña predominaban los minerales, materias térreas y sus derivados (clase I del arancel español) con una participación media del 25,4 por ciento durante el periodo; metales y sus manufacturas (clase IV) con una participación media del 17,6 por ciento; maquinaria, aparatos y vehículos (clase V) con una participación media del 13,6 por ciento y productos químicos y sus derivados (clase VI) con una participación media

---

<sup>419</sup> El gobierno británico esperaba que la llegada de Hoare a España diera un nuevo impulso a las relaciones comerciales, ya que era el principal eje sobre el que se basaba la política británica hacia el régimen franquista. Por esta razón, el fomento de intercambios comerciales entre ambos países se convirtió en uno de los objetivos de la misión del nuevo embajador. HOARE, S. (1946): págs. 9-19.

<sup>420</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>421</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

del 21,9 por ciento. Dichas categorías, conjuntamente representaban aproximadamente un 80 por ciento de las compras realizadas a Gran Bretaña. Es significativo señalar que la partida de productos alimenticios, comestibles y bebidas (clase XII) se encuentra a gran distancia de las anteriores con una participación media del 6,0 por ciento durante dicho periodo. Esto pone de manifiesto como durante los años de mayor hambruna en España, no se aprovechó la posibilidad de comprar alimentos en la zona de la libra para paliar dicho problema.

Las exportaciones españolas hacia las islas británicas tuvieron unas pautas diferentes. Dos partidas, minerales, materias térreas y sus derivados (clase I), con una participación media del 12,8 por ciento y productos alimenticios, comestibles y bebidas (clase XII) con una participación media del 67,9 por ciento, concentraban más de un 80 por ciento en media de las ventas a Gran Bretaña. Otras partidas como maderas y otras materias vegetales para la industria (clase II), con una participación media del 8,0 por ciento y la de productos químicos y derivados (clase VI) con una participación media del 8,0 por ciento presentaron valores relativamente altos durante el período.

La naturaleza del intercambio entre estos dos países durante el conflicto guarda relación con la composición global de los intercambios españoles con el exterior y con la estructura de sus relaciones con otros países como Alemania y Estados Unidos. España en su comercio con Gran Bretaña vendía productos alimenticios y minerales, a cambio de combustibles sólidos, metales y sus manufacturas y productos químicos. Este patrón comercial fue muy similar durante todo el periodo autárquico, reflejando la debilidad del tejido industrial español, incapaz de competir en los mercados internacionales.

En la evolución de las exportaciones e importaciones, se aprecia claramente como a partir de la firma de los acuerdos se produce un aumento de los intercambios comerciales. Las importaciones españolas de origen británico crecieron a un ritmo del 9 por ciento anual, mientras que las exportaciones tuvieron un comportamiento errático, aumentando en 1940 en un 47 por ciento y disminuyendo en 1941 en un 55 por ciento. Como resultado, el saldo de la balanza de bienes durante el periodo considerado fue siempre favorable a nuestro país, aunque con grandes fluctuaciones. Si en 1939, el superávit comercial fue de 14 millones de dólares, en 1941 alcanzó los 6 millones de dólares<sup>422</sup>.

---

<sup>422</sup> Cifras elaboradas con los datos incluidos en MARTIN ACEÑA, P. (2001): págs. 51-54.

Tabla 4

**IMPORTACIONES ESPAÑOLAS DE ORIGEN BRITANICO 1939 - 1941**

En dólares

**A) En valor absoluto**

	<b>Producto</b>	<b>Abril-Dic-39</b>	<b>1940</b>	<b>1941</b>	<b>Total (1939-1941)</b>
I	Minerales, materias térreas y sus derivados	122.402	2.017.415	2.649.409	4.789.226
II	Maderas y otras materias vegetales empleadas en la industria	15.386	16.878	6.664	38.928
III	Animales y sus despojos	99.799	112.946	54.145	266.890
IV	Metales y sus manufacturas	1.757.151	972.260	582.202	3.311.613
V	Maquinaria, aparatos y vehículos	343.870	784.590	1.433.010	2.561.470
VI	Productos químicos y sus derivados	1.281.139	1.279.054	1.572.182	4.132.375
VII	Papel y sus manufacturas	131.073	288.715	208.812	628.600
VIII	Algodón y sus manufacturas	495.671	46.772	48.571	591.014
IX	Cáñamo, lino, pita, yute y demás fibras textiles vegetales y sus manufacturas	227.489	74.709	32.505	334.703
X	Lanas, crines, pelos y sus manufacturas	16.054	3.900	5.587	25.541
XI	Sedas y sus manufacturas	1.822	243	265	2.330
XII	Productos alimenticios, comestibles y bebidas	838.327	263.425	35.577	1.137.329
XIII	Varios	432.904	325.433	277.868	1.036.205
	<b>Total</b>	<b>5.763.087</b>	<b>6.186.340</b>	<b>6.906.797</b>	<b>18.856.224</b>

**B) En porcentaje sobre el total**

	<b>Producto</b>	<b>Abril-Dic-39</b>	<b>1940</b>	<b>1941</b>	<b>Total (1939-1941)</b>
I	Minerales, materias térreas y sus derivados	2,1%	32,6%	38,4%	25,4%
II	Maderas y otras materias vegetales empleadas en la industria	0,3%	0,3%	0,1%	0,2%
III	Animales y sus despojos	1,7%	1,8%	0,8%	1,4%
IV	Metales y sus manufacturas	30,5%	15,7%	8,4%	17,6%
V	Maquinaria, aparatos y vehículos	6,0%	12,7%	20,7%	13,6%
VI	Productos químicos y sus derivados	22,2%	20,7%	22,8%	21,9%
VII	Papel y sus manufacturas	2,3%	4,7%	3,0%	3,3%
VIII	Algodón y sus manufacturas	8,6%	0,8%	0,7%	3,1%
IX	Cáñamo, lino, pita, yute y demás fibras textiles vegetales y sus manufacturas	3,9%	1,2%	0,5%	1,8%
X	Lanas, crines, pelos y sus manufacturas	0,3%	0,1%	0,1%	0,1%
XI	Sedas y sus manufacturas	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
XII	Productos alimenticios, comestibles y bebidas	14,5%	4,3%	0,5%	6,0%
XIII	Varios	7,5%	5,3%	4,0%	5,5%
	<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>

Fuente: Estadísticas del comercio especial de la Dirección General de Aduanas

Tabla 5

**EXPORTACIONES ESPAÑOLAS A GRAN BRETAÑA 1939 - 1941**

En dólares

**A) En valor absoluto**

	<b>Producto</b>	<b>Abril-Dic-39</b>	<b>1940</b>	<b>1941</b>	<b>Total (1939-1941)</b>
I	Minerales, materias térreas y sus derivados	2.723.749	3.667.414	1.620.623	8.011.786
II	Maderas y otras materias vegetales empleadas en la industria	1.707.461	2.234.890	1.042.794	4.985.145
III	Animales y sus despojos	368	14.943		15.311
IV	Metales y sus manufacturas	1.066.828	501	500.451	1.567.780
V	Maquinaria, aparatos y vehículos				0
VI	Productos químicos y sus derivados	171.272	1.236.573	3.563.848	4.971.693
VII	Papel y sus manufacturas				0
VIII	Algodón y sus manufacturas				0
IX	Cáñamo, lino, pita, yute y demás fibras textiles vegetales y sus manufacturas	485	459	49	993
X	Lanas, crines, pelos y sus manufacturas				0
XI	Sedas y sus manufacturas	234.600	121.700	87.625	443.925
XII	Productos alimenticios, comestibles y bebidas	14.016.618	22.074.481	6.288.082	42.379.181
XIII	Varios				0
	<b>Total</b>	<b>19.921.381</b>	<b>29.350.961</b>	<b>13.103.472</b>	<b>62.375.814</b>

**B) En porcentaje sobre el total**

	<b>Producto</b>	<b>Abril-Dic-39</b>	<b>1940</b>	<b>1941</b>	<b>Total (1939-1941)</b>
I	Minerales, materias térreas y sus derivados	13,7%	12,5%	12,4%	12,8%
II	Maderas y otras materias vegetales empleadas en la industria	8,6%	7,6%	8,0%	8,0%
III	Animales y sus despojos	0,0%	0,1%	0,0%	0,0%
IV	Metales y sus manufacturas	5,4%	0,0%	3,8%	2,5%
V	Maquinaria, aparatos y vehículos	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
VI	Productos químicos y sus derivados	0,9%	4,2%	27,2%	8,0%
VII	Papel y sus manufacturas	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
VIII	Algodón y sus manufacturas	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
IX	Cáñamo, lino, pita, yute y demás fibras textiles vegetales y sus manufacturas	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
X	Lanas, crines, pelos y sus manufacturas	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
XI	Sedas y sus manufacturas	1,2%	0,4%	0,7%	0,7%
XII	Productos alimenticios, comestibles y bebidas	70,4%	75,2%	48,0%	67,9%
XIII	Varios	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
	<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>

Fuente: Estadísticas del comercio especial de la Dirección General de Aduanas

Dada la bilateralización de las corrientes comerciales, los saldos obtenidos en el comercio con Gran Bretaña no eran transferibles a ninguna otra área comercial, por lo que podían usarse sólo en operaciones bilaterales. En el caso británico, existía la posibilidad de utilizar los saldos obtenidos no sólo en sus posesiones coloniales, sino también en importaciones de países procedentes de la zona libra. Gracias a este mecanismo y al superávit de la balanza de bienes, las autoridades españolas consiguieron una importante cantidad de divisas que fueron utilizadas para adquirir en el exterior productos tan necesarios como algodón desde Egipto e India, lana de Australia o Sudáfrica, yute y caucho desde India o petróleo desde las Antillas holandesas<sup>423</sup>.

Por otro lado, conviene destacar que la firma del acuerdo comercial con Gran Bretaña no invirtió la paulatina pérdida de peso de los socios comerciales tradicionales españoles a favor de Alemania, tendencia iniciada en la Guerra Civil. Durante el periodo 1940-1941, las importaciones alemanas aumentaron su importancia, mientras que británicos y franceses perdieron peso como países de origen de las compras españolas. De este modo, las importaciones británicas fueron en promedio tan solo un 4,9 por ciento el total en dicho periodo, frente a las alemanas que alcanzaron un 9,5 por ciento de promedio. Al igual que las importaciones, la distribución geográfica de las exportaciones españolas varió durante el mismo periodo. De esta forma, Alemania se convirtió en el principal destino de las ventas españolas, con un promedio del 23,6 por ciento de las exportaciones del periodo 1940-1941, relegando a Gran Bretaña, país que durante décadas había sido el principal cliente de España, al segundo lugar con un promedio de 20,5 por ciento<sup>424</sup>. El incremento de las exportaciones a Alemania se explica no sólo por las simpatías hacia el régimen nazi, sino también por la intención de los dirigentes franquistas de saldar la deuda contraída con los alemanes durante la Guerra Civil. El gobierno británico conocía perfectamente que la mayoría del comercio exterior español se realizaba con Alemania e Italia. Numerosos informes les ilustraban esta realidad, incluso la censura de correspondencia señalaba que en la mayoría de las tiendas los productos que no eran españoles eran alemanes<sup>425</sup>.

Sin embargo, la nula capacidad exportadora de los países del Eje, sobre todo de Alemania, representaba un grave problema para la economía española. En primer lugar, porque redujo considerablemente su capacidad de compra en el exterior. La acumulación de saldos positivos en las cuentas de clearing con

---

<sup>423</sup> MARTÍNEZ RUIZ, E. (2003): pág. 72.

<sup>424</sup> MARTÍNEZ RUIZ, E. (2003): págs. 73-80.

<sup>425</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia, 11 de febrero de 1940, FO 371/24507.

Alemania supuso, de hecho, un préstamo comercial por parte española, que de este modo financió parte del esfuerzo bélico germano<sup>426</sup>. Por otro lado, ponía de manifiesto la dependencia española de las potencias aliadas para el suministro de aquellas materias primas básicas, como el trigo y el petróleo, que los países del Eje no podían suministrar. Como resultado, Gran Bretaña disponía de una palanca muy relevante para influir en la economía del régimen de Franco, que actuaba de lleno en uno de los condicionantes de su actuación exterior.

#### **d) La oposición interna a la nueva política británica**

A pesar del pésimo efecto que supuso la declaración de no-beligerancia, el *Foreign Office* no dudó de la sinceridad de las declaraciones de Franco en las que manifestaba su intención de permanecer neutral, estimando que sólo las presiones de Italia y Alemania podían hacerle cambiar de opinión. Por este motivo, es lógico que recomendasen al gobierno británico que continuara con la ayuda económica que venía prestando y que concediese esperanzas coloniales al gobierno español, a pesar de que eran plenamente conscientes de las limitadas posibilidades de su país para influenciar la postura española<sup>427</sup>. La gran preocupación existente en Londres, y compartida por Hoare, era la posibilidad de que se produjese un incremento de los esfuerzos alemanes por forzar la neutralidad española. Según sus informaciones, Alemania estaba intentando impedir que España tuviese una política exterior independiente:

*Los alemanes están presionando a través de la Falange para evitar que el régimen franquista acepte un préstamo de los Estados Unidos. (...) Tras la caída de Francia, se ha estado presionado durante semanas al gobierno español para que no lleve a cabo sus acuerdos comerciales con Inglaterra. Los nazis trabajan intensamente para conseguir una mayor influencia política y económica dentro del país que les permita asegurarse el comercio español después de la guerra. (...) El Caudillo rechaza la presión alemana, aunque no sabemos si seguirá el mismo destino que Dollfus<sup>428</sup>.*

Pero no todos los miembros del gobierno británico confiaban en que España mantuviese su neutralidad. El claro decantamiento franquista por la victoria del Eje que se produjo en el verano de 1940 motivó el recelo de algunos miembros del gabinete que no querían repetir con Franco la desastrosa experiencia que habían tenido con Italia, país que comenzó el conflicto como neutral y que luego paso a ser

---

<sup>426</sup> MARTÍNEZ RUIZ, E. (2003): págs. 67-69.

<sup>427</sup> CARUANA, L. (1989): págs. 190-199.

<sup>428</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

beligerante. Dentro del gabinete se produjeron grandes discusiones en torno a la posible intervención española en la guerra y la política que se debía seguir respecto al régimen franquista. Incluso Churchill, tenía dudas acerca de las verdaderas intenciones españolas, por lo que pidió al Almirantazgo que planificara la invasión de las Islas Canarias, ante la eventual pérdida de Gibraltar y la necesidad de disponer de una nueva base naval para proteger las rutas Atlánticas<sup>429</sup>. La prensa británica reflejaba también estas discusiones y la preocupación existente en la opinión pública. Los medios informaban de la simpatía española con el Eje e identificaban al falangismo con el fascismo. Muchos periódicos en el verano de 1940 consideraban que la intervención española era inevitable, apoyando las tesis que consideraban que Franco estaba a las órdenes de Hitler<sup>430</sup>.

La política favorable a España que defendían Hoare y el *Foreign Office* se basaba en la sinceridad de la neutralidad española. De acuerdo con las tesis del embajador británico, España estaba en contra de ser forzada a participar en la guerra, aunque reconocía que el ejército español no se encontraba preparado para prevenir una invasión alemana. Esta creencia justificaba la política de apaciguamiento económico. Frente a esta postura, existían voces que pedían una acción firme e incluso hostil con España. El máximo representante de estas tesis fue Hugh Dalton, diputado laborista y ministro de Guerra Económica, quien defendía que el envío de suministros materiales a España podía ser contraproducente. Al estar convencido de que Franco terminaría interviniendo en el conflicto del lado del Eje, pensaba que se corría el riesgo de que los bienes que suministraba Gran Bretaña fueran usados en su contra. Para evitar este riesgo y para intentar reconducir la postura exterior española hacia una verdadera neutralidad, como responsable del diseño del bloqueo económico a Europa continental, propuso una aplicación estricta del bloqueo al régimen franquista<sup>431</sup>.

Inevitablemente, sus tesis chocaban frontalmente con la política indulgente que postulaba Hoare. Desde Madrid, el nuevo embajador advertía que un uso imprudente del bloqueo económico podía provocar la intervención española en el conflicto bélico, que era justamente lo que su misión en España intentaba evitar. Justamente, en aquellos momentos la prensa española realizaba una cruenta campaña contra Gran Bretaña, a la que se acusaba de provocar el hambre en España por culpa del bloqueo económico que ejercía sobre Europa:

*Pero este angustiado tesón por normalizar la vida española, en el que no solo acompañamos, sino que encabezamos, cuenta con obstáculos graves, irritantes y fríamente*

---

<sup>429</sup> MORADIELLOS, E. (2005): págs. 142-143.

<sup>430</sup> CARUANA, L. (1989): págs. 190-199.

<sup>431</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 52-71.



*calculados por pueblos que ya comienzan a tener frente a nosotros algo más que aquella posición de indiferente asistencia, a la que estamos largamente habituados, y que ni siquiera vamos a lamentar. Y es preciso que nuestro pueblo, que en último termino es víctima de estos ataques y obstaculizaciones, tenga de una vez noticia cierta de cual es la clave fundamental de su estrechez (...) nuestro pueblo ha padecido las privaciones de la escasez de trigo y hoy conoce, más gravemente aún las limitaciones extremas de la escasez de gasolina. Pues bien, España puede tener gasolina y de hecho nuestro Gobierno ha obrado a fondo para tenerla. Pero resulta que un pueblo, la Gran Bretaña, decide entorpecer unas veces la adquisición y otras el transporte de lo que España necesita no para otra cosa que para satisfacer sus necesidades internas. (...) No podemos entender todo esto cuando al tiempo se sostiene con nosotros una relación oficial de amistad*<sup>432</sup>.

Hoare alertaba que el gobierno español podía hacer caso a las insinuaciones alemanas de que el hambre que soportaba la población estaba causada por el bloqueo impuesto por los británicos<sup>433</sup>. Por esta razón, preguntaba a Londres: “¿Cómo podemos prevenir el hundimiento de España en el caos o la dominación alemana si no permitimos que el país cubra sus necesidades básicas?”<sup>434</sup>. Durante todo el verano de 1940, Hoare tuvo que desplegar todas sus energías para impedir que se adoptara una postura amenazante respecto a España. El apoyo de Halifax y Churchill fueron necesarios para saldar su disputa con Dalton y evitar un cambio drástico en la política británica hacia España<sup>435</sup>.

### **3. La percepción británica de la realidad económica española**

Uno de los principales aspectos que debían analizar los observadores diplomáticos británicos para evaluar la posibilidad de una intervención española en el conflicto era la situación económica del país. Dicho análisis era fundamental para entender si España estaba en condiciones de sostener un esfuerzo bélico en el hipotético caso de que decidiese participar en la Segunda Guerra Mundial del lado de las potencias del Eje. En el verano de 1940, justo en el momento más crítico para Gran Bretaña durante la guerra y cuando se decidía en Londres la política a seguir respecto al régimen de Franco, el *Foreign Office* decidió llevar a cabo un detallado estudio de las condiciones económicas y sociales de las distintas regiones españolas en las que existía en aquel entonces representación diplomática británica a través de sus consulados. Los informes de los cónsules se completaron con las visitas realizadas por algunos miembros de la embajada, que recorrieron amplias zonas del

---

<sup>432</sup> “España, agredida”, artículo de Arriba, 13 de agosto de 1940.

<sup>433</sup> Despacho de Hoare a Halifax, 11 de julio de 1940, FO 371/24508.

<sup>434</sup> Despacho de Hoare a Halifax, 15 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>435</sup> Halifax tuvo que dedicar mucho tiempo a mediar entre las dos partes. Véase el legajo FO 800/323.

país para contrastar la realidad de la situación interna. Toda esta información se complementaba con los datos y las impresiones obtenidas por la oficina de censura de correspondencia.

Gracias a toda la información recolectada, el *Foreign Office* se convenció de que la economía española se encontraba en un estado lamentable, dañada por causa de la contienda civil y atenazada por la política económica desarrollada por el nuevo régimen. El personal diplomático británico fue testigo de la dramática situación económica española. Su impresión general fue que el conflicto bélico había dañado la infraestructura económica del país, lo que afectaba tanto a su capacidad productiva, industrial y agrícola, como al sistema de transportes. A su vez, vieron como la falta de materias primas, provocaba una auténtica parálisis industrial en España. Por su parte, la censura de correspondencia transmitía que la situación económica era trágica: el país estaba devastado por la guerra, la industria estaba paralizada, no existía moneda ni siquiera para uso interno, faltando los alimentos y todas las cosas esenciales de la vida<sup>436</sup>. De la misma manera, observaron las penosas condiciones de vida de la población española, que padecía verdadera hambre y miseria. El sombrío panorama se completaba con la labor represiva llevada a cabo por las nuevas autoridades, que, en opinión de los diplomáticos británicos, impedía la conciliación nacional y agravaba el sufrimiento de los españoles. Como describía el cónsul británico en Valencia:

*A pesar de la política del Gobierno para mejorar las condiciones de vida de la población, existe un amplio y oculto descontento, particularmente entre las clases sociales más bajas. El aumento de los precios de los alimentos y el coste prohibitivo del resto de productos ha llevado a la desesperación a una gran parte de la población. Un factor muy preocupante son las sentencias de muerte por las ofensas políticas y criminales cometidas durante la Guerra Civil*<sup>437</sup>.

Por lo tanto, como percibió el *Foreign Office*, las condiciones económicas y sociales del país no parecían favorecer la posible entrada de España en la Segunda Guerra Mundial, facilitando la oposición general a que el gobierno diese ese paso. En consecuencia, los británicos creyeron que la realidad española suponía un freno a la postura belicista de la Falange, jugando a favor del objetivo último de la diplomacia británica que era el mantenimiento de la neutralidad española en el conflicto bélico mundial. A pesar de sus gestos a favor del Eje, la política franquista estaba sometida a grandes limitaciones económicas, que dificultaban los posibles preparativos de guerra. Igualmente, la constatación de la realidad económica española reforzaba la creencia en Londres que la ayuda

---

<sup>436</sup> Resumen de la información recogida mediante la censura de correspondencia entre el territorio español y británico a comienzos de 1940, 9 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>437</sup> Situación en Valencia. Informes de los distintos consulados sobre la situación económica y social de España, 20 de agosto de 1940, FO 371/24508.

económica era una de las palancas que disponían para influir en la postura española en el conflicto. A pesar de su delicada situación bélica, no todo estaba perdido para los británicos. Conociendo la penosa situación económica en la que se encontraba España y su dependencia de la ayuda exterior, tuvieron una importante baza que jugar en las relaciones bilaterales y en su intento por mantener al régimen franquista fuera de la guerra.

Frente a las proclamas oficiales que pregonaban el éxito de la adopción de las medidas autárquicas, la realidad era que el país se encontraba de lleno en una grave crisis económica. Como sabemos, los años de la guerra mundial se caracterizaron por ser una época de profunda depresión económica en España<sup>438</sup>. Cualquier mejora de la situación pasaba por la llegada de ayuda foránea. La esperanza de Franco de conseguir el apoyo económico alemán al final de la Guerra Civil no llegó a materializarse nunca. Las continuas peticiones españolas de suministros se encontraron con el desinterés del Tercer Reich. Esta situación obligaba a los españoles a recurrir a Gran Bretaña para la obtención de suministros clave para el país. La grave crisis económica española coincidió con el periodo de tentaciones de intervención en el conflicto mundial, lo que salvaría a los británicos. Tanto éstos como los norteamericanos pudieron ejercer de manera efectiva su presión económica debido al escaso margen de maniobra que tenía el régimen de Franco.

#### **a) La situación de la industria**

Los diplomáticos británicos consideraban que el tejido industrial español había resultado dañado durante la Guerra Civil. Aunque creían que el mayor daño material se producía por la dislocación de la maquinaria que por la destrucción directa de las plantas industriales. A su vez, señalaban que los destrozos causados a la industria variaban dependiendo de las regiones. Por ejemplo, se juzgaba que los daños sufridos por la industria en la región de Valencia eran menores que los de Barcelona o Madrid. En cualquier caso, la inspección británica revelaba pocas destrucciones irreparables. Sin embargo, salvo excepciones como

---

<sup>438</sup> Según estimaciones de Albert Carreras, la renta nacional durante el periodo 1940-1945 creció tan sólo un 1% anual. CARRERAS, Albert (1989): "Depresión económica y cambio estructural el decenio bélico (1939-1945)" en GARCÍA DELGADO, Luís (1989), *El primer franquismo: España durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Siglo XXI, págs. 3-33.

Valencia, se consideraba que la guerra había mermado la capacidad industrial del país<sup>439</sup>.

En realidad, las pérdidas de equipos industriales fueron moderadas debido a la manera en la que se habían desarrollado los frentes de guerra, la limitada precisión de los bombardeos y la actitud de las autoridades de las zonas fabriles, reacias a destruir las instalaciones en su retirada<sup>440</sup>. Además, las destrucciones se concentraban en las localidades de segundo orden, no resultando tan afectados los grandes centros industriales<sup>441</sup>. Con el fin de exculpar a su desastrosa política de la falta de progreso económico durante la posguerra, el gobierno franquista exageró las destrucciones de la Guerra Civil. Como sabemos, éstas fueron menores que las provocadas durante la Segunda Guerra Mundial en países como Italia, Francia y Grecia, los cuales habían sido escenarios de operaciones bélicas<sup>442</sup>.

Los observadores británicos vieron como la falta de materias primas paralizaba la actividad industrial en diversos lugares del país después del final de la guerra. Los almacenes de muchas empresas permanecían vacíos durante muchos meses, obligando a paralizar la producción. De esta manera, se exponía la fuerte dependencia a la importación de materias primas que existía en numerosas industrias españolas. Uno de los ejemplos mencionados por los británicos era la industria valenciana de cerámica. En su producción, aunque utilizaba como material en un noventa y nueve por ciento la tierra, dependía para su fabricación de la importación de los colores, que suponían el uno por ciento de los materiales restantes<sup>443</sup>. La censura de la correspondencia entre España y Gran Bretaña mostraba las quejas por la falta de materias primas básicas como los materiales de construcción, los combustibles (gasolina y carbón), los productos químicos o el papel<sup>444</sup>. Según esta fuente, la gasolina era más escasa que nunca, por lo que, por ejemplo, en Barcelona durante el otoño de 1940 apenas circulaban automóviles por sus calles<sup>445</sup>.

---

<sup>439</sup> Informes de los distintos consulados sobre la situación económica española, recogidos por la embajada británica en Madrid en agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>440</sup> CATALAN, J. (1995): págs. 46-50.

<sup>441</sup> ROS HOMBRAVELLA, Jacinto (1973): *Capitalismo español: de la autarquía a la estabilización (1939-1959)*, vol. I, Madrid, Edicusa, págs. 166-170.

<sup>442</sup> CATALAN, J. (1995): págs. 53-56.

<sup>443</sup> Informes de los distintos consulados sobre la situación económica y social de España, 20 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>444</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia a comienzos de 1940, FO 371/24507.

<sup>445</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia durante el mes de octubre de 1940, FO 371/24509.

En efecto, el valor oficial de los bienes importados como materias primas durante el periodo 1939-1945 alcanzó un nivel medio del 38% de las importaciones en el año 1935. Esta reducción de las importaciones fue una de las causas principales del escaso desarrollo fabril durante la posguerra<sup>446</sup>. Los motivos de esta drástica reducción eran la falta de medios de pago y la política de restricción de importaciones y control de cambio seguida por las autoridades españolas. Estas medidas, de clara inspiración nazi y fascista, se convirtieron en los pilares de la política económica inicial del franquismo<sup>447</sup>.

Como resultado de esta situación, la industria española pasaba por grandes dificultades, produciéndose caídas en sus niveles de actividad y motivando que muchas empresas redujesen el tiempo de trabajo o trabajasen a tiempo parcial. En Cataluña, la producción industrial también estaba obstaculizada por la falta de materias primas. A mediados de noviembre de 1940, Hoare enumeraba los problemas que tenía la industria en Barcelona:

*La falta de materias primas y comida, la desorganización del comercio, el abandono de las carreteras, la destrucción de puertos y puentes, la falta de petróleo y la gente en el exilio en campos de concentración. (...) El resultado es que Cataluña ha hecho poco progreso en la recuperación económica después de la Guerra Civil. (...) Las plantas de hierro, acero y energía mantiene un cierto nivel de actividad, gracias a la iniciativa del gobierno, que intenta mantener la producción de dichos materiales y de sostener el empleo de manera oficial. La industria catalana del cuero tiene una producción un tercio inferior a la normal. En las industrias ligeras se produce una reducción del trabajo por la falta de materias primas<sup>448</sup>.*

Los diplomáticos británicos describían cómo la situación era similar por toda España. En Galicia las principales industrias de la región, como el enlatado de pescado, se encontraban estancadas<sup>449</sup>. En el sur de España, la fábrica inglesa de Río Tinto informaba constantemente de los problemas que planteaba la falta de carbón, lo que incidía negativamente en su producción<sup>450</sup>, mientras que la falta de acero y de mano de obra estaba paralizando la construcción de barcos en Cádiz<sup>451</sup>. En medio de la desolación general, los británicos mencionaban que algunas industrias, como la del corcho en el norte de Cataluña conseguían prosperar, aunque

---

<sup>446</sup> CATALAN, J. (1995): págs. 157-158.

<sup>447</sup> CATALAN, J. (1995): págs. 59-75.

<sup>448</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre la situación de Barcelona, 18 de noviembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>449</sup> Informes del cónsul británico en Vigo sobre la situación económica de la región, elaborado el 20 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>450</sup> Los representantes de Río Tinto también se quejaban de los problemas causados por los alcaldes falangistas de los pueblos circundantes, con la intención de erradicar la influencia británica de la región. Recogido en un informe del embajador Peterson a Halifax, donde resume las impresiones de su viaje con el agregado aéreo, el comandante James, por Sevilla, Gibraltar y Huelva, 5 de marzo de 1940, FO 371/24507.

<sup>451</sup> Informe de la oficina de censura de correspondencia, 29 de mayo de 1940, FO 371/24507.

eran una excepción en medio de un panorama deprimente<sup>452</sup>. Gradualmente percibieron como el suministro de materias primas y otros bienes esenciales mejoraba ligeramente. Aunque se consideraba que la mejora era un proceso lento por la falta de moneda extranjera, tan necesaria para realizar importaciones.

Durante los primeros años de la década de los cuarenta se produjo un fuerte declive industrial español, que los británicos supieron apreciar. El colapso de la industria se refleja en la caída de los índices de producción industrial que de 97,9 en 1935 bajó a 83,9 en 1940 y a 86,9 en 1945, y en que el índice de industrialización por habitante de 1930 no se alcanzaría hasta 1952<sup>453</sup>.

Aparte de la ya comentada reducción de las importaciones de materias primas, otro factor explicativo de dicha caída, conocido por los británicos, era el estrangulamiento energético, motivado por la falta de petróleo derivada del alineamiento con las potencias del Eje. La falta de combustibles líquidos provocó el colapso del transporte terrestre y el aumento de la demanda de combustibles fósiles, motivando que la extracción de carbón en España viviese una época dorada. Sin embargo, la calidad del carbón era inferior a la usada antes del conflicto por el corte de suministro de carbón inglés, repercutiendo de manera negativa en las industrias forzadas a utilizar productos fósiles sustitutivos. El ferrocarril se convirtió en el primer consumidor de carbón, aunque no podía responder de manera adecuada a las necesidades de transporte de mercancías.

En cuanto a la minería, el principal problema que se percibía desde Londres era la dificultad para distribuir la producción. Por ejemplo, en los despachos que se recibían desde Madrid se mencionaba que las minas de hierro y zinc del norte de España acumulaban una gran cantidad de material que no se había podido distribuir<sup>454</sup>. Desde el sur del país se informaba que la falta de barcos de transporte hacía que el cobre se acumulase en las zonas de producción, provocando la parálisis del negocio<sup>455</sup>. Otro problema añadido era la insubordinación de los mineros asturianos que provocaba la desarticulación de la producción de carbón en el norte de España<sup>456</sup>. Por otro lado, el conflicto bélico disparó la producción de

---

<sup>452</sup> Informe de Hoare a Eden sobre las condiciones económicas e industriales en Barcelona durante el mes de junio de 1940, 4 de julio de 1940, FO 371/26891

<sup>453</sup> CARRERAS, A. (2005): págs. 358-452.

<sup>454</sup> El cónsul británico en Santander informaba en agosto de 1940 que desde junio no se había enviado por mar ninguna partida de zinc al extranjero, 9 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>455</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia, 11 de febrero de 1940, FO 371/24507.

<sup>456</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia a comienzos de 1940, FO 371/24507.

minerales de uso militar como el volframio. En los capítulos siguientes veremos la importancia que tuvo este último mineral en las relaciones hispano-británicas.

Finalmente, otros elementos que influyeron en la bajada de la productividad fueron los efectos de la Guerra Civil en la población laboral y la política de represión en masa que motivó una pérdida de trabajadores cualificados. Esto se debía a que la represión la sufría un estrato social de gran importancia para el proceso productivo. Al causar muertes y provocar el exilio de muchas personas, supuso la pérdida de conocimientos que no eran fácilmente reemplazables. Además, el clima de terror y de miseria que vivía la clase obrera no favorecía incrementos en su productividad<sup>457</sup>.

## **b) La situación de la agricultura**

Los diplomáticos británicos consideraban que el impacto directo de la Guerra Civil en la capacidad agraria española no era crítico, aunque valoraban el daño indirecto causado al haberse paralizado durante años la producción alimentaria. Igualmente, reconocían que la agricultura había sufrido por la falta de cultivo y por la escasez de fertilizantes. Tras la desmovilización de los trabajadores de la tierra por el final de la guerra, se esperaba que la situación mejorara en el corto plazo. Por otro lado, consideraban que la ganadería también había sufrido el impacto de la contienda, como les parecía indicar el hecho de que el número de cabezas de ganado fuese menor que a principios de la guerra en muchas regiones españolas<sup>458</sup>.

Las esperanzas depositadas en las cosechas de los años inmediatos al final de la Guerra Civil siempre se desvanecían con el avance de las estaciones, por lo que la situación alimentaria era considerada por los británicos como ominosa. En este sentido, vieron como las cosechas de 1940 y de 1941 eran bastante pobres, a causa de la falta de fertilizantes y la desastrosa organización de la producción. Los casos de Canarias, donde la cosecha de tomate había sido un desastre, y la exigua producción triguera de Castilla, ilustraban ambos extremos. Según los británicos, el problema se agravaba por las drásticas restricciones de gasolina que no permitían a los agricultores distribuir sus mercancías<sup>459</sup>. Un problema añadido era que algunas cosechas, como la de los cítricos, dependían de la fumigación, tarea imposible de realizar dado que los productos químicos dependían de suministros exteriores que

---

<sup>457</sup> CATALAN, J. (1995): págs. 57-59.

<sup>458</sup> Informe del cónsul de Santander describiendo las condiciones de su distrito, 9 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>459</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax relatando un viaje del agregado aéreo de la embajada, el comandante James, al norte de España, donde visitó Gijón y Santander después de atravesar Castilla, 27 de agosto de 1940, FO 371/24508.

no estaban disponibles<sup>460</sup>. Por estas razones, entendían que la productividad de la agricultura española había disminuido, lo que provocaba una escasez de alimentos en el país. Además, resaltaban que la mencionada falta de gasolina dejaba a la flota pesquera en el puerto, por lo que se dejaba de conseguir alimentos para las hambrientas familias españolas<sup>461</sup>.

Ciertamente, los observadores británicos supieron captar que los efectos de la guerra en la capacidad productiva agraria eran más graves que en la industria, aunque no lo fueron tanto como los del sistema de transportes. La reducción de la capacidad agraria vino determinada por la menor disponibilidad de brazos para trabajar en el campo, la caída de la automatización por el menor uso de la fuerza mecánica o animal, la disminución de la superficie cultivada y la reducción del consumo de abonos<sup>462</sup>. Como resultado de todo esto, la vital producción agraria se desplomó. A modo de ejemplo podemos señalar que la producción triguera pasó de un índice 100 en el periodo 1931-1935 a un índice 73 en 1940-1945<sup>463</sup>. Por su parte, la ganadería se vio afectada por la pérdida de animales, estimada en un 8% de la cifra anterior a la contienda. Lo más relevante era que la escasez de ganado, abonos y de maquinaria agrícola, no era un factor estructural, por lo que habrían podido ser repuestos de haberse seguido otra política<sup>464</sup>.

Por otro lado, los diplomáticos británicos destacaban que los agricultores españoles tenían una amplia experiencia y entusiasmo en sus tareas. Curiosamente, recogían sus quejas acerca de la poca laboriosidad de los braceros, a los que calificaban de “vagos e ineficientes”. Además, percibían que los agricultores se oponían al control del gobierno, queriendo vender sus productos sin intervención gubernamental. Sin embargo, señalaban que a pesar de sus protestas, la intromisión oficial en cuanto a los niveles salariales no era tan marcada como en la industria<sup>465</sup>. Al mismo tiempo, resaltaban que algunos agricultores no plantaban sus tierras, mientras que otros lo hacían, guardando parte de la cosecha para venderla después a mayor precio en el mercado negro, o como se llamaba entonces estraperlo, aprovechándose así de la situación existente. Finalmente, indicaban que como

---

<sup>460</sup> Informe del cónsul de Valencia informando sobre las condiciones de su distrito, 9 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>461</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia, 26 de diciembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>462</sup> CATALAN, J. (1995): págs. 44-46.

<sup>463</sup> CARRERAS, A. (2005): págs. 244-355.

<sup>464</sup> CATALAN, J. (1995): págs. 44-46.

<sup>465</sup> Informe del cónsul de Valencia informando sobre las condiciones de su distrito, 9 de agosto de 1940, FO 371/24508.



resultado de las malas cosechas y de los problemas reinantes, muchas comunidades de agricultores habían desaparecido<sup>466</sup>.

En cuanto a la existencia del mercado negro, la historiografía ha resaltado que sus altos rendimientos motivaban que la producción se desviase hacia allí. Por ejemplo, según los registros oficiales la producción de patatas mostró una disminución durante el periodo de la Segunda Guerra Mundial. Esto puede significar que, o bien la caída fue real, o bien que la producción era dirigida al mercado negro. De esta manera, algunos campesinos sin escrúpulos preferían enriquecerse en el mercado negro o bien plantar productos no intervenidos o con tasas oficiales más altas. El caso del aceite también sirve para ilustrar la misma situación. Durante el periodo cubierto por este trabajo se aprecia un fuerte estancamiento de sus exportaciones, las cuales eran tan sólo un tercio de los niveles anteriores a la guerra civil. Este hecho parece indicar que gran parte de la producción se desviaba al mercado negro<sup>467</sup>.

### **c) La situación del transporte**

Respecto al transporte, los observadores británicos vieron como las destrucciones bélicas habían dañado la red ferroviaria, las carreteras terrestres y el sistema de puertos marítimos. De todos los medios de transporte, destacaron que el ferrocarril era el único que podía permitir un tráfico fluido de mercancías y pasajeros en la Península. Lamentablemente, veían como se encontraba en un estado lamentable en comparación a los tiempos anteriores a la Guerra Civil, en los que ya había demostrado ser claramente ineficiente. En su opinión, el transporte ferroviario estaba perjudicado por las destrucciones bélicas, paralizado por falta de carbón y de material, así como por la falta de personal, al encontrarse en prisión muchos de los trabajadores ferroviarios. Por otro lado, los diplomáticos británicos resaltaban que los camiones que podían usarse como medio alternativo de transporte estaban siendo usados mayoritariamente para abastecer de comida al numeroso ejército que mantenía el gobierno español por todo el país<sup>468</sup>.

En cuanto al estado de las carreteras, mencionaban que las vías secundarias estaban en malas condiciones, pero que las carreteras principales estaban sorprendentemente en buen estado. En su opinión, dichas carreteras

---

<sup>466</sup> Impresiones del cónsul de Barcelona, 9 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>467</sup> CATALAN, J. (1995): págs. 188-196.

<sup>468</sup> Informe del cónsul general Godden a Halifax tras su visita a las provincias de Castilla, 10 de enero de 1940, FO 371/24507.

necesitaban la realización de algunas obras para garantizar su funcionamiento, aunque debían ser más de parcheado que de reconstrucción<sup>469</sup>. Lamentablemente, se consideraba que en numerosas partes de España las carreteras estaban desatendidas, por lo que la situación sólo podía empeorar. La falta de gasolina y la destrucción de puentes dificultaban el transporte rodado. Además, era aconsejable que los conductores evitasen algunas carreteras en Asturias ya que “los rojos actuaban a sus anchas en las montañas”<sup>470</sup>.

Por otro lado, mencionaban que muchos puertos marítimos españoles habían sido dañados por el conflicto bélico. Los diplomáticos británicos señalaban como la Segunda Guerra Mundial había motivado un descenso en las comunicaciones marítimas, por lo que numerosos puertos, como el de Barcelona, habían disminuido drásticamente su tráfico, o como el caso de Santander, su tráfico era casi inexistente<sup>471</sup>. De igual forma, indicaban que las comunicaciones con las islas Canarias eran muy irregulares por la falta de barcos y de carburante<sup>472</sup>.

En resumen, los observadores británicos destacaron en múltiples informes como las condiciones del transporte en España eran muy negativas, lo que dificultaba enormemente la reconstrucción económica. Hoare indicaba que los medios de transporte habían reducido su capacidad, como resultado de las destrucciones, de la falta de combustible y de la escasez de trabajadores cualificados. Esto significaba que las comunicaciones internas se mantenían con gran dificultad<sup>473</sup>. En cuanto a las reparaciones y reconstrucciones de los medios de transporte, se percibía que avanzaban a un ritmo lento por la falta de capital.

Estas consideraciones eran correctas si tenemos en cuenta que los mayores daños provocados por la Guerra Civil se produjeron en la infraestructura y en el material de transporte. Por ejemplo, el 18 de julio de 1936 los ferrocarriles españoles de vía ancha contaban con 2.800 locomotoras, 3.483 coches de pasajeros y 69.222 vagones de carga. En contraste, al finalizar la guerra los números se habían reducido a 1.837, 1.740 y 41.700 respectivamente. Por otro lado, la flota mercante, que en 1935 contaba con 951 naves y 1.176.359 toneladas, se había reducido a 824 naves y 913.898 toneladas. Más graves eran las destrucciones de puentes y enlaces de carreteras, que al ser objetivos militares, habían sufrido grandes destrozos. Sin

---

<sup>469</sup> Informe del cónsul general Godden a Halifax tras su visita a las provincias de Castilla, 10 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>470</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax relatando un viaje del agregado aéreo de la embajada, el comandante James, al norte de España, donde visitó Gijón y Santander después de atravesar Castilla, 27 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>471</sup> Informe del cónsul de Santander describiendo las condiciones de su distrito, 9 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>472</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia durante el mes de noviembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>473</sup> Informe de Hoare sobre la situación en España, 8 de enero de 1941, FO 371/24528.

embargo, las pérdidas fueron menores que las sufridas por Francia, Italia y Grecia durante la Segunda Guerra Mundial, cuyos equipos ferroviarios tuvieron pérdidas que oscilaban entre el 50% y el 80%, lejos del nivel español que se situaba en torno al 30-40%; y cuyas flotas mercantes fueron absolutamente diezmadas (pérdidas superiores al 70%), mientras que en España su reducción fue de apenas un cuarto<sup>474</sup>.

#### **d) Las necesidades financieras españolas**

La situación financiera del país era descrita por los diplomáticos británicos como “muy seria”, ya que aparte de las desastrosas condiciones económicas, el gobierno español no disponía de fondos para la compra de importaciones, vitales para la actividad industrial del país y para alimentar a su maltrecha población<sup>475</sup>. Además, indicaban que no había moneda en circulación<sup>476</sup>, por lo que la falta de dinero motivaba que los sellos se usasen en lugar de monedas<sup>477</sup>. De esta forma, los empresarios británicos que comerciaban con España tenían poca fe en la peseta, y hablaban de fijarla al marco alemán como solución para la mejora del comercio. Por lo tanto, el *Foreign Office* era consciente de la desesperada situación financiera del país, viendo como sin reservas de oro y sin apenas realizar exportaciones, el gobierno español carecía de recursos para llevar a cabo las enormes tareas de reconstrucción económica de la posguerra.<sup>478</sup>

Sin embargo, una de las principales premisas de la política económica autárquica del primer franquismo fue la renuncia al uso de capital extranjero como complemento al ahorro interno. Dado que el objetivo de la política autárquica era la independencia política y militar del país, el recurso a capitales foráneos que pudieran limitar la acción gubernamental o condicionar las estrategias de las empresas españolas, fue rechazado por las autoridades franquistas. El objetivo último de la política franquista de limitar el crédito exterior y la inversión extranjera en España era la consecución del equilibrio de la balanza de pagos española, verdadera obsesión personal de Franco. Por esta razón, la necesidad de acudir a los

---

<sup>474</sup> CATALAN, J. (1995): pág. 44 y págs. 53-56.

<sup>475</sup> Impresiones del cónsul de Barcelona, 9 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>476</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia, 11 de febrero de 1940, FO 371/24507.

<sup>477</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia, 19 de marzo de 1940, FO 371/24507.

<sup>478</sup> Informe de J.W: Dolphin (United Kingdom Commercial Corporation) a Mr. Williams (Foreign Office), 24 de julio de 1941, FO 371/26891.

mercados de capitales internacionales era considerada como una solución de urgencia.

En los meses posteriores a la Guerra Civil, el gobierno español desestimó la posibilidad de recurrir a los mercados financieros de Francia o Gran Bretaña en busca de recursos porque creía que la concesión del crédito iría asociada a ciertos compromisos políticos. Curiosamente, el gobierno franquista despreciaba el endeudamiento exterior, que tan profusamente había sido utilizado durante la sublevación y que suponía la existencia de una elevada deuda de guerra, especialmente con las potencias de Eje. La deuda con Italia era el mayor de los compromisos exteriores que había contraído el nuevo régimen. El monto reconocido por España fue de unos 263 millones de dólares. No fue una carga financiera muy pesada debido al escalonamiento de sus pagos durante veinticinco años y a la depreciación de la divisa italiana durante los años cuarenta<sup>479</sup>. La deuda pactada con Alemania ascendía a 149 millones de dólares. Esta deuda supuso una mayor carga para la economía española debido a la intención del Reich de cobrarla en un plazo más corto<sup>480</sup>.

Además de la ayuda de las potencias fascistas, el bando franquista contó con créditos, préstamos y donaciones realizadas por empresas y bancos de diversos países, entre los que se encontraban compañías británicas como *Río Tinto* y el banco *Kleinwort Sons & Co*. Este último banco proporcionó dos créditos a los nacionales para financiar su esfuerzo de guerra, y que fueron reconocidos por ley en 1939. El primero de ellos el día 6 de abril de 1937 por un importe de 500.000 libras (ampliado en 300.000 libras) y que fue obtenido gracias a la mediación de Juan March. El segundo fue concertado el 25 de octubre de 1937 con un principal de 1,5 millones de libras, y que fue ampliado posteriormente en 500.000 libras<sup>481</sup>. Las cifras reconocidas por el Ministerio de Hacienda de las deudas de procedencia diversa, distinta a Alemania e Italia, ascendían a unos seis millones de dólares. Sumando todos estos compromisos, a principios de la guerra mundial el gobierno español había reconocido una deuda de guerra de unos 418 millones de dólares<sup>482</sup>. El coste de la Guerra Civil supuso una pesada carga para una economía maltrecha y que carecía de reservas de oro y de divisas.

---

<sup>479</sup> La deuda con Italia totalizaba 5.000 millones de liras italianas. Para saldarla se emitieron 5.000 bonos de un millón de liras cada uno, con un vencimiento de intereses y amortización semestral, pagaderos el primero en diciembre de 1941 y el último en junio de 1967. CATALAN, J. (1995): pág. 210.

<sup>480</sup> El Estado español reconoció una deuda con Alemania por un importe de 372 millones de reichmarks. El Tercer Reich consiguió cobrar la mayoría de esta deuda durante la Segunda Guerra Mundial. CATALAN, J. (1995): págs. 211-212.

<sup>481</sup> Ley reservada de la Jefatura del Estado del 1 de abril de 1939. Boletín Oficial del Estado.

<sup>482</sup> CATALAN, J. (1995): pág. 212.

Por otro lado, el nuevo régimen había heredado las deudas derivadas de los atrasos comerciales anteriores al 18 de julio de 1936. Catalán estima esta deuda en unos 59 millones de dólares<sup>483</sup>. A esta cifra habría que añadir los desembolsos que suponían la deuda perpetua exterior asumida por el Estado español. La mayoría de la deuda exterior en circulación en España a comienzos de la Segunda Guerra Mundial tenía su origen en la conversión en 1882 de la Deuda Consolidada al 3 por ciento en Deuda Perpetua al 4 por ciento anual, libre de impuestos y pagadera en el primer día de enero, abril, julio y octubre. La deuda perpetua exterior al 4 por ciento durante el periodo 1939-1945 mantuvo un saldo constante de 910.703.800 pesetas. Además, existía una partida de deuda perpetua exterior al 3 por ciento con un saldo de 6.197.000 pesetas<sup>484</sup>. Ambas partidas suponían una deuda de unos 84 millones de dólares. Esta última cantidad puede ser mayor si se añade el monto de deuda clasificada como interior pero que podía estar en manos de extranjeros<sup>485</sup>. Al finalizar la Guerra Civil, la deuda exterior del bando nacional totalizaba uno 560 millones de dólares, de los que aproximadamente el 75 por ciento correspondía a la deuda de guerra. Esta cantidad representaba una quinta parte de la Deuda del Estado.

La diplomacia británica supo, antes de terminar la Guerra Civil, que las autoridades nacionales mostraban su rechazo a la posibilidad de recurrir a préstamos del exterior para financiar las tareas de reconstrucción. En contra de lo que se afirmaba en la prensa extranjera. El Ministro de Hacienda británico, Sir John Allsebrooke Simon, declaró en la Cámara de los Comunes el 18 de mayo de 1939 que hasta ese momento “el gobierno español no había expresado ningún deseo de pedir un préstamo al gobierno británico y que no había habido ningún acercamiento al *Foreign Transactions Advisory Committee*”, que era el departamento encargado de dichos temas<sup>486</sup>. El gobierno franquista se mantenía firme en su creencia de que dichos préstamos no eran necesarios, al considerar que podía afrontar todas las tareas de reconstrucción con mano de obra y materias primas españolas, sin necesidad de recurrir al exterior. La posición oficial británica ante este tema era también muy clara. En los meses previos al estallido de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno británico se opuso al suministro de préstamos o créditos, tanto británicos como extranjeros, a España, salvo que se diesen dos circunstancias: que fuesen en respuesta a una petición oficial de las autoridades españolas y que ésta

---

<sup>483</sup> CATALAN, J. (1995): pág. 213.

<sup>484</sup> Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas (1939-1945).

<sup>485</sup> Los estudios disponibles no permiten conocer cuánta deuda del Estado y del Tesoro español se encontraba en manos de inversores extranjeros, al desconocerse el carácter de los compradores de dichos instrumentos. Es conveniente señalar que dada la dificultad que encontraban las firmas extranjeras que operaban en España en repatriar sus beneficios, éstas pudieron considerar como alternativa la compra de valores de deuda pública en circulación.

<sup>486</sup> Annual report for 1939, FO 371/24507.

fuese acompañada de seguridades de una completa independencia española de cualquier control exterior y de su neutralidad en el caso de una guerra en Europa<sup>487</sup>.

Tras el estallido de la guerra en Europa, la necesidad de apaciguar al régimen franquista motivó que el gobierno británico ofreciera la posibilidad de concederle un crédito en el marco de las negociaciones comerciales hispano-británicas. Como ya se ha señalado en el apartado anterior, fruto del Acuerdo de 18 de marzo de 1940 el gobierno español obtuvo un préstamo del gobierno británico de 2 millones de libras (unos 10 millones de dólares). La finalidad del mismo se delimitó a la compra de materias primas y alimentos dentro del Reino Unido y en el área de la libra. De este modo, las autoridades españolas flexibilizaban su postura autárquica ante la necesidad de obtener financiación para la compra urgente de alimentos y materias primas básicas.

En cualquier caso, durante la Segunda Guerra Mundial el gobierno español no mostró ningún interés en ampliar sus bases de financiación externa. Franco rechazó la posibilidad de obtener más crédito exterior, a pesar de las numerosas ofertas realizadas por británicos y norteamericanos. El rechazo al crédito exterior como vía de financiación supuso que a la altura de 1942 el valor de los préstamos concedidos en el exterior era tan sólo de 86 millones de dólares<sup>488</sup>. El único aumento de deuda exterior se produjo tras la emisión el 1 de enero de 1945 de 637 millones de pesetas (unos 57 millones de dólares) en títulos al 4 por ciento, con intereses pagaderos en dólares, como pago por la compra de la participación accionarial de la compañía norteamericana ITT en Telefónica.

El desprecio a la financiación exterior impidió que se obtuviesen recursos financieros para importar los bienes y materiales que la economía española necesitaba para su recuperación. El nuevo régimen perdió la oportunidad de obtener condiciones favorables de crédito de los aliados durante los años 1939 a 1942. Dada la necesidad de apaciguar al Estado español, se pudo haber conseguido un monto de crédito superior a los 86 millones de dólares registrados en 1942. La historiografía tradicional ha criticado duramente el hecho de que un gobierno cuyo país se encontraba en una situación de extrema escasez y hambruna, no mostrara ninguna intención de buscar financiación en países como Gran Bretaña o Estados Unidos que le permitiera paliar el sufrimiento que padecía su población.

---

<sup>487</sup> Annual report for 1939, FO 371/24507.

<sup>488</sup> CATALAN, J. (1995): págs. 209-216.

#### 4. El reajuste de la política interior española

Hemos visto como el cambio en el panorama internacional tras la caída de Francia alteró la posición del régimen de Franco en el conflicto, ante la posibilidad de materializar las aspiraciones territoriales españolas. En el plano interior también tuvo consecuencias significativas, al favorecer la progresiva fascistización del régimen y la consolidación en el poder de Serrano Suñer al ritmo de las victorias del Eje. A partir de dicho momento, los británicos consideraron que la política interna española estuvo sometida a una nueva presión externa, que buscaba forzar la entrada del país en la guerra<sup>489</sup>. Sin saberlo, era el propio Franco el que se ofrecía a entrar en la guerra del lado del Eje, convencido de la inminente derrota británica y de la invencibilidad alemana.

Después de la derrota de Francia, comenzaron a correr rumores que daban por hecho la invasión alemana de España o la ocupación italiana de Mallorca. Hoare relataba en sus despachos a Londres como durante el verano de 1940 los españoles esperaban una invasión británica o alemana, alcanzando la presión y propaganda para que España entrase en la guerra límites insospechados. En este contexto, se entiende el nerviosismo del embajador británico ante la posibilidad de que se realizaran recepciones a las tropas alemanas en diversas ciudades del norte del país para celebrar su llegada a la frontera hispano-francesa. Según su opinión, los alemanes querían mostrar su poderío militar mediante un flujo continuo de tropas “de turismo” a través de la frontera de Hendaya, con la intención de forzar la neutralidad española. Hoare estaba convencido de que si se hubiesen materializado las intenciones alemanas, España habría quedado definitivamente atada a las potencias del Eje. El embajador compartió sus preocupaciones con Beigbeder con el fin de ayudar al gobierno español a evitar una invasión nazi<sup>490</sup>. Como afirma en sus memorias, ese día conoció el verdadero carácter de la Administración española:

*Externamente, parecía que no pasaba nada, pero en realidad, se despachaban una serie de órdenes confusas y contradictorias, donde los generales tan pronto parecían estar dispuestos a organizar ceremonias de bienvenida a los alemanes como las cancelaban sin previo aviso. En aquellos momentos, España afrontaba una situación muy peligrosa, pero el Gobierno no*

---

<sup>489</sup> Informe de Hoare a Halifax, 1 de julio de 1940, FO 371/24508.

<sup>490</sup> Hoare pensaba que Beigbeder era el típico español, en la línea de Don Quijote, con un desprecio casi salvaje por las interferencias extranjeras en España. De ahí que estuviese horrorizado por la caída de Francia y por la amenaza de dominio alemán de España. Además, fue retratado por el embajador como una persona sensible, orgullosa y caballerosa. Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

*era capaz de tomar el mando y emitir una orden definida sobre como frustrar ese posible plan de invasión alemán*<sup>491</sup>.

No hubo noticias de los alemanes, hasta que se supo que el general López Pinto, capitán general de la VI región militar de Burgos, había acordado con militares del Tercer Reich la celebración de un desfile el día 27 de junio en San Sebastián con la participación de unidades mecanizadas y acorazadas alemanas. Según Hoare, más unidades de la Wehrmacht aguardaban en Francia su oportunidad para entrar en el país y llegar hasta Portugal. Como todos estos hechos ocurrieron en domingo, se encontraban fuera de Madrid tanto el ministro como el subsecretario de Exteriores. Después de muchos esfuerzos, Hoare consiguió localizar a Pan y Soraluze, jefe del Departamento Político del ministerio y afín a las ideas de Beigbeder. De madrugada, Pan y Soraluze pudo confirmar que la noticia era falsa y que el anunciado desfile había sido cancelado. Al final, López Pinto celebró una recepción oficial en honor de las tropas alemanas en la frontera franco-española en compañía del embajador alemán y miembros de la sección del Partido Nazi de San Sebastián. Después de las repetidas protestas de Hoare, López Pinto fue relevado de su cargo. En opinión del embajador británico, España y Portugal se habían salvado milagrosamente de la invasión alemana, gracias a su rápida intervención. Sin embargo, lamentaba que Franco no hubiera sacado ninguna conclusión de estos hechos que le llevara a desconfiar de las intenciones de Hitler<sup>492</sup>. En realidad esta presunta “invasión alemana” no era más que una cierta permisividad ante el paso de soldados y vehículos alemanes por la frontera franco-española, algunos de los cuales participaron en actos semioficiales de celebración del día de la Victoria.

La situación política interna se fue complicando por la resistencia de diversos sectores del franquismo, en especial de los militares, a la política desarrollada por Falange y a la posición que ostentaba Serrano Suñer dentro del régimen. En este sentido, a medida que las autoridades franquistas se fueron mostrando favorables a la intervención en la guerra, muchos generales se manifestaban cada vez más reticentes a abandonar las posiciones de neutralidad, dado que eran plenamente conscientes de las limitaciones militares españolas y de su falta de preparación. Sus quejas se centraban en Serrano Suñer, al percibir que el ascenso del partido único les estaba marginando en las parcelas de poder.

Un acontecimiento relevante que se produjo en aquellos momentos fue la destitución y exilio del general Yagüe, considerado por los británicos como una persona sin escrúpulos, ambiciosa, pro-alemán y del que se pensaba que había

---

<sup>491</sup> HOARE, S. (1946): págs. 52-54.

<sup>492</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.



estado recibiendo sobornos de los alemanes. Según Hoare, el propio Yagüe había apoyado la sugerencia alemana de una agresión española a Portugal. Sus contactos le informaron que en la reunión del gabinete del 26 de junio había declarado que Gran Bretaña estaba vencida y que España debía involucrarse en la guerra para obtener compensaciones territoriales. Lejos de conseguir la intervención española, su declaración motivó que fuese considerado como un traidor por el resto de los miembros del gobierno y exiliado a Soria<sup>493</sup>. Estos comentarios fueron el pretexto por el que fue cesado, aunque en realidad se produjo por sus críticas explícitas a Franco y por su falangismo radical que le llevó a conspirar contra el Generalísimo. La destitución de Yagüe fue interpretada en Londres como un golpe a las aspiraciones alemanas, ya que se creía que era el líder que habían elegido los alemanes para poner en lugar de Franco si éste se volvía demasiado recalcitrante<sup>494</sup>.

La destitución de Yagüe el 27 de junio fue rodeada de secretismo oficial. Los observadores británicos pensaban que había caído en desgracia por su propia impetuosidad y por sus posiciones extremistas. En este sentido, recogían el rumor de que había intimado con los elementos más izquierdistas de Falange, contemplado la posibilidad de liberar prisioneros políticos con el objetivo de incluirlos en el Ejército<sup>495</sup>. A Yagüe se le consideraba responsable de crear una atmósfera politizada en las Fuerzas Aéreas españolas con la intención de hacer que el elemento falangista fuese el dominante. Así, se interpretaba que rechazase a la mayoría de los oficiales que aplicaban a puestos en el arma aérea desde otros servicios. También se creía que había estado a favor de crear una infantería del aire y otros cuerpos independientes del Ejército, lo que había creado resentimiento en el ministro de guerra. De acuerdo con estas interpretaciones, parecía que planeaba que las fuerzas aéreas fuesen el principal elemento de seguridad del país, al poder concentrarse rápidamente en cualquier punto de su geografía. Los observadores británicos vieron con satisfacción que su sustituto, el general Vigón, quisiera erradicar la politizada y dañina atmósfera creada en las Fuerzas Aéreas españolas<sup>496</sup>.

De acuerdo a la historiografía, los observadores británicos juzgaron acertadamente los motivos de la destitución de Yagüe. Su caída se debió a sus contactos con la embajada alemana, sus críticas a la labor de algunos ministros no falangistas y por la acusación de haber acogido a antiguos “rojos” y masones en las Fuerzas Aéreas. El catalizador de su dimisión forzosa fue la nueva situación creada

---

<sup>493</sup> Informe de Hoare a Halifax, 1 de julio de 1940, FO 371/24508.

<sup>494</sup> Informe de Hoare a Halifax en el que se recogían las confidencias de el marqués del Moral, informador de los aliados, transmitiendo las opiniones de representantes comerciales españoles en Gran Bretaña y de funcionarios del gobierno franquista, 6 de julio de 1940, FO 371/24508.

<sup>495</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax sobre la situación en España, 12 de julio de 1940, FO 371/24508.

<sup>496</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax sobre la destitución de Yagüe, 14 de julio de 1940, FO 371/24508.

por el triunfo de los alemanes en el frente del Oeste, que motivó que Franco le diese mayor importancia a los rumores de intrigas alemanas para provocar un cambio de régimen<sup>497</sup>. De ahí que los británicos afirmaran que su cese tuvo que ver con la evolución de los acontecimientos internacionales.

En relación con la caída de Yagüe, y como ejemplo de la tensa atmósfera existente en España, los analistas británicos averiguaron a través de sus fuentes habituales que todos los oficiales de la Falange presentes en Madrid fueron convocados en su cuartel general a las once de la noche del 27 de junio. En dicho lugar, Miguel Primo de Rivera, jefe provincial de la Falange, les comunicó que el Ejército estaba realizando un golpe de Estado y que debían mantenerse a la espera de los acontecimientos. Allí permanecieron todos hasta que a las tres y media de la mañana del día siguiente se les dijo que se fueran a casa, siendo informados de “que todo se había arreglado satisfactoriamente”. Según los informantes de la embajada británica, la mayoría de los convocados pensó que se trataba de una trampa y que pronto se producirían numerosos arrestos entre sus filas<sup>498</sup>.

Los británicos fueron testigos de las fricciones causadas por las celebraciones del Alzamiento entre el Ejército y la Falange. Según Hoare, la Falange había intentado convertirlas en una manifestación puramente falangista, imponiendo una agresiva propaganda anti-británica. Los generales querían evitarlo, por lo que presionaban para que todas las marchas comenzasen con unidades militares y para que se revocara la orden dada a los distintos jefes del partido para que realizaran discursos anti-británicos. Tras observar el desarrollo de las celebraciones pensó que los falangistas habían conseguido imponer sus ideas, aunque constató que la parte más popular del evento fue el paso de las Fuerzas Armadas. Al desfile puramente militar le siguió un interminable despliegue de los sindicatos falangistas, con el fin de mostrar que España se había convertido en un estado corporativo y que todas las corporaciones sindicales tomaban parte de una gran demostración totalitaria. El propio Hoare hizo patente su aburrimiento al ver pasar desde las once de la mañana hasta la una de la tarde a interminables columnas de los sindicatos. Gracias a que unos jóvenes oficiales militares gritaron “Gibraltar español”, pudo excusarse y dejar el acto. Más tarde se quejó oficialmente al ministro de Asuntos Exteriores acerca de dicha ofensa. Las celebraciones continuaron con la fiesta ofrecida por el Caudillo en la Granja, donde Beigbeder estuvo muy correcto y educado con Hoare, excusándose oficialmente del incidente<sup>499</sup>. El embajador británico señalaba irónicamente que “desde la vuelta del

---

<sup>497</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 261-262.

<sup>498</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax sobre la situación en España, 12 de julio de 1940, FO 371/24508.

<sup>499</sup> Informe de Hoare a Halifax, 12 de julio de 1940, FO 371/24508.

gobierno a Madrid han habido tantas manifestaciones patrióticas que existe un deseo general de que se terminen todas, ya que son una completa pérdida de tiempo”<sup>500</sup>.

Las referencias de Franco acerca de Gibraltar en su discurso del 17 de julio y su tono agresivamente imperialista sembraron dudas en el gobierno británico acerca de sus verdaderas intenciones. Defendiendo las ambiciones españolas, el dictador afirmó que:

*Hemos derramado la sangre de nuestros muertos para hacer una Nación y para forjar un Imperio. Y al decir que hemos de hacer una Nación y forjar un Imperio, no pueden ser palabras vanas en nuestra boca. (...) Nos queda como un deber y como misión de un pueblo el mandato de Gibraltar, la expansión africana y la permanencia política de unidad. (...) Quinientos mil muertos por la salvación y por la Unidad de España ofrecimos en la primera batalla europea del orden nuevo. No estamos ausentes en los problemas del mundo. No han prescrito nuestras ambiciones, la España que tejió y dio su vida a un continente se encuentra con pulso y virilidad. Tiene dos millones de guerreros dispuestos a enfrentarse en defensa de sus derechos*<sup>501</sup>.

En Londres, gran parte de la opinión pública presentó la alocución de Franco como una prueba irrefutable de que la política española era completamente análoga a la de Italia. En este sentido, se defendía que Gran Bretaña considerara a España como un país enemigo, ya que se esperaba su entrada en guerra del lado del Eje<sup>502</sup>. A pesar de la naturaleza belicista del discurso, el *Foreign Office* no se preocupó excesivamente al considerar que se dirigía a un público exaltado. Es significativo que Attlee, el líder laborista tan contrario a los nacionales durante la Guerra Civil, defendiese en una intervención parlamentaria la política de su Gobierno, que evitaba confrontarse con Franco y rechazaba la posibilidad de tomar cualquier tipo de represalia por dichas manifestaciones. Las difíciles circunstancias por las que atravesaba el país posibilitaron que defendiera esta posición tan alejada de sus propias convicciones personales. La prensa del Eje recogió con entusiasmo el discurso de Franco y un día después se hizo público que Hitler había concedido al dictador español la Gran Cruz de oro de la Orden del Águila, máxima condecoración que se podía conceder a un extranjero en Alemania<sup>503</sup>.

A finales de julio Hoare captaba la existencia de muchas maniobras y discusiones en círculos gubernamentales sobre posibles cambios ministeriales y rumores sobre la posibilidad de una nueva constitución por la cual Franco se podía convertir en cabeza del Estado o regente, dejando de presidir los consejos de

---

<sup>500</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre la situación en España, 20 de julio de 1940, FO 371/24508.

<sup>501</sup> Arriba, 18 de julio de 1940.

<sup>502</sup> Mensaje de Alba a Beigbeder, 22 de julio de 1940, PL Caja 1ª, nº 5.

<sup>503</sup> PRESTON, P. (1994): pág. 459.

ministros. Se creía que Serrano Suñer aspiraba a convertirse en presidente del Consejo de Ministros, reteniendo su cartera de ministro de Gobernación. En el caso de no poder retener dicho ministerio, ambicionaba tener la potestad de nombrar y destituir ministros. Para Hoare, de ser ciertos estos rumores, Serrano Suñer podía reforzar aún más su posición hegemónica en la Administración española. Naturalmente, el embajador percibía como los militares se oponían frontalmente a ello, intentando recuperar también la importante cartera de Gobernación<sup>504</sup>.

Sin embargo, Hoare constataba que los militares estaban dispuestos a acceder a que Serrano Suñer fuese nombrado Primer Ministro siempre que no tuviese la potestad para nombrar o destituir cargos ministeriales. Frente a estos rumores, Hoare indicaba que Franco no estaba dispuesto a ser la cabeza del Estado sin tener ningún poder real. La embajada británica recogía también las discusiones en el consejo de Falange sobre la posibilidad de restaurar la monarquía en la persona de don Juan Carlos, hijo del heredero al trono. Sobre este tema, se resaltaba que Gamero del Castillo, ministro falangista y cercano a Serrano Suñer, había dicho a un miembro de la Embajada británica que “todos los miembros del gobierno eran monárquicos de corazón, incluyendo a los falangistas”<sup>505</sup>. A pesar de todos estos rumores, los observadores británicos no esperaban cambios relevantes en el panorama político español, aunque eran conscientes de la creciente división interna. En palabras de Hoare:

*Existe una lucha cruenta en el seno del Gobierno español entre los anglófilos, liderados por Serrano Suñer, que quieren entrar a toda costa en la guerra, y la mayoría de los ministros que ya no están tan seguros de una victoria alemana y que están ansiosos por mantener a España fuera de la contienda. El ministro de Asuntos Exteriores describió la situación como una auténtica guerra civil*<sup>506</sup>.

La enconada rivalidad interna provocaba inestabilidad, que podía traducirse en cambios ministeriales o en alteraciones del rumbo de la política exterior española. Después del verano los observadores británicos fueron testigos del retiro de Beigbeder al Escorial, hecho que dio pie a nuevos rumores. Ante el ascenso del falangismo, los altos mandos del Ejército temían por la posición del ministro de Asuntos Exteriores. Como sabemos, el propio Beigbeder, enfrentado con Serrano Suñer estaba siendo apartado de las decisiones sobre política exterior. El propio ministro de Asuntos Exteriores relataba a Hoare la resistencia que encontraba en el Ministerio de Gobernación:

---

<sup>504</sup> Informe de Hoare a Halifax, 9 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>505</sup> Informe de Hoare a Halifax, 9 de agosto de 1940, FO 371/24508.

<sup>506</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax sobre la situación en España, 15 de septiembre de 1940, FO 371/24508.

*Cuando visito al ministro de Asuntos Exteriores, éste me dice que España desea tener buenas relaciones con Gran Bretaña. Después, me encuentro a toda la maquinaria del Ministerio de Gobernación movilizada en contra del señor Beigbeder, especialmente en el tema de los prisioneros británicos de la Guerra Civil, donde no hacen caso a sus continuas peticiones de satisfacer las demandas británicas. El ministro de Asuntos Exteriores me ha manifestado que se pasa el setenta y cinco por ciento de su tiempo luchando contra el Ministerio de la Gobernación. En todo caso, la propia maquinaria de todos los ministerios españoles es completamente ineficiente<sup>507</sup>.*

Por otro lado, Hoare percibía la continua consolidación del poder de Serrano Suñer dentro de Falange. En este contexto situaba la caída de Rafael Sánchez Mazas. El embajador pensaba que éste personaje nunca había inspirado confianza a Franco ni a Serrano Suñer, puesto que no le conocían antes de la Guerra Civil. En opinión de Hoare, la excusa oficial para su cese fueron sus excesivas reivindicaciones sobre el papel que había desempeñado en las actividades de Falange antes de la Guerra Civil, como hacían los “camisas viejas”. El error de Sánchez Mazas fue precisamente hacer ese tipo de declaraciones que desagradaban tanto a Serrano Suñer, cayendo así en desgracia. Hoare creía que ya había estado nominalmente fuera de su puesto durante los dos meses anteriores a su cese, sin que existiera ningún anuncio oficial del cambio por el deseo del gobierno de evitar dar relevancia a dicho personaje. Las impresiones de Beigbeder y de otras personalidades contactadas por los británicos eran que Dionisio Ridruejo, Director General de Propaganda del régimen, también “estaba perdido”. Los diplomáticos británicos percibían como muchos militares estaban hartos de “tantos niños grandes” (en referencia a los falangistas) que pretendían tener un poder omnímodo en el país. Beigbeder hablaba siempre de ellos con los británicos de una manera desdeñosa, mientras que el general Moscardó se expresaba de manera vehemente en su contra<sup>508</sup>. A pesar de las críticas de los militares a los falangistas y a Serrano Suñer, el poder de éste último crecía de manera imparable dentro del régimen.

## **5. Las tentaciones intervencionistas españolas**

Durante el verano de 1940, Hoare desplegó una intensa actividad para atraer a España hacia la órbita británica, en línea con la política que había definido. Con la inestimable ayuda de Eccles, representante del Ministerio de Guerra Económica en Madrid y Lisboa, se decidió a impulsar el acuerdo comercial hispano-británico. El primer paso fue la ampliación del mismo con la inclusión de

---

<sup>507</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax sobre la situación en España, 15 de septiembre de 1940, FO 371/24508.

<sup>508</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre la situación en España, 3 de septiembre de 1940, FO 371/24508.

Portugal como socio comercial. El 6 de julio, Eccles llegó a un acuerdo con los representantes de ambos países sobre la lista de productos coloniales portugueses que podían comprar los españoles a través de la cuenta en libras del mecanismo de *clearing* hispano-británico. El 24 de julio se formalizaba el acuerdo con un intercambio de notas entre las tres delegaciones, proporcionando facilidades de crédito, hasta las 600,000 libras, para las compras españolas. La mala situación económica española facilitó la negociación y la firma de este acuerdo comercial. La actitud portuguesa revelaba sus deseos de consolidar el Tratado de Amistad y No-Agresión firmado entre Franco y Salazar en marzo de 1939, ya que se temían los deseos expansionistas del vecino español. A instancias del dictador portugués, se negoció una extensión del mismo con el fin de lograr un compromiso mutuo de defensa de la neutralidad de cada país<sup>509</sup>. En este sentido, se firmó un protocolo adicional al tratado hispano-portugués el día 29 de julio. Este instrumento daba a ambos gobiernos cierta protección frente a posibles intervenciones alemanas o británicas en la Península Ibérica<sup>510</sup>.

En opinión de Hoare, Beigbeder fue el mayor impulsor del nuevo tratado dentro del régimen franquista, ya que concordaba con sus deseos de neutralidad y reforzaba la solidaridad ibérica amenazada por la entrada de Italia en la guerra y la extensión de la lucha en el Mediterráneo. Frente a la opinión de Beigbeder, el embajador veía como Serrano Suñer estaba determinado a mantener a España fija única y exclusivamente en las fundaciones del fascismo y nazismo. Lógicamente, el tratado favorecía a los británicos, ya que motivaba que España tuviese más lazos con Portugal, país neutral y tradicionalmente aliado a Inglaterra. Su firma también fue interpretada como una victoria para Beigbeder y una derrota para Serrano Suñer, determinado en unir al régimen de Franco irrevocablemente con el Eje<sup>511</sup>. De este modo, la misión de Hoare parecía estar cumpliendo su objetivo de mantener la neutralidad española.

Sin que los británicos lo supieran, desde el mes de mayo España estaba solicitando la intervención en la guerra. El propio Franco en una carta personal enviada a Hitler a finales de junio, por medio del general Vigón, había ofrecido la entrada en la guerra de España a cambio de ayuda militar y territorios. La ayuda económica alemana era fundamental para el gobierno español, ya que

---

<sup>509</sup> Para una breve perspectiva de las relaciones hispano-lusas durante la contienda, véase GÓMEZ DE LAS HERAS, M<sup>a</sup> Soledad y SACRISTÁN, Esther (1989): “España y Portugal durante la segunda guerra mundial”, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 2, 1989, págs. 209-225.

<sup>510</sup> Resumen de las negociaciones económicas hispano-británicas. Extracto del informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41. MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. I, págs. 509-515.

<sup>511</sup> Informe de Hoare a Halifax, 23 de julio de 1940, FO 371/24508.

necesitaba resolver la cuestión interna antes de entrar en guerra para poder luchar desde posiciones más sólidas. Sin embargo, Hitler, que se encontraba en plena euforia por su victoria contra Francia, rechazó sus demandas económicas y territoriales<sup>512</sup>. Por un lado, Alemania consideraba a la Francia de Vichy como un aliado más valioso que España, lo que impedía la concreción de las ventajas territoriales españolas como recompensa a su esfuerzo de guerra. Por otro lado, los alemanes consideraban las peticiones económicas españolas como desmesuradas, pretendiendo que España interviniera primero y recibiese ayuda después.

Al plantearse la intervención en el conflicto, los problemas económicos se convirtieron en un asunto clave para el régimen franquista. De entrar España en guerra, el gobierno de Franco tendría que buscar otras fuentes que sustituyeran a la ayuda económica que recibían de Gran Bretaña para evitar el colapso del país. A través del comercio con las Islas Británicas llegaban a España la mayoría de los suministros básicos de alimentos, combustibles y materias primas. Además, la potencia de la *Royal Navy* y el bloqueo que ejercía al continente europeo otorgaba a los británicos la capacidad de facilitar o impedir la llegada de abastecimientos a suelo español. Por este motivo, los alemanes no habían conseguido impedir la exportación a Gran Bretaña de productos españoles, algunos de los cuales, como la pirita, eran de alto valor estratégico.

Lamentablemente para las intenciones de Franco, Alemania no estaba dispuesta a garantizar el suministro de los medios materiales que necesitaba España. Durante las negociaciones hispano-alemanas de otoño de 1940, las autoridades del Tercer Reich rechazaron la posibilidad de atender las demandas españolas de trigo, combustibles y materias primas. El propio Mariscal del Reich, Hermann Goering, que estaba a cargo del Plan Cuatrienal de economía de guerra alemana manifestó rotundamente que era imposible atender a las peticiones españolas. Para Hitler la entrada de España en el conflicto solucionaría todos sus problemas económicos, afirmación que transmitió a Serrano Suñer en Berchtesgaden. Por su parte, Franco insistía en recibir ayuda alemana antes de la intervención debido a la paralización del comercio que supondría la declaración de guerra a Gran Bretaña. En estas afirmaciones encontramos un reconocimiento implícito a la eficacia del bloqueo naval británico en el control de la economía española<sup>513</sup>. En cualquier caso, parece probable que si Hitler hubiese hecho una oferta sustancial de ayuda económica y

---

<sup>512</sup> Sobre la tentación intervencionista de Franco, véase EGIDO, Ángeles (1989): "Franco y las potencias del Eje. La tentación intervencionista de España en la segunda guerra mundial", *Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea* (UNED), nº 2, 1989, págs. 191-208; TUSELL, Javier (1988): "Franco no fue neutral", *Historia* 16, nº 141; SMYTH, D. (1986): págs. 27-31 y TUSELL, J. (1995): págs. 83-105.

<sup>513</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 110-112.

militar, garantizando las ambiciones territoriales españolas, Franco habría optado por intervenir en el conflicto.

### **a) La caída de Beigbeder**

El fracaso de la ofensiva aérea de la Luftwaffe en la batalla de Inglaterra durante el verano de 1940 obligó a Hitler a revisar sus planes relativos a la entrada de España en la guerra. La imposibilidad de invadir Gran Bretaña suscitó que el Alto Mando alemán valorara la posibilidad de capturar Gibraltar y Suez con la intención de debilitar a su enemigo y lograr el control del Mediterráneo y Oriente Medio. La postura española era muy relevante para el desarrollo de dichas operaciones, puesto que su intervención en el conflicto supondría el control del Estrecho y el cierre del Mediterráneo. De este modo, en Alemania se comenzó a valorar la posible entrada española en la contienda. En septiembre de 1940 un informe del Estado Mayor de la Kriegsmarine recomendaba la captura de Gibraltar para mantener el control del Mediterráneo occidental, asegurar la costa francesa y sus posesiones norteafricanas, así como facilitar la defensa del litoral español<sup>514</sup>. Hitler fue desarrollando un creciente interés por la entrada española en la guerra, motivo por el que aumentó la presión alemana sobre el régimen franquista. En este contexto, Serrano Suñer, que todavía no era ministro de Asuntos Exteriores, fue enviado a Berlín al mando de la delegación española que debía negociar la posibilidad de entrada de España en el conflicto<sup>515</sup>.

En sus entrevistas con Hitler y Ribbentrop a mediados de septiembre, Serrano Suñer conoció la postura alemana. Mientras que Franco esperaba que los alemanes aceptaran sus condiciones para la entrada española en la guerra, Serrano Suñer se encontró con que Hitler quería una intervención inmediata, evitando entrar en discusiones concretas sobre las aspiraciones territoriales españolas y la ayuda económica alemana. Ribbentrop fue incluso más lejos en sus demandas exigiendo la cesión de una de las Islas Canarias como base naval para Alemania, así como la zona en torno a Agadir y el cabo Mogador en Marruecos. También exigió sustanciales ventajas económicas en la Península Ibérica y en Marruecos, como compensación a la deuda de guerra española. Esto ponía de manifiesto la distancia existente entre los intereses de ambos países. Debido a estas diferencias, no se llegó

---

<sup>514</sup> CARUANA, L. (1989): págs. 233-245.

<sup>515</sup> Doussinague niega que Serrano Suñer fuese a negociar la entrada de España en la guerra mundial, ya que “un ministro no puede decidir cuestiones de paz y guerra”. DOUSSINAGUE, José María (1949): *España tenía razón*, Madrid, Espasa-Calpe, pág. 45. Serrano Suñer también niega dicho extremo en sus memorias, véase SERRANO SUÑER, R. (1973): págs. 261-285.



a ningún acuerdo con Alemania sobre la cuestión de la intervención española en la contienda, remitiendo Serrano Suñer la posible solución de dichas discrepancias a una futura conversación entre Hitler y Franco en la frontera francesa, a invitación de este último<sup>516</sup>.

Serrano Suñer se quedó muy molesto con la actitud arrogante de Ribbentrop y el trato recibido, más cercano al de un Estado satélite que al de un aliado<sup>517</sup>. Las exigencias alemanas fueron rechazadas por Franco y Serrano Suñer, aunque ambos se mostraron dispuestos a intentar ser considerados como un aliado digno del Tercer Reich, buscando participar en la guerra. El Generalísimo todavía creía en el fin relativamente próximo del conflicto, atribuyendo la falta de entendimiento en las negociaciones a deficiencias en las traducciones o al exceso de celo de los subordinados del jerarca nazi. Hay evidencias sustanciales que demuestran que Franco estaba considerando la entrada de España en la guerra en septiembre de 1940, aunque sus gestiones estaban marcadas por su habitual cautela. Ni Franco ni Serrano Suñer querían defraudar al Eje, pero su deseo de participar en el nuevo orden europeo se encontraba limitado por la alarmante situación económica española. A pesar de su claro decantamiento por el Eje, la difícil situación interna motivó que el régimen franquista pidiera el 7 de septiembre a los Estados Unidos un crédito de 100 millones de dólares para la compra urgente de alimentos y materias primas<sup>518</sup>.

La visita de Serrano Suñer a Berlín desató una oleada de rumores respecto a la postura española durante la Segunda Guerra Mundial. Dichos rumores fueron recogidos por la embajada británica, causando una gran preocupación en el *Foreign Office*. Según un falangista bien informado, la misión española que se desplazaba a Alemania iba a discutir la entrada de España en la guerra. Esta fuente afirmaba que los alemanes estaban presionando al gobierno español para que ésta se produjese mediante un ataque a Marruecos. De acuerdo con esta interpretación, en Berlín se calculaba que la superioridad militar francesa forzaría a los españoles a pedir ayuda a Alemania, que obtendría de esta manera pasaje para atacar Gibraltar. Para los observadores británicos, este rumor podía ser cierto por el hecho significativo de la inclusión en la delegación española del Alto Comisionado en Marruecos. Otras fuentes les indicaron que los generales habían permitido que

---

<sup>516</sup> Para un recuento de la entrevista entre Serrano Suñer y Hitler en Berlín, véase TUSELL, J. (1995): págs. 131-144; MERINO, Ignacio (2004): *Serrano Suñer, conciencia y poder*, Madrid, Algaba, págs. 67-88; SERRANO SUÑER, R. (1973): págs 321-340 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 240-246.

<sup>517</sup> Entre Serrano Suñer y Ribbentrop no había mucha afinidad. El ministro español destacaba que su homólogo alemán era un hombre “poco simpático y lleno de afectación”, destacando su actitud impertinente en todas las entrevistas que mantuvieron. MERINO, I. (2004): págs. 73-74.

<sup>518</sup> SMYTH, D. (1986): pág. 115.

Serrano Suñer fuese a Alemania tras comprometerse a no entrar en negociaciones políticas.

Sin embargo, como los discursos de Franco sugerían que respaldaba totalmente su labor, temían que Serrano Suñer pudiera sentirse con plena libertad para negociar cualquier asunto relacionado con España, incluyendo su participación en la guerra. Beigbeder comunicó a Hoare que el viaje se trataba simplemente de una visita entre jefes de partido. El jefe de la diplomacia española intentó calmar a los británicos afirmando que Serrano Suñer no estaba autorizado a realizar ningún compromiso económico o militar con los alemanes, y que, en consecuencia, muy poco podía resultar de su visita. En cualquier caso, los británicos vieron con inquietud la visita y la entrevista realizada a Serrano Suñer en el diario alemán *Volkischer Beobachter*, órgano del partido nazi, donde había descrito los lazos que unían a ambas naciones<sup>519</sup>, mencionando al más puro estilo falangista que la Guerra Civil española había sido una lucha contra el capitalismo de las democracias occidentales y reclamando la devolución de Gibraltar.

Los temores británicos fueron apaciguados a medida que se fue recibiendo información sobre la misión de Serrano Suñer. Los informadores del *Foreign Office* en Alemania comunicaron que la visita “no había producido los resultados esperados por los alemanes”<sup>520</sup>. Desde Lisboa, el propio Salazar confirmaba a los británicos que Serrano Suñer no había tenido ninguna autoridad durante su desplazamiento para comprometer a España y que no esperaba ningún cambio en la postura exterior española<sup>521</sup>. Los observadores británicos supieron por una fuente secreta (clasificada como A1), que se basaba en conversaciones mantenidas con Nicolás Franco y con miembros de la misión española a Alemania, que Hitler había rechazado las peticiones que se le habían planteado, estipulando que España comenzara a pagar sus deudas de guerra a Alemania y exigiendo la destitución de Beigbeder por su clara postura pro-británica<sup>522</sup>. Hoare estaba convencido que Serrano Suñer iba a presentarse en Madrid como el nuevo “príncipe de la paz”, que había conseguido mantener a España fuera del conflicto bélico mundial. Estas reflexiones reforzaban los rumores que circulaban en Madrid sobre la inminente destitución de Beigbeder por el triunfante Serrano Suñer<sup>523</sup>.

---

<sup>519</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre la inminente visita de Serrano Suñer a Alemania, 1 de septiembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>520</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre las relaciones entre España y Alemania, 3 de octubre de 1940, FO 371/24509.

<sup>521</sup> Informe del embajador en Lisboa, Walford Selby, a Halifax sobre los resultados de la visita de Serrano Suñer a Berlín, 30 de septiembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>522</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre la visita de Serrano Suñer a Alemania, 11 de octubre de 1940, FO 371/24509.

<sup>523</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre las relaciones entre España y Alemania, 3 de octubre de 1940, FO 371/24509.

Con el paso del tiempo, Beigbeder comenzaba a dudar de la inminencia de la derrota británica, siendo algo pesimista sobre las posibles consecuencias para España de una victoria alemana en la guerra. Aunque no dejaba de manifestar a Stoher la intención española de intervenir en la guerra del lado del Eje. En cualquier caso, el ministro español había desarrollado una estrecha relación con “Don Samuel”, como llamaba a Hoare, al que veía prácticamente a diario. Ya en el mes de agosto Hoare informaba de la relación que tenía con Beigbeder en estos términos:

*Parece que me ha cogido cariño y me da la impresión de que comparte conmigo sus pensamientos más íntimos. Esta no es sólo mi impresión. Es lo que va diciendo a su personal y a sus amigos en Madrid. (...) Cuando voy a verle, me enseña sus papeles más confidenciales y me informa no sólo de sus conversaciones con Franco, sino también de las que mantiene con alemanes e italianos*<sup>524</sup>.

En cualquier caso, dada la incertidumbre existente acerca de las intenciones españolas, Hoare se decidió a recurrir a la facultad que le había otorgado su gobierno respecto a una posible negociación con Franco sobre la cuestión de Gibraltar después de la guerra. El 20 de septiembre de 1940, cuando Beigbeder le pidió una declaración formal de su gobierno de que se trataría de Gibraltar al final de la guerra. Hoare replicó que no se podía discutir dicha cuestión durante la guerra, pero que “estábamos dispuestos a discutir cualquier cuestión de interés común para nosotros y España cuando acabaran las hostilidades”<sup>525</sup>.

A sugerencia de Hoare y Beigbeder, el Gabinete de Guerra británico se planteó la posibilidad de realizar una declaración oficial respecto a España que pudiese contrarrestar las posibles ofertas alemanas y contribuir a la consolidación de la tendencia contraria a la guerra. Halifax preparó un documento para discutir en el seno del gobierno británico en el que se trataba el problema español, proponiendo realizar una declaración oficial sobre Gibraltar, en línea con la petición realizada por Hoare unos meses antes. Igualmente, proponía mostrar simpatía respecto a las aspiraciones españolas en Maruecos, enfatizando que las diferencias franco-españolas debían ser solucionadas entre ambos países. Finalmente, resaltaba que debía asegurarse al gobierno español que si permanecía relativamente independiente del Eje, podría seguir disfrutando de la ayuda económica británica<sup>526</sup>.

Mientras en Londres se generaban multitud de discusiones en torno a la versión final del documento, Beigbeder informó a Hoare que disponía de

---

<sup>524</sup> Carta de Hoare a Churchill, 27 de agosto de 1940, Templewood papers, XIII, 16. Mencionada en SMYTH, D. (1986): pág. 75.

<sup>525</sup> Informe de Hoare a Halifax, 20 de septiembre de 1940, FO 371/24512, C10486/75/41.

<sup>526</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 97-98.

“garantías definitivas de que España no entraría en la guerra”. Según el ministro español, “Serrano Suñer se encontraba muy desilusionado con la postura de los alemanes”. Estos mensajes alentaron las esperanzas británicas. Como a la vuelta de la misión española a Berlín, el régimen franquista no cambió su postura diplomática, los británicos consideraron que Serrano Suñer no había comprometido la posición de España en el conflicto<sup>527</sup>. El día 8 de octubre Churchill pronunció un discurso en la Cámara de los Comunes para ganarse la simpatía española y como compensación a su aparente firmeza en el mantenimiento de la neutralidad. El Primer Ministro señaló la disposición de su gobierno para corregir los efectos negativos del bloqueo para satisfacer las necesidades españolas, manifestando su intención de no interferir en la política interna española. En su intervención afirmó que:

*Como en los días de las Guerras Napoleónicas, los intereses y la política británica se basan en la independencia y unidad de España, deseando verla en el futuro en el lugar que se merece como gran potencia mediterránea y como miembro de la familia de Europa y de la Cristiandad*<sup>528</sup>.

A pesar de la magnitud de la declaración del premier británico, la prensa española omitió sus referencias a España. La situación parecía favorecer la emisión de la declaración pública británica respecto a las relaciones anglo-españolas. Pero antes de que se produjera, las rivalidades dentro del nuevo régimen, influidas por los acontecimientos recientes, provocaban un nuevo cambio ministerial. Tras las celebraciones del aniversario de la llegada de Franco al poder, por partida doble con un Te Deum en la iglesia de San Francisco el Grande y con una recepción en palacio, se produjo el relevo del ministro de Asuntos Exteriores<sup>529</sup>. El anglófilo coronel Beigbeder fue sustituido por el germanófilo Serrano Suñer. Los británicos veían como el general Franco había dejado a su cuñado prácticamente a cargo de todo el país, puesto que controlaba el Ministerio de Gobernación, el Ministerio de Asuntos Exteriores, el partido falangista y la prensa. Esto les llevaba a pensar que era como un primer ministro de facto, al controlar casi todos los aspectos de la vida española. Lógicamente, el nombramiento de Serrano Suñer fue recogido con gran satisfacción por las potencias del Eje, al parecerles que las corrientes favorables a

---

<sup>527</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>528</sup> Discurso de Churchill en la Cámara de los Comunes, 8 de octubre de 1940. Recogido en SMYTH, D. (1986): págs. 98-99.

<sup>529</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre las repercusiones políticas del nombramiento de Serrano Suñer como ministro de asuntos exteriores, 18 de octubre de 1940, FO 371/24508.

los aliados eran contenidas y que España podía acercarse más hacia la entrada en la guerra<sup>530</sup>.

Los británicos, testigos de todos estos acontecimientos, juzgaron que los generales habían perdido todos y cada uno de los asaltos en su combate con Falange. Hoare se lamentaba de la destitución de Beigbeder, quien había evolucionado de posiciones pro-alemanas hacia posturas claramente pro-aliadas. También destacaba del ex ministro sus continuas indiscreciones, que habían motivado su cese. En su opinión, se había expuesto demasiado a la causa aliada, por lo que el propio Hitler había exigido a Serrano Suñer su relevo. Las repercusiones políticas de esta crisis las midió Hoare en dos actitudes diferenciadas. Por un lado, la que mantenían los norteamericanos, para los que este episodio confirmaba el alineamiento definitivo de España con el Eje. Una prueba irrefutable de ello era el nombramiento del nuevo ministro de Asuntos Exteriores en la figura de Serrano Suñer, de convicciones pro-alemanas y que controlaba todo el país (prensa, política interior y exterior). Para los estadounidenses, otra evidencia que apoyaba su interpretación de los hechos era la visita de Himmler a Madrid, calificada por Hoare como “siniestra e impopular”<sup>531</sup>.

Frente a esta opinión, la delegación diplomática portuguesa mantenía que al menos Serrano Suñer, a diferencia de Beigbeder, tendría capacidad real de decisión, desapareciendo los obstáculos que habían paralizado la labor del Ministerio de Asuntos Exteriores. Además, Theotonio Pereira creía que el nuevo ministro era un político astuto, por lo que esperaba que pronto descubriese que el sendero de la paz era el único camino que podía seguir España. En este sentido, defendía la necesidad de darle a Serrano Suñer la oportunidad de que evolucionase hacia dicha postura. Para los diplomáticos portugueses, el deseo mayoritario de los españoles de evitar la participación española en la conflagración bélica mundial, motivaría un cambio en la actitud de Serrano Suñer. Según esta interpretación, el nuevo ministro no podía cambiar drásticamente de rumbo e implantar una política plenamente orientada a la guerra. A Hoare le resultaba difícil decidir cual de ambas opiniones era la correcta, a pesar de las garantías recibidas de Franco de que este cambio no suponía una alteración de la política exterior española<sup>532</sup>.

---

<sup>530</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 148. Para una valoración de la actuación de Serrano Suñer como ministro de Exteriores, véase MARQUINA, Antonio (1989): “La etapa de Serrano Suñer en el Ministerio de Asuntos Exteriores”, *Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea* (UNED), nº 2, págs. 145-167.

<sup>531</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>532</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre las repercusiones políticas del nombramiento de Serrano Suñer como ministro de Asuntos Exteriores, 18 de octubre de 1940, FO 371/24508.

Los británicos recogieron el primer discurso de Serrano Suñer como ministro de Exteriores en el que dijo que tomaba posesión del palacio de Santa Cruz en el sentido más riguroso de dicha palabra. Observaron como la prensa falangista, y en especial el diario *Arriba*, estaba jubilosa ante la “falangización” del ministerio que era calificado como “una institución caduca”. Las palabras del nuevo ministro eran clarividentes:

*Lo que pretendo es acompañar la vida de esta vieja casa al espíritu de nuestro tiempo y de nuestra Revolución: al mejor espíritu de la Falange. (...) los propósitos, los gritos y las maneras de nuestra Revolución serán conocidos, practicados y queridos por los funcionarios que aquí estén. Por igual razón, la Falange exterior, cuyos defectos conozco y de corregirlos me encargo, será desde este momento un elemento a considerar en la vida diplomática de España*<sup>533</sup>.

Dicho discurso, aparte de suponer una falta de respeto a la función diplomática, causó temor en Londres y provocó dudas en Halifax sobre las intenciones españolas<sup>534</sup>. Por su parte, Hoare destacaba el “ominoso comienzo del nuevo ministro de Asuntos Exteriores”, aunque confiaba que no podría hacer frente al rechazo generalizado a la participación española en la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, pensaba que el “nuevo príncipe de la paz” continuaría con el sinsentido de su odio hacia las democracias, pero que indirectamente podría ayudarles a mantener a España fuera de la guerra<sup>535</sup>.

Hoare atribuía el paulatino cambio de la opinión pública hacia posiciones neutralistas a la acción de Beigbeder y la suya propia, ya que juntos habían convencido a varios ministros y altos cargos del país que la postura de no-beligerancia era la más favorable para los intereses de España. Como no se atrevía a diagnosticar la evolución de la política exterior española, recomendó a Londres no variar su posición respecto a España:

*La posición económica española es desesperada, necesitando urgentemente el trigo americano. Sin nuestros alimentos y materias primas, la necesidad puede producir hambre y revolución en los próximos meses. (...) Propongo que no haya ningún cambio en nuestra posición y jugar con el acuerdo económico, como los españoles lo han hecho con nosotros. Debemos utilizar la carta económica para presionar al régimen franquista, dado la lamentable situación económica española. (...) Parece que el gobierno español esta dispuesto a matar de hambre a España como*

---

<sup>533</sup> Discurso de Serrano Suñer en el acto de toma de posesión de su nuevo cargo como ministro de Asuntos Exteriores, *Arriba*, 22 de octubre de 1940.

<sup>534</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre el primer discurso de Serrano Suñer como ministro de Asuntos Exteriores, 22 de octubre de 1940, FO 371/24508.

<sup>535</sup> HOARE, S. (1946): págs. 75.

*Stalin mató de hambre a Rusia. Por otro lado, podrán ver que sólo nosotros podemos salvar al país de su nefasto destino*<sup>536</sup>.

De cara a eliminar puntos de fricción con las autoridades españolas, Hoare pidió a Londres que se satisficieran sus demandas españolas respecto a la expulsión de Juan Negrín, antiguo jefe del gobierno republicano y afincado en Londres como refugiado en 1940 tras huir de la Francia ocupada por los nazis. Según el embajador, la presencia del dirigente republicano en Inglaterra podía alentar la impresión de que el gobierno británico estaba interesado en propiciar un cambio de régimen en España<sup>537</sup>. Desde su llegada a la capital británica, el dirigente republicano vio limitadas sus actividades políticas, encontrándose con la hostilidad de la Administración británica. Tan sólo pudo contar con el apoyo de los laboristas y de los numerosos comités de ayuda a la República que se habían creado en Inglaterra. La actitud del duque de Alba fue abiertamente hostil, quejándose ante las autoridades británicas en repetidas ocasiones de su presencia en Londres y exigiendo la inmediata expulsión del político republicano. La insistencia de Hoare, junto a las quejas del embajador español, motivaron que en el mes de noviembre Negrín fuera presionado por las autoridades británicas para que abandonara Inglaterra y se instalara en un país neutral. Negrín aceptó ir a los Estados Unidos, pero Washington se negó a aceptarle. Finalmente, la presión de los laboristas evitó que se le forzase a abandonar el país. En cualquier caso, este episodio muestra hasta qué punto los británicos estaban dispuestos a llegar para apaciguar al régimen de Franco.

Otro cambio relevante en el seno de la Administración española fue el nombramiento de Demetrio Carceller como ministro de Comercio e Industria. Se trataba de un hombre capaz y oportunista, que se había unido a la Falange para proteger sus intereses financieros. Nombrado jefe de la Falange en Barcelona, había acompañado a Serrano Suñer a Berlín. Hoare pensaba que era “un catalán hecho a sí mismo y convertido a la autarquía”, por lo que se propuso intentar “curarle de ese mal”<sup>538</sup>. Su nombramiento estaba probablemente relacionado con los contactos empresariales que mantenía con empresas norteamericanas. Según Hoare, con el paso del tiempo Carceller fue mostrando cada vez más independencia de su teórico mentor político respecto a cuestiones relacionadas con la economía. De acuerdo con sus impresiones, el nuevo ministro de Comercio e Industria “acabó convenciéndose de la fortaleza económica del Imperio Británico y de su moneda”. Por lo que

---

<sup>536</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre las repercusiones políticas del nombramiento de Serrano Suñer como ministro de Asuntos Exteriores. 18 de octubre de 1940, FO 371/24508.

<sup>537</sup> Mensaje de Hoare a Halifax, 22 de octubre de 1940, FO 371/24512, C11725/75/41.

<sup>538</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

terminó rechazando “sus convicciones autárquicas”, ya que a pocos meses de su nombramiento pedía formalmente nuevos créditos a los británicos<sup>539</sup>. El nombramiento de Carceller fue interpretado por Hoare como el reconocimiento por parte de Falange del papel relevante que desempeñaba la economía en la política española. El embajador juzgaba que el nuevo ministro tenía que hacer frente de manera decidida a los acuciantes problemas económicos que asolaban el país<sup>540</sup>.

Al despedirse de Hoare, Beigbeder le dio algunas indicaciones sobre la futura evolución de la política española basadas en su propia perspectiva. Según el ministro saliente, los alemanes pedirían el derecho de paso a través de España durante los próximos meses. Por esta razón, aconsejó a Hoare que “vigilara las reparaciones de carreteras y de vías férreas, ya que señalarían los primeros pasos de la campaña alemana en la Península Ibérica”. También recomendaba reforzar las defensas de Gibraltar, comunicándole que en el caso de que España organizara algún tipo de resistencia frente al invasor alemán, ésta se concentraría en el sur del país<sup>541</sup>. Churchill mandó ésta información a su Estado Mayor para que preparasen planes de guerra a tal efecto. Igualmente, Hillgarth supo que los generales españoles tenían planes para la defensa del país ante un posible ataque alemán. En este sentido, la voluntad de resistencia frente a la invasión alemana fue confirmada por el general Martínez Campos al agregado militar de la embajada británica, siendo más tarde refrendada por Aranda y Varela<sup>542</sup>. Los generales españoles eran conscientes de la extrema debilidad económica y militar española, que imponía fuertes restricciones a su libertad de acción en materia exterior.

## **b) La entrevista entre Franco y Hitler en Hendaya**

El siguiente hecho que conmocionó tanto a los británicos como a la opinión pública internacional fue la entrevista que mantuvieron Franco y Hitler el día 23 de octubre en Hendaya. Según la embajada británica, Serrano Suñer fue quien había propuesto la reunión entre Franco y Hitler en los Pirineos para esquivar las inconvenientes demandas que los alemanes le habían presentado en Berlín. En

---

<sup>539</sup> En sus memorias Hoare le presentó, por su carácter y origen, como el más pintoresco de los ministros españoles que conoció. Asimismo, destacó que no dudaba en criticar a Serrano Suñer ni al resto de los miembros del gobierno. Según sus impresiones, una de las razones por las que pudo suscribir muchos acuerdos con él fue porque excluía a Falange de las negociaciones. HOARE, S. (1946): pág. 75.

<sup>540</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre el primer discurso de Serrano Suñer como ministro de Asuntos Exteriores, 22 de octubre de 1940, FO 371/24508.

<sup>541</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre la despedida de Beigbeder, 22 de octubre de 1940, FO 371/24508.

<sup>542</sup> Los mensajes de Hoare a Halifax durante el mes de noviembre sobre las opiniones de estos generales se encuentran en FO 371/24509.



esas circunstancias, Hoare justificaba que Franco “no podía rechazar ni aplazar la reunión”<sup>543</sup>. En Londres se temía que el dictador cediera a las presiones alemanas y decidiera entrar en la guerra del lado del Eje. Como Hoare manifestó en sus memorias, “todo parecía dispuesto para que Franco se uniese a los otros dos dictadores”<sup>544</sup>. Nada más producirse la reunión, la embajada británica supo de manos de Pedro Gamero del Castillo, ministro sin cartera y estrecho colaborador de Serrano Suñer, algunos detalles de la reunión:

*Franco le dijo que todo había ido mejor de lo esperado. (...) Hitler utilizó un tono enérgico en dos momentos de la entrevista, pero, en general, no hizo ningún intento de presionar o amenazar a España. Franco añadió que no había prometido nada y había esquivado muchas propuestas alemanas de intervención, que no fueron presionadas a fondo. (...) Hitler planteó la posibilidad de enviar tropas para atacar Portugal a través de España, Franco se opuso rotundamente y Hitler no le presionó más*<sup>545</sup>.

Nicolás Franco también le aseguró a Hoare que no le habían dado nada a Hitler y que España no había adquirido ningún compromiso. Beigbeder, que seguía en estrecho contacto con los británicos confirmó todos estos extremos, aunque manifestó que Hitler estaba intentado seducir a Franco para que participase en la guerra<sup>546</sup>. Aunque le resultaba difícil precisar lo que había ocurrido durante la entrevista, dado que la información disponible no era tan buena como la que había manejado sobre la misión de Serrano Suñer a Berlín, Hoare concluyó que Franco había evitado realizar cualquier tipo de compromiso con los alemanes. La ausencia en la reunión de los mariscales von Brauchitsch y Keitel, de los jefes de departamentos ministeriales y de los expertos económicos que habían acompañado a Hitler, confirmaron su creencia de que no se había concretado ningún tipo de acuerdo<sup>547</sup>.

El propio Franco le aseguró a Hoare el día 7 de noviembre que no se había comprometido con los alemanes, manifestando que no habría ningún cambio en la política española. De igual manera se manifestaron las altas personalidades del nuevo régimen que fueron contactadas por los británicos durante las semanas siguientes a la entrevista de Hendaya. Convencido de la voluntad española de no ceder a las presiones alemanas, Hoare apuntó que para el nuevo régimen español era

---

<sup>543</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre la reunión entre Hitler y Franco, 16 de octubre de 1940, FO 371/24509.

<sup>544</sup> HOARE, S. (1946): págs. 94-95.

<sup>545</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre el encuentro de Franco con Hitler, FO 371/24508.

<sup>546</sup> Memorando de Hoare a Halifax haciendo referencia al mensaje recibido de Beigbeder sobre la entrevista de Hendaya, 30 de octubre de 1940, FO 800/323.

<sup>547</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

necesario mostrar de vez en cuando una cara hostil a Gran Bretaña, dada la presión que existía sobre el país<sup>548</sup>.

En realidad, en su entrevista con Hitler en Hendaya, Franco volvió a presentar su lista de reclamaciones territoriales y económicas, estando plenamente dispuesto a entrar en el conflicto si el Führer accedía a ellas. Sin embargo, el dictador alemán no deseaba alienar a la Francia de Vichy, que había resistido los ataques británicos en África, entregando Marruecos a España. Por este motivo, no accedió a las demandas españolas, dando prioridad a las necesidades de la política alemana respecto al régimen de Vichy. La cesión a España de cualquier colonia francesa hubiese dado el control del norte de África a De Gaulle y a los aliados. En la entrevista, Hitler y Ribbentrop insistieron en la firma de un protocolo secreto que garantizara la entrada española en la guerra sin contrapartida alguna. Franco y Serrano Suñer se negaron a suscribir el borrador alemán, sustituyéndolo por uno propio en el que España se comprometía a unirse al Pacto Tripartito y a entrar en la guerra, aunque sin fecha determinada y siempre a propuesta del gobierno español previa consulta con Alemania e Italia y previo envío de los suministros militares y económicos solicitados por los españoles<sup>549</sup>. Si tenemos en cuenta lo que realmente había ocurrido en la entrevista, los británicos, desconocedores de la firma del protocolo secreto, no tenían motivos para sentirse satisfechos con su resultado, ya que España se alejaba de su postura de no-beligerancia.

La oficina británica de censura de correspondencia recogió durante el mes de octubre la preocupación de los españoles al ver que la sombra de la guerra se cernía sobre España. Para muchos de ellos la presión nazi motivaba que el país estuviese entre “el diablo y un mar de dificultades”. La creencia generalizada, detectada por los británicos, era que Franco le había comunicado a Hitler que no estaba preparado para entrar en la guerra. Este hecho era del agrado de la mayoría de los españoles, con la excepción de los falangistas. Las cartas censuradas parecían mostrar que Serrano Suñer y la Falange eran los únicos que deseaban la guerra. Los españoles también temían que los alemanes pudiesen forzar la entrada del país en la guerra, aunque la opinión mayoritaria era que España no intervendría en el conflicto. En aquellos momentos se constataba que el sentimiento anti-británico todavía estaba muy alto, aunque Gran Bretaña había mejorado su prestigio por sus éxitos en

---

<sup>548</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 104-105.

<sup>549</sup> Para analizar el desarrollo de la entrevista de Hendaya, véase PAYNE, S. (1987): págs. 272-275; TUSELL, J. (1995): págs. 146-172; MERINO, I. (2004): págs. 89-109; SERRANO SUÑER, R. (1973): págs 321-340 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 249-253.

la guerra aérea. En cualquier caso, se percibía que a los españoles no les gustaban los extranjeros, con la única excepción de los irlandeses<sup>550</sup>.

Unas semanas más tarde se produjo la nueva visita de Serrano Suñer a Alemania, de la que los británicos tuvieron un conocimiento más detallado. En términos generales se creía que la visita había sido un fracaso total, resaltando que los alemanes habían tratado con muy malos modos a la delegación española. Sus fuentes recogieron con todo lujo de detalles la entrevista personal que mantuvo el ministro español con Hitler el día 19 de noviembre. De acuerdo a su información, Serrano Suñer había resistido a las presiones de Hitler para conseguir romper la neutralidad española. Aparentemente, había manifestado al Führer que España no podía intervenir en la guerra, ofreciendo como excusas el hambre que asolaba el país y la resistencia del Ejército y del pueblo contra la entrada española en el conflicto<sup>551</sup>.

Según una fuente clasificada (A1) la visita del ministro español de Asuntos Exteriores fue arreglada por Hitler con el propósito de presionar a España a que entrase en el Pacto Tripartito. Aunque Serrano Suñer consintió en referir la cuestión a Franco, los británicos consideraron que se había opuesto a la sugerencia alemana, enviando su respuesta a través de un miembro de su personal militar y no a través de los canales diplomáticos habituales<sup>552</sup>. De esta manera, Hoare se tranquilizó al ver cómo la visita de Serrano Suñer a Alemania parecía no haber producido otro resultado que el engrandecimiento de su persona<sup>553</sup>. Por ello, incluso llegó a creer que el fracaso de la misión podía debilitar su posición política, haciéndola más precaria. En este sentido, señalaba que el entusiasmo falangista se había reducido considerablemente, por lo que creía que la visita en lugar de reforzarle internamente le había hecho un daño considerable, a pesar de que los falangistas más acérrimos decían que había salvado a España<sup>554</sup>.

En realidad, Hitler había requerido la presencia de Serrano Suñer en Berchtesgaden para terminar de perfilar la fecha de entrada de España en la guerra, al estar planeando la Operación *Félix* contra Gibraltar. Sin embargo, los dirigentes españoles se mostraron recelosos con respecto a la idea de entrar en la contienda, dada la lamentable condición económica y alimentaria, aunque se mostrasen

---

<sup>550</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia durante el mes de octubre (41 cartas), noviembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>551</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre la visita de Serrano Suñer a Alemania, 27 de noviembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>552</sup> Informe sobre la presión alemana para que España se una al Triple Pacto, 28 de noviembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>553</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>554</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre la visita de Serrano Suñer a Alemania, 27 de noviembre de 1940, FO 371/24509.

deseosos de hacerlo. Por ello, Serrano Suñer insistió en las dificultades españolas y en las peticiones económicas y territoriales en su entrevista con el Führer. Sin embargo, en ningún momento Serrano Suñer opuso resistencia abierta a la intervención española en el conflicto bélico. La visita del ministro español de Asuntos Exteriores fracasó en el intento de fijar una fecha y en solucionar el problema de los suministros que España necesitaba para la guerra. A la vuelta de Serrano Suñer a Madrid, las comunicaciones entre las autoridades españolas y alemanas no produjeron la sensación de que la entrada en la guerra se alejaba<sup>555</sup>.

La oficina de censura de correspondencia también recogió la opinión de los españoles acerca de la visita de Serrano Suñer a Alemania. En la mayoría de las cartas se consideraba que el ministro de Asuntos Exteriores se había tomado la visita como una oportunidad de ensalzamiento personal. La opinión de los españoles coincidía al afirmar que la visita había sido un fracaso, ya que no se tradujo en ningún acuerdo con los alemanes. Alguna carta defendía que el propio Franco había enviado a su cuñado a Alemania sin ningún tipo de autoridad para alcanzar compromisos, con la intención de que volviese a España con las manos vacías y así poder desacreditarle ante la Falange. De cualquier modo, los españoles consideraban que las posibilidades de que España entrase en la guerra eran menores que antes de la entrevista en Hendaya. Asimismo, se transmitía la idea de que el general Franco y la mayoría de los españoles estaban cansados de la virtual ocupación del país por parte de los alemanes y de la prepotencia nazi. La opinión más extendida era que España estaba obligada a mantener las apariencias para simular que era un aliado fiel, aunque en realidad no existía ningún deseo de ser forzados a entrar en la guerra<sup>556</sup>. Aunque esta información debía ser tratada con precaución, parecía reforzar la impresión de Hoare respecto a la evolución de los acontecimientos.

Sin embargo, la postura española en las negociaciones con el Tercer Reich no cambió sustancialmente hasta la llegada el 7 de diciembre de la misión alemana que debía resolver los problemas pendientes con las autoridades franquistas y poner una fecha al ataque a Gibraltar. La delegación nazi estaba liderada por el almirante Wilhelm Canaris, jefe de los servicios secretos alemanes, experto en temas españoles y viejo conocido de Franco. En presencia del general Vigón pidió a Franco que entrara en guerra y permitiese que un cuerpo de ejército atravesara España para atacar Gibraltar. El enviado alemán se encontró con la

---

<sup>555</sup> Para más detalles de la entrevista entre Hitler y Serrano Suñer en Berchtesgaden, véase TUSELL, J. (1995): págs. 167-170; MERINO, I. (2004): págs. 111-133; SERRANO SUÑER, R. (1973): págs 321-340 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 259-264.

<sup>556</sup> Resumen de la información obtenida por la oficina de censura de correspondencia durante el período del 29 de octubre al 15 de noviembre (27 cartas), 18 de noviembre de 1940, FO 371/24509.

negativa rotunda a la participación española en la guerra. El argumento utilizado por Franco para rechazar la oferta alemana fue la falta de aprovisionamientos, que retrasaba la intervención española hasta que Gran Bretaña estuviera a punto de capitular. El Caudillo expuso también su temor de que la captura de Gibraltar motivara la pérdida de las Canarias y del resto de posesiones españolas de ultramar. Según su retórica, como la penosa situación española sólo supondría una carga para Alemania, se veía obligado a rechazar el plazo establecido por Hitler para el ataque, que debía comenzar el 10 de enero de 1941. La percepción de la falta de generosidad alemana, la desastrosa situación alimentaria y la protesta generalizada de los generales provocaron ese cambio.

Tras el resultado de esta entrevista entre Canaris y Franco, Hitler ordenó la cancelación de los preparativos de la Operación *Félix*<sup>557</sup>. El Führer se quedó muy desencantado con Franco por su incumplimiento de los acuerdos adoptados en Hendaya y Berchtesgaden, aunque tampoco le dio gran importancia a este revés, puesto que la guerra con Rusia era más importante que una acción marginal en el Estrecho.

## 6. Las suspicacias británicas

A lo largo de todo el otoño de 1940, el gobierno británico estuvo muy preocupado por la posible entrada de España en la guerra, ya que podía suponer un nuevo revés en el desarrollo del conflicto. En Madrid, Hoare creía en las seguridades dadas por Franco y Serrano Suñer de que España no entraría en la guerra. Además, estaba convencido de que la cuestión económica era clave para mantener la neutralidad española, defendiendo la aplicación de la “política de la zanahoria” para alejar al régimen franquista del Eje. Mediante el suministro de ayuda económica, fundamentalmente alimentos y petróleo, esperaba convencer a Franco de la necesidad de mantener a España fuera de la guerra. Por esta razón, dada la acuciante crisis económica española era importante responder de manera positiva a las peticiones del régimen franquista. La disposición británica a enviar ayuda económica debía ser enfatizada junto a la negativa alemana a proporcionarla:

*Mientras tanto, hemos mantenido una política diametralmente opuesta a los alemanes. Hemos sido muy pacientes (...), pero sobre todo no hemos hecho ninguna coacción. Nos hemos dado cuenta que la mejor manera de enemistar a España es mediante amenazas. La mula española, si se siente intimidada, responde. (...) En lugar de eso, hemos mostrado simpatía por las demandas de los españoles y hemos realizado numerosos sacrificios para acomodarlas. Aunque no*

---

<sup>557</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 167-170.

*hemos recibido el agradecimiento de este gobierno, hemos persistido en esta política, y hemos salido favorecidos por nuestra persistencia. Los españoles se han dado cuenta de que manteniendo buenas relaciones con nosotros tienen algo que ganar y mucho de perder si intentan empeorarlas*<sup>558</sup>.

La línea que impulsaba Hoare fue defendida en Londres por Halifax. Como hemos visto anteriormente, a pesar de las críticas recibidas de Dalton, Churchill no quiso ir en contra de la política definida por su ministro de Asuntos Exteriores. Sin embargo, el recelo británico debido al claro decantamiento franquista por la victoria del Eje motivó la implantación de la estrategia de racionamiento de los suministros hacia España. Como señalaba un informe de Churchill dirigido a Halifax, al estar la población española muriéndose de hambre se proponía “proveer al país de alimentos, pero racionados mes a mes, para mantenerla dependiente de los envíos de comida”<sup>559</sup>. Las medidas de racionamiento introducidas, dentro del contexto del bloqueo económico, estaban destinadas a controlar el envío de mercancías y evitar la acumulación de reservas, particularmente de petróleo. Los acuerdos comerciales firmados en marzo de 1940 fueron la base para la aplicación de la política de control del ritmo de suministros a España. Dicha política, se convirtió en un factor vital para convencer al gobierno español de que sus intereses estaban en el mantenimiento de la neutralidad, cuando tras la caída de Francia el signo de la guerra se inclinaba del lado del Eje.

Desde finales del verano, la cuestión primordial en las relaciones económicas bilaterales fue el ajuste del programa de racionamiento para que satisficiera los requerimientos de la guerra económica aliada, impidiendo que España acumulara suministros estratégicos, como había hecho Italia antes de su entrada en la guerra, y que permitiera aliviar la escasez española. Para la mayoría de los productos se fueron estableciendo cuotas para las importaciones españolas, mostrando al régimen franquista que los británicos disponían de un arma poderosa para influir en su conducta exterior. En la práctica, la ineficacia de la Administración franquista y la falta de información sobre las necesidades reales del país obstaculizaron las discusiones anglo-españolas. En las negociaciones quedó patente el desagrado de la Falange en firmar acuerdos con potencias democráticas y su deseo de que las negociaciones no ofendieran a los países del Eje. A finales de 1940, la mayoría de las dificultades en el funcionamiento del sistema de racionamiento habían sido superadas en arduas discusiones, aunque siguieron

---

<sup>558</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>559</sup> Informe de Churchill a Halifax sobre la importancia de mantener a España fuera de la guerra, 22 de noviembre de 1940, FO 371/24509.

pendientes determinados aspectos de su aplicación. Los mayores problemas se centraron en las negociaciones de las cuotas de petróleo y de cereales.

Respecto al petróleo, el racionamiento del suministro estadounidense y la negativa británica a conceder nuevos *navicerts* para la importación de este producto, puso a la economía española al borde del colapso. La posibilidad de que la flota pesquera no pudiera faenar y que las mercancías no pudieran transportarse por falta de combustible era un problema muy serio para un país que comenzaba a tener problemas de abastecimiento. Ante la imposibilidad de obtener suministros de Alemania, el régimen franquista tuvo que recurrir de nuevo a Gran Bretaña. El 16 de julio, Beigbeder pidió a los británicos la fijación de una cuota de importación de este producto para evitar el desabastecimiento del país. El ministro estimaba que el consumo de todos los productos derivados del petróleo era de 1.020.000 toneladas anuales<sup>560</sup>.

El Ministerio británico de Guerra Económica cuestionó las cifras de reservas de crudo españolas, al sospechar que mantenían niveles superiores a los declarados. Para averiguar la verdad, se decidió enviar un representante a negociar la cuota de importación y estudiar los niveles de consumo y de reserva de petróleo del país. La delegación británica pudo comprobar que la empresa española CAMPSA, que gozaba del monopolio de la importación y venta de petróleo en España, no intentaba ocultar reservas de crudo con sus cifras. La discrepancia con la valoración realizada por los expertos británicos se explicaba por la inoperancia de la compañía a la hora de gestionar su negocio. Después de semanas de negociaciones, se llegó a un acuerdo el día 7 de septiembre, por el que se estableció un sistema de abastecimiento al régimen de Franco que se basaba en el consumo medio mensual y en el mantenimiento de un nivel de reservas mínimo de 160.000 toneladas, equivalente a dos meses y medio de consumo. El acuerdo era aplicable para un periodo de tres meses, que sería renovado cada trimestre con los ajustes necesarios hasta el final de 1941. La compañía CAMPSA tuvo que aceptar que todas las importaciones de petróleo y derivados se consumirían en territorio español y que no se exportaría ninguna parte de las reservas españolas. Sin embargo, no se introdujo ninguna cláusula que diese garantías de que no se utilizarían los suministros españoles para el repostaje de barcos enemigos<sup>561</sup>. El coronel Beigbeder mostró a Hoare su convencimiento de que el acuerdo supondría un punto de inflexión en las relaciones bilaterales, hacia una clara mejoría<sup>562</sup>. Pero como hemos visto, el

---

<sup>560</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. I, págs. 534-538.

<sup>561</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. I, págs. 534-538.

<sup>562</sup> Mensaje de Hoare a Halifax, 15 de septiembre de 1940, FO 371/24508.

ministro fue pronto sustituido por el germanófilo Serrano Suñer antes de que se pudiera avanzar hacia un mayor entendimiento.

Las discusiones relativas a la cuota de importación española de cereales eran también muy importantes para el régimen franquista por la gravedad que alcanzaba la carestía de alimentos en el país. En el mes de mayo, el gobierno británico había ofrecido a los españoles ayuda para conseguir 100.000 toneladas de trigo. Sin embargo, a la altura de agosto las autoridades españolas sólo habían importado 15.000 toneladas por esta vía, comprando el trigo que necesitaban a otros países. Conscientes del enorme déficit de la cosecha española de aquel año (valorado en un millón de toneladas), el Ministerio británico de Guerra Económica aceptó a mediados de septiembre establecer una cuota máxima de 100.000 toneladas mensuales de cereales, exceptuando el arroz<sup>563</sup>.

Sin embargo, el régimen franquista necesitaba ayuda a mayor escala, por lo que Gran Bretaña tuvo que recurrir a los Estados Unidos. Ya hemos mencionado como en septiembre el Ministerio español de Comercio e Industria había pedido a la embajada norteamericana un crédito por 100 millones de dólares para la compra de trigo, gasolina, algodón y otros bienes básicos. El embajador americano, Alexander Weddell, informó a su gobierno acerca de la penosa situación económica española, que si no se aliviaba podía forzar al país a unirse al Eje. Hoare valoró positivamente la posible contribución americana al apaciguamiento económico del régimen español.

En Washington la situación no era apreciada de la misma manera. El Secretario de Estado Cordell Hull estaba preocupado por la posible reacción de la opinión pública ante dicha propuesta, teniendo serias dudas personales acerca de las verdaderas intenciones de Franco, especialmente tras la visita de Serrano Suñer a Berlín. Por esta razón, se mostró reticente a proceder con la asistencia económica a España. Al final se decidió suministrar la ayuda, pero enmascarándola bajo bandera de la Cruz Roja, evitando implicar directamente al gobierno estadounidense. En cualquier caso, se puso como condición que el gobierno español confirmara su voluntad de permanecer neutral. Al no poder recibir dichas garantías por parte de Franco, el envío quedó momentáneamente aparcado. Desde Madrid, Hoare se quejó de que era imposible para Franco realizar una declaración como la que pedían los estadounidenses. Las continuas peticiones españolas y la intervención británica motivaron que el presidente Roosevelt se conformara con la garantía española de

---

<sup>563</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. I, págs. 539-540.



que no se reexportarían los envíos norteamericanos y que la Cruz Roja participaría en la distribución del trigo<sup>564</sup>.

A las pocas semanas, la entrevista de Hendaya y el nombramiento de Serrano Suñer como ministro de Asuntos Exteriores incrementaron la cautela norteamericana. Hull continuaba siendo muy escéptico respecto a la actitud española en la guerra, por lo que pidió nuevamente a Weddell que exigiera garantías de neutralidad al gobierno español. El régimen franquista no podía correr el riesgo de enemistarse con el Eje, por lo que rechazó la petición americana. Por su parte, Hoare pidió a su gobierno que presionase a los Estados Unidos, el único país que podía aprovisionar a España, para que negociasen con el gobierno de Franco sobre la cuestión de la ayuda económica. La postura norteamericana ponía en peligro la política que venía desarrollando el gobierno británico en España. Al alienar al régimen español y negársele la ayuda económica que necesitaba urgentemente, se corría el riesgo de provocar que un desesperado Franco decidiera entrar en la guerra del lado del Eje. Desde Madrid, la Embajada británica informaba sobre el creciente deterioro de las condiciones alimentarias por todo el país:

*La situación alimentaria está yendo de mal a peor, y se está acercando a un punto crítico. El sistema oficial de aprovisionamiento parece que se ha venido abajo. Es difícil ver cómo puede vivir una familia de la clase trabajadora ganando entre 300 y 400 pesetas al mes. La distribución de raciones ha disminuido hasta casi desaparecer. Existen indicios que las autoridades acusan al bloqueo británico de la escasez que existe en el país, y algunos les creen, aunque la mayoría sospecha que los alimentos están siendo enviados a Italia y Alemania<sup>565</sup>.*

Hoare culpaba injustamente al embajador estadounidense Weddell del “impasse” en las relaciones norteamericanas con España, deterioradas por las entrevistas que éste mantuvo con Serrano Suñer<sup>566</sup>. En cualquier caso, estaba claro que el gobierno norteamericano sospechaba más que el británico de las verdaderas intenciones de Franco, mostrando también más sensibilidad a la opinión pública de su país que era opuesta al envío de alimentos a España. A mediados de noviembre, Londres informaba al gobierno estadounidense de las implicaciones de su intransigencia en la situación estratégica británica, mostrando su disponibilidad a proporcionar al régimen de Franco un crédito por un montante de 2 millones de libras y expresando su deseo de trabajar juntos en todas las cuestiones relacionadas con créditos y suministros para España. A pesar de los esfuerzos del gobierno británico, no consiguieron que los norteamericanos cambiaran sus posiciones respecto a la ayuda a España. Hoare insistía desde Madrid en el peligro que

---

<sup>564</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 120-125.

<sup>565</sup> Informe de Hoare a Halifax, 11 de noviembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>566</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 117-122.

conllevara cualquier cambio en la política británica, a pesar de las provocaciones españolas. El día 19 recordó la necesidad de mantener la neutralidad española, apuntando que el colapso económico español era inminente. Debido a los riesgos que conllevara la entrada de España en la guerra del lado del Eje para la seguridad de Gibraltar y Portugal, recomendaba a su gobierno que ayudara económicamente al régimen de Franco con o sin la cooperación de Washington. Churchill, impresionado por los argumentos de Hoare, telegrafió al presidente Roosevelt para intentar convencer a los norteamericanos de que entrasen en el programa de ayuda económica a España:

*Nuestros informes muestran que la situación en España está deteriorándose y que la Península no está muy lejos de un estado de hambruna generalizada. Una oferta por su parte para proporcionar de manera dosificada alimentos mes a mes en tanto se mantenga fuera de la guerra podría ser decisiva. Ahora no cuentan pequeñas cosas y es tiempo de hablarles francamente. La ocupación alemana de ambos lados del Estrecho de Gibraltar supondría una mayor carga para nuestro esfuerzo naval, ya bastante severo. Los alemanes pronto emplazarían baterías operadas con radares que podrían cerrar el Estrecho de día y de noche. Con una gran campaña en marcha en el Mediterráneo oriental y la necesidad de reforzar y abastecer a nuestras tropas allí a través de la ruta de El Cabo, no podríamos contemplar ninguna acción militar en la Península ni cerca del Estrecho. (...) Una vez en Marruecos, los alemanes bajarían hacia el sur y los submarinos y la aviación germanos pronto estarían operando libremente desde Casablanca y Dakar. Señor Presidente: no necesito subrayar los problemas que esto nos causaría a nosotros ni al hemisferio occidental. Debemos ganar tanto tiempo como nos sea posible<sup>567</sup>.*

Lamentablemente para las intenciones del premier británico, la ayuda norteamericana no se materializó por discusiones internas de la administración americana. El mismo día del mensaje de Churchill, Weddell informó a su gobierno acerca del rápido deterioro de la situación interna española y de las manifestaciones realizadas por Carceller y Gamero del Castillo en las que mantenían que una declaración pública como la que se pedía desde Washington era considerada como “suicida”<sup>568</sup>.

La desesperación española se puso de manifiesto en la entrevista que Hoare mantuvo con Serrano Suñer el día 28 de noviembre. El ministro culpó a los británicos de la hambruna que existía en España, mencionando que el bloqueo que ejercían sobre el país podía llevarles a la guerra<sup>569</sup>. La falta de divisas y de transporte marítimo amplificaba los efectos negativos del sistema de racionamiento impuesto por los británicos. Naturalmente, el régimen franquista culpaba a los británicos de la escasez que existía en el país. En cualquier caso, los altos cargos

---

<sup>567</sup> Mensaje de Churchill a Halifax, 24 de noviembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>568</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 122-125.

<sup>569</sup> Hoare a Halifax, 28 de noviembre de 1940, FO 371/24505, C12495/30/41.

españoles se daban cuenta de que no disponían de suficiente trigo para alimentar a la población durante el invierno. Mientras tanto, los británicos consideraban que la situación española sugería que había llegado el momento de responder de manera decidida a las peticiones del régimen de Franco, independientemente de la actitud del gobierno de Estados Unidos. Desde Londres, el duque de Alba también insistía en la necesidad de continuar con la ayuda británica para evitar que el país se sumergiera en el caos<sup>570</sup>. Finalmente, el gobierno británico recibió el día 29 de noviembre el visto bueno de Washington respecto a sus planes de ayuda económica al régimen de Franco. Aunque las continuas peticiones de Weddell y el mensaje de Churchill habían suavizado la postura de Roosevelt, las divisiones en el seno de la administración norteamericana ante la política exterior española impidieron un mayor acercamiento de posturas<sup>571</sup>. Hasta 1941 no comenzó a llegar a España ayuda económica de los Estados Unidos.

Los británicos decidieron continuar con la política de apaciguamiento económico a España durante los siguientes meses con la intención, ya mencionada, de asegurar su neutralidad. Su labor se vio favorecida por un mejor ambiente negociador entre ambas partes respecto a las cuestiones económicas, propiciado por la llegada de Carceller al Ministerio de Comercio e Industria. Como se ha comentado, Hoare le valoraba como un aliado dentro del gobierno español. El nuevo ministro mostró su voluntad de comerciar y alcanzar acuerdos económicos con los británicos, rechazando los planteamientos autárquicos falangistas. De este modo, el 29 de noviembre se firmó un acuerdo hispano-británico-marroquí por el que se permitía a España comprar fosfatos, manganeso y trigo del Marruecos francés, siempre que no se reexportasen al enemigo<sup>572</sup>. Como se ha mencionado en el capítulo anterior, el 2 de diciembre se modificaron y extendieron los acuerdos de comercio y pagos firmados en marzo, aumentando los lazos comerciales y económicos entre ambos países.

El 3 de diciembre Hoare anunció a las autoridades españolas la disposición de su gobierno a facilitar un crédito de 2 millones de libras, que podía aumentarse hasta los 4 millones en junio de 1941 si la situación política evolucionaba favorablemente. Gran Bretaña también se comprometía a emitir “navicerts” para la importación de 1 millón de toneladas de trigo para 1941, procurando facilitar al máximo el envío de los cereales. La oferta sólo se condicionaba a que se diese publicidad en la prensa española y a que no se

---

<sup>570</sup> Mensaje de Butler a Halifax sobre su entrevista con el duque de Alba, 26 de noviembre de 1940, FO 371/24513, C12854/75/41.

<sup>571</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 125-132.

<sup>572</sup> Convenio con Gran Bretaña sobre fosfatos y otras exportaciones del Marruecos francés, 29 de noviembre de 1940, AMAE R2073/4.

reexportasen los bienes a ningún país del Eje. Serrano Suñer reaccionó efusivamente a la oferta británica, expresando su gratitud y la voluntad de cumplir con las condiciones británicas. El ministro español expresó su deseo de acelerar el envío de los cereales, dada la urgente necesidad de alimentos. El día 7 de diciembre Hoare presentó los nuevos términos del acuerdo. Para satisfacer las demandas españolas, se propuso el envío inmediato de 10.000 toneladas de trigo argentino, seguidas de otras 40.000 el 15 de diciembre. Además, se prometía el envío de 25.000 toneladas más de trigo desde Canadá, esperando poder facilitar también el suministro de otras 200.000 toneladas desde Argentina. Como alternativa se ofrecía la posibilidad de buscar aprovisionamientos en Australia. La única condición impuesta por los británicos eran garantías sobre las intenciones españolas en Tánger, donde la intervención española había generado una grave crisis en las relaciones bilaterales<sup>573</sup>.

## 7. La crisis de Tánger

El día 14 de junio, coincidiendo con la caída de París en manos alemanas, España había tomado la zona Internacional de Tánger. Franco dio un paso más el 3 de noviembre de 1940, aboliendo la Administración Internacional a cargo de la ciudad. El coronel Yuste, al mando de las tropas españolas que ocupaban la ciudad y bajo las órdenes del Alto Comisionado de Marruecos, fue nombrado gobernador de la zona. De esta manera, el gobierno español rompía el acuerdo franco-español de 1923 que garantizaba la neutralidad del enclave tangerino<sup>574</sup>. La administración internacional fue sustituida, excepto los tribunales mixtos que garantizaban los derechos de las personas. Este hecho generó un profundo entusiasmo en la prensa afecta al régimen y entre los generales españoles, al ser la primera materialización de las aspiraciones imperialistas de sus gobernantes. Aunque la toma de Tánger podía ser interpretada como una diversión de la opinión pública, Hoare fue consciente del apoyo que generó en todo el país, e incluso en los rivales de Serrano Suñer<sup>575</sup>. La propaganda del régimen se empeñaba en mostrar que España jugaba un papel relevante en el escenario mundial. Es llamativo que el momento elegido para dicha acción fuera después de la entrevista entre Franco y

---

<sup>573</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. I, págs. 541-542

<sup>574</sup> Para estudiar la crisis tangerina, véase SMYTH, D. (1986): capítulo 7, págs. 133-172; TUSELL, J. (1995): págs. 105-123; y el artículo de SUEIRO, Susana (1994): "España en Tánger durante la Segunda Guerra Mundial: la consumación de un viejo anhelo", *Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea* (UNED), nº 7, págs. 135-164.

<sup>575</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

Hitler en Hendaya, cuando los españoles mostraban su voluntad de intervenir en el conflicto.

En un primer momento, el gobierno británico restó importancia al asunto. Aunque emitió una protesta formal a través de Hoare, evidenció su disposición a negociar la cuestión con España. Sin embargo, la respuesta gubernamental ante la acción española generó un profundo descontento en parlamentarios laboristas y liberales. La irritación aumentó al conocerse que dos submarinos italianos se habían refugiado en el puerto de Tánger para eludir la persecución británica. Los parlamentarios laboristas criticaron con dureza que el gobierno británico suministrara petróleo a un país que ayudaba a sus enemigos<sup>576</sup>. Serrano Suñer, ante las reiteradas protestas de Hoare, aseguró al embajador que los derechos económicos de terceros países se respetarían y que no existía ninguna razón que les llevase a fortificar la ciudad. No obstante, el ministro español dejó claro que “de facto” Tánger se había convertido en una parte más del Protectorado español de Marruecos<sup>577</sup>. De hecho, el 1 de diciembre el gobierno español decretaba un nuevo régimen jurídico para la ciudad que era igual que el que estaba vigente en el protectorado español<sup>578</sup>. Estas disposiciones remarcaban la plena incorporación de Tánger al protectorado de Marruecos.

La segunda misión de Serrano Suñer en Alemania y la ocupación española de Tánger provocaron una grave crisis diplomática con el Reino Unido, poniendo a prueba la política conciliatoria británica. Estos acontecimientos hicieron que Churchill pensara en cambiar la política respecto a España, motivando una creciente ansiedad británica respecto a la postura española en la Segunda Guerra Mundial. Es necesario señalar la ambivalencia de la postura británica a la altura de noviembre de 1940, puesta de manifiesto en una mezcla de temor y esperanza. A la vez que preparaban programas de ayuda económica para España, estaban considerando la posibilidad de lanzar ataques preventivos contra el régimen de Franco, al creer que estaba a un paso de unirse al Eje. La precariedad de la situación estratégica británica a finales de 1940 llevó a Churchill a considerar todas las vías posibles para tratar el problema español. Gran Bretaña debía estar preparada para afrontar cualquier eventualidad generada por un cambio en la política exterior española.

Por esta razón, se prepararon una serie de planes de invasión alternativos en el caso de que España decidiera participar en la guerra junto al Eje o

---

<sup>576</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 136-139.

<sup>577</sup> Mensaje de Hoare a Halifax, 30 de noviembre de 1940, FO 371/24453, C12954/5847/28.

<sup>578</sup> Ley de 23 de noviembre de 1940 por la que se establece el régimen jurídico de la zona Tánger, publicada en el Boletín Oficial del Estado de 1 de diciembre de 1940, nº 336.

que Alemania invadiera la Península Ibérica. La necesidad de anticiparse a los movimientos alemanes para evitar la captura por sorpresa de objetivos relevantes desde un punto de vista estratégico, llevó al Alto Mando británico a planear a mediados de noviembre la toma de las Azores (operación *Brisk*) y Cabo Verde (operación *Shrapnel*), posibilidad ya discutida en el Gabinete de Guerra del día 22 de julio. La conquista alemana de dichas islas atlánticas junto a la caída de Gibraltar podía entorpecer dramáticamente las comunicaciones marítimas británicas<sup>579</sup>.

En aquellos tensos momentos, los británicos intentaron movilizar los puntos de apoyo que tenían en España con el fin de asegurar la neutralidad española, haciendo hincapié en la ayuda económica que se pensaba suministrar al país. De esta manera, a comienzos de diciembre el agregado militar y el agregado aéreo de la Embajada británica repasaron con el general Aranda toda la ayuda económica que había sido suministrada por Gran Bretaña, haciéndole ver la dependencia española respecto a dichos envíos de alimentos y la generosidad británica. Por su parte, el general Aranda señaló la existencia de un cambio en la opinión pública y entre los militares que se acercaban a los aliados, alejándose de Alemania. También añadió que cualquier intento alemán de usar el territorio español para operaciones militares contra los aliados encontraría seria resistencia armada<sup>580</sup>. En este sentido, los generales intentaban asegurar a los británicos en todo momento que España rechazaría una invasión alemana, si ésta se producía. Por ejemplo, en una entrevista con Kindelán, gobernador militar de las Baleares, éste les aseguró que España nunca aceptaría una agresión alemana como las que habían tenido lugar en Noruega, Países Bajos, y Dinamarca. A ojos de los británicos, Kindelán parecía temer un ataque alemán en 1941 si éstos decidían moverse hacia el oeste. Por esta razón, Kindelán indicó a los británicos que el estamento militar le había pedido a Franco que tomase las medidas necesarias para incrementar la capacidad española para resistir una invasión exterior<sup>581</sup>. La posible resistencia española ante un ataque alemán también fue discutida por el Alto Mando británico.

El día 3 de diciembre Hoare intentó atraerse definitivamente a los españoles mediante una atractiva oferta de ayuda económica que podía paliar la grave carestía de alimentos del país<sup>582</sup>. Lamentablemente, ese mismo día un grupo de italianos produjeron una serie de disturbios en Tánger en los que resultaron dañados la oficina de correos británica y un negocio perteneciente a una firma

---

<sup>579</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 142-145.

<sup>580</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax sobre la situación política en España, 3 de diciembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>581</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax, 10 de diciembre de 1940, FO 371/24509. Para Hoare, el general Kindelán pasó de estar convencido de la segura victoria alemana a la convicción de la victoria aliada. Además, para el embajador británico fue “un buen amigo”. HOARE, S. (1946): pág. 75.

<sup>582</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 142-145.

inglesa. La gran publicidad que se le dio al incidente en Gran Bretaña hizo que Halifax reconsiderara el envío de trigo a España, ante la avalancha de críticas que provocaría el envío de ayuda económica a una nación que no respetaba la ley internacional y que era contraria a los intereses británicos. De esta manera, instruyó a Hoare para que dejara la impresión ante Serrano Suñer que la toma española de Tánger dificultaba la llegada de ayuda a España. Sin embargo, le confió al embajador que no estaba dispuesto a sacrificar su política por un asunto tan insignificante como Tánger. Por su parte, Hoare sugirió mantener las protestas por la acción española e intentar salvaguardar los derechos británicos antes que entrar en discusiones sobre el asunto<sup>583</sup>.

De nuevo, ante la creciente presión parlamentaria, Halifax envió el 7 de diciembre a Hoare nuevas instrucciones sobre el asunto de Tánger. En dicho memorando, insistió en la imposibilidad de aprobar envíos de ayuda a España si no cedía de algún modo sobre la cuestión tangerina. El gobierno español debía suspender la aplicación de aquellos decretos que afectaban a los intereses británicos y consultar al gobierno británico antes de llevar a cabo cualquier acción que pudiera afectar a sus intereses. Igualmente, se consideraba que el gobierno de Franco debía proceder a internar o expulsar a los submarinos italianos. En caso contrario, el gobierno británico se reservaba el derecho a actuar cómo considerara necesario respecto a dichos navíos y también en relación a los envíos pendientes de trigo. Finalmente, se instaba a los españoles a dar garantías de los derechos políticos, comerciales y personales de los 1.700 residentes británicos en Tánger. El día 11 Hoare entregó a Serrano Suñer un resumen de la postura de Halifax. Por primera vez, el ministro español pareció ceder a las propuestas británicas al dar completas garantías de la protección de los derechos e intereses británicos, así como de que no se levantarían fortificaciones de ningún tipo en Tánger. Serrano Suñer también prometió consultar con Hoare cualquier cambio del status de la zona, así como proceder al internamiento de los submarinos italianos antes del final del mes<sup>584</sup>. Sin embargo, dos días después el gobierno español sustituyó a los funcionarios de la Administración Internacional de Tánger, que incluían a varios británicos, por personal español. El mismo día, los submarinos italianos abandonaban el puerto de la ciudad. Frente a la indignación de Halifax, que veía como su esquema de ayuda económica a España iba a encontrar gran resistencia parlamentaria, Hoare afirmó

---

<sup>583</sup> Despacho de Hoare a Halifax, 6 de diciembre de 1940, FO 371/24453, C13296/5847/28.

<sup>584</sup> Informe de Hoare a Halifax, 15 de diciembre de 1940, FO 371/24513, C13372/75/41.

que la salida de los submarinos italianos “sin torpedos y sin terminar sus reparaciones” se debía a sus protestas en Madrid<sup>585</sup>.

En cualquier caso, la actitud española generó una gran suspicacia en el gobierno británico acerca de las verdaderas intenciones del régimen franquista. El desarrollo de los últimos acontecimientos en Tánger llevó a Churchill a considerar la posibilidad de que España se hubiera pasado al enemigo. En aquellos momentos, el Primer Ministro británico estaba preocupado por discernir el siguiente movimiento de las tropas alemanas y su posible respuesta ante las victorias británicas ante los italianos en Egipto. Para los estrategas británicos, era probable que Hitler decidiera forzar la neutralidad española. El control alemán de la Península Ibérica ayudaría a extender su bloqueo marítimo a Gran Bretaña, intensificaría la guerra submarina en el Atlántico, cerraría el acceso al Mediterráneo occidental a los aliados y favorecería la rápida ocupación alemana de Dakar y otros enclaves de la costa oeste africana.

La preocupación de Churchill era tal que convocó a los jefes de Estado Mayor y a sus más íntimos colaboradores en la mañana del día 14 de diciembre para analizar la situación. En dicha reunión, Halifax logró calmar sus ánimos, evitando un cambio radical en la postura británica respecto a España que implicase una acción hostil contra el territorio español. En cualquier caso, Churchill decidió que tanto si los alemanes entraban en España o en el Marruecos español, como si se tenía la absoluta certeza de que esa era su intención, Gran Bretaña debía estar preparada para lanzar las operaciones *Brisk* y *Shrapnel* y para establecer una cabeza de puente en Tánger o en el Marruecos español. De esta manera, se sancionaba la posibilidad de llevar a cabo un ataque preventivo contra España si se juzgaba que Alemania estaba a punto de entrar en la Península Ibérica. Además, se requirió a los jefes de Estado Mayor que elaboraran planes para asistir a España en el caso de que rechazase la invasión alemana. La consideración inicial por parte de Churchill de que el affair de Tánger significaba el consentimiento del régimen de Franco a los planes alemanes en el Mediterráneo, había estado a punto de significar un ataque preventivo contra España<sup>586</sup>. El desarrollo de la crisis muestra hasta que punto el gobierno español erró en sus cálculos respecto a la posible reacción británica. En cualquier caso, también sirvió para ilustrar los límites de la política de apaciguamiento económico británico, ya que España estaba dispuesta a perder la asistencia económica que recibía a cambio de Tánger.

---

<sup>585</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>586</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 133-172.



El cambio de la actitud británica ante el régimen español fue aprobado en la reunión del Gabinete de Guerra del 16 de diciembre. En ella se acordó, a propuesta de Halifax, que se pidiera al gobierno español que enviara por escrito sus propuestas acerca de las demandas británicas respecto a Tánger y que el envío de trigo a España fuese suspendido. Aunque Halifax había evitado la ruptura de relaciones diplomáticas con España, las medidas propuestas significaban que los aspectos positivos de la política diseñada por Hoare no iban a materializarse. Se ordenó al embajador que entrara en negociaciones con los españoles con el objetivo de conseguir garantías por escrito de que no se edificarían fortificaciones en el enclave, que se respetarían los derechos económicos y políticos de los ciudadanos británicos, que se compensarían los despidos de funcionarios británicos de la Administración Internacional y los daños causados por el ataque a su oficina de correos. En las discusiones diplomáticas, los británicos usaron la suspensión de la ayuda económica como una medida de presión para convencer a las autoridades españolas de la necesidad de que rectificaran sus actuaciones<sup>587</sup>. Mientras tanto, de forma paralela a las negociaciones, en Tánger se procedía a una progresiva españolización de la ciudad, completamente ajena a su Estatuto internacional.

El 23 de diciembre se producía el relevo de Halifax por Anthony Eden como ministro de Exteriores. El problema para Hoare era que la vuelta de Eden podía significar un cambio en la política británica respecto a España, al ser el nuevo ministro un crítico de las políticas de apaciguamiento. Al día siguiente, Hoare envió a Eden un memorando en el que defendía la política de ayuda económica a España, argumentando que no se trataba de apaciguamiento sino de una estrategia diseñada para asegurar el éxito en la guerra. En opinión de Hoare, era necesario garantizar su supervivencia económica para mantener la neutralidad de España. En este sentido, afirmó a Eden lo siguiente:

*Sin embargo, el hecho es que de un modo u otro España se ha quedado fuera de la guerra durante los últimos siete meses y es un punto clave de nuestra planificación estratégica mantener a España neutral. Sólo por esa necesidad estratégica me he mantenido aquí, sobre la base que parece que tengo alguna influencia entre bastantes españoles, de Franco para abajo. (...) Si estratégicamente queremos que España permanezca fuera de la guerra, debemos hacer lo posible para que mantenga su existencia económica. De otro modo, habrá caos y una intervención alemana para solucionarlo. Esta es la justificación verdadera de nuestra ayuda económica. Además, estoy convencido de que en este aspecto los intereses españoles y británicos coinciden. Por un lado nosotros queremos a España fuera de la guerra y para lograrlo debemos dar a España ayuda económica. Por otro, el pueblo español, casi por unanimidad, quiere mantenerse fuera de la guerra y evitar la muerte de millares de personas por el hambre<sup>588</sup>.*

---

<sup>587</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 133-172.

<sup>588</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 24 de diciembre de 1940. FO 954/27.

La desaparición de Halifax de la escena política supuso que Hoare perdiera el principal apoyo que tenía dentro del gobierno. Eden no apreciaba la política que se venía desarrollando con España, siendo contrario a que el régimen de Franco recibiese ayuda alguna hasta que no actuara como un Estado auténticamente neutral. Por esta razón, se opuso con firmeza al envío de trigo a España hasta que no hubiese evidencias de su buena fe. En este sentido, instruyó a Hoare que no se realizaría ningún envío de cereales hasta que los españoles hicieran alguna concesión en las negociaciones sobre Tánger. Además, el día 27 de diciembre Eden insistió ante el duque de Alba que cualquier mejora en las relaciones bilaterales pasaba por la aceptación española de las demandas británicas respecto a Tánger<sup>589</sup>. La firmeza de la actitud británica creó cierta inquietud en Madrid y obligó a buscar un rápido entendimiento que permitiese reanudar los envíos de cereales a España. Según los observadores destacados en Madrid:

*Las protestas británicas y norteamericanas sobre Tánger han creado una atmósfera de nerviosismo y tensión en España. Los alemanes están deseosos de agravar esta situación para impedir un entendimiento hispano-británico en asuntos comerciales y financieros*<sup>590</sup>.

Las negociaciones hispano-británicas comenzaron muy pronto, y para sorpresa de Hoare, se llegó a un principio de acuerdo el 31 de diciembre de 1940, mediante el cual las autoridades españolas garantizaban los bienes y propiedades de los súbditos británicos, se comprometía a no fortificar la ciudad y concedían compensaciones a los funcionarios cesantes. Las dudas de Eden acerca de las intenciones españolas y las repetidas ausencias por enfermedad de Serrano Suñer motivaron que las negociaciones se alargaran hasta el mes de febrero. En cualquier caso, la alarmante situación internacional obligó a los británicos a pactar. Además, en el Alto Estado Mayor británico se consideraba que la oposición a una invasión alemana crecía entre los generales españoles y que Hitler no se arriesgaría a invadir la Península Ibérica. El convencimiento existente acerca de la posible resistencia española ante una eventual agresión nazi creció tras la visita que el capitán Hillgarth hizo a Londres a principios de enero de 1941. En sus reuniones con Churchill y los estrategas británicos aconsejó precaución, dando evidencias tangibles de la determinación española de resistir una eventual invasión nazi<sup>591</sup>.

Como resultado, Churchill dejó de considerar a España como un peligro inmediato para el esfuerzo de guerra británico, prefiriendo centrar la planificación estratégica en torno a las medidas de apoyo que podían darse a la

---

<sup>589</sup> Informe de Eden a Hoare, 27 de diciembre de 1940, FO 371/24513, C13907/75/41.

<sup>590</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 28 de diciembre de 1940, FO 371/24528 C1317/3/41.

<sup>591</sup> SMYTH, D. (1986): pág. 161.

resistencia española ante una invasión nazi. Al cambiar las consideraciones estratégicas respecto a España, no tenía sentido alargar el contencioso sobre Tánger. Por esta razón, Churchill aconsejó a Eden que solucionase dicha cuestión lo antes posible. Eden decidió concluir rápidamente este capítulo, dejando de pedir la completa satisfacción de todas sus demandas e indicando a Hoare que cerrara el acuerdo<sup>592</sup>. Aunque el ministro británico mantuvo sus dudas sobre las intenciones españolas, a mediados de enero aprobó un envío de 15.000 toneladas de trigo canadiense a España y otro de 50.000 toneladas desde Argentina<sup>593</sup>. Estos envíos se produjeron justo en el momento en el que Serrano Suñer denunciaba la política de bloqueo británico en un virulento discurso ante la sección femenina de Falange el día 11 de enero:

*Demasiadas gentes en el interior y, sobre todo, en el exterior por una incurable frivolidad o por insano rencor, se desentienden de este problema, mientras nosotros tenemos agobiado el corazón por el peso terrible de la necesidad y de tanta miseria como padece nuestro pueblo. (...) necesitamos pan para que el pueblo coma, necesitamos materias primas para que el pueblo trabaje no un día, ni dos días sino todos los días. Y si a esto que es mera exigencia de nuestro derecho de vida, las gentes estuvieran insensibles a nuestras demandas y nos negasen el pan o hicieran imposible el trabajo del pueblo español, o nos exigieran como precio el honor, entonces camaradas de Falange, ¿que riesgo, que dolor, ni que muerte!*<sup>594</sup>.

Tras una prolongada negociación, se cerraba el acuerdo el 22 de febrero de 1941. Gran Bretaña aceptaba los hechos, reconociendo de facto la ocupación española de la ciudad a cambio de las garantías anteriormente mencionadas. La cuestión tangerina y la falta de cooperación norteamericana frustraron los planes británicos de apaciguar económicamente a España, impidiendo vincular plenamente al régimen franquista a su órbita económica. La voluntad de imperio perseguida por las autoridades españolas fue otro factor que impidió un mayor acercamiento entre ambos países.

---

<sup>592</sup> SMYTH, D. (1986): pág. 156.

<sup>593</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. I, pág. 542.

<sup>594</sup> Arriba, 12 de enero de 1941.

## Capítulo VI. LAS VICTORIAS DEL EJE Y LA BELIGERANCIA MORAL ESPAÑOLA (ENERO 1941 – NOVIEMBRE 1941)

### 1. La presión alemana sobre España

La presión alemana sobre la España franquista aumentó durante los primeros meses de 1941. En aquellos momentos, Hitler estaba preocupado ante la posibilidad de que las colonias francesas del norte de África se pasaran a los británicos, justo en el momento en el que el Ejército italiano se batía en retirada en Grecia y Libia. De conseguir la intervención española, los alemanes obtendrían el control del Estrecho, paralizando cualquier acto sedicioso de los franceses. A pesar de reconocer las pocas posibilidades que existían de forzar a los españoles a intervenir, los alemanes decidieron presionar a Franco. Durante el mes de enero se enviaron al Jefe de Estado español una serie de mensajes a través de los canales diplomáticos presionándole a tomar partido en la guerra. Como éstos no produjeron ningún resultado, Hitler escribió una carta larga y amenazante a Franco el día 6 de febrero. En ella encomiaba al líder español a entrar en la guerra, ya que “sólo una victoria del Eje podría mantenerle en el poder”. Desestimando la oferta de ayuda económica británica, Hitler buscaba una mayor implicación española en el esfuerzo de guerra del Eje:

*Alemania ya se declaró dispuesta a suministrar también alimentos, cereales, en las máximas cantidades posibles inmediatamente después del compromiso de la entrada de España en la guerra. Además, Alemania se ha mostrado dispuesta a sustituir las cien mil toneladas de cereales que están almacenadas en Portugal para Suiza y hacer que lleguen en beneficio de España. En todo caso siempre bajo la condición de la fijación definitiva de la entrada de España en la guerra. Porque, Caudillo, sobre una cosa debe haber absoluta claridad: estamos comprometidos en una lucha a vida o muerte y en estos momentos no podemos hacer regalos. (...) ¡Lamento Caudillo profundamente su parecer y su posicionamiento! Puesto que:*

*1º (...) El ataque a Gibraltar y el cierre de los estrechos hubieran dado un vuelco instantáneo a la situación en el Mediterráneo.*

*2º Estoy convencido de que en la guerra el tiempo es uno de los más importantes factores ¡Meses desaprovechados muy a menudo no se pueden recuperar!*

*3º Finalmente está claro que, si el 10 de enero hubiéramos podido cruzar la frontera española con las primeras unidades, hoy estaría Gibraltar en nuestras manos. Es decir: se han perdido dos meses que en otro caso hubieran ayudado a definir la historia del mundo.*

*(...) Caudillo, creo que (...) el Duce, Vd. y yo, estamos unidos por la más extrema obligación de la historia que nunca se pueda dar y que por ello en esta histórica confrontación*

*debemos obedecer al superior mandamiento del conocimiento que en tiempos tan difíciles más puede salvar a los pueblos un corazón valeroso que una al parecer inteligente precaución*<sup>595</sup>.

A pesar de los mensajes apremiantes que recibía, Franco usaba respuestas evasivas y seguía pidiendo enormes cantidades de suministros alemanes como condición para la entrada del país en el conflicto. El Führer se encontraba con la sorpresa de que quien antes se había ofrecido a entrar en guerra, ahora se mostraba elusivo. Ante la falta de resultados, Hitler encomendó a los italianos la difícil tarea de convencer a los españoles. A tal efecto se preparó la entrevista entre Franco y Mussolini en Bordighera el día 12 de febrero. Sin embargo, al dictador italiano no le interesaba la intervención española en la guerra, ya que podía entrar en conflicto con su proyecto africano, desautorizando el juicio de Hitler que se atribuía la potestad de decidir cuando debía intervenir España en una guerra que Mussolini presumía larga. El Duce incluso llegó a mostrar comprensión hacia algunas de las justificaciones dilatorias de Franco y Serrano Suñer<sup>596</sup>. En cualquier caso ni la entrevista con Mussolini, ni la que mantuvo con Pétain en Montpellier el 13 de febrero encendieron en Franco su entusiasmo por la intervención. A su regreso a Madrid, redactó una carta para Hitler, con fecha 26 de febrero, en la que le reafirmaba su lealtad y justificaba su postura esquiva ante la posibilidad de participar en la guerra:

*(...) Seguro que Vd. puede comprender que en una época en que el pueblo español padece hambruna y conoce todo tipo de privaciones y sacrificios, seguro que es poco apropiado el pedirle nuevos sacrificios si mi llamamiento no viene acompañado previamente de una mejora de la situación.*

*(...) Esto es lo que, querido Führer, replico a sus declaraciones. Con ello quiero eliminar cualquier sombra de recelo y manifestar mi decidida completa disponibilidad de ponerme a su lado, unidos por un destino común, lo que en caso de eludirse significaría una autoliquidación y una traición de la buena causa que yo conduzco y represento en España. No se precisa confirmación de mi convicción en la victoria de su causa justa de la que seré siempre leal partidario*<sup>597</sup>.

De esta manera, en Berlín terminaron por darse cuenta que cualquier intento de presionar a los españoles sería inútil y que España no entraría en la guerra. En este sentido, podemos decir que las conversaciones en Bordighera señalan el

---

<sup>595</sup> DGFP, D, XII, págs. 37-42.

<sup>596</sup> Para un recuento de lo sucedido en la entrevista, véase TUSELL, J. (1995): págs. 193-201 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 291-300. Serrano Suñer afirmó que en la entrevista no hubo ningún tipo de presión, simplemente “reflexiones en un tono comprensivo” en las que Franco repitió que España había luchado contra el peligro común y que no estaba preparada para la guerra. SERRANO SUÑER, R. (1973): págs 343-345.

<sup>597</sup> DGFP, D, XII, pág. 176.

final de la etapa en la que los alemanes presionaron a Franco para que se decidiera a intervenir en la guerra<sup>598</sup>.

A pesar de haber constatado el rechazo general de la población y del Alto Mando del Ejército español a la guerra, el viaje de Franco a Italia hizo resurgir en Londres el temor ante una posible intervención española en el conflicto. En Madrid, Hoare detectó que el encuentro entre los dos dictadores generaba también cierta preocupación entre algunos dirigentes del régimen franquista. Diversos contactos de la embajada le expusieron que Franco no se arriesgaría a ausentarse de España y a emprender un viaje a Italia si no quisiera realizar un viraje significativo en la política española. Los posibles cambios que se barajaban hacían referencia a un mayor desarrollo del modelo de Estado fascista en España o a una inclinación definitiva hacia el bando del Eje en la guerra mundial. Después de haber mantenido varias entrevistas con el Jefe del Estado español, Hoare se preguntaba con cierta ironía cómo una persona tan insulsa y con tan poca presencia “era capaz de hacer frente a las personalidades tan impactantes y arrolladoras como las de los dos dictadores del Eje”<sup>599</sup>.

Sin embargo, todos los temores británicos desaparecieron al conocerse el nulo resultado del viaje de Franco a Italia. De los numerosos rumores que llegaron a la embajada británica respecto a la entrevista de Franco con Mussolini, gradualmente se fue interpretando que el “esquivo dictador”, viendo las dificultades italianas en la guerra, había utilizado su “ingenio gallego” para evadir respuestas a las decisivas preguntas que le plantearon sobre la posible intervención española. De esta manera, Hoare atribuyó a Franco un papel esencial en evitar que se produjese una completa rendición de la independencia española, al haber impedido que el país entrase en la guerra mundial al lado del Eje<sup>600</sup>. Sin embargo, sobrevaloró los efectos de la entrevista en Bordighera, a la que otorgó una excesiva importancia para que España no interviniese en la Segunda Guerra Mundial, incluso por encima de la entrevista de Hendaya.

En realidad, Franco y Serrano Suñer volvieron a presentar su lista de peticiones al Eje en Bordighera, recalando que España sólo entraría en guerra con las adecuadas garantías sobre sus aspiraciones territoriales y después de recibir abundante ayuda económica. Después de la reunión, Mussolini transmitió a Hitler las demandas españolas y la negativa de Franco a entrar en guerra, a pesar de su

---

<sup>598</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 176-186.

<sup>599</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>600</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

convencimiento en la victoria del Eje. La postura española quedaba clara para los alemanes. Además, como ya había sucedido en otoño de 1940, el Führer no estaba dispuesto a aceptar las peticiones españolas. Hoy sabemos que los verdaderos frenos para la beligerancia española fueron el hambre y el rechazo de los militares a la intervención en el conflicto, más que la habilidad de Franco y Serrano Suñer por evitar las presiones alemanas<sup>601</sup>.

## 2. Los límites de la política británica de apaciguamiento económico

A comienzos de 1941, el gobierno británico continuó con sus intentos de atraer económicamente y políticamente al régimen de Franco. La necesidad de apaciguar a España continuaba, puesto que Gran Bretaña seguía su lucha en solitario contra la Alemania nazi y no podía permitirse la apertura de otro frente ni la caída de Gibraltar. Por esta razón, el *Foreign Office* seguía prestando gran atención a la situación política en la Península Ibérica, buscando signos que pudieran indicar que la intervención española en el conflicto era inminente. La política de apaciguamiento del régimen franquista podía ser interrumpida en cualquier momento, si se detectaban cambios significativos en su comportamiento exterior. El gobierno británico estaba dispuesto a recurrir a la fuerza ante cualquier posible amenaza, por lo que había encargado a su Estado Mayor la elaboración de planes para realizar ataques contra los territorios españoles. Las medidas diseñadas fueron supervisadas por Churchill, y supeditadas a las operaciones *Brisk* y *Shrapnel*, por su mayor importancia estratégica. Los planes que se prepararon a finales de 1940 fueron los siguientes:

1°. Operación *Blackthorn*, que suponía la ocupación del Marruecos español como base principal para emprender acciones contra el enemigo en la Península.

2°. Operación *Grind*, que implicaba el desembarco de 20.000 hombres para la conquista de la ciudad de Tánger.

3°. Operación *Sapphic*, que preveía la ocupación del territorio español alrededor de Gibraltar para defender su base naval de cualquier agresión.

4°. Operación *Ballast*, que consistía en la ayuda a la hipotética resistencia española que se formase en el norte de África tras la ocupación de la Península Ibérica por tropas alemanas.

---

<sup>601</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 200-201.

5°. Operación *Challenger*, que contemplaba la ocupación de Ceuta como base naval alternativa tras la ocupación de Gibraltar por el Eje.

6°. Operación *Humour*, que se basaba en el envío de ayuda simbólica a Ceuta y Melilla en caso de resistencia española a una invasión alemana de la Península Ibérica<sup>602</sup>.

La supervivencia económica española todavía dependía del bloqueo ejercido por la *Royal Navy* y de los suministros de trigo y petróleo de los aliados. No obstante, en el régimen franquista no existía ninguna determinación por buscar un mayor acercamiento con Gran Bretaña. En materia exterior, las simpatías españolas seguían estando claramente con los países del Eje. Además, el régimen estaba volcado en afanes imperialistas, expresados en la ocupación de Tánger, que suponían un impedimento en las relaciones hispano-británicas. Franco y Serrano Suñer continuaban afirmando su fe en la victoria del Eje, haciendo declaraciones y gestos abiertamente hostiles hacia los británicos. Sin embargo, el régimen franquista estaba rechazando las presiones germanas que pretendían que España se uniera al conflicto. Aunque Franco deseaba una victoria alemana en la guerra, no estaba ya tan interesado en intervenir en el conflicto, dada la debilidad militar y económica del país. En aquellas circunstancias, un mayor acercamiento español a Gran Bretaña podía ser visto como una grave provocación por los países del Eje, con el consiguiente riesgo de desencadenar una invasión alemana de la Península Ibérica. Por esta razón, en Londres estaban dispuestos a consentir la ambigua actitud que mantenía el régimen franquista siempre que el país continuara siendo neutral. La posibilidad de que Hitler quisiera forzar la neutralidad española también motivaba a los británicos a suministrar ayuda a España para facilitar la resistencia ante una posible agresión nazi.

Pese a la crisis de Tánger, pronto se renovó el ímpetu británico en el deseo de apaciguar económicamente a España. El 29 de enero de 1941 Hoare informó a Londres que el gobierno argentino acaba de acordar el envío a España de 400,000 toneladas de trigo. Eden no compartió la satisfacción de Hoare ante dicha noticia. Aunque el trigo argentino ciertamente ayudaba a paliar el hambre en España, también suponía que el régimen franquista era menos susceptible a la presión económica británica. Como respuesta al acuerdo hispano-argentino, Hoare sugirió a su gobierno que aumentara la cuota de importación de trigo permitida a España durante los meses de febrero y marzo a 200.000 toneladas por mes. Esto suponía 100.000 toneladas más por mes de las acordadas en septiembre de 1940. Además, pidió que se no se tuvieran en cuenta las provocaciones y la hostilidad española.

---

<sup>602</sup> MORADIELLOS, E. (2005): pág. 193.



Churchill apoyó la sugerencia de Hoare, pidiendo al *Foreign Office* el día 12 de febrero que procedieran con los envíos de alimentos a España:

*Suponiendo que el embajador Hoare y el agregado Hillgarth tengan razón respecto a sus generales y España se niegue a permitir el paso a Hitler o a unirse inmediatamente al Eje, adquiere máxima importancia el envío de alimentos, es decir, de trigo, tanto como podamos, y que persuadamos al Presidente de los Estados Unidos a que haga lo mismo. Cuantos más alimentos podamos aportar mejor, antes de que se funda la nieve de los Pirineos. Con esto habrá más posibilidades de una reacción favorable cuando se produzca la invasión alemana de España*<sup>603</sup>.

A pesar de las dudas de Eden y Dalton, el Ministerio de Guerra Económica informó a Hoare el 15 de febrero que se permitía a España la importación de 200.000 toneladas de trigo durante los meses de febrero y marzo, aunque considerándose como anticipos del siguiente periodo. En cualquier caso, se consideraba que las restricciones internas al transporte de cereales eran las auténticas causas de la escasez que asolaba a España, esperándose que se solucionasen antes de que se enviara más trigo al país<sup>604</sup>.

A mediados de febrero, Eden emprendió un viaje hacia Oriente Medio, con la intención de coordinar el apoyo militar y político a Grecia ante la previsible invasión alemana. El mal tiempo le retuvo en Gibraltar, dándole a Hoare la oportunidad de explicarle en persona sus recomendaciones sobre España el día 17 de febrero<sup>605</sup>. Hoare encontró a Eden muy receptivo, por lo que pudo convencerle de las bondades de la política británica hacia España. El nuevo ministro británico de Asuntos Exteriores dejó de lado sus dudas y defendió también la necesidad de establecer un programa conjunto angloamericano de suministro de alimentos a España, aunque cuidadosamente controlado para evitar que el régimen de Franco fuera capaz de acumular tantas reservas que sirvieran como excusa para una intervención alemana. Eden terminó recomendando a Londres: “tenemos que ayudarles, debemos contribuir a su capacidad de resistencia pero no debemos darles demasiado”<sup>606</sup>.

En dicha reunión, se hizo énfasis en la necesidad de contribuir en la defensa del suelo español para que se pudiera formar un núcleo de resistencia nacional ante una eventual invasión alemana. Ésta idea ya había sido incorporada a

---

<sup>603</sup> Notas personales de Churchill, 12 de febrero de 1941, CHAR 20/36/1.

<sup>604</sup> Mensaje de Eden a Hoare, 15 de febrero de 1941, FO 371/26910, C 1437/71/41.

<sup>605</sup> En dicha reunión también estuvieron presentes diversas autoridades militares como el General Dill, jefe del Estado Mayor Imperial que acompañaba a Eden en su viaje a Oriente Medio, y el General de División McFarlane, jefe de la delegación británica que debía asesorar al Ejército español en caso de una invasión alemana. SMYTH, D. (1986): págs. 176-177.

<sup>606</sup> Mensaje de Eden, 17 de febrero de 1941, FO 371/26945, C 1617/306/41.

los planes de guerra británicos, como hemos visto en el apartado anterior. Respecto a dichos planes, tanto Eden como Hoare valoraron de forma negativa la operación *Blackthorn*, que consistía en ayudar a los españoles a evitar que los alemanes entraran en su territorio marroquí. Eden telegrafió a Churchill para transmitirle que los participantes de la reunión estaban de acuerdo en que esta operación sería vista por los españoles como un intento británico de extender su dominio del Estrecho<sup>607</sup>. En su lugar, se proponía el envío de una fuerza expedicionaria para que operase en territorio español, naciendo el denominado Plan B, descartado por el Alto Mando británico ya que no se disponían de tropas suficientes para dicho esfuerzo militar.

Después de su conversación con Eden, Hoare tuvo la impresión de que el ministro de Asuntos Exteriores respaldaba plenamente la labor que desarrollaba en España. En realidad, Eden consideraba que la política diseñada por Hoare y Halifax había estado operando durante tanto tiempo que resultaba difícil cambiarla de manera radical. El ministro estaba convencido que lo mejor para los intereses británicos era conseguir mantener a España fuera de la guerra. Por esta razón, aceptó la política diseñada por Halifax y Hoare para mantener la neutralidad española, especialmente en los aspectos relativos al apaciguamiento económico<sup>608</sup>. A pesar de las crisis ocasionales, el gobierno británico nunca se desviaría de dicha política a lo largo de toda la guerra.

Ante la extensión del hambre por toda España, Hoare pidió urgentemente el 2 de marzo que se incrementase la ayuda económica antes de que Serrano Suñer aprovechara la situación para llevar el país a la guerra. A tal efecto, se aprobó que el régimen franquista dispusiera de un crédito adicional de 2 millones y medio de libras esterlinas, respondiendo a una petición hecha en tal sentido por Carceller a Hoare a finales de 1940. Sin embargo, Serrano Suñer no se mostró muy dispuesto a aceptar la nueva oferta británica, provocando ansiedad en el *Foreign Office* ante los escasos avances conseguidos. Según Hoare, parecía que el ministro español de Asuntos Exteriores estaba interesado en entorpecer las relaciones económicas bilaterales. De acuerdo a la información británica, sólo la amenaza de dimisión de Carceller hizo cambiar de opinión a Serrano Suñer, catalizando la apertura de negociaciones hispano-británicas. El 7 de abril de 1941 se firmó el Acuerdo Complementario por el que se concedían al gobierno español 2,5 millones de libras para la compra de una serie de materias primas como carbón, algodón y caucho. El convenio fue considerado por los británicos como una victoria frente a Serrano Suñer y los alemanes, que probablemente habían presionado al ministro español para evitar que España aceptase la oferta británica. Las negociaciones en

---

<sup>607</sup> Mensaje de Eden a Churchill, 17 de febrero de 1941, FO 371/26904, C 1787/46/41.

<sup>608</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 177-178.

torno al nuevo acuerdo consiguieron asegurar el suministro de una importante cuantía de mercurio a Gran Bretaña. Este último trato no fue incluido en el acuerdo escrito, ante la fuerte oposición de Serrano Suñer, que no quería mostrar a Alemania la existencia de un acercamiento con sus enemigos<sup>609</sup>. Makins expresó claramente los motivos que habían llevado al gobierno británico a la firma del acuerdo:

*La razón real para el Acuerdo de Préstamos es que tratamos de evitar que España se una al Eje, que tenemos que hacerlo sin perspectiva de uso de fuerza militar y que la única arma a nuestra disposición para lograrlo es la ayuda económica (o la presión) y la propaganda. El Acuerdo de Préstamos ha sido una demostración práctica de las ventajas para España de permanecer neutral y convertirse en dependiente de los suministros del área de la libra esterlina. También frenó la creciente propaganda falangista y alemana de que Gran Bretaña estaba matando de hambre a España. El hecho de que los alemanes y Serrano Suñer hicieran todo lo posible para impedir la firma del préstamo, lo convierte en una especie de victoria diplomática para nosotros<sup>610</sup>.*

A nivel interno, la firma del un nuevo acuerdo con el régimen franquista produjo un enorme malestar en la opinión pública y en los círculos políticos británicos. No se veía con buenos ojos la entrega de esta importante suma de dinero a un país tan cercano ideológica y diplomáticamente a sus enemigos. La actitud del gobierno español, que no daba ningún signo de gratitud hacia Gran Bretaña y que en sus declaraciones demostraba una orientación exterior claramente favorable al Eje, indignaba a los británicos. El propio Churchill tuvo que hacer frente en el Parlamento a las críticas de los laboristas por el nuevo acuerdo con el régimen franquista. El Primer Ministro rechazó abrir un debate público sobre el acuerdo, argumentando que:

*No deseamos hacer nada que pueda suponer una brecha entre nosotros y el gobierno español en estos momentos, y yo ciertamente considero que la hambruna que sufre la población española justifica totalmente la asistencia ofrecida por Gran Bretaña y por los Estados Unidos, si estos deciden hacer lo mismo, independientemente de que se reciba alguna expresión de gratitud<sup>611</sup>.*

Sin embargo, esto era todo lo que podía ofrecer Gran Bretaña en aquellos momentos. Cualquier ayuda adicional, que hiciera más atractiva la oferta apaciguadora británica, debía venir de los Estados Unidos. De este modo, se pidió al gobierno norteamericano que enviara ayuda económica en gran escala a España, sugiriéndose que se ofreciera a Carceller (no a Serrano Suñer) un crédito de 20

---

<sup>609</sup> Un resumen de las relaciones económicas hispano-británicas puede encontrarse en el informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>610</sup> Informe de Makins, 18 de abril de 1941, FO 371/26913 C4167/71/41.

<sup>611</sup> Informe de Makins, 18 de abril de 1941, FO 371/26913 C4167/71/41.

millones de dólares. Sin embargo, la petición británica encontró una respuesta muy fría en Washington. Para la Administración americana era políticamente imposible otorgar un crédito a un régimen que adoptaba una postura favorable al Eje y contraria a los Estados Unidos. Pero la presión aplicada por Halifax, nuevo embajador en Washington, y la visita de Eccles a principios de abril a los Estados Unidos defendiendo la necesidad estratégica de ofrecer ayuda a España para poder mantener al régimen franquista fuera de la guerra, motivaron un cambio de actitud en la Administración estadounidense. A finales de abril, se le comunicó a Weddell que debía reunirse con Franco para decirle que los Estados Unidos estaban dispuestos a alimentar a España. La Administración americana era opuesta a la concesión de un crédito al régimen franquista, pero estaba dispuesta a realizar intercambios de mercancías. En este sentido, se proponía realizar un trueque de 25.000 toneladas de aceite de oliva por una cantidad equivalente de aceite de cacahuete más cerca de 200.000 toneladas de trigo<sup>612</sup>. Pero la condición esencial para el comienzo de cualquier tipo de negociaciones económicas seguía siendo una declaración pública del gobierno español de neutralidad en la guerra y de que no contemplaba ayudar a la potencias del Eje.

Inesperadamente, Franco se negó a recibir al embajador estadounidense debido a la tensa relación que éste último mantenía con Serrano Suñer<sup>613</sup>. Ambos, acababan de tener un fuerte encontronazo el 19 de abril cuando Weddell le mostró unas cartas enviadas a residentes americanos en España y que llevaban el sello de la censura de prensa germana, afirmando que “esto es lo que queda de la soberanía española”. Serrano Suñer, manifestó años más tarde que se trataba de una “gentileza alemana”, ya que seguramente provenía de una saca de un barco hundido por los submarinos alemanes, quienes dieron curso a las cartas hacia España. El embajador americano completó sus acusaciones al hacer públicas sus sospechas de que muchos artículos de la prensa española parecían haber estado originalmente elaborados en la lengua alemana. Para Serrano Suñer, Weddell había perdido claramente los nervios en dicha reunión, mostrando una actitud ofensiva contra España<sup>614</sup>.

---

<sup>612</sup> SMYTH, D. (1986): págs 181-182.

<sup>613</sup> Serrano Suñer afirma en sus memorias que mantuvo una “relación francamente amistosa” con Weddell mientras fue ministro de Gobernación. Aunque reconoce que tuvo “pequeños rozamientos” en sus primeros meses como ministro de Asuntos Exteriores, describe como la relación entre ambos sólo se deterioró cuando se avecinaba la entrada de Estados Unidos en la guerra. SERRANO SUÑER, Ramón (1973): *Entre Hendaya y Gibraltar*, Barcelona, Nauta, págs. 357-359. Lo cierto es que su primera entrevista con Weddell como ministro de Asuntos Exteriores fue desgraciada, tratando a su interlocutor con desprecio y sequedad y afirmando que España mantenía una solidaridad política con los países del Eje. TUSELL, J. (1995): pág. 181. Desde entonces la relación no hizo sino empeorar.

<sup>614</sup> Serrano Suñer sitúa erróneamente esta conversación en el mes de diciembre, cuando realmente ocurrió en abril. SERRANO SUÑER, R. (1973): pág. 359 y TUSELL, J (1995): pág. 209.

El 27 de mayo Serrano Suñer informó al embajador norteamericano que “Franco estaba muy ocupado” y que tenía que canalizar cualquier comunicación con el Jefe del Estado a través del Ministerio de Asuntos Exteriores. Cuando Weddell protestó por la falta de acceso a Franco, Serrano Suñer le respondió con una nota el día 13 de junio que provocó la suspensión del contacto diplomático de alto nivel entre España y Estados Unidos en Madrid. En dicho comunicado, el jefe de la diplomacia española se quejaba del lenguaje utilizado por Weddell y de la escena que había provocado en su entrevista del día 19 de abril, considerando que su comportamiento era inadmisibile en un miembro del cuerpo diplomático<sup>615</sup>. Su enfrentamiento personal motivó un enfriamiento de las relaciones entre ambos países y paralizó la posibilidad de un programa de ayuda económica estadounidense a España durante la Segunda Guerra Mundial.

Las entrevistas entre Serrano Suñer y Weddell también contribuyeron a reforzar la negativa opinión que tenía la Administración americana del régimen español. El gobierno de Estados Unidos procedió a aplicar una mayor presión económica a España, la cual se puso de manifiesto en los retrasos o en la denegación de licencias de exportaciones para los bienes, como el petróleo, que el régimen franquista necesitaba urgentemente. Estas medidas fueron implantadas a pesar de que dichas mercancías entraban dentro de las cuotas permitidas por los británicos para cubrir las necesidades españolas<sup>616</sup>. Los británicos vieron frustrados sus planes por un asunto aparentemente trivial. Sin la colaboración norteamericana su oferta de ayuda nunca sería suficientemente atractiva para convencer al gobierno español que su interés estaba en el mantenimiento de la neutralidad en la guerra. Hay que tener en cuenta que el incidente se produjo justo cuando el Eje conseguía una serie de importantes victorias en el Mediterráneo y en los Balcanes. A pesar de estos desastres, los informes que manejaba la embajada británica en Madrid aseguraban que Franco no se uniría al Eje hasta que Egipto y Suez estuvieran en manos alemanas. El Duque de Alba manifestó a Eden que Franco no permitiría el paso de tropas alemanas por España mientras Suez estuviese en manos británicas<sup>617</sup>. En Londres comenzó a existir cierta preocupación ante la posibilidad de que Franco decidiera intervenir en el conflicto ante la reciente evolución de los acontecimientos bélicos favorables al Eje.

---

<sup>615</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 182-183.

<sup>616</sup> SMYTH, D. (1986): pág. 187.

<sup>617</sup> Minuta de Eden, 8 de mayo de 1941, FO 371/26939, C4918/222/41.

### 3. El impacto de las victorias del Eje en los Balcanes y África

En la primavera de 1941 se producía una situación similar a la de junio de 1940, ya que las continuas victorias del Eje en el Mediterráneo oriental hicieron resucitar en los falangistas el deseo de participar en la contienda y en los británicos las dudas respecto a la posición española en el conflicto. En abril el Ejército alemán llevaba a cabo una exitosa campaña en Yugoslavia y Grecia, mientras que el general Rommel en una de sus brillantes ofensivas amenazaba el dominio británico de Egipto. En mayo, los paracaidistas alemanes tomaban Creta en una espectacular operación que hacía pensar que la victoria del Eje en el frente del Mediterráneo se acercaba. En España la reacción pública a las victorias del Eje fue entusiasta, lo que indicaba que no se podía considerar la posición del gobierno como auténticamente neutral. La prensa volvía a lanzar fuertes críticas contra Gran Bretaña<sup>618</sup> y el acercamiento de las tropas alemanas a Suez hacía pensar que la fecha de entrada española en la guerra no era ya tan lejana.

El nerviosismo de los medios oficiales españoles durante el mes de abril se apreciaba también en los aliados. En sus comunicaciones con Londres Hoare admitió que España estaba en estado de expectación por las derrotas británicas en el Mediterráneo. En aquel momento repitió su llamada por una intensa labor anglo-americana de ayuda económica al régimen de Franco, sugiriendo incluso la movilización de los países latinoamericanos para que influyesen en la posición española<sup>619</sup>. En el *Foreign Office*, se recibió con algo de escepticismo su mensaje, criticándose que siempre repitiese los mismos temas y que pensara que los norteamericanos podían acceder fácilmente a sus deseos:

*Este mensaje revela claramente la cómo se están usando nuestros recursos diplomáticos en España. Sir S. Hoare, como una ardilla en una jaula, vuelve una y otra vez a los mismos puntos, que ya han sido tratados tanto como podemos. Sus nuevas propuestas dependen de la actuación del Gobierno norteamericano, y el Embajador tiende a creer que los americanos están dispuestos a bailar esta canción. Me temo que es demasiado optimista respecto a este asunto*<sup>620</sup>.

La posición británica era delicada porque su influencia se veía reducida por las derrotas militares, la negativa americana a secundar su política y los pocos medios materiales disponibles. El único poder efectivo que le quedaba al

---

<sup>618</sup> En el diario Arriba abundaron los ataques contra Gran Bretaña o noticias claramente tendenciosas (provenientes de la propaganda alemana) sobre el desarrollo de las operaciones militares. Como ejemplos, mencionamos los titulares: "El fracaso del bloqueo británico produce descontento en Inglaterra" (9 abril de 1941) e "Inglaterra pide a los Estados Unidos que no difunda por radio sus desgracias" (15 de abril de 1941).

<sup>619</sup> Hoare a Eden, 8 de mayo de 1941, FO 371/26905, C4802/46/41.

<sup>620</sup> Minuta de Makins, 9 de mayo de 1941, FO 371/26945, C3772/306/41.

gobierno británico era su fuerza naval y el bloqueo marítimo, por lo que sus posibilidades de presionar a España eran limitadas. El ministro de Economía de Guerra británico criticó que los alemanes fuesen los únicos que estaban presionando a España, argumentando que si el gobierno británico presionaba al régimen franquista podían sacar más partido de su situación. Hoare rechazó los argumentos de Dalton:

*Es completamente infantil comparar la presión que podemos ejercer sobre España con la que pueden hacer los alemanes. Debemos darnos cuenta del hecho de que mientras los alemanes tienen tropas en su frontera, nosotros no tenemos ningún medio efectivo de sanción. Si decimos a los españoles “no tendréis ningún caucho si no hacéis esto o lo otro para nosotros”, el único resultado sería el colapso de la industria española y que nuestros enemigos nos echaran toda la culpa a nosotros. De hecho, estaríamos haciendo exactamente lo que quieren los alemanes*<sup>621</sup>.

La embajada británica en Madrid pulsó la opinión de sus informadores con el fin de intentar conocer las intenciones españolas. A mediados de marzo, el general Aranda aseguró a los británicos que “Franco mantenía posiciones muy conservadoras y que pretendía mantener a España fuera de la guerra”. Aunque admitió que Franco se estaba aislando cada vez más de la realidad, por lo que no estaba seguro de que supiera cual era la verdadera situación del país. Según el general español, ningún miembro de su círculo familiar, del gobierno o del estamento militar era capaz de influir en la postura de Franco. De acuerdo con su opinión, Franco sólo quería tener tecnócratas a su alrededor y no líderes con personalidad, por lo que desconfiaba de algunos generales como Orgaz, Muñoz Grandes o él mismo<sup>622</sup>.

En base a la información recibida, Hoare siguió defendiendo que Franco era absolutamente fiel a la no-beligerancia. Por ejemplo, el coronel Beigbeder aseguró al embajador británico que “todo el país, con excepción de la Falange, está unido en la firme determinación de permanecer fuera de la guerra”<sup>623</sup>. Sin embargo, no todas las fuentes de la Embajada británica eran tan optimistas. Según los diplomáticos franceses en Madrid, Franco estaba dispuesto a firmar el Pacto Tripartito, aunque había retrasado su firma porque el país no estaba preparado para la guerra. En cualquier caso, el embajador británico transmitía a sus contactos españoles que “Gran Bretaña no estaba ansiosa por la política exterior española, ya que era completamente evidente que España cometería un suicidio si en ese momento tomaba la dirección equivocada”. Lo que realmente preocupaba a Hoare

---

<sup>621</sup> Minuta de Hoare a Eden, 22 de abril de 1941, FO 954/27A.

<sup>622</sup> Informe de Hoare a Eden, 4 de marzo de 1941, FO 371/26890, C2465/3/41.

<sup>623</sup> Informe de Hoare a Eden, 30 de mayo de 1941, FO 371/26890, C6339/3/41.

era la dificultad que tenía para descubrir qué opinaba Serrano Suñer y cómo se le podía influenciar:

*Se comporta como un muñeco en una caja sorpresa, un día saltando a favor de unirse al Pacto Tripartito, al día siguiente volviendo a su caja y defendiendo la no-beligerancia. Con toda certeza, ha estado diciendo cosas completamente contradictorias a diferentes personas. Es tan irresponsable que es capaz de decir cualquier cosa, creo que yo mismo podría azuzarle para que dijera las cosas más increíbles y extravagantes<sup>624</sup>.*

Dada la percepción británica de la realidad española, en Londres no existía ninguna preocupación por la posibilidad de que Franco decidiese intervenir en la guerra por su propia voluntad, lo que realmente les inquietaba era que los alemanes pudiesen forzarle a doblegarse a sus demandas. La posibilidad de que Hitler decidiera invadir la Península Ibérica durante la primavera de 1941 suscitaba en el Alto Mando británico la necesidad de anticipar la caída de Gibraltar mediante la captura de una base naval alternativa. En el mes de marzo Churchill pidió que se preparase una expedición militar para la conquista de las islas portuguesas en el Atlántico (Azores y Cabo Verde) al creer inminente la entrada de los alemanes en España. El día 22 de marzo informó al Estado Mayor británico que Gran Bretaña debía tomar la isla de Cabo Verde de inmediato, descartando que esta operación militar fuera a provocar una invasión alemana de la Península Ibérica. Los mensajes de Hoare desde Madrid aconsejando prudencia motivaron que Churchill decidiera cambiar su actitud y posponer el lanzamiento de dicha operación<sup>625</sup>.

Tras la caída de Grecia y Yugoslavia, se volvieron a recrudecer los temores británicos ante una posible entrada del Ejército alemán en España. Por tal motivo, el día 23 de abril, dos días antes de ordenar la evacuación de las tropas británicas en suelo griego, Churchill pidió que se preparara una fuerza de invasión cuyo objetivo era la captura de las islas atlánticas portuguesas. El mismo día, el Estado Mayor británico apuntaba la necesidad de alterar el objetivo de dicha misión y sustituirlo por la conquista de la isla de Gran Canaria, que ofrecía más ventajas estratégicas que los otros archipiélagos atlánticos. A tal efecto, solicitaron el día 24 que se les permitiera comenzar la preparación de una expedición para la conquista de dicha isla, bajo el código de Operación *Puma*. El premier británico accedió el comienzo de los preparativos, que contaron con la aprobación expresa de Eden. Hay que destacar, la diferencia entre la actitud de Halifax, radicalmente en contra de tomar medidas militares contra el régimen de Franco, y Eden, dispuesto a aplicar medidas disuasorias para asegurar la neutralidad española<sup>626</sup>. Justo cuando se

---

<sup>624</sup> Minuta de Hoare a Eden, 11 de enero de 1941, FO 954/27A.

<sup>625</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 217-222.

<sup>626</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 222-223.



realizaban los últimos preparativos de la Operación *Puma*, los acontecimientos políticos españoles hicieron reconsiderar la conveniencia de llevar a cabo una acción preventiva contra la España franquista.

#### **4. La reacción de los militares al predominio falangista**

A principios de 1941 el Ejército español había adoptado una posición, salvo contadas excepciones, contraria a la participación española en la Segunda Guerra Mundial. El Alto Mando valoraba que el país no estaba preparado ni militar ni económicamente para entrar en la contienda, convirtiéndose en un freno de la postura intervencionista de Franco. Por esta razón, los generales españoles desaprobaban las continuas declaraciones que el ministro de Asuntos Exteriores realizaba a favor del Eje, ya que creían que podían comprometer la postura española en el conflicto bélico. Además, muchos de los generales de mayor graduación estaban en profundo desacuerdo con muchos aspectos de la política gubernamental, configurándose como oposición a Serrano Suñer y al predominio falangista en la política interna del régimen.

La insatisfacción militar era muy elevada ya que la situación en la que se encontraba el país era realmente preocupante, caracterizándose por una grave carestía de alimentos (el pan había comenzado a racionarse en enero de 1941), el crecimiento de la corrupción y el ineficiente funcionamiento de la Administración. La llegada del invierno agravó la situación interna, provocando crecientes críticas de los militares contra la ineficiente política doméstica del nuevo régimen. El estamento militar comenzó a usar la lamentable situación económica y social como argumento para atacar al ministro de Asuntos Exteriores en las reuniones del Consejo de Ministros. Por ejemplo, el general Aranda informó al ministro plenipotenciario Yencken que:

*Los generales intentarán atacar al ministro de Asuntos Exteriores en la reunión del gabinete del próximo lunes, acusándole de paralizar los suministros de comida a España por airear sus opiniones personales al embajador norteamericano y fomentar una disputa diplomática con los Estados Unidos. Le exigirán a Serrano Suñer una petición pública de perdón para desairar a los americanos*<sup>627</sup>.

De esta manera, se incrementaba la tensión existente entre el estamento castrense y Falange, centrándose las acusaciones de los militares en la

---

<sup>627</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax en el que informa de una entrevista entre el general Aranda y Eccles, 13 de noviembre de 1940, FO 371/24509.

figura de Serrano Suñer. Aparte de culparle de la negativa situación interna, rechazaban “sus maneras arrogantes, su posición hegemónica en el Estado y la influencia que parecía ejercer sobre Franco”<sup>628</sup>. Como indicaban los diplomáticos británicos destacados en España, Serrano Suñer era “el hombre más odiado del país”. Según Hoare, parecía probable que “el ministro de Asuntos Exteriores estuviese desilusionado con su trabajo, siendo plenamente consciente de la creciente hostilidad que generaban todas sus acciones”<sup>629</sup>.

### **a) El aumento de la tensión interna**

Los generales más importantes del movimiento de oposición a Falange y a Serrano Suñer, como Aranda, Orgaz o Kindelán, estaban en frecuente contacto con la embajada británica, entrevistándose de manera regular con Hoare, Yencken o con los agregados militares. Como sabemos, algunos de ellos recibían generosos estipendios de los británicos a cambio de mantener posturas favorables a la neutralidad española. Especialmente, cabe destacar la figura del general Aranda, quien se había convertido en su mejor fuente de información, presumiendo de tener acceso a los ministros militares e influencia en el estamento militar gracias a su puesto de director de la Escuela Superior del Ejército. En realidad, dicho puesto no era muy relevante, al carecer de mando militar. Además, sus movimientos estaban siendo vigilados por orden de Franco, quien sospechaba que era masón<sup>630</sup>.

Gracias a esta red de contactos, la embajada británica fue testigo de cómo los militares reaccionaban a lo que consideraban como una excesiva concentración de poderes en manos de Serrano Suñer y ante el cariz que tomaba la política exterior española. En sus conversaciones con los diplomáticos británicos, el general Aranda intentaba presentarse como representantes de todo el estamento militar, transmitiendo a Londres la impresión de que el generalato era un grupo unido que defendía posiciones políticas similares. En sus conversaciones con los

---

<sup>628</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 285-286.

<sup>629</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax en el que informa de una entrevista entre el general Aranda y Eccles, 13 de noviembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>630</sup> El general Aranda fue uno de los conspiradores más activos durante el periodo cubierto por este trabajo. El exitoso defensor de Oviedo durante la Guerra Civil reaccionó contra el predominio falangista en el Nuevo Régimen, rechazando el papel que jugaba Serrano Suñer en el mismo. Su disgusto ante la desorganización estatal y la labor represiva que caracterizaron a aquellos años fue patente en sus conversaciones con los británicos. Su participación en las intrigas contra Franco motivó que fuera condenado el 7 de enero de 1947 por incumplimiento de sus deberes militares a dos meses de arresto en un batería militar de la isla de Mallorca. El 17 de agosto de 1949 fue pasado a la reserva. Un resumen de sus actividades puede encontrarse en MARQUINA, Antonio (1982): “El Ejército y la injerencia extranjera en España: el papel de Aranda (1939-1945)”, Historia 16, nº 72.

británicos indicaban continuamente que “el momento de su triunfo estaba cerca y que Serrano Suñer acabaría perdiendo la partida”<sup>631</sup>. Este tipo de manifestaciones hicieron creer a los diplomáticos británicos, especialmente a Hoare, que los generales pronto pasarían a la acción en su lucha con Serrano Suñer.

A principios de diciembre de 1940, tras volver Serrano Suñer de Berlín se produjo otra reunión del Consejo Superior del Ejército en la que se discutió la eventual entrada española en el conflicto. El general Aranda mantuvo a la embajada británica al corriente de dicho encuentro. De acuerdo con lo que comentó al coronel de aviación James, durante el primer fin de semana de diciembre se había producido “una conferencia entre los miembros más destacados del Ejército español, con la participación de generales como Moreno, Orgaz, Kindelán y Solchaga, en la que se acordaron las políticas tanto internas como internacionales que debían ser perseguidas por el nuevo régimen”<sup>632</sup>. En aquellos momentos, Hoare valoró los movimientos en el estamento militar de la siguiente manera:

*Una concentración de generales, la típica antes de un golpe de Estado, fue vista en Madrid a comienzos de la semana. (...) Las impresiones son que los generales están cansados del desgobierno existente en el país. Van a hacerse cargo de las riendas del Estado, aunque no de forma inmediata. (...) Se cree que Franco está del lado del Ejército, pero no todos creen que esté preparado para destituir a Serrano Suñer*<sup>633</sup>.

Poco después, los generales mantuvieron una reunión con Franco en el Pardo, donde presionaron al Jefe del Estado para que evitara la participación española en la guerra, criticando el papel que jugaba Serrano Suñer en la política exterior<sup>634</sup>. Aunque la reunión no trascendió a la opinión pública española y no provocó ningún cambio en la política interna del régimen, convenció a Hoare de la determinación del estamento militar de eliminar la posición hegemónica que mantenía Serrano Suñer dentro del Estado.

En aquellos momentos, el embajador británico juzgaba erróneamente que Franco le había dado mano libre a Serrano Suñer en la política española, siempre que no metiese al país en la guerra mundial. Esta era la interpretación que Hoare hacía del mencionado discurso de Serrano Suñer a la sección femenina en Barcelona, en el que, aparte de repasar los graves problemas económicos y sociales

---

<sup>631</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax sobre la situación política en España, 3 de diciembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>632</sup> Informe de Hoare a Halifax sobre la situación política en España, 3 de diciembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>633</sup> Informe del embajador Hoare a Halifax en el que informa de una entrevista entre los generales Kindelán y Orgaz y el mayor Pollar, agregado militar de la embajada, 6 de diciembre de 1940, FO 371/24509.

<sup>634</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 184-185.

que asolaban España, había descrito al país como “un estado falangista”<sup>635</sup>. Los artículos del periódico *Arriba* en los que se quejaba utilizando “un tono vengativo” que Falange no había obtenido todavía el control total de la administración del Estado, reforzaron dicha impresión en la Embajada británica:

*El mensaje del presidente de la junta política suprime las dilaciones y acelera el tempo revolucionario. (...) Ha transcurrido el momento de las frases y exhortaciones y no es posible dudar que entramos en el periodo de las obras revolucionarias. Este periodo es el que se ha querido aplazar indefinidamente, con la esperanza de que flaqueara la Falange en sus irreductibles posiciones. Han ignorado los que pretendían desnaturalizar nuestro ser nacionalsindicalista que la Falange caracteriza para siempre al pueblo de España*<sup>636</sup>.

Sin embargo, sabemos que la resistencia del resto de fuerzas conservadoras que componían el Nuevo Estado y la calculada política de equilibrio entre las distintas tendencias políticas llevada a cabo por Franco, habían impedido la cristalización de un Estado fascista en España. Efectivamente, aunque Franco y Serrano Suñer estaban generalmente de acuerdo en las cuestiones de política exterior, el primero no permitía el desarrollo completo de un Estado fascista en España, como defendía el segundo. Este hecho, generaba una gran frustración en Serrano Suñer, que además era consciente del rechazo general a su labor y de su enorme impopularidad<sup>637</sup>.

Los generales españoles continuaban lamentándose del lamentable estado en el que se encontraba el país. El general Aranda le comentó a Hillgarth que “el dominio de Falange era insoportable” y que la situación interna “no podía continuar así”. Bajo la atenta mirada de los británicos, los militares volvieron a realizar diversos movimientos con la presunta intención de limitar el predominio falangista en el Estado. La embajada fue informada de la visita que los generales Varela, Vigón y Moreno realizaron a Franco el día 21 de enero. Según el general Aranda:

*Se ha planteado a Franco que o bien se daba por completo el gobierno a la Falange, lo que suponía que los generales se retirarían del mismo para ser exonerados de toda culpa por la marcha del país, sabiendo que Franco no podía aceptarlo, o bien que se formara un gobierno militar sin influencia de Falange excepto la presencia de Serrano Suñer como ministro de Asuntos Exteriores*<sup>638</sup>.

---

<sup>635</sup> Hoare transcribió a Londres la mayor parte del discurso de Serrano Suñer. Informe de Hoare sobre la situación política en España, 13 de enero de 1941, FO 371/26896, C 433/33/41.

<sup>636</sup> Artículo “Nuevo mensaje falangista” en *Arriba*, 12 de enero de 1941. Este artículo aparece recogido, junto a otros del mismo medio, en un informe de Yencken a Hoare y Halifax, 15 de enero de 1941, FO 371/26896, C843/33/41.

<sup>637</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 285-286.

<sup>638</sup> Informe del Almirantazgo, realizado por el agregado naval en Madrid, 24 de enero de 1941, FO 371/26890, C836/2/41.

También reveló que durante el transcurso de la reunión Franco había requerido la presencia de Serrano Suñer, despertando las esperanzas británicas de que fuera destituido de su cargo. Sin embargo, a pesar de las múltiples reuniones que se produjeron en torno a dicha visita, no se produjo ningún cambio en el gobierno. Otras fuentes informaron a los británicos que Serrano Suñer estaba alerta ante lo que consideraba una conspiración militar contra la Falange, esperando su posible reacción ante los movimientos de los generales:

*Nuestras fuentes creen que es capaz de todo, incluyendo la posibilidad de provocar disturbios que fuercen a Franco a suprimirlos o a causar la intervención alemana, con tal de prevenir que los generales monárquicos proclamen rey a don Juan, al que desprecia por ser un príncipe medio inglés*<sup>639</sup>.

En este tenso ambiente, se celebró el desfile del 1 de abril, aniversario del final de la Guerra Civil. En sus comunicaciones con Eden, Hoare llamaba la atención acerca de la falta de entusiasmo popular y el ambiente tan enrarecido que se encontró en las ceremonias<sup>640</sup>. Las victorias del Eje en los Balcanes y en el desierto libio sembraron el desconcierto en la Administración española, espoleando los deseos intervencionistas de la Falange. En este contexto, Serrano Suñer decidió pasar a la ofensiva por el control total del Estado. El momento era idóneo, en el plano internacional parecía cercano el triunfo de Alemania en la guerra, mientras que en la política interna existía una descomposición gubernamental por la dimisión de Gamero del Castillo en el mes de marzo, que descabezó al partido falangista, y por las diferencias en política económica que mantenían José Larraz, ministro de Hacienda, y Carceller<sup>641</sup>. El 1 de mayo, el secretario de prensa del régimen, Antonio Tovar, bajo la supervisión de Serrano Suñer, liberaba a la prensa del Movimiento de la censura, creando una prensa fascista independiente<sup>642</sup>. A continuación, el propio Serrano Suñer pronunció un discurso el 2 mayo en Mota del Cuervo en el que dio la sensación de que España se alejaba de las posiciones de neutralidad:

*La misma intromisión plutocrática-democrática que ayer regaló el mundo entero al goce codicioso de 2 o 3 potencias afortunadas y a España todo se le negó, aún su Historia y su derecho, quiere ahora reproducirse otra vez con el pretexto sarcástico de salvarnos. Y lo que hace es lanzar rumores y noticias tendenciosas para alarmar e inquietar al pueblo español o para justificar Dios sabe qué propósitos. (...) España, por su libre voluntad, tiene trazada una política exterior que discurre por el camino que a la vez nos marca la suprema conveniencia del interés nacional, la conciencia de nuestros deberes de país europeo y los imperativos de nuestra consecuencia y nuestro honor con los pueblos amigos. Solo España, es la dueña de su destino, que*

---

<sup>639</sup> Informe de Yencken, 11 de febrero de 1941, FO 371/26890, C1316/3/41.

<sup>640</sup> Informe de Hoare a Eden sobre la situación política en España, 2 de abril de 1941, FO 371/26896, C2817/33/41.

<sup>641</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 213.

<sup>642</sup> PAYNE, S. (1987): pág. 286.

*juramos servir y defender con la fidelidad que debemos a los héroes del 2 de mayo, a todos los que cayeron en la cruzada y en todos los tiempos por la grandeza y libertad de España*<sup>643</sup>.

La embajada británica recogió el contenido del discurso, donde el ministro de Asuntos Exteriores atacaba a las democracias occidentales y en el que parecía exigir todo el poder para Falange. A Hoare le resultó muy significativo que Serrano Suñer reclamara el poder para una minoría política y que rechazara la idea de llevar a cabo la restauración de una institución que se había vuelto “caduca”, en referencia a la monarquía<sup>644</sup>. Este tipo de declaraciones incrementaron la ansiedad existente en Londres respecto a la posible entrada española en la Segunda Guerra Mundial, reforzando la decisión del gobierno británico de realizar un ataque preventivo contra las islas Canarias. Sin embargo, la operación militar no llegó a lanzarse en mayo, tal y como estaba previsto, por los cambios políticos que se produjeron en España.

## **b) La crisis ministerial de mayo de 1941**

La crisis política de 1941, que supuso el nombramiento de Valentín Galarza el día 5 de mayo como nuevo ministro de Gobernación, fue para los británicos un giro inesperado en los acontecimientos políticos españoles. Como señaló Hoare, “justo en el momento en el que todo el mundo estaba esperando un colapso español ante un ultimátum alemán, Franco arrebató el control del Ministerio de Gobernación a Serrano Suñer y a la Falange, poniéndolo en manos de un general que era enemigo declarado de los falangistas”. De acuerdo a su interpretación:

*La explicación puede encontrarse en el carácter de Franco. El es gallego, desconfiado y muy terco. Los acontecimientos recientes, particularmente la posibilidad de una intervención alemana en todos los aspectos de la vida española, han estimulado su carácter, forzando una reacción en Franco. Al encontrarse atrapado entre la Falange y los alemanes, Franco ha sentido que estaba siendo privado de todo su poder, con el riesgo de quedar reducido a ser una mera marioneta*<sup>645</sup>.

Para Hoare, si eran ciertas sus suposiciones, “Franco se había dado cuenta que debía tener uno de sus propios hombres en el Ministerio de Gobernación si no quería ser dado de lado y finalmente depuesto”. Ciertamente, Franco había

---

<sup>643</sup> Arriba, 3 de mayo de 1941.

<sup>644</sup> Informe de Hoare sobre el discurso de Serrano Suñer en la fiesta de la independencia, 3 de mayo de 1941, FO 371/26897, C4676/33/41.

<sup>645</sup> Minuta de Hoare a Eden, 6 de mayo de 1941, FO 954/27A.

reaccionado ante los últimos movimientos de los falangistas que suponían una amenaza a su posición, utilizando a los militares para limitar el poder de la Falange.

Hoare valoraba positivamente el cambio para los intereses británicos. Según su opinión, Serrano Suñer había perdido la mayor palanca de influencia que tenía en el país. Especialmente porque había controlado el Ministerio de Gobernación durante muchos años, consiguiendo someter todos los rincones de la vida española a la rígida autoridad falangista. Hoare consideraba que el nuevo ministro no era contrario a Inglaterra y que parecía dispuesto a eliminar del ministerio a todos los funcionarios nombrados por Serrano Suñer. Se proponía visitarle tras su nombramiento, pero de manera discreta para no sugerir ningún lazo de amistad con él. A pesar de todo, Hoare juzgaba que el general Galarza podía ser una persona más difícil de tratar que Serrano Suñer. Al presuponer que el nuevo ministro era uno de los confidentes personales de Franco, cualquier crítica a su labor suponía un reproche al propio Caudillo. En cualquier caso, Hoare se felicitaba porque, en un momento crucial en el desarrollo de la guerra, Franco había decidido intervenir en la política española a favor de los militares y en contra de la Falange. Igualmente, aprovechó sus comunicados a Eden para recalcar que “a pesar de lo mucho que critican a Franco desde Londres, todavía goza de un gran apoyo popular como resultado de haber mantenido a España fuera de la guerra”<sup>646</sup>. Este tipo de afirmaciones defendiendo la postura de Franco contrasta con la actitud abiertamente anti-franquista que se observa en Hoare después del final de la Segunda Guerra Mundial y que aparece en cierto modo reflejada en sus memorias.

Unos días después del relevo ministerial, Hoare señalaba a Eden que podían producirse más cambios en la escena política española, debido a que Franco no había aceptado todas las propuestas realizadas por los generales <sup>647</sup>. Probablemente, se hacía eco de los numerosos rumores sobre cambios en el gobierno y de posibles golpes de estado de los militares que circulaban en Madrid ante la nueva situación política existente en el país. Muchos de los rumores que recogía la embajada británica apuntaban hacia una posible reacción falangista a la derrota política que habían sufrido. En este sentido, recogían los desafíos planteados por miembros del partido único que amenazaban con retirarse del gobierno, advirtiendo que estarían “de vuelta en el poder en menos de tres meses”. Sin embargo, Hoare consideraba que para los falangistas era difícil llevar a cabo un contragolpe, ya que habían perdido el control de la policía y el ejército les odiaba. Además, afirmaba que no creía que Franco fuese a permitir ser desplazado después

---

<sup>646</sup> Minuta de Hoare a Eden, 6 de mayo de 1941, FO 954/27A.

<sup>647</sup> Informe de Hoare a Eden, 8 de mayo de 1941, FO 371/26897, C4924/33/41.

de haber vuelto a ganar popularidad y de restablecer su posición el país<sup>648</sup>. En medio del revuelto panorama político, el periódico *Arriba* realizaba ataques diarios contra Gran Bretaña, como el artículo titulado “El sacristán de Westminster” donde se ridiculizaba a Hoare o “Reconocimiento de un fracaso histórico” donde se desprestigiaba la causa inglesa:

*Hay en las más recientes palabras de los hombres responsables de la política imperial un desconsuelo impresionante, y si el de Churchill se manifiesta esta primavera en una pedigüeña angustia ante la calculada ayuda norteamericana, el del duque de Windsor se revela en palabras alucinantes. (...) El mundo no acepta ninguna de las formulas inglesas y su escasa fuerza militar a la hora de la lucha va a abriendo la válvula de los rencores (en alusión a Irak)*<sup>649</sup>.

En efecto, los falangistas reaccionaron al nombramiento de Galarza y a la pérdida del Ministerio de Gobernación, que fue considerada como un insulto a sus ambiciones políticas. La contraofensiva de Serrano Suñer supuso una cascada de dimisiones de altos cargos falangistas, como Miguel y Pilar Primo de Rivera, que “el cuñadísimo” trató de aprovechar en beneficio propio. Sus acciones, que seguramente pretendían forzar el predominio de Falange, fueron coronadas con la aparición el día 8 de mayo en el periódico *Arriba* de un durísimo editorial titulado “el hombre y el currinche” en contra del nuevo ministro de Gobernación:

*Es como en el circo: sale el atleta o el domador: emociona, admira. Luego sale el tonto, el “currinche” y repite, simula repetir, la suerte autentica. No hay mejor truco para la carcajada. La Historia es triste y ejemplar por esa alternación de hombres y currinches. (...) El currinche es lo contrario del hombre: no es entero ni verdadero, ni sincero ni autentico, ni serio. Nada de lo que tiene le pertenece si no es la intima y baja intención. (...) ¡Ay de los currinches! Lo grave es que se toman en serio y en serio ambicionan como hombres. Lo grave es que el tonto de circo no sabe que hace gracia y duerme aquella noche seriamente, orgulloso de su autentica hazaña*<sup>650</sup>.

Estos hechos desataron la mayor crisis en el seno del régimen desde la implantación del decreto de unificación política. Como observaron los británicos, se produjo una oleada de cambios políticos en el país. En este sentido, resaltaron el cese de ocho gobernadores civiles, que fueron reemplazados en su mayor parte por militares y personas que no pertenecían al partido único. Además, vieron como la censura volvía a controlar el contenido de los periódicos de Falange, después de haber estado liberados de la misma durante unos días<sup>651</sup>. La embajada recibió noticias de la depuración de todos los funcionarios falangistas del Ministerio de Gobernación. Todos estos cambios motivaron que los observadores británicos

---

<sup>648</sup> Informe de Hoare a Eden, 11 de mayo de 1941, FO 371/26897, C5018/33/41.

<sup>649</sup> *Arriba*, 7 de mayo de 1941.

<sup>650</sup> *Arriba*, 8 de mayo de 1941.

<sup>651</sup> Informe de Hoare a Eden, 10 de mayo de 1941, FO 371/26897, C4966/33/41.



pensaran por primera vez que Serrano Suñer había sido realmente abandonado por Franco. Galarza pidió a Hillgarth que la prensa inglesa no realizase comentarios sobre los acontecimientos políticos que sucedían en España, ya que se corría el riesgo de que pareciese que estuviesen motivados por la influencia británica, en lugar de aparecer como mero resultado de la evolución interna española<sup>652</sup>.

Hoare comprendía que los falangistas tuviesen ánimo de revancha, al existir en ellos un sentimiento de malestar ante la pérdida del Ministerio de Gobernación y su aparente derrota política. Sin embargo, no le parecía probable que los falangistas se decidieran a tomar el poder, porque cualquier movimiento que realizaran podía significar la apertura de una profunda brecha en su relación con Franco<sup>653</sup>. En definitiva, el nombramiento de Galarza, junto a los cambios políticos que le sucedieron, fue interpretado por Hoare como una derrota de los falangistas que veían reducida su influencia en España. El embajador británico creyó ver en dichos movimientos una prueba de la voluntad de Franco de seguir en el poder y de mantener su orientación política.

Analizando en retrospectiva la crisis, Hoare apreció que Franco sólo reaccionaba ante los sucesos políticos si estaba en peligro de ser desplazado o adelantado por los acontecimientos. En su opinión, los cambios recientes habían despertado en el Caudillo un renovado interés en los asuntos públicos, mostrándose nervioso por el funcionamiento de la maquinaria del gobierno. Para Hoare, el cese de Serrano Suñer como ministro de Gobernación significaba que Franco estaba intentando deshacerse de los falangistas más extremistas para intentar apoyarse en los monárquicos y en los civiles. En consecuencia, percibía que la izquierda falangista y pro-alemana estaba siendo liquidada<sup>654</sup>. Hoare le comentó a Eden que los falangistas más extremistas y los alemanes habían sido sacudidos por los recientes cambios ministeriales. Como ejemplo de la desorientación germana, añadía que dos hombres, uno español y otro alemán, habían entrado en el jardín de Yencken, donde habían intentado romper sus ventanas<sup>655</sup>. Incluso algunos rumores, recogidos por la embajada norteamericana, parecían indicar que Serrano Suñer pronto sería cesado y sustituido por el general Aranda en el Ministerio de Asuntos Exteriores<sup>656</sup>.

---

<sup>652</sup> Informe del Almirantazgo a Makins (miembro del Departamento Central del Foreign Office), 10 de mayo de 1941, FO 371/26897, C5209/33/41.

<sup>653</sup> Informe de Hoare a Eden, 10 de mayo de 1941, FO 371/26897, C4966/33/41.

<sup>654</sup> Informe de Hoare a Eden, 15 de mayo de 1941, FO 371/26897, C5225/33/41.

<sup>655</sup> Minuta de Hoare a Eden, 15 de mayo de 1941, FO 954/27A.

<sup>656</sup> Informe de Washington a Halifax, mencionado un comentario de Welles, 17 de mayo de 1941, FO 371/26897, C5592/33/41.

El resultado de la crisis fue una derrota de la Falange y de Serrano Suñer. Tovar dimitió de su puesto, y para satisfacer a los militares, se cesó a Ridruejo, presunto autor del artículo contra Galarza. En la reforma del gabinete del día 20 de mayo se protegieron los intereses militares, especialmente manteniéndose al anti-falangista Varela y a Galarza en el Ministerio de Gobernación, en contra de las demandas falangistas. En apariencia, la crisis se había resuelto favorablemente a los intereses de Serrano Suñer y la Falange, al ganar mayor peso en el gobierno con el nombramiento de un nuevo secretario general del partido en la figura de Arrese, y con los nombramientos de José Antonio Girón como ministro de Trabajo y de Miguel Primo de Rivera como ministro de Agricultura. Larraz, que había dimitido durante la crisis, aunque por razones ajenas a la misma, fue sustituido en la cartera de Hacienda por Joaquín Benjumea<sup>657</sup>.

En realidad, el nuevo gobierno era el resultado de la táctica habitual de Franco de buscar el equilibrio entre las distintas facciones, y significaba un debilitamiento de la posición de Serrano Suñer<sup>658</sup>. Sobre todo porque se reducía su influencia en la Falange, que bajo el liderazgo de Arrese se convertía en un juguete en las manos de Franco. El paulatino ascenso del nuevo secretario general del partido, entusiasta del Caudillo e incapaz de llevar a cabo una política independiente, mermaba el prestigio de Serrano Suñer, cuyos enemigos se multiplicaban. El dictador aprovechó la crisis para reforzar su propia posición, colocando a hombres fieles en puestos clave de la maquinaria gubernamental. Por ejemplo, el día 7 de mayo nombró al capitán de fragata Luís Carrero Blanco subsecretario de presidencia, convirtiéndose en su estrecho colaborador y ocupando a partir de entonces cargos políticos de absoluta confianza para Franco<sup>659</sup>.

Hoare se atribuyó el mérito de los cambios en la Administración española, reivindicando ante Eden que el giro en la política española estaba directamente relacionado con el “plan secreto” que venía desarrollando en el país. Dicho plan consistía en los ya mencionados sobornos a altas personalidades del régimen para reforzar la tendencia de opinión contraria a la entrada española en la guerra. Según le dijo el embajador a su ministro:

*Sin duda se habrá dado cuenta que los cambios políticos que han sucedido aquí están directamente relacionados con los planes secretos de los que tanto usted como el Primer*

---

<sup>657</sup> Para valorar los cambios ministeriales acaecidos en mayo de 1941, véase TUSELL, J. (1995): págs. 213-220 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 308-314.

<sup>658</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 287-289.

<sup>659</sup> Sobre el nombramiento de Carrero Blanco véase PAYNE, S. (1965): págs. 183-193. Para un estudio de su papel dentro de la Administración franquista, se puede consultar TUSELL, Javier (1993): *Carrero, la eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy.

*Ministro están al corriente. Esto hace más que necesario que se pare cualquier publicidad del asunto que pudiera dar la impresión de que estamos muy interesados en lo que ha ocurrido*<sup>660</sup>.

Respecto a dichos planes, Hoare también escribió a Churchill, dado el interés que había mostrado el año anterior en el diseño de los mismos, para notificarle que durante las últimas semanas habían dado frutos que “eran mejor de lo que ambos habían esperado”<sup>661</sup>. Incluso uno de los acérrimos enemigos políticos de Hoare, el laborista Dalton, le otorgó el crédito de lo sucedido en España a su rival, escribiendo en su diario que “los caballeros de San Jorge han cargado contra los enemigos británicos en España”. El propio Eden, normalmente crítico con la política defendida por Hoare, reconoció que la situación había mejorado enormemente<sup>662</sup>. La impresión favorable que produjeron los cambios políticos en Londres motivó la suspensión de la Operación *Puma* el 14 de mayo.

### **c) España vuelve a considerar la intervención**

Los británicos eran conscientes de que la reforma del gobierno no disminuyó la tensión política existente en el país. En aquellos momentos observaron como el pulso entre falangistas y militares provocaba un gran nerviosismo en la población española. El Almirantazgo británico suponía que el Ejército y el movimiento de oposición a Falange controlaba la policía, el gobierno civil y las Fuerzas Armadas, de las cuales tenían la lealtad de todos sus elementos menos la de los falangistas más extremistas. Según su opinión, si Franco osaba dar los puestos clave dentro del Estado a los falangistas, entonces se podía encontrar con un golpe en su contra. También consideraban que dicho evento podía ocurrir simplemente por la tensa situación existente<sup>663</sup>.

Sin embargo, pocos días después de solucionarse la crisis, Franco extendió las atribuciones de Serrano Suñer dentro de la Junta Política, nombrándole como segundo en la jerarquía del Movimiento. Sus nuevas misiones fueron las de presidir y controlar las funciones y las discusiones con la Junta Política. Estos nombramientos mostraron a los británicos que Falange, a pesar de su retroceso político, dominaba todavía buena parte de la vida política del país<sup>664</sup>. Hoare pensaba que Franco le estaba devolviendo el control de importantes elementos del Estado a

---

<sup>660</sup> Minuta de Hoare a Eden, 10 de mayo de 1941, FO 954/27A.

<sup>661</sup> Minuta de Hoare a Eden, 20 de mayo de 1941, FO 954/27A.

<sup>662</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 224-228.

<sup>663</sup> Informe del Almirantazgo, 24 de mayo de 1941, FO 371/26897, C5592/33/41.

<sup>664</sup> Informe de Hoare a Eden, 23 de mayo de 1941, FO 371/26897, C5601/33/41.

Serrano Suñer y a Falange<sup>665</sup>. En este exaltado ambiente, las circunstancias internas y el entusiasmo falangista por la intervención bélica volvían a acercar a España a la guerra.

Hoare observó con preocupación como el ministro de Asuntos Exteriores no respondía a las ofertas anglosajonas de ayuda material, realizadas para mantener a España en el campo de la neutralidad<sup>666</sup>. De forma paralela, su relación personal con Serrano Suñer se fue deteriorando. El ministro llegó a cancelar hasta tres citas consecutivas y le impidió el acceso a Franco. En sus despachos con Londres, Hoare se quejaba amargamente del tono insultante que utilizaba Serrano Suñer en sus comunicaciones con la Embajada<sup>667</sup>. Peor aún era que algunos de sus contactos militares le advertían de la inminencia de la entrada española en el conflicto. Todos estos hechos le hicieron pensar a Hoare que Serrano Suñer estaba tratando desesperadamente de obtener un control completo del gobierno para llevar al país a la guerra antes del final del verano. Según el embajador británico, una de sus mejores fuentes le había informado que para conseguir dicho objetivo estaba incluso planeando junto a los alemanes la eliminación de Franco, considerado el paladín de la neutralidad<sup>668</sup>.

Los militares españoles contactaron con Hoare para conocer cual sería la postura británica ante un golpe de Estado que eliminase a Serrano Suñer del gobierno. Aunque al embajador británico le parecía el golpe podía materializarse con éxito que si el gobierno británico daba una respuesta positiva a dicho movimiento, su conclusión fue que el riesgo de que se produjesen trastornos internos o de que el ministro de Asuntos Exteriores consolidase su posición era demasiado grande. Por todo ello, Hoare negó el apoyo británico a tal iniciativa, pidiendo a Londres que se tomasen todas las precauciones posibles para que no se implicase al gobierno británico<sup>669</sup>. Las fuentes utilizadas por los británicos informaron que la mayoría de los generales, incluyendo a Vigón, estaban completamente convencidos del peligro que suponían los métodos y fines de Serrano Suñer, por lo que tenían en cuenta el peligro de no hacer nada para evitar su consolidación en el poder<sup>670</sup>. Curiosamente, Hoare, que no había sentido ningún temor con motivo de la entrevista de Bordighera, veía ahora posible una intervención española en la guerra. Esto le llevaba incluso a plantearse la

---

<sup>665</sup> Informe de Hoare a Eden, 27 de mayo de 1941, FO 371/26897, C6003/33/41.

<sup>666</sup> Informe de Hoare a Eden, 27 de mayo de 1941, FO 371/26897, C6003/33/41.

<sup>667</sup> Minuta de Hoare a Eden, 20 de mayo de 1941, FO 954/27A.

<sup>668</sup> Minuta de Hoare a Eden, 31 de mayo de 1941, FO 954/27A.

<sup>669</sup> Minuta de Hoare a Eden, 31 de mayo de 1941, FO 954/27A.

<sup>670</sup> Minuta de Hoare a Eden relatando su entrevista con el general Vigón, 8 de junio de 1941, FO 954/27A.

posibilidad de comprometerse con una sublevación militar contra Serrano Suñer y la Falange<sup>671</sup>.

En realidad, España había vuelto a estar cerca de entrar en guerra tras el último esfuerzo de los italianos por cambiar la postura internacional española. Tras la entrevista de Brennero entre Mussolini y Ribbentrop, el ministro de Exteriores italiano Ciano envió a Serrano Suñer el 9 de junio una carta en la que le urgía a convencer a Franco de que había llegado el momento de firmar el Pacto Tripartito. Ante los reveses militares que estaban sufriendo, los italianos cambiaron su postura y buscaron la intervención española, ya que podía cambiar el curso de la guerra en el Mediterráneo. En la respuesta de Serrano Suñer desaparecieron las alusiones a la situación alimentaria y a la falta de recursos militares. Para el ministro español, se prefería la entrada en la guerra a la mera declaración pública de adhesión al Pacto Tripartito, volviendo a solicitar contrapartidas territoriales en Marruecos. El contenido de la carta parecía indicar que España daba un paso hacia la intervención en el conflicto. Sin embargo, el escepticismo alemán ante la posible entrada española en la guerra, unido al comienzo previsto de la invasión de Rusia, influyeron para que no se produjera la intervención española que deseaban los italianos<sup>672</sup>.

## **5. La invasión alemana de Rusia y sus repercusiones en las relaciones bilaterales**

En el verano de 1941, Hitler lanzó la Operación *Barbarroja* contra Rusia, sorprendiendo a sus propios aliados italianos y trasladando su atención al Este en detrimento del frente mediterráneo. El ataque alemán a la Unión Soviética provocó una fuerte respuesta emocional en España, particularmente entre los falangistas. El 24 de junio, dos días después del inicio de la campaña rusa, Serrano Suñer pronunció delante de una gran masa de asistentes su famoso discurso “Rusia es culpable”, en el que mostraba la lucha contra los comunistas en el frente del este como una continuación de la Cruzada española durante la Guerra Civil<sup>673</sup>. A pesar de la innegable exaltación pro-nazi de los dirigentes españoles, no se cedió a la sugerencia de los alemanes de que declarasen la guerra a Rusia, aprobando tan sólo el envío de voluntarios para luchar junto a los alemanes. El alistamiento de

---

<sup>671</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 226.

<sup>672</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 280-281.

<sup>673</sup> Serrano mencionó que “el exterminio de Rusia es exigencia de la Historia y del porvenir de Europa”. Arriba, 25 de julio de 1941.

efectivos fue muy popular, presentándose suficientes voluntarios en las oficinas de reclutamiento para dotar una división completa (unos 18.000 hombres). La mitad de los oficiales y de los soldados eran militares de carrera, muchos de ellos veteranos de la guerra civil. Numerosos reclutas provenían también de Falange, alistándose muchos de los líderes del partido. El 13 de julio dejaba el país el primer contingente de voluntarios de la División Azul para recibir instrucción en Alemania<sup>674</sup>. El 20 de agosto la división fue enviada a combatir al frente ruso bajo el mando del general Muñoz Grandes, integrándose en el XVI Ejército alemán que avanzaba hacia Leningrado. Además, el día 21 de agosto la Delegación Nacional de Sindicatos acordó con su equivalente alemán el envío de 100.000 obreros españoles para cubrir las necesidades de mano de obra de la industria del Tercer Reich<sup>675</sup>. El entusiasmo en la España franquista fue innegable, marcando el verano de 1941 un hito en el sentimiento pro-alemán respecto al conflicto bélico<sup>676</sup>.

Los diplomáticos británicos vieron como el partido falangista aprovechaba ese acontecimiento para reavivar los más amargos recuerdos y prejuicios generados en la Guerra Civil. Lo que más le preocupaba a Hoare era el extremo odio que mostraba Serrano Suñer respecto a la Unión Soviética. El 2 de julio había declarado en el *Die Deutsche Allgemeine Zeitung* que el régimen franquista mantenía una “beligerancia moral” en el conflicto. El embajador británico señalaba que la invasión alemana de Rusia representaba una excelente oportunidad para que Serrano Suñer cumpliera su deseo de llevar a cabo una cruzada para destruir el comunismo en Europa y de paso meter a España “en cuerpo y alma” en las filas del Eje y en la guerra. Por esta razón, temía que Serrano Suñer y sus seguidores realizaran todo lo posible para desatar en el país una fiebre a favor de la intervención española. En este sentido, el entusiasmo generado en el país por el ataque alemán a Rusia y los llamamientos de Serrano Suñer provocaron una

---

<sup>674</sup> Como los soldados no podían utilizar el uniforme del ejército español, adoptaron un uniforme simbólico que abarcaba las boinas rojas de los carlistas, pantalones de color caqui usados en la legión española y camisas azules de los falangistas, de ahí la denominación de "división azul". Este uniforme se utilizaba únicamente durante los permisos en España; en el campo de batalla, los soldados usaron el uniforme gris del ejército alemán, modificado para mostrar en la parte superior de la manga derecha la palabra "España" y los colores nacionales españoles. BUENO CARRERA, José María (2003): *La División Azul y la Escuadrilla Azul: su organización y sus uniformes*, Madrid, Aldaba. Aparte de la amplia bibliografía sobre los hechos de armas de la División Azul, el estudio más completo de esta formación es MORENO JULIÁ, Xavier (2006): *La División Azul: sangre española en Rusia, 1941-1945*, Barcelona, Crítica. Véase también SALAS, Ramón (1989): “La División Azul”, *Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea* (UNED), nº 2, 1989, págs 241-269.

<sup>675</sup> El convenio laboral no llegó a completarse, limitándose a la concesión de 15.000 licencias para trabajadores que quisieran desplazarse a Alemania. ESPADAS, M. (1988): pág. 123.

<sup>676</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 281-283.

tremenda ansiedad en los observadores británicos, que les llevó a considerar que el régimen franquista parecía encontrarse a un paso de unirse al Pacto Tripartito<sup>677</sup>.

El ambiente belicista motivó que la embajada británica fuera atacada por un grupo de falangistas exaltados al grito de “Gibraltar español, ingleses asesinos”, que seguramente contaron con el consentimiento de las autoridades del régimen. La “manifestación espontánea” estaba excelentemente organizada, con un camión que suministraba las piedras y con cámaras para dar constancia pública del acontecimiento. Irónicamente, Hoare señaló en sus memorias que los coches del personal de la embajada se salvaron de ser quemados por la carestía de cerillas que asolaba a la capital. “Nadie en la multitud tenía cerillas, o no quisieron sacrificar las pocas que disponían en una batalla callejera”. Dicho ataque fue recibido por Hoare como “una bendición, ya que generó una gran simpatía entre los españoles más respetables, que rechazaban este tipo de actos vandálicos, justo en el momento en que la amistad de los españoles se desviaba hacia Alemania”. El embajador se presentó con todo su personal a protestar en la residencia de Serrano Suñer. Pero sus quejas no consiguieron nada del ministro de Exteriores, ni de Franco, cuando se entrevistó con él días más tarde<sup>678</sup>.

La invasión de Rusia por los alemanes supuso un paso atrás para las aspiraciones británicas respecto a España. Hoare tuvo que dedicarse a explicar a los españoles que Gran Bretaña sólo cooperaba militarmente con la Unión Soviética, lo que no significaba que tuvieran una alianza ni que tuvieran simpatía alguna por el comunismo. A principios de julio, el embajador reconocía la difícil situación que atravesaban:

*Digamos lo que digamos acerca de las verdaderas intenciones de Hitler y de su historial de traiciones, la totalidad de los españoles le considera en estos momentos como el providencial salvador del mundo del Anticristo rojo. Por ello, debemos esperar que miles de españoles se alistén para luchar contra Rusia. Y debemos resignarnos a un periodo en el que perdamos influencia por nuestra asociación con Rusia. Puede que esta difícil situación pase, o que se haga menos inflamable. Aunque, por el momento, debemos tratar la cuestión con sumo cuidado y no hacer nada que la pueda empeorar<sup>679</sup>.*

En este sentido, indicó a su gobierno que era muy peligroso realizar en dichas circunstancias una protesta formal contra el alistamiento de españoles para combatir en Rusia. Según sus fuentes, Serrano Suñer deseaba que diesen dicho paso para poder movilizar a la opinión pública contra Gran Bretaña. Hoare terminaba

---

<sup>677</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>678</sup> HOARE, S. (1946): págs. 114-115.

<sup>679</sup> Minuta de Hoare a Eden, 2 de julio de 1941, FO 954/27A.

reconociendo que todo lo que podían hacer era “observar el desarrollo de la situación y advertir a sus amigos en España del peligro que suponía permitir que los falangistas se creciesen en medio de la confusión existente”. Al final, Hoare se reunió con Franco y se quejó de la presencia de la División Azul en el frente ruso. El Caudillo se dedicó a disertar sobre su teoría de las dos guerras, defendiendo que para España era lícito participar en la cruzada contra Rusia sin entrar en guerra con los aliados<sup>680</sup>. A estas alturas, Franco estaba completamente convencido de la victoria alemana en la guerra.

En medio de este ambiente de entusiasmo y expectativa, Franco realizó el 17 de julio en su alocución al Consejo Nacional falangista el discurso más pro-alemán que había ofrecido hasta la fecha. El Caudillo denunciaba que los antiguos enemigos de España, en clara referencia a Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, todavía intrigaban contra ella. Además, se felicitaba por el envío de los voluntarios españoles a combatir al comunismo en el suelo ruso. La mayor sorpresa fue la crítica contra los Estados Unidos, que en aquellos momentos estaban aprovisionando a España de alimentos, augurándoles una catástrofe si intervenían en Europa:

*Ni el continente americano puede soñar en Europa sin sujetarse a una catástrofe, ni decir, sin detrimento a la verdad, que pueden las costas americanas peligrar por ataques de las potencias europeas. (...) En esta situación el decir que la suerte de la guerra puede torcerse por la entrada en acción de un tercer país es criminal locura, es encender una guerra universal sin horizonte, que puede durar años y que arruinaría definitivamente a las naciones que tienen su vida económica basada en su legítimo comercio con los países de Europa. (...) Se ha planteado mal la guerra y los aliados la han perdido. Así lo han reconocido con la propia Francia todos los pueblos de la Europa continental<sup>681</sup>.*

Hoare señaló a Londres que era difícil imaginar que “el cauto gallego” hubiese hecho un discurso de esa naturaleza<sup>682</sup>. Incluso los embajadores del Eje criticaron su falta de prudencia a la hora de realizar estas manifestaciones<sup>683</sup>. El impacto de las declaraciones fue grande tanto en el interior como en el exterior. Lógicamente, las palabras de Franco irritaron profundamente a los países anglosajones y en especial al embajador norteamericano, que ya mantenía malas relaciones con Serrano Suñer. En el plano interior, el discurso no hizo sino espolear los ánimos intervencionistas de los falangistas<sup>684</sup>.

---

<sup>680</sup> HOARE, S. (1946): pág. 139.

<sup>681</sup> Arriba, 18 de julio de 1941.

<sup>682</sup> HOARE, S. (1946): págs. 112-114.

<sup>683</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 282-283.

<sup>684</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 266-267.



Analizando la situación en retrospectiva, Hoare consideraba que la campaña de agitación falangista a favor de la guerra había fracasado, al ser patente la falta de preparación del país para entrar en el conflicto y el rechazo mayoritario de la población. A pesar de ello, el embajador británico reconocía que España se había visto obligada a “dar uno o dos trofeos a los cruzados anti-comunistas” para garantizar su supervivencia:

*Por consiguiente, Hitler recibió el discurso de Franco del 17 de julio y la División Azul de voluntarios. Los alemanes habían esperado una solidaridad total de los españoles y el envío de un ejército español de unos sesenta mil hombres. En su lugar, tuvieron que conformarse con una tediosa letanía de Franco, que indudablemente había irritado a Gran Bretaña y a los Estados Unidos por sus insultos, pero que era completamente inútil a todos los efectos de la campaña rusa, y el envío de tan sólo una división, consistente de falangistas de la línea dura, que claramente estaban mejor fuera del país, oficiales desmotivados por la falta de acción, hombres obligados a reclutarse y jóvenes aventureros que buscaban excitación. Éste fue el exiguo pago a Hitler por la ayuda prestada durante la guerra civil y su apoyo al régimen falangista<sup>685</sup>.*

Por otro lado, el inicio de la campaña rusa había eliminado el peligro de una invasión alemana de la Península Ibérica, suponiendo también el final de la presión de Hitler para forzar la entrada española en la guerra. La concentración del esfuerzo de guerra alemán en el Este supuso un gran alivio en el Ministerio español de Asuntos Exteriores<sup>686</sup>. Hoare estaba convencido de que la futura postura española en la contienda dependía del curso de las operaciones militares en el frente ruso. Si la Unión Soviética aguantaba y los alemanes tenían que combatir en el frente del Este durante el invierno, la Península Ibérica se salvaría de una invasión alemana. Aunque pensaba que el pueblo español estaba irritado con la continua interferencia de los alemanes en los asuntos del país, creía que una victoria germana en Rusia motivaría la entrada de España en el conflicto. Según Hoare:

*Es poco probable que el pueblo español ofrezca a los alemanes el tipo de bienvenida que Hitler ha predicho para una campaña exitosa en la Península Ibérica. (...) Sin embargo, en el caso de producirse una derrota rusa, los españoles concluirán que la victoria de Hitler en Europa es total y absoluta, procediendo a intentar bloquear el Estrecho de Gibraltar y a participar en la guerra de forma inmediata<sup>687</sup>.*

Como ya se ha mencionado, la invasión alemana de Rusia supuso un claro empeoramiento de las relaciones hispano-británicas. El discurso de Serrano Suñer el día 24 de junio, el envío de la División Azul a combatir junto a las fuerzas del Eje y las palabras de Franco el 17 de julio llevaron al gobierno británico a

---

<sup>685</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>686</sup> DOUSSINAGUE, J. M. (1949): pág. 59.

<sup>687</sup> Minuta de Hoare a Eden, 22 de agosto de 1941, FO 954/27A.

pensar que resurgía el peligro español. La primera reacción de Eden ante la ofensa que suponía el discurso de Franco fue intentar endurecer la postura británica respecto a España. Sin embargo, tuvo serias dudas sobre cual era la mejor política a seguir y si era el momento adecuado para iniciar una disputa con el régimen franquista. Como resultado de la imprudencia española, se revisó la política exterior británica hacia nuestro país, al insistir Eden en la necesidad de tomar alguna represalia económica. Por ejemplo, se decidió no presionar a los americanos para que enviaran suministros a España<sup>688</sup>. A pesar de la indignación británica, no se modificó la política de apaciguamiento económico en lo sustancial.

Más significativa fue la reacción de Churchill, quien, alarmado por las noticias que le llegaban de la actitud española ante los nuevos acontecimientos internacionales, aprobó el lanzamiento inmediato de la Operación *Puma*. La fuerza de ataque debía estar dispuesta a intervenir en el momento que decidiera el gobierno británico, comenzando sus preparativos en el mes de agosto. El premier británico insistía que la isla de Gran Canaria debía tomarse “a cualquier coste”. La nueva operación militar llevaba el código *Pilgrim*, al reforzarse con los contingentes que iban a ser utilizados para tomar las Azores y Madeira. La fuerza expedicionaria contaba con 24.000 hombres, un acorazado, tres portaaviones, tres cruceros y diecinueve destructores. Este despliegue suponía tal esfuerzo a la limitada capacidad bélica británica, que el Estado Mayor se vio forzado a pedir que el ataque se pospusiera a septiembre. En la reunión que mantuvieron Churchill y Roosevelt del 9 al 12 de agosto en Terranova, el premier británico comunicó al presidente americano que se había fijado la fecha de la operación militar para el mes de septiembre<sup>689</sup>. Sin embargo, el mandatario británico volvió a dar marcha atrás a sus planes de ataque preventivo para no provocar la hostilidad española.

Hoare, que no había estado involucrado en la decisión estratégica de atacar el territorio español de forma preventiva, detectó en el mes de agosto una serie de indicios que presentaban a España como el próximo enemigo de Gran Bretaña en la guerra. Por ello, intentó calmar los ánimos en su gobierno indicando que el discurso de Franco había sido para el consumo interno, para congraciarse con Hitler mediante alabanzas y para reforzar su liderazgo sobre Serrano Suñer en política interior y exterior. Estas afirmaciones las basaba en las opiniones de Carceller, quien se había dirigido a él con la intención de calmar los ánimos de los aliados asegurando que el discurso del Jefe de Estado español iba únicamente dirigido a la Falange, con la intención de robar protagonismo a Serrano Suñer. Asimismo, insistió en la idea de que existía una duplicidad de opiniones entre

---

<sup>688</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 228-233.

<sup>689</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 233-234.

ambos líderes españoles, Franco favorable a la neutralidad y Serrano Suñer favorable a la intervención en la guerra<sup>690</sup>.

Para reforzar su tesis y con el fin de evitar la intervención militar, Hoare envió a Hillgarth a entrevistarse con Churchill y a Torr a visitar al Estado Mayor británico para disuadirles de que recurriesen a la opción bélica. El día 12 de agosto Hillgarth informó a su primer ministro que la toma británica de las islas Canarias motivaría la enemistad española hacia Gran Bretaña. Aunque Churchill ya había decidido suspender la operación militar, hay que señalar que los consejos de Hoare ayudaron a evitar el conflicto. Como medida de precaución, se acordó mantener la expedición preparada durante el invierno por si fuese necesaria. En el mes de febrero de 1942 la operación se suspendería definitivamente, reasignándose sus efectivos a otras tareas. De esta manera, después de las preocupaciones vividas en el verano, el gobierno británico volvía a la política trazada por Halifax de atracción hacia España durante el resto del año<sup>691</sup>. Pero la línea gubernamental no contaba con el apoyo de la opinión pública en el Reino Unido, que pedía una mayor firmeza contra la más que sospechosa actitud de Franco. Como ejemplo, podemos leer la posición del *News Chronicle* ante la política británica de apaciguamiento:

*El momento ha llegado para una firme intervención británica. Más apaciguamiento del Gobierno de Franco sería un peligroso error. Como primer paso, deberemos insistir en la desaparición de la horda de espías alemanes, agentes de prensa, policías y empresarios que están conspirando en suelo español contra Gran Bretaña. Este proceder sería muy popular entre todas las clases sociales, puesto que todas han aprendido a despreciar a los chupasangres alemanes*<sup>692</sup>.

A partir de entonces, la mayor preocupación de Churchill fue evitar que España autorizara el paso de tropas alemanas por su territorio. Por esta razón, en una comida celebrada en la embajada española el 2 de octubre, ofreció el apoyo británico para satisfacer las reivindicaciones del régimen franquista en el norte de África. De acuerdo a la versión del duque de Alba, el primer ministro le dijo que si Inglaterra ganaba la guerra, estaría en una situación de hacer presión fuerte y definitiva a Francia para que satisficiera las aspiraciones españolas en el norte de África. Churchill añadió que estaban dispuestos a ayudar a España si se impedía el paso a los alemanes por su territorio<sup>693</sup>.

---

<sup>690</sup> Informe de Hoare a Eden, 21 de agosto de 1941, FO 371/26906 C624/46/41.

<sup>691</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 233-241.

<sup>692</sup> News Chronicle, 30 de septiembre de 1941.

<sup>693</sup> Informe de Alba a Serrano Suñer, 2 de octubre de 1941, AMAE R1789/9. Años después, esta oferta fue recordada por Franco en una etapa de fuertes tensiones en las relaciones hispano-británicas.

La actitud del régimen franquista, tras la invasión alemana de Rusia, levantó también suspicacias en el gobierno norteamericano. No era para menos, puesto que Franco, en su discurso del 17 de julio, acusó gravemente a los Estados Unidos de retener el trigo canadiense, que ya había adquirido España, en los momentos de máxima necesidad del país y de enmascarar presiones políticas en la forma de ofertas de ayuda económica. A partir de dicha fecha, la presión económica estadounidense se realizó de una manera más sistemática y determinada, convirtiéndose los esfuerzos descoordinados, que se habían dado hasta ese momento, en una política de presión gradual. A principios del mes de agosto se decidió aplicar al régimen franquista el sistema de licencias de exportación de petróleo y prohibir a los petroleros norteamericanos que participaran en el transporte de crudo a España. La intención del Departamento de Estado era conseguir un cambio de actitud en la política exterior española. El impacto de las medidas fue inmediato, ya que las trabas impuestas al suministro de petróleo junto a la ineficacia de la administración del régimen pusieron al país al borde del colapso. El propio Weddell, a pesar de la enemistad que mantenía con Serrano Suñer, consideró que las medidas eran demasiado restrictivas<sup>694</sup>.

Ante esta situación, el régimen franquista decidió a principios de septiembre tomar la iniciativa para mejorar las relaciones con los Estados Unidos. Hay que señalar que los contactos diplomáticos entre los dos países no se habían restablecido desde el enfrentamiento entre el ministro español de Asuntos Exteriores y el embajador americano a mediados de junio. Por aquel entonces, Hoare había intentado que se restableciese la normalidad en las relaciones bilaterales, encontrándose con el desinterés de la Administración española. El 17 de junio Carceller le dijo al embajador británico que a Franco le resultaba muy difícil recibir a Weddell debido a la presión que estaba ejerciendo Mussolini para que España se uniera al Eje. Esta excusa no tenía mucha lógica, ya que unos días después Franco sí recibió a Hoare, quien también era emisario de un enemigo del Eje y no de una nación neutral. Lo significativo es que el embajador británico aconsejara tener paciencia con el gobierno español. En su opinión, si se tomaba cualquier tipo de represalias por este tipo de afrentas a los aliados se produciría un distanciamiento con el régimen franquista, que era precisamente el objetivo de alemanes e italianos<sup>695</sup>.

Fue precisamente la escasez del petróleo la que forzó a Franco a intentar acercarse a los Estados Unidos, en vista de que la falta de este producto estrangulaba a la economía española y por la imposibilidad de recibir de los países

---

<sup>694</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 187-190.

<sup>695</sup> Minuta de Hoare a Eden, 17 de junio de 1941, FO 371/26925, C6616/108/41.

de Eje dichos suministros. El ministro español de Asuntos Exteriores invitó el 30 de septiembre a Weddell y ambos decidieron olvidar las fricciones del pasado, realizando el embajador norteamericano una oferta velada de mayor cooperación económica bilateral. Por su parte, Serrano Suñer insistió en la necesidad de recibir urgentemente combustible, cuya carestía se estaba convirtiendo en un problema de índole político. Las mismas cuestiones salieron a relucir en la entrevista entre Franco y Weddell del día 6 de octubre. El Caudillo hizo una petición urgente de combustible, trigo y algodón, manifestando vivamente su interés en mejorar las relaciones económicas entre ambos países <sup>696</sup>. La presión económica había demostrado que podía ser un arma útil para forzar cambios en la conducta del régimen franquista, demostrando que existía una alternativa al apaciguamiento económico.

Sin embargo, la resolución de la disputa entre Weddell y Serrano Suñer no sirvió para que los norteamericanos restauraran el flujo de suministros a los niveles existentes antes de verano. La animadversión existente en la Administración americana respecto al régimen franquista se vio acrecentada tras recibir informes en los que se afirmaba que España utilizaba el petróleo estadounidense para abastecer a submarinos alemanes o lo reexportaba al Tercer Reich. En base a estos rumores se decidió retener la salida hacia territorio español de dos buques cisternas cargados de petróleo. Los británicos, interesados en que se mantuviera el envío de petróleo, afirmaron que todos esos temores eran completamente infundados. En realidad, sabían perfectamente que varios submarinos alemanes habían sido reabastecidos de manera clandestina por un buque alemán en el puerto de Las Palmas<sup>697</sup>. Por lo tanto, había sólidos fundamentos para las sospechas norteamericanas, que no desaparecieron a pesar de las garantías británicas.

La presión de la opinión pública y la resistencia de la Administración estadounidense a continuar el envío de petróleo, motivaron que se planteara la posibilidad de definir un procedimiento nuevo a dicho respecto. Tras conseguir el visto bueno de los británicos, el 29 de noviembre se presentó una propuesta al embajador español en Washington, Juan de Cárdenas. En dicho memorando la Administración norteamericana se mostraba dispuesta a continuar el envío de petróleo a España en las cantidades que necesitara para su consumo interno, pero exigiendo que el crudo no fuese reenviado a ningún país del Eje y que se estableciera un rígido sistema de control sobre la distribución del mismo. Se

---

<sup>696</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 189-190.

<sup>697</sup> Desde junio de 1940 los británicos tenían constancia de que submarinos alemanes operaban en aguas territoriales españolas. Ver FO 371/24508.

proponía que la supervisión del uso al que se destinaba el petróleo fuese realizada por agentes estadounidenses que tendrían acceso a todas las instalaciones españolas para recibir, almacenar y transportar el crudo dentro del territorio español. Cárdenas se mostró disgustado por el lenguaje utilizado y por el aparente control que ejercería el gobierno norteamericano sobre el sistema español de abastecimiento y distribución de petróleo. Aunque se decidió presentar dicho memorando al gobierno español a través de Weddell, los acontecimientos internacionales de comienzos de diciembre de 1941 interrumpieron esta tentativa de mejora de las relaciones económicas hispano-norteamericanas<sup>698</sup>.

## **6. El apoyo tácito británico a las conspiraciones de los militares**

El agudo instinto político de Hoare le hizo darse cuenta de que la euforia desatada en torno a la invasión de la Unión Soviética por los ejércitos alemanes había emponzoñado muchos de los problemas españoles, intensificando las rivalidades políticas internas. El astuto embajador juzgó acertadamente que el ataque alemán, lejos de disminuir la tensión política y aunar a las distintas corrientes del régimen, significó un incremento de la rivalidad existente entre los falangistas y los militares. En efecto, la aparente victoria de la Falange en la crisis gubernamental de 1941 y la euforia por las victorias alemanas en Rusia motivaron que las ambiciones falangistas volvieran a manifestarse con fuerza. Esto se tradujo en el intento por parte de Serrano Suñer de otorgar a su partido el protagonismo en el envío de los voluntarios a Rusia. Como resultado, el alistamiento y la preparación de la “División Azul” añadieron más tensión entre el estamento militar y la Falange, dada la preocupación existente entre los generales de alta graduación por la temeridad que suponía el envío de voluntarios a combatir en el frente ruso<sup>699</sup>. Aunque Franco había conseguido atenuar las críticas de los militares, todavía existía un profundo descontento en dicho estamento por la incoherencia institucional del régimen, la lamentable situación económica, la corrupción existente y las renovadas ambiciones falangistas<sup>700</sup>.

Los observadores británicos vieron como se intensificaba la resistencia en el seno del régimen contra el predominio falangista. A comienzos del mes de julio Carceller y un miembro de su ministerio se reunieron con Eccles, al

---

<sup>698</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 190-192.

<sup>699</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 268-270.

<sup>700</sup> PAYNE, S. (1987): pág. 295.

que mostraron su insatisfacción con Serrano Suñer. Por primera vez, se mencionaba la posibilidad de asesinar a su rival político:

*Ambos declararon que Suñer era tan intolerable que debía ser liquidado inmediatamente, y por esa horrible expresión obviamente querían decir matarle. Sin embargo, Carceller añadió que para dar dicho paso existían dos grandes obstáculos: el primero era la reacción de las tropas alemanas en la frontera y el segundo el resentimiento que podía motivar el asesinato de una persona perteneciente a la familia de Franco*<sup>701</sup>.

Estas declaraciones fueron muy reveladoras para Hoare, al venir de una persona cuyo nombramiento como ministro creía que se debía a la influencia política de Serrano Suñer. Otras fuentes confirmaron a la embajada que los militares deseaban eliminar al ministro de Asuntos Exteriores para evitar que España suscribiese el Pacto Tripartito y entrase en la guerra. Hoare comunicó a los generales con los que mantenía frecuente contacto, que la firma de dicho pacto sería suicida para ellos, ya que haría imposible la supervivencia del nuevo régimen tras la victoria aliada. Para tranquilizar a Eden, Hoare le manifestó que “por supuesto, trato como confidencial toda la información que recibo acerca de los planes de liquidar a Serrano Suñer, y me mantengo fuera de todos los esquemas conspiratorios”.

En la siguiente entrevista que mantuvo con el ministro español de Asuntos Exteriores le pareció apreciar un cierto cambio en su actitud. Quien antes se había mostrado arrogante y altivo se mostraba ahora receptivo y cercano. Hoare describió su comportamiento como “inusual” ya que Serrano Suñer había escuchado respetuosamente sus reiteradas quejas, incluso excusándose por no haber podido recibirle debido a su ausencia de Madrid durante las últimas semanas. El embajador británico creyó verle asustado ante el cariz que tomaba la evolución de la política interna española, reforzando su creencia de que los generales realmente estaban planeando eliminarle<sup>702</sup>.

Los generales más importantes estaban muy preocupados por las atrevidas declaraciones de Franco ante el Consejo Nacional de Falange. En sus entrevistas con el personal de la Embajada británica mostraron su rechazo a las ofensas realizadas a las potencias anglosajonas y criticando su retórica pro-nazi. Según Hoare, la identificación pública de Franco con las ideas de Serrano Suñer les hizo sentir que era difícil eliminar a uno sin el otro. Por esta razón, el embajador creía que pospondrían cualquier movimiento hasta que se clarificase la situación interna. En cualquier caso, Hoare apuntaba que el discurso de Franco había convencido al estamento militar de que “no se podían dejar las cosas como estaban”,

---

<sup>701</sup> Minuta de Hoare a Eden, 9 de julio de 1941, FO 954/27A.

<sup>702</sup> Minuta de Hoare a Eden, 9 de julio de 1941, FO 954/27A.

lo que parecía poner de manifiesto su intención de conseguir introducir cambios políticos en España a corto plazo<sup>703</sup>.

La cuestión era si los generales tendrían agallas para enfrentarse a Franco y liquidar el gobierno falangista. En aquellos momentos, hubo una voz discordante con la política que venía desarrollando Hoare en España. Sir Auckland Geddes, presidente de la compañía Río Tinto, manifestó su convencimiento de la necesidad de cambiar la actitud de su gobierno respecto al nuevo régimen español. En este sentido, advirtió a Hoare que “estamos apostando por el caballo equivocado en España y nuestra política sólo puede terminar en desastre”. De acuerdo con su percepción, los generales no se enfrentarían a la posición hegemónica que ostentaba Falange en España:

*España está gobernada por una pequeña elite que sólo busca la victoria de Alemania y cuya única política es llamar a los alemanes para que entren en el país y conseguir que nuestra posición en Gibraltar sea insostenible. (...) Estoy convencido que nuestro objetivo en esta guerra deber ser exterminar todos los gobiernos fascistas. (...) Los generales no tienen agallas para enfrentarse a la Falange. (...) Sería conveniente buscar la formación de un movimiento de oposición más amplio, que integrara incluso a Negrín y a los republicanos exiliados en Francia. (...) De esta manera, se podría organizar una resistencia efectiva frente al Gobierno de Franco, el más débil de los gobiernos fascistas de Europa*<sup>704</sup>.

En el mes de agosto las rivalidades internas adquirieron una nueva dimensión, al conocer los británicos por sus informadores habituales la creación de una Junta Militar formada por los cinco generales más importantes e influyentes del país: Orgaz, Alto Comisario de Marruecos, Kindelán, recién ascendido a capitán general de la IV región militar (Barcelona), Saliquet, capitán general de la I región Madrid, Solchaga, capitán general de la VII región militar (Valladolid) y Aranda, director de la Escuela Superior del Ejército. Todos ellos deseaban que España permaneciera fuera del conflicto, pretendiendo limitar el poder de Serrano Suñer en el seno del nuevo régimen. A partir de principios de agosto, la embajada británica fue recibiendo de manera regular noticias de sus actividades<sup>705</sup>. De esta manera, supieron que, por órdenes de la Junta, el general Orgaz se había entrevistado con Franco a comienzos del mes para exigirle que no hiciese más declaraciones sobre política exterior sin consultarles previamente. También averiguaron que Orgaz le

---

<sup>703</sup> Informe de Hoare a Eden sobre la situación española, 23 de julio de 1941, FO 371/26898,C8417/33/41.

<sup>704</sup> Minuta de Hoare a Eden, 13 de agosto de 1941, FO 954/27A.

<sup>705</sup> Aunque Aranda en sus comunicaciones con la Embajada británica utilizase el término de “Junta de Generales”, historiadores como Tusell y Payne ponen en duda su existencia. Como mínimo, la pretensión de Aranda y de otros generales era la de pretender representar a todo el estamento militar en sus conversaciones con los británicos. En realidad, la indignación de los generales de alta graduación era genuina, transmitiendo verazmente a la embajada británica muchos acontecimientos de la política interna del régimen que no trascendían a la opinión pública. Sin embargo, es difícil juzgar si verdaderamente actuaban como un grupo unido frente a Franco.



había comunicado al Jefe del Estado que el Ejército consideraba al ministro de Asuntos Exteriores como “persona non grata”, pidiendo su inmediata destitución. Según las fuentes británicas, Franco estaba aparentemente convencido de la necesidad de destituirlo, pero pedía más tiempo para realizar el cambio sin causar una crisis política. Los británicos conocieron la intención de la Junta de enviar a otro de sus miembros ante Franco para volver a pedir la inmediata destitución de Serrano Suñer<sup>706</sup>.

Los diplomáticos percibían que la mayoría de los generales estaban convencidos de la necesidad de eliminar a Serrano Suñer de la escena política. El intrigante Aranda le transmitió a Hoare que quizá fuese necesario deshacerse también de Franco, aunque declaró que su primera opción era llevar a cabo una acción separada contra Serrano Suñer. Los británicos tuvieron la impresión de que la Junta estaba valorando ambas posibilidades. Todas estas afirmaciones sirvieron para convencer a Hoare de que el movimiento militar contra Franco y Serrano Suñer era una realidad. En este sentido, consideró que los generales habían ido demasiado lejos y que ya no había vuelta atrás posible, lo que aumentaba las posibilidades de que el golpe de Estado se materializara<sup>707</sup>.

De acuerdo a las creencias de los militares transmitidas a la embajada británica, España se enfrentaba a dos amenazas, el Eje y “los rojos”, por lo que querían instaurar a un gobierno que representase a la población que no apoyaba ninguna de esas dos opciones políticas. Sin embargo, los generales consideraban que dicho gobierno sería efímero, a no ser que los británicos interviniesen militarmente en prevención de una invasión alemana. Los conspiradores estaban buscando el visto bueno de Gran Bretaña, intentando conseguir su apoyo en el caso de que sus acciones provocaran la intervención de Hitler en la Península Ibérica. Hoare describió a Eden las bondades de la iniciativa liderada por los generales españoles:

*El desarrollo de este movimiento puede resultar beneficioso para los intereses británicos. (...) podría tomar la forma de una monarquía parlamentaria o una regencia que actuase en contacto directo con el Rey Juan. En un principio, pienso que la opción de la regencia es la mejor solución, lo que suponía mantener al futuro rey fuera del país hasta el final de la guerra. El mayor peligro sería permitir que el rey permaneciese en territorio enemigo cuando los militares pasaran a la acción. (...) Desde mi punto de vista, la restauración de la monarquía podía llevarse a cabo de forma rápida mientras los alemanes están ocupados en el frente del este<sup>708</sup>.*

---

<sup>706</sup> Informe de Hoare a Eden sobre la situación interna en España, 5 de agosto de 1941, FO 371/26891, C8744/3/47.

<sup>707</sup> Informe de Hoare a Eden con un resumen de la conversación mantenida por el agregado militar de la embajada con el general Aranda, 6 de agosto de 1941, FO 371/26891, C8773/33/41.

<sup>708</sup> Informe de Hoare a Eden sobre la situación interna en España, 5 de agosto de 1941, FO 371/26891, C8744/3/47.

Todos estos rumores y ruidos de sables llevaron a la embajada británica a pensar que se incrementaban las posibilidades de deshacerse del falangismo y del ministro de Asuntos Exteriores. En consecuencia, Hoare comunicó al *Foreign Office* que creía que merecía la pena “darle una oportunidad al movimiento contra Serrano Suñer, pero evitando realizar acciones que pudiesen fortalecer la posición de Franco y Serrano Suñer y que sirvieran de excusa para poner a los españoles en contra de Gran Bretaña”<sup>709</sup>.

Hay que destacar que si Hoare pensó en la posibilidad de apoyar el golpe militar fue porque el gobierno alternativo se basaba en los mismos mimbres: los generales que apoyaban la dictadura personal de Franco. Para Hoare, el régimen de Franco era el mejor y el único instrumento para garantizar el mantenimiento de la neutralidad española, por lo que no se planteaba forzar un cambio de régimen que pudiese suponer un cambio esencial del mismo, como podía suponer la reinstauración de la República en España<sup>710</sup>. Por esta razón, el embajador británico evitaba contactar con los elementos de la izquierda española y se mostraba ansioso cuando recibía noticias de la posible existencia de planes secretos para derribar a Franco. Ya en el mes de abril había protestado a Londres cuando sus fuentes españolas le comunicaron que Serrano Suñer había recibido un telegrama de un representante español en Méjico en el que se explicaba como un enviado de Churchill había contactado con el general Asensio para pedirle que se convirtiera en el “de Gaulle español”. Según la misma fuente, el general había rechazado la oferta británica. Hoare reconoció a Eden que no sabía si una de las organizaciones secretas británicas había intentado un acercamiento con el general Asensio, pero enfatizó enérgicamente que “era de vital importancia no comprometerle a él ni a ningún otro general español pro-británico mediante actos independientes y poco coordinados”<sup>711</sup>.

Pocos días después, los británicos tuvieron conocimiento de una nueva entrevista entre un miembro de la Junta con Franco, como ya les había sido anunciado. En este caso, fue el turno del general Aranda, quien repitió la crítica al discurso de Franco del día 17 de julio y pidió el cese inmediato de Serrano Suñer, aunque en un tono más vehemente que Orgaz. El Jefe del Estado se excusó diciendo que en el plano militar sus afirmaciones se basaron en las apreciaciones de los militares alemanes sobre las operaciones que se desarrollaban en Rusia, no siendo responsable de que dichas previsiones no se hubieran cumplido. En ningún caso se evidenciaron síntomas de arrepentimiento sobre el carácter pro-nazi de su discurso. Respecto a Serrano Suñer, Franco repitió los mismos argumentos que había

---

<sup>709</sup> Informe de Hoare a Eden, 6 de agosto de 1941, FO 371/26891, C8456/33/41.

<sup>710</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 31-33.

<sup>711</sup> Minuta de Hoare a Eden, 26 de abril de 1941, FO 954/27A.

utilizado con Orgaz, es decir, la necesidad de disponer más tiempo para llevar a cabo su destitución<sup>712</sup>. Los representantes de la autodenominada Junta militar mostraron a los británicos su insatisfacción con el resultado de las dos entrevistas que mantuvieron con el Caudillo:

*En la reunión de la Junta se acordó que si Serrano Suñer no era cesado pronto, Franco tendría que irse también. Los generales están convencidos que el Caudillo no quiere entrar en la guerra, pero creen que ha ido demasiado lejos, por lo que se sienten obligados a deshacerse de él antes de que comprometa los intereses españoles<sup>713</sup>.*

Las impresiones de Hoare sobre estos acontecimientos le llevaban a concluir que la Junta iba tomando una forma definitiva, estando compuesta por generales más jóvenes y más enérgicos que querían deshacerse de Serrano Suñer antes del final del verano. Si Franco accedía a sus propósitos no creía que se produjese un pronunciamiento militar. Pero si éste se negaba, consideraba que se desencadenaría un golpe de Estado que eliminaría tanto a Franco como a su ministro de Asuntos Exteriores. El embajador también sabía que el movimiento contaba con el apoyo de un grupo de civiles próximo a don Juan, entre los que se encontraban personalidades como Pedro Sainz Rodríguez<sup>714</sup>.

Los planes de la Junta, bien conocidos por los británicos, se fueron perfilando con el paso de las semanas y en sucesivas conversaciones mantenidas con el general Aranda y Sainz Rodríguez. El primero de los objetivos de la Junta después del golpe era el establecimiento de un gobierno alternativo, que representase a todas las opciones políticas del bando nacionalista, excepto a los elementos más extremistas de Falange. Dicho gobierno también se establecería en el caso de una invasión alemana como reacción al golpe militar, estando los generales dispuestos a actuar desde fuera de España si fuese necesario. Inmediatamente después de su creación, el nuevo gobierno intentaría llevar a cabo de manera confidencial una aproximación al gobierno británico con el objetivo de satisfacerle con sus políticas y objetivos, y con el propósito de obtener un rápido reconocimiento internacional. La propia fuente de la embajada británica que suministraba toda esta información, probablemente el general Aranda, afirmaba que

---

<sup>712</sup> Minuta de Hoare a Eden, 13 de agosto de 1941, FO 954/27A.

<sup>713</sup> Informe de Hoare a Eden sobre la situación en España, 13 de agosto de 1941, FO 371/26891, C8999/33/41.

<sup>714</sup> Pedro Sainz Rodríguez (1897-1986) fue diputado monárquico en las Cortes Constituyentes de 1931, y en 1933 fue diputado por acción Española. Ministro de de Educación Nacional del primer gobierno de Franco. En 1941 dimitió de sus cargos y fijó su residencia en Portugal, como Consejero de Don Juan de Borbón. No regresó a España hasta 1969 para ocupar una cátedra en la Universidad de Comillas.

de materializarse toda esta operación, se justificarían todos los esfuerzos del gobierno británico para mantener a España fuera de la guerra<sup>715</sup>.

Los conspiradores civiles y militares sondearon el posible apoyo que recibirían de Gran Bretaña en el caso de que pasaran a la acción y consiguieran establecer un nuevo gobierno en España. Hay que destacar que presentaron planes bastante detallados sobre sus intenciones, tanto en política interior como exterior. Verdaderamente, la Junta militar daba la impresión de ser un grupo de oposición que defendía un proyecto político alternativo para España. El embajador británico destacaba que la característica esencial del movimiento de oposición era su componente monárquico, lo que le llevaba a apoyar la posible restauración de la corona en España. En palabras de Hoare:

*El factor central de este movimiento es el fuerte sentimiento monárquico que ahora existe en todos los aspectos de la vida española. Es la fortaleza de este sentimiento y la convicción de que no será más fuerte de lo que es en el momento presente lo que me ha convencido de la inmediata restauración de la monarquía. (...) He llegado a la conclusión de que la restauración de la monarquía provocaría tal entusiasmo nacional que se generalizaría la voluntad de resistir una invasión alemana, aumentando considerablemente la capacidad de resistencia del país ante dicha agresión<sup>716</sup>.*

Hoare se dedicó a especular acerca de las posibilidades de éxito de la conspiración urdida por la Junta militar. Especialmente, dada la impopularidad de Serrano Suñer, del que pensaba que nueve de cada diez personas en España deseaban su caída. El embajador británico destacaba que también muchas personas deseaban la de Franco, aunque en menor proporción. En opinión de Hoare, los militares hubieran tomado el control del país varios meses antes si no hubiese habido presencia de tropas alemanas en la frontera pirenaica. En este sentido, apuntaba que la oposición interna estaba esperando el momento adecuado para dar su golpe, ya que no querían precipitar la intervención germana.

## **7. La inacción de los generales españoles**

A comienzos de septiembre, la embajada británica captó una serie de indicios que revelaban la paulatina pérdida de influencia de Serrano Suñer dentro del régimen, apuntando la posibilidad de que pronto fuera cesado. Su posición era realmente complicada, porque un sector de Falange no aceptaba su jefatura y además, gran parte de los miembros del nuevo gabinete, incluidos los ministros

---

<sup>715</sup> Minuta de Hoare a Eden, 13 de agosto de 1941, FO 954/27A.

<sup>716</sup> Minuta de Hoare a Eden, 22 de agosto de 1941, FO 954/27A.

falangistas, estaban en su contra y le atribuían todos los males del país. Paralelamente, Hoare percibía una mayor determinación entre los militares para eliminarle de la escena política. Un hecho muy revelador para los británicos fue la pérdida de gran parte de sus competencias en materia de prensa. Como sabemos, Serrano Suñer había esperado que su sucesor en dicha área fuese una persona que pudiese controlar. Sin embargo, el nombramiento de Arias Salgado, franquista y sin afinidad personal a Serrano Suñer, fue un duro revés para sus aspiraciones. A partir de entonces, su presencia en la prensa disminuyó drásticamente<sup>717</sup>.

Hoare creía que la presión de los militares para lograr el cese del ministro de Asuntos Exteriores iba en aumento, aunque le parecía probable que Franco se resistiera a dar dicho paso. Los generales le transmitieron la necesidad de unir sus fuerzas para estar preparados de cara a un posible golpe de Estado, reforzando en Hoare la impresión de que cuando hablaban con él representaban a todo el estamento militar. A través de Aranda supo que el general Vigón había manifestado que “se corría el riesgo de que Gran Bretaña y los Estados Unidos rompieran las relaciones diplomáticas con España si no se le cesaba”. Esto realmente suponía un grave riesgo para el país, ya que las potencias anglosajonas estaban aprovisionando al régimen de productos básicos como trigo y petróleo. Sin embargo, Hoare constataba que Franco trataba de evadir o posponer el asunto. El embajador británico explicó a varios generales el riesgo al que se enfrentaban si no actuaban de inmediato, intentando acelerar los cambios políticos en España. Ciertamente, el embajador británico no daba muestras de prudencia al espolear los ánimos de los conspiradores, rompiendo el principio de no injerencia en los asuntos internos del país en el que se encontraba. Aunque los generales le dijeron que necesitaban más tiempo para prepararse antes de realizar cualquier movimiento, Hoare estaba plenamente convencido de que el fin de Serrano Suñer se aproximaba, con o sin la aprobación de Franco<sup>718</sup>.

El 22 de septiembre Hoare le comunicó a Eden que en Madrid se rumoreaba que Serrano Suñer había presentado su dimisión a Franco, pidiendo ser enviado a Roma como embajador, donde esperaba trabajar junto a Mussolini en un intento de promover la paz. Para comprobar la veracidad de dicho rumor Hoare pulsó la opinión de los militares, sus confidentes habituales. El general Kindelán le confirmó que Serrano Suñer se había visto obligado a dimitir, manifestando su temor a que dicho evento pudiera provocar la intervención alemana. Los temores de Kindelán no eran compartidos por otros generales, como Aranda, que defendían el

---

<sup>717</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 272.

<sup>718</sup> Minuta de Hoare a Eden, 4 de septiembre de 1941, FO 954/27A.

cese inmediato del ministro de Asuntos Exteriores<sup>719</sup>. Con el paso de los días Hoare pudo apreciar la falsedad de dicho rumor. En cualquier caso, la embajada británica seguía recogiendo señales que confirmaban la voluntad de Serrano Suñer de marcharse y que apuntaban que Franco estaba considerando cómo reemplazarlo en sus cargos de ministro de Asuntos Exteriores y en el partido. En este sentido, el general Kindelán le comentó a Yencken que le había sido ofrecido un puesto ministerial, pero que él sólo estaba dispuesto a aceptarlo si Serrano Suñer era expulsado del gobierno y del país<sup>720</sup>.

Diversos miembros del estamento militar se entrevistaron con Hoare a principios de octubre, intentando reforzar en él la impresión de que Serrano Suñer estaba derrotado. Aranda le comunicó que la Junta consideraba que Franco no podía posponer indefinidamente la crisis ministerial que tenía en ciernes. Los generales también informaron a Hoare que estaban buscando un sustituto para Franco, en el hipotético caso de que fuera necesario deshacerse de él. Los nombres que manejaba Hoare como posibles sucesores del Caudillo eran: Kindelán, Dávila o Ponte. Hoare pensaba que los dos primeros podrían compartir el poder, pudiendo ser invitado el tercero en discordia cuando se considerase necesario. A través de estas conversaciones Hoare deducía que el gobierno que surgiría del golpe militar mantendría la misma línea en política exterior, con ligeras modificaciones favorables a los aliados, e internamente eliminaría a la Falange. Lógicamente, valoraba estos cambios de forma muy positiva para los intereses británicos<sup>721</sup>. Hoare también especulaba con el nombre del sustituto de Serrano Suñer como ministro de Asuntos Exteriores, aunque señalaba que no sabía quién podía ser nombrado como su sucesor<sup>722</sup>.

Por aquel entonces, la situación de Serrano Suñer había mejorado bastante, tras conseguir de nuevo el respaldo de Franco después de una intensa conversación familiar mantenida a comienzos de octubre<sup>723</sup>. La crisis política se aplazaba, y el “cuñadísimo” conseguía sobrevivir a la tormenta política existente. En cualquier caso, a pesar de la postergación de la crisis, la conflictividad no desapareció de la vida política española. Por ejemplo, Hoare fue informado que el general Espinosa de los Monteros, antiguo embajador en Berlín, había escrito una carta a Serrano Suñer acusándole de alta traición. También se le comunicó que el

---

<sup>719</sup> Informe de Hoare a Eden, 22 de septiembre de 1941, FO 371/26898, C9976/33/41.

<sup>720</sup> Informe de Yencken a Eden, 28 de septiembre de 1941, FO 371/26898, C10618/33/41.

<sup>721</sup> Informe de Hoare a Eden sobre la situación política española, 7 de octubre de 1941, FO 371/26898, C11169/33/41.

<sup>722</sup> Informe de Hoare a Eden sobre la situación política española, 9 de octubre de 1941, FO 371/26898, C11284/33/41.

<sup>723</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 273.

general había entregado una copia de dicha carta a Franco y que había hecho circular otras diez mil copias de la misma, hecho que enfureció al Jefe del Estado<sup>724</sup>.

Sintiéndose más seguro, Serrano Suñer lanzó un decidido contraataque contra sus rivales, acusando a algunos generales de conspirar contra el nuevo régimen para conseguir la restauración de la Monarquía con el apoyo de los británicos. Esta denuncia revela la forma en la que se entremezclaba la política exterior e interior en la España de la posguerra<sup>725</sup>. En este tenso ambiente, Serrano Suñer concretó sus acusaciones de conspiración en la figura del general Aranda, quien a partir de entonces fue considerado por Franco como un peligro, aunque no sería definitivamente apartado hasta 1943. Por otro lado, los militares continuaron su batallar contra el ministro de Asuntos Exteriores y sus aliados, consiguiendo inculpar a Salvador Merino, responsable de los sindicatos y falangista radical, por pertenecer a la masonería, lo que provocó su expulsión del partido. En realidad, quien salía fortalecido de esta enconada lucha era Franco, que debilitaba a sus enemigos de ambos bandos<sup>726</sup>. El hábil Caudillo se protegió también contra el creciente sentimiento monárquico mediante el envío de una carta a don Juan en la que presentaba a la restauración monárquica como la coronación de su obra política y criticaba a aquellos que enfrentaban a la Monarquía con el Movimiento<sup>727</sup>.

A pesar de todos los movimientos señalados y de la insistencia de los generales que el fin de Serrano Suñer estaba próximo, la Embajada británica comenzó a dudar que el ministro de Asuntos Exteriores fuera cesado o dimitiera, aunque fuera la vez que más cerca había estado de salir del gobierno. Como la crisis no se materializaba, Hoare decidió aprovechar la ocasión para realizar su primera visita a Londres desde su llegada a España. En Londres, Hoare defendió la política que desarrollaba en España ante el Parlamento, ministros, periodistas y ante sus votantes de la circunscripción electoral de Chelsea. En primer lugar, negó rotundamente que hubiese ido a España para apaciguar al régimen de Franco. Además, Hoare señalaba constantemente que todo lo que hacía en Madrid estaba de acuerdo con la línea marcada por el gobierno y no se debía a su idiosincrasia personal. En este sentido, señaló que su único objetivo era mantener a España fuera de la órbita del Eje, negando que apoyara al régimen de Franco y señalando su desprecio por el falangismo. Enfáticamente, afirmó que no se estaba intentando aplacar a Franco y que la política que se estaba desarrollando en Madrid se basaba únicamente en la consideración de lo que era mejor para el esfuerzo militar

---

<sup>724</sup> Informe de Hoare a Eden sobre la situación política española, 9 de octubre de 1941, FO 371/26898, C11284/33/41.

<sup>725</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 273.

<sup>726</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 273-275.

<sup>727</sup> Carta de Franco a Don Juan del 30 de septiembre de 1941. Recogida en SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro (1981): *Un reinado en la sombra*, Barcelona, Planeta, págs. 349-350.

británico. Ante periodistas y parlamentarios justificó que no se interviniera militarmente en España para forzar un cambio de régimen, por el riesgo de provocar una invasión alemana. Del mismo modo, rechazó la posibilidad de provocar desórdenes internos en el país, puesto que pensaba que producirían el mismo resultado final. En su opinión, las fuerzas centristas y de derechas hubiesen recibido a los alemanes con los brazos abiertos como defensores del orden y la ley. En consecuencia, creía que, desde un punto de vista puramente militar, no se podía defender la opción de intervenir en España<sup>728</sup>. En aquellos momentos la posición militar británica era tan grave, que no podía haber ninguna aventura en la Península motivada por prejuicios políticos.

Aprovechando su estancia en Londres, Churchill y Eden le pidieron que les acompañase a comer con el duque de Alba en la embajada española. En dicha reunión, los políticos británicos volvieron a mostrar su decisión de ayudar económicamente a España si ésta mantenía su neutralidad en el conflicto<sup>729</sup>. Pero la reunión más importante que tuvo Hoare durante sus vacaciones fue la que mantuvo con Churchill, en la que discutieron cuestiones estratégicas relativas a la guerra, precisamente en el momento en el que se planeaba la futura dirección del esfuerzo bélico británico. Hoare insistió en la necesidad de dar prioridad a la campaña africana, compartiendo la creencia de su Primer Ministro que la parte más indefensa del Eje se encontraba en el Mediterráneo. Desde el norte de África, se podía volver a entrar en Europa a través de los Balcanes, de Italia o de la Península Ibérica. Además, la ocupación aliada del norte de África fortalecería la resistencia española ante una posible invasión alemana. Aparentemente, a Churchill le interesaba enormemente conocer el desarrollo de los acontecimientos en España para sus cálculos estratégicos, al estar perfilándose lo que más tarde sería la Operación *Torch*. En su despedida, el premier británico le pidió que volviera a España, ya que “la Península tiene una gran importancia estratégica. La guerra puede extenderse al norte de África, y puede que uno de estos días tenga usted que bajar a África desde Madrid”<sup>730</sup>.

Durante la ausencia de Hoare, el ministro plenipotenciario Yencken continuó informando sobre la evolución de los acontecimientos políticos en el país. Según sus apreciaciones, Franco se resistía a introducir cambios en la política española porque no quería convertirse en un rehén de los militares. Por esta razón, comentaba que era necesario convencerle que mantener a Serrano Suñer en el gobierno ponía en peligro su propia posición, para que se viese forzado a cesarle.

---

<sup>728</sup> HOARE, S. (1946): págs. 118-123.

<sup>729</sup> WIGG, R. (2005): pág. 78.

<sup>730</sup> HOARE, S. (1946): págs. 118-123.



Por otro lado, informaba que en aquellos momentos la tendencia general en el país era la de culpar a Franco de todos los problemas que asolaban a España, existiendo un odio generalizado hacia Serrano Suñer que iba en aumento<sup>731</sup>. Yencken señalaba, que hasta entonces nadie se había atrevido a realizar críticas a Franco o al régimen en público, pero que en aquellos momentos se comenzaban a escuchar ese tipo de comentarios en cafés y en la calle<sup>732</sup>. Este último juicio parece difícil de creer, dado el grado de represión política existente en el país durante la posguerra.

A mediados de octubre, la embajada británica fue informada que Franco estaba ya convencido de la necesidad de cesar a Serrano Suñer y que pronto llevaría a cabo dicho paso. Sin embargo, Yencken apuntaba a Londres que todas las especulaciones sobre la formación de un nuevo gobierno eran poco fiables. La mayoría de las fuentes intentaban confirmar a los británicos que, ante la presión de los militares, Franco estaba dispuesto a sacrificar a Serrano Suñer a cambio de una posición nominal como Jefe del Estado. En este sentido, Yencken destacaba que había ciertos indicios de que la posición de Serrano Suñer se estaba debilitando. Por ejemplo, señalaba que la prensa estaba escapándose a su control y que su relación con Franco se había deteriorado, ya que tenía que pedir audiencia con su cuñado, quien no siempre le recibía. Asimismo, consideraba que antiguos amigos y aliados del ministro de Asuntos Exteriores lo estaban abandonando a medida que se eclipsaba su estrella política<sup>733</sup>. Las distintas personalidades españolas que estaban en contacto con la embajada reforzaban la percepción de que Serrano Suñer estaba cayendo en desgracia, al ver como su cuñado le había ido retirando su confianza. Dichas fuentes indicaban que no convenía cesarle de improviso, dada la resonancia que tendría en el país, al haber estado durante años manipulando la prensa para ensalzar su persona<sup>734</sup>.

A su vuelta de Londres, Hoare se encontró con el rumor difundido por los alemanes que traía un ultimátum para España y con la presencia de artículos de prensa contra su persona. Por ejemplo, el diario *Das Reich*, que circulaba profusamente por Madrid, aseguraba que desde su vuelta “habían habido un notable incremento de explosiones misteriosas en los depósitos de municiones, de accidentes de ferrocarril que interrumpía el transporte y afectaba a la distribución, así como incendios que se producían inexplicablemente. (...) Hoare es un maestro de las tácticas mediante las que España está siendo debilitada económicamente

---

<sup>731</sup> Informe de Yencken sobre la situación política española, 11 de octubre de 1941, FO 371/26898, C11290/33/41.

<sup>732</sup> Informe de Yencken sobre una carta de Joaquín Balaztana escrita en respuesta a otra de Manuel Fal Conde, 14 de octubre 1941, FO 371/26898, C11381/33/41.

<sup>733</sup> Informe de Yencken sobre la situación política española, 16 de octubre de 1941, FO 371/26898, C11540/33/41.

<sup>734</sup> Informe de Yencken sobre las conversaciones que Arnold Lunn mantuvo con el infante Don Alfonso en Sevilla y con el obispo de Madrid, 21 de octubre de 1941, FO 371/26898, C11934/33/41.

mediante una política flexible aplicada de manera experta”<sup>735</sup>. En medio de este tenso ambiente le llegó la mala noticia del hundimiento del portaviones *Ark Royal* el día 13 de noviembre. Aparte de suponer un revés militar para su país, fue especialmente sentido por el embajador británico, ya que durante todo 1936 había seguido la construcción de este buque legendario, siendo su mujer la madrina en la ceremonia de botadura<sup>736</sup>.

Pronto informó a Londres que los generales no se habían movido y que era difícil predecir que sucedería finalmente con Serrano Suñer, aunque le parecía percibir que la Junta de los generales estaba totalmente determinada en eliminarle antes de la llegada del invierno. El general Aranda demostraba ser el más crítico con Franco, hablándole incesantemente de la necesidad de cesar al ministro de Asuntos Exteriores<sup>737</sup>. Una de las mejores fuentes civiles que tenía la embajada británica en España, posiblemente Pedro Sainz Rodríguez, confirmó a Hoare que la posición de Serrano Suñer era muy complicada tanto en términos políticos como familiares. Aparentemente, esta última dificultad se había resuelto momentáneamente, al estar la familia más unida que nunca. A pesar de ello, dicha fuente reveló que Franco ya no daba a Serrano Suñer toda su confianza. La mutua desconfianza y el recelo eran los factores determinantes en esta nueva etapa de su relación. De acuerdo con este informador, la posición de Serrano Suñer dentro de Falange era también muy difícil, a pesar de que habían intentado aliviar la tensión haciendo movimientos conciliadores hacia sus antiguos enemigos. Finalmente, esta fuente indicaba que Franco había perdido la confianza de los militares y de sus colaboradores civiles por culpa de sus arreglos con Serrano Suñer. Por ello, muchos de los conspiradores estaban de acuerdo en que debía irse junto a su cuñado. Hoare, convencido de la inminencia del golpe militar, advirtió a su interlocutor que todo lo que le estaba contando era “una cuestión puramente interna”, intentando no involucrarse en el asunto. Por otra parte, el embajador supo que dentro de la Junta había generales que pensaban que era mejor dejar en sus puestos a Franco y Serrano Suñer para que se les culpase de los problemas alimentarios que se esperaban con la llegada del invierno. Sin embargo, Hoare sentía que la opinión mayoritaria de los militares era favorable a eliminarle lo antes posible para evitar más dificultades internas<sup>738</sup>.

La aparente cercanía del golpe implicaba la necesidad de definir la postura que se debía plantear ante los eventuales cambios en la escena política

---

<sup>735</sup> HOARE, S. (1946): pág. 118.

<sup>736</sup> HOARE, S. (1946): pág. 126.

<sup>737</sup> Informe de Hoare a Eden sobre la situación política española, 20 de octubre de 1941, FO 371/26891, C9154/33/41.

<sup>738</sup> Minuta de Yencken a Eden, 6 de noviembre de 1941, FO 954/27A.

española. La política seguida por Londres respecto a las posibilidades de que un golpe militar desplazara del poder a Serrano Suñer fue de extremada prudencia. Por ejemplo, en un comunicado del día 8 de octubre se le pedía a la Embajada de Madrid “una gran precaución en hacer sugerencias sobre la política española, incluso a los generales amigos”, con la intención de evitar que Gran Bretaña fuese descubierta mediando en asuntos internos españoles<sup>739</sup>. Como hemos visto, Hoare transmitía todos los planes e intenciones de los conspiradores al *Foreign Office*, pero Eden nunca llegó a mostrarse propicio a una participación británica. Cuando el líder civil anteriormente mencionado señaló que el golpe estaba a punto de estallar y que sólo quedaba decidir el cómo y el cuándo, Eden comentó irónicamente que “estas eran cuestiones muy importantes”. Eden dio instrucciones a Hoare acerca de lo que debía hacer. En el caso de invasión alemana, Gran Bretaña apoyaría a cualquier gobierno que combatiese al invasor. Si se producía un cambio de gobierno, la política británica sería idéntica, intentando influir en el nuevo gobierno a través de los abastecimientos y la ayuda económica. Por otro lado, Eden informó a los miembros del gobierno británico que los militares españoles habían prometido forzar un cambio de gobierno en numerosas ocasiones, pero que nunca habían llegado a dar el paso. Además, Eden creía que cualquier gobierno que se estableciese después del golpe militar tenía el peligro de caer bajo la influencia alemana<sup>740</sup>. Por su parte, Hoare consideraba que de producirse el golpe militar, todos los contactos con los representantes del pronunciamiento debían concentrarse en Madrid, señalando que él estaba en contacto con todos los líderes acreditados del movimiento militar. En cualquier caso, estaba de acuerdo con Eden en que no se debían comunicar las intenciones británicas a ninguno de sus emisarios<sup>741</sup>.

Por lo tanto, el *Foreign Office* rechazaba involucrar a Gran Bretaña en un golpe militar que no tenía esperanzas fundadas de éxito. Para Eden cualquier intento de provocar un cambio de régimen en España podía ser peligroso para sus intereses. Por ello, los británicos evitaban dar cualquier tipo de ayuda real a los movimientos de resistencia y oposición a Franco. Los riesgos de desestabilizar la Península Ibérica, cuya posición estratégica era vital para sus intereses, eran demasiado grandes. En consecuencia, Hoare tuvo que comunicar a los conspiradores españoles que, aunque a Gran Bretaña le interesaba que un movimiento anti-falangista eliminase a Serrano Suñer, esto era un asunto interno español en el que no se involucraría el gobierno británico<sup>742</sup>.

---

<sup>739</sup> Minuta de Eden a Hoare, 8 de octubre de 1941, FO 954/27A.

<sup>740</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 275-277.

<sup>741</sup> Minuta de Hoare a Eden, 30 de noviembre de 1941, FO 954/27A.

<sup>742</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 212-214.

Las semanas pasaron sin que se produjese el esperado golpe militar. El invierno había llegado sin que los generales hubieran pasado a la acción, como en las anteriores ocasiones que lo habían anunciado. A pesar de la insistencia de Aranda y Sainz Rodríguez acerca del apoyo que contaban entre el Ejército y de sus planes para reducir a Franco a una mera figura decorativa, Hoare no conseguía que concretaran una fecha para materializarlos. Esta circunstancia contribuyó a deteriorar la imagen que Eden tenía de su embajador en Madrid y de los generales españoles como Aranda. De esta manera, a finales de noviembre de 1941, parecía que la política interna española se había estabilizado relativamente, dado que Serrano Suñer había conseguido superar la primera crisis de confianza de Franco. Hoare comenzaba a dudar que los militares españoles fuesen capaces de eliminar al todopoderoso ministro de Asuntos Exteriores. Eden descartaba completamente dicha posibilidad después de esperar durante meses que los generales consiguieran forzar dicho cese. Por otro lado, la posición exterior española ante el conflicto también se había estabilizado. Sin embargo, pronto se produjeron cambios en ambos niveles.

## Capítulo VII. LA GLOBALIZACIÓN DE LA GUERRA Y LA AMBIGÜEDAD ESPAÑOLA (DICIEMBRE 1941 – SEPTIEMBRE 1942)

### 1. La ambigua postura española

El alejamiento de la guerra hacia el Este supuso un paréntesis a la presión alemana para lograr la intervención española en el conflicto. Sin embargo, la guerra en Rusia exigía a España la multiplicación de gestos anticomunistas, lo que motivó la participación de Serrano Suñer en la renovación del Pacto Antikomintern en Berlín. Durante su estancia en Alemania a finales de noviembre de 1941, el ministro español de Asuntos Exteriores se entrevistó con Ribbentrop y con Hitler, en ambas ocasiones en presencia de Ciano para subrayar que el frente mediterráneo era un ámbito de influencia italiana. Serrano Suñer no fue sometido a ninguna presión para entrar en la guerra, aunque Hitler lamentó que el régimen español no se hubiera decidido a dar el paso cuando lo propuso con anterioridad. Por su parte, Serrano Suñer explicó nuevamente las grandes dificultades materiales que pasaba España y que imposibilitaba la intervención española en la contienda. Semanas más tarde, el general Moscardó, en el transcurso de un viaje de inspección a la División Azul, visitó a Hitler encontrándose con la misma pasividad de los alemanes ante una eventual intervención española<sup>743</sup>.

Hoare indicó al *Foreign Office* que la visita de Serrano Suñer a Berlín había disparado una oleada de rumores en los que se apuntaba que los dos cuñados habían decidido firmar el Pacto Tripartito. No obstante, Hoare pudo comprobar la falsedad de los mismos, atestiguando que España no se unía a dicho acuerdo y que los alemanes volvían a sufrir otra gran decepción respecto a la postura exterior española. En su opinión, Serrano Suñer viajó a Berlín para unirse a otros trece ministros de exteriores en la tarea de “quemar incienso en el altar de Hitler”. Hoare averiguó que el único resultado tangible de dicha reunión fue una mera renovación del Pacto Antikomintern, sin producirse la firma del Pacto Tripartito que hubiese supuesto una obligación más definitiva para con el Eje<sup>744</sup>. La Embajada británica en Madrid quiso observar una creciente presión del Eje sobre España como resultado

---

<sup>743</sup> Para más referencias sobre el último viaje de Serrano Suñer a Berlín como ministro de Exteriores, véase PRESTON, P. (1994): pág. 556 y TUSELL, J. (1995): págs. 282-283.

<sup>744</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

de la visita de Serrano Suñer a Berlín. En opinión de Hoare, Franco se resistía a las propuestas nazis argumentando que el país no estaba en condiciones de ir a la guerra y que la población se oponía a la participación española en el conflicto. Como en anteriores ocasiones resaltó al *Foreign Office* la determinación del Ejército y de los españoles de permanecer fuera de la contienda<sup>745</sup>. En realidad, sabemos que Alemania ya no intentaba forzar la entrada de España en la guerra.

Para el embajador británico, aunque todos estos momentos de crisis en la política exterior española irritaban profundamente a los aliados, terminaban siempre “en humo”, emergiendo siempre victorioso el general Franco, que lograba mantener la neutralidad española, libre de compromisos y obligaciones. Es interesante señalar que el propio Hoare se preguntaba cómo el dictador podía eludir la presión del Eje:

*¿Son estos capítulos de “escapología” debidos a su conocimiento de la alta política, a su personalidad o a la timidez de un destartado régimen? Quizás se haya tratado de una combinación de los tres, pero más probablemente de la acción de dos fuerzas formidables que han ido creciendo durante estos meses críticos. La primera ha sido el creciente antagonismo hacia el régimen de Franco, particularmente en contra de Serrano Suñer, el ministro más odiado desde Godoy. (...) La segunda fuerza fue la xenofobia, que se revolvió contra los dictados alemanes. En la mayoría de los casos, ambas fuerzas se mezclaban, por lo que ha resultado difícil saber cual de las dos era la dominante<sup>746</sup>.*

A su vuelta de Berlín, Serrano Suñer se reunió con Weddell, quien le preguntó por el matiz anti-norteamericano de su discurso del 25 de noviembre en la capital alemana. En sus declaraciones, el ministro español había vinculado el sistema estadounidense con el comunismo soviético, afirmando que millones de españoles estaban preparados para salvar a Alemania de la amenaza rusa. La contestación de Serrano Suñer al embajador norteamericano supuso una constatación de su fe en la victoria final de Alemania. Por esta razón, la reunión sólo sirvió para confirmar la desconfianza existente entre ambos<sup>747</sup>.

A los pocos días se produjo el ataque japonés a Pearl Harbour, que ampliaba la guerra hasta convertirla en mundial. La participación de los Estados Unidos en el conflicto significaba que Gran Bretaña ya no luchaba sola, teniendo la seguridad de disponer de los elementos materiales y humanos necesarios para ganar la guerra. De esta manera, renacía la esperanza de la victoria en los aliados. La prensa falangista celebró el ataque japonés, manifestando su convencimiento de la

---

<sup>745</sup> En esta ocasión, el general Aranda le había dicho que España no tenía intenciones agresivas contra Gibraltar o contra el Marruecos francés. Informe del embajador Hoare a Eden, 23 de diciembre de 1941, FO 371/31234, C466 /220/41

<sup>746</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>747</sup> PAYNE, S. (1987): pág. 556.

inminente derrota de Gran Bretaña. Incluso, el régimen envió una felicitación oficial a Tokio por el ataque<sup>748</sup>. Sin embargo, la globalización del conflicto no supuso un cambio en la postura española, que se mantuvo a la expectativa, pero pensando que si se daba el momento oportuno y las condiciones adecuadas se podía intervenir en el conflicto en el lado de Alemania. Esta opinión era mayoritaria entre los colaboradores más cercanos de Franco, con la excepción de los generales de mayor graduación y significación monárquica. Carrero pensaba que la entrada en el conflicto era inevitable, pero que debía hacerse bajo ciertas condiciones (como la toma de Suez por el Eje) y previa preparación española para ello<sup>749</sup>. A medida que se avanzaba en el año 1942, la posición española se “empantanaba en una posición de ambigüedad”, al estar identificada con el Eje, cuya victoria se deseaba, pero al mismo tiempo tener que negociar con los aliados el suministro de petróleo y alimentos<sup>750</sup>.

La nueva situación bélica posibilitaba que el gobierno británico tuviera que preocuparse menos por la postura española. En consecuencia, la diplomacia británica empezó a protestar con mayor fuerza contra aquellas acciones españolas que eran contrarias a sus intereses, denunciando en todo momento la colaboración del régimen con el Eje. Por ejemplo, a finales de 1941 se produjo un grave incidente cuando tres submarinos alemanes repostaron en Vigo y más tarde dos de ellos fueron hundidos y su tripulación capturada por los británicos. Los marinos alemanes revelaron la existencia de operaciones de abastecimiento de submarinos del Eje en territorio español. El resultado fue una dura protesta por parte de Hoare, junto a la amenaza de embargo total del suministro de petróleo. Esta situación forzó a las autoridades españolas a suspender el aprovisionamiento de submarinos alemanes, que llevaban teniendo lugar desde enero de 1940. Bajo la denominada Operación *Moro* se facilitó el reabastecimiento de veintidós submarinos alemanes en puertos españoles situados en Galicia, Canarias y el sur de España durante 1940 y 1941. Hubo dos aprovisionamientos de submarinos en 1942, pero en ambos casos precedidos de una avería. Los británicos habían sospechado estas actividades, protestando en el verano de 1941 por la utilización del puerto de las Palmas como base de abastecimiento de submarinos alemanes<sup>751</sup>. Las renovadas fuerzas de los aliados motivaron protestas en un tono más amenazador.

A pesar de las presiones aliadas, Franco siguió con su actitud favorable al Eje. En enero de 1942 acordó con Alemania continuar las

---

<sup>748</sup> PAYNE, S. (1987): pág. 557.

<sup>749</sup> TUSELL, J. (1993): págs. 60-64.

<sup>750</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 283-289.

<sup>751</sup> HOARE, S. (1946): págs. 197-198. Para una descripción más detallada de la denominada “operación Moro”, véase TUSELL, J. (1995): págs. 232-236.

exportaciones de volframio, a pesar de que el Reich acumulaba un saldo acreedor cada vez más favorable. Las declaraciones de Franco en la reunión que mantuvo el 13 de febrero con Salazar en Sevilla mostraron de qué lado estaba en la Segunda Guerra Mundial. En dicha entrevista, le comunicó al dictador portugués su pleno convencimiento en la victoria alemana en el conflicto. Al afirmar que si hubiera peligro para Alemania, habría un millón de soldados españoles dispuestos a defenderla, dejaba claro que su postura estaba lejos de una verdadera neutralidad. Esta declaración la repitió al día siguiente en el Alcázar de Sevilla ante un grupo de altos oficiales del Ejército. Sus palabras fueron muy imprudentes y causaron mala impresión en los gobiernos aliados. Internamente, fueron aclamadas por la Falange y el aparato propagandístico del régimen, ayudando a Franco a consolidar su poder político dentro del partido único, de tal manera que sirviera de contrapeso a la presión que recibía de los generales<sup>752</sup>.

La caída de Singapur el día 15 de febrero y los avances realizados por japoneses y alemanes volvieron a resucitar la creencia en la cercanía de la victoria del Eje frente a los aliados. A pesar de ello, la creciente presión norteamericana, el agotamiento de las reservas de petróleo y las protestas del Alto Mando del Ejército español provocaron que Franco atenuara su entusiasmo por el Eje. Durante los siguientes tres años mantuvo su esperanza en la victoria de Alemania en la guerra, aunque se vio forzado a mejorar las relaciones con los aliados.

## **2. La presión económica aliada a la España franquista**

El alejamiento de la guerra hacia el este permitió que los aliados pudieran ejecutar una presión material más severa para influir en la postura exterior española. Cuando a la altura de 1942 la fortuna de la guerra cambiaba de signo a favor de los países aliados, éstos no olvidaron la posición que el régimen franquista había mantenido durante los años anteriores. Además, como la situación de España pronto dejó de ser relevante para el devenir de la contienda, los países aliados ya no necesitaron buscar la amistad del régimen de Franco. La época en la que nuestro país pudo haber obtenido condiciones ventajosas en la negociación con los aliados se había terminado.

La entusiasta reacción de las autoridades y de la prensa del régimen franquista ante las victorias japonesas en el Pacífico, junto al temor de que los alemanes entraran en la Península motivó que el gobierno norteamericano

---

<sup>752</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 567-568.



suspendiera los envíos de petróleo a España. Esta acción era la culminación de un proceso de lento estrangulamiento de la economía española, que dejó sus reservas de crudo en 39.071 toneladas al final de 1941, cuando durante los tres últimos meses del año el país había consumido 114.252 toneladas. En la práctica supuso la introducción en España de medidas de racionamiento del consumo de gasolina que produjo graves distorsiones en la economía interna y que llevó al borde del colapso al sistema de transportes. Ante esta situación, fueron los británicos los que insistieron a los estadounidenses que a los aliados no les interesaba que se hundiera la economía española. Desde mediados de diciembre de 1941, la diplomacia británica se esforzó en convencer a los norteamericanos que los programas de ayuda económica a España seguían siendo necesarios para mantener la neutralidad del régimen de Franco. En este sentido, se recordó que la ayuda económica británica había servido para consolidar la neutralidad española y el deseo entre los elementos influyentes del régimen de buscar la asociación económica con los aliados. A sugerencia de Eden, Churchill aprovechó su visita a Washington para comentarle a Roosevelt el 5 de enero de 1942 la necesidad estratégica de mantener la ayuda económica a España<sup>753</sup>.

La Administración norteamericana decidió reticentemente relajar el embargo de petróleo a España, para evitar que se uniera al Eje, y entrar en conversaciones económicas con el régimen franquista. De este modo, se envió la propuesta del Departamento de Estado para regular el suministro de petróleo a Weddell el 10 de enero, siendo presentada a Serrano Suñer el día 14 del mismo mes. Este documento era el mismo que había presentado al embajador español a finales de noviembre de 1941, y que había sido calificado por Hoare como “duro”. La lectura del mismo provocó la ansiedad de Carceller, aunque la mala situación económica le llevó a aceptar las condiciones norteamericanas el día 23 de enero. Lamentablemente, continuaban los rumores que señalaban que las autoridades españolas reabastecían a los submarinos alemanes con petróleo americano, justo cuando se producían hundimientos de buques de carga aliados en la costa este de los Estados Unidos. Estos rumores sirvieron para mantener la desconfianza del Departamento de Estado norteamericano que se dedicó a añadir condiciones a los españoles que dificultaban la llegada de un acuerdo, como la condición de que algunos buques cisternas fueran enviados a Lisboa o que no se procedería a enviar ningún suministro hasta que se recibieran en puertos norteamericanos los productos que habían pedido a cambio y que éstos fueran transportados en barcos españoles. Estas condiciones eran altamente gravosas para el régimen de Franco, e incluso podían provocar la hostilidad alemana si se enviaba en barcos españoles materias primas a un país enemigo del Eje. La presión británica, y en especial la labor de

---

<sup>753</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 193-194.

Halifax como embajador en Washington, terminaron por flexibilizar algo la postura estadounidense, aprobándose el día 7 de febrero el envío de tres buques cisternas hacia España y anunciándose que se continuaría el envío de crudo si se cumplían las garantías de no reexportarlo a Alemania<sup>754</sup>.

Mientras tanto, la situación en España era cada vez más grave. Las reservas españolas de petróleo eran tan escasas que obligaron a cerrar la refinería de Tenerife a mediados de febrero. Por aquel entonces, Serrano Suñer se vio obligado a emitir un comunicado oficial negando que los submarinos alemanes que operaban en las Antillas hubiesen sido abastecidos de combustible en territorio español<sup>755</sup>. Ante la debilidad económica española, Franco no tuvo más remedio que ceder ante la presión norteamericana y aceptar todas las sucesivas condiciones que se le fueron imponiendo. A través del control del suministro de petróleo, los Estados Unidos consolidaron su dominio sobre un aspecto fundamental de la economía española. Hoare sabía que Carceller reconocía la extrema dependencia del país respecto a los suministros aliados. Por su parte, el jefe de la economía del régimen de Franco calculó a principios de febrero que las importaciones de minerales por parte de Gran Bretaña y Estados Unidos proporcionarían recursos suficientes para el aprovisionamiento de petróleo del país, mencionando explícitamente el volframio entre los minerales exportables<sup>756</sup>. Esta era la única carta que disponían los españoles en sus relaciones económicas con los aliados. A pesar de la flexibilización de su postura, el Departamento de Estado norteamericano continuó con su política de presión económica y manteniendo sus duras condiciones negociadoras con los españoles.

Como el gobierno norteamericano continuaba obstaculizando el suministro de petróleo a España, se ponían en peligro los planes británicos de lograr un acuerdo económico con el régimen franquista para desarrollar su programa de guerra económica en la Península Ibérica. En Madrid, Hugh Ellis-Rees negoció un acuerdo preliminar con Carceller por el que se establecía un nivel mínimo de cinco millones y medio de libras esterlinas en compras británicas para los seis primeros meses del año, de las que unos dos millones y medio correspondían a productos tradicionales como naranjas o mineral de hierro, mientras que tres millones de libras se referían a bienes estratégicos como potasio, zinc, lana, mercurio y volframio. El ministro español aceptó en principio el acuerdo si los británicos se comprometían a suministrar 2.000 toneladas de caucho y 600 toneladas de estaño. Pero todo dependía de la actitud americana, ya que el hábil ministro español se negaba a

---

<sup>754</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 292-295.

<sup>755</sup> DOUSSINAGUE, J. M. (1949): págs. 66-67.

<sup>756</sup> WIGG, R. (2005): pág. 90.

emitir licencias de exportación a los británicos si no recibía de los Estados Unidos el trigo y el petróleo que necesitaba. De este modo, peligraba el desarrollo del programa británico de compras preventivas a gran escala de minerales de alto valor estratégico. Esto explica en parte, el elevado interés que tenía el gobierno británico en que los norteamericanos normalizaran el envío de suministros a España. Otro aspecto relevante en las relaciones económicas hispano-británicas fue la sustitución de Dalton por Lord Selborne al frente del Ministerio de Economía de Guerra a finales de febrero. Este cambio suponía la desaparición de uno de los máximos antagonistas de la política de apaciguamiento desarrollada por Hoare y uno de los defensores de la aplicación de medidas económicas más estrictas con el régimen franquista. Su sustituto realizó cambios en la política comercial que venía desarrollando el ministerio, lo que tendría grandes implicaciones en las compras de materias primas españolas por parte de Gran Bretaña<sup>757</sup>.

El día 10 de febrero, el Departamento de Estado norteamericano reconoció a los británicos la necesidad de que se llevara a cabo un programa conjunto de compras preventivas en España, que incluyera productos como la lana, el mercurio y el volframio. Pronto se acordó la elaboración de un ambicioso plan de compras por un valor de 17 millones de libras, cuyo presupuesto se repartirían las potencias anglosajonas y que solucionaba las dificultades financieras que habían limitado las actividades de la U.K.C.C. Igualmente, el gobierno estadounidense decidió crear la *United States Commercial Company* (U.S.C.C.) para coordinar su participación en el lado comercial de la campaña de guerra económica. Sin embargo, las suspicacias americanas y la torpeza de la Administración española entorpecieron el inicio de la campaña de guerra económica y la materialización de acuerdos con el régimen franquista.

El 20 de marzo el presidente Roosevelt aprobó el programa de compras preventivas en España, creándose un comité interdepartamental para gestionar el desarrollo de la guerra económica en la Península Ibérica. Del mismo modo, se estableció en Madrid un comité económico anglo-americano formado por miembros de las respectivas embajadas y representantes de la U.K.C.C. y la U.S.C.C., que comenzó a desarrollar compras a gran escala de materias primas españolas, especialmente de volframio<sup>758</sup>. Este mineral, ya había sido señalado en octubre de 1940 por los británicos como objetivo para la guerra económica frente a Alemania. Hasta la entrada en guerra de los norteamericanos, las compras de volframio permanecieron en niveles relativamente bajos. En 1941 los británicos tan sólo compraron 74 toneladas de dicho mineral frente a las 800 de los alemanes. La

---

<sup>757</sup> WIGG, R. (2005): pág. 90.

<sup>758</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 296-299.

voluntad aliada de aumentar las compras preventivas de materias primas estratégicas en el mercado español significaba el comienzo de una nueva época en las relaciones económicas de España con las potencias anglosajonas. Esta situación ofrecía a Franco la posibilidad de hacer un doble juego con ambos bandos para beneficiar a su régimen.

Ante las crecientes dificultades con los norteamericanos, Serrano Suñer se entrevistó con Hoare para mostrarle la difícil situación económica española y plantearle la necesidad urgente de normalizar los aprovisionamientos de productos clave como el trigo y el petróleo. El ministro español se quejó de los retrasos en los envíos de suministros que colocaban a la industria española en “una situación angustiosa”<sup>759</sup>. El embajador británico continuaba siendo el mejor valedor del régimen franquista ante los gobiernos anglosajones. Aunque parecía que había llegado el momento en el que las autoridades norteamericanas pondrían en marcha un programa de suministros de petróleo, surgieron nuevas disputas que pospusieron su desarrollo. En marzo se decidió lanzar un programa provisional de 90 días por el que España podría importar 50,400 toneladas de crudo hasta mediados de mayo, cantidad significativamente menor que el consumo estimado por los británicos para dicho periodo. Pero cuando se avanzaba en pos de un acuerdo definitivo, el nuevo director general de CAMPSA anunció que su predecesor había inflado las cifras de consumo de todos los productos de petróleo siguiendo instrucciones gubernamentales, permitiendo la creación de una pequeña reserva de petróleo que había servido para que el país no se quedara sin gasolina a finales de 1941. Esta noticia provocó la reticencia norteamericana para el lanzamiento del programa provisional. Hasta finales de abril, el Departamento de Estado no autorizó la salida de buques cisternas hacia España, pero cambiando diversas condiciones para su envío a última hora, circunstancia que provocó retrasos en su llegada<sup>760</sup>.

En España, las reservas de petróleo estuvieron bajo mínimos en los meses de abril y mayo de 1942, obligando al régimen a realizar un mayor acercamiento a los aliados y reforzando su voluntad de permanecer neutral. El 2 de abril Hoare describió a Londres como los retrasos de los norteamericanos en el envío de suministros de crudo generaban una grave crisis económica en el régimen franquista. Hoare también indicó que Serrano Suñer estaba flexibilizando sus posturas, mostrando como había mejorado la situación para los intereses británicos. Por ejemplo, mencionaba como los españoles estaban entregándoles los pilotos derribados de la *Royal Air Force* que entraban en territorio español huyendo del

---

<sup>759</sup> Conversación entre Serrano Suñer y Hoare, 31 de marzo de 1942, AMAE R2300/4.

<sup>760</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 296-299.

territorio bajo control nazi<sup>761</sup>. El cambio de postura de Serrano Suñer se debía al declive de su influencia y a la necesidad de conseguir suministros de las potencias aliadas. La postura norteamericana puso en evidencia a la política británica de apaciguamiento, ya que consiguió reforzar en España el deseo de permanecer al margen de la guerra mundial y flexibilizar la postura del régimen hacia los aliados mediante la aplicación de medidas de presión económica. Curiosamente, Hoare se atribuía los méritos de dicho cambio de actitud:

*La situación ha empeorado, pero no tanto como había esperado. Estoy seguro que es gracias a la política de los dos últimos años. Si no hubiéramos creado buena voluntad habría habido un deslizamiento hacia el Eje. Franco y Suñer estarían empujando a España a la guerra, en lugar de estar haciendo lo posible por evitarla*<sup>762</sup>.

Por otra parte, las relaciones entre España y Estados Unidos mejoraron considerablemente tras la marcha de Weddell en febrero de 1942 por razones de salud y su sustitución por Carlton J. Hayes en mayo, quien tras la Segunda Guerra Mundial se convirtió en un defensor del régimen de Franco<sup>763</sup>. Las autoridades franquistas se dedicaron a cultivar la amistad con este inexperto diplomático, en un intento de mejorar las relaciones bilaterales. Como muestra de ello, el nuevo embajador norteamericano fue recibido en audiencia por Franco en más ocasiones que Hoare durante la estancia de ambos en España (6 ocasiones el norteamericano frente a 4 del británico). El hábil Caudillo también supo explotar el hecho de que Hayes rechazó el dominio que ejercía el embajador británico sobre el cuerpo diplomático desatacado en Madrid. El 10 de junio, en la presentación de las credenciales de Hayes, Franco mantuvo una larga reunión de cincuenta minutos con el embajador norteamericano. El dictador mostró su convencimiento de que Alemania resultaría vencedora en la guerra, insistiendo en que el verdadero peligro para Europa era el comunismo y no el nazismo. Franco también expuso una variante de su teoría de las dos guerras, indicando que había una guerra en Europa contra Rusia y otra en el Pacífico contra Japón<sup>764</sup>.

El 24 de abril, Hoare volvió a quejarse al *Foreign Office* de las desastrosas repercusiones que producían la falta de petróleo en España, donde se generaban grandes trastornos en el transporte y se forzaba a que las autoridades llegaran incluso a pensar en prohibir la circulación de los vehículos privados para evitar el gasto de combustible. En su opinión, la dura actitud norteamericana también provocaba efectos negativos en la percepción de los aliados por parte de la

---

<sup>761</sup> Minuta de Hoare a Eden, 2 de abril de 1942, FO 954/27B.

<sup>762</sup> Minuta de Hoare a Eden, 2 de abril de 1942, FO 954/27B.

<sup>763</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 286-287.

<sup>764</sup> HAYES, Carlton (1945): *Wartime Mission in Spain*, Nueva York, Macmillan, págs. 27-32.

población española<sup>765</sup>. Los británicos continuaron pidiendo a los estadounidenses que adoptaran una actitud más benévola hacia el régimen de Franco, evitando los retrasos y regularizando el suministro de petróleo a España. Gracias a la intervención británica, continuaron los envíos de crudo durante los meses de mayo y junio, aunque en volúmenes muy reducidos. Su actuación como mediadores en las difíciles relaciones hispano-norteamericanas, provocaron un sentimiento más favorable a los británicos en la Administración española. No en vano, miembros de la embajada británica llegaron incluso a asesorar a representantes del Ministerio de Industria y Comercio en las negociaciones con los estadounidenses acerca del petróleo.

Los británicos pidieron más flexibilidad a la Administración norteamericana al notar que la presión alemana sobre España crecía tras los éxitos de la Wehrmacht en Libia y en Rusia<sup>766</sup>. Pero la actitud norteamericana hacia el régimen franquista solamente mejoró cuando el Estado Mayor aliado aprobó la Operación *Torch* el día 25 de julio. En este contexto, dada la inminencia de los desembarcos aliados en el norte de África, previstos para noviembre, se debía evitar cualquier causa de posible enfrentamiento con los españoles. En realidad, el cambio de actitud fue forzado por las circunstancias, dado que las suspicacias respecto al régimen franquista continuaron en el Departamento de Estado norteamericano. En cualquier caso, facilitó que se firmaran unos acuerdos económicos bilaterales a finales de julio. A pesar de las quejas de Hoare, los norteamericanos mantuvieron una posición muy dura en las negociaciones sobre los aprovisionamientos de petróleo. En virtud del acuerdo alcanzado, España no sólo no podía reexportar el petróleo al Eje, sino que también debía aceptar la presencia de observadores americanos para que vigilasen su distribución. Por su parte, los Estados Unidos se comprometían a suministrar 492.000 toneladas de crudo a España, lo que representaba aproximadamente la totalidad de la capacidad de la flota española de buques cisternas y un sesenta por ciento de su consumo anterior. Este arreglo posibilitó la firma de un convenio económico anglo-estadounidense con España que daba forma al plan de guerra económica aliada. Merced a este último acuerdo, las potencias anglosajonas podían comprar las mercancías españolas que necesitaran y realizar compras preventivas de materias primas estratégicas como volframio y mercurio, mientras que los españoles podían conseguir de los aliados muchos de los productos que necesitaba urgentemente su maltrecha economía<sup>767</sup>.

---

<sup>765</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 299-300.

<sup>766</sup> Informe de Hoare a Eden, 9 de julio de 1942, FO 954/27B.

<sup>767</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 299-305.

A finales de julio, el Ministerio británico de Guerra Económica acordó que todas las decisiones referentes al suministro de petróleo se tomaran en Washington, dándole toda la iniciativa a la Administración norteamericana en dicho asunto. A finales de septiembre, dada la cercanía de la Operación *Torch*, los gobiernos anglosajones hicieron lo posible por evitar que el envío de petróleo sufriera retrasos. Las importaciones españolas de petróleo y productos derivados (combustible y lubricantes) pasaron de las 19.674 toneladas del primer trimestre de 1942 a las 46.655 toneladas del segundo trimestre (casi el doble). En el tercer trimestre del año alcanzaron 59.707 toneladas, menos de la mitad de la cuota trimestral asignada de 123.000 toneladas<sup>768</sup>. Las cifras de suministros de crudo eran superiores a las de comienzos del año, pero estaban todavía lejos de las prometidas a la Administración española.

A pesar del acuerdo y de las continuas quejas de Hoare y Hayes a sus respectivos gobiernos, los retrasos continuaron afectando al suministro de crudo y otras mercancías a España. Por esta razón, la intención aliada de realizar compras preventivas de volframio se había visto entorpecida durante los primeros meses del año por las discusiones acerca del suministro de caucho y petróleo a España. A pesar de la insistencia británica, Carceller se negaba a dar las licencias de exportación de volframio a los aliados hasta que se le garantizaran envíos significativos de las materias primas que demandaba. Tanto Hoare como las autoridades británicas pensaban que la política norteamericana de “faroles y coacción” no produciría ningún resultado positivo dada la obstinada actitud española, lamentando que retrasara la puesta en marcha del plan de compras y suministros a España de los aliados. De este modo, a finales de junio, los aliados sólo habían podido comprar 198 toneladas de volframio. Mientras tanto, el precio del volframio creció desde 675 libras por tonelada en febrero de 1941 hasta las 4.063 libras por tonelada en marzo de 1942<sup>769</sup>.

Para solventar estas dificultades, los aliados definieron un nuevo programa para la segunda mitad del año, que terminó por perfilarse en el mes de agosto y que daba prioridad a la compra preventiva de volframio y de otros bienes como la lana y sus derivados, las pieles, el mercurio y el aceite de oliva. Además, tras la publicación de la Ley de Minas, los aliados decidieron crear una compañía equivalente a la germana SOFINDUS, que se denominó SAFI (Sociedad Financiera e Industrial). Esta empresa gestionada por españoles se dedicó a la compra preventiva de volframio. Este método fue el más efectivo para competir en España por el aprovisionamiento de dicho mineral, ya que la posibilidad de reducir el

---

<sup>768</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 299-305.

<sup>769</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 305-306.

abastecimiento alemán mediante actividades clandestinas de sabotaje era una solución de posibilidades limitadas y de mayor riesgo.

El nuevo plan aliado tuvo que hacer frente a la competencia comercial alemana y a la desconfianza española que todavía no se había disipado. Por este último motivo, Hoare se quejó a Londres el 22 de octubre que los españoles cumplían con su parte, mientras que los norteamericanos no lo hacían, generándose un saldo comercial favorable a España de 10 millones de dólares. El embajador advertía del resentimiento que la actitud americana seguía suscitando en las autoridades españolas, dificultando las relaciones entre el régimen franquista y los aliados. A pesar de todo, el plan tuvo un resultado altamente satisfactorio para los aliados, destacando la compra de 715 toneladas de volframio hasta comienzos de enero de 1943, lo que suponía un exceso del 43% sobre las cantidades presupuestadas y de 600 toneladas de pieles a finales de enero, sobrepasando en un 17% el objetivo establecido.

### **3. El papel británico en las conspiraciones monárquicas**

La inestabilidad política española motivó que los británicos se plantearan la posibilidad de apoyar un cambio de régimen. Según su percepción, la monarquía era el único régimen político que no había terminado en un rotundo fracaso en España, como lo había hecho la República. Hoare estaba convencido de que sólo la Monarquía podía curar los males del país y lograr una plena reconciliación interna. El embajador británico se involucró activamente con los conspiradores monárquicos, participando en numerosas discusiones con sus máximos representantes y colaborando en la difusión de sus ideales. Sin embargo, la reacción de Franco y la falta de iniciativa de los monárquicos arruinaron las esperanzas de Hoare respecto a una pronta restauración de la Monarquía en España.

#### **a) La percepción británica del movimiento monárquico**

En Londres, los analistas del *Foreign Office* resaltaban que en España se debatían dos conceptos diferentes de Monarquía. Por un lado, estaban los ideales tradicionalistas, que hacían referencia a lo que denominaban como “una monarquía del siglo XV”, cuando existía una íntima alianza entre la Corona y la Iglesia, que no evitaba la concesión de un amplio grado de autonomía a una España descentralizada. Por otro lado, resaltaban la existencia de un ideal opuesto, la monarquía liberal, a la



que generalmente se asociaba la aristocracia y el sentimiento monárquico de Castilla, que deseaba una vuelta a la tradición borbónica de Alfonso XIII. En este último caso, a cambio de una garantía de estabilidad y seguridad, las clases privilegiadas podían continuar disfrutando de sus privilegios en una España centralizada y opuesta a cualquier ambición regionalista.

En este debate los analistas británicos consideraban que los tradicionalistas partían con cierta ventaja, a pesar de su reducido número, ya que eran un grupo más compacto y disfrutaba del reconocimiento oficial dentro del partido unificado. Además, se resaltaba que podía apelar al sentimiento regionalista en numerosas partes del país. En contraste, señalaban que la antigua aristocracia alfonsina no existía como fuerza política, lo que motivaba que buscara apoyos entre elementos heterogéneos de las fuerzas conservadoras que estuviesen insatisfechos con la manera en que Falange conducía los destinos del país. Además, juzgaban que un programa, como el de los alfonsinos, que defendiese una vuelta a la situación tal y como se encontraba en 1931 no podía esperar encontrar adherentes entre la población española. La desventaja de los tradicionalistas era su reducido número y la falta de candidato propio al trono tras la muerte en 1936 de Don Carlos, último pretendiente carlista. Su disposición a aceptar a don Juan como candidato se interpretaba como una medida de compromiso, ya que pensaban que las bases tradicionalistas estaban apegadas a sus principios más fundamentales<sup>770</sup>.

En cualquier caso, los británicos vieron que tanto los alfonsinos como los tradicionalistas, pese a las diferencias de sus ideales, coincidían en sus críticas al régimen. En efecto, los monárquicos alfonsinos no tardaron en posicionarse en contra del predominio absoluto que el partido único estaba alcanzando en el seno del nuevo régimen. Especialmente, porque veían que la política encabezada por Franco parecía dirigida a obviar cualquier aspiración monárquica. Los carlistas estaban también descontentos por la actuación de los falangistas en materia religiosa y por la influencia que gozaban los alemanes dentro del país, tanto que estaban dispuestos a olvidar sus aspiraciones dinásticas. La lamentable situación de España les llevaba a pensar que sólo la restauración de la monarquía podía introducir un cambio de rumbo en el país. Incluso algunos sectores de la izquierda republicana anhelaban la vuelta del rey como medio más efectivo de conseguir una amnistía política. Aunque alfonsinos y carlistas coincidían en sus críticas al régimen, antes

---

<sup>770</sup> Informe enviado al Foreign Office por el Profesor A. Toynbee, 8 de julio de 1941, FO 371/26898, C 7823/33/41.  
Guía de de las fuerzas políticas en España realizada por el Profesor W.C. Atkinson y remitido al Foreign Office, 21 de marzo de 1942, FO 371/31234, C3121/220/41.

de aunar esfuerzos tuvieron que solucionar los antiguos pleitos dinásticos. Éstos se saldaron con la renuncia de Alfonso XIII en la figura de su hijo don Juan<sup>771</sup>.

Para los británicos, don Juan había dejado bien claras sus actitudes sobre algunos de los temas en cuestión. En este sentido, recogían como poco después de la muerte de su padre había elogiado su amplia visión, la cual había permitido la creación de las fuerzas militares que salvaron a España durante la Guerra Civil. El pretendiente mostraba en sus declaraciones su preferencia por una monarquía de tipo tradicional y autoritaria, elogiando los valores sociales y políticos de la Cruzada. En el *Foreign Office* se recordaba que incluso antes de estas declaraciones, don Juan ya había demostrando su disposición a servir al Movimiento Nacional y su compromiso a no romper la unidad existente. De cara a los británicos, dicho compromiso parecía situarle en una posición en la que no se comprometía con ninguna tendencia dentro del nuevo régimen, trascendiendo distinciones de clase y de opinión<sup>772</sup>.

Lo cierto es que en su primera etapa como pretendiente al trono, don Juan estuvo asesorado por personajes de la extrema derecha que deseaban una ruptura con la tradición liberal de la monarquía y que rechazaban el régimen liberal y parlamentario. Por esta razón, es posible que a los británicos les pudiese haber parecido cercano a dichas opiniones. Como sabemos, hasta 1943 el pretendiente hizo poco por identificarse como una alternativa al régimen de Franco. Tan solo a partir de dicha fecha, la Monarquía tuvo una significación claramente liberal, representando don Juan entonces algo muy diferente a Franco<sup>773</sup>. En cualquier caso, durante esta primera época, la posición del Conde de Barcelona fue ambigua, al buscar ser aceptado tanto por las masas como por algunos dirigentes del régimen de Franco, y al existir dos corrientes diferenciadas dentro del movimiento monárquico.

Los analistas políticos británicos recogieron que el propio general Franco no había excluido la posibilidad de la restauración en la persona de don Juan. Según su embajada en Madrid, el Caudillo nunca se había declarado incompatible con la monarquía. Aunque, astutamente el embajador Peterson había comentado que el hecho de que el antiguo palacio real del Pardo se convirtiera en la residencia del Caudillo, indicaba claramente que Franco no tenía ninguna intención de ceder el poder de manera inmediata<sup>774</sup>. Los informadores de la Embajada británica recogían

---

<sup>771</sup> TOQUERO, José María (1989): *Franco y Don Juan, la oposición al franquismo*, Barcelona, Plaza & Janes, págs. 27-30.

<sup>772</sup> Guía de de las fuerzas políticas en España realizada por el profesor W.C. Atkinson, 21 de marzo de 1942, FO 371/31234, C3121/220/41.

<sup>773</sup> TOQUERO, J. M. (1989): págs. 14-15.

<sup>774</sup> Minuta de Peterson a Halifax, 26 de enero de 1940, FO 371/24507.

la existencia de un posible acuerdo antes del Alzamiento Nacional que estipulaba ayuda mutua entre Franco y los monárquicos. Según estas fuentes, el acuerdo estipulaba que “una vez obtenido un asidero en la opinión pública y habiendo asegurado la posibilidad de asumir el poder o participar en el mismo, se procedería en acuerdo con el resto de fuerzas de la derecha a restaurar a la monarquía”. Aparentemente, el documento original se había perdido pero su existencia estaba probada por varios testigos<sup>775</sup>. Igualmente, en Londres se hicieron eco de las declaraciones de Franco a comienzos de enero de 1942 en Barcelona en las que habló de la institución monárquica en los siguientes términos:

*Mas tarde todo esto se desvirtuó y aquella gran institución que dio tanta gloria, que era popular porque se apoyaba en el corazón del pueblo contra los desmanes de los grandes, todo aquello cayó y se derrumbó; pero no se derrumbó porque viniera la República, no se derrumbó por la masonería, se derrumbó porque se había quedado hueco, porque faltaba la base, le faltaba el pueblo y sin su asistencia se derrumbó todo. Nadie sea tan loco, tan desalmado que intente edificar sobre arena. Primero tenemos que hacer los cimientos, la base, sobre un pueblo y cuando haga falta coronaremos esta obra, pero sobre esta Doctrina, sobre esta Hermandad de la Falange y sobre esta solidaridad de los españoles. Ya lo sabéis: mi corazón esta abierto a todo, pero no consentiré que nadie se desvíe porque sería traicionar a la Revolución y a la Patria<sup>776</sup>.*

Las declaraciones de Franco sobre la Monarquía fueron debatidas por los británicos, dado que eran partidarios de la restauración de dicha institución en España como solución a sus males y como garante de la neutralidad del país. Increíblemente, en Londres se interpretó que el Caudillo no era totalmente opuesto a la posibilidad de la restauración monárquica<sup>777</sup>. Hoare era un gran entusiasta de dicha opción, señalando continuamente en sus comunicados a Londres que la opinión pública española estaba desconcertada ante los acontecimientos políticos y que el sentimiento monárquico se había avivado en el país<sup>778</sup>. En este sentido, el embajador británico indicaba la existencia de un sentimiento favorable a la restauración de la monarquía sobre la base de una constitución liberal. Por otro lado, Hoare informaba acerca de la creciente insatisfacción de la población española con Falange, como demostraba el hecho de que estallaran pequeños incendios en todas las oficinas del partido único en Sevilla a mediados de enero. Además, en sus

---

<sup>775</sup> No existe ninguna referencia ni mención historiográfica que pruebe la existencia de dicho documento. Tan sólo aparece mencionado en la Minuta de Yencken a Sir. Alexander Cadogan sobre la situación política en España y la posibilidad de un acción británica para garantizar la neutralidad española, 27 de septiembre de 1941, FO 371/26891, C11642 3/41.

<sup>776</sup> Arriba, 22 de enero de 1942. Extractos del discurso de Franco aparecen recogidos en la guía de de las fuerzas políticas en España realizada por el profesor W.C. Atkinson, 21 de marzo de 1942, FO 371/31234, C3121/220/41.

<sup>777</sup> Esta era la opinión del profesor W.C. Atkison transmitida a Mr. Williams (Foreign Office), 13 de febrero de 1942, FO 371/31234, C1752/220/41. El cónsul de Barcelona interpretaba del mismo modo el discurso de Franco, 29 de enero de 1942, FO 371/31234, C2222/220/41.

<sup>778</sup> Informe de Hoare a Eden, 29 de enero de 1942, FO 371/31234, C1215/220/41.

comunicaciones señalaba que se percibía que el elemento requeté dentro de Falange estaba muy poco satisfecho con la situación política existente. El embajador apuntaba la existencia de panfletos carlistas que se habían repartido en Madrid en los que se criticaba que la administración falangista fuera un completo desastre<sup>779</sup>.

Sin embargo, como demuestra la historiografía, las declaraciones de Franco en las que planteaba la posibilidad de una restauración no eran sino un “cebo” para que los monárquicos permaneciesen inactivos y no rompiesen con el régimen. Por lo tanto, Franco no sólo no fue monárquico ni quiso facilitar el retorno de la monarquía, sino que él mismo pretendió ser un monarca y reinar en España con poderes absolutos<sup>780</sup>.

Para los observadores británicos la restauración de la monarquía bajo la égida de la Falange no podía significar la vuelta a la situación existente antes de la instauración de la República. Al estar el partido teóricamente comprometido con su programa, su conversión al movimiento monárquico no significaría sino un cambio de su táctica con el fin de preservar el poder y asegurarse el necesario apoyo popular para llevar a cabo sus ideales. De este modo, una Falange fortalecida detrás de una fachada monárquica supondría poco cambio, salvo en el nombre, como muchos de los monárquicos percibían y temían. En cualquier caso, los analistas del *Foreign Office* consideraban que esto podía ilustrar parte del renovado entusiasmo por la restauración<sup>781</sup>. Los británicos recogieron también el rumor de que si la monarquía se restauraba en la figura de don Juan, Franco sería nombrado duque y generalísimo de los ejércitos<sup>782</sup>.

Los observadores británicos recogieron un despertar del sentimiento monárquico en España al terminar la Guerra Civil, como lo parecían demostrar los numerosos incidentes reflejados en la comunicación diplomática. Por ejemplo, ya en 1939 se mencionaba como en la celebración de fin de año en la Puerta del Sol hubo cincuenta y cuatro personas arrestadas por gritar “Viva el Rey”<sup>783</sup>. Otra muestra puede ser el incidente que se produjo en enero de 1940 a las puertas de la madrileña iglesia de Santa Bárbara. Al terminar la misa organizada en honor de Don Alfonso en día de su onomástica, un joven falangista entre la multitud gritó un “viva

---

<sup>779</sup> Informe de Hoare a Eden, 16 de enero de 1942, FO 371/31234, C949/220/41.

<sup>780</sup> TOQUERO, J. M. (1989): págs. 46-47.

<sup>781</sup> Guía de de las fuerzas políticas en España realizada por el profesor W.C. Atkinson, 21 de marzo de 1942, FO 371/31234, C3121/220/41.

<sup>782</sup> Informe de Sir Chilton a Mr. Williams (Foreign Office) relatando una conversación con el conde Albiz, asesor legal de la embajada española en Londres, 14 de febrero 1940, FO 371/24507.

<sup>783</sup> Minuta del agregado naval, capitán Alan Hillgarth a Peterson, 4 de enero de 1940. FO 371/24507.

Franco”, que fue respondido con silbidos<sup>784</sup>. Sin duda, la mayor de las grandes manifestaciones monárquicas durante el periodo cubierto por este trabajo fue la que se produjo a la muerte de Alfonso XIII el 28 de febrero de 1941. Como señaló Hoare, “hasta en una ciudad tan republicana como Madrid la mayoría de sus balcones se cubrieron de crespones negros en señal de duelo”<sup>785</sup>. El sentimiento popular fue innegable, lamentando la pérdida de una época mucho más feliz. A pesar de los impedimentos que puso el régimen, cientos de monárquicos asistieron al entierro de don Alfonso en Roma.

El mayor sentimiento monárquico en el país y el hecho de que pensaran que Franco no había descartado la posibilidad de restaurar la Monarquía daban esperanzas a los británicos respecto a un posible cambio de régimen. Según el agregado de prensa de la embajada, los monárquicos formaban un grupo cada vez más importante, al ir creciendo el número de personas que consideraba que la restauración era el único remedio para solucionar las dificultades políticas españolas. En Barcelona, el cónsul general británico Harold Farquhar también indicaba que el movimiento monárquico “contaba con amplios apoyos sociales y mostraba signos de convertirse en más activo”<sup>786</sup>. El propio Hoare enviaba continuas muestras a Londres del despertar monárquico en el país, indicando que los españoles eran unánimes al afirmar que “nada había ido bien en el país desde que el Rey Alfonso abandonó España”<sup>787</sup>. Parece incuestionable el aumento del sentimiento monárquico a la altura de 1942, como se puede ver en los testimonios de distintos embajadores presentes en Madrid, que resaltaban que la mayor parte de la población se mostraba cercana a la Monarquía<sup>788</sup>.

Sin embargo, los observadores británicos recogían la existencia de distintas opiniones en el seno del movimiento monárquico respecto al “tempo” de la restauración. El *Foreign Office* conocía que algunos monárquicos españoles no deseaban una restauración inmediata, ya que no querían que el rey volviese hasta que se solucionaran los principales problemas pendientes del país. De este modo, percibían como parte de los monárquicos consideraban que el retorno de la monarquía tras el final de la guerra civil podía ser desastroso<sup>789</sup>. Por otro lado,

---

<sup>784</sup> Minuta de Peterson a Halifax citando como testigo directo de estos acontecimientos a un periodista americano, 26 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>785</sup> HOARE, S. (1946): pág. 292.

<sup>786</sup> Informe del vicedcónsul en Barcelona a Peterson, 9 de enero de 1942, FO 371/31234, C 516/20/41.

<sup>787</sup> HOARE, S. (1946): pág. 292.

<sup>788</sup> Recoge los testimonios de Stohner (embajador alemán), Lequio (embajador italiano), Pietri (embajador francés) y el propio Hoare. TOQUERO, J. M. (1989): págs. 48-49.

<sup>789</sup> Informe del Ministerio de Información británico que recoge la copia de una carta de un representante de la United Press of America sobre la situación general en España, 20 de enero de 1940, FO 371/24507.

existían un grupo de monárquicos dispuestos a actuar para restaurar la Monarquía lo antes que fuera posible. Dentro de este último grupo, algunos manifestaban a los británicos que la transición debía comenzar en la forma de una dictadura militar similar a la del general Primo de Rivera<sup>790</sup>, mientras que otros optaban por un cambio de régimen radical. Estos últimos fueron los que se pusieron en contacto con Hoare buscando la ayuda británica ante un posible golpe militar que restaurase la Monarquía en España. A pesar de existir un fuerte apoyo para el retorno de la monarquía, el *Foreign Office* percibía que el resurgimiento del sentimiento monárquico no terminaba de cuajar por las diferencias existentes en el seno de sus seguidores. Por su parte, el Almirantazgo también apreciaba que todas las clases sociales, con la excepción de los falangistas, estaban de acuerdo en que la restauración era la única solución a las dificultades del país, aunque se reconocía que la fuerza real del movimiento monárquico era muy limitada<sup>791</sup>.

La historiografía española describe como la actuación monárquica durante los años posteriores al fallecimiento de Alfonso XIII se encontraba obstaculizada por la falta de unidad en las filas monárquicas y por el hecho de que una política monárquica excesivamente militarizada podía provocar una intervención alemana en España. La actitud de los monárquicos ante la guerra no era definida, a pesar de la existencia de una opinión mayoritaria favorable a los aliados. A pesar de ello, el pretendiente intentó en 1942 un acercamiento a los alemanes, ante la posibilidad de que éstos quisieran forzar un cambio de régimen en España. La mayor división entre los monárquicos se daba entre aquellos que mantenían una postura de expectación, aconsejando a don Juan la espera, y los partidarios de la lucha política activa.

El primer grupo estaba encabezado por el general Vigón, antiguo preceptor del pretendiente, que creía en la victoria alemana en la guerra y proponía limitarse a una mera colaboración con el régimen esperando que la monarquía se restaurase sin empuje de nadie. Este grupo también se planteaba la posibilidad de instaurar una Regencia como paso previo a la restauración. El segundo grupo estaba representado por Eugenio Vegas Latapié y Pedro Sainz Rodríguez, que pedían al Conde de Barcelona que se pusiese al frente de los monárquicos y abandonase la política contemporalizadora defendida por los colaboracionistas. Al principio, don Juan optó por seguir la política de la inacción, no tanto por la influencia de Vigón, sino por la presencia de los alemanes en las fronteras españolas que aconsejaba prudencia y por la posición de los generales monárquicos que mantenían su fidelidad a Franco. El aislamiento de don Juan en Suiza tampoco favorecía el

---

<sup>790</sup> Minuta del agregado de prensa de la embajada británica al Foreign Office, 5 de enero de 1940, FO 371/24507.

<sup>791</sup> Informe del Almirantazgo sobre la situación en España, 22 de septiembre de 1942, FO 371/31237, C9072/220/41.

impulso hacia la restauración. En cualquier caso, la falta de firmeza del Conde de Barcelona, hacía que la actuación de los monárquicos fuese desorganizada, no pasando de ser esfuerzos esporádicos y personalistas<sup>792</sup>.

Los analistas políticos británicos opinaban que por mucho que se hablase de un mayor sentimiento monárquico en España, sobre todo a partir de la muerte de Alfonso XIII, el apoyo a la restauración y el motor del cambio debía venir de las mismas fuerzas que sostenían al régimen falangista: el Ejército y la Iglesia. Otro de los obstáculos percibidos por los británicos era la falta de un líder monárquico dentro de España que pudiera impulsar el movimiento hacia la restauración. Por esta razón, creían que los ideales de don Juan no se diferenciaban mucho del concepto más tradicional de Monarquía. Según ellos:

*La Monarquía ofrece una posibilidad de alternativa para el régimen, pero sus tradiciones y las declaraciones del candidato al trono muestran que se apoya en las mismas fuerzas que el falangismo y que es susceptible de la misma inestabilidad. (...) No hay evidencia todavía que demuestre que Don Juan vaya a ser más conciliador que su padre con las demandas de reforma política, social y económica, cuya urgencia provocó el advenimiento de la República en 1931*<sup>793</sup>.

En cualquier caso, la oposición al franquismo más importante desde un punto de vista cualitativo fue la monárquica. Además, ésta fue siempre la opción preferida por las potencias democráticas occidentales, que deseaban para España el establecimiento de un régimen moderado y estable tras la caída de los dirigentes fascistas en la Segunda Guerra Mundial. Hay que destacar que se desechaba la posibilidad de volver a un régimen republicano, ya que los anglosajones creían que su implantación podía suponer una vuelta de los fantasmas de la Guerra Civil a la política española. Otro de los motivos del rechazo de la opción republicana fue la sospecha de que pudiera facilitar la infiltración comunista en España<sup>794</sup>. Los representantes británicos en España mantuvieron frecuentes contactos con los monárquicos durante el conflicto bélico, convirtiéndose tras su victoria en la guerra mundial en los grandes defensores de la solución monárquica.

---

<sup>792</sup> TOQUERO, J. M. (1989): págs. 39-45.

<sup>793</sup> Guía de de las fuerzas políticas en España realizada por el profesor W.C. Atkinson, 21 de marzo de 1942, FO 371/31234, C3121/220/41.

<sup>794</sup> TOQUERO, J. M. (1989): págs. 12-13.

## b) La intervención personal de Hoare

A comienzos de la primavera Hoare intentó convencer a Londres de la necesidad de profundizar en los vínculos con el grupo de oposición a Franco. En sus conversaciones con Sainz Rodríguez y el general Aranda tuvo la impresión de que los monárquicos estaban más unidos que nunca y que estaban dispuestos a avanzar decididamente hacia la restauración. Sainz Rodríguez le había comunicado que desde Madrid estaban aconsejando a don Juan que tomara la iniciativa, se pusiera a disposición de los españoles y demandara un plebiscito sobre la restauración. Tanto Aranda como Hoare se mostraron de acuerdo con la necesidad de actuar cuanto antes. En el caso contrario, Franco estaría en una posición tan sólida que no podría ser desplazado del poder, por lo que la posibilidad de la vuelta de la monarquía sería cada vez más lejana<sup>795</sup>.

En opinión de Hoare, el “grupo patriótico”, nombre que usaba para denominar a los conspiradores monárquicos, estaba dispuesto a mostrar más actividad si se le daban unas garantías más precisas. Como se mencionó en el capítulo anterior, Hoare ya había abordado con Aranda y Sainz Rodríguez diversos aspectos que eran deseables en un hipotético gobierno de una España Libre, que incluían la búsqueda de la mayor representatividad de las fuerzas políticas, excluyendo a Falange, y la restauración de la monarquía lo antes que fuera posible. Hoare quería darles también garantías de asistencia militar y económica, incluyendo la posibilidad de facilitar la huida de sus líderes fuera del país, en el caso de que su golpe de Estado forzara la intervención alemana en la Península Ibérica. Para convencer a Londres, Hoare utilizó diversos argumentos. Por un lado, puso de manifiesto que al gobierno de la España Libre podría facilitar la toma de las Canarias, objetivo estratégico vital en el caso de intervención alemana, sin derramamiento de sangre. Además, sugirió que los devaneos de don Juan con el Eje motivaban la necesidad de que el gobierno británico se posicionara de manera extra-oficial respecto a la cuestión monárquica española. Hoare hacía referencia a la invitación que don Juan había recibido del conde Ciano para que participara en una cacería en Albania, ocupada por los italianos<sup>796</sup>.

Sin embargo, Churchill no parecía estar plenamente de acuerdo con fomentar la creación de un gobierno alternativo en España, hecho que podía desestabilizar el frente del Mediterráneo. Además, al considerar que la actitud de Franco respecto a la guerra no iba a cambiar en el futuro, no veía la necesidad de

---

<sup>795</sup> Informe de Hoare a Eden sobre una entrevista con el general Aranda, 7 de abril de 1942, FO 371/31235, C4001/220/41.

<sup>796</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 310-311.



forzar ningún cambio político en el país. Aunque el *Foreign Office* compartía la opinión de su Primer Ministro, se planteaba el asunto para prepararse ante un eventual deterioro de la situación en España. Por esta razón, Hoare obtuvo algunas de las garantías que pedía: reconocimiento del nuevo gobierno provisional, asistencia económica y evacuación de los líderes del movimiento a las islas Canarias para el establecimiento del nuevo gobierno. Las garantías otorgadas a los conspiradores españoles eran bastante ambiguas, reflejando la postura del gobierno británico que no quería empeorar las relaciones que mantenía con Franco. En este sentido, se tomaron medidas para evitar crear controversias innecesarias con el régimen franquista. Por ejemplo, se recomendó que López Oliván no viajase a los Estados Unidos para recabar apoyos para el movimiento de oposición a Franco. Exceptuando a Hoare, los diplomáticos británicos no estaban convencidos de las posibilidades de éxito del nuevo gobierno en el caso de que los alemanes invadieran España, ni querían comprometerse con los opositores españoles. En parte, el propio embajador era culpable por levantar esperanzas que luego no se materializaban<sup>797</sup>.

Por otra parte, es llamativo que se descartara de antemano la posibilidad de integrar a los líderes izquierdistas en el nuevo gobierno, al considerarse que las Fuerzas Armadas españolas y la mayoría de la población lo rechazarían. Los británicos centraron sus esfuerzos en cultivar a los elementos del régimen que podían favorecer la resistencia frente a una intervención alemana: el Ejército, la Iglesia católica, los monárquicos y los republicanos moderados. Una vez más, se demostraba que los diplomáticos británicos no tenían ninguna estima por los políticos republicanos exiliados. En opinión de Cadogan:

*Hemos debatido durante mucho tiempo la posibilidad de favorecer a un movimiento de la España Libre, que pueda continuar la resistencia española en el caso de que el gobierno español se una al Eje o que los alemanes invadan España. Nuestra política se ha guiado por dos consideraciones: la primera es que podemos esperar poca ayuda de los grupos de refugiados españoles, la segunda que cualquier movimiento de resistencia a Alemania debe construirse con la ayuda de los elementos contrarios al Eje que están presentes en España. Rechazamos la idea de recurrir a los refugiados porque no tienen un liderazgo ni una política común y porque no tienen seguidores organizados dentro de España, por lo que no podrían preparar ninguna resistencia ante una agresión alemana. (...) Todos nuestros informes durante los últimos cuatro años indican que los antiguos alineamientos políticos están alejados de la realidad. Los líderes que emigraron son acusados, incluso entre sus propios seguidores, de haber huido con los bolsillos llenos. No parece que haya ninguna parte de la opinión pública que confíe en su liderazgo, con la posible excepción de catalanes y vascos<sup>798</sup>.*

---

<sup>797</sup> Las discusiones y dudas sobre el posible apoyo del gobierno británico a un hipotético gobierno alternativo en España se encuentran en el legajo FO 371/31211.

<sup>798</sup> Cadogan a Halifax, 10 de mayo de 1942, FO 371/31211, C4714/27/41.

Los analistas del *Foreign Office* señalaban que no se podía dar demasiada importancia a los exilados políticos republicanos, porque pensaban que los futuros líderes de la posguerra era más probable que emergiesen dentro de España, entre aquellos que habían padecido las cargas y los problemas que acarrearba el nuevo régimen. Además, consideraban que los exiliados habían perdido contacto con sus seguidores dentro del país, resaltando las amplias divergencias que mantenían en sus concepciones de la democracia, que en ningún caso admitían la posibilidad de la restauración de la Monarquía<sup>799</sup>. En este sentido, constataban que las divisiones reveladas en el periodo de 1931 a 1936 seguían siendo “tan profundas como siempre”<sup>800</sup>. Los británicos conocían la existencia de fracturas insalvables dentro de la oposición exiliada que se encontraba refugiada en Inglaterra y que reproducía en suelo británico las divisiones entre negrinistas y antinegrinistas, o entre comunistas y anticomunistas que se habían desarrollado en España. Como sabemos, estos enfrentamientos, constituyeron un factor determinante en la marcha de la fragmentada oposición al régimen y su limitada acción política, contribuyendo a frustrar el potencial reconocimiento exterior. Mientras dichos grupos malgastaban sus fuerzas en luchas internas suicidas, la oposición en España sufría a manos de la represión franquista<sup>801</sup>.

Los británicos supieron ver como en los años de posguerra, la combinación de miseria y represión fue suficiente para eliminar toda oposición republicana al régimen franquista, a pesar del rechazo generalizado de la clase trabajadora. Aparte de la labor represiva del régimen, que en palabras de Hoare “recordaba a los mejores tiempos de la Inquisición”, los republicanos tenían el lastre de la imagen de la Segunda República. De acuerdo con sus interpretaciones, la población no deseaba volver a experimentar la anarquía que trajo consigo el periodo republicano:

*A pesar de las buenas intenciones que tuvieran los líderes republicanos en 1931, la realidad es que los siguientes cinco años fueron un periodo de autocracia alternada con anarquía. En los noventa y seis meses de vida de la República, hubo no menos de 33 ministros, y la ambigua Constitución de 11.000 palabras fue suspendida ochenta y seis meses de los noventa y seis por una Ley de Seguridad Pública que abolía todas las libertades personales. Aunque peor que la abolición de los derechos individuales fue la anarquía que estalló durante los últimos años del régimen.*

---

<sup>799</sup> Señalaban que en numerosas ocasiones los emisarios monárquicos no habían conseguido de ellos otro compromiso que la promesa de uno de sus grupos de llevar a cabo un plebiscito sobre la cuestión de la restauración después de que se produjese la caída del régimen falangista. Guía de de las fuerzas políticas en España realizada por el profesor W.C. Atkinson, 21 de marzo de 1942, FO 371/31234, C3121/220/41.

<sup>800</sup> Guía de de las fuerzas políticas en España realizada por el profesor W.C. Atkinson, 21 de marzo de 1942, FO 371/31234, C3121/220/41.

<sup>801</sup> MORADIELLOS, E. (2000): págs. 90-93. ARASA, D. (1995): págs. 50-120.

*Entonces fue cuando se perpetraron las peores masacres y destrucciones de propiedad. El temor a que se repitan estos hechos ha debilitado la causa republicana en el interior de España*<sup>802</sup>.

Paralelamente al rechazo de los ideales republicanos, los observadores británicos percibieron un revivir del sentimiento monárquico en España. Éste se reflejaba en las posiciones políticas y las declaraciones públicas de algunos de los generales de mayor graduación, que no escondían su preferencia por la restauración monárquica. Por ejemplo, Hoare mencionó como el general Espinosa de los Monteros, a la vuelta de su destierro, habló abiertamente a favor de la restauración de la Monarquía en España, criticando a Serrano Suñer. Como resultado de sus declaraciones, fue cesado tan sólo dos días después de tomar posesión de su nuevo cargo como capitán general de la VI región militar (Burgos). Las fuentes a las que tenía acceso Hoare le indicaban que Espinosa de los Monteros había realizado dichas manifestaciones de manera deliberada y de acuerdo con el resto de líderes militares, cada vez más abiertamente opuestos a la Falange. A un inteligente observador como Hoare, no se le podía escapar el detalle que Serrano Suñer no hubiese podido impedir el regreso de uno de sus enemigos políticos a un puesto relevante dentro de las Fuerzas Armadas. Este hecho, le indicaba la creciente debilidad de la posición política del ministro de Asuntos Exteriores<sup>803</sup>.

Otros diplomáticos destacados en España también transmitieron la impresión de un nuevo impulso del sentimiento monárquico. Por ejemplo, el cónsul Farquhar mantuvo conversaciones en Barcelona con Kindelán y con López Oliván, diplomático español y embajador en Gran Bretaña al estallar la guerra civil, antes de que se uniera al séquito de don Juan. Ambos personajes tenían una gran significación monárquica. El cónsul era más cauteloso que Hoare y afirmaba que había pocas posibilidades de producirse cambios políticos antes de que el curso de la guerra se decantara claramente del lado de los aliados<sup>804</sup>.

A la altura del mes de mayo, Hoare estaba completamente convencido de la idea de la restauración y de la posibilidad de que se produjera en un plazo de tiempo relativamente breve. En este sentido, se mantuvo en constante contacto con los conspiradores civiles y militares, contribuyendo a la difusión de sus ideales en forma de panfletos. Durante el verano se produjo una amplia distribución de folletos monárquicos por toda España, haciendo alusión a las declaraciones monárquicas de Franco en el pasado o defendiendo la necesidad de proceder a una restauración. El

---

<sup>802</sup> HOARE, S. (1946): pág. 292.

<sup>803</sup> Minuta de Hoare a Eden sobre el discurso del general Espinosa de los Monteros en la toma de su cargo en Burgos, 1 de mayo de 1942, FO 371/31235, C4785/220/41. Estos acontecimientos también se mencionan en el informe de Mr. Buchanan (compañía Río Tinto) a Mr. Makins, 19 de mayo de 1942, FO 371/31235, C5218/220/41.

<sup>804</sup> Informe del cónsul de Barcelona, 6 de marzo de 1942, FO 371/31227, C3296/220/41.

grado de confianza que tenía Hoare con ellos se ilustra en el hecho de que Sainz Rodríguez le enseñara una carta-manifiesto monárquico que se proponía enviar a los principales generales españoles<sup>805</sup>. El propio Hayes, recién llegado a España, reflejó en sus memorias como “el embajador británico estaba animando activamente a los monárquicos”<sup>806</sup>. Siguiendo sus palabras:

*Hoare tenía convicciones personales muy definidas respecto a ciertos reajustes políticos que considera relevantes para los intereses británicos a largo plazo. El quería para todos los países de Europa occidental gobiernos que cooperasen estrechamente con Gran Bretaña, como si tratara de una esfera de influencia británica, y para este fin el perseguía la restauración monárquica en España*<sup>807</sup>.

El nuevo embajador estadounidense también creía que la restauración de una monarquía liberal sería favorable para los intereses aliados, pero en ningún momento quiso involucrarse en la política interna española. Hoare era muy optimista respecto a las posibilidades de éxito del movimiento monárquico, reiterando a Londres su petición de apoyo a los conspiradores españoles. Su fe en ellos generó un considerable volumen de correspondencia diplomática durante 1942, que ha sido recogida en dos legajos que contienen cientos de comunicados entre Londres y Madrid respecto a la posibilidad de restaurar la monarquía en España<sup>808</sup>.

A Eden le preocupaba el grado de intervencionismo que desarrollaba Hoare en la política interna española (ajenas a su función diplomática) y que no lograba controlar. El entusiasmo e insistencia de Hoare obligó a Eden a enviarle instrucciones sobre la política del gobierno británico en relación con la España de Franco, para evitar que diese excesivos ánimos a un levantamiento monárquico. En esta importante declaración, se ponía de manifiesto que el ministro británico no deseaba enturbiar las relaciones con el régimen franquista, mientras mantuviese una posición neutral. En ningún momento se instaba al embajador a buscar activamente el cambio de gobierno en España. Las instrucciones de Eden eran claras:

*Según veo la situación, hemos decidido que, en el evento de una invasión alemana de España o si el Gobierno español se echa a los brazos del enemigo, sería beneficioso para nuestros intereses que se forme un movimiento de la España Libre, capaz y deseoso de continuar la lucha desde fuera del país. Pensamos que un movimiento que persiga la restauración monárquica sería posible que obtuviera en el momento presente un gran apoyo en España. Hemos acordado también que, incluso si España no es invadida ni se lanza a los brazos de los alemanes, que debemos dar el apoyo que podamos, de acuerdo con nuestras necesidades bélicas, a cualquier*

---

<sup>805</sup> Minuta de Hoare a Eden, 2 de mayo de 1942, FO 371/31227, C6068/220/41.

<sup>806</sup> HAYES, C. (1945): pág. 56.

<sup>807</sup> HAYES, C. (1945): pág. 135.

<sup>808</sup> Los dos legajos a los que hacemos mención son el FO 371/31227 y el FO 371/31228.

*gobierno que decida mantener una política independiente neutral. Bajo estas circunstancias fue autorizado a dar las garantías mencionadas*<sup>809</sup>.

Como vemos, Eden consideraba prematuro probar un derrocamiento del régimen franquista, porque se corría el riesgo de que el nuevo gobierno fuera fácilmente derrocado por los alemanes. Especialmente, si no se esperaba a que Alemania estuviera debilitada o a que los aliados dispusieran de fuerza suficiente para responder con eficacia a una intervención alemana en España. Además, no quería que se acusara al gobierno británico de injerencias en los asuntos internos de otro país. Para el ministro de Exteriores británico, aunque el régimen franquista no era ideal, había mantenido una línea en política exterior lo suficientemente independiente del Eje como para salvaguardar los intereses británicos en la zona. Eden no era precisamente un defensor del régimen franquista, pero las necesidades estratégicas de la política exterior británica le llevaron a contentarse con la situación existente en España. El ministro reconocía que la opinión pública española estaba cambiando, acercándose a posiciones más monárquicas y pro-aliadas. Incluso llegó a manifestar que el “proceso de desmoronamiento del régimen había comenzado”, sin tener en cuenta la represión que existía sobre cualquier tipo de oposición interna y el efecto que tenía la ayuda anglosajona para consolidar al régimen franquista. El embajador tomó nota del mensaje de su ministro, y al despedir a Sainz Rodríguez, antes de que marchara a Portugal para evitar la persecución franquista, se mostró evasivo cuando el conspirador español pidió garantías por escrito de que los británicos reconocerían al nuevo gobierno de España Libre si los alemanes invadían la Península y que le evacuarían en caso de necesidad<sup>810</sup>.

Por otra parte, Eden se propuso comunicar a don Juan, que se había trasladado a Lausana donde residía su madre Victoria Eugenia, que el gobierno británico no apreciaba sus contactos con el Eje. En este sentido, Clifford Norton, el ministro consejero británico en Berna, mantuvo conversaciones por separado con el pretendiente y con su madre. Don Juan quiso convencerle que tenía las manos libres y que no contemplaba la opción alemana para recuperar el trono. Por el contrario, la antigua reina reconoció que apremiaba a su hijo para que recobrar el trono lo antes posible. El *Foreign Office* procedió a indicar a Norton que le comunicara al pretendiente que debía esperar a que los aliados fortaleciesen sus posiciones para que pudieran mostrarse abiertamente benévolo hacia un nuevo régimen monárquico en España. La declaración británica resulta muy esclarecedora pues incentivaba al pretendiente a retrasar sus acciones, prometiéndole su apoyo en el futuro. Sin embargo, también daba tiempo a Franco para consolidar su posición

---

<sup>809</sup> Mensaje de Eden a Hoare, 3 de junio de 1942, FO 371/31227.

<sup>810</sup> WIGG, R. (2005): págs. 96-98.

interna frente a los monárquicos. Por otra parte, Norton supo apreciar que don Juan estaba completamente desorientado y que no sabía qué consejo debía seguir<sup>811</sup>. Las conversaciones entre Norton y don Juan en Berna provocaron las quejas de Hoare, celoso de que alguien interfiriese con los asuntos españoles que él manejaba. El embajador británico protestó porque la sensación que habían dejado las declaraciones de Norton entre los monárquicos era que el gobierno británico se oponía a la restauración. En su opinión, por su culpa se corría el riesgo de que “don Juan se echara en los brazos de los alemanes o de la Falange”<sup>812</sup>.

#### **4. La ininterrumpida crisis interna española**

A lo largo de 1942 España se mantuvo en una continua crisis interna, sin producirse modificaciones sustanciales de su política exterior. La resistencia a la política de Serrano Suñer, motivada por diferencias programáticas y por el rechazo a su personalidad e influencia política en Franco, junto a la nueva situación internacional fue erosionando la posición política del hombre fuerte del régimen, de tal manera que acabó perdiendo la confianza de su cuñado. La crisis de 1942 supuso la caída de Serrano Suñer y puso el punto final a las aspiraciones falangistas, sancionando el proceso de domesticación de Falange iniciado con anterioridad. Asimismo, significaba un giro gradual en la política exterior española que culminó meses más tarde en la vuelta a la más completa neutralidad.

##### **a) El declive político de Serrano Suñer**

Como ilustran las palabras de Hoare, al finalizar el año 1941 “Serrano Suñer se aferraba lúgubrementemente a su sillón ministerial”. El día 15 de diciembre había tenido lugar una reunión del Consejo Superior del Ejército en la que el general Kindelán hizo una fuerte crítica a la situación política, denunciando la incompetencia del gobierno y de la administración falangista, no dudando en señalar que el proyecto político de Falange había fracasado y que la situación estaba causando “la pérdida de prestigio, por desgaste de la figura del Jefe del Estado, de su persona, mi general; y, menos avanzada, la del Ejército”<sup>813</sup>. Además, recordó a Franco que el Ejército le había nombrado para el puesto que ocupaba, pidiendo

---

<sup>811</sup> WIGG, R. (2005): págs. 98-100.

<sup>812</sup> Informe de Hoare a Eden, 7 de octubre de 1942, FO 371/31228, C9979/80/41.

<sup>813</sup> KINDELÁN, Alfredo (1981): La verdad de mis relaciones con Franco, Barcelona, Planeta, págs. 46-49.

garantizar la continuidad del régimen mediante la institución monárquica. El dictador presentó excusas sobre la situación del país basándose en la existencia de peligros externos y en las dificultades materiales. No quiso enfrentarse abiertamente a sus críticos, y como muestra de su cautela decidió esperar y seguir con su juego de equilibrios entre Falange y los militares. Kindelán, no contento con el resultado de la reunión, difundió su discurso entre los monárquicos con la ayuda de la Embajada británica<sup>814</sup>. El general aseguró a Hoare que Franco estaba convencido de que la guerra sería larga y que no habría ninguna modificación en la postura exterior española<sup>815</sup>.

Para el embajador británico, Franco había conseguido mantener a Serrano Suñer en su puesto a pesar de todas las maniobras de los militares<sup>816</sup>, descontentos con la grave situación política interna y externa. En este sentido, la desilusión de Hoare porque la Junta de Generales no había conseguido eliminar a Serrano Suñer se puso de manifiesto tras la entrevista que mantuvo a finales de diciembre con el general Aranda. Según le comunicó Hoare a Eden:

*Estoy decepcionado porque la necesidad de eliminar al Señor Suñer no ha sido solucionada ni mencionada en la conversación. Aranda hizo hincapié en los logros alcanzados por los generales, asegurándome haber conseguido que Franco les fuera a consultar acerca de cualquier decisión relevante en materia de política exterior que pudiera tomarse en el futuro. (...) Aranda piensa contactar a los líderes monárquicos y al general Kindelán en Barcelona para discutir la posibilidad de aumentar la presión a Franco con el fin de lograr el inmediato cese de Serrano Suñer y la restauración de la monarquía<sup>817</sup>.*

A pesar de todo, Hoare continuó intrigando de manera muy solapada con los conspiradores españoles que planeaban eliminar a Serrano Suñer. Sin embargo, el *Foreign Office* no mostró ningún apoyo a dichas intrigas. Al no haberse llevado a cabo durante 1941 ninguno de los intentos de eliminar a Serrano Suñer que habían sido anunciados por los militares españoles, en Londres se llegó al convencimiento de que nunca llegarían a materializarse, a pesar de que Hoare insistiera en la inminencia de su cese. En opinión de Eden, la inacción de los generales justificaba su postura<sup>818</sup>.

A principios de enero Hoare recuperó su optimismo. En su opinión, “el viento soplaba a favor” de los intereses británicos en España, destacando que en

---

<sup>814</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 559-559.

<sup>815</sup> Informe del embajador Hoare a Eden, 17 de diciembre de 1941, FO 371/26940.

<sup>816</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>817</sup> Informe del embajador Hoare a Eden, 23 de diciembre de 1941, FO 371/31234, C466/220/41.

<sup>818</sup> SMYTH, D. (1986): pág. 214.

Sevilla se había producido una manifestación pro-británica en la entrada del consulado<sup>819</sup>. Además, recogía nuevas críticas de los militares a Serrano Suñer y la Falange, como las que se produjeron el 9 de enero en una nueva reunión del Consejo Superior del Ejército. Además, la oposición de los generales tomaba unos tintes cada vez más monárquicos. En una entrevista con el vicescánsul británico en Barcelona, el general Queipo de Llano, a su regreso de Roma y de camino hacia Madrid y Málaga, no escondió sus críticas al gobierno español, quejándose que la Falange estaba arruinando a España. El general manifestó que “la única solución era la vuelta de don Juan, con el que había mantenido muchas conversaciones interesantes en los últimos tiempos”. Queipo no ofreció una posición oficial de los generales sobre el tema de la restauración de la monarquía, pero señaló a los británicos que los españoles preferían “a un viejo enemigo que a nuevos amigos”, es decir, a la monarquía en lugar de la Falange<sup>820</sup>.

La tensión política no resuelta motivó que de nuevo se disparasen los rumores de una nueva crisis gubernamental. De esta manera, a mediados de enero la embajada británica recogió en sus comunicaciones que en Madrid se volvía a hablar del inminente cese de Serrano Suñer y la posibilidad de que se instaurase un gobierno puramente militar. El propio Hoare señalaba que algunos de los rumores eran poco fundados, aunque estaban ampliamente extendidos en los círculos políticos de Madrid que los presentaban como algo hecho. Según el embajador:

*Circulan muchos rumores acerca del inminente cese de Suñer. La mayoría de la gente pensaba que se iría al final de la semana pasada. Desde entonces, se nos ha comunicado en numerosas ocasiones que el Embajador alemán ha estado presionando a Franco para que lo mantuviera en su puesto. (...) Aunque los alemanes no le aprecian, sería un duro golpe que perdieran un ministro germanófilo en España. Suñer parece estar agarrándose a cualquier oportunidad que pueda salvarle. Ahora intentando posar en la Embajada británica como el protector de los intereses españoles y descubridor de las conspiraciones de intereses extranjeros contra España<sup>821</sup>.*

El convencimiento por parte de Hoare de la inminencia del cese de Serrano Suñer le llevó a advertir a su gobierno que, en el caso de que ocurriese, la prensa anglosajona debía tratar el tema como un asunto interno español y no como una victoria aliada<sup>822</sup>. En anticipación ante tal eventualidad señaló que era esencial una mayor colaboración con los norteamericanos para sacar provecho de la situación. No obstante, se quejaba de que la embajada estadounidense era terriblemente débil en el trato de los problemas relacionados con su nueva postura

---

<sup>819</sup> Minuta de Hoare a Eden, 5 de enero de 1942, FO 954/27B.

<sup>820</sup> Informe del vicescánsul Dr. Dorchy en Barcelona, 9 de enero de 1942, FO 371/31234, C516/220/41.

<sup>821</sup> Minuta de Hoare a Eden, 13 de enero de 1942, FO 954/27B.

<sup>822</sup> Informe de Hoare a Eden, 11 de enero de 1942, FO 371/31234, C406/220/41.



de beligerancia. En este sentido, criticaba que su personal seguía siendo parte del “partido oficial de la paz”. No veía en ellos ni en sus métodos ninguna atmósfera de guerra, lo que podía impedir a los aliados sacar el máximo provecho de la situación si Serrano Suñer era cesado<sup>823</sup>. Hoare también se dedicó a especular sobre quién sucedería a éste al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Según su acertada opinión, sería el general Jordana quien le sucediera en dicho cargo<sup>824</sup>.

Paralelamente, Hoare pulsó la opinión de distintas personalidades sobre el posible cese de Serrano Suñer. El duque de Alba, embajador español en Londres, le confirmó que la crisis del Ministerio de Asuntos Exteriores todavía estaba en suspenso. Sin embargo, el duque se mostró convencido de que pasaría mucho tiempo antes de que Serrano Suñer se fuese, debido a la inercia de Franco, aunque barajaba la posibilidad de que los generales forzaran la situación en el futuro. De la misma manera, Alba dudaba que pudiera producirse una inmediata restauración de la Monarquía, lo que era peligroso para el movimiento monárquico y para España. En su opinión, lo adecuado era que Franco se declarara regente y se retirara del control de la Administración, aunque dudaba que Franco tomara ese camino. Alba restó importancia a las actividades de la Falange, ya que pensaba que “cuanta más cuerda les diesen más probable es que se ahorquen”. Dado que los argumentos del duque diferían de los suyos propios, Hoare comentó a Londres que Alba parecía ignorar la lamentable situación económica de su país, que podía provocar el inmediato cese de Serrano Suñer<sup>825</sup>. Los rumores sobre la marcha de Serrano Suñer y la apertura de una crisis gubernamental continuaron extendiéndose por la capital de España. Hasta el propio nuncio papal, entrevistado por Hoare en Madrid, pensaba que su marcha como embajador a Roma estaba muy próxima. Según el nuncio, en aquellos momentos Franco estaba intentando aislarlo antes de deshacerse de él<sup>826</sup>.

No obstante, Franco estaba intentando compensar la presión que recibía de los militares aumentando el apoyo al sector falangista. Si Serrano Suñer había sobrevivido a la crisis política era porque Franco no deseaba que ninguna de las facciones del régimen pudiera forzarle a tomar decisiones. Si cedía a las presiones de los generales, éstos podían sentirse capacitados para vigilar su actuación, pudiendo imponerle su criterio en otras ocasiones. Estos movimientos en la escena política española no pasaron desapercibidos a Hoare. El embajador británico consideró que el movimiento de los conspiradores había sufrido un

---

<sup>823</sup> Minuta de Hoare a Eden, 13 de enero de 1942, FO 954/27B.

<sup>824</sup> Informe de Hoare a Eden, 11 de enero de 1942, FO 371/31234, C406/220/41.

<sup>825</sup> Informe de Hoare a Eden sobre su entrevista con el duque de Alba, 22 de enero de 1942, FO 371/31234, C905/220/41.

<sup>826</sup> Informe de Hoare a Eden sobre su entrevista con el nuncio papal, 29 de enero de 1942, FO 371/31234, C1215/220/41.

profundo revés y que los cambios ministeriales se posponían. Igualmente, supo adivinar que los acontecimientos recientes no habían reforzado la posición de Serrano Suñer dentro del partido. En este sentido, destacaba astutamente que fue Arrese y no Serrano Suñer quién acompañó a Franco a la ya mencionada visita a Barcelona, hecho que le sugería una pérdida de influencia del todopoderoso ministro de Asuntos Exteriores. Esto llevó a Hoare a afirmar que estaba presenciado su paulatino desplazamiento de la escena política<sup>827</sup>. Hay que señalar, que las declaraciones de Franco en Barcelona fueron calificadas por los diplomáticos italianos como “las más falangistas de su vida”<sup>828</sup>.

Con el paso de las semanas, Hoare pudo valorar que Franco había sido el claro vencedor de los acontecimientos sucedidos en el mes anterior. El embajador valoraba que el dictador había desplazado públicamente a Serrano Suñer y evitado que los generales limitaran su poder. Hay que destacar que Hoare pensaba que los principales objetivos políticos de Franco eran mantener a España fuera de la guerra, mantenerse a toda costa en el poder y romper políticamente con su cuñado. De acuerdo a sus impresiones, la situación indicaba que Serrano Suñer “estaba siendo empujado lentamente fuera del escenario político”, por lo que parecía estar en el camino de su eliminación. En este sentido, creía que los generales iban a presentar pronto un ultimátum a Franco que incluiría la petición del cese inmediato de Serrano Suñer. Según sus fuentes, el ministro de Exteriores, sabedor de su desplazamiento político, había comenzado a quemar documentos en el ministerio y se dedicaba a mantener vacante la embajada de Roma, para poder tomar él dicho destino. Respecto a la política exterior española, Hoare se congratulaba con el hecho de que España nunca había estado tan lejos de entrar en la guerra desde su llegada, mostrándose satisfecho por haber alcanzado el objetivo de su misión. Sin embargo, el balance que realizaba de la política interna era desolador:

*La España actual está paralizada por dos fuerzas mortales: la desmoralización y la amenaza del ejército alemán. España es como un enfermo grave que necesita una operación, pero que estaba demasiado débil para enfrentarse a los riesgos derivados de la misma. (... ) Cualquier cambio en el falangismo introducido por Franco o Serrano Suñer puede ser considerado en el exterior como un movimiento contra el Eje, provocando la intervención alemana. Un golpe militar que restaurase la Monarquía tendría que enfrentarse al mismo problema*<sup>829</sup>.

A pesar de sus preferencias británicas por la solución monárquica, que consideraba como el paso más efectivo hacia una amnistía política, Hoare era realista e indicaba que el único cambio que podía esperarse era una mejora del

---

<sup>827</sup> Informe de Hoare a Eden, 29 de enero de 1942, FO 371/31234, C1215/220/41.

<sup>828</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 303.

<sup>829</sup> Minuta de de Hoare a Eden, 24 de febrero de 1942, FO 371/31234, C2342/220/41.

falangismo hacia posiciones más moderadas. Hoare señalaba acertadamente que, a pesar de todos los problemas que asolaban el país, nada ni nadie podía forzar la mano de Franco para que introdujera cambios en la política española. En su opinión, el Caudillo prefería practicar la peculiar política de “esperar y ver”, e intentar fortalecer su posición mediante grandes escenificaciones como las de Barcelona.

A partir de febrero, se sucedieron una serie de crisis que motivaron que la lucha de los falangistas con militares y tradicionalistas fuese cada vez más áspera. Como detectaron los británicos, los enfrentamientos degeneraron en violencia física, trasladándose la tensión a otros ámbitos del país. Por ejemplo, percibieron como los tradicionalistas estaban creando problemas en la Universidad de Madrid, al hacer patente su insatisfacción con el régimen<sup>830</sup>. Hoare también mencionó una manifestación de los carlistas en la que se distribuyeron panfletos y se colocaron carteles que declaraban que los requetés “habían vertido su sangre por España, no por la presente forma de socialismo”<sup>831</sup>.

Este tipo de incidentes eran cada vez más frecuentes, mostrando la fragilidad de la estructura política del régimen franquista. Uno de los principales sucesos que observaron los británicos fue el enfrentamiento entre Ximénez de Sandoval, jefe del gabinete de Serrano Suñer y delegado del Servicio Exterior de la Falange, con un hijo del duque de Sotomayor que resultó golpeado por pistoleros falangistas. A finales de marzo, Sandoval fue cesado, expulsado del partido y del país. Hoare destacó que se trataba de un paso más en la eliminación de Serrano Suñer, ya que era un asesor muy cercano a su persona, y había sido elegido para su puesto por encima de otros diplomáticos con mayor antigüedad<sup>832</sup>.

La discordia existente daba la sensación a los observadores británicos de que el país vivía en una crisis permanente, donde los rumores de dimisiones, cambios gubernamentales y conspiraciones se multiplicaban. A comienzos de abril, Hoare señaló a Londres que la situación había ido empeorando durante los meses anteriores, aunque no se había deteriorado tanto como él temía. El embajador se quejaba de que los generales no hubieran decidido pasar a la acción y eliminar la influencia falangista, debido a que siempre querían “apostar a caballo ganador”<sup>833</sup>. Por su parte, los militares españoles anunciaron al embajador británico sus planes para eliminar a Serrano Suñer antes de la llegada del siguiente invierno. En una entrevista con el general Aranda, Hoare fue informado que los generales no creían

---

<sup>830</sup> Informe del cónsul británico en Cádiz, 27 de febrero de 1942, FO 371/31234, C2477/220/41.

<sup>831</sup> Informe de Hoare a Eden sobre la tensión política entre Falange y los monárquicos, 27 de marzo de 1942, FO 371/31235, C3737/220/41.

<sup>832</sup> Informe de Hoare a Eden, 29 de marzo de 1942, FO 371/31235, C3370/220/41.

<sup>833</sup> Minuta de Hoare a Eden, 2 de abril de 1942, FO 954/27B.

que se produjese ningún cambio político importante en el gobierno a corto plazo, aunque todavía consideraban que sólo era cuestión de tiempo que Serrano Suñer fuese reemplazado<sup>834</sup>.

Pronto comenzaron a reproducirse los enfrentamientos entre falangistas y monárquicos, que le sirvieron a Hoare para ilustrar el resurgir del sentimiento monárquico por todo el país. De este modo, el embajador mencionó en sus comunicaciones a Londres enfrentamientos menores en Madrid, disturbios en la Universidad de Santiago que fueron severamente reprimidos, una refriega en Burgos a la salida de un grupo de carlistas de la catedral, disparos en las calles de Barcelona, disturbios en Pamplona y el cierre de la Universidad de Madrid durante tres días por enfrentamientos entre falangistas y tradicionalistas. Hoare resaltaba la gravedad de éste último caso, ya que los enfrentamientos resultaron en dieciocho estudiantes heridos y un carlista muerto. Según averiguó, la pelea había comenzado por los insultos lanzados por unos falangistas contra don Juan, que al grito de “abajo el marino inglés” provocaron a varios estudiantes monárquicos que llevaban unas insignias del pretendiente<sup>835</sup>.

El embajador británico describió con gran detalle como se reprodujeron los incidentes en la Universidad de Madrid, al escribir los monárquicos un manifiesto en respuesta a una orden leída en alto días antes en la facultad de derecho en la que se decía que don Juan estaba al servicio de la marina de una potencia extranjera, pidiéndose a todos los estudiantes que se quitaran las insignias y emblemas que llevaran sus iniciales. Hoare mencionó que el Sindicato Español Universitario (SEU) no podía ignorar que don Juan sólo había servido a su patria. Asimismo, resaltaba que el SEU contaba con numerosos estudiantes fieles a los ideales monárquicos, que no dudaron en unirse a la organización por las promesas del decreto de unificación de los partidos (que prometía respetar las instituciones históricas tradicionales) y por las ventajas que otorgaba para el servicio militar. Hoare opinaba que dicha organización no tenía derecho para explotar a sus miembros dándoles órdenes contrarias a sus convicciones personales. Por ello, justificaba que los estudiantes se hubiesen sentido obligados a reaccionar ante una clara agresión a sus principios. Según sus fuentes, los estudiantes monárquicos dijeron que su único objetivo era defender al rey de los insultos e imponer el máximo respeto hacia su persona como descendiente y heredero de los grandes monarcas imperiales. Hoare señala irónicamente que muchos monarcas del

---

<sup>834</sup> Informe de Hoare a Eden sobre una entrevista con el general Aranda, 7 de abril de 1942, FO 371/31235, C4001/220/41.

<sup>835</sup> Informe de Hoare a Eden sobre incidentes entre monárquicos, falangistas y requetés, 19 de mayo de 1942, FO 371/31235, C5193/220/41.

pasado eran venerados por los estudiantes falangistas como símbolos de la grandeza histórica de la nación española<sup>836</sup>.

## **b) La consolidación del poder de Franco**

Los británicos fueron testigos de la inmediata reacción del régimen ante el avance del movimiento monárquico en España. El primer impulso de Franco fue intentar atraerse a don Juan mediante una carta que le envió a Roma, fechada el 12 de mayo. En ella, le invitaba a unirse a Falange y a compartir sus principios. De paso, realizaba un duro ataque a los partidos políticos y a los parlamentos, claramente incompatibles con los ideales revolucionarios del régimen<sup>837</sup>. Sin embargo, Franco no tenía ninguna intención de abandonar el poder en manos del pretendiente, como se pudo apreciar en su visita a Medina del Campo el día 29 de mayo para inaugurar la escuela de instrucción de la sección femenina de la Falange en el castillo de la Mota. En dicha ocasión, dio rienda suelta al fausto regío que tanto le agradaba, realizando una identificación de sus triunfos con los de la reina Isabel la Católica, a la que había pertenecido el castillo. La exagerada adulación que recibió, junto a la puesta en escena, hizo que se rumoreara que Franco estaba pensando en declararse rey. Parte de su discurso, mencionando la necesidad de un espacio vital español y alabando la política anti-judía de la reina Isabel, parecían orientadas a buscar el apoyo de la Falange, para utilizarla como contrapeso de la presión que recibía de los monárquicos<sup>838</sup>.

En aquellos momentos, Hoare consideraba que la estrategia de Franco era la de intentar consolidar su posición interna atemorizando a los monárquicos, realizando movimientos de tropas para desconcertar a los militares (por ejemplo, trasladando efectivos militares de las islas Canarias a la Península) y atrayéndose al sector moderado de Falange<sup>839</sup>. Resulta necesario, resaltar lo acertado del juicio de Hoare, que fue capaz de captar la estrategia política de Franco y de ver como iba apartando lentamente a Serrano Suñer del poder.

Aunque Franco se negaba a cesar a Serrano Suñer, su influencia dentro del aparato del partido disminuía drásticamente. Dentro de la Falange se

---

<sup>836</sup> Informe de Hoare a Eden sobre incidentes entre monárquicos, falangistas y requetés, 19 de mayo de 1942, FO 371/31235, C5193/220/41.

<sup>837</sup> Carta de Franco a Don Juan, 12 de mayo de 1942. Recogida en SAINZ RODRÍGUEZ, P. (1981): págs. 351-353.

<sup>838</sup> El discurso de Franco aparece íntegro en las páginas de Arriba, 29 de mayo de 1942. Para una valoración del mismo, véase PAYNE, S. (1987): pág. 571.

<sup>839</sup> Informe de Hoare a Eden, 18 de julio de 1942, FO 371/31236, C7147/220/41.

encontraba con la oposición de los legitimistas, que en la unificación política habían confiado en él como vínculo entre los ideales de José Antonio y la dictadura, y los revolucionarios, que intentaban darle un giro pro-nazi al régimen. Sin duda, su mayor enemigo era Arrese, cuya creciente importancia dentro del partido suponía la pérdida del monopolio de las relaciones entre Falange y Franco que había venido desempeñando. Arrese era ciertamente el prototipo de nuevo dirigente del régimen, dúctil y sin pretensión ideológica. El secretario general del partido se dedicó a plegar la Falange a los dictados de Franco. Aunque Arrese no pudo mantenerla totalmente bajo su control, sí que consiguió convertir a su organización en algo maleable en las manos del dictador.

La visita de Serrano Suñer a Italia a mediados de junio fue interpretada por Hoare como un intento de reforzar su posición interna. A los ojos del embajador británico, Serrano Suñer estaba en aquellos momentos solamente interesado en política internacional, ya que en las cuestiones de política interna encontraba una feroz resistencia por parte de los militares, que conspiraban constantemente en su contra<sup>840</sup>. Hay que destacar que, en contraste con otras visitas de Serrano Suñer a las potencias del Eje, que habían causado gran ansiedad a los aliados, esta vez no dudaron en ningún momento que la actitud española respecto a la guerra no cambiaría a la vuelta del ministro de Asuntos Exteriores. Para Hoare, España estaba más alejada que nunca de una posible intervención en la Segunda Guerra Mundial. Efectivamente, la misión de Serrano Suñer a Italia no tuvo una significación destacada, ya que para Mussolini el valor de la carta española en el conflicto era ya escaso. Además, gran parte de las conversaciones se concentraron en la cuestión monárquica, a la que el Duce era completamente hostil. Aunque el ministro español repitió su fidelidad al Eje, las conversaciones no tuvieron ningún resultado concreto y tanto Ciano como Mussolini las calificaron como “tediosas”<sup>841</sup>.

A su vuelta, Serrano Suñer preparó una cierta contraofensiva por recuperar el control de la censura de prensa exterior, que había perdido como resultado del incidente Sandoval. Además, publicó en la prensa unas declaraciones en las que recordaba el alineamiento español con el Eje desde la Guerra Civil con el fin de reforzar su papel político en las luchas internas en el régimen. La oposición a Serrano Suñer seguía creciendo fuera del partido, ante la resistencia planteada por militares, monárquicos, carlistas y católicos. Dentro del aparato estatal Carrero Blanco se convirtió en uno de los mayores rivales de Serrano Suñer, al ver en su figura un obstáculo para su relación personal con Franco. La influencia de Arrese y

---

<sup>840</sup> Informe de Hoare a Eden, 11 de julio de 1942, FO 371/31235, C6941/220/41.

<sup>841</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 316-319.

Carrero Blanco dentro del régimen era cada vez mayor, en claro contraste con el lento desplazamiento de Serrano Suñer<sup>842</sup>.

A principios de julio, Hoare describió a Londres como Franco estaba consolidando sus posiciones en la Falange. En este sentido, esperaba que este hecho se tradujese en políticas más cercanas a la línea nacional-sindicalista, apuntando que pronto vería la luz una nueva constitución para España. Igualmente, hizo notar que Franco estaba más opuesto que nunca a una restauración de la monarquía, a pesar de sus ambiguas declaraciones, contemplando una hipotética restauración en el plazo de treinta años<sup>843</sup>. En cualquier caso, Hoare percibía la creciente insatisfacción que se extendía en el país respecto al Nuevo régimen. Según el embajador:

*Existe una distancia cada vez mayor entre el público y el régimen actual. Antes sólo era evidente entre la clase trabajadora, pero ahora los terratenientes y los hombres de negocios están cansados de la situación existente y defienden abiertamente la restauración de la monarquía*<sup>844</sup>.

La promulgación de la Ley Constitutiva de las Cortes el 17 de julio también fue interpretada por Hoare como un nuevo intento de Franco por reforzar su posición y asegurar su pervivencia política<sup>845</sup>. Hasta ese momento, el Jefe del Estado había ejercido el poder autoritariamente y sin restricciones. Las Cortes le dieron una apariencia liberal al régimen, puesto que se instauraba una institución que existe en todas las democracias. No obstante, su carácter estaba completamente desvirtuado, siendo más bien un organismo tutelado. Las Cortes asumieron la competencia legislativa, pero su función se limitaba a corroborar las decisiones que tomaba Franco como Jefe del Estado. Además, el Caudillo se reserva la posibilidad de legislar por decreto ley, sin necesidad del concurso de las Cortes. Es necesario destacar que la decisión de crearlas se tomó en un momento en el que parecía que cambiaba el signo de la guerra en favor de los aliados. Por esta razón, el régimen quiso asumir una forma que fuese más aceptable para las potencias anglosajonas, al suponer teóricamente la participación del pueblo en la política del Estado.

Paralelamente, comenzó por todo el país la represión de las actividades de los monárquicos. Los británicos vieron como Sainz Rodríguez tuvo que huir a Portugal, al saber que Franco planeaba detenerle y confinarle en las Canarias. Esto no supuso ningún obstáculo para que Hoare siguiera entrevistándose con el líder monárquico, ya que pudo reunirse con él en Lisboa. Otro personaje que se encontraba en la capital lusitana era José María Gil Robles, antiguo líder de la

---

<sup>842</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 304-306.

<sup>843</sup> Informe de Hoare a Eden, 3 de julio de 1942, FO 371/31235, C6733/220/41.

<sup>844</sup> Informe de Hoare a Eden, 28 de julio de 1942, FO 371/31236, C7628/220/41.

<sup>845</sup> Informe de Hoare a Eden, 7 de julio de 1942, FO 371/31235, C6733/220/41.

CEDA, y con el que el embajador británico mantuvo contacto de manera regular. Hoare seguía animando a los monárquicos y cultivándolos como un elemento alrededor del que se podía construir un nuevo gobierno en España. Por ejemplo, acordó con los dos políticos mencionados anteriormente que, en el caso de invasión alemana, serían evacuados fuera de la Península Ibérica para formar un gobierno alternativo en las islas Canarias. El *Home Office*, Ministerio del Interior británico, llegó incluso a emitir visados para ambos con el fin de facilitar su evacuación<sup>846</sup>.

A pesar de la reacción de Franco, los incidentes de todo tipo entre falangistas y monárquicos se repitieron. Por ejemplo, Hoare mencionaba que un tal Francisco Díaz Torres había sido encarcelado durante dos días por llevar un emblema de don Juan. La Falange había decidido darle un buen castigo por dicho motivo. Sin embargo, un comunicado del gobernador civil al jefe provincial de la Falange exigió su inmediata puesta en libertad y pruebas de la ofensa cometida por el susodicho. Como resultado de la presión recibida, fue liberado de la prisión en la que se encontraba<sup>847</sup>. Asimismo, Hoare recogía otros incidentes en Bilbao donde hubo manifestaciones de requetés el día 18 de julio y donde, después de la misa por el Alzamiento, los sacerdotes hablaron abiertamente contra Franco y su gobierno, diciendo que “sólo los requetés podían salvar el país”<sup>848</sup>. El ambiente en Madrid también era muy tenso, caracterizándose por las continuas intrigas de uno y otro signo. Como hemos mencionado, se produjo una erupción de panfletos monárquicos y como reacción de un manifiesto de la “Falange Auténtica” de tono antimonárquico.

La evolución de la política interna en España era muy relevante en aquellos momentos para las potencias anglosajonas, ya que se estaban terminando los preparativos de la Operación *Torch*, el desembarco aliado en el norte de África. Una de las claves del éxito de dicha operación residía en la neutralidad española. Vista la reacción de Franco a los acontecimientos internos durante el mes de julio, Hoare llegó a la conclusión de que los enfrentamientos de los meses anteriores no habían hecho otra cosa que “parir un ratón”. Convencido de que España mantendría su neutralidad, no tuvo inconveniente en marchar a Londres durante unas semanas para recibir instrucciones acerca de la Operación *Torch*. El embajador británico no esperaba que se produjera ningún cambio significativo en su ausencia, dejando

---

<sup>846</sup> Los detalles de la entrevista, fechada el 3 de octubre de 1942, pueden verse en GIL ROBLES, José María (1979): *La monarquía por la que yo luché, páginas de un diario (1941-1954)*, Madrid, Taurus, pág. 20.

<sup>847</sup> Informe de Hoare a Eden, 16 de julio de 1942, FO 371/31236, C7328/220/41.

<sup>848</sup> Informe de Hoare a Eden, 30 de julio de 1942, FO 371/31236, C 7758/220/41.



todos los asuntos en manos de Arthur Yencken, su capaz ministro plenipotenciario<sup>849</sup>.

### **c) El incidente de Begoña: la crisis política de septiembre de 1942**

Justo cuando los británicos pensaban que no habría cambios a corto plazo en la política española, se produjo un sangriento incidente en las afueras de Bilbao que tuvo grandes consecuencias en el seno del régimen franquistas. Fue Yencken quien cubrió el desarrollo de los acontecimientos ante la ausencia de Hoare. El ministro plenipotenciario describió como en una misa por los reyes de la dinastía borbónica y por los requetés caídos en la Cruzada, unos falangistas lanzaron unas granadas hiriendo a un gran número de personas <sup>850</sup>. La reconstrucción del incidente variaba según las fuentes consultadas por los británicos. De acuerdo con los falangistas, sus camaradas habían sido provocados al escuchar gritos de “muera Franco”. Según diversos rumores, se trataba de un plan urdido por los falangistas para desprestigiar a los carlistas o para enfrentar a Franco con Serrano Suñer<sup>851</sup>. La embajada británica recogió muchos rumores que señalaban a los falangistas como culpables. Yencken juzgaba que el denominado “incidente en Bilbao” fue el resultado de un plan premeditado, como lo demostraba el hecho de que los falangistas fueran llevados hasta el lugar de los hechos desde otras ciudades españolas y que tomaran la iniciativa en el suceso<sup>852</sup>. En cualquier caso, el balance final del enfrentamiento fue entre 30 y 117 personas heridas, provocando una de las mayores crisis de la historia del franquismo<sup>853</sup>.

Después de conocerse los hechos Franco no tomó ninguna medida, lo que dio pie a nuevos rumores sobre el incidente y sus repercusiones en la política interna. De esta manera, dilató su decisión prolongando su estancia en Galicia, donde aludió a la necesidad de que la Falange y el Ejército permaneciesen unidos, criticando también de manera tangencial a los monárquicos, según las interpretaciones británicas de sus discursos<sup>854</sup>. Por otro lado, los implicados en el asunto atribuyeron a distintas embajadas extranjeras una intervención activa en los

---

<sup>849</sup> Para la reconstrucción del suceso y sus implicaciones políticas véase TUSELL, J. (1995): págs. 323-326; PRESTON, P. (1994): págs. 580-582; SUÁREZ, L. (1997): págs. 408-412, PAYNE, S. (1987): págs. 306-309 y MARQUINA, Antonio (1982): “El atentado de Begoña”, Historia 16, nº 76, págs. 11-19.

<sup>850</sup> Informe de Yencken a Eden sobre el “incidente de Bilbao”, 25 de agosto de 1942, FO 371/31236, C8368/220/41.

<sup>851</sup> PAYNE, S. (1987): pág. 306.

<sup>852</sup> Informe de Mr. Yencken a Eden, 23 de agosto de 1942, FO 371/31237, C8555/220/41.

<sup>853</sup> PAYNE, S. (1987): pág. 306.

<sup>854</sup> Informe de Yencken a Eden, 28 de agosto de 1942, FO 371/31236 C8563/220/41

acontecimientos, una indicación de hasta qué punto las cuestiones de política interior se mezclaban con la política exterior<sup>855</sup>. La embajada británica no era ignorante de todos los rumores que se multiplicaban por Madrid. Yencken los recogió en sus comunicaciones con Londres:

*Existen numerosos rumores que indican que el ministro de la Guerra (el general Varela) ha entregado su dimisión y que todos los ministros no falangistas del gobierno podrían dimitir en breve. Sin embargo, circulaban versiones contradictorias sobre las posibles consecuencias de la crisis. (...) No parece que la crisis pueda resolverse sin cambios ministeriales, aunque los monárquicos parece que piensan que es demasiado pronto para actuar*<sup>856</sup>.

La historiografía muestra el grado de tensión existente en el país a lo largo de la crisis. Los militares mostraron nerviosismo e indignación ante lo sucedido. El general Varela, que estaba dentro del santuario de Begoña en el momento del incidente, presentó los hechos como un ataque contra todo el estamento militar, señalando que incluso podía estar centrado en su persona. Inmediatamente después del incidente mandó telegramas a todos los capitanes generales sobre el asunto y protestó airadamente a Franco. El ministro de Gobernación, el general Galarza, le secundó enviando despachos a todos los gobernadores civiles. Los falangistas que habían participado en el incidente fueron juzgados por un tribunal militar. Franco se disgustó con los movimientos de sus dos ministros, al considerarlos cercanos a la insubordinación. Pero al haber conseguido Varela movilizar las simpatías de muchos de los generales de alta graduación, Franco no se atrevió a intervenir en el proceso contra los seis falangistas que habían sido arrestados, a pesar de las presiones de la Falange para que diese ese paso. Los procesados fueron declarados culpables, dos de ellos sentenciados a pena de muerte, de los que sólo Juan Domínguez, quien había lanzado la granada que causó los heridos, fue finalmente ejecutado a principios de septiembre<sup>857</sup>.

Mientras tanto, el general Varela exigió a Franco que se pidiesen mayores responsabilidades políticas a la Falange. La disputa entre ambos fue tan dura que Franco se vio obligado a prescindir de él aceptando su dimisión. Poco después, el general Galarza presentaba su dimisión como ministro de Gobernación. Por otro lado, Franco cesó a José Luna Meléndez, vicesecretario general de la Falange, que fue acusado de estar involucrado en el incidente. De esta manera, eliminaba a un personaje cercano a Serrano Suñer, que era odiado por las demás fuerzas de la derecha española. Sin embargo, no se tomó ninguna acción contra los

---

<sup>855</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 324.

<sup>856</sup> Informe de Yencken a Eden sobre las consecuencias del “incidente de Bilbao”, 23 de agosto de 1942, FO 371/31236, C8555/220/41.

<sup>857</sup> PAYNE, S. (1987): pág. 308.

líderes de Falange, que mostraron un total distanciamiento con los falangistas condenados. Cuando Franco le comunicó sus decisiones a Carrero Blanco, éste le avisó que el cese de dos ministros militares sin que se produjesen ceses de sus rivales políticos podía crear nuevas complicaciones internas. Carrero le instó eliminar a Serrano Suñer, ya que de lo contrario los militares y el resto de fuerzas conservadoras pensarían que la Falange había resultado vencedora y que Franco no controlaba ya la situación. El dictador no dudó en dar dicho paso al estar resentido con su cuñado, en el que ya no confiaba<sup>858</sup>. Franco se reunió con Serrano Suñer el día 3 de septiembre por la mañana para comunicarle la noticia de su cese. La actitud de espera que había mantenido durante la crisis no le salvó, ya que tanto Arrese como Carrero habían debilitado su posición en el seno del Estado. Al conocer su cese, se quedó muy afectado, ya que no se lo esperaba en aquel momento<sup>859</sup>. De esta manera, se consumaba la derrota política de Serrano Suñer, que había gozado de amplios poderes desde su nombramiento como ministro de Gobernación y de la plena confianza de Franco durante la mayor parte de su labor gubernativa.

Tras el cese de Serrano Suñer, el propio 3 de septiembre se anunció la reforma del gobierno. Los observadores británicos recogieron los cambios ministeriales que eran consecuencia de la resolución de la crisis política. Dada la ausencia ya comentada de Hoare, fue el ministro plenipotenciario Yencken el encargado de informar acerca de los nuevos nombramientos. El general Jordana se convirtió en el nuevo ministro de Asuntos Exteriores en sustitución de Serrano Suñer, el general Asensio fue nombrado ministro de la Guerra, sustituyendo al general Varela y Blas Pérez González sustituyó al general Galarza al frente del Ministerio de Gobernación. Además, se produjeron otros cambios que a los ojos de Yencken eran muy significativos. El general Franco tomaba la cabeza de la Junta Política de la Falange y Mora Figueroa sustituía a Luna como vicesecretario del partido. En su opinión, lo más destacado de estos cambios era que dejaban a Serrano Suñer completamente fuera de la vida política española. Los informadores de los británicos reforzaban dicha impresión asegurando que no se le iba a dar ningún otro cargo público en el país<sup>860</sup>. Semanas más tarde, el general Aranda confesó a Hoare que Franco le había ofrecido el puesto de ministro de Gobernación, pero no lo aceptó al desconocer cual iba a ser la futura política de Franco<sup>861</sup>.

Los británicos celebraron la sustitución de un ministro germanófilo como Serrano Suñer por otro más favorable a la causa aliada. Hoare no pudo evitar

---

<sup>858</sup> Esta fue la primera intervención decisiva de Carrero en la política española. PAYNE, S. (1987): págs. 308-309.

<sup>859</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 326.

<sup>860</sup> Informe de Yencken a Eden sobre los cambios ministeriales en España, 3 de septiembre de 1942, FO 371/31236, C8568/220/41.

<sup>861</sup> Informe de Hoare a Eden, 27 de octubre de 1942, FO 371/31238, C10439/220/41.

exclamar en su correspondencia con Londres: “¡me alegro que se haya ido!”. Del general Jordana, se resaltaba que era una persona muy cercana a Franco, más amigable y con gran habilidad e inteligencia en el manejo de los asuntos exteriores. Además, se le consideraba monárquico, valorándose positivamente que no tuviera conexiones con la Falange y que se opusiera a la autarquía económica que existía en España. Del general Asensio se comentaba que era considerado como uno de los mejores soldados de España, destacando el rumor que apuntaba a que el propio Varela le había recomendado como su sucesor. Por esta razón, los británicos asumieron que su visión de la política interna y exterior era coincidente, suponiendo que ambos apoyaban la restauración monárquica, tenían un profundo respeto por el ejército alemán y estaban determinados en mantener a España fuera de la guerra. Además, se creía que el nuevo ministro de Gobernación sería capaz de mantener el equilibrio entre las distintas facciones políticas enfrentadas. Por otro lado, se consideraba que, aunque los cambios eran fruto de rivalidades internas, tendrían efecto en la política exterior española<sup>862</sup>. Esto prueba que hasta los propios británicos eran conscientes de cómo se mezclaban las cuestiones internas y la política exterior en la España de la inmediata posguerra. Finalmente, conviene destacar que a pesar del cese de Serrano Suñer, el *Foreign Office* percibía como las posiciones del ejército, falangistas y tradicionalistas en el gobierno mantenían más o menos el mismo equilibrio que antes<sup>863</sup>.

En efecto, como bien apreciaron los británicos, la reorganización del gobierno emprendida por Franco fue un ejercicio más de su calculada táctica de equilibrar a las distintas tendencias de su régimen, por lo que no apartó del poder a ninguna de ellas. Como señaló Hoare a su vuelta de Londres, era “una solución típica de Franco”, al eliminar simultáneamente a Serrano Suñer y Varela<sup>864</sup>. Como resultado, ninguna de las tendencias rivales del régimen –los militares, falangistas, carlistas o monárquicos- se mostró plenamente satisfecha con el resultado de la crisis. La combinación ministerial de septiembre de 1942 estaba perfectamente diseñada para mantener el equilibrio interno, enfrentando a unas tendencias contra otras. Como resultado, fue uno de los gobiernos más estables desde el final de la Guerra Civil. Franco demostró una gran habilidad para superar una grave crisis política en el seno de su régimen mediante el manejo de las distintas tendencias que lo componían.

La relevancia política de la crisis vino dada por la eliminación de Serrano Suñer, personaje que desde febrero de 1937 había desempeñado un papel

---

<sup>862</sup> Minuta de Mr. Williams (Foreign Office), 4 de septiembre de 1942, FO 371/31237, C8604/220/41.

<sup>863</sup> Informe de Mr. Bowker a Mr. Roberts (Foreign Office), 22 de septiembre de 1942, FO 371/31237, C9320/220/41.

<sup>864</sup> HOARE, S. (1946): pág. 166.

vital en el impulso del Nuevo Estado y en cual Franco había confiado tareas claves tanto en materias domésticas como en política exterior. Pero sus posiciones políticas de carácter extremista terminaron por convertirle en un estorbo. La combinación política resultante de la crisis reforzaba a Franco, que dominaría completamente el panorama político español, apoyándose en los sectores moderados de la Falange como contrapeso de las aspiraciones monárquicas<sup>865</sup>. De cara a los británicos, los generales presentaron el resultado de la crisis como una victoria política. Según Hoare, la salida de Serrano Suñer había dejado una brecha abierta en el régimen de Franco que llevaba a los generales a pensar que podían deshacerse del régimen falangista cuando ellos quisieran, siempre que los alemanes no interviniesen en España<sup>866</sup>.

Los británicos recogieron también más cambios políticos como consecuencia de la crisis ministerial, aunque de segundo orden, como fue el cese de los gobernadores civiles de Valladolid y León, considerados como íntimos colaboradores de Serrano Suñer<sup>867</sup>. Por otro lado, recogieron la circulación de numerosos panfletos que exageraban en uno u otro sentido las circunstancias del incidente de Begoña. Para Yencken, uno de los más estrambóticos fue el que acusaba directamente a Manuel Fal Conde, antiguo líder tradicionalista, de ser el archiconspirador contra el estado falangista y el organizador de otra guerra civil dentro de España<sup>868</sup>.

La tensión política continuó en el país, pero con menor intensidad. La embajada siguió recogiendo incidentes por toda España. Por ejemplo, el 13 de octubre Hoare informó a Londres que en Barcelona alguien había lanzado una granada de mano por una de las ventanas del club de bridge. Afortunadamente, como la granada no llegó a detonar, no hubo que lamentar heridos. El capitán general de la región, el general Kindelán, consideraba que se trataba del acto de un lunático, aunque reconocía que la mayoría de los miembros del club tenían sentimientos más monárquicos que falangistas<sup>869</sup>. Asimismo, los británicos recogieron la existencia de enfrentamientos entre falangistas y requetés en la universidad de Sevilla<sup>870</sup>. Por ello, no todos los observadores británicos eran optimistas acerca de la evolución de los acontecimientos, el Almirantazgo basándose en la información que disponía señalaba su creencia en que la situación

---

<sup>865</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 311-312.

<sup>866</sup> Informe de Hoare a Eden, 7 de octubre de 1942, FO 371/31228, C9979/80/41.

<sup>867</sup> Informe de Yencken a Eden, 15 de septiembre de 1942, FO 371/31237, C8936/220/41.

<sup>868</sup> Informe de Yencken a Eden, 11 de septiembre de 1942, FO 371/31237, C8942/220/41.

<sup>869</sup> Informe de Hoare a Eden, 13 de octubre de 1942, FO 371/31238, C10019/220/41.

<sup>870</sup> Informe de Hoare a Eden, 19 de octubre de 1942, FO 371/31238, C10302/220/41.

era tan sólo una “pausa entre tormentas”. En su opinión, a Franco sólo le quedaba Arrese como chivo expiatorio, por lo que les parecía que era inevitable que se produjesen más cambios en el futuro<sup>871</sup>.

#### **d) Consecuencias de la crisis**

La crisis política de 1942 fue un acontecimiento de primer orden en la trayectoria del régimen franquista, apreciado como tal por la diplomacia británica. Los cambios políticos provocados por la crisis motivaron en el plano de la política interna la amenaza de la restauración monárquica a la posición política de Franco y la culminación de la domesticación de la Falange. En el plano exterior, suponía el final de la fase de “tentación fascista e imperial” del régimen, utilizando la terminología de Tusell. A partir de ese momento, se produciría un giro paulatino pero decidido hacia la neutralidad, impulsado por el general Jordana. Lógicamente, las relaciones con los países aliados mejorarían sensiblemente, acorde con las nuevas circunstancias bélicas.

Aunque Franco no quisiera realizar ningún cambio en la política exterior, el general Jordana tenía una postura personal más tendente a la neutralidad y representaba de cara al Ejército la garantía de que un puesto tan relevante no estuviese en manos de una persona no calificada para ello. Uno de los cambios que los británicos apreciaron en el Ministerio de Asuntos Exteriores fue su método de trabajo, estableciendo relaciones cordiales con los embajadores, concentrando toda la responsabilidad en sus manos e instituyendo una correspondencia regular con los representantes españoles en el exterior. De igual modo, su equipo se componía de diplomáticos profesionales de amplia experiencia<sup>872</sup>. Jordana fue el encargado de conducir la política exterior española hacia la estricta neutralidad, que se afianzó después del desembarco de los aliados en el norte de África. El duque de Alba se convirtió en el principal confidente y apoyo del nuevo ministro para el desarrollo de su política exterior.

Tras su nombramiento, Hoare le describió como una persona favorable a la neutralidad española, cuya prudencia evitó un cambio brusco en materia de política exterior. Después de varias semanas de trato, le valoraba como una persona honesta y sincera<sup>873</sup>, juzgando que su llegada había sido muy favorable

---

<sup>871</sup> Informe del Almirantazgo sobre la situación en España, 22 de septiembre de 1942, FO 371/31237, C9072/220/41.

<sup>872</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 331-337.

<sup>873</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 348.

para los intereses británicos. De este modo, señalaba que desde que se hizo cargo de su puesto, en tan sólo unas semanas se había notado una notable mejoría en las relaciones bilaterales, por ejemplo, en el tema de los prisioneros de guerra<sup>874</sup>. Dada la prudencia de Jordana la política exterior española no cambió inmediatamente después de la crisis, lo que prolongó una cierta incertidumbre acerca de la postura española en el conflicto. Por otro lado, a Hitler no le gustó demasiado el cambio, pero nunca llegó a plantearse la posibilidad de mediar en los asuntos internos de España<sup>875</sup>. Los británicos, aunque veían la intervención española en el conflicto como algo lejano, celebraron el cambio de orientación de la política exterior española que suponía el nombramiento del general Jordana.

El primer signo de cambio en el régimen impulsó la creencia que era posible avanzar hacia una inmediata restauración. Acababa de desaparecer el hombre fuerte del régimen que era considerado como el principal obstáculo para llevarla a cabo, por lo que cabía la posibilidad de que se materializara por iniciativa de Franco o por la presión del mando militar. Lógicamente, el reemplazo de Franco más lógico y aceptable para los aliados era don Juan. Hasta ese momento don Juan había mantenido una posición ambigua, incluso se podría decir que favorable al Eje, durante los primeros años de la guerra. No olvidemos que Roma fue la residencia de su padre Alfonso XIII hasta su muerte y que algunos intermediarios de don Juan habían sondeado a los alemanes acerca de la posibilidad de una restauración de la monarquía en España dentro del nuevo orden europeo que establecería el Tercer Reich. Aunque su postura no cambió públicamente hasta los desembarcos aliados en el norte de África, al conocerse los resultados de la crisis de 1942 sus principales asesores comenzaron a estudiar la posibilidad de lograr una inmediata restauración monárquica, incluso contactando a los británicos para buscar su apoyo.

Como se ha comentado anteriormente, en Londres se veía con agrado la posibilidad de la restauración, aunque en ningún momento el gobierno británico se decidió a apoyar abiertamente a dicho movimiento. Prueba de la atención que dedicaban al tema es el aumento de la correspondencia diplomática británica relacionada con don Juan y la cuestión monárquica, que pasó a ser el tema dominante en los despachos entre Londres y Madrid. Sobre todo, porque dada la marcha de las operaciones militares y el nombramiento de Jordana como ministro de Asuntos Exteriores, los británicos veían muy lejana la posibilidad de entrada de España en la guerra.

---

<sup>874</sup> Informe de Hoare a Eden, 20 de octubre de 1942, FO 371/31238, C10304/220/44.

<sup>875</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 328.

De este modo, la embajada comenzó a recoger rumores relacionados con la cuestión monárquica. Una de sus múltiples fuentes apuntaba la posibilidad de que Franco fuese declarado rey. Los promotores de esa idea defendían que el Caudillo siempre había pensado que la Monarquía era la forma natural de gobierno en España, pero que, dado que los monárquicos estaban profundamente divididos, lo mejor era instaurar una nueva dinastía. Yencken descartaba esta posibilidad, apuntando que este tipo de rumores señalaban que Franco quería asegurar su nombramiento como regente antes de que cualquier otro se le pudiese adelantar. En cualquier caso, constataba que el gusto de Franco por los honores reales se había hecho más aparente, reforzando en algunos la creencia de que indicaban que estaba contemplando convertirse en el próximo monarca<sup>876</sup>.

Gracias a su amplia red de contactos, los británicos conocían las divisiones existentes entre los monárquicos. Por un lado, veían como los tradicionalistas defendían la necesidad de que una regencia hiciese “el trabajo sucio” eliminando el falangismo del país, con el fin de lograr que cuando la monarquía se implantara fuese ajena a todo lo que la había precedido. Además, los carlistas pensaban que no se podía precipitar un cambio, siendo conveniente que los españoles estuvieran preparados para tener un rey. Por otro lado, personalidades como Juan March abogaban por la restauración inmediata de la corona para evitar que Franco terminara siendo depuesto por la Falange en colaboración con los alemanes<sup>877</sup>. Los británicos, concedores de las limitaciones de la opción monárquica, observaban como los propios impulsores y defensores de la monarquía no tenían muchas esperanzas en que se lograra una restauración inmediata. Los argumentos que les hacía pensar que el momento no era el adecuado para el cambio de régimen eran la falta de liderazgo, la campaña contra don Juan que se desarrollaba en círculos tradicionalistas, la multiplicidad de pretendientes y la situación de anarquía en el país<sup>878</sup>.

A finales de septiembre llegaron rumores desde Lisboa indicando que una fuente militar había asegurado que los generales y los monárquicos habían acordado que una restauración temprana era poco factible. Desde Berna, cerca de la residencia de don Juan en Lausana, se insistía en esa opinión, apuntando que toda la población española deseaba la vuelta de la Corona, pero que nadie se decidía a dar el primer paso. Don Juan era descrito por las fuentes británicas como “poco

---

<sup>876</sup> Informe de Yencken a Mr. Strang, 18 de septiembre de 1942, FO 371/31228, C9176/180/41.

<sup>877</sup> Informe de Mr. Norton desde Berna, 11 de septiembre de 1942, FO 371/31237, C8850/220/41.

<sup>878</sup> Informe de Yencken de su entrevista con el arzobispo de Madrid, 11 de septiembre de 1942, FO 371/31237, C8984/220/41.



impetuoso”, siempre a la espera de la decisión de sus seguidores en España<sup>879</sup>. Como hemos mencionado anteriormente, don Juan estaba asesorado por personajes de la extrema derecha que le aconsejaban mantener una actitud de espera, en lugar de desarrollar un papel activo en la defensa de sus derechos<sup>880</sup>. En este sentido, hay que recordar que las conversaciones ya mencionadas del pretendiente con el cónsul británico Norton pudieron también contribuir a que don Juan decidiera mantenerse a la expectativa del desarrollo de los acontecimientos nacionales e internacionales. Además, los británicos también conocían los contactos que se mantenían de manera irregular entre Franco y don Juan, en los que el primero no mostraba ningún interés en plantear la restauración como algo inmediato<sup>881</sup>.

Dentro de España, los británicos también vieron como la opinión de la mayoría de los generales monárquicos era precisamente la de mantenerse a la expectativa. Por ejemplo, el general Aranda señaló a Hoare que el movimiento de apoyo a la restauración, aunque avanzaba despacio, lo hacía en la dirección correcta. Aranda pensaba que el regreso de don Juan estaba todavía lejos, debido en primer lugar, a la falta de líderes monárquicos y de asesores adecuados, y en segundo lugar, a que don Juan no quería declarar abiertamente sus intenciones. En este sentido, el general informó a Hoare que acaba de recibir una carta de don Juan en la que no se aclaraban cuales iban a ser sus futuras políticas. En cualquier caso, Aranda consideraba que el regreso de la monarquía dependía de la actitud de los generales, lo que implicaba necesariamente la formación de un gobierno militar<sup>882</sup>. Este tipo de entrevistas sirvieron para que la embajada británica considerase que era cada vez más complicado que se produjese la restauración de la monarquía a corto plazo. En palabras de Yencken:

*Respecto al tema de los monárquicos y la restauración, el inmediato retorno de la monarquía no es factible. Entre los principales generales y líderes monárquicos en España se ha decidido que como un prelude a la restauración era esencial la formación de un gobierno militar y que don Juan definiese públicamente cual sería su política. (...) Para satisfacer a los generales la política exterior debe ser de estricta neutralidad y de amistad con Portugal, lo que significa que España no debe involucrarse de ninguna manera en la guerra y que la División Azul debe retirarse de Rusia. (...) La política interna de Don Juan debe ser la de pacificación, incluyendo una amnistía general, la eliminación de la Falange, la creación de un sistema económico basado en la libertad de iniciativa privada y en la abolición de los sindicatos<sup>883</sup>.*

---

<sup>879</sup> Informe de Mr. Balfour en Lisboa a Mr. Roberts (Foreign Office), 25 de septiembre de 1942, FO 371/31228, C9621/180/41.

<sup>880</sup> TOQUERO, J. M. (1989): págs. 14-45.

<sup>881</sup> Informe de Mr. Balfour en Lisboa a Mr. Roberts (Foreign Office), 25 de septiembre de 1942, FO 371/31228, C9621/180/41.

<sup>882</sup> Informe de Hoare a Eden, 27 de octubre de 1942, FO 371/31238, C10439/220/41.

<sup>883</sup> Informe de Yencken a Eden, 1 de octubre de 1942, FO 371/31238, C9716/220/41.

Las esperanzas de Hoare de acelerar el cambio político en España se desvanecían. En parte, el gobierno británico era responsable de ello, ya que no quiso mostrarse abiertamente favorable hacia la opción monárquica justo en el momento en el que se produjeron importantes cambios políticos que podían amenazar la posición de Franco. Hay que comprender que a los aliados no les interesaba que se desestabilizara la Península Ibérica justo antes del lanzamiento de la operación *Torch*. Por esta razón, cuando los desorientados monárquicos españoles, representados en esta ocasión por el general Kindelán, pulsaron la opinión británica se encontraron con una respuesta poco comprometida. Yencken le informó que la posición oficial de su gobierno respecto a la posibilidad de la restauración de la Monarquía en España era considerarla como un asunto puramente interno, debiendo ser los españoles quienes decidiesen sobre la forma más conveniente de gobierno para su país y cuándo fuese oportuno implantarla. Eden había conseguido refrenar el entusiasmo de sus diplomáticos destacados en Madrid, evitando que se inmiscuyeran más en cuestiones de la política interna española. Yencken transmitió fielmente a Kindelán las instrucciones de su ministro, intentando con su declaración evitar que los falangistas desacreditasen a los monárquicos acusándoles de estar en la paga de los británicos<sup>884</sup>. Como sabemos, esto era realmente lo que sucedía en aquellos momentos con algunos generales españoles.

La historiografía ha mostrado como la crisis de 1942 culminó el proceso de domesticación de la Falange iniciado en 1941 con el nombramiento de Arrese como secretario general del partido. A partir de 1941 Serrano Suñer comenzó a perder su influencia dentro de la Falange, aunque nunca había sido tan poderoso o independiente como algunos se imaginaron. La línea falangista abandonaba su carácter revolucionario para hablar de evolución. El cese de Serrano Suñer no fue sino la última derrota de los ideales revolucionarios falangistas, motivando el abandono de la política de algunos de los miembros de la vieja guardia, desilusionados por las continuas claudicaciones en las aspiraciones del partido. La Falange se había mantenido como un partido político por la imperante moda fascista y ante la necesidad de contar con una ideología estatal y un instrumento para aplicarla. A partir de 1942 la moda fascista fue pasando, transformándose el partido en una simple burocracia estatal. Si sobrevivió fue porque sus enemigos no se pusieron de acuerdo en la manera de destruirla y porque Franco la seguiría usando como bandera contra la restauración de la monarquía<sup>885</sup>.

---

<sup>884</sup> Informe de Bowker a Mr. Roberts (Foreign Office), 13 de octubre de 1942, FO 371/31228, C10067/80/41.

<sup>885</sup> PAYNE, S. (1965): págs. 183-193. Sobre la evolución de la Falange, véase CHUECA, Ricardo (1983): *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco, Un estudio sobre FET-JONS*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

## Capítulo VIII. EL REAJUSTE DE LA POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA (OCTUBRE 1942 – JULIO 1943)

### 1. La Operación *Torch*

Durante muchos meses, el Alto Mando aliado estudió la manera de abrir un segundo frente en Europa para reducir la presión militar a la que estaba sometida la Unión Soviética. En torno al mes julio de 1942, los aliados configuraron un plan que descartaba un asalto de la Europa ocupada en favor de un ataque a los territorios franceses del norte de África, que estaban en manos del gobierno de Vichy. Si la operación tenía éxito, los aliados serían capaces de eliminar la presencia del Eje en África, mejorar su presencia naval en el Mediterráneo y preparar una plataforma para la invasión del sur de Europa. Los planes aliados incluían desembarcos en Marruecos y Argelia, desde dónde se pensaba avanzar sobre Túnez. Los franceses tenían en dichos territorios unos 60,000 soldados que disponían de apoyo naval y aéreo. Sin embargo, los aliados esperaban que las fuerzas francesas no resistieran la invasión, por lo que hicieron un gran esfuerzo previo para buscar su cooperación tras el desembarco. Por esta razón, se puso al frente de la operación al general norteamericano Dwight Eisenhower, ya que despertaba menos suspicacias entre los franceses que un general británico.

Durante los preparativos de la Operación *Torch*, los aliados se plantearon cual sería la postura española ante la invasión aliada del norte de África, zona en la que el régimen franquista tenía puestas sus esperanzas de expansión territorial. El Primer Ministro británico estaba tranquilo, comunicándole el 27 de agosto de 1942 al general Eisenhower, comandante en jefe de las fuerzas aliadas, que “España no haría nada”<sup>886</sup>. Aunque los mandos militares veían poco probable una reacción militar española, temían que ante la presión alemana y la posibilidad de provocar serios daños al esfuerzo de guerra aliado, Franco decidiera abandonar su habitual cautela y procediera a atacar Gibraltar y a los transportes de tropas aliadas que cruzaran el Estrecho. Hoare, que se trasladó de Madrid a Londres para recibir las instrucciones pertinentes respecto a TORCH, advirtió a su gobierno de la enorme tentación que supondría para Franco el poder cortar las comunicaciones aliadas. En su opinión:

---

<sup>886</sup> SMYTH, D. (1986): pág. 237.

*Parecerá que hemos puesto nuestro cuello entre dos cuchillos españoles, y los cuchillos españoles son tradicionalmente traidores. Los alemanes estarán en la espalda de Franco, diciéndole en sus oídos: “Ahora es tu oportunidad. Puedes cortar el cuello aliado, destruir la base aérea y naval de Gibraltar y obtener una deslumbrante recompensa para España en el norte de África”. Que nadie desestime la fuerza de esta tentación, o piense que porque nueve de cada diez españoles no quiere la guerra, el general Franco no se arriesgará ante las grandes ganancias que le pueden ofrecer estas circunstancias. Él y su cuñado no han escondido su deseo de ver a Alemania triunfar en la guerra. ¿Qué mejor oportunidad pueden tener de contribuir a una victoria alemana?*<sup>887</sup>

El embajador recomendaba hacer todo lo posible para apaciguar a Franco en las semanas previas a los desembarcos, especialmente en el campo económico. En cualquier caso, tanto Churchill como Hoare estaban convencidos de que los desembarcos obtendrían la rápida aceptación de Franco si las operaciones militares se conducían con rapidez y eficiencia. Ambos también creyeron conveniente que se presentara la invasión al régimen franquista como una operación estadounidense. Por esta razón, debía ser el embajador norteamericano quien llevase la voz cantante en las comunicaciones con Franco.

Los aliados también estaban también interesados en impedir que los alemanes pudiesen prevenir los desembarcos gracias a los puestos de observación que tenían en la costa española. A principios de enero de 1942 los británicos supieron de la Operación *Bodden*, mediante la que los alemanes estaban construyendo un sistema de detección sónica en el Estrecho de Gibraltar y una cadena de estaciones de observación de barcos para detectar las rutas que seguirían los convoyes aliados y transmitir la información a su flota submarina. Ante la amenaza que suponía para los desembarcos que planeaban en el norte de África, los aliados pensaron en destruir las estaciones en una acción de comandos, pero para mantener la coherencia de la política apaciguadora británica se prefirió la opción diplomática. En el mes de mayo Hoare ya había protestado ante Franco con los miembros más importantes de la embajada, enseñándole un detallado informe de la operación alemana. Ante la posibilidad de que empeorara el embargo de petróleo aliado, el dictador prometió una investigación. A principios de junio, el Estado Mayor español emitió un informe que aseguraba que los equipos habían sido instalados por técnicos alemanes para la defensa de España. Los británicos pidieron su retirada inmediata, pero sus quejas no evitaron que el gobierno español esperase hasta después del éxito de la Operación *Torch* para retirar el sistema de detección. Por otro lado, los aliados también realizaron operaciones de contrainteligencia para

---

<sup>887</sup> Informe de Hoare sobre la actitud de Franco ante la operación TORCH, 29 de agosto de 1942, FO 371/31289 C10745/10378/G.

despistar a los españoles, y por ende al Eje, acerca del verdadero objetivo de los planes aliados<sup>888</sup>.

Antes del comienzo de las operaciones militares, los aliados intentaron mejorar sus relaciones con el régimen franquista, con el fin de garantizar que no intervendría en el conflicto. Como ya hemos comentado en el capítulo anterior, procedieron a regularizar el suministro de petróleo a España para evitar fricciones económicas. Los británicos eran perfectamente conscientes de que no podían ocultar los preparativos en Gibraltar a los españoles y del peligro que suponía la intervención española. Por esta razón, a su vuelta de Londres, Hoare se dedicó a recordar a todos sus interlocutores el compromiso británico a respetar la integridad del territorio español y a recordar la invencibilidad bélica aliada. Para tranquilizarles, puso de manifiesto el deseo de su gobierno de no interferir en los asuntos internos de su país. En palabras del embajador a Jordana:

*Estas manifestaciones se refieren principalmente a la conveniencia de que Inglaterra no se mezclase en absoluto en las cuestiones interiores de España que pertenecían completamente al Generalísimo Jefe del Estado que es quien encarna actualmente todas las esencias y destinos de su país. (...) Me hizo presente que de estas ideas participan igualmente Mr. Churchill y Mr. Eden quienes le encargaban me las hiciese presentes con el ruego de que las transmitiese al Generalísimo<sup>889</sup>.*

El día 13 de octubre Hoare comunicó a Eden que “le estoy diciendo a todo el mundo que lo último que desea el gobierno británico es interferir con los asuntos internos de España o atacar su territorio”<sup>890</sup>. El día 19 de octubre, el embajador británico fue recibido por Franco en audiencia, transmitiéndole garantías al dictador de que los aliados respetaban la integridad del territorio español:

*El Embajador dijo tenía encargo expreso de su Gobierno de participar a Su Excelencia y el Gobierno español la decisión terminante del Gobierno británico en cuanto se refería a dos puntos importantes relativos a su política para con España, y que eran los siguientes:*

*1º: Que era propósito decidido de la Gran Bretaña de no inmiscuirse en los asuntos interiores de España por ningún concepto, toda vez que consideraba que éstos eran de la exclusiva competencia de ella.*

*2º: Que asimismo era decisión terminante de Inglaterra no llevar a cabo ningún desembarco ni ocupación en ninguna parte de la Península ni tampoco de aquellos territorios que se encontraban bajo la soberanía o la protección de España. Que era deseo vehemente del Gobierno inglés de ver a España alejada del actual conflicto, y asimismo que era propósito del Gobierno británico de poner de su parte todo cuanto fuera necesario para evitar y soslayar las*

---

<sup>888</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 352-355.

<sup>889</sup> Síntesis de la conversación sostenida entre Jordana y Hoare, 8 de octubre de 1942, AMAE R2300/4.

<sup>890</sup> Informe de Hoare a Eden. 13 de octubre de 1942.

*dificultades que pudieran surgir y entibiar las relaciones que deseaba fueran cada vez más amistosas entre España y Gran Bretaña*<sup>891</sup>.

Como pudo comprobar Hoare, el dictador quedó encantado al escuchar el mensaje apaciguador y las seguridades ofrecidas por el gobierno británico<sup>892</sup>. El embajador británico aprovechó para insistir en la dependencia española de las materias primas aliadas. Para evitar que se suspendieran los suministros de cereales, petróleo, caucho y algodón que se estaban discutiendo, hizo ver al dictador español que era fundamental “evitar todos aquellos incidentes que pudieran enturbiar las buenas relaciones de los dos países”. A continuación, se quejó de las continuas actividades que el Eje desarrollaba en España: el aprovisionamiento de barcos y submarinos, el mantenimiento de puestos de observación aérea o de radio, y las labores de espionaje. Hoare insistió en la necesidad de poner fin a estas actividades para evitar el recelo de su Gobierno y asegurar la asistencia económica al régimen franquista. El dictador español aseguró que el abastecimiento a submarinos alemanes se habrían hecho “a espaldas de las Autoridades españolas y con pleno desconocimiento de éstas”, añadiendo que “el territorio español no se utiliza por ningún beligerante con fines bélicos”. Franco agradecía a Gran Bretaña sus buenos deseos para el aprovisionamiento del país, pero se quejaba de las labores de bloqueo económico:

*Desde luego, quería señalar también que la organización impuesta por las circunstancias del tráfico marítimo se hacía con menoscabo de la soberanía de los países neutrales y en ese caso de España, que se veían obligados, como dice, por las circunstancias a aceptarlos pero no a reconocerlos, por considerar que el establecimiento de los navicerts como un principio contrario a las leyes internacionales del libre comercio. Que estimaba Su Excelencia que el bloqueo que se llevaba a cabo contra Alemania no era ella quien lo sufría, sino más bien los países neutrales y aquellos otros de Europa que habían sido invadidos*<sup>893</sup>.

Hoare mantuvo con Jordana y Aranda conversaciones similares. Aunque en ningún momento se refirió a los preparativos de TORCH en la zona de Gibraltar. En su opinión, el ministro español de Asuntos Exteriores había captado perfectamente que sus manifestaciones estaban relacionadas con dicho tema, ya que los españoles eran conscientes de que los aliados se estaban preparando para una gran ofensiva contra el Eje. A finales de octubre Churchill comió con el duque de Alba, dándole garantías de que el gobierno británico no tenía ninguna intención de

---

<sup>891</sup> Conversación sostenida entre Su Excelencia el jefe del Estado y el Embajador de la Gran Bretaña, 19 de octubre de 1942, AMAE R2300/4.

<sup>892</sup> HOARE, S. (1946): págs. 173-174.

<sup>893</sup> Conversación sostenida entre Su Excelencia el jefe del Estado y el Embajador de la Gran Bretaña, 19 de octubre de 1942, AMAE R2300/4.

afectar a la soberanía española ni de influir en su forma de gobierno. El duque transmitió a Madrid el contenido de su entrevista:

*Sus palabras fueron aproximadamente las siguientes: el Gobierno británico comprende perfectamente y respeta la política internacional de España, sin que Londres tenga intención ninguna de mezclarse en la soberanía e independencia españolas, ni de influir en el régimen interno, siendo deseo del Gobierno inglés se reponga pronto España de los efectos de la Guerra Civil y vuelva a ocupar el sitio que le corresponde en Europa*<sup>894</sup>.

A pesar de estas afirmaciones del premier británico, repetidas por varios ministros de su gobierno a los que Alba tenía acceso, en el seno del régimen franquista se albergaba el temor de que España estuviese incluida en los objetivos de la inminente operación aliada. Por ejemplo, tres días antes del lanzamiento de los desembarcos aliados, el general Asensio confesó a Torr que “llevo dos noches sin dormir preguntándome dónde va a golpear el martillo”. El agregado militar británico sólo pudo dar las mismas garantías que Hoare había ofrecido a Franco<sup>895</sup>.

El gobierno británico se tranquilizó cuando su servicio secreto le comunicó que no se había producido un aumento de tropas españolas en Marruecos como reacción a los preparativos en Gibraltar. Se había comprobado que el Ejército español destacado en la zona aunque era numeroso, contaba con unos cien mil hombres, carecía de reservas suficientes para montar una ofensiva. A pesar de ello, las comunicaciones entre Churchill y Roosevelt antes de la invasión ilustran que no estaban plenamente seguros de la actitud española, incluyendo la previsión de que quizá tuvieran que enfrentarse no sólo a los franceses sino también a los españoles. En cualquier caso, la planificación estratégica aliada no consideró en sus planes la posible respuesta a un ataque de España, sino que incluyeron la reacción necesaria ante una invasión alemana de la Península Ibérica. De ocurrir tal eventualidad, los aliados planearon conquistar el Marruecos español<sup>896</sup>.

En la madrugada del día 8 de noviembre, mientras las tropas aliadas desembarcaban en suelo africano, el embajador Hayes entregó a Jordana un mensaje personal del presidente Roosevelt a Franco en el que se aseguraba que la operación militar en curso no estaba dirigida contra el gobierno español y que no suponía una amenaza a la integridad territorial española. Como se había acordado, eran los estadounidenses quienes tomaban la iniciativa en las comunicaciones con Franco. En el mensaje se tranquilizaba al Jefe de Estado español:

---

<sup>894</sup> Despacho de Alba, 31 de octubre de 1942, AMAE, R1117/13.

<sup>895</sup> WIGG, R. (2005): pág. 108.

<sup>896</sup> WIGG, R. (2005): págs. 107-108.

*Espero que usted confíe plenamente en la seguridad que le doy de que en forma alguna va dirigido este movimiento contra el gobierno español o pueblo español ni contra Marruecos u otros territorios españoles, ya sean metropolitanos o de ultramar. Creo también que el gobierno y el pueblo español desean conservar la neutralidad y permanecer al margen de la guerra. España no tiene nada que temer de las naciones aliadas*<sup>897</sup>.

Unas horas más tarde, Hoare le entregó a Jordana un mensaje similar de parte del gobierno británico. En dicha comunicación, se aseguraba que el único objetivo de la operación aliada era eliminar la amenaza del Eje sobre el territorio francés del norte de África. De nuevo, se repetían las garantías acerca de la integridad territorial española, expresándose el deseo de que el intercambio comercial entre los dos países mejoraría después de la Operación *Torch* y que España encontraría el “lugar que merece en la reconstrucción de la Europa del futuro”<sup>898</sup>. Un aliviado Jordana recibió con agrado las seguridades británicas, manifestando su deseo de que “España pueda llegar al fin de la guerra en la situación que hoy tiene, sin que circunstancias especiales le pudieran obligar a tomar otra actitud que desde luego no desea”, confiando el país pudiera mantenerse alejado del conflicto<sup>899</sup>.

Los días 9 y 10 de noviembre tuvo lugar un Consejo de Ministros en el que se discutió la posición española respecto a la invasión anglosajona del norte de África. Según las fuentes británicas, en dicha reunión se produjo un duro enfrentamiento entre la postura mantenida por el general Asensio, Arrese y Girón, favorable a que España declarase la guerra a los aliados y uniera su destino al del Eje, y la de Jordana que aconsejaba prudencia. La muestra de poderío militar aliado fue suficiente para acallar las voces que discrepaban respecto de la actitud de espera adoptada por Franco. Este hecho permitiría a los aliados usar su superioridad bélica como una nueva baza para influir en la postura exterior española. La respuesta española fue de pasividad respecto a las operaciones aliadas en el Mediterráneo. Curiosamente, el gobierno español no recibió presión alguna por parte de los alemanes para pasar por España y atacar Gibraltar. Tan sólo se interesaron por obtener de Franco garantías de que su régimen resistiría una invasión aliada<sup>900</sup>.

Los temores aliados respecto a la postura española fueron disipándose a medida que se afianzaba el éxito de la operación militar. El 10 de noviembre Hoare comunicaba a Londres que no había signos de una reacción contraria por parte de España a los desembarcos aliados. Dos días más tarde, Franco respondió

---

<sup>897</sup> HAYES, C. (1945): págs. 89-91. La reacción de Jordana puede verse en GÓMEZ-JORDANA, Francisco (2002): *Milicia y diplomacia, Los diarios del Conde de Jordana 1936-1944*, Burgos, Dossolés, pág. 184.

<sup>898</sup> HOARE, S. (1946): págs. 177-178.

<sup>899</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 8 de noviembre de 1942, AMAE R2300/4.

<sup>900</sup> Para un recuento de los sucedido véase HOARE, S. (1946): págs. 177-178 y TUSELL, J. (1995): págs. 357-358.



positivamente a la nota del presidente Roosevelt con un mensaje en el que no se hacía referencia a la neutralidad, pero sí se hablaba de amistad y del deseo de España de tener relaciones pacíficas con los demás países<sup>901</sup>. Los gobiernos anglosajones celebraron el éxito de la operación militar y que la reacción española hubiese sido la mejor posible. Según Hoare, su trabajo había conseguido convencer a los españoles mediante argumentos razonables, fundamentalmente económicos, y no mediante amenazas, que tenían más que ganar de los aliados que de los alemanes. El embajador británico reconocía que la reacción española hubiese sido bien distinta si en el mencionado Consejo de Ministros la cartera de Exteriores hubiese estado en manos de Serrano Suñer en lugar de Jordana<sup>902</sup>.

Tanto Churchill como Eden elogiaron la contribución de la embajada española al éxito de la Operación *Torch*. El Primer Ministro mandó a Hoare un telegrama el día 15 de noviembre para felicitar a Hoare por su labor desplegada en Madrid para asegurar la neutralidad española<sup>903</sup>. Por su parte, el ministro británico de Exteriores admitió en un mensaje enviado a Hoare el 27 de noviembre que “nuestros éxitos militares no habrían tenido tanta influencia en la política española de no haber sido por el trabajo paciente, habilidoso y a menudo penoso que tanto usted como su personal han desarrollado durante los dos últimos años”<sup>904</sup>.

La tensa situación internacional motivó que los españoles estuviesen ansiosos durante los primeros días de la invasión acerca de las implicaciones de la operación militar aliada para España. Los gobernantes españoles estaban aterrados ante la perspectiva de tener la guerra tan próxima a su territorio y ante la posibilidad de que los aliados decidieran invadir la Península Ibérica, lo que podía suponer el final del régimen franquista. Para calmar los ánimos españoles, Churchill realizó una serie de comentarios positivos respecto a España el día 10 de noviembre en el ayuntamiento de Londres, en línea con la nota que había enviado al gobierno español. En este sentido, manifestó que estaba deseando que España ocupase su legítimo puesto en la comunidad de naciones europeas. Para lograrlo, España debía mostrar una auténtica neutralidad en el conflicto:

*Hacia estos países (España y Portugal) nuestra única política es que sean independientes y libres, prósperos y en paz. Gran Bretaña y los Estados Unidos harán todo lo posible por enriquecer la vida económica de la Península Ibérica. Los españoles, especialmente, con todos sus problemas, necesitan y se merecen la paz y la recuperación*<sup>905</sup>.

---

<sup>901</sup> HAYES, C. (1945): págs. 91-93.

<sup>902</sup> HOARE, S. (1946): págs. 181-182.

<sup>903</sup> Telegrama de Churchill a Hoare, 15 de noviembre de 1942, CHAR 20/83/6.

<sup>904</sup> HOARE, S. (1946): págs. 182-183.

<sup>905</sup> New York Times, 11 de noviembre de 1942.

En Londres el duque de Alba hizo una ronda de entrevistas al más alto nivel para obtener más información sobre la verdadera postura británica. El duque se reunió con varios ministros conservadores e incluso con militares británicos. Su impresión personal fue que la situación era satisfactoria para el régimen, aunque advertía sobre la tentación de ceder el paso al Eje para que atacase a los aliados desde territorio español:

*Mi impresión personal es que los aliados están decididos a cumplir su promesa, siguiendo respetando integridad y soberanía de nuestro territorio. Ahora bien, en el caso de que sus enemigos traten de operar desde suelo español, se inclinan a creer que los aliados tratarían de abrir un frente, tal vez el más activo, en la Península Ibérica y llevar a cabo ataques aéreos violentos sobre España con la intención de dividirnos internamente y hacer recaer sobre el Eje la responsabilidad de verse envueltos de nuevo en sangrienta lucha<sup>906</sup>.*

A su vez, Jordana quería conseguir de los aliados garantías de la supervivencia del régimen después de la guerra, sondeando a Hoare acerca de las palabras de Churchill a Alba. Se presionó al gobierno estadounidense para que transformara su declaración del día 8 de noviembre en algo más que una promesa momentánea. En consecuencia, el gobierno norteamericano comunicó al embajador español en Washington que sus garantías eran válidas para toda la duración de la guerra. En Londres, Cadogan le manifestó al duque de Alba que las garantías otorgadas por su gobierno también eran válidas para toda la duración de la guerra. Mientras tanto, el general Orgaz se reunió con el general estadounidense Patton, quien también garantizó que la infraestructura militar aliada sólo se utilizaría en territorio del Marruecos francés y nunca contra las posesiones españolas o Tánger. La reunión entre los dos máximos representantes militares sirvió para evitar que estallase algún incidente en torno a la frontera hispano-marroquí<sup>907</sup>.

La movilización completa de las fuerzas armadas españolas el día 14 de noviembre desató los rumores sobre una mayor presión alemana sobre Madrid para que cambiara su postura exterior. Para Hoare y Hayes la movilización militar española fue llevada a cabo para reforzar la actitud tomada respecto a los desembarcos aliados<sup>908</sup>. Jordana le explicó a Hoare que se trataba de una medida preventiva para mantener la integridad nacional y defenderse de cualquier agresión externa. Como sabemos, esta presión del Eje no existió en ningún momento. Lo que sí hicieron alemanes e italianos fue informar a mediados de noviembre a los españoles que tenían constancia de un intento de desembarco aliado en Baleares. Preguntado por Jordana, Hoare afirmó que se trataba de un rumor absurdo,

---

<sup>906</sup> Despacho de Alba, 10 de noviembre de 1942, AMAE R1117/13.

<sup>907</sup> WIGG, R. (2005): págs. 108-111.

<sup>908</sup> HAYES, C. (1945): págs. 92-93.

reafirmando que Gran Bretaña no intervendría en la política española<sup>909</sup>. Por su parte, los alemanes reaccionaron a la operación aliada ocupando la Francia de Vichy el día 11 de noviembre. Alemania estaba ocupada en Rusia y enfrentándose a la embestida aliada en el norte de África, por lo que no estaba en condiciones de tomar represalias contra España. Esto le dio a Franco un mayor margen de maniobra, al reducirse la presión militar alemana.

La mayoría de los diplomáticos destacados en Madrid supieron ver como a partir del éxito de la Operación *Torch*, el régimen franquista fue avanzando hacia la neutralidad. El desembarco aliado tuvo un papel decisivo en el cambio de la postura internacional española, al convencer a muchos defensores de la intervención en el conflicto de que el desarrollo de los acontecimientos hacía más conveniente el mantener una postura neutral. La actitud de Franco respecto a *Torch* iba a tener repercusiones para el resto de la guerra. El dictador español vio en los desembarcos aliados una oportunidad para preservar su poder. No quiso arriesgarse a emprender acciones militares contra los aliados, que podrían haber producido resultados positivos, pero que ponían en peligro la supervivencia de su régimen.

La actitud de Franco estuvo influida por las recomendaciones de Carrero y Jordana, quienes aconsejaban mantener cierta prudencia respecto a la posición española en el conflicto. En un informe elaborado después de los desembarcos aliados, Carrero recomendó mantener la voluntad de intervención del lado del Eje y “engañar a Inglaterra y Estados Unidos en orden a nuestras intenciones, aparentando suavizar nuestra actitud en la prensa y con medidas de otro orden y evitando insensatas estridencias de juventud”<sup>910</sup>. Por su parte, Jordana informó a Alba el 27 de noviembre que el gobierno español ya había previsto la invasión aliada del norte de África y que veían con serenidad el desarrollo de los acontecimientos. El ministro de Exteriores comunicaba a su embajador, la necesidad de aprovechar esta situación para mejorar las relaciones con las potencias anglosajonas ante el cariz que tomaba la marcha de la guerra<sup>911</sup>. Gran Bretaña había conseguido mantener la neutralidad española merced a una combinación de apaciguamiento y pura suerte. La siguiente cuestión era si el régimen franquista sobreviviría a la caída de los dictadores europeos.

---

<sup>909</sup> Síntesis de la conversación entre Jordana y Hoare, 26 de noviembre de 1942, AMAE R2300/4.

<sup>910</sup> Informe reservado de Carrero fechado en noviembre de 1942, recogido en TUSELL, J. (1993): págs. 85-88.

<sup>911</sup> Mensaje de Jordana a Alba, 27 de noviembre de 1942, PL Caja 2ª, nº 4.

## 2. Las renovadas esperanzas monárquicas

Los desembarcos aliados en el norte de África dieron esperanzas a los monárquicos, que podían ser los grandes beneficiarios de sus victorias. No en vano, los británicos le habían comunicado a don Juan que se mostrarían abiertamente favorables a la restauración monárquica cuando los aliados hubiesen fortalecido su posición militar. Aprovechando el impacto de la Operación *Torch* y de los cambios ministeriales que habían tenido lugar en España dos meses antes, el pretendiente español apareció en la prensa suiza el día 11 de noviembre. Su entrevista en el *Journal de Genève* era su primera aparición pública desde la muerte de su padre. En ella respondía a muchas de las peticiones que se le habían hecho para que mostrara sus posiciones políticas. En primer lugar, afirmó que una futura monarquía mantendría una postura de estricta neutralidad, advirtiendo que se respetaría la integridad territorial de España. Don Juan mostró su convencimiento de que la Monarquía sería restaurada en el momento oportuno. Lo que ofreció a los españoles era una monarquía de tipo tradicionalista, que no tenía nada de liberal. A pesar de hablar de reconciliación, en ningún momento hizo alusión a una amnistía de los presos políticos existentes en España<sup>912</sup>.

El texto produjo malestar entre los seguidores monárquicos. Para algunos, como Gil Robles, se trataba de una vaga declaración de principios, mientras que muchos generales monárquicos opinaron que sus manifestaciones eran prematuras<sup>913</sup>. Los únicos que estaban satisfechos con sus declaraciones eran los tradicionalistas, cuyos ideales se ajustaban más a la propuesta del pretendiente. Por esta razón, circularon numerosos panfletos clandestinos en Madrid y Barcelona haciendo referencia a ciertos pasajes de la entrevista.

Desde Suiza, el ministro consejero Norton se apresuró a informar a Londres de las declaraciones del pretendiente, resaltando la intención de don Juan de mantener buenas relaciones en el exterior con Portugal y Latinoamérica. Desde el *Foreign Office*, le llegó el día 13 un mensaje claro y contundente: “continuamos considerando la cuestión de la restauración como un asunto español puramente interno”<sup>914</sup>. El conde de Barcelona pidió reunirse urgentemente con Norton para informarse acerca de la actitud de su gobierno respecto ante una eventual restauración monárquica, en el caso de que el gobierno franquista le invitara a volver a España. Además, quiso saber si Gran Bretaña estaría dispuesta a ayudar a una monarquía restaurada en el caso de una invasión alemana. Don Juan se encontró

---

<sup>912</sup> Las declaraciones de Don Juan están recogidas en SAINZ RODRÍGUEZ, P. (1981): págs. 148-149.

<sup>913</sup> WIGG, R. (2005): págs. 113-114.

<sup>914</sup> Telegrama del Foreign Office a Norton, 12 de noviembre de 1942, FO 371/31228, C11042/180/42.

con una respuesta evasiva por parte del representante británico. Ante dicha tesitura, el pretendiente le manifestó a Norton su temor de que el gobierno británico no pudiera reconocer la restauración monárquica por tener obligaciones de algún tipo con los líderes republicanos. En este sentido, Oliván, que se encontraba presente en la entrevista, puntualizó que don Juan “no aceptaría jamás el trono como un regalo de Franco” ya que “implicaría una continuación del desenlace de la Guerra Civil”<sup>915</sup>, intentando mostrar su divergencia con el régimen franquista para hacerse más aceptable a los ojos británicos.

La respuesta británica respondía a sus necesidades estratégicas. En aquel momento, cuando se desarrollaba la Operación *Torch*, los aliados estaban interesados en evitar fricciones con el régimen franquista que pudieran forzar a Franco a intervenir en el conflicto. Ante el informe de Norton, Eden sugirió que debían mantenerse “al margen de esto”. La gestión del pretendiente fue considerada como inoportuna e imprudente por la diplomacia británica. Hay que tener en cuenta que la propaganda alemana presentaba al pretendiente Borbón como un títere del gobierno británico. Desde Madrid, Hoare compartía la opinión de su ministro:

*Es muy desafortunado que Don Juan deba pedir este tipo de garantías al gobierno británico. (...) La fortaleza de su posición de Don Juan depende de su absoluta libertad de compromisos y obligaciones con potencias extranjeras. Si le damos dichas garantías (...) nos enemistaremos con el Gobierno de Franco. Por otro lado, si nos negamos a dárselas, nos distanciamos de él y alienamos al movimiento monárquico. (...) El curso de acción más recomendable es discutir nuestra posición con el ministro de Asuntos Exteriores en toda su extensión, de manera franca y confidencial. (...) El ministro no debe tener ninguna sospecha de que estamos intrigando a sus espaldas*<sup>916</sup>

Ante la insistencia de Hoare, el *Foreign Office* dio el visto bueno a su propuesta de reunirse con el general Jordana para aclarar las posibles suspicacias que tuvieran los españoles. Cadogan le ordenó que se le dijera al ministro que la restauración era un asunto puramente interno y que no estaban intrigando ni con republicanos ni monárquicos. El día 26 de noviembre, el embajador británico procedió a aclarar que Gran Bretaña tenía intención de cumplir su compromiso de no interferencia en los asuntos internos españoles. Por su parte, Jordana volvió a quejarse de la presencia de Negrín en Londres. El embajador británico respondió que el jefe de gobierno republicano había llegado a Londres como un refugiado político, de acuerdo con la costumbre que desde hacía siglos tenía Gran Bretaña de acogerlos. En cualquier caso, manifestó que Negrín “era constantemente vigilado por la policía” y que “no podía participar en actividad política alguna”. A pesar de

---

<sup>915</sup> Telegrama de Norton al Foreign Office, 16 de noviembre de 1942, FO 371/31228, C11282/180/42.

<sup>916</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 19 de noviembre de 1942, FO 371/31228, C11480/180/42.

sus preferencias personales, Hoare dejó constancia que Londres tampoco apoyaba a los conspiradores monárquicos:

*Tampoco apoya dicho Gobierno a los monárquicos, aunque por ser esta forma de gobierno la vigente y tradicional en Inglaterra, y la que se estima como más capacitada para lograr la unidad, su tendencia cuenta en su país con las mayores simpatías. La Gran Bretaña no ha pensado jamás en imponer en España la forma monárquica de gobierno, ni otra cualquiera, por considerar ello de la incumbencia exclusiva del Gobierno y del pueblo español. Corresponde a aquel, con su mayor conocimiento de causa y responsabilidad, fijar el momento y el método más conveniente para eventualmente establecer en España la institución monárquica. Toda presión o influencia extranjera en el establecimiento del régimen que España adopte, perjudica a la independencia futura del país. En el caso eventual de que hubiera de restablecerse la Monarquía en la forma que se estime oportuno, el futuro Rey habría de venir a regir el país libre e independientemente y con el beneplácito de la mayoría de los españoles<sup>917</sup>.*

Jordana agradeció la reiteración de la voluntad británica de no intervenir en los asuntos internos de España:

*Con respecto a la cuestión monárquica el señor Ministro celebró mucho que al hablarse de la posibilidad de restaurar en España la Monarquía haya llegado a su interlocutor a la conclusión de que en este importante asunto Inglaterra se inhiba respecto a la oportunidad y demás modalidades del mismo porque ello es la prueba más palpable de la exactitud de su declaración de no intervenir en nuestra política interior. Al señor ministro le han parecido bien, en principio, los juicios expuestos sobre la materia por el señor Embajador quien insiste en que el futuro Rey de España debe venir libremente, sin presión extranjera, y sin que pueda aplicársele el calificativo de Roi intrus que en España se adjudicó a José Bonaparte.*

Mientras tanto, López Oliván volvía a insistir ante Norton acerca de la necesidad de aclarar posturas ante la posibilidad de que hubiera una emergencia en España. Don Juan insistía en la necesidad de saber cual era la postura de Gran Bretaña si se producía una invasión alemana de la Península Ibérica o si un grupo de españoles en el extranjero declaraban un gobierno de España Libre <sup>918</sup> . Probablemente, esta “emergencia” hacía referencia a las conversaciones que Hoare había mantenido con Sainz Rodríguez en la que el embajador le había advertido de la posibilidad de que los británicos apoyaran un gobierno de España Libre en el caso de que los alemanes entraran en la Península Ibérica. El *Foreign Office* instruyó a Norton para que diese una nueva respuesta evasiva, mientras que Hoare pedía desde Madrid que se ofreciese alguna seguridad a don Juan acerca de la postura británica <sup>919</sup> . Las preguntas planteadas por Oliván generaron un cierto malestar en Londres ante la labor que venía desempeñando Hoare respecto a los

---

<sup>917</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 26 de noviembre de 1942, AMAE R 2300/4. La versión inglesa se puede encontrar en el mensaje de Hoare a Eden, 26 de noviembre de 1942, FO 371/31228, C11860/180/41.

<sup>918</sup> Telegrama de Norton al Foreign Office, 25 de noviembre de 1942, FO 371/31228, C11737/180/41.

<sup>919</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 2 de diciembre de 1942, FO 371/31228, C11982/180/41.

monárquicos. Un molesto Eden llegó a preguntarse de su embajador en Madrid: “¿quien sabe lo que puede estar diciendo sin que nosotros lo sepamos?”<sup>920</sup>.

El día 17 de diciembre, Norton comunicó a López Oliván que la cuestión acerca de la mejor forma de gobierno para España debía ser únicamente decidida por los españoles. Además, le dio plenas garantías de que no se estaba conspirando con los republicanos. López Oliván manifestó al representante británico que don Juan se alegraría al oír sus afirmaciones. El *Foreign Office* regañó a Norton por entablar conversaciones con el representante de don Juan acerca de la restauración monárquica, recordándole que su gobierno no tenía ninguna preferencia sobre las formas de gobierno en España y que ésta era una cuestión puramente interna. Acto seguido se informó a Norton que los asuntos monárquicos se tratarían a partir de entonces en Madrid. Esto suponía una nueva traba al pretendiente, que consideraba que debía gozar de acceso directo a diplomáticos británicos. En paralelo, se le envió un mensaje a Hoare indicándole que no querían que el gobierno español tuviera la impresión de que estaban intrigando contra ellos, ni con los monárquicos ni con los republicanos<sup>921</sup>. La desastrosa gestión de don Juan mostraba hasta que punto estaban dispuestos los británicos para apaciguar al régimen de Franco.

Los generales también decidieron pasar a la acción y presionar a Franco para que abordara cambios en la política del régimen. El día 11 de noviembre, el general Alfredo Kindelán se trasladó a Madrid para entrevistarse con Franco y revisar cuales eran las implicaciones para España de los desembarcos aliados en el norte de África. Kindelán afirmó que la superioridad económica e industrial de los aliados garantizaba su victoria, por lo que España debía permanecer neutral en el conflicto. El general amenazó al dictador diciéndole que si había comprometido a España con el Eje, no le quedaba más remedio que ser sustituido como Jefe del Estado. Además, le aconsejó que restaurase la monarquía y que se declarase regente, mencionándole que estaba en contacto con otros generales como Jordana, Aranda, Orgaz y Varela respecto a dicho tema. Kindelán estaba intentando conseguir que la monarquía se restaurase en España sin necesidad de una intervención extranjera. Franco respondió en un tono conciliador que no deseaba permanecer más de lo necesario en un cargo que cada día le parecía más desagradable, confesando que tenía pensado que don Juan fuera su sucesor. Para neutralizar a Kindelán, el dictador le ofreció un puesto en el gobierno, que el general rechazó. Franco consiguió resistir la presión de los militares, por lo que Kindelán volvió a Barcelona con las manos vacías. Pero, a su vuelta, el general

---

<sup>920</sup> Comentario de Eden, 3 de diciembre de 1942, FO 371/31228, C11982/180/41.

<sup>921</sup> Mensajes del Foreign Office a Norton y Hoare, 18 de diciembre de 1942, FO 371/31228, C12628/180/41.

reunió en su casa a algunos oficiales de su región militar y les habló del desgobierno existente en el país, criticando la incompetencia y corrupción de la Falange. Igualmente, Kindelán aprovechó la ocasión para exigir un cambio de régimen de gobierno. Franco no le perdonó sus críticas, sustituyéndole dos meses después por el fiel Moscardó como capitán general de Cataluña<sup>922</sup>. Por su parte, Kindelán fue nombrado director de la Escuela Superior del Ejército, reemplazando al general Aranda que fue cesado y retirado del servicio activo.

La respuesta de Franco a la aparición en la prensa de la entrevista de don Juan vino en el discurso inaugural del nuevo Consejo Nacional de la Falange, el primero después de la destitución de Serrano Suñer. En su alocución, el dictador elogió los logros de Falange, afirmando que estaba dispuesto a proceder con la restauración monárquica si ésta respetaba la revolución nacional que se había producido en España. Franco afirmó que cuando los intereses de España lo dispusiesen, consideraría la “instalación” de una nueva monarquía falangista<sup>923</sup>. Estas declaraciones formaban parte de su estrategia de apoyarse en el partido único para hacer frente a las presiones de los monárquicos y militares. Para reforzar su posición, decidió realizar una reorganización de cargos militares mediante la entrega de puestos clave a generales de su absoluta confianza. En este sentido, decidió rehabilitar a Yagüe y nombrarle comandante de la guarnición de Melilla, neutralizando al general Orgaz, Alto Comisario de Marruecos, que era monárquico y favorable a los aliados. Poco después Galarza también pasó a la situación de retiro, mientras que dos generales monárquicos franquistas como Vigón y Solchaga eran ascendidos<sup>924</sup>. Como bien detectaron los británicos, el incremento de la actividad monárquica en España fue acompañado de una mayor represión de sus actividades y de un estricto control de sus conspiradores más señalados, como los generales Aranda y Kindelán<sup>925</sup>. Al terminar 1942, Franco seguía firmemente instalado en el poder, con la colaboración interesada de los británicos, mientras que don Juan no había conseguido todavía convertirse en una oposición efectiva a su régimen.

---

<sup>922</sup> Este episodio y las palabras por las que el general Kindelán fue apartado de su cargo pueden verse en KINDELÁN, A. (1981): págs. 55-56.

<sup>923</sup> Arriba, 9 de diciembre de 1942.

<sup>924</sup> MORADIELLOS, E. (2005): pág. 296.

<sup>925</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 4 de diciembre de 1942, FO 371/32139, C12109/220/41.



### 3. El lento camino español hacia la neutralidad

Bajo el liderazgo del general Jordana en el Ministerio de Asuntos Exteriores, el régimen franquista comenzó a avanzar hacia posiciones de verdadera neutralidad<sup>926</sup>. El desembarco aliado en el norte de África convenció al nuevo ministro de la necesidad de reorientar la posición internacional española y de reforzar ese repliegue con un discurso moderado, anticomunista y católico. En su acción exterior, Jordana se limitó a defender la estructura política nacida el 18 de julio, intentando evitar que cualquier desenlace de la contienda amenazara la supervivencia del régimen. Estos objetivos conservadores le llevaron a una posición más neutralista que su predecesor, intentando mantenerse lejos de la beligerancia. Como le manifestó Kindelán al cónsul general británico de Barcelona, “Jordana es quizá hoy en día el único español que tiene una idea clara del camino que debe seguir España (la neutralidad), y si permanece en su puesto como ministro de Asuntos Exteriores se puede contar con él para mantener dicho camino”<sup>927</sup>. Es completamente falso que con su nombramiento Franco se adelantara a los acontecimientos internacionales. En realidad, como vimos en el capítulo anterior, el relevo en el Ministerio de Asuntos Exteriores fue el resultado de una crisis interna. Aunque Jordana fue el principal protagonista del giro pro-aliado, hay que recordar que la responsabilidad de las decisiones últimas en materia exterior residía, naturalmente, en Franco.

#### a) Las primeras señales de cambio

El primer paso que tomó Jordana para reconducir la política exterior española fue viajar a Portugal para entrevistarse con Oliveira Salazar. De cara al exterior, la razón de la visita fue la decisión de Franco de devolver la que había realizado el dictador portugués a Sevilla durante el mes de febrero. El viaje del ministro español transcurrió del 18 al 22 de diciembre y sirvió para estrechar lazos entre ambos países. Hay que recordar que Jordana había propugnado la consecución de un tratado con Portugal durante la Guerra Civil y que su idea respecto a la posición que debía mantener España respecto a la guerra se asemejaba a la conducta seguida por Portugal. Sus palabras dieron constancia de su preferencia por la

---

<sup>926</sup> Para una valoración de la labor de Jordana al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores, véase TUSELL, Javier (1989): “La etapa Jordana (1942-1944)”, *Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea* (UNED), nº 2, 1989, págs. 169-189.

<sup>927</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 4 de diciembre de 1942, FO 371/32139, C12350/220/41.

neutralidad y se reflejaron más tarde el en denominado “Plan D”. En las conversaciones bilaterales se habló de la necesidad de mantener posturas similares en política internacional, dando los españoles amplias seguridades a los portugueses para que no tuvieran el menor recelo de las intenciones del régimen. El día 20 se firmó el tratado conocido como el “Bloque Ibérico”, en el que se mostraba la voluntad de ambas naciones de permanecer alejadas del conflicto<sup>928</sup>. Los falangistas no acogieron con entusiasmo el resultado del viaje, puesto que suponía una orientación más neutralista de la política exterior española e implicaba que tuvieran que aparcar sus aspiraciones territoriales sobre Portugal.

Las potencias del Eje también mostraron cierta hostilidad a la nueva orientación exterior española. No en vano tanto Italia como Alemania cambiaron a sus embajadores para adoptar una postura más dura con España. En cambio, para los aliados el acuerdo hispano-portugués era muy positivo, ya que acercaba al régimen franquista a una verdadera postura de neutralidad. Desde Madrid, Hoare lo valoraba como un intento de Franco y Jordana por enviar una señal de su deseo por evitar que la guerra llegara a la Península Ibérica<sup>929</sup>. A la vuelta de Jordana, el embajador británico tuvo palabras elogiosas a la iniciativa española:

*Después de felicitar al señor Ministro por el éxito de su viaje a Portugal y (...) manifestar la satisfacción que a su Gobierno le ha producido la formación del Bloque Ibérico, que dada la influencia de España en América latina y de Portugal en el Brasil, puede convertir a la Península en un factor político de gran importancia, (...) y de decir que está convencido que en la nueva Europa, seguramente muy distinta de la actual, un bloque de esta índole desempeñará un papel muy importante, encarece que su Gobierno no atribuye este hecho político a una modificación en la situación militar europea sino que ve en él exclusivamente una iniciativa espontánea, basada exclusivamente en los intereses de España y Portugal*<sup>930</sup>.

La mayor resistencia al cambio de la política exterior española no vino de Alemania o Italia sino del interior del régimen franquista. Una de las figuras del régimen que mostró su discrepancia con el nuevo rumbo de la diplomacia española fue Muñoz Grandes, el más falangista de los generales de Franco. Hay que señalar que el jefe de la División Azul estaba en frecuente contacto con diversas instancias del gobierno alemán y de su servicio de inteligencia. Incluso, se había mostrado dispuesto a sublevarse contra Franco e impulsar la entrada de España en la guerra del lado de Alemania<sup>931</sup>. Tras ser relevado del mando de la División Azul por el

---

<sup>928</sup> Para estudiar la firma de dicho pacto, véase GÓMEZ-JORDANA, F. (2002): págs. 185-192; TUSELL, J. (1995): págs. 368-375 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 448-452.

<sup>929</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 11 de diciembre de 1942, FO 954/27B.

<sup>930</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 24 de diciembre de 1942, AMAE R2300/4.

<sup>931</sup> En un encuentro secreto entre Hitler y Muñoz Grandes el 12 de julio de 1942 en la Guarida del Lobo. RUHL, K. J. (1986): págs. 167-174.

general Esteban Infantes, Muñoz Grandes regresó a España después de recibir del propio Führer la Cruz de Caballero, una distinción que raramente se concedía a los no-alemanes. El general volvió con el compromiso de intentar alinear más claramente a España con Alemania. En este sentido, los británicos recogieron rumores de que había sido enviado por Hitler para exigir a Franco la entrada inmediata en la guerra<sup>932</sup>. Efectivamente, Muñoz Grandes insistió varias veces ante el dictador sobre la necesidad de entrar en el conflicto. Franco aparentó escucharlo, pero ignoró todos sus argumentos. Para controlarle, el dictador lo colmó de honores y le ascendió a teniente general, nombrándole jefe de su Casa Militar. Esta medida le apartaba de un mando militar relevante y le alejaba de los intrigantes alemanes que querían usarlo para llevar a España a la guerra del lado del Eje.

La Falange demostró abiertamente su rechazo ante el paulatino cambio de postura exterior española, debido a su posición favorable a las potencias del Eje. Ya hemos visto como en el Consejo de Ministros del 9 y 10 de noviembre, Jordana tuvo que enfrentarse a la oposición de los ministros falangistas. A la vuelta de su viaje a Portugal, recibió las felicitaciones de todos los ministros por el acuerdo conseguido, excepto la de los falangistas<sup>933</sup>. Desde su nombramiento como ministro de Exteriores, hubo mucha tensión en las relaciones entre Arrese y Jordana, que sólo desapareció tras la victoria aliada en el norte de África. Durante el otoño de 1942 se produjeron una serie de pequeños incidentes entre el titular de Exteriores y la Falange que culminaron en un enfrentamiento frontal con Arrese con motivo de su visita a Alemania. A pesar de los deseos de Jordana, Franco continuó practicando una diplomacia dual y ambigua con los beligerantes, utilizando al ministro de Exteriores para negociar con los aliados y a Arrese para hacerlo con el Eje. En palabras de Hoare, se trataba de la política habitual del Caudillo, en la que “después de dar unos pasos en una dirección, los siguientes los da en la otra”<sup>934</sup>.

A finales de 1942 los alemanes todavía conservaban ciertas opciones de victoria en el Este que podían cambiar el curso de la guerra. Por esta razón, al régimen franquista no le convenía cambiar drásticamente su política exterior y enemistar al Tercer Reich. En este contexto, se explica el viaje de Arrese a Alemania a mediados de enero de 1943<sup>935</sup>. Franco quería utilizar dicha visita para contrarrestar el desencanto alemán por la visita de Jordana a Lisboa y para pedir armas con las que defenderse de un posible ataque aliado. Por su parte, el ministro secretario del Movimiento quería utilizar dicha visita para consolidar su poder

---

<sup>932</sup> Informe de Yencken, 31 de diciembre de 1942, FO 371/34767.

<sup>933</sup> No le felicitaron los ministros del Trabajo, Industria y Comercio, Agricultura y Trabajo, todos ellos falangistas. GÓMEZ-JORDANA, F. (2002): pág. 188.

<sup>934</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 19 de enero de 1942, FO 371/34786.

<sup>935</sup> El viaje de José Luís Arrese a Alemania puede verse en DIEGO, A. (2001): págs. 163-176.

político dentro de Falange. En el transcurso del viaje, Arrese hizo unas declaraciones tan favorables al Eje, que motivaron la dimisión de Jordana. El ministro se quejaba de la resistencia falangista a la política neutral que él propugnaba y que creía que era mejor para España. Jordana exigió que todas las cuestiones relacionadas con la política exterior se concentraran en sus manos, quejándose de las decisiones contrarias a su política que adoptaban otros ministros, como Arrese o Carceller en sus competencias relativas al comercio exterior. Franco no aceptó su dimisión<sup>936</sup>. La visita de Arrese no produjo ningún resultado tangible, a pesar de la amplia propaganda que le dieron los medios afectos al régimen. Cuando una delegación española liderada por el general Martínez Campos visitó Berlín para ultimar los detalles de la entrega de armas solicitadas por España, desde aviones a baterías de costa, se encontraron que los alemanes no podían suministrarlas<sup>937</sup>.

La nueva dirección que imponía Jordana en las relaciones con las potencias beligerantes no supuso una ruptura con el Eje. El 10 de febrero de 1943, el régimen franquista firmaba un nuevo protocolo secreto con Alemania por el que España se comprometía a defender su territorio en el caso de invasión aliada y previo suministro de material bélico por parte alemana<sup>938</sup>. Este tratado no evitaría que Franco diese pasos encaminados hacia la estricta neutralidad en el conflicto. Justo cuando las fuerzas del Eje sufrían las derrotas de Stalingrado, el Alamein y Torch, el dictador español no estaba dispuesto a arriesgarse a intervenir en la guerra. Como sabemos, solamente contempló la intervención en el conflicto en 1940, cuando Gran Bretaña parecía al borde de la derrota. En cualquier caso, tanto alemanes como italianos comprendieron que España no modificaría su actitud en el conflicto. Curiosamente, el Caudillo seguía creyendo en la victoria alemana y sus declaraciones públicas parecían contradecir la política de Jordana. El día 7 de diciembre Franco se dirigió al Consejo Nacional de la Falange manifestando su fe en la victoria del Eje y alabando a los estados totalitarios y fascistas. En su discurso hizo hincapié en que las democracias liberales estaban condenadas, prediciendo el derrumbe del imperialismo comercial y del capitalismo financiero<sup>939</sup>. El mensaje de Franco para el Año Nuevo de 1943 también se caracterizó por un tono pro-hitleriano, aunque, como hemos señalado, utilizaba este tipo de manifestaciones para garantizar el apoyo de la Falange a su política.

---

<sup>936</sup> Carta del ministro Jordana a Franco. GÓMEZ-JORDANA, F. (2002): págs. 227-231.

<sup>937</sup> PAYNE, S. (1987): págs. 603-610.

<sup>938</sup> RUHL, K. J. (1986): págs. 201-211.

<sup>939</sup> Arriba, 9 de diciembre de 1942.

A comienzos de 1943 se elaboró en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores una estrategia ajustada a la nueva posición que adoptaba España en política exterior. Esta iniciativa se abordó después de que los aliados hubiesen consolidado su presencia en el norte de África y después de la visita de Jordana a Portugal. Este proyecto, denominado "Plan D", no fue obra de Jordana sino de un diplomático de gran experiencia como José María Doussinague, que era percibido por los aliados como una persona proclive al Eje y muy cercana a Franco. La estrategia definida se basaba en convertir a España en una potencia neutral en torno a la que se asociaría un grupo de países católicos y neutrales, con el fin de promover un acuerdo de compromiso entre los beligerantes y establecer un marco internacional de seguridad colectiva tras la consecución de la paz. Entre los países citados estaban Portugal, merced al énfasis concedido a la afinidad peninsular entre ambos países a través del "Bloque Ibérico", junto a Hungría, Irlanda y otros como Eslovaquia y Croacia, creados por el III Reich. Incluso se pensaba añadir al grupo algunas repúblicas latinoamericanas todavía no identificadas con la causa aliada. El objetivo del plan no era la búsqueda de la paz, sino el convertir a España en una potencia mundial. La estrategia se basaba en la hipótesis de que la guerra finalizaría mediante un acuerdo entre los contendientes después de años de desgaste en la lucha y no con la derrota total y absoluta de uno de los beligerantes<sup>940</sup>. En realidad, el "Plan D" no fue una alternativa consensuada y aprobada por el Consejo de Ministros, más bien fue un tanteo neutralista que dada su falta de realismo no produjo resultados prácticos.

Las gestiones realizadas con otros países en el mes de marzo no consiguieron ningún éxito. Los países tradicionalmente neutrales como Suiza y Suecia no recibieron la propuesta con interés, incluso el Vaticano hizo caso omiso a la gestión española. En aquellos momentos, los factores utilizados para definir la postura internacional española fueron el catolicismo y el anticomunismo, que servían para subrayar la singularidad de la posición española respecto al conflicto bélico. El hecho de que las gestiones se llevaran a cabo, ilustran el nuevo carácter que adquiriría la política exterior española, resaltando la diferencia en el lenguaje y en el planteamiento con la época de Serrano Suñer al frente del Ministerio de Exteriores. Veamos a continuación cómo apreciaron y valoraron los británicos el cambio en la postura exterior española.

---

<sup>940</sup> Para más detalles acerca de la concepción y del desarrollo del Plan D, véase DOUSSINAGUE, J. M. (1949): págs. 150-183. TUSELL, J. (1995): pág. 393-395.

## **b) La reacción británica al cambio de postura español**

El giro español en política exterior comenzó a reflejarse en las relaciones hispano-británicas. El 6 de enero de 1943 en el banquete que se ofrecía al cuerpo diplomático con motivo del día de Reyes, Franco estuvo extremadamente amable con Hoare, al que llevó a un apartado y le resumió su teoría de las dos guerras. El dictador español mostró su fe en la victoria alemana, considerando que los desembarcos aliados en el norte de África sólo servían para prolongar la contienda. Sin embargo, no quiso profundizar sobre dicho tema y le remitió a discutirlo con Jordana<sup>941</sup>. Según Hoare, en la opinión de Franco pesaba mucho la propaganda alemana y la información suministrada por el servicio de inteligencia nazi. Por esta razón, se propuso difundir información sobre el poderío militar aliado y el éxito de sus operaciones bélicas para contrarrestar la influencia alemana. Lo más significativo para Hoare era que por primera vez los españoles le habían tratado correctamente en dicha celebración, siendo invitado también a cenar por Jordana. A finales de enero, el embajador británico indicaba a Londres que la actitud del régimen hacia Gran Bretaña estaba cambiando, ya que recibía todo tipo de invitaciones de la sociedad madrileña. Igualmente, comentaba que estos hechos irritaban enormemente a los alemanes<sup>942</sup>.

Aunque el nuevo ministro español de Asuntos Exteriores se esforzaba por mantener un buen trato con el embajador británico, las relaciones bilaterales todavía tenían ciertos asuntos que las entorpecían. En primer lugar destacaban aquellas actuaciones del régimen que revelaban su deseo de favorecer al Eje. Por ejemplo, el permitir que los bombarderos italianos sobrevolaran el territorio español para atacar Gibraltar, mientras que los aviones británicos que entraban en territorio español eran ametrallados. La colaboración había sido tan descarada, que incluso se había permitido que algunos aviones del Eje pudieran repostar en bases españolas. Lógicamente, la presencia de la División Azul en el frente ruso también era una actuación beligerante, por mucho que insistiera el gobierno español en la teoría de las dos guerras, ya que suponía que voluntarios españoles lucharan del lado del Eje frente a un aliado británico. Respecto a la División Azul, Hoare constataba que era muy impopular en los círculos gubernamentales, pero que no lo era tanto como para proceder a su retirada. En su opinión, la mejor opción que tenía Londres respecto a este tema era la de dejar crecer su impopularidad, evitando presionar al gobierno español para que retirase sus tropas de Rusia<sup>943</sup>.

---

<sup>941</sup> HOARE, S. (1946): págs. 181-182.

<sup>942</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 30 de enero de 1943, FO 954/27C.

<sup>943</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 1 de marzo de 1943, FO 954/27C.

Otros asuntos menores dificultaban un mayor acercamiento entre los dos países. Aparte de las mencionadas detenciones o expulsiones injustificadas de ciudadanos británicos, existía una persecución de los creyentes protestantes. En Gran Bretaña, el cardenal Hinsley se quejaba continuamente a su gobierno de la persecución a la que se veían sometidos los protestantes en España, acusados de apoyar al bando republicano durante la Guerra Civil<sup>944</sup>. Hoare transmitió a Jordana estas críticas, protestando por los ataques falangistas a la comunidad evangélica, que forzaba el cierre de muchas capillas, y por el trato que se daba a los súbditos británicos en España<sup>945</sup>. Las protestas de Hoare también se extendían a la actitud de la prensa del régimen, que seguía alabando a las potencias del Eje y atacando a los países aliados. Por su parte, los españoles tenían también motivos suficientes de queja, como los retrasos en los envíos de *navicerts* o la detención de mercantes españoles, que llevaban materias primas tan necesarias en España como el trigo, porque consideraban que había alguna irregularidad en el transporte o en la mercancía transportada.

Al encontrarse la postura española todavía lejos de una auténtica neutralidad, los británicos se plantearon a comienzos de 1943 la posibilidad de cambiar la política respecto al régimen franquista con el fin de reconducir su política exterior. El Estado Mayor británico informó a Churchill acerca de la situación de España después de la Operación *Torch*. Los estrategas británicos juzgaban que Alemania no estaba en condiciones de emprender operaciones militares en la Península Ibérica para contrarrestar la presencia aliada en el norte de África. En su opinión, el curso de las operaciones en Rusia hacía que cada día fuese más remota la posibilidad de que los alemanes atacaran a España. Todos los informes que manejaban apuntaban a que el régimen franquista mantendría su postura neutral en el conflicto<sup>946</sup>. Sus conclusiones no dejaban margen a utilizar como excusa la posible invasión alemana a través de los Pirineos para mostrar indulgencia ante el régimen de Franco.

A pesar de ello, el primer ministro británico no quiso modificar la política de apaciguamiento que el *Foreign Office* venía desarrollando con España desde antes del comienzo de la guerra. La campaña del norte de África marchaba bien, conduciendo inevitablemente a una invasión de la península e islas italianas. Para dar tal paso, era importante que los aliados tuvieran tranquilidad en sus flancos. Tanto el gobierno británico como su embajada en Madrid consideraban que un ultimátum a Franco para que cesara sus actividades favorables al Eje podía

---

<sup>944</sup> Carta del cardenal Hinsley al secretario de Estado británico, 16 de mayo de 1942, FO 371/31280, C5131/4752/41.

<sup>945</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 24 de julio de 1942, FO 371/31280, C7505/4752/41.

<sup>946</sup> WIGG, R. (2005): págs. 120-121.

desencadenar una crisis con España, que sólo podía beneficiar a los intereses alemanes. Por esta razón, se decidió no cambiar la actitud respecto a España con la esperanza de que los éxitos militares aliados rompieran la complacencia en la que estaba instalado Franco y le convencieran de los peligros que acechaban a su régimen si continuaba lejos de una verdadera neutralidad.

Mientras tanto, Jordana seguía dando muestras suficientes de su voluntad neutralista a los británicos. Tanto que Hoare tenía bastante claro que España no intervendría ya en el conflicto a favor del Eje. Aprovechando esta buena sintonía entre ambos, a mediados de febrero se produjo un interesante intercambio de opiniones sobre la postura española y el nuevo orden europeo tras el final de la guerra. El 19 de febrero Hoare insistió ante Jordana que los aliados confiaban en ganar la guerra gracias a su potencia militar y económica, la apertura del segundo frente en Europa y el fracaso de Hitler en pacificar los territorios que había conquistado. El embajador británico denunció la propaganda alemana que presentaba su causa como una lucha contra los comunistas. Hoare manifestó que si existía una grave amenaza a la civilización europea, la culpa la tenía únicamente Hitler, por haberse repartido Polonia con los rusos y por haber atacado la Unión Soviética en 1941. Respecto al futuro de Europa, el embajador indicó que su país no seguiría el ejemplo del dictador alemán de intentar imponer un sistema de gobierno uniforme por todo el continente. Al contrario, dejó claro que los aliados creían que una de las contribuciones europeas al mundo era la variedad de cultura política e instituciones, que todos los países disfrutarían gracias a su victoria<sup>947</sup>.

En su respuesta del día 22, Jordana apeló al peligro que suponía el comunismo, indicando que su país no era el único que estaba alarmado ante la posibilidad de que se expandiera después de la guerra por el centro de Europa. El ministro español destacaba lo peligroso que era para el continente una Alemania vencida y sin fortaleza para servir de valladar contra la expansión comunista. Por esta razón, recomendaba a Inglaterra aparcarse sus diferencias con Alemania para hacer frente al problema ruso. Manifestando al embajador británico que:

*Alemania es lo único fuerte existente en el centro de Europa, capaz de realizar la gran obra universal de contención y aún de destrucción del comunismo, y ante ello, por solidaridad europea, debieran desaparecer todas las divisiones menudas para enfrentarnos con este gran problema que predomina sobre todos. Si Alemania no existiera, los europeos tendrían que inventarla y sería ridículo creer que podría sustituirla una confederación de lituanos, polacos,*

---

<sup>947</sup> La nota entregada por Hoare a Jordana que resumía la postura del Gobierno británica ante la situación bélica puede verse en HOARE, S. (1946): págs. 185-189 y en el telegrama de Hoare, 19 de febrero de 1942, FO 371/34810, C1469.



*checos y rumanos, que rápidamente quedarían convertidos en unos estados más de la confederación soviética*<sup>948</sup>.

A Hoare no le sorprendió que el ministro español volviera a enfocar su discurso alrededor del peligro comunista, comentando irónicamente que “pocas discusiones ministeriales en España no terminan aludiendo al peligro rojo”<sup>949</sup>. El embajador pudo constatar la gran distancia que separaba las posiciones de ambos países respecto a la guerra mundial y el futuro de Europa.

El día 26 de febrero, Hoare procedió a aclarar ciertas cuestiones con Jordana. En primer lugar, le explicó la determinación aliada, puesta de manifiesto en la Conferencia de Casablanca, de llevar la guerra hasta la derrota incondicional de Alemania y de mantener un frente unido que no diera opción a paces separadas con el Eje. Además, negaba que la victoria aliada supusiera un avance para el comunismo en Europa, ya que el Ejército británico junto a su homólogo norteamericano garantizaba la libertad del continente. El embajador británico daba a su país una capacidad de influir en el continente, respaldada por su poderío militar y económico, como nunca había tenido desde los tiempos de Napoleón. Aunque clarificaba que no la usarían para dominar al resto de países europeos, en claro contraste con las aspiraciones hitlerianas<sup>950</sup>.

Durante las semanas siguientes, Hoare se dedicó a mostrar al gobierno español la creciente superioridad bélica aliada, en un intento por demoler la creencia de muchos de sus miembros en la victoria final de Alemania. Por aquel entonces, todavía muchos españoles, incluyendo a Franco, creían que los aliados perderían la guerra. Respecto a la postura española en el conflicto, el embajador destacaba a Londres que existía una fuerte corriente dentro del régimen favorable a la entrada española en la contienda:

*Todavía existe una dura rivalidad entre Arrese y Jordana, que simboliza la pugna entre la neutralidad y el intervencionismo. (...) El sector intervencionista es mayoritario dentro de Falange y todavía es escuchado por Franco. Son conscientes que sus vidas y su futuro dependen de la victoria alemana en la guerra, razón por la que buscan que España intervenga en el conflicto, pese a que nueve de cada diez españoles se oponen a ello*<sup>951</sup>.

Al ir creciendo el poderío bélico aliado, el embajador británico captó un cierto cambio en la prensa del régimen, que atribuyó a los esfuerzos neutralistas

---

<sup>948</sup> Síntesis de la conversación sostenida entre el señor Ministro de Asuntos Exteriores y Sir Samuel Hoare, 22 de febrero de 1943, AME R2300/5. También aparecen reflejadas en HOARE, S. (1946): págs. 186-193.

<sup>949</sup> HOARE, S. (1946): págs. 186-193.

<sup>950</sup> Síntesis de la conversación sostenida entre el señor Ministro de Asuntos Exteriores y Sir Samuel Hoare, 26 de febrero de 1943, AME R2300/5. También aparecen reflejadas en HOARE, S. (1946): págs. 186-193.

<sup>951</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 1 de marzo de 1943, FO 954/27C.

de Jordana. Por ejemplo, pudo constatar el fin de los ataques a los países aliados, a pesar de que en la prensa siguiera volcándose de manera descarada la propaganda alemana<sup>952</sup>. Las declaraciones de Franco al inaugurar las Cortes el 17 de marzo de 1943 supusieron un cambio muy notable respecto a sus discursos anteriores, que habían sido claramente pro-Eje. Sus manifestaciones tuvieron un cierto sesgo neutralista, dejando entender que creía que la guerra estaba condenada a ser de larga duración. Además, Franco resaltó la labor social y los elementos católicos de su política para diferenciarse de los regímenes del Eje<sup>953</sup>. Hoare destacó el cambio de tendencia que suponían las manifestaciones del dictador<sup>954</sup>.

A los pocos días, Churchill realizó un discurso en la *Mansion House* donde expuso su visión de la Europa de posguerra, manifestando que deseaba que los países pequeños colaborasen con las grandes potencias en el mantenimiento de la paz<sup>955</sup>. Las declaraciones del premier británico motivaron que Gómez-Jordana se esforzara en conseguir garantías para el régimen franquista después de la guerra, poniendo de relieve la necesidad de proceder con el famoso “Plan D”. Pero el ministro español sólo pudo conseguir de Hoare la siguiente aclaración respecto a las manifestaciones de Churchill:

*En dicho discurso se define con precisión la actitud de la Gran Bretaña con respecto a Europa, en el sentido de mantener en ella los Estados que tradicionalmente han existido en el Continente. En este respecto, la Gran Bretaña es el único poder europeo que trata de mantener las personalidades de las Naciones que integran el Continente y respetar sus peculiaridades, en tanto que el nazismo lo mismo que el comunismo, pretende ignorar éstas para establecer un orden nuevo uniforme*<sup>956</sup>.

Sin embargo, el *rapprochement* hispano-británico fue súbitamente interrumpido por la resistencia que despertaba en el seno del régimen. A finales del mes de marzo, las autoridades españolas decidieron cerrar la frontera con Francia. Para los británicos esta medida tenía grandes repercusiones, puesto que era el medio utilizado por sus prisioneros de guerra para escapar del territorio nazi. Esta había sido una de las razones por la que no se había aplicado en el pasado una mayor presión al régimen franquista. Jordana se excusó manifestando que el flujo de refugiados era tan grande que tuvieron que cerrarla por cuestiones de seguridad. En palabras del ministro español:

---

<sup>952</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 1 de marzo de 1943, FO 954/27C.

<sup>953</sup> Arriba, 18 de marzo de 1943.

<sup>954</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 22 de marzo de 1943, FO 371/34819, C3303/217/41.

<sup>955</sup> New York Times, 22 de marzo de 1943.

<sup>956</sup> Síntesis de la conversación sostenida entre el señor Ministro de Asuntos Exteriores y Sir Samuel Hoare, 26 de marzo de 1943, AMAE R2300/5.

*Las medidas adoptadas para restringir el paso de refugiados extranjeros que acuden a España cada vez en mayor número obedece precisamente a la gravedad que este problema presenta, que da origen a complicaciones con los distintos países y dificultades para su internamiento, pudiendo crear asimismo perturbaciones en el orden interior*<sup>957</sup>.

En realidad, se trataba de una argucia falangista para favorecer al Eje, que había sido decidida sin consultar al Consejo de Ministros. Las actividades germanófilas de Arrese y la Falange, que contaban con el consentimiento tácito de Franco, buscaban poner trabas a la política neutralista de Jordana. Tanto Hoare en Madrid como Churchill en Londres mostraron a sus interlocutores españoles su descontento por el cierre de la frontera. La decidida actuación de Jordana y las críticas aliadas motivaron que la frontera fuera reabierta varias semanas más tarde, ante el temor a las posibles represalias de los aliados<sup>958</sup>.

A continuación, Jordana propuso el 16 de abril una iniciativa de paz en la celebración del 450 aniversario de la llegada de Colón desde América a Barcelona. En la capital catalana esbozó un programa de política exterior que suponía una ruptura con años anteriores. En su alocución presentó a la política de Franco como inspirada en principios cristianos cuya tarea en el plano exterior era la búsqueda de la paz, identificando sus declaraciones con el “Plan D”. Semanas más tarde, el propio Franco recogió en los discursos de su gira propagandística por Andalucía las mismas ideas que había transmitido su ministro, haciendo en Almería un llamamiento a la paz para evitar un mayor derramamiento de sangre:

*En el exterior España exige el puesto al que le corresponde por su Historia, a sus servicios a la humanidad y a su valer. Política serena que llevamos desde el primer día de nuestro Movimiento sin dejación de nuestra soberanía ni de nuestro prestigio, y que en estos momentos en que se sume el mundo en un mar de sangre y odios alza su voz uniéndose a la del Santo Pontífice para llamar a la conciencia de los pueblos. Tres años lleva de guerra el mundo y cuando ha pasado ese tiempo es justo que se piense en la paz, en deshacer los odios y acercar a los pueblos. (...) hemos llegado a lo que suele llamarse un punto muerto en la lucha, ninguno de los beligerantes tiene fuerza para destruir a su contrario (...) por ello los que serenamente miramos la contienda juzgamos insensato retrasar la paz*<sup>959</sup>.

Las derrotas alemanas en Rusia y en el norte de África habían convencido a Franco de que se estaba rompiendo el equilibrio militar en la contienda. Los británicos recelaron ante estas declaraciones de Franco, especialmente porque provenían de un país que había adoptado durante los años anteriores una posición favorable al Eje y porque evitaba mencionar el término

---

<sup>957</sup> Síntesis de la conversación sostenida entre el señor Ministro de Asuntos Exteriores y Sir Samuel Hoare, 29 de marzo de 1943, AMAE R2300/5.

<sup>958</sup> WIGG, R. (2005): págs. 122-123.

<sup>959</sup> Arriba, 11 de mayo de 1943.

“neutralidad” para definir su postura respecto al conflicto. La propuesta española se encontró con una rotunda respuesta negativa de las naciones aliadas, que recordaron su compromiso de lograr la derrota total del Eje. Algunos dirigentes británicos entendieron que, en las declaraciones de Jordana en Barcelona, Alemania estaba sondeando la posibilidad de un arreglo pacífico. Esta circunstancia tuvo que ser desmentida por las autoridades españolas ante las protestas de los alemanes que no quisieron en ningún momento dar pie a tal entendimiento. La iniciativa española de paz no convenció a Hoare:

*El general Franco esta todavía bajo la influencia de Alemania y Falange tiene suficiente poder para poner en dificultades la política neutral del ministro de Asuntos Exteriores. Si el curso de la guerra da un giro inesperado y ofrece al Generalísimo y al Partido la oportunidad de apoyar al Eje con una esperanza razonable de éxito, creo que todavía podrían cogerla<sup>960</sup>.*

En Londres, Eden se convenció de la necesidad de enseñar al régimen franquista el significado de una verdadera neutralidad. El ministro de Exteriores británico no deseaba ofrecer ninguna garantía a un régimen que se caracterizaba por mantener una neutralidad beligerante favorable al Eje y por haber enviado tropas al frente ruso a combatir contra uno de sus aliados. Aprovechando el disgusto causado por el cierre de la frontera franco-española, procedió a corregir la postura de su primer ministro. En respuesta a las presiones recibidas de Jordana acerca del futuro papel de España después de la guerra, Eden pidió a Hoare que le explicara que era prematuro hablar de la política de posguerra. Como le explicó a su embajador destacado en Madrid, la prioridad del gobierno británico era la derrota total de Alemania. Eden propuso ofrecer a los españoles el modelo de Suiza como ejemplo de auténtica neutralidad<sup>961</sup>. El tono empleado por Eden fue claramente de firmeza, ya que deseaba forzar al régimen franquista a que adoptase una actitud verdaderamente neutral. Además, acompañó sus palabras con gestos, retrasando los suministros de combustible de aviación a España, ante la sospecha de que los alemanes estaban utilizando aviones españoles para espiar los embarques aliados<sup>962</sup>.

### **c) El comienzo de la guerra del volframio**

Las relaciones económicas bilaterales también se vieron afectadas por la marcha de la guerra. Conviene recordar que el gobierno británico había

---

<sup>960</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 19 de abril de 1943, FO 954/27C.

<sup>961</sup> Mensaje de Eden a Hoare, 16 de abril de 1943, FO 371/34811, C3399.

<sup>962</sup> Este hecho produjo repetidas protestas de Jordana a Hoare a lo largo de los meses de marzo y abril de 1943, ver AMAE R2300/5.

fundamentado su política de apaciguamiento en la atracción de España a su órbita económica como medio para alejarla del Eje y competir con Alemania por la adquisición de materias primas estratégicas. El éxito de la ofensiva aliada en el norte de África alejaba la participación española en el conflicto, por lo que la naturaleza de las relaciones económicas cambió completamente. Bajo las nuevas circunstancias internacionales, la necesidad aliada de apartar a España del Eje era cada vez menor, aunque subsistía la obligación de continuar la guerra económica con Alemania. Por esta razón, las potencias anglosajonas volcaron todas sus energías en su programa de compras de acaparamiento, con el fin de negar ciertos bienes al enemigo.

Ante la nueva situación bélica y la dependencia del suministro aliado de ciertas materias primas, el gobierno español demostró su voluntad de cooperar económicamente con los aliados, dándoles garantías de no reexportar los bienes adquiridos al Eje y ofreciendo la posibilidad de competir abiertamente con los alemanes en el mercado español. A finales de noviembre, Franco ordenó a Jordana que insistiera ante los americanos para que incrementaran su ayuda económica a España. Hayes consideró muy positivamente este signo, que le llevó a pensar que la nueva petición de combustible y alimentos de los españoles reflejaba su nueva postura y la creencia en la victoria aliada<sup>963</sup>. En cuanto consiguieron libre acceso al mercado español y competir en igual de condiciones con sus rivales del Eje, los aliados pudieron desplegar todo su poderío económico.

Durante el año 1943, la guerra económica se convirtió en una cuestión de quien disponía de mayores recursos financieros y económicos. Después de arduas negociaciones, Alemania y España firmaron un nuevo convenio económico el 16 de diciembre de 1942 en el que se garantizaba a los alemanes su capacidad de compra de las materias primas necesarias para su esfuerzo de guerra a cambio de un importante envío de armas, necesarias para fortalecer al régimen franquista ante un eventual ataque aliado, y materias primas industriales. Merced a dicho acuerdo, Alemania conseguía solucionar a corto plazo sus problemas financieros en España y proseguir su abastecimiento de bienes españoles<sup>964</sup>. La gran preocupación aliada también fue conseguir los recursos necesarios para financiar sus compras. Para ello, se creó un fondo conjunto anglo-norteamericano, que a la altura del mes de marzo de 1943 totalizaba 220 millones de pesetas, permitiendo a los aliados dar un gran impulso a su campaña de guerra económica<sup>965</sup>.

---

<sup>963</sup> PRESTON, P. (1994): pág. 596.

<sup>964</sup> Para más información respecto al convenio económico hispano-alemán de 1942, véase RUHL, K. J. (1986): págs. 158-166, GARCÍA PÉREZ, R. (1994): pág. 328.

<sup>965</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, pág. 559.

Los aliados decidieron dar prioridad al volframio respecto al resto de materias primas en su programa de compras preventivas<sup>966</sup>. A pesar del notable incremento de compras de dicho mineral experimentado durante la segunda mitad del año 1942, los aliados no tenían razón para estar satisfechos, porque los alemanes habían conseguido comprar cantidades suficientes para cubrir las necesidades de su industria bélica. Tras resolver sus problemas financieros, los compradores aliados consiguieron aumentar de forma significativa la cantidad de volframio comprado en España en la primavera de 1943. A la altura del verano, parecía que la intervención decidida de las potencias anglosajonas en el mercado español estaba afectando a las compras alemanas. La subida desorbitada de precios estaba provocando que los alemanes se quedaran sin fondos para adquirir volframio, por lo que hasta el mes de agosto redujeron todas sus compras en España. Mientras que en el mes de febrero los compradores alemanes habían conseguido 279 toneladas de dicho mineral, a la altura del mes de junio, sus adquisiciones se habían reducido a tan sólo 97 toneladas. Según las estimaciones del Ministerio de Guerra Económica británico, la proporción de compras de volframio había pasado de ser de 3 a 2 a favor de Alemania a 6,7 a 4 a favor de los aliados<sup>967</sup>. Por primera vez los aliados conseguían superar a Alemania en la compra de dicho mineral.

A mediados del año, los compradores británicos, que eran los responsables de la inmensa mayoría de las compras aliadas, también se vieron afectados por la subida de precios. En 1941 el mineral se vendía a unas 70 pesetas por kilogramo, pasando a 172,5 pesetas por kilogramo a finales de 1942 y alcanzando las 285 pesetas en mayo de 1943. Aunque los españoles aceptaron una ligera reducción de precios durante los meses en los que los alemanes no hicieron compras de volframio, la compra desmedida de volframio durante 1943 motivó que se agotaran las pesetas disponibles por los aliados. Esta limitación forzó a tener que vender oro a España para conseguir pesetas con las que neutralizar las compras alemanas. El gobierno británico pensaba que a la altura de la guerra en la que se encontraban, y teniendo en cuenta ciertas garantías, no debía haber ninguna objeción al envío de oro a España<sup>968</sup>. De este modo, los españoles pudieron reconstruir sus reservas de oro, que se encontraban a niveles mínimos tras el final de la Guerra Civil.

---

<sup>966</sup> Para estudiar la guerra del volframio, véase la obra ya mencionada de MEDLICOTT, W. N. (1959): *The economic blockade*, Londres, H.M.S.O. y Longman, Green and Co., vol. II y el artículo de CARUANA, Leonardo y ROCKOFF, Hugo (2003): "A Wolfram in Sheep's Clothing: Economic Warfare in Spain, 1940-1944", *The Journal of Economic History*, The Economic History Association, vol. 63, nº 1, 2003., así como el de LEITZ, Christian (1998): "More carrot than stick, British Economic Warfare and Spain, 1941-1944", *Twentieth Century British History*, Oxford University Press, vol. 9, nº 2.

<sup>967</sup> LEITZ, Christian (1998): pág. 263.

<sup>968</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, pág. 554. WIGG, R. (2005): pág. 183.

Las autoridades españolas quisieron sacar provecho de la pugna entre los países beligerantes por el volframio. En enero de 1943, tanto alemanes como británicos se encontraron con la imposición de tres recargos sobre las compras de dicho mineral: una tasa de exportación de 50 pesetas por kilogramo, una nueva tasa de producción de 100 pesetas por kilogramo y 35 pesetas por kilogramo en concepto de permiso para el transporte de volframio por el interior del país. Los representantes británicos consiguieron en el mes de abril de 1943 que las autoridades españolas redujeran a 100 pesetas por kilogramo la suma de las tasas de exportación y producción<sup>969</sup>. A pesar de ello, el pago de estas tasas suponía un gran drenaje de recursos financieros para los compradores alemanes y británicos, y una importante fuente de ingresos para el régimen franquista. Muchos capitalistas españoles se beneficiaron de la fantástica subida del precio del volframio. Uno de ellos fue el ministro Carceller, que participaba en la propiedad de la mina Santa Comba, inaugurada en 1942 y que se convirtió en la mayor productora de dicho mineral en la Península Ibérica. Mientras se llenaban las arcas del Estado, el ministro estaba también llenando sus bolsillos<sup>970</sup>.

Los españoles aprovecharon las circunstancias para adquirir de los aliados bienes básicos para su economía como el caucho y el petróleo. Respecto al primer producto, después de arduas negociaciones se consiguió que los británicos aceptaran en febrero de 1943 el suministro de 1.000 toneladas hasta el final de año<sup>971</sup>. Desde ese momento, el caucho dejó de ser un problema en las relaciones económicas entre España y las potencias anglosajonas. En cuanto al petróleo, hay que destacar que era la otra cara de la moneda del volframio, puesto que monopolizaba el interés de los españoles por comerciar con los aliados.

Desde julio de 1942, se habían normalizado los envíos de petróleo norteamericano al régimen franquista, dado el interés en asegurar la neutralidad española mientras durasen las operaciones militares en el norte de África. Las circunstancias habían forzado que la Administración americana mantuviera una actitud más conciliatoria con el gobierno español. Anteriormente, los estadounidenses acompañaban el suministro de materias primas con amenazas, circunstancia que disgustaba a los británicos que seguían empeñados en mantener a toda costa su política de apaciguamiento económica. De esta manera, el gobierno estadounidense no tuvo problema en sancionar un programa mediante el cual se preveía suministrar a España 541.000 toneladas de crudo durante el año

---

<sup>969</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, pág. 559.

<sup>970</sup> WIGG, R. (2005): pág. 185.

<sup>971</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, pág. 559.

siguiente<sup>972</sup>. A pesar de ello, el Departamento de Estado quiso recortar dichos suministros para apaciguar a la opinión pública de los Estados Unidos, que era contraria al envío de petróleo al régimen franquista. El intento más decidido se produjo como reacción a un discurso pronunciado por Hayes en Barcelona a finales de febrero de 1943. En sus declaraciones, el embajador dio a entender que se enviaba tanto petróleo a España que sus ciudadanos habían visto sus raciones aumentadas, mientras que las raciones de los ciudadanos norteamericanos disminuían. Este discurso produjo innumerables comentarios negativos en la prensa, grandes críticas en el congreso e incluso agitación sindical en los muelles de carga de la costa este de los Estados Unidos contra la política adoptada respecto a España<sup>973</sup>.

De nuevo, fueron los británicos los que salieron a la defensa del gobierno español y consiguieron calmar a un nervioso Departamento de Estado norteamericano, convenciéndole de que si se verificaba un aumento de la carga de crudo sobre lo inicialmente previsto procederían a considerar un recorte de los envíos. Tanto Hoare como el Ministerio de Guerra Económica eran contrarios a que se realizara cualquier corte al suministro de petróleo. Sobre todo, porque podía entorpecer el desarrollo del programa de guerra económica en España, impidiendo la compra de materias primas de carácter estratégico. La misma opinión tenía Hayes, que combatió los intentos de su gobierno de proceder con los recortes. A finales de mayo, el embajador británico apelaba al Departamento de Estado para que reconsiderara su postura:

*Respecto a la principal razón para reducir el programa de petróleo, concretamente, el intento de apaciguar a la opinión pública desinformada de los Estados Unidos, en ningún modo niego la importancia de la opinión pública. Pero insisto en que el mantenimiento de este régimen creado por el Eje fuera de la Guerra y su progresivo acercamiento al lado aliado será eventualmente considerado por la opinión pública informada como una de las más destacadas victorias diplomáticas de la guerra, y que, gracias a asegurar el control aliado del Estrecho de Gibraltar y del Mediterráneo Occidental y hacer posible nuestros desembarcos en el norte de África, puede resultar decisiva en la derrota del Eje<sup>974</sup>.*

La preferencia americana por los métodos coercitivos continuó durante los siguientes meses. Como muestra de esta actitud, aunque se aceptó la propuesta británica de suministrar 270.000 toneladas a España durante la segunda mitad de 1943, el Departamento de Estado quiso introducir una serie de nuevas

---

<sup>972</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, pág. 550.

<sup>973</sup> En sus memorias Hayes se defiende de las críticas que indicaban que con su discurso se estaba apaciguando a España. Criticaba que los periodistas hubiesen sacado frases de su contexto para alarmar a la opinión pública. En su opinión, sus manifestaciones hicieron mucho bien en un momento crítico de la guerra. HAYES, C. (1945): pág. 97.

<sup>974</sup> HAYES, C. (1945): págs. 140-148.



demandas al gobierno español, al que se le exigía: tramitar rápidamente las licencias de exportación para los aliados, facilitarles la obtención de pesetas para realizar compras por encima del nivel de ventas de mercancías y no extender ningún crédito a países enemigos. Los británicos consideraron que las exigencias americanas eran muy inoportunas. Sin embargo, ante la posibilidad de que el programa de compras preventivas se quedara sin fondos, debido a la subida de precios del volframio, intentaron aproximarse de forma amistosa al gobierno español para que aceptara la primera y la última condición que querían imponer los americanos<sup>975</sup>.

Desde Madrid, Hoare advertía que no había razón para suponer que los españoles se plegaran a sus demandas, ya que no lo habían hecho con los alemanes en sus días de mayor gloria. Según el embajador británico, el gobierno español estaba dispuesto a abandonar los términos comerciales restrictivos bajo los que habían operado los países aliados si se aumentaba el volumen de envíos a España. Ante la presión británica, el Departamento de Estado cedió y acordó enviar una nueva propuesta comercial a los españoles en términos más amistosos. La nueva oferta fue elaborada en el mes de agosto de 1943 y encuadraba las materias primas en tres listas. En la Lista A se cifraban las cantidades máximas que se permitía comprar a los españoles. Mientras que la Lista B detallaba los productos que querían comprar los aliados, y en la Lista C se sugería que los españoles comprendieran la importancia de reducir ciertas exportaciones a Alemania. Esta propuesta suavizada, en la que no se forzaba ni amenazaba al gobierno español, fue aceptada por británicos y norteamericanos en el mes de agosto<sup>976</sup>. Como veremos más adelante, esta actitud conciliatoria no había satisfecho a todos en Washington.

#### **4. La fluida situación interna en España**

La posibilidad de que las victorias aliadas en el norte de África provocasen cambios en la política interna española para adaptar el régimen a las nuevas circunstancias internacionales motivó que Hoare siguiese tratando a los monárquicos y compartiendo sus confidencias. Al comenzar la primavera, Hoare buscaba signos que le indicaran avances hacia la restauración de la Monarquía en España. Aunque pensaba que el movimiento monárquico no había cambiado mucho, sí pensaba que las posibilidades de una restauración inmediata habían disminuido. Según el embajador:

---

<sup>975</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 551-554.

<sup>976</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 551-554.

*La restauración monárquica continúa atrayendo a la opinión pública española como la opción más segura y factible para evitar el caos y la guerra civil. Aunque, (...) el tempo del movimiento monárquico ha decrecido. El general Franco, un maestro en frenar cualquier movimiento de oposición, ha sido el responsable de este cambio de tempo. (...) diría que ha jugado sus cartas con astucia gallega. (...) El resultado es que ha aumentado su dominio sobre el país, y ha recuperado bastante del terreno perdido en la estima española. La mayoría de los españoles que desean ver restaurada la monarquía han llegado a la conclusión que no es el momento para sustituir al cauto piloto gallego que ha evitado las tormentas de la guerra y llevado el barco español a aguas menos turbulentas. Lo que Franco ha ganado, lo ha perdido don Juan. Don Juan no puede seguir explotando la impopularidad del régimen franquista como hacia en los días del señor Suñer, cuando España se encontraba cerca de entrar en la guerra e internamente estaba a punto de morir de hambre<sup>977</sup>.*

El embajador británico estaba en continuo contacto con los principales líderes monárquicos como el conde de los Andes, uno de los asesores de Alfonso XIII, el financiero y político Juan Ventosa y el grupo de opositores exiliado en Lisboa, merced a las reuniones que mantenían tanto él como otros diplomáticos británicos con Sainz Rodríguez y Gil Robles. Hoare criticaba la ingenuidad de los monárquicos españoles que no se daban cuenta de cómo Franco había salido reforzado de los cambios ministeriales del año anterior. Los conspiradores monárquicos se mostraban convencidos de que pronto se producirían cambios en la escena política española. En Lisboa, Sainz Rodríguez comentaba que el momento más oportuno para proceder con la restauración sería cuando los aliados consiguieran expulsar al Eje del norte de África, situando tal evento en el mes de mayo de 1943<sup>978</sup>. El duque de Alba era de la misma opinión. A finales de marzo, le argumentó a Churchill que no se haría ningún movimiento hasta que no existiese temor alguno respecto al resultado del conflicto bélico. Alba añadió que dicha condición se podía cumplir “cuando los aliados expulsaran al Eje del norte de África”<sup>979</sup>. En cualquier caso, Hoare daba cuenta de la creciente actividad monárquica en sus comunicados a Londres:

*El señor Gil Robles ha llegado a la conclusión de que el único régimen representativo posible para España en las condiciones actuales es una monarquía basada en una constitución que garantice la justicia y las libertades individuales. (...) El señor Gil Robles mostró su disposición a servir a su patria y a colaborar con los grupos monárquicos y de izquierdas. Gil Robles y Sainz Rodríguez están en frecuente contacto. (...) El coronel Casado está al corriente del desarrollo de los acontecimientos<sup>980</sup>.*

---

<sup>977</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 22 de febrero de 1943, FO 371/34819, C2525/217/G.

<sup>978</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 22 de marzo de 1943, FO 371/34819, C3303/217/41.

<sup>979</sup> Mensaje de Mr. Brown (Departamento del Primer Ministro) a Mr. Lawford (Foreign Office), 31 de marzo de 1943, FO 371/34819, C3647/217/41.

<sup>980</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 22 de marzo de 1943, FO 371/34819, C3303/217/41.

Los británicos tuvieron constancia de la carta escrita por don Juan a Franco y fechada el día 8 de marzo, primera que le escribía en casi un año. Hoare informó a Londres de esta nueva misiva que instaba a Franco a terminar con el régimen temporal y arbitrario que había establecido en España. El pretendiente hacía hincapié en que la Monarquía era la única esperanza para el país. Don Juan declinaba la oferta de Franco de unirse a Falange y le advertía del daño irreparable que estaba haciendo al país por favorecer al Eje, aclarando que él no quería relacionarse con un régimen que no fuese absolutamente neutral y libre de dependencias del exterior<sup>981</sup>. Para Hoare, esta carta era un buen llamamiento para fomentar la resistencia de los monárquicos, resaltando que cerraba todas las puertas a un compromiso entre ambas partes. En este sentido, comentaba que los monárquicos se reservaban la posibilidad de tomar medidas si Franco seguía aferrándose al poder<sup>982</sup>. Por primera vez, don Juan apremiaba al dictador a proceder con la restauración, amenazándoles veladamente con ordenar a los monárquicos que suspendieran la colaboración con el régimen.

Hoare fue testigo de cómo la carta del pretendiente animó a los monárquicos a redoblar su actividad, creándose una cierta excitación ante la posibilidad de que se materializase la restauración. El embajador fue informado de la creación de un comité monárquico compuesto por Juan Ventosa, Hontoria, Carrascal y Oriol, todos ellos convencidos de la necesidad de que don Juan ocupase el trono antes del final de la guerra<sup>983</sup>. Kindelán manifestó a los británicos su total acuerdo con el contenido de la carta, que “había afectado a Franco de manera considerable”. El general no ocultó a Hoare su preferencia por una restauración de la monarquía antes del final de la guerra, lo que le parecía bastante probable. Según el embajador británico, Kindelán se mostró dispuesto a redoblar sus esfuerzos por restaurar la monarquía tan pronto como los aliados dominaran el Mediterráneo y la opinión pública española dejara de temer una invasión alemana. El general Kindelán estaba a favor de reconocer al infante don Alfonso de Orleans como máximo representante del movimiento monárquico en España. Aparentemente, se le había enviado a don Juan una propuesta para hacer efectivo dicho nombramiento<sup>984</sup>.

Los monárquicos parecían estar organizándose mejor y se mostraban deseosos de dar pasos encaminados a conseguir la restauración. Además, desde comienzos del año la propaganda monárquica estaba presente por todo el país

---

<sup>981</sup> Carta de Don Juan a Franco, 8 de marzo de 1943. Recogida en SAINZ RODRÍGUEZ, P. (1981): págs. 354-355.

<sup>982</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 6 de abril de 1943, FO 371/34819, C3358/217/41.

<sup>983</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 20 de marzo de 1943, FO 371/34819, C3117/214/41.

<sup>984</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 26 de abril de 1943, FO 371/34819, C4854/217/41.

gracias a los panfletos que aparecían en las principales ciudades. A continuación presentamos un ejemplo recogido por los británicos:

*La Monarquía, cumpliendo siempre estos inexcusables deberes consubstanciales con su esencia misma, ha mostrado a lo largo de la historia, la suficiente flexibilidad para incorporarse cuantas formulas políticas o sociales pudieran redundar en beneficio de la Nación*<sup>985</sup>.

Los monárquicos españoles también llegaron a plantearse la posibilidad de que don Juan se trasladara de Suiza a Portugal, con el fin de estar más próximo a España y coordinar mejor las actividades de sus seguidores. Los británicos valoraron negativamente dicha iniciativa. Hoare calificó dicha propuesta de “imprudente y provocadora”, señalando que supondría un estorbo a Salazar justo cuando acaba de crear el Bloque Ibérico. El embajador británico recomendó a Londres que procedieran a desalentar la iniciativa de trasladar precipitadamente a don Juan hasta Portugal<sup>986</sup>. Eden era de la misma opinión que su embajador en Madrid y procedió a informar a sus diplomáticos en Portugal y Suiza de la necesidad de evitar que el pretendiente diese dicho paso<sup>987</sup>. Una vez más, los británicos obstaculizaban los planes de don Juan.

Ante la fluidez de la situación interna, el instinto político de Hoare le llevó a sugerir a Londres que se prestara más atención a los monárquicos. A mediados de abril, le envió un largo mensaje a Eden acerca de la cuestión del establecimiento de un gobierno alternativo en España. Después de la reprimenda que había recibido de su ministro en junio del año anterior, el embajador comenzó aclarando que había dejado bien claro a sus contactos que “la cuestión de un gobierno alternativo para España era un tema que sólo debían decidir los españoles”. Aduciendo la necesidad de pensar en el establecimiento de un nuevo gobierno en el caso de que Alemania invadiera España o Franco decidiera unirse al esfuerzo bélico del Eje, volvía a insistir en la importancia de la figura de don Juan para la formación de un gobierno de la España Libre que resistiera la ocupación alemana. En opinión de Hoare:

*Podríamos preguntarnos si tal gobierno sería monárquico. Mi respuesta es que no veo, por el momento, ninguna alternativa a un gobierno monárquico. No es que tenga ningún prejuicio en el tema, ni que ignore los riesgos que conlleva la restauración monárquica. Pero no veo otra forma de reorganizar las fuerzas que surjan contra un gobierno que se hubiera aliado con el Eje. (...) De cualquier modo, sugiero que si queremos agrupar las fuerzas de una España Libre,*

---

<sup>985</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 18 de enero de 1943, FO 371/34819, C244/217/41.

<sup>986</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 5 de enero de 1943, FO 371/34819, C217/217/41.

<sup>987</sup> Mensaje de Eden a Hoare, 26 de mayo de 1943, FO 371/34819, C5828/217/41.

*Don Juan y el movimiento monárquico son factores de gran importancia. (...) Don Juan nos daría una gran cantidad de apoyo para evitar una rendición española ante los alemanes*<sup>988</sup>.

Para intentar convencer a Eden de la bondad de la tarea que desarrollaba en Madrid, le dijo que “no debemos involucrarnos ahora con el movimiento monárquico y menos aún cambiar la dirección de la política que usted ha fijado como de no-intervención en los asuntos españoles”. Sin embargo, insistió en la necesidad de tener planes preparados para “ponerlos en práctica cuando haga falta”. En su opinión, en el caso de que se produjera una ocupación del territorio español por tropas alemanas, “deberíamos ayudar a don Juan a salir de Suiza y entrar en territorio neutral”. De este modo, Hoare intentaba realzar la importancia de mantener abierta la opción monárquica, en el caso de que fuese necesario usarla en el futuro, justificando los esfuerzos que desplegaba en España para atraerse a los seguidores del pretendiente.

#### **a) Los esfuerzos de Franco para asegurar su posición**

Hoare era plenamente consciente de que Franco intentaba asegurar su posición ante la fluidez de la situación interna. El embajador británico le dijo a Eden que Franco estaba bien informado de los acontecimientos internos y de la evolución de la opinión pública, destacando su voluntad y determinación por permanecer en el poder<sup>989</sup>. Efectivamente, ante el riesgo que suponían para su supervivencia los posibles cambios de lealtad de los principales grupos que componían su régimen, Franco dedicó sus esfuerzos a asegurarse la lealtad de Falange y de los militares, que eran los únicos que podían forzar cambios políticos en el país. Igualmente, procedió a neutralizar a los monárquicos, que tenían un cierto poder residual a través de la antigua clase dominante, los terratenientes y los empresarios. Franco supo paralizar al campo monárquico mediante una hábil combinación de represión sobre sus elementos más disidentes, y de sobornos a aquellos más interesados en mantener sus privilegios o prosperar económicamente que en arriesgar su posición a favor de una restauración. Hoare pensaba que el dictador había sabido limitar los avances de los monárquicos. En palabras del embajador:

*Sin duda, el Generalísimo ha valorado la fortaleza del movimiento monárquico y la magnitud de los riesgos a los que se enfrentan él y su régimen. Aunque, viendo la división de opiniones entre los líderes monárquicos, y la falta de organización efectiva del movimiento, ha sido fácil para él realizar un juego de espera que no expone ni su propia fortaleza ni sus*

---

<sup>988</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 19 de abril de 1943, FO 954/27C.

<sup>989</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 8 de enero de 1943, FO 371/34819, C350/217/41.

*debilidades. (...) Nadie puede estar seguro de sus intenciones, ni siquiera él mismo. Al ser completamente oportunista, depende de los acontecimientos (...). Hasta ahora, por lo que a nosotros respecta, los acontecimientos que nos interesan son los relacionados con la guerra. Si van bien para nosotros, podremos dejar con tranquilidad que los españoles resuelvan sus asuntos*<sup>990</sup>.

Otros posibles elementos subversivos fueron apartados de sus cargos para evitar que los utilizaran como plataforma para la conspiración. De este modo, se anunció a finales de mayo que Galarza abandonaba el servicio militar activo. Desde su cese en septiembre de 1942, había estado conspirando activamente contra Franco. Meses antes, el general Aranda había sido cesado de su cargo como Director de la Escuela Superior del Ejército. Esto le dejó en un plano marginal dentro del régimen, aunque siguió dando informes bastante fidedignos a los británicos y conspirando con los monárquicos. Por otra parte, Franco contaba con la ayuda de la policía política, la inteligencia militar y una serie de informadores a sueldo para controlar las actividades de los seguidores de don Juan.

Dentro de sus esfuerzos por conseguir la plena lealtad de los militares españoles podemos señalar la ceremonia en la que su promoción de la Academia Militar de Toledo le rindió homenaje. El 5 de junio de 1943, en el Alcázar de Toledo sus compañeros recordaron las victorias de la Guerra Civil, en una celebración que resaltaba la figura del Caudillo. Los discursos en dicho acto resaltaron la importancia de la unidad militar, que Franco intentaba asegurar en torno a sí mismo<sup>991</sup>. Además, el dictador procedió a solidificar su control sobre las Fuerzas Armadas mediante la promoción de jóvenes generales que eran fervientes partidarios de su persona y que no tenían ningún tipo de ideal monárquico, como la alta jerarquía militar.

En la primavera de 1943 Franco realizó una gira propagandística por Andalucía acompañado del secretario general de Falange, José Luís Arrese. El dictador realizó discursos en las principales ciudades de la región, insistiendo en la necesidad de que los españoles cerraran filas en torno a él contra el peligro comunista. Sus declaraciones llenaron las principales páginas de los periódicos del régimen y sirvieron para estrechar la fidelidad de los líderes locales, tanto civiles como militares, a su persona. Hoare supo captar la finalidad de este viaje, comentando que: “su objetivo es ganar tiempo para construir una posición inexpugnable en torno a la Falange y estafar tanto a los monárquicos como a sus propios seguidores en la Guerra Civil”<sup>992</sup>. El baño de popularidad también supuso

---

<sup>990</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 22 de febrero de 1943, FO 371/34819, C2525/217/G.

<sup>991</sup> PRESTON, P. (1994): pág. 613.

<sup>992</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 11 de mayo de 1943, FO 371/34787, C5313/217/41.

un aviso a los monárquicos de que su régimen contaba con gran apoyo entre la población, dándole ciertas dosis de legitimidad.

Semanas después de su gira andaluza, Franco respondió a la carta que había recibido de don Juan, con más de dos meses y medio de retraso. El 27 de mayo le escribió que su gobierno no era de carácter transitorio sino que representaba un movimiento organizado. Franco quiso desmontar todos los argumentos del pretendiente. Procedió a descalificar a sus asesores, advirtiéndole que consideraba a don Juan como su sucesor, pero sólo si aceptaba plenamente su incorporación al Movimiento. En cuanto a la posición de España en la guerra mundial, le indicaba que el régimen había permanecido neutral hasta que, al acercarse la contienda al Mediterráneo, tuvo que colocarse en una situación vigilante para no verse sorprendido por la evolución de los acontecimientos. El tono de la carta ponía de relieve que Franco no estaba dispuesto a abandonar su puesto y que las posiciones de ambos eran irreconciliables<sup>993</sup>. En este sentido, los británicos recogieron rumores que les indicaban que la brecha entre Franco y don Juan se había ampliado tras esta dura misiva. Sus informadores les comunicaron que el pretendiente se refería al dictador como “el enemigo que hay que desplazar del poder”<sup>994</sup>.

## **b) La ofensiva de los monárquicos**

La inauguración de las Cortes dio comienzo a un periodo de maniobras políticas de los monárquicos, a las que Hoare no fue ajeno, a pesar de las advertencias de Eden. Como hemos visto, el embajador británico estaba en frecuente contacto con los representantes monárquicos y en ocasiones promocionaba su causa en Londres. El 4 de mayo, Juan Ventosa le presentó el nuevo plan monárquico mediante el cual un grupo de procuradores afines presionarían oficialmente a Franco mediante la emisión de un comunicado conjunto pidiendo la restauración de la Monarquía. El antiguo político español era una de los máximos representantes monárquicos, calificado por Hoare como “candidato a ser primer ministro si se forma un gobierno constitucional”. De acuerdo a las impresiones del embajador británico, “su intención es que dicho comunicado marque el final de la dictadura”. Ventosa le mencionó que el borrador se estaba

---

<sup>993</sup> Carta de Franco a Don Juan, 27 de mayo de 1943. Recogida en SAINZ RODRÍGUEZ, P. (1981): págs. 355-358.

<sup>994</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 22 de junio de 1943, FO 371/34820, C4138/217/41.

ultimando, pero que incluiría un diseño de la necesaria transición de un régimen a otro, la cual “debe hacerse sin derramamiento de sangre”<sup>995</sup>.

El representante monárquico discutió con Hoare los distintos escenarios que podían abrirse, desde una renuncia de Franco, convencido del inevitable triunfo aliado, hasta la posibilidad de que Franco “se convenciera de que puede continuar en el poder, a pesar de la caída de Hitler y Mussolini”. En este último caso, Ventosa comentó que los monárquicos estaban decididos a pasar a la acción y que continuarían presionando al dictador. Igualmente, aprovechó la ocasión para buscar el apoyo británico, al dejar claro que si tenían éxito, la nueva orientación de la política exterior sería favorable a los aliados y que se eliminarían aquellas cuestiones que causaban fricciones en las relaciones bilaterales, como la División Azul. La reacción de Hoare fue mencionar que el gobierno británico no intervendría en los asuntos internos de España, apuntando que no podía dar su opinión sobre el plan. En sus comunicaciones con Londres, el embajador se mostró algo escéptico con la nueva iniciativa:

*Dudo que Ventosa y Vigón continúen con sus planes. Aunque, este plan parece más elaborado que los anteriores (...), su éxito dependerá de la talla de los firmantes y de la fuerza con la que presenten sus demandas a Franco*<sup>996</sup>.

Eden tuvo que recordar a Hoare que no había ningún cambio en la política británica respecto a España, que seguía basándose en la no intervención en sus asuntos internos. Mientras tanto, López Oliván, al que los británicos consideraban como el cerebro gris detrás de la correspondencia de don Juan, sondeaba a Norton acerca de la posibilidad de trasladar al pretendiente a Portugal. El mensaje que el ministro británico de Exteriores envió a Berna describe perfectamente la posición británica. Según Eden:

*Los informes de Hoare evidencian que muchos españoles, influidos por el cambio de situación en la guerra, están buscando una alternativa al régimen de Franco y de Falange con la esperanza de posibilitar que España desarrollara una genuina política de neutralidad que fuese más aceptable a los gobiernos de las naciones aliadas y a la opinión pública mundial. Algunos españoles moderados consideran que una restauración de la Monarquía es la mejor solución a este problema, pero no parece que los monárquicos hayan sido capaces de unirse para elaborar planes de acción definitivos*<sup>997</sup>.

El ministro británico de Asuntos Exteriores reafirmaba que la política de su gobierno era “la no intervención en este asunto, al ser una cuestión puramente interna de los españoles”. Eden no quería entrar en el juego de Hoare que sugería

---

<sup>995</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 4 de mayo de 1943, FO 371/34819, C5561/217/41.

<sup>996</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 4 de mayo de 1943, FO 371/34819, C5561/217/41.

<sup>997</sup> Mensaje de Eden a Norton, 28 de mayo de 1943, FO 371/34819, C6339/217/41.



veladamente a los monárquicos que una España verdaderamente neutral con un régimen distinto recibiría un mejor trato de los aliados. Su política de no-intervención intentaba evitar dar pie a que los monárquicos desestabilizaran la Península Ibérica. Desde Lisboa, se informaba que Salazar mostraba idéntica preocupación por el posible deterioro de la situación política española. Según las fuentes británicas, el dictador portugués se mostraba inquieto por las repercusiones que tendría en Portugal la desestabilización del país vecino<sup>998</sup>. Este tipo de manifestaciones reforzaba la opinión de Eden acerca de la no-intervención en España.

En Madrid, Hoare no cambió su proceder pese a la reprimenda recibida de su ministro. Ignorando sus instrucciones, mantuvo una larga entrevista con don Alfonso de Borbón, principal representante del movimiento monárquico en España. El infante tenía ideas liberales y conocía a Hoare desde sus tiempos en el Ministerio del Aire. De este modo, el embajador británico estuvo en todo momento informado por don Alfonso de la visita que éste planeaba realizar a don Juan en Lausana. El infante le aseguró que su visita estaba aprobada por Franco y contaba con el respaldo de los principales representantes del movimiento monárquico. En opinión de Hoare, en dicha reunión no se iba a discutir la posibilidad de una restauración inmediata sino acercar posturas respecto al futuro<sup>999</sup>.

Cuando don Alfonso le preguntó acerca de la postura del gobierno británico respecto a hipotéticos cambios en el régimen franquista, Hoare se vio obligado a seguir las instrucciones de Eden, informado al infante que su gobierno no intervendría en los asuntos internos de España y que no podía dar consejos sobre que curso de acción debía tomar. Don Alfonso le confesó a Hoare sus temores y sus dudas acerca de rebelarse contra el Jefe del Ejército español sin tener la seguridad de triunfar. Según el infante, Franco estaba convencido de su capacidad de gobernar España, y de que seguiría encabezando el Estado español incluso tras la caída de Hitler y Mussolini. En su opinión, “Franco esperaba retener el poder introduciendo cambios en la Administración que pusieran a España al día con los acontecimientos mundiales”, al estar convencido de que “los aliados probablemente juzguen a un gobierno por sus actos”. Don Alfonso defendía la necesidad de llevar a cabo la restauración durante los siguientes cuatro meses y basar la política exterior del nuevo gobierno en una estricta neutralidad. Tras la entrevista, el embajador británico le comunicó a Eden que los monárquicos estaban dispuestos a dar un impulso a la restauración. En opinión de Hoare:

---

<sup>998</sup> Mensaje de Campbell (Lisboa) a Eden, 9 de junio de 1943, FO 371/34820, C6583/217/41.

<sup>999</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 28 de mayo de 1943, FO 371/34819, C6080/217/41.

*Está bien claro que los monárquicos y Don Alfonso están ansiosos de eliminar a Franco y a la Falange. Han terminado por reconocer que Alemania no puede ganar la guerra. A pesar de estar dispuestos a avanzar en la restauración, algunos temen que la monarquía sumerja al país en la anarquía, aunque la mayoría piensa que dicho peligro se puede evitar si se instala al rey en España antes del final de la guerra. La única cuestión es cómo llevar a cabo la restauración*<sup>1000</sup>.

Aunque don Alfonso no compartió con Hoare los resultados de su entrevista con el pretendiente en Suiza, el embajador quiso intuir en su conversación con el infante que existía una mayor determinación entre los monárquicos para acelerar la restauración<sup>1001</sup>. Una semana después, Hoare tuvo conocimiento de la entrevista entre el infante y el Caudillo. Al comienzo de dicho encuentro, Franco declaró que el mismo era monárquico, que estaba dispuesto a retirarse en el momento adecuado y que don Juan era el único pretendiente válido al trono. Ante dichas palabras, don Alfonso replicó que sólo le faltaba decir cuándo se haría efectiva la restauración, a lo que el dictador respondió que ésta se realizaría cuando “la estructura totalitaria de España fuese completa”. El infante le aseguró que el pueblo español no aceptaría un régimen totalitario, y que éste no tendría cabida en Europa tras la victoria aliada. Pero Franco se mostró convencido de que tras la guerra se instalarían regímenes totalitarios en Estados Unidos y Gran Bretaña. Respecto a la evolución de la contienda, el Caudillo manifestó que Hitler recuperaría su prestigio derrotando una invasión aliada en Europa y logrando la firma de un acuerdo militar entre Japón y la Unión Soviética. Don Alfonso le dijo a Hoare que había intentado desengañar a Franco de ambos extremos, sin conseguirlo. Reflexionando sobre estas declaraciones del dictador español, Hoare declaró que “si no se le aplican fuertes presiones, Franco seguirá considerándose divinamente inspirado para seguir como dictador, aunque Hitler y Mussolini se hundan”<sup>1002</sup>. Lamentablemente, la línea de actuación que proponía iba en contra de la política que se marcaba desde Londres.

Mientras sucedía todo esto, los monárquicos preparaban su ofensiva al compás de las victorias aliadas. La caída de Túnez fue el 13 de mayo supuso el fin de la presencia del Eje en el norte de África y la señal que se habían marcado los seguidores de don Juan para pasar a la acción. A principios de mayo, Ventosa estuvo en Londres defendiendo la restauración de la Monarquía ante Eden, el político conservador Lord Cranborne y el ministro de Economía, Kingsley Wood. A su vuelta de Londres, le enseñó a Hoare un borrador de la carta que más tarde firmarían los procuradores monárquicos de las Cortes. El contenido descrito en la

---

<sup>1000</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 28 de mayo de 1943, FO 954/27C.

<sup>1001</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 6 de junio de 1943, FO 371/34820, C6430/217/41.

<sup>1002</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 12 de junio de 1943, FO 371/34820, C6729/217/41.

comunicación enviada por el diplomático británico a Londres se aproxima bastante a su versión final. Aparentemente, Ventosa se mostró convencido del éxito de la iniciativa, confiando en que numerosas personalidades firmarían el documento y rechazando la posibilidad de esperar para poder asegurar un mayor número de firmas. El conspirador monárquico se mostró convencido de la victoria aliada en la guerra, razón por la que creía que era más urgente desplazar a Franco del poder para que no hiciera más discursos contra las naciones aliadas. En previsión de la reacción de su ministro, Hoare le comunicó que Ventosa no le había preguntado acerca de la postura oficial británica respecto a esta iniciativa, y que él no le había dado su opinión al respecto<sup>1003</sup>.

Días después se produjo la petición de veintisiete procuradores de las nuevas Cortes a Franco para que estableciera la base constitucional del nuevo régimen siguiendo las líneas monárquicas, como garantía de la neutralidad e integridad de España. Esta acción era el mayor desafío a Franco desde el final de la Guerra Civil. Entre los firmantes se encontraban el duque de Alba, los ex ministros Alarcón de Lastra y Valentín Galarza, falangistas como Gamero del Castillo y el general Ponte<sup>1004</sup>. Hoare recogió este acontecimiento en sus comunicaciones a Londres. Al analizar la lista de firmantes, destacaba la ausencia de las firmas de obispos y de más militares. El embajador británico valoró que sin el apoyo de ambos estamentos, que eran los pilares del nuevo régimen, la acción de los procuradores carecía de fuerza suficiente para impulsar un cambio en la política española. Hoare defendió a los generales de significación monárquica, afirmando que no habían querido firmar la petición para evitar ser identificados<sup>1005</sup>. Hay que destacar que uno de los principales firmantes del escrito de los procuradores fuera el embajador español en Londres. A partir de entonces, el duque de Alba dedicó sus esfuerzos para intentar convencer a su gobierno de la necesidad de ir tomando posiciones ante la previsible victoria aliada en la guerra. Proponía realizar una serie de cambios para acercarse a los valores políticos de los vencedores, como la desaparición de la Falange y la restauración de la monarquía<sup>1006</sup>.

El día 23 de junio, el agregado militar británico se entrevistó con el general Aranda, quien informó a los británicos que los generales españoles se habían reunido para tomar posiciones, acordando sustituir a Franco, restaurar la Monarquía, eliminar a Falange de la vida política española y adoptar una política exterior menos favorable al Eje. Aranda reconoció a Torr que “las ambiciones

---

<sup>1003</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 31 de mayo de 1943, FO 371/34819, C6224/217/41.

<sup>1004</sup> El escrito de los 27 procuradores está reproducido en GIL ROBLES, J. M. (1979): págs. 343-345.

<sup>1005</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 18 de junio de 1943, FO 371/34820, C7182/217/41.

<sup>1006</sup> Mensaje de Alba a Jordana, 27 de julio de 1943, PL Caja 2ª, nº 4.

personales de algunos están dificultando la consecución de estos objetivos”. Aunque asumía que Franco no le daría ningún otro cargo por su propia voluntad, pensaba que otros generales podían verse atraídos por ascensos a puestos relevantes dentro del nuevo régimen que satisficieran sus ambiciones personales. Cuando el agregado militar británico le señaló que sólo un general había firmado la carta de los procuradores, Aranda se defendió diciendo que muchos generales trabajaban con don Alfonso en la consecución de una pronta restauración de la Monarquía, incluyendo la formación de un nuevo gobierno<sup>1007</sup>. Esta afirmación no podía ocultar que las ambiciones y las rivalidades entre los militares habían frustrado los planes monárquicos.

Hoare se reunió con Ventosa y con dos de sus colaboradores monárquicos en la primera semana de julio para valorar el resultado de su iniciativa. En opinión de los conspiradores españoles, el manifiesto de los procuradores había conseguido su objetivo, que no era sino dar un paso adelante en la oposición a Franco. Sin embargo, reconocieron ante el embajador británico que algunos monárquicos estaban en desacuerdo con dicha iniciativa, al considerar que tal acción había sido prematura<sup>1008</sup>. Aparte de las divisiones entre los monárquicos, gran parte de la culpa del fracaso de la iniciativa la tuvo el propio don Juan, que permaneció inactivo en Suiza, dejando pasar otra ocasión para ponerse al frente del movimiento e incrementar la presión sobre Franco. Gil Robles, desde su exilio portugués fue muy crítico en el pretendiente, al que acusaba de mantener una inercia suicida:

*¡Y a todo esto, don Juan sin reaccionar, dejando pasar el tiempo, dando pruebas de que, por desgracia, no está a la altura del trascendental momento que atraviesa España!*<sup>1009</sup>

Por su parte, Franco valoró la actuación de los procuradores como un “acto de grave indisciplina”, pero no reaccionó de manera inmediata. Hasta el día 26 de junio no se produjo el cese de los seis firmantes que eran miembros del Consejo Nacional de la Falange. El conde de los Andes fue exiliado a las Canarias, al ser considerado como el artífice de la petición de los procuradores. El duque de Alba perdió su pasaporte diplomático para que no pudiese visitar a don Juan en Suiza. La policía redobló sus esfuerzos represores sobre los monárquicos, produciéndose un gran número de detenciones entre sus filas. Por otro lado, para confundir a los monárquicos la Falange subvencionó una campaña para defender los derechos de un pretendiente carlista de carácter secundario y se dedicó a atacar a la figura de don Juan. A continuación, los británicos recogieron como comenzaron a

---

<sup>1007</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 23 de junio de 1943, FO 371/34820, C7248/217/41.

<sup>1008</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 5 de julio de 1943, FO 371/34820, C4950/217/41.

<sup>1009</sup> Entrada del diario fechada el 21 de junio de 1943. GIL ROBLES, J. M. (1979): pág. 44.

circular panfletos de corte falangista en España atacando a los procuradores monárquicos que habían firmado la petición a Franco, a los que se repudiaba por ser “ineptos, republicanos y por sus constantes cambios de piel”<sup>1010</sup>. Mientras tanto, Franco dedicó durante esos días mucho tiempo al general Orgaz, de tendencias monárquicas, para neutralizarle y evitar que se convirtiera en un polo de resistencia. Además, manejó hábilmente cargos y ascensos para conseguir la fidelidad de muchos miembros de la alta jerarquía militar. Por ejemplo, mantuvo a Orgaz en el lucrativo cargo de Alto Comisario de Marruecos, a pesar de la creciente evidencia de su corrupción.

Franco utilizó su discurso ante el Consejo Nacional de la Falange en el aniversario del alzamiento para atacar a los monárquicos, a los que calificó como “ambiciosos y pusilánimes” que actuaban apoyados por “los eternos enemigos de nuestra patria”. El dictador criticó al régimen liberal parlamentario, al que acusaba de ser el “fomentador de nuestras guerras civiles y enterrador de nuestro imperio”. A continuación, Franco exhortó a los españoles a mostrar disciplina y a mostrar unidad en torno a su figura<sup>1011</sup>. Días antes, había tomado medidas para subordinar aún más a las fuerzas armadas a su mando. En unas órdenes secretas a los capitanes generales de las distintas regiones militares del país, les ordenó que espieran y denunciaran a aquellos compañeros de armas que fueran sospechosos de conspirar contra el régimen. Esta medida iba destinada a neutralizar a los monárquicos, denunciando sus maniobras como “acciones masónicas” para la “instauración de una monarquía democrática”. El texto había sido escrito por Carrero Blanco, que compartía las mismas opiniones que Franco respecto al comunismo y la masonería<sup>1012</sup>.

El *Foreign Office* tenía muy claro que no parecía que se fuesen a producir cambios a corto plazo en la política española. En Londres se destacaba que la mayor actividad monárquica se debía a la brecha abierta entre don Juan y el general Franco tras el último intercambio de cartas. Sin embargo, se señalaba que aunque los monárquicos daban señales de mayor dinamismo, sus movimientos estaban claramente descoordinados y no respondían a ningún tipo de plan concebido de antemano. Asimismo, se indicaba que el máximo representante del pretendiente en España, el Infante Alfonso, no había logrado unir a las fuerzas monárquicas. Por el contrario, indicaba como Franco estaba practicando detenciones masivas entre los monárquicos como reacción a sus últimos movimientos. Al analizar la situación, se

---

<sup>1010</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 21 de julio de 1943, FO 371/34820, C8539/217/41.

<sup>1011</sup> Arriba, 18 de julio de 1943.

<sup>1012</sup> TUSELL, J. (1993): págs. 92-93.

veía que la posición del dictador era cada vez más sólida. Por esta razón, se realizaba el siguiente pronóstico:

*Franco seguirá dando respuestas evasivas a las peticiones de realizar una restauración de forma inmediata y que, dada la falta de evidencia de que el Ejército quisiera participar en el proceso de forma activa, no hay peligro de que los alemanes se aprovechen de la situación*<sup>1013</sup>.

Tras el cese de los procuradores, Franco recibió a don Alfonso por segunda vez a comienzos de julio. Hoare fue informado por el propio infante de su nuevo intercambio de pareceres con el dictador. El representante de don Juan le señaló a Franco que los aliados estaban ganando la guerra y que cuando ésta terminara procederían a eliminar cualquier vestigio totalitario en España. Don Alfonso afirmó que la continuidad del régimen franquista provocaría una nueva guerra civil en el país, con la consiguiente pérdida de vidas humanas. Para evitar esta calamidad, el infante apeló a Franco para que diera paso a la restauración de la Monarquía. La reacción del dictador fue la habitual:

*Franco permaneció impasible ante su petición. El Caudillo declaró que sus informes señalaban que el régimen estaba cada vez más consolidado y era más popular. El dictador admitió al infante que los aliados podían ganar la guerra, pero negó que eso pudiera afectar a su posición, ya que Gran Bretaña terminaría el conflicto convertida en un régimen totalitario, estando tan debilitada que no supondría una amenaza para su régimen. Franco terminó declarando que era su misión el establecimiento del totalitarismo en España y que sólo permitiría el regreso del rey cuando la revolución fuese completa e irrevocable*<sup>1014</sup>.

Las palabras del infante no sirvieron para que el dictador cambiara su parecer. Don Alfonso le confesó a Hoare que sólo unas victorias aplastantes de los aliados podían sacar a Franco de su complacencia. Para el embajador británico estaba claro que Franco no estaba dispuesto a perder el poder y que intentaba “apaciar a los monárquicos con declaraciones vagas acerca de la restauración monárquica, intentando controlar el momento, las condiciones y el carácter de la misma”<sup>1015</sup>. Ante las afirmaciones que el dictador había hecho sobre Gran Bretaña, Hoare recomendaba que se hiciera una campaña insistiendo en la determinación británica de respetar las libertades políticas e individuales y en la certeza de que su país terminaría la guerra siendo la mayor potencia del continente europeo<sup>1016</sup>.

Este era el tenso ambiente político que existía en España mientras se producía el hundimiento del régimen de Mussolini. Desde finales de junio, los

---

<sup>1013</sup> Mensaje del Foreign Office a la embajada de Lisboa, 26 de junio de 1943, FO 371/34820.

<sup>1014</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 16 de julio de 1943, FO 371/34820, C8205/217/41.

<sup>1015</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 16 de julio de 1943, FO 371/34820, C8216/217/41.

<sup>1016</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 16 de julio de 1943, FO 371/34820, C8205/217/41.

noticieros de la BBC usaban los acontecimientos en la Italia fascista para apelar a los sentimientos de los conservadores españoles, la Iglesia católica y el Ejército para que se deshicieran de Franco lo antes posible. Por su parte, la propaganda alemana difundía numerosos rumores en Madrid. Por ejemplo, se decía que el gobierno británico había demandado que Franco dejara el poder y que la División Azul abandonara el suelo ruso<sup>1017</sup>. Los británicos vieron como existía una creciente incertidumbre oficial ante la evolución de los acontecimientos en Italia. Entre las personalidades españolas preocupadas por el futuro del país se encontraba el cardenal Segura, arzobispo de Sevilla y voz crítica dentro del régimen. Preocupado por la situación política española, pidió ver al embajador británico. Hoare se sorprendió con las manifestaciones del cardenal, que dejaban traslucir el descontento del clero español ante la evolución interna del régimen. Según comentó el embajador a Londres:

*El cardenal está convencido de que si el régimen franquista continúa en España, el país terminará sumergido en una nueva guerra civil. El cardenal mostró su convencimiento de que el colapso del fascismo en Italia provocaría una reacción similar contra el presente régimen español. Añadiendo que para evitar que la anarquía se apodere del país debe restaurarse la Monarquía<sup>1018</sup>.*

Por su parte, Hoare se vio obligado a comunicar al cardenal Segura que el gobierno británico no intervendría en los asuntos internos de otro país, argumentando que un régimen sólo podía ser juzgado por la sinceridad de su actitud neutral en el conflicto bélico y por su deseo de sanar las divisiones internas. El cardenal le aseguró que si se procedía a restaurar la Monarquía, don Juan cumpliría fielmente ambas condiciones.

Al analizar la evolución reciente de los acontecimientos políticos, tanto Hoare como Hayes concluyeron que se avecinaba una crisis política en España. En una reunión que mantuvieron a mediados de julio, el embajador norteamericano se mostró resentido y decepcionado con el régimen franquista, preguntándole a Hoare qué se podía hacer para traer un mejor sistema de gobierno a España. Evidentemente, Hayes tenía en mente la idea de una restauración monárquica como régimen alternativo. Hoare le contestó que no debían mostrar ninguna carta hasta que se terminara la campaña aliada en Sicilia y se destruyera el régimen de Mussolini<sup>1019</sup>. Unos días más tarde, el Gran Consejo Fascista destituía a Mussolini, que fue detenido y encarcelado. Por su cercanía ideológica al Nuevo Estado franquista, este acontecimiento podía sacudir los cimientos del régimen y

---

<sup>1017</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 5 de julio de 1943, FO 371/34820, C4950/217/41.

<sup>1018</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 17 de julio de 1943, FO 371/34820, C8302/217/41.

<sup>1019</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 21 de julio de 1943, FO 371/34820, C8388/217/41.

alterar su naturaleza. El cambio que se operaba en el escenario internacional podía alterar también la actitud de las naciones aliadas respecto a uno de los pocos dictadores que quedaban en el continente europeo.



## **Capítulo IX. EL OCASO DEL EJE Y LA PRESIÓN ALIADA SOBRE ESPAÑA (AGOSTO 1943 – AGOSTO 1944)**

### **1. La caída de Mussolini**

El desmoronamiento del régimen fascista italiano a finales de julio de 1943 supuso un hito de gran importancia en la evolución del régimen franquista. No en vano Italia había sido un generoso aliado durante la Guerra Civil, ofreciendo un modelo a seguir en la implantación en España de un Estado totalitario. Ante este suceso, los fundamentos del Nuevo Régimen parecían derrumbarse. Además, la caída de Mussolini coincidió con un momento de gran agitación política en España, fomentada por las reivindicaciones monárquicas. La noticia causó honda impresión entre la clase dirigente y en la Falange, al extender el temor de que el régimen franquista pudiese seguir el mismo camino. Durante dos días la prensa no hizo referencia a los hechos, ya que era una información que podía resultar subversiva en España. Sólo en las cárceles españolas se produjo un gran regocijo ante la caída del régimen de Mussolini. Pasados unos días, la prensa española se dedicó a expresar su indignación ante los hechos, calificándose de traición la destitución del Duce. El posicionamiento de la prensa española motivó las quejas del embajador italiano, que apoyaba a su nuevo gobierno, y de Jordana, que intentaba evitar que se asociara a España con el difunto régimen fascista<sup>1020</sup>.

La nueva posición italiana en el conflicto planteaba ciertos interrogantes a España, ya que, por su vinculación anterior con el régimen de Mussolini, podía servir de refugio a antiguos líderes fascistas o actuar como mediador ante los aliados y facilitar el contacto con los británicos. Sin embargo, a Franco le preocupaba seguir el mismo destino que el Duce, por lo que intentó distanciarse de su suerte. De este modo, vetó cualquier intento de que España actuara como mediadora para conseguir una paz separada para Italia. Por otra parte, el Ministerio de Asuntos Exteriores respondió negativamente ante las diversas peticiones de refugio solicitadas por varios líderes fascistas italianos. Las amenazas de Hoare para evitar que el régimen franquista acogiera a criminales de guerra italianos también influyeron en la postura española. El embajador británico tuvo tiempo para intentar intervenir en el cese de hostilidades entre Italia y los aliados. A diferencia de España, Italia era un país que siempre le había gustado. Hoare conocía

---

<sup>1020</sup> Para analizar el impacto de la caída del fascismo italiano en España, véase TUSELL, J. (1995): págs. 414-434.

personalmente a Mussolini de sus tiempos como periodista, siendo él un capitán destinado en la inteligencia militar de la Embajada de Roma durante la Primera Guerra Mundial. De este modo, llegó a hablar con un general enviado a Madrid por Badoglio para negociar un armisticio con los aliados<sup>1021</sup>. Eden se disgustó por la intervención de Hoare en los asuntos italianos, contribuyendo a deteriorar la relación entre ambos<sup>1022</sup>.

El 3 de septiembre los aliados desembarcaron en Italia, produciéndose cinco días más tarde la rendición de su gobierno. Los alemanes reaccionaron ocupando el país y reestableciendo las instituciones fascistas con la creación de la Republica Social Italiana tras la liberación de Mussolini. Este hecho supuso un grave problema diplomático a España, ya que la existencia de dos gobiernos enfrentados en Italia planteaba la disyuntiva acerca de con cuál debían mantenerse relaciones diplomáticas. Afortunadamente para Jordana, la mayoría de los diplomáticos italianos en España se alinearon con la Monarquía, por lo que se evitaron tensiones internacionales<sup>1023</sup>. De nuevo, la prensa afecta al régimen entorpeció su labor alabando la operación de rescate de Mussolini por los comandos de Otto Skorzeny y la ocupación alemana de la península italiana. Este hecho motivó las quejas aliadas por la falta de parcialidad de los medios españoles. A pesar de las presiones alemanas y falangistas, España no reconoció a la Republica Social Italiana<sup>1024</sup>.

Tras el desembarco en Sicilia y la caída del fascismo, los aliados comenzaron a discutir la conveniencia de cambiar de política respecto a España. Durante la fase previa de la guerra, los aliados habían neutralizado a Franco durante los desembarcos en el norte de África, dada la necesidad de garantizar la neutralidad española para el éxito de dicha operación militar. La nueva fase de la contienda que abría la derrota italiana aparcaba la necesidad de apaciguar a España, posibilitando el desarrollo de políticas alternativas. Las victorias aliadas ofrecían la oportunidad de poder presionar a Franco para que siguiera una estricta neutralidad en el conflicto, e incluso para derribar su dictadura. Como veremos, los aliados fueron incrementando lentamente su presión sobre el régimen franquista para que pasara a una postura de verdadera neutralidad, sin intentar introducir un cambio de régimen en España.

El primer signo de cambio en la actitud aliada se pudo ver en la entrevista que mantuvieron Hayes y Franco el 29 de julio. En ella, el embajador

---

<sup>1021</sup> HOARE, S. (1945): págs. 213-215.

<sup>1022</sup> WIGG, R. (2005): pág. 155.

<sup>1023</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 414-430.

<sup>1024</sup> GÓMEZ-JORDANA, F. (2002): págs. 212-213.

norteamericano pidió que España abandonara la posición de “no beligerancia” y declarara su neutralidad. El dictador español respondió que en la práctica ambas posturas eran iguales, lo que no era cierto debido a la importante ayuda que prestaba al Eje. A continuación, Hayes se quejó del distinto trato dado a los aliados y al Eje en la prensa española y reclamó la retirada de la División Azul del frente ruso. Franco respondió de manera elusiva estas peticiones, pero pareció coincidir con el embajador estadounidense que la guerra terminaría en victoria aliada. El Caudillo aprovechó la reunión para exponer una nueva teoría de las tres guerras, mediante la cual existía un conflicto entre Alemania y Rusia, en el que España tomaba parte activa; otro entre Alemania y las naciones aliadas, en el que se mantenía una actitud neutral; y un tercero entre Japón y los aliados, en el que España mostraba simpatías con los segundos. Hayes mostró su rechazo a esta interpretación del conflicto. Sin embargo, para tranquilidad de Franco, el embajador estadounidense aclaró que su país no buscaba la restauración de la Monarquía en España<sup>1025</sup>.

Días más tarde se produjo una reunión entre Hoare y Jordana, en la que el primero intentó utilizar los acontecimientos internacionales para inducir un cambio en la política interna española. Ese mismo mes, el embajador británico entregó al ministro español de Asuntos Exteriores un documento en el que se incluía una larga lista de quejas británicas por actos de carácter no neutral emprendidos por el gobierno español que suponían ceder instalaciones a las potencias del Eje o discriminaciones respecto a ciudadanos o intereses británicos. Los ejemplos citados por el embajador británico mencionaban la ayuda a submarinos alemanes, el uso de territorio español para fines beligerantes por parte de los alemanes (como las estaciones de observación o las redes de espionaje), el internamiento de los pilotos aliados derribados mientras que los alemanes eran repatriados, la prohibición a ciudadanos en edad militar de procedencia británica o aliada a viajar por España mientras que los alemanes e italianos gozaban de libertad para ir por dónde quisieran, la hostilidad de la Administración respecto a los ciudadanos británicos que resultaba en su expulsión del país, el tratamiento distinto a la propaganda según el país de procedencia y el envío de la División Azul a combatir al lado de los alemanes<sup>1026</sup>.

El ministro español se mostró dispuesto a colaborar con los aliados, intentando romper con los vestigios que asociaban al régimen franquista con el Eje. Por ejemplo, manifestó al embajador británico su deseo de que desaparecieran las labores de sabotaje alemán y aseguró que las autoridades españolas tenían instrucciones de respetar al máximo a los súbditos británicos, aunque se tuvieran

---

<sup>1025</sup> HAYES, C. (1945): págs. 156-162.

<sup>1026</sup> HOARE, S. (1946): págs. 197-206.

pruebas de que fueran espías. Según la opinión de Hoare, a pesar de la intención de Jordana de reparar estos agravios, Franco se oponía a mejorar las relaciones entre ambos países. Por esta razón, el embajador británico solicitó al ministro español una reunión con el Jefe de Estado. Ante Jordana, sus reclamaciones no tuvieron otra respuesta que una leve protesta española por los vuelos que la RAF había realizado sobre territorio español y por la detención de buques españoles por la *Royal Navy*. En sus memorias, Hoare destaca el aumento de actividad anti-aliada en España, reflejo de los renovados esfuerzos de propaganda y sabotaje alemanes para paliar los efectos de la derrota italiana<sup>1027</sup>.

El embajador británico estaba convencido de que no se debía cambiar la política respecto a España. No creía que un endurecimiento de la postura aliada en 1943 consiguiera lo que Hitler no había logrado en los años precedentes. Esta opinión era compartida por el resto del personal de la embajada y por el gobierno británico. En cualquier caso, Hoare recomendaba a Londres incrementar la presión económica para sacar a Franco de su complacencia y convencerle de los riesgos que suponían para España la política exterior que mantenía su régimen. Como reflejó en sus memorias:

*En vista de esta historia, parecía poco probable que en 1943 nosotros tuviéramos éxito con un “palo” donde Hitler había fallado con un palo aún mayor en 1940, 1941 y 1942. (...) Un cambio fundamental de nuestra política sería poco aconsejable. Por otro lado, a medida que continuaran nuestros éxitos militares, nuestra presión al Gobierno español, particularmente la económica, debía intensificarse*<sup>1028</sup>.

Antes de la entrevista con el dictador, pidió instrucciones a Eden acerca de la postura a tomar respecto a España bajo la nueva situación internacional. Las instrucciones que recibió de Londres fueron claramente contemporizadoras, eludiendo la posibilidad de presionar a Franco y acelerar la caída de su régimen. En cualquier caso, Hoare debía dejar claro al dictador español que el gobierno británico no toleraría indefinidamente los ataques a intereses británicos por parte de la Administración falangista. A su vez, se añadía que en Gran Bretaña no se olvidaría la asistencia prestada por España a las potencias del Eje. Por esta razón se le indicaba a Hoare que:

*Si usted ve a Franco, debe hablarle claramente y llamar su atención sobre el malestar del Gobierno de Su Majestad por la falta de cumplimiento por parte del Gobierno español de la mayoría de las quejas que presentó al General Jordana (...). Deje claro que la política del Gobierno de Su Majestad hacia España en la posguerra dependerá de la política seguida por el Gobierno español desde ahora y hasta el final de la guerra. Añada como nota*

---

<sup>1027</sup> HOARE, S. (1946): págs. 197-206.

<sup>1028</sup> HOARE, S. (1946): págs. 206-208.

*personal que, a no ser que mejore el respeto a los intereses y derechos británicos, siente que será imposible el mantenimiento de relaciones cordiales al final de la guerra*<sup>1029</sup>.

A pesar de estas advertencias destinadas al gobierno español, el *Foreign Office* dejaba bien claro a Hoare que no tenía pensado forzar un cambio de régimen en España. Las instrucciones dejaban claro que no se presionaría al dictador español respecto a los asuntos internos del país:

*Si el actual gobierno fuera derrocado, no conocemos ningún grupo en España capaz de establecer un gobierno alternativo sin graves desórdenes, ni un gobierno alternativo que garantizara a largo plazo el mantenimiento de un régimen menos corrupto, ineficaz y opresor que el actual. (...) La desaparición de Falange tendrá lugar como resultado de cambios internos liderados por el Ejército español, por lo que más adelante puede servir a nuestros intereses el adoptar una actitud hostil hacia la Falange y a lo mejor acelerar su caída*<sup>1030</sup>.

Mientras tanto, en Londres el duque de Alba se reunió con Churchill a finales de julio. De su conversación con el líder británico, el duque quiso entender que le había dado ciertas garantías sobre el futuro del régimen franquista. Después del mal trago por la caída del Duce, Franco recibió con agrado esta noticia. Alba manifestó a Franco que Gran Bretaña estaba satisfecha con la política desempeñada por España y que no tenían nada que temer después de la guerra<sup>1031</sup>. Por inexacto que fuera el informe del duque, el valor de las garantías personales de Churchill fue muy alto, ayudando a consolidar la posición interna de Franco y aumentando su complacencia. El gobierno británico no se preocupó de rectificar la interpretación dada por Alba a las palabras de Churchill.

La política británica de no-intervención en los asuntos internos españoles fue refrendada públicamente por Eden. Cuando el ministro de Exteriores británico fue interpelado en el Parlamento por un diputado laborista acerca de la postura de su gobierno ante la posibilidad de restaurar la Monarquía en España, dados los sucesos recientes (el cese de los procuradores), Eden respondió que era un asunto interno de los españoles y que “no estamos dispuestos a mostrar una opinión ni en un sentido ni en otro”<sup>1032</sup>. Esta respuesta denotaba la falta de interés en intervenir en la política española y suponía otro revés más para las aspiraciones de don Juan.

En este contexto, cuando parecía inevitable la victoria aliada y sin haber recibido respuesta a la larga lista de quejas que había presentado al Ministerio

---

<sup>1029</sup> Mensaje del Foreign Office a Hoare, 5 de agosto de 1943, FO 371/34821, C9302/217/41.

<sup>1030</sup> Mensaje del Foreign Office a Hoare, 5 de agosto de 1943, FO 371/34821, C9302/217/41.

<sup>1031</sup> Mensaje de Alba a Jordana, 27 de julio de 1943, PL Caja 2ª, nº 4.

<sup>1032</sup> Mensaje del Foreign Office a Hoare, 4 de agosto de 1943, FO 371/34821, C8913/217/41.

de Asuntos Exteriores, Hoare se reunió con Franco antes de viajar a Londres. La entrevista tuvo lugar el día 20 de agosto en el Pazo de Meirás, irónicamente descrito por el embajador como el “Berchtesgaden del dictador español”. Hoare centró la conversación en la invencibilidad de los aliados, en la capacidad militar británica, especialmente en el aire, el deseo del gobierno español de una victoria del Eje, los actos no neutrales emprendidos por el régimen franquista y la presencia de la División Azul en el frente ruso. El embajador quiso con sus intervenciones intentar sacar a Franco de su complacencia. Las contestaciones de Franco revelaron un cierto cambio de actitud respecto a opiniones anteriores. El dictador se quejó de la violación cometida por los japoneses en el territorio filipino, demostrando cierto temor a un colapso alemán en el frente del este que pusiera Europa Central en manos rusas. Su discurso ya no defendía la invencibilidad del Ejército alemán. Lo que más llamó la atención a Hoare fue que permaneció impasible ante la suerte de Mussolini y la caída del fascismo en Italia, dadas las similitudes existentes entre ambos regímenes totalitarios. Las palabras de Hoare no produjeron ningún efecto sobre el Caudillo, siendo su complacencia ante los acontecimientos internacionales absolutamente “abrumadora”. Según el embajador británico:

*Aquí estaba el dictador español, a cuatrocientas millas de su capital en el momento en el que se producía una crisis europea, sentado en una confortable sala de fumar y preparado para discutir sobre las cosechas, el tiempo y las perspectivas de la temporada de caza con la misma profundidad que los tremendos acontecimientos que se estaban produciendo en el mundo, y en todo momento mostrándose seguro de sí mismo, complacido y aparentemente seguro de su futuro*<sup>1033</sup>.

El gobierno español dio publicidad a la entrevista, presentándola como una muestra de las excelentes relaciones que mantenían ambos países. Eden tuvo que aclarar en el Parlamento el contenido de la reunión, emitiendo un comunicado a la prensa en el que explicaba que el gobierno británico estaba descontento con el comportamiento poco neutral del gobierno español<sup>1034</sup>.

Franco se quedó muy satisfecho tras la entrevista con Hoare. Justo en el momento en el que el dictador español estaba preocupado por ver cómo le tratarían los aliados tras el colapso del fascismo en Italia, se encontró con que los británicos no aumentaban significativamente la presión sobre su régimen. Además, Franco consiguió utilizar la entrevista en su propio beneficio para consolidar su posición interna. La Embajada británica informaba que “Franco va presumiendo de las excelentes relaciones que mantiene con los aliados”<sup>1035</sup>. El Caudillo estaba

---

<sup>1033</sup> HOARE, S. (1946): págs. 219-222.

<sup>1034</sup> WIGG, R. (2005): pág. 160.

<sup>1035</sup> Mensaje de Hillgarth al Almirantazgo, 16 de agosto de 1943, FO 371/34821, C9692/217/41.

especialmente contento puesto que, unos días antes de la entrevista con Hoare, Jordana había firmado un acuerdo secreto con Alemania, que se comprometía a entregar armas a España por un valor de 85 millones de dólares<sup>1036</sup>. Meses después de iniciar las negociaciones, el régimen franquista recibía una entrega de armamento que contribuía a asegurar su supervivencia. A pesar de la evolución de los acontecimientos bélicos, Franco seguía manifestando que la duración de la guerra sería larga y que si no terminaba en victoria alemana, acabaría en un empate entre los contendientes. Hoare destacaba la ignorancia que se traslucía de semejante opinión, que compartían los ministros falangistas al mantener su fe inquebrantable en el Eje<sup>1037</sup>.

Realmente, Franco podía estar muy tranquilo, puesto que en la Conferencia de Québec, celebrada durante el mes de agosto, los aliados decidieron no modificar su política española. En dicha reunión, los jefes de las fuerzas armadas británicas y estadounidenses propusieron cambiar la política aliada respecto a España, recomendando medidas de presión política y económica para conseguir que Franco dejara de aprovisionar a Alemania de materias primas estratégicas, que negara facilidades a la red de espionaje de inteligencia alemanes y que retirara la División Azul del frente ruso. Los jefes militares se mostraron a favor de la implantación en Madrid de un gobierno más favorable a los intereses aliados, pero declararon que no tenía ningún interés militar la búsqueda de una solución monárquica. Churchill se mostró en desacuerdo con un endurecimiento de la política exterior aliada respecto a España, posición que también era mantenida por el *Foreign Office*, que no quería que se desestabilizara la Península Ibérica. La posición británica paralizaba la definición de una política alternativa. La opinión del premier británico favorecía claramente a Franco, al evitar que la presión aliada mostrara a todos los españoles que su régimen estaba perjudicando a los intereses del país. Hay que señalar que Churchill y Roosevelt estaban discutiendo en aquellos momentos los planes de invasión de Francia en 1944, en los que la cuestión española era puramente marginal<sup>1038</sup>.

En Londres, Hoare tuvo que asesorar a su gobierno sobre la posición que debía mantenerse respecto al régimen español tras el cambio del curso de la guerra y la cercanía de la inevitable victoria aliada. Al sopesar las ventajas y desventajas de un cambio de actitud hacia España se valoró que no convenía desencadenar una crisis con el régimen franquista justo cuando los aliados estaban preparando los desembarcos en el continente. Ante estos preparativos y la necesidad

---

<sup>1036</sup> RUHL, K. J. (1986): págs. 234-235, GARCÍA PÉREZ, R. (1994): pág. 328.

<sup>1037</sup> HOARE, S. (1945): pág. 217.

<sup>1038</sup> WIGG, R. (2005): págs. 160-163.

de disponer de ciertos suministros españoles, ningún estratega ni político quería que se produjera una distracción que les apartara de lograr sus verdaderos objetivos. Esta fue la razón fundamental por la que se acordó no variar la política exterior británica respecto a España. Por otro lado, Gran Bretaña estaba interesada en la posible reacción española ante la entrada de fuerzas aliadas en las islas Azores, para combatir a los submarinos alemanes. Especialmente, dado que el pacto firmado entre España y Portugal garantizaba la integridad territorial de la Península Ibérica. La utilización de las Azores como base aeronaval por los aliados, podía provocar una campaña contra los británicos en España que empeorara las relaciones bilaterales. Para evitarlo, se acordó dar plenas garantías a Jordana sobre las intenciones aliadas, que no suponían ninguna amenaza al territorio español<sup>1039</sup>.

Curiosamente, Hoare se distanció de la línea oficial en un discurso que pronunció ante sus votantes en Chelsea, probablemente con la intención de alejarse de su imagen de apaciguador. El embajador manifestó su rechazo hacia los regímenes totalitarios, en clara referencia hacia Franco y la Falange. Además, aconsejó al dictador español que si le preocupaba tanto el “peligro rojo”, debía realizar una serie de reformas sociales y políticas que eliminaran las causas de descontento que favorecían su aparición en España<sup>1040</sup>.

## **2. El aumento de la presión aliada a España**

A comienzos de octubre, Gran Bretaña consiguió de Portugal el permiso para usar ciertas bases navales y aéreas en las Azores, que facilitaban la protección de las rutas de abastecimiento británicas frente a la campaña de guerra submarina alemana. Se trataba de un cambio significativo en la política exterior de Salazar, que fue orientándose cada vez más hacia los aliados. A cambio, el gobierno británico se comprometía a entregar armas y ayuda económica a Portugal. Gran Bretaña había conseguido mediante negociaciones diplomáticas las bases que habían estado a punto de ocupar por la fuerza en 1941. Salazar quiso dar detalles personalmente a los españoles sobre el acuerdo con los británicos, reuniéndose con Jordana en Ciudad Rodrigo el 7 de octubre<sup>1041</sup>. A su regreso a Madrid, Hoare se reunió con el ministro español de Asuntos Exteriores y le dio plenas garantías sobre las intenciones aliadas respecto a las Azores, que no afectaban a la soberanía

---

<sup>1039</sup> Síntesis de la conversación sostenida entre el señor Ministro de Asuntos Exteriores y Sir Samuel Hoare, 12 de octubre de 1943, AMAE R2300/5.

<sup>1040</sup> WIGG, R. (2005): págs. 160-163.

<sup>1041</sup> TUSELL, J. (1995): págs 448-449.



portuguesa ni al Bloque Ibérico. El embajador británico transmitió a Londres que Franco suscribió la recomendación de su ministro de Asuntos Exteriores de aceptar la decisión portuguesa, manifestando que no comprometía la neutralidad del país<sup>1042</sup>.

La actitud española fue cambiando de forma paulatina. El 1 de octubre, el Día del Caudillo, Franco habló ante el Consejo Nacional de la Falange de la necesidad de mantener una “neutralidad vigilante” para apartar a España de los horrores de la guerra. El dictador insistió en la tercera vía que suponía su régimen, entre democracia y fascismo, teñida de un profundo sentimiento católico y social<sup>1043</sup>. Ese mismo día, en una recepción para el cuerpo diplomático, el dictador vistió el uniforme blanco de almirante y no el del Jefe Nacional de la Falange. La cordialidad de la recepción a los aliados, reflejaba su entendimiento de la nueva situación internacional. Jordana recalcó el mensaje neutralista en el discurso que pronunció en el Día de la Raza, recalando el carácter católico del régimen<sup>1044</sup>. Las palabras relativas a la neutralidad, tanto de Franco como de Jordana, gustaron mucho a los embajadores aliados. La derrota alemana en Kursk y la contraofensiva soviética, junto a los avances aliados, influyeron en el cambio de postura española.

Dos medidas contribuyeron a acercar a España al campo de la neutralidad. La primera fue la decisión de retirar la División Azul, lo más tangible que quedaba de la no beligerancia española. Dicha medida fue adoptada en la reunión del Consejo de Ministros del 26 de septiembre y anunciada a Hoare el 15 de octubre. Ante los alemanes, el gobierno español argumentó que faltaban nuevos voluntarios y que la División había perdido su espíritu combativo<sup>1045</sup>. En la noche del 7 al 8 de octubre las primeras unidades de la División dejaron la primera línea y marcharon hacia retaguardia, siendo relevadas por tropas alemanas. El día 12 se completó el relevo y se anunció a Esteban Infantes que la División volvía a España. La retirada no fue completa, puesto que numerosos voluntarios se quedaron combatiendo con los alemanes. De este modo, surgió la denominada Legión Azul, compuesta por unos efectivos teóricos totales de 2.133 hombres. Los contingentes de la División fueron regresando a España a lo largo de las semanas siguientes, pero sin darle publicidad al asunto<sup>1046</sup>. En claro contraste con su envío al frente ruso, rodeado de entusiasmos y declaraciones de adhesión al Eje, el retorno de los divisionarios estuvo marcado por la falta de ceremonias y de calurosas recepciones.

---

<sup>1042</sup> HOARE, S. (1946): págs. 239-240.

<sup>1043</sup> Arriba, 2 de octubre de 1943.

<sup>1044</sup> TUSELL, J. (1995): págs 443.

<sup>1045</sup> Para la decisión de la retirada de la División Azul, véase TUSELL, J. (1995): págs. 446-448, MORENO JULIÁ, X. (2006): págs. 280-291; y SUÁREZ, L. (1997): págs. 525-530.

<sup>1046</sup> Sobre la retirada de la División Azul y la génesis de la Legión Azul, véase la obra de MORENO JULIÁ, X. (2006): págs.280-295; y SALAS, R. (1989): págs. 266-268.

El régimen franquista estaba intentando enterrar su pasado proclive al Eje. Esta medida fue un claro avance hacia la neutralidad, como había sido un paso hacia la beligerancia su envío al frente ruso en 1941. La permanencia de la Legión Azul en el frente ruso fue una causa de irritación de los aliados.

La segunda decisión orientada hacia la verdadera neutralidad fue la mediación realizada con los alemanes para que aceptaran el pacto de Portugal con los aliados respecto a las Azores. Aunque hay que señalar que los alemanes no estaban en condiciones de presionar a los países ibéricos. El 23 de octubre, el duque de Alba organizó un almuerzo en la embajada en honor de Churchill, en el que el Primer Ministro mostró su satisfacción por la actitud de España respecto a Azores. En palabras del duque:

*Comenzó comentando cómo había cambiado la situación a favor de los aliados desde la última vez que estuvo en esta casa. Expresó satisfacción por la actitud de España en lo que él llamó asunto Azores, Gobierno Badoglio y submarinos alemanes. (...) Su tono de comprensión y simpatía hacia España cambió al referirse a Falange, con la cual dijo tenía Inglaterra motivos de queja muy serios por ser a menudo responsables de incidentes que pudieran llegar a exacerbar las relaciones entre los dos países*<sup>1047</sup>.

La actitud española avanzaba por el sendero de la neutralidad marcado por Jordana. En otoño, España se convirtió en el país elegido para llevar a cabo un intercambio de prisioneros entre Alemania y Gran Bretaña. Aproximadamente dos mil prisioneros de cada país fueron intercambiados en Barcelona bajo la atenta mirada de la Cruz Roja. Hoare asistió al acto, destacando la generosidad de los españoles, que ofrecieron cigarrillos, vino y comida a los prisioneros británicos a pesar de la escasez que reinaba en el país<sup>1048</sup>.

A pesar de estas medidas, Franco no quiso dar un giro pro-aliado a su política exterior como hizo Salazar, dedicándose a consolidar su posición interna. Por esta razón, continuaron abiertos numerosos frentes de tensión con las potencias anglosajonas. La principal queja aliada era el despliegue alemán de actividades de espionaje y sabotaje en el sur de España y en Tánger. Desde dichas zonas, se atentaba contra barcos británicos en Gibraltar o en puertos españoles, como los de Huelva y Sevilla, y se informaba a los submarinos alemanes del tránsito de buques aliados por el Estrecho. En el mes de septiembre Yencken presionó a las autoridades españolas para que pusiesen fin a las actividades no neutrales que se desarrollaban en territorio español y que habían sido denunciadas por Hoare en su anterior entrevista con Franco. Doussinague respondió cínicamente a las críticas británicas:

---

<sup>1047</sup> Documento mencionado en SUÁREZ, L. (1997): págs. 541-542.

<sup>1048</sup> HOARE, S. (1945): págs. 242-243.

*Es evidente que el conjunto de quejas presentadas en el citado Memorando se refieren a una situación de la cual la que más beneficios ha obtenido ha sido la Gran Bretaña. En efecto, España no tenía otra manera de conservar su neutralidad de 1940 que realizar toda su política con la vista fija en la frontera de Irún. Es evidente que la neutralidad española en aquellos momentos ha producido grandísimos beneficios a la Gran Bretaña, que sin esa neutralidad hubiera visto el Estrecho de Gibraltar cerrado para su tráfico y, probablemente, Marruecos ocupado por tropas alemanas, impidiendo el desembarco del 7 de noviembre de 1942 y el desarrollo ulterior de los sucesos militares. (...) Seguro que la Embajada inglesa ha comprendido la difícilísima situación que ha travesado España y la necesidad que ha tenido de hacer algunas concesiones de orden secundario (...) gracias a las cuales se ha podido mantener sin dificultad grande la neutralidad española. (...) ¿Qué es preferible las fuerzas alemanas en Gibraltar, o un cónsul alemán en Tánger?*<sup>1049</sup>

El propio Hoare presentó a Jordana el 21 de octubre la inquietud del gobierno británico por la “extraordinaria lentitud con que ha procedido hasta ahora el gobierno español para atajar las señaladas actividades de los agentes enemigos”. El embajador planteaba la necesidad de que el régimen franquista actuara de manera decidida sobre los asuntos que enturbiaban las relaciones bilaterales y que se venían denunciado desde muchos meses atrás. Hoare mencionó casos concretos como el del vapor italiano *Olterra*, refugiado en el puerto de Algeciras desde 1940 y que había sido utilizado como base de operaciones para realizar labores de sabotaje sobre Gibraltar. La respuesta de Jordana fue reiterar nuevamente la disposición del gobierno español para acabar con dichas actividades<sup>1050</sup>.

Prueba del carácter poco neutral del gobierno español era la parcialidad de la prensa, volcada con el Eje y que demostraba en sus artículos tener un fuerte sentimiento anti-británico. En este sentido, hasta finales de 1943 no se instruyó a la prensa española para que evitara identificarse con el Eje, a pesar de las continuas quejas de Hoare. Las relaciones hispano-británicas también estuvieron salpicadas de incidentes menores que dificultaban un mejor entendimiento entre ambos países. Por ejemplo, el cónsul de Zaragoza fue agredido por extremistas de Falange, generándose las correspondientes protestas diplomáticas. Otro incidente menor fue el cierre de la oficina del *British and Foreign Bible Society*, que llevaba numerosos años operando en España, y la confiscación de sus almacenes. Los esfuerzos de Hoare no consiguieron que se rectificara la situación ni que se compensara la destrucción de propiedad británica (110.000 textos bíblicos fueron reducidos a pulpa y utilizados para la producción de papel)<sup>1051</sup>.

---

<sup>1049</sup> Conversación entre Doussinague y Yencken, 10 de septiembre de 1943, AMAE R1372/22.

<sup>1050</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 21 de octubre de 1943, AMAE R1372/22.

<sup>1051</sup> HOARE, S. (1946): págs. 240-245.

Aunque se había percibido un cambio en la dirección de la política exterior española, valorado positivamente por los embajadores y gobiernos aliados, el régimen tenía el lastre de su actuación anterior, claramente favorable al Eje, que no fue olvidada. Por esta razón, cuando se supo en Washington que el gobierno español había enviado un mensaje de felicitación a José Laurel, presidente de Filipinas a la que Japón había concedido el autogobierno, sirvió como excusa para que los Estados Unidos cambiaran su postura respecto a España. El mensaje daba a entender a japoneses y americanos que España reconocía *de facto* al gobierno filipino establecido por Tokio<sup>1052</sup>. La reacción de la Administración norteamericana fue muy dura, exigiendo la retirada del telegrama, ya que Laurel sólo había sido reconocido por los países del Eje. Jordana se atribuyó toda la responsabilidad del asunto ante Hayes, con el fin de aliviar el compromiso en el que se encontraba el régimen. El ministro español explicó al embajador estadounidense que se trataba de un mensaje personal, con la finalidad de proteger los intereses españoles en las islas, afirmando que no tenía ninguna intención política. Los americanos dieron zanjado el asunto el día 12 de noviembre<sup>1053</sup>. A pesar de ello, manifestaron claramente su malestar porque el telegrama no se había retirado, lo que, a su entender, enturbiaba las relaciones bilaterales. Durante todo el tiempo, los británicos dejaron la iniciativa diplomática a sus aliados, ya que las Filipinas eran un campo de actuación norteamericano. El papel de Hoare durante el incidente Laurel fue de mero espectador<sup>1054</sup>.

El empeoramiento de las relaciones con los Estados Unidos mostraba la tensión existente entre el régimen franquista y los aliados. Para Washington, el régimen español era claramente fascista, juzgando que debía ser tratado mediante el uso de la fuerza. En estas condiciones, se planteaba un posible enfrentamiento entre la nueva postura de firmeza, que se iba formando en la Administración norteamericana, y la política británica de apaciguamiento.

---

<sup>1052</sup> Para seguir de manera detallada el incidente, véase RODAO, Florentino (1993): *Relaciones hispano-japonesas, 1937-1945*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, págs. 389-405.

<sup>1053</sup> GÓMEZ-JORDANA, F. (2002): págs. 215-219. HAYES, C. (1945): págs. 187-193.

<sup>1054</sup> En ningún momento Hoare presionó a Jordana. En su entrevista del día 5 de noviembre, tan sólo escucho las excusas del ministro español y su amenaza de dimisión si se escalaba el conflicto. Mensaje de Hoare a Eden, 5 de noviembre de 1943, FO 371/34869, 13902.

### a) El endurecimiento de la postura aliada

En otoño de 1943, la Administración norteamericana decidió endurecer su postura respecto al régimen franquista. El tono conciliador que mantenía respecto a la España de Franco no terminaba de convencer en Washington, especialmente tras el incidente Laurel. La petición urgente de trigo americano hecha por Jordana, dio al Departamento de Estado la oportunidad de sugerir a Hayes el día 15 de octubre que aprovechara la ocasión para presionar al gobierno español para que suspendiera los envíos de volframio a Alemania. Hayes quiso ir más lejos y propuso a su gobierno que se le pidiera a España la suspensión de envíos a Alemania, no sólo de dicho mineral, sino también de otros como el zinc. A cambio, se le ofrecerían al régimen de Franco ciertas concesiones, como la supresión de ciertas cargas sobre el petróleo y otros bienes, así como la promesa de aumentar las compras aliadas de productos tradicionales españoles. Si las compras aliadas superaban a las españolas, la diferencia se ajustaría mediante envíos de oro<sup>1055</sup>. La propuesta de Hayes no convenció al Departamento de Estado, que tardó en responder a su embajador acerca de la bondad de su propuesta.

Mientras tanto, los británicos también negociaban con los españoles, buscando una fórmula para revivir el comercio tradicional entre ambos países. Ellis-Rees, después de consultar con el Ministerio de Economía de Guerra en Londres, abrió conversaciones con las autoridades franquistas a finales de octubre. El interés español en llegar rápidamente a un acuerdo supuso que sus negociadores estuvieran dispuestos a realizar ciertas concesiones. A cambio de que los británicos compraran naranjas y otros bienes alimenticios en grandes cantidades, el régimen de Franco accedió a mejorar las rígidas condiciones financieras que establecía el sistema de clearing, que impedía a Gran Bretaña efectuar libremente pagos en libras esterlinas. También se ajustó el tipo de los intercambios, que pasó de ser 40,5 a 44 pesetas por libra. Estas negociaciones permitieron a los británicos aumentar su comercio con España, sin perjuicio de los mecanismos de compras preventivas de material estratégico. En las conversaciones con los españoles, los negociadores británicos se dieron cuenta que era difícil convencer a los españoles de que suspendieran completamente sus envíos de volframio a Alemania<sup>1056</sup>.

Respecto a este último tema, Hoare se mostraba convencido de que no existía ningún mecanismo que pudiera garantizar que los alemanes recibieran menos volframio del que compraban ahora en España. El embajador británico

---

<sup>1055</sup> HAYES, C. (1945): págs. 183-187.

<sup>1056</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 555-556.

señalaba en sus comunicaciones que el gobierno español se lo había puesto difícil a los alemanes, al exigirles la devolución de sus deudas. Las embajadas británica y americana en Madrid aparecían plenamente alineadas al afirmar la inutilidad de insistir en un embargo total de volframio, defendiendo el uso de políticas posibilistas que podían obtener más avances que las políticas de sanciones. El propio Ministerio de Guerra británico advirtió a Washington que el envío de trigo que habían pedido los españoles no podía ligarse a la suspensión de envíos de volframio a Alemania, al ser el tipo de actitud que despertaba la “cabezonería” típica de los españoles<sup>1057</sup>. El gobierno británico seguía defendiendo una política de apaciguamiento, haciendo esfuerzos por suministrar a España las materias primas que necesitaba, sujeto a ciertos límites, como las propias necesidades económicas británicas y la prohibición de reexportar los bienes recibidos.

En cualquier caso, el ímpetu de las compras aliadas durante 1943 supuso que a finales del año las potencias anglosajonas dominaran el mercado de volframio, con unas compras de más de 1,800 toneladas de dicho mineral de julio a diciembre. Su control del mercado posibilitó que se redujeran ligeramente los precios y que se atenuara el volumen de compras en diciembre, que se elevó a 154 toneladas, frente a la media de más de 300 durante los cuatro meses anteriores. Los alemanes no pudieron seguir el ritmo de las potencias aliadas, suspendiendo sus compras desde el mes de junio ante las grandes dificultades financieras para abastecerse en el mercado español<sup>1058</sup>. A pesar del éxito de la campaña aliada, el elevado coste que suponían las compras de volframio motivó que las potencias anglosajonas quisieran reducir el enorme gasto en el que incurrían. Por esta razón, fueron desarrollando una actitud cada vez más crítica respecto a la postura española sobre el suministro de dicho mineral. Era lógico que Franco explotara la situación en beneficio de su país, pero al buscar también la ventaja para los alemanes, no demostraba una actitud que correspondiera con su declaración de neutralidad en el conflicto.

A comienzos de noviembre, el Departamento de Estado norteamericano dio instrucciones a Hayes para que convenciera a los españoles que impusieran un embargo total e inmediato de volframio a Alemania, sin ofrecerles contrapartidas de ningún tipo<sup>1059</sup>. El régimen nazi necesitaba urgentemente dicho mineral, por lo que los estadounidenses intentaban evitar que se aprovisionaran en España sin tener que recurrir a una nueva y costosa campaña de compras masivas.

---

<sup>1057</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 554-556.

<sup>1058</sup> Para valorar la campaña aliada de compras de volframio en 1943, véase MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 561 y LEITZ, Christian (1998): pág. 263.

<sup>1059</sup> HAYES, C. (1945): pág. 192.

Hay que destacar la diferencia de criterio entre Hayes y el Departamento de Estado. El primero pretendía conseguir la suspensión del comercio de volframio con Alemania sin necesidad de amenazar a los españoles con un embargo de petróleo. El embajador siguió recomendando evitar un cambio drástico de la postura norteamericana, insistiendo en su propuesta del mes anterior y que había sido ignorada<sup>1060</sup>. En claro contraste, el secretario de Estado Cordell Hull informó al embajador español en Washington que las relaciones bilaterales habían sido dañadas por el incidente Laurel y que España debía suspender de forma inmediata el comercio de volframio con Alemania<sup>1061</sup>. En la Administración española no existió ninguna sensación de urgencia ante la petición americana realizada el día 18 de noviembre, ya que Hayes no daba la sensación de que hubiera un peligro inminente de embargo de petróleo. De las cuatro ocasiones en las que hablaron el embajador y el ministro español de Asuntos Exteriores durante el mes de diciembre, sólo en una salió de manera tangencial la cuestión del volframio. En dicha ocasión, Hayes simplemente preguntó a Jordana si podía facilitarle alguna noticia sobre el estado de dicho asunto, pero sin presionar a su interlocutor y ofreciendo la colaboración técnica de su Embajada<sup>1062</sup>.

Este tema no era nuevo para los británicos, que ya le habían mencionado a Jordana repetidas veces la necesidad de reducir el suministro de volframio a Alemania para evitar que se alargara la guerra. A principios de noviembre Hoare se reunió con Jordana, instándole a que España colaborara con los aliados, ya que iban a resultar vencedores en la guerra. Las palabras del embajador fueron muy directas:

*Sin pretender injerirme en la política del Gobierno español, me permito indicar si no ha llegado el momento en que éste, viendo el curso de la guerra, se decida a colaborar con el grupo de Naciones que va a resultar triunfantes en la misma. En Londres se van a decidir cuestiones relativas a las necesidades de todos los países de Europa, sobre todo en su aspecto económico, y si España no colabora ahora en lo que a este aspecto se refiere, cabe temer que no tenga en las decisiones de Londres el puesto preferente al que puede tener derecho una política de colaboración<sup>1063</sup>.*

La propuesta británica se concretaba en un aumento del comercio entre ambos países y en la persecución de los agentes alemanes que operaban en España. La presión británica aumentó ligeramente en las siguientes entrevistas que ambos mantuvieron a finales de noviembre y durante el mes de diciembre. En ellas,

---

<sup>1060</sup> HAYES, C. (1945): págs. 197-201.

<sup>1061</sup> WIGG, R. (2005): pág. 192.

<sup>1062</sup> Conversación sostenida por el señor Ministro de Asuntos Exteriores con el señor Embajador de los Estados Unidos, 1 de diciembre de 1943, AMAE R1372/22.

<sup>1063</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 4 de noviembre de 1943, AMAE, R1372/22.

Hoare transmitió la importancia que le concedía su Gobierno al asunto del sabotaje y espionaje alemán, exigiendo el cierre del consulado alemán en Tánger. De nuevo, se quejó de la falta de respuesta de las autoridades españolas y de la influencia que disfrutaban los alemanes en la Administración del régimen, que les ayudaba en sus empresas anti-británicas. En su opinión, todas las quejas servían de base “para dudar de que la neutralidad adoptada por el gobierno español como marca de su política internacional, la practique en toda su extensión”<sup>1064</sup>.

Sin embargo, los británicos no estaban dispuestos a ejercer una presión directa sobre el régimen de Franco en el asunto del volframio. Su posición era distinta al enfoque de la Administración de Roosevelt, ya que planteaban el uso del comercio como medio para atraerse a España a la órbita de los aliados, pero dejando claro que no podían desarrollar plenamente los intercambios sin un “quid pro quo” por parte española. Hoare no era favorable a la imposición de un embargo de petróleo o caucho, pero sí que planteaba la posibilidad de retrasar los envíos de materias primas, con la excusa de las necesidades bélicas del momento, para presionar a España. Tan sólo si los españoles se obstinaban en su actitud, aconsejaba dar un paso más y establecer el mencionado embargo. Hoare justificaba sus opiniones en el hecho de que un embargo de volframio empeoraría la situación, al incrementar el contrabando del mineral. Además, la presión aliada suponía influir a España para que diese un paso poco neutral en el conflicto. Otro factor mencionado por el embajador británico era que España recibía armas de Alemania a cambio de los envíos de volframio. Por este motivo, si se impedía la compra de armas, el régimen de Franco intentaría conseguirlas de los aliados, lo que les pondría en una situación comprometida. Hoare no entendía que se quisiera cambiar la estrategia cuando el éxito aliado en el mercado de volframio había eliminado a los compradores alemanes del mismo<sup>1065</sup>. El día 11 de diciembre el embajador volvió a escribir a Londres acerca de sus dudas:

*No estoy convencido de que sea acertado utilizar nuestra última ratio de sanciones económicas. No sólo es que el embargo de petróleo y caucho vaya a suponer la pérdida de las ventajas económicas que venimos disfrutando y que actualmente poseemos, por ejemplo nuestro dominio del mercado de volframio, sobre todo me temo que si la vida diaria del país se detiene abruptamente, la más peligrosa de las anarquías se extenderá rápidamente desde un extremo de España hasta el otro. (...) Ciertamente sumirá el país en una orgía de masacres y caos, dando una oportunidad de oro para que alguno de los muchos saboteadores alemanes que hay en España se aproveche de la confusión generalizada*<sup>1066</sup>.

---

<sup>1064</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 24 de diciembre de 1943, AMAE, R1372/22.

<sup>1065</sup> Estos argumentos se recogen en las comunicaciones entre Hoare y el Foreign Office en el mes de diciembre de 1943, véase FO 371/34808 y FO 371/34809.

<sup>1066</sup> HOARE, S. (1946): págs. 246-248.



A sus ojos, la postura mantenida hasta ese momento había estado justificada por el desarrollo de los acontecimientos bélicos, ya que hubiera sido imposible obtener las victorias africanas si el Eje hubiese sacado provecho de la anarquía existente en España. Hoare recomendaba al gobierno británico no cambiar radicalmente la política exterior respecto al régimen franquista, aunque estaba a favor de usar medidas de presión para solucionar las quejas que tenían. El embajador quería usar todos los medios que fueran necesarios para sacar a Franco de su complacencia, incluso denunciando ante la prensa ciertos actos no neutrales cometidos por su régimen, siempre que no fueran en contra del principio de no intervención en los asuntos domésticos españoles. Hoare era consciente que a medida que progresara la guerra, la posición española respecto a la contienda sería cada vez menos importante. Sin embargo, apreciaba que los problemas relacionados con España aumentarían de manera proporcional, dado el rechazo manifiesto de la opinión pública anglosajona hacia el régimen franquista. Hoare defendía que se mantuviera una política flexible hacia España, que se fuera revisando cada cierto tiempo con el fin de adaptarla a las necesidades estratégicas y a la evolución de los acontecimientos internos españoles. El embajador se lamentaba que Franco se aprovechara de la paciencia aliada y de la falta de oposición interna para seguir manteniendo una postura respecto al conflicto bélico que estaba lejos de ser neutral y que era claramente hostil a la causa aliada. Hoare consideraba que mientras que el dictador estuviese en el poder, nunca existirían buenas relaciones entre sus respectivos países, afirmando que “cuanto antes desaparezcan él y su maquinaria falangista, mejor para nosotros y para toda Europa”. A pesar de ello, creía que no había llegado el momento de tomar parte activa en la oposición al régimen<sup>1067</sup>.

El 20 de diciembre, el *Foreign Office* envió a Hoare una lista de cuestiones a tratar con Franco, entre las que no aparecía ninguna mención al volframio<sup>1068</sup>. Este fue un grave error de táctica de los británicos en sus relaciones con Washington, pero sirve de muestra de la distinta actitud que mantenían las potencias anglosajonas respecto a dicho asunto. La falta de insistencia de Hoare ante las autoridades españolas acerca del volframio motivó que Hayes le acusara en sus memorias de falta de colaboración para conseguir el embargo del suministro de dicho mineral a Alemania<sup>1069</sup>. Esta excusa escondía la falta de firmeza por parte de Hayes a la hora de defender la política de su gobierno ante los españoles. Las protestas estadounidenses motivaron que el 7 de enero el *Foreign Office*, previa consulta al Ministerio de Guerra, acordase enviar instrucciones a Hoare para que mencionara la cuestión del volframio a Franco y le indicara la gran insatisfacción

---

<sup>1067</sup> HOARE, S. (1946): págs. 246-248.

<sup>1068</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 563.

<sup>1069</sup> HAYES, C. (1945): págs. 197-201.

aliada respecto a dicho tema. Sin embargo, en Londres eran conscientes de la dificultad práctica de llevar a cabo dicha imposición, ya que Gran Bretaña no tenía ninguna queja de la actitud española en el campo económico<sup>1070</sup>.

Durante los últimos meses del año se produjo una controversia entre británicos y americanos acerca de la postura que debía mantenerse respecto a España. En términos generales, el *Foreign Office* estaba de acuerdo con la idea de incrementar la presión sobre Franco, con la intención de forzarle a cambiar su política exterior a favor de los aliados. El problema era la diferencia a la hora de actuar, ya que los británicos rechazaban la actitud estadounidense de ignorar sus recomendaciones e insistir en la necesidad de pedir a España un embargo total de volframio a Alemania. En Gran Bretaña también existía la presión de parte de la opinión pública que demandaba un cambio de política respecto al régimen franquista, rechazando la política económica conciliadora mantenida por su gobierno. Sin embargo, la Administración de Churchill no se dejó influir por estas opiniones y defendió el mantenimiento de su política apaciguadora.

A las pocas semanas, la situación cambió radicalmente al conocerse los acuerdos económicos secretos alcanzados por Carceller con los alemanes. El acuerdo oficial, conocido por los aliados, establecía el saldo de la deuda española con el Tercer Reich en 100 millones de marcos. Jordana había determinado que la mayor parte de dicho importe se utilizara en la compra de mercancías tradicionales y no en bienes de carácter estratégico. Sin embargo, Carceller había acordado secretamente con los alemanes que usaran dichos fondos para la compra de minerales como el volframio o el mercurio, así como para sufragar los gastos de la embajada. Los británicos conocieron este asunto el 10 de enero de 1944, siendo confirmado por el propio Carceller a Ellis Rees el día 14. Para los aliados, que llevaban meses pidiendo la suspensión de los suministros de volframio al Tercer Reich, el conocimiento de esta noticia era una provocación. En su defensa, el ministro español afirmó que “veían difícil negarle a Alemania una mercancía que necesitaba y que para los españoles tenían un gran valor comercial“. Otra objeción española fue que los alemanes estaban dispuestos a pagar 300 pesetas por kilogramo, mientras que los compradores aliados pagaban menos de 200 pesetas. La decisión española permitió que los alemanes dispusieran de financiación suficiente para volver a entrar en el mercado de volframio. A finales de enero, Alemania había comprado 300 toneladas de dicho mineral<sup>1071</sup>.

---

<sup>1070</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 563.

<sup>1071</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, pág. 564. GARCÍA PÉREZ, R. (1994): págs. 446-447.

Este hecho suponía un paso atrás en la política exterior que venía desarrollando el régimen franquista. Hasta entonces, parecía que el cambio en el escenario internacional había motivado un paulatino cambio de actitud español respecto al conflicto bélico, buscando un acercamiento hacia los aliados. El giro de los acontecimientos motivó que el *Foreign Office*, de acuerdo con el Ministerio de Guerra, recomendara al gobierno estadounidense que se tomaran medidas inmediatas ante el gesto provocativo español. La propuesta británica era comenzar un embargo de petróleo en el mes de febrero, acompañado de retrasos en el suministro de algodón. Hoare estuvo de acuerdo con el procedimiento propuesto, aunque esperaba que en su próxima reunión con Franco se solucionara satisfactoriamente la cuestión del volframio. Aparentemente, Gran Bretaña y Estados Unidos coincidían en la nueva táctica a emplear con el régimen franquista. Sin embargo, su percepción de la realidad española y de estrategia a desarrollar con España era diametralmente opuesta. Después de debatir durante meses, los aliados decidían imponer un embargo de petróleo a España. Esta decisión contaba con el apoyo de la opinión pública y de los mandos militares de ambos países<sup>1072</sup>.

## **b) El embargo estadounidense de petróleo**

Los primeros meses de 1944 fueron uno de los momentos más críticos para el régimen de Franco durante la Segunda Guerra Mundial, al tener que hacer frente a una decidida presión económica aliada. A pesar de las crecientes quejas británicas y del deterioro de las relaciones con los Estados Unidos, el dictador se mostró desdeñoso con los embajadores anglosajones en la recepción anual al cuerpo diplomático por Epifanía. La resistencia alemana en Italia y la recuperación de las Islas del Dodecaneso habían reforzado en Franco la creencia de que la guerra sería larga y que concluiría en tablas. Esto explicaba sus esfuerzos por mantener un apoyo continuado al Eje y que el gobierno español hubiera dilatado su respuesta en los meses anteriores respecto a la petición norteamericana de suspender los envíos de volframio a Alemania.

Por su parte, Churchill se había visto obligado a apoyar la medida de presión norteamericana, aunque le parecía excesiva. En Londres, Eden vio en enero al duque de Alba dos veces antes de la suspensión, presionándole para que el gobierno español cambiara de actitud y favoreciera el fin de la guerra en Europa. El duque se quejó de las críticas a España aparecidas en la prensa británica y de los

---

<sup>1072</sup> Sobre el embargo de petróleo estadounidense al régimen de Franco, ver: MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 564-576, TUSELL, J. (1995); págs. 463-492 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 566-570.

retrasos en los envíos de materias primas. El ministro británico rechazó las protestas de Alba, indicando su insatisfacción por la conducta española en la guerra, circunstancia que podía afectar a las relaciones entre ambos países en el futuro<sup>1073</sup>. En Madrid, Hoare recibió instrucciones para que apoyara la postura de firmeza estadounidense. A partir de ese momento, los acontecimientos se sucedieron con rapidez.

Hoare vio a Jordana el día 21 de enero, consiguiendo concertar una entrevista urgente con Franco en la que pensaba repasar las cuestiones pendientes entre España y los aliados: los actos de sabotaje llevados a cabo por agentes alemanes en territorio español, la existencia de una legión española en el frente ruso y la venta de volframio a Alemania. Respecto a este último tema, el embajador británico se quejó de las declaraciones de Carceller a Ellis Rees en las que el ministro español había reconocido la concesión de facilidades a los alemanes para comprar volframio, justo cuando los aliados habían pedido que no se exportase dicho mineral al Tercer Reich. Por su parte, Jordana se quejó de las declaraciones que Eden había efectuado en la Cámara de los Comunes dos días antes y en las que había advertido a España de “las muy graves consecuencias que está ayuda continua, reñida con la neutralidad, pueda tener en las relaciones hispano-británicas”<sup>1074</sup>.

En sus conversaciones con Jordana, Hoare percibió la rivalidad existente entre el ministro español de Asuntos Exteriores y Carceller, atribuyendo el problema creado únicamente a la actitud del ministro de Comercio e Industria. Su percepción contrastaba con la del Departamento de Estado norteamericano, que consideraba el asunto del volframio como una muestra más de la política favorable al Eje que venía desarrollando el régimen franquista. El embajador británico supo captar cómo la crisis puso de manifiesto las diferencias en el seno del gobierno de Franco, produciéndose un fuerte enfrentamiento entre Jordana, defensor de un acercamiento a los aliados, y Carceller, partidario de mantener una postura de firmeza. Para éste último, la magnitud del negocio de volframio y el hecho de que Alemania fuera el principal socio comercial motivaba su rechazo a las exigencias americanas. Además, Carceller pensaba que Alemania podía anular cualquier ventaja económica que dieran los aliados. Por ejemplo, señalaba que la *Kriegsmarine* podía considerar que los mercantes españoles fuesen objetivo de guerra como represalia por un acercamiento a las potencias anglosajonas. Durante todos estos meses, el ministro de Comercio e Industria intentó jugar a dos bandas para enriquecer al país, multiplicar el precio de la mercancía, así como para obtener divisas y otras ventajas económicas de los beligerantes. No se aprecian

---

<sup>1073</sup> Mensaje de Jordana a Alba, 20 y 26 de enero de 1944, PL Caja 2ª, nº 4.

<sup>1074</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 21 de enero de 1944, AMAE, R1372/22.

consideraciones políticas en la actuación de Carceller, aunque hay que constatar que con su posición también quería defender sus propios intereses económicos, presentes en el mercado de volframio. La postura de Jordana era distinta, al ser consciente que irritar a los estadounidenses podía acarrear medidas más drásticas contra España. Para el ministro de Asuntos Exteriores, la marcha de la guerra dejaba lugar a pocas dudas respecto a su posible final, por lo que era necesario buscar una solución que no incomodara a los norteamericanos<sup>1075</sup>.

El día 27 de enero, Hoare era recibido por el Caudillo en compañía de Jordana, en el palacio del Pardo, donde se encontró la misma atmósfera de complacencia que en su anterior entrevista. En su intervención, el embajador británico elogió los pasos que se habían dado hacia una mayor neutralidad, como la retirada de la División Azul o la declaración de neutralidad de Franco. Sin embargo, puso sobre la mesa la existencia de cuestiones que todavía enturbiaban las relaciones bilaterales y que empañaban la postura neutral española. En primer lugar, hizo referencia a las facilidades que se habían otorgado a los alemanes para la compra de volframio. En este sentido, manifestó el apoyo británico a la petición estadounidense de suspender todas las exportaciones de este mineral a Alemania. En segundo lugar, se centró en las cuestiones relacionadas con la retirada de la División Azul y las continuas actividades de espionaje y sabotaje emprendidas con total impunidad por el Eje en España. El embajador conminó a Franco a pensar en el futuro de las relaciones entre sus respectivos países ante la segura victoria aliada en la guerra, puesto que sus actos de ayuda intencionada al Eje no generaban simpatía en las naciones aliadas. En palabras de Hoare:

*Toda esta actitud de España en relación con los asuntos mencionados, se considera como una actitud poco neutral respecto a los aliados. (...) Como es natural, todos estos hechos han soliviantado la opinión pública inglesa de un modo alarmante, lo que también se ha reflejado de una manera muy ostensible en el Gobierno británico. (...) hasta el Primer Ministro Churchill, buen amigo de España, no comprende la lentitud en resolver asuntos que hace cinco meses fueron planteados con toda clase de detalles*<sup>1076</sup>.

Franco intentó mostrarse conciliador ante las demandas británicas, aunque manifestando que su anti-comunismo era la razón de la permanencia de la Legión Azul en el frente ruso. Respecto al tema del volframio, manifestó que no tenía la intención de permitir que los alemanes compraran un elevado volumen de dicho mineral, y que sería el Ministerio de Asuntos Exteriores quien decidiera sobre el destino de las pesetas que debían entregarse al Tercer Reich. Por otro lado, Hoare pidió la suspensión de los envíos de volframio a Alemania hasta que el asunto fuese

---

<sup>1075</sup> GARCÍA PÉREZ, R. (1994): págs. 446-448.

<sup>1076</sup> Resumen de la entrevista celebrada entre Franco y Hoare, en presencia de Jordana, 24 de diciembre de 1943, AMAE, R1372/22. También aparece mencionada en HOARE, S. (1946): págs. 246-250.

estudiado por una comisión de técnicos españoles y británicos, mostrando su pleno respaldo a la iniciativa norteamericana.

Después de la entrevista, Hoare quedó convencido de que Jordana había ganado el envite a Carceller, por lo que comunicó a Londres que resultaría sencillo solucionar la cuestión del volframio de manera satisfactoria para los aliados. Sin embargo, la noticia del embargo de petróleo a España fue filtrada a la prensa estadounidense, apareciendo publicada el día 28 de enero e impidiendo una resolución discreta del asunto. El Departamento de Estado norteamericano negó ser responsable de la filtración de la noticia, pero no pudo evitar el enfado británico por la poca afortunada publicidad del asunto. El gobierno estadounidense tuvo que intervenir públicamente y anunciar a los medios de comunicación la decisión de suspender el envío de petróleo al régimen de Franco. Los alemanes supieron explotar el suceso para su propio beneficio, aumentando el sentimiento anti-británico y anti-americano en España. Lógicamente, el gobierno español se negó a suspender los envíos de volframio a Alemania bajo la amenaza de sanciones<sup>1077</sup>. En Madrid, el propio Hayes se sorprendió de la firme decisión del Departamento de Estado. En su opinión, se podía haber conseguido fácilmente el embargo de volframio si Washington hubiese sido más receptivo a las dificultades españolas y se hubiera preparado un plan para superarlas<sup>1078</sup>. Hay que señalar que la tibia actitud de Hayes ante la Administración española generaba un gran descontento en el Departamento de Estado.

El 2 de febrero, el general Jordana explicó a Hoare que la entrevista que mantuvo con Franco había causado una honda impresión en el dictador, tanta que se había mostrado partidario de satisfacer todas las demandas británicas. Sin embargo, el ministro dejó claro que el comunicado estadounidense había cambiado la situación:

*El ambiente que estaba dispuesto para satisfacer las pretensiones aliadas en todo aquello que fuera posible y justo hacerlo, ante inesperado acto de coacción que entraña la medida adoptada por Estados Unidos, de acuerdo con el gobierno británico, ha ocurrido un cambio radical, y mientras aquella siga en pie parece difícilísimo que sea posible el poner en marcha los asuntos que estaban virtualmente resueltos y a falta de entrar en vías de ejecución. (...) Nada podrá ser resuelto mientras la opinión española y aún la del mundo puedan pensar que lo que se resuelva en sentido satisfactorio para los aliados no está hecho por propia conveniencia y decidido por el libre albedrío, sino bajo los efectos de la coacción que sobre España pueda ejercerse o*

---

<sup>1077</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 566-568.

<sup>1078</sup> HAYES, C. (1945): págs. 197-201.

*intentar ejercerse suspendiendo el suministro de gasolina, lo que daría a entender que se ha obrado bajo los efectos de una presión extraña*<sup>1079</sup>.

En esta situación era imposible para los españoles ceder a las pretensiones aliadas, aunque Jordana mostró una cierta actitud conciliadora ante la gravedad del problema y afirmó que “España accedería a, en un plazo de días, dar cumplida satisfacción en algunas de las pretensiones más importantes de los dos países y que se hayan pendientes”. Hoare, que consideraba un error la decisión emprendida por los norteamericanos, pidió que comenzaran negociaciones “sin pérdida de tiempo a fin de evitar que las dificultades del momento puedan crear un punto muerto”.

A partir de entonces comenzaron unas intensas negociaciones sobre el tema del volframio. Jordana desplegó una gran actividad que fue minando su salud. Hay que señalar que durante todo el tiempo tuvo planteada su dimisión a Franco por el nulo apoyo que recibía del gobierno español. Por su parte, las embajadas británica y estadounidense intentaron buscar una salida a la crisis basada en una reducción sustancial, no en una suspensión total, de los envíos españoles de dicho mineral a Alemania. Esta solución permitía reforzar la posición de Jordana frente a sus oponentes dentro del gobierno y salvar el orgullo español. El gobierno británico estaba convencido de que debía llegarse a un acuerdo en dichos términos, mientras que el Departamento de Estado norteamericano se mostraba inflexible en la consecución de un embargo total.

Jordana recibió el apoyo unánime del Consejo de Ministros, que aprobó la suspensión momentánea de los envíos de volframio a Alemania hasta que se llegara a una solución negociada, reiterando la declaración de neutralidad española<sup>1080</sup>. Esta medida demuestra como el régimen español acomodaba su postura si había suficiente presión aliada. El 4 de febrero se comunicó a Ellis-Rees que Carceller había aceptado que la decisión final sobre el uso de los fondos disponibles por Alemania como resultado de la deuda de la Guerra Civil dependiese del Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero el día 11 de febrero el Departamento de Estado ordenó a Hayes que presionara a Jordana por un embargo total y definitivo de volframio a Alemania. El ministro español respondió que el gobierno español no podía responder a amenazas hechas públicamente, renunciando a hacer una contrapropuesta<sup>1081</sup>. En Washington, las súplicas de Cárdenas porque se reanudara los envíos de petróleo fueron completamente ignoradas por la Administración

---

<sup>1079</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 2 de febrero de 1943, AMAE, R1372/22.

<sup>1080</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 469.

<sup>1081</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 568-569.

estadounidense. En esos momentos, la postura norteamericana era inflexible, por lo que no era posible que se retiraran las sanciones.

El embargo aliado imposibilitaba la política de Jordana de acercarse progresivamente a las potencias anglosajonas mediante pequeños gestos. Dada la tensión existente entre España y los aliados, era necesario un cambio radical en la actitud española, pero que fuese una salida digna para evitar dañar el orgullo patrio. En la búsqueda de una solución de compromiso que satisficiera a las dos partes, el ministro español pudo contar con la colaboración de Hoare y del personal de su embajada. En sus conversaciones con los aliados, el ministro español pudo observar la diferencia de criterio existente entre británicos y norteamericanos, por lo que intentó explotar dichas diferencias e influir en los primeros para que cambiaran de postura y suavizaran la de su aliado.

Hay que señalar que Franco seguía creyendo que la guerra iba a durar mucho tiempo y que eventualmente terminaría en un acuerdo entre ambos bandos. El dictador estaba convencido de que España podía jugar un papel relevante en dichas negociaciones de paz. Franco no creía que las nuevas demandas de los aliados resultarían en una completa ruptura de relaciones con las potencias anglosajonas. En su opinión, el embargo de petróleo se solucionaría pronto. Por otro lado, restaba importancia a las acusaciones sobre espionaje y sabotaje de agentes alemanes al considerarlas muy exageradas<sup>1082</sup>.

En aquellos momentos, la prensa española deformaba los hechos presentando el embargo de petróleo como una maniobra de los aliados para forzar la neutralidad que el Caudillo se esforzaba por mantener. Las quejas aliadas se veían como maquinaciones de los republicanos en el exilio con el fin de desprestigiar a España. A pesar de ello, los generales estaban intranquilos por la posibilidad de que el asunto del volframio les enemistara de manera definitiva con los aliados. En este sentido, el general Kindelán compartió con el agregado militar de la embajada su preocupación por la situación interna y externa del régimen. Según le explicó a Torr, había escrito a Franco para expresarle su punto de vista respecto a la política exterior y para insistirle en la necesidad de restaurar la monarquía. A pesar de la urgencia que transmitía su misiva, el dictador no se dignó en contestarle. Kindelán manifestó su convencimiento de que Jordana estaba a favor de acercarse a los aliados, pero que no se atrevía a enfrentarse a Franco, señalado como último responsable de la política exterior del régimen<sup>1083</sup>.

---

<sup>1082</sup> Minuta de Hoare a Eden, 15 de febrero de 1944, FO 371/39736, C2498/225/41.

<sup>1083</sup> Minuta de Yencken a Eden, 22 de febrero de 1944, FO 371/39736, C2742/225/41.



El 17 de febrero, Hoare intentó desbloquear la situación en una larga reunión con Jordana. En la conversación subsiguiente, el ministro mostró su disposición a aceptar las demandas aliadas como la retirada de los restos de la División Azul de Rusia, el cierre del consulado alemán de Tánger y la persecución de la red de espionaje del Eje en territorio español. Sin embargo, Jordana insistió que su gobierno no podía suspender totalmente los envíos de volframio a Alemania, subrayando la dificultad de que pareciese que “España actúa bajo el dictamen de la fuerza”. Para salir del punto muerto, propuso la siguiente fórmula:

*El gobierno español, que no considera poder imponer un embargo definitivo y total a las exportaciones de volframio, por considerarlo en contraposición con el principio de la soberanía española, estaría sin embargo preparado para reducir los envíos de tal producto a Alemania a tal cifra que no afectara el curso de la guerra*<sup>1084</sup>.

Por otra parte, el ministro español de Asuntos Exteriores seguía cumpliendo las demandas aliadas, como la retirada de la Legión Azul, autorizada por Hitler el día 22 de febrero, de la que dieron pruebas a los británicos de su repatriación<sup>1085</sup>. Hoare quedó satisfecho con la propuesta española, mostrando a Londres su convencimiento de que era imposible convencer a los españoles de que impusieran un embargo total a Alemania, pero insistiendo que se podían conseguir los mismos efectos usando enfoques distintos<sup>1086</sup>. Sin embargo, las medidas propuestas por Jordana no satisficieron plenamente al Departamento de Estado estadounidense, que escribió a Hayes el día 18 de febrero para que informara a Jordana que su gobierno no veía objeto en la continuación de las discusiones con el gobierno español hasta que aceptaran todas las demandas aliadas<sup>1087</sup>. El 21 de febrero Hayes vio a Jordana, transmitiéndole la inflexible actitud de su gobierno:

*El Señor Embajador expresa su deseo de resolver la situación en el plazo más breve posible. Estima el Señor Embajador que solucionar el problema del volframio no es como consecuencia de la neutralidad española sino como una concesión. Con ellos el Gobierno español no quiebra su neutralidad, sino hay que convenirse en que no se haya obligado a hacerlo. (...) El Señor Embajador estima que su Gobierno no acepta otra solución que no sea el embargo total y definitivo de la exportación del citado producto*<sup>1088</sup>.

---

<sup>1084</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 17 de febrero de 1944, AMAE R2300/6.

<sup>1085</sup> Un grupo de voluntarios españoles, alrededor del medio millar de voluntarios, se quedó en Alemania para combatir a las tropas soviéticas, combatiendo con la Wehrmacht (en los Balcanes) y con las Waffen-SS (en unidades antiterroristas en el sur de Francia). Algunos incluso llegaron a estar presentes en la defensa de Berlín en abril de 1945. La repatriación de la Legión Azul se recoge en la obra de MORENO JULIÁ, Xavier (2006): págs. 295-303.

<sup>1086</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, pág. 569.

<sup>1087</sup> HAYES, C. (1945): págs. 216.

<sup>1088</sup> Conversación entre Jordana y Hayes, 21 de febrero de 1943, AMAE, R1372/22.

Además, se acusaba al gobierno español de “hallarse firmemente inclinada del lado del Eje” entre 1940 y 1942. El ministro español lamentó la postura norteamericana y propuso limitar las exportaciones de volframio a Alemania hasta un 10 por ciento del total de la producción. La rigidez de la postura norteamericana, que cerraba toda vía a una solución de compromiso, y la ausencia de consulta a los británicos a la hora de enviar dicho mensaje a Jordana, provocó las airadas protestas de la embajada británica en Washington.

El gobierno británico comunicó a los norteamericanos que creía conveniente buscar una solución que satisficiera todas las demandas no económicas aliadas y que supusiera una reducción del suministro de volframio a Alemania hasta un nivel que les impidiera abastecerse durante los seis meses siguientes. Hayes transmitió la contrapropuesta española a Washington, donde el Presidente decidió el día 23 liquidar el asunto en dichos términos. Ese mismo día, Eden manifestó en el Parlamento la necesidad de que España cumpliera con sus obligaciones, pero señalando que Gran Bretaña sólo le deseaba paz y prosperidad<sup>1089</sup>. Lógicamente, estas manifestaciones fueron muy bien recibidas por los españoles. El día 29 de febrero, Jordana le mostró a Hoare su satisfacción por las declaraciones de Eden, comunicándole la disposición del gobierno de Franco de cumplir con todas las peticiones británicas:

*El Señor Ministro expresa al Señor Embajador su agradecimiento por la actitud de su Gobierno y afirma que el pueblo británico tiene que darse cuenta de la sinceridad de los propósitos del Gobierno español en relación con su posición internacional, que es la de mayor firmeza, hallándose éste dispuesto a hacer cumplir a todos los españoles, con toda energía, todos los deberes derivados de aquella. (...) pues una vez resuelto el problema del volframio, los demás están solo pendientes de ejecución de acuerdo con las resoluciones adoptadas. De tal manera, el problema de la retirada de la legión de voluntarios y escuadrillas de aviación en Rusia (...) está totalmente solucionado. (...) De acuerdo también con la Embajada alemana, están siendo expulsados en estos días los agentes alemanes, (...) así como la Misión Militar alemana que se hallaba en Tánger<sup>1090</sup>.*

Las posturas se acercaron, pero antes de que pudiera producirse un acuerdo definitivo, se produjo otra filtración a la prensa de las intenciones del Departamento de Estado norteamericano, en las que se planteaba la extensión del embargo de petróleo y el uso de otras medidas de presión si España no variaba su posición. Hoare intentó sin éxito calmar a las autoridades españolas y contrarrestar la presión alemana tras la recepción de la noticia. En Madrid, el Consejo de Ministros, ante las nuevas amenazas hechas públicas en la prensa estadounidense, reaccionó rechazando el día 1 de marzo cualquier propuesta que supusiera un

---

<sup>1089</sup> MORADIELLOS, E. (2005): pág. 353.

<sup>1090</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 29 de febrero de 1943, AMAE, R1372/22.

embargo total o parcial de volframio a Alemania. Esto suponía una derrota de la propuesta de Jordana, que buscaba solucionar el conflicto con las potencias anglosajonas<sup>1091</sup>.

### c) Churchill sale al rescate del régimen franquista

Durante semanas no se hizo ningún progreso en la búsqueda de una solución. Los británicos comenzaron a inquietarse, ante la posibilidad de que la crisis tardara en solucionarse, debido a los múltiples intereses económicos que tenían en el país. La paralización de las relaciones económicas bilaterales podía afectar al suministro de hierro y potasio español, necesarios para la industria y la agricultura británica. Además, la disminución de los intercambios impediría acumular saldos en pesetas con los que hacer compras de volframio o de cualquier otra mercancía. La sensación británica era que la inflexibilidad estadounidense en la cuestión del volframio estaba poniendo en peligro lo que se había ganado hasta entonces, despreciando las ganancias que se podían conseguir en otros temas como el cierre del consulado de Tánger y la desaparición de la red de espionaje alemán en España. Sin embargo, el *Foreign Office* no quería romper su alineamiento con los Estados Unidos.

Mientras tanto, Carceller decidió hablar con los británicos a espaldas de Jordana. La embajada británica escuchó sus propuestas, aún sabiendo que el Departamento de Estado rechazaba pactar con los españoles, ya que Hoare creía imprescindible tenerle de su lado si querían salir del *impasse* de las negociaciones<sup>1092</sup>. El ministro español le comentó a Ellis-Rees que España se había comprometido a entregar a los alemanes 209 toneladas de volframio en 1944, que se sumaban a las 300 toneladas ya entregadas en enero, aconsejándole que aceptara esta cifra como límite para la exportación de este mineral a Alemania. A lo largo del mes de marzo, las comisiones comerciales de los aliados y españoles mantuvieron diversas conversaciones en las que se renovaron los contactos respecto a la cuestión del volframio. Conscientes de la necesidad de ceder ante los aliados, los españoles fueron haciendo nuevas propuestas que restringían severamente los envíos de volframio a Alemania. Sin embargo, el Departamento de Estado continuó

---

<sup>1091</sup> El Consejo de Ministros fue calificado de “borrascosísimo” por Jordana. GÓMEZ-JORDANA, F. (2002): pág. 250.

<sup>1092</sup> Hoare a Eden, 20 de marzo de 194, FO 371/39668, C3643/23/41.

rechazando todas las ofertas españolas, a pesar del interés del gobierno británico en materializar un acuerdo con el régimen de Franco<sup>1093</sup>.

El 30 de marzo, Churchill escribió a Roosevelt para convencerle de la necesidad de buscar una salida de compromiso en la cuestión del volframio. En su opinión, debían decidir si aceptaban llegar a un compromiso con los españoles o si dejaban continuar las negociaciones en punto muerto. Churchill sugirió que sus embajadores respectivos aceptasen en Madrid el mejor acuerdo que pudieran conseguir respecto al volframio. El premier británico manifestó su temor a que España utilizara medidas económicas contra Gran Bretaña, lo que supondría un gran perjuicio a su economía. Churchill puso el ejemplo del mineral de hierro español, que cubría el 42 por ciento de las necesidades de la industria de guerra británica<sup>1094</sup>. Realmente, era difícil creer que el régimen franquista pudiera tener interés en aumentar sus dificultades económicas mediante la imposición de sanciones a los aliados. Además, la realidad era que las empresas británicas establecidas en España estaban sufriendo un claro hostigamiento por parte de las autoridades españolas. En cualquier caso, Roosevelt cedió de mala gana ante los argumentos de su aliado.

A comienzos de abril, se enviaron instrucciones a Hayes para que aceptara que España pudiera exportar un total de 600 toneladas de volframio a Alemania, de las que había que restar las 300 toneladas suministradas en enero y que cubrían el suministro durante los seis primeros meses del año<sup>1095</sup>. Ante esta propuesta, Jordana insistió que era imposible para la parte española el aceptar un embargo de volframio hasta el mes de junio. Como alternativa, el ministro español ofreció la posibilidad de fijar el límite en 600 toneladas, pero permitiendo unas exportaciones de 60 toneladas para el periodo de abril a junio. Por otro lado, se mostró dispuesto a aceptar el resto de peticiones aliadas, informando a Hoare de la salida de las tropas españolas que combatían a los rusos. Jordana no ocultó su malestar al embajador británico:

*El Señor Ministro se siente descorazonado por la negativa de Washington ante la propuesta española, sin ni siquiera hacer una contrapropuesta. (...) El Señor Ministro insiste en que la propuesta española entraña una solución conveniente para los Aliados. (...) La contestación de Washington produce la consecuencia de que haya que volverse al punto de partida en las negociaciones, y en definitiva, al fin de las mismas*<sup>1096</sup>.

Hoare consideraba que la propuesta española era muy satisfactoria para los intereses aliados. Sin embargo, el Departamento de Estado norteamericano

---

<sup>1093</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 572-573.

<sup>1094</sup> Telegrama de Churchill a Roosevelt, 30 de marzo de 1944, CHAR 20/160/107-109.

<sup>1095</sup> HAYES, C. (1945): pág. 221.

<sup>1096</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 3 de abril de 1944, AMAE R2300/6.

no estaba dispuesto a permitir que se realizase ningún envío de volframio antes de junio. Tanto Hayes como Hoare pensaban que debía aceptarse la propuesta de Jordana, ya que cubría los objetivos básicos que se habían marcado los aliados, dando respuesta también al temor español de represalias alemanas y a su necesidad de salvar el orgullo patrio<sup>1097</sup>.

La nueva postura española motivó las quejas alemanas, a las que Jordana tuvo que hacer frente. Dieckhoff protestó enérgicamente por la suspensión del suministro de volframio. Jordana rechazó sus peticiones de reanudar los envíos, aunque reconoció el rigor jurídico de sus demandas, ya que suponían el incumplimiento de los acuerdos económicos alcanzados con Alemania. El ministro español explicó que las medidas de su gobierno se debían a una situación de extrema necesidad. Ante esta respuesta insatisfactoria, el embajador alemán se dirigió a Franco. Ante Dieckhoff, el dictador español, que no pudo ocultar sus simpatías hacia Alemania, mantuvo una posición firme:

*El Generalísimo, (...) manifiesta que supone que Alemania debe de tener importantes reservas de volframio, por las cantidades facilitadas por España y otros países. Que de no ser así, Alemania ha dado pruebas de gran imprevisión, pues de haberlo pedido en su momento hubiéramos facilitado incluso toda nuestra producción cuando nadie nos lo impedía. (...) El Generalísimo dio fin a la entrevista, dando seguridades al Embajador de que haremos cuanto podamos, como venimos haciendo hasta ahora, por beneficiar lo más posible que dentro de lo humano quepa a su país<sup>1098</sup>.*

El gobierno alemán, decepcionado con la postura española, comenzó un distanciamiento en las relaciones bilaterales. En aquellos momentos, el Tercer Reich bastante tenía con luchar por su propia supervivencia. En cualquier caso, el régimen franquista se dedicó a practicar su habitual doble juego. Por una lado, Jordana negociaba con los aliados, mientras que Carceller seguía suministrando volframio a los alemanes a través del contrabando.

En aquellos momentos, la realidad económica española era muy negativa y obligaba al régimen a suavizar su postura hasta hacerla aceptable a los aliados. A lo largo y ancho de España faltaban bienes básicos, como el trigo y el algodón, mientras que disminuían los ingresos estatales por la venta de volframio y el país quedaba paralizado por causa del embargo de petróleo. El 1 de febrero, el gobierno español ya había tenido que imponer el racionamiento de gasolina en el

---

<sup>1097</sup> El embajador estadounidense manifestó en sus Memorias que la postura de Hull le había dejado totalmente estupefacto. HAYES, C. (1945): pág. 222.

<sup>1098</sup> Extracto de la conversación mantenida por el Jefe del Estado con el Señor Embajador de Alemania el día 21 de abril de 1944. GÓMEZ-JORDANA, F. (2002): págs. 274-276.

país, prohibiéndose circular a todos los vehículos privados<sup>1099</sup>. Unos meses más tarde, la falta de gasolina motivaba que el desfile de la Victoria se celebrara sin la aparición de carros de combate<sup>1100</sup>. Por otra parte, el programa de compras preventivas aliadas se estaba quedando sin fondos. Las potencias anglosajonas habían continuado adquiriendo volframio español ininterrumpidamente, para intentar hacer más fácil a los españoles la decisión de suspender las exportaciones de dicho mineral a Alemania. Pero la situación financiera empeoró tanto a finales de abril, que la U.K.C.C. y la U.S.C.C. pidieron la suspensión de las compras de bienes españoles, renovando el interés por encontrar una solución al contencioso del volframio<sup>1101</sup>.

El mayor obstáculo para la búsqueda de un compromiso era la necesidad norteamericana de justificar un cambio de política ante la opinión pública en un año electoral. El Departamento de Estado se mantenía firme en su postura, lo que obligó a Churchill a escribir a Roosevelt el día 22 de abril para desbloquear la situación, recomendando aceptar la última oferta española. El premier británico llegó incluso a asumir personalmente la responsabilidad de la reanudación de los envíos de petróleo a España, sugiriendo que Gran Bretaña podía verse obligada a realizar dichos envíos para superar la grave situación que afrontaban<sup>1102</sup>. El *Foreign Office* apoyaba la política de su Primer Ministro, puesto que no deseaban ver que los americanos impusieran sus argumentos en España. Para evitar la ruptura del frente unido de Gran Bretaña y Estados Unidos, el presidente norteamericano decidió seguir la recomendación de sus aliados y aceptar la propuesta española de reducir sensiblemente el suministro de volframio, en lugar de establecer un embargo total y permanente<sup>1103</sup>.

De esta manera, la mediación británica logró que los estadounidenses permitieran que los españoles pudieran exportar una pequeña cantidad de volframio a Alemania hasta el mes de junio, aunque menor que la originalmente había propuesto Jordana. La insistencia británica tuvo su recompensa, fijándose rápidamente los términos del acuerdo. Jordana transmitió a Hoare el agrado de la Administración española por la mediación personal de Churchill:

*El señor Ministro manifiesta que ha visto con extraordinario agrado el esfuerzo realizado por el Jefe de Gobierno británico, al que hace alusión el señor Embajador, del cual, a su vez, se ha complacido en dar cuenta al Gobierno español. Agrega que considera de especial*

---

<sup>1099</sup> WIGG, R. (2005): pág. 204.

<sup>1100</sup> PRESTON, P. (1994): pág. 636.

<sup>1101</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 572-575.

<sup>1102</sup> Telegrama de Churchill a Roosevelt, 22 de abril de 1944, CHAR 20/163/11-12.

<sup>1103</sup> Telegrama de Roosevelt a Churchill, 25 de abril de 1944, CHAR 20/163/69.

*eficacia la intervención en las negociaciones de Mr. Churchill empleando su personal influencia y autoridad al suavizar las dificultades que pudieran haber surgido para que el Gobierno de Washington se decidiera a reconsiderar los términos del problema*<sup>1104</sup>.

Las tres partes involucradas hicieron público el texto del acuerdo el 2 de mayo. A cambio de reanudar los suministros de petróleo a España, el régimen de Franco se comprometía a limitar a 40 toneladas la exportación de volframio al Tercer Reich hasta el mes de junio y a 240 toneladas durante la segunda mitad del año. Además, el acuerdo rebasaba el ámbito económico, obligando a España a cumplir las reclamaciones aliadas referentes a la retirada de los españoles combatientes, al cierre del consulado alemán en Tánger y de la red de espionaje del Eje en el país, así como el aumento del control del contrabando de volframio<sup>1105</sup>.

Mientras que la Administración americana mostró cierta decepción por el acuerdo, los británicos lo consideraron como una victoria. Los estadounidenses estaban convencidos que todo lo logrado había sido gracias a su postura de firmeza. En el Departamento de Estado, se pensaba que España hubiera terminado cediendo de no ser por la protección británica. Hayes estaba furioso por la manera en la que se había resuelto la crisis y por el papel desempeñado por los británicos<sup>1106</sup>. La disputa entre Gran Bretaña y los Estados Unidos en el asunto del volframio puso de manifiesto las diferencias políticas existentes entre los aliados. Esta disputa escondía una creciente rivalidad comercial por el control del mercado español durante la posguerra. A Londres le interesaba reforzar su presencia en España y que el país se mantuviera en su órbita económica, como había sucedido antes de la guerra. Hoare se esforzó en presentar el acuerdo ante Jordana como un nuevo hito en las relaciones bilaterales:

*El señor Embajador estima que todo ello demuestra que, no obstante las diferencias políticas que en ocasiones puedan existir en sus sistemas internos respectivos, y los cambios que en los mismos ocurran o puedan en el futuro ocurrir, entre dos países de vieja tradición y larga y gloriosa historia como España y la Gran Bretaña, es siempre posible conseguir un acuerdo entre ellos cuando se trata de algo fundamental. El actual acuerdo, que se acaba de convenir, inaugura, sin duda, un nuevo capítulo en las relaciones económicas y políticas entre ambos países*<sup>1107</sup>.

La realidad para España era bien distinta. Gracias a la obstinación de Franco en no ceder a las demandas aliadas, la población española había sufrido durante meses un agravamiento de la carestía de alimentos. La prensa española no

---

<sup>1104</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 29 de abril de 1944, AMAE R2300/6.

<sup>1105</sup> Informe anual para 1944 redactado por la embajada británica en Madrid. FO 371/49589 Z9333/233/41. Las gestiones que condujeron al acuerdo pueden verse en GÓMEZ-JORDANA, F. (2002): págs. 283-287.

<sup>1106</sup> HAYES, C. (1945): págs. 225-231.

<sup>1107</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 2 de mayo de 1944, AMAE R2300/6.

informó de los detalles del acuerdo, presentando la reanudación de los suministros de petróleo como una victoria del Caudillo. Según escribió Jordana en su diario:

*Nuestra prensa, haciendo honor a su matiz falangista, quitando importancia a nuestra nota oficiosa y al indudable éxito diplomático de nuestra negociación. (...) En cambio no caben los titulares cuando algún camarada pronuncia sus dañinos discursos o realiza el acto más insignificante*<sup>1108</sup>.

Los alemanes protestaron por el acuerdo entre españoles y aliados. Ante las quejas de Dieckhoff, el dictador argumentó que le habían dado suficiente tiempo a Alemania para que almacenara volframio y que España no podía correr más riesgos por apoyar la causa del Tercer Reich<sup>1109</sup>. Durante los meses siguientes, la mayor preocupación aliada fue conseguir que las autoridades españolas cumplieran lo acordado respecto al control del contrabando de volframio. Como bien sabía Hoare, que el gobierno español hubiese aceptado el acuerdo, no quería decir que lo siguiera al pie de la letra.

A partir de entonces, la mayor preocupación aliada fue el contrabando de volframio desde España hasta territorio alemán. El gobierno español accedió a permitir que una serie de agentes se situaran en puertos de la costa del norte para que controlaran que no se introdujera volframio en barcos españoles para ser enviados a Alemania. Aunque el Ministerio de Exteriores estaba dispuesto a colaborar, no existía ningún mecanismo de control en la frontera para evitar el contrabando de dicho mineral. Por su parte, los españoles pidieron un aumento de los envíos de petróleo para aumentar sus reservas hasta los niveles de febrero, alrededor de 71.000 toneladas. Los norteamericanos aceptaron aumentar el nivel de reservas españolas hasta las 58.000 toneladas, lejos del máximo permitido por los aliados anteriormente de 94.250 toneladas de petróleo. Las cargas de crudo no debían superar las 14.000 toneladas mensuales, estimando un consumo normal español. Los americanos no tuvieron ninguna prisa en restablecer el suministro de petróleo a pesar de los esfuerzos de Jordana por desarrollar el acuerdo con los aliados<sup>1110</sup>.

Tras la firma del acuerdo, los británicos quisieron normalizar los intercambios comerciales con España, dada la necesidad británica de obtener hierro y potasio español, y con la intención de atender las demandas españolas para crear cierta buena voluntad en el seno del régimen franquista respecto a Gran Bretaña. Los británicos creían que un aumento del comercio con España ayudaría a llevar al

---

<sup>1108</sup> Anotación del día 2 de mayo de 1944. GÓMEZ-JORDANA, F. (2002): págs. 283-287.

<sup>1109</sup> PRESTON, P. (1994): págs. 637-638.

<sup>1110</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 577-578.



régimen franquista a la órbita aliada. En este contexto se entiende el discurso de Churchill del día 24 de mayo ante la Cámara de los Comunes, en el que defendió las negociaciones con España y en el que pareció elogiar la actitud de Franco. Churchill mencionó que España había compensado sus favores al Eje con su actitud durante la Operación *Torch*, destacando su resolución en permanecer fuera de la guerra y dando garantías de no injerencia en sus asuntos internos:

*Puesto que hoy pronuncio palabras amistosas sobre España, permitidme añadir que espero que España ejerza una fuerte influencia en la paz del Mediterráneo después de la guerra. Los problemas internos de España son asuntos de los propios españoles. No corresponde a nosotros - al Gobierno - mezclarnos en los asuntos de España. (...) Preveo crecientes buenas relaciones con España y un extremadamente fecundo comercio entre España y este país, comercio que confío aumentará incluso durante la guerra y se expandirá después de la paz*<sup>1111</sup>.

Con estas palabras Churchill intentaba defender los intereses británicos en el Mediterráneo y neutralizar al régimen franquista de cara a los desembarcos de Normandía. Sin embargo, su discurso produjo reacciones encontradas en los círculos políticos británicos y en los Estados Unidos. Ante el aluvión de críticas, Churchill tuvo que aclarar a Roosevelt el contenido de sus declaraciones. El premier británico aseguró que sólo había repetido sus palabras de 1940 y que su única intención era no tener a una España enemiga después de la guerra<sup>1112</sup>. Sin embargo, la gran diferencia respecto a 1940 era que entonces Gran Bretaña era un país que estaba contra las cuerdas, mientras que en 1944 estaba venciendo el combate. En Londres, el partido laborista discrepó públicamente de las opiniones de Churchill sobre el régimen franquista. La mayor parte de la opinión pública británica también estaba en contra de Franco y de todos sus actos<sup>1113</sup>.

Lo más significativo de la resolución de la crisis fue que supuso que los aliados renunciaran al uso de medidas de presión para forzar un cambio en la política del régimen franquista. La intervención de Churchill impidió un aislamiento internacional de Franco, cuyo régimen resultaba cada vez más anacrónico a medida que avanzaban las victorias aliadas en Europa. El Primer Ministro consideraba que no era necesario un cambio de política respecto a España, por muy diferente que fuera la situación en 1940, cuando se diseñó la política de apaciguamiento, y la de 1944, con los aliados a punto de derrotar a Alemania. Su objetivo era tener una Península Ibérica que estuviese bajo su tutela militar y económica después de la guerra. La posible redefinición de la postura aliada respecto a Franco se pospuso hasta después del éxito de la apertura del segundo frente en Europa.

---

<sup>1111</sup> CHURCHILL, Winston (1945): *Alba de Liberación*, discursos pronunciados por el primer ministro británico durante el año 1944, Barcelona, Los Libros de Nuestro Tiempo, págs. 91-93.

<sup>1112</sup> Telegrama de Churchill a Roosevelt, 4 de junio de 1944, CHAR 20/165/102-104.

<sup>1113</sup> WIGG, R. (2005): págs. 224-227.

Las palabras de Churchill fueron muy importantes para la consolidación del régimen franquista. Franco vio como los aliados no habían utilizado todos los medios que tenían a su disposición para eliminarle de la escena política. En lugar de extremar las medidas de presión, se habían mostrado dispuestos a negociar. La maquinaria de propaganda del dictador magnificó la importancia del discurso de Churchill, que apareció como un apoyo explícito del premier británico al régimen de Franco<sup>1114</sup>. El día 26 de mayo, el duque de Alba pidió reunirse con Eden para expresarle “gratitud” por las palabras del Primer Ministro. En la subsiguiente entrevista, el ministro británico no rectificó las palabras de Churchill<sup>1115</sup>. Mientras tanto, en Madrid se decía que Franco llevaba siempre consigo una copia de las manifestaciones de Churchill, que enseñaba a quien tuviera dudas sobre el futuro del régimen<sup>1116</sup>. Por otro lado, los republicanos en el exilio comenzaron a perder la esperanza de que los aliados intervinieran para cambiar la escena política en España.

En definitiva, los acuerdos de mayo supusieron un giro en la política exterior española que se tradujo en el inicio de una activa colaboración con los Estados Unidos y Gran Bretaña. Paralelamente, se fue produciendo un lento distanciamiento de la Alemania nazi, que fue aumentando al ritmo de sus derrotas militares. Llama la atención que la reacción del Consejo de Ministros ante el anuncio de Jordana de la consecución del acuerdo con los aliados que conseguía levantar el embargo de petróleo a España fuera recibido con extrema frialdad. Se comprende porque el ministro de Asuntos Exteriores era el único motor dentro de la Administración que defendía la neutralidad española en el conflicto, mientras que el resto de ministros, por su ideología o su falta de percepción de la realidad, tendían a resistirse a cambiar de política exterior.

#### **d) Los intercambios comerciales bajo la influencia de la guerra económica**

Las compras de acaparamiento de determinados productos estratégicos realizadas por los británicos (junto a los estadounidenses) en España, tuvieron su reflejo en los intercambios comerciales. Como puede verse en los cuadros adjuntos (Tablas 6 y 7), las ventas de minerales, materias térreas y sus derivados (clase I del arancel español) pasaron de representar un 12,8 por ciento de

---

<sup>1114</sup> Los medios del partido único destacaron que el discurso otorgaba a España un papel relevante después de la guerra, mostrando la simpatía de Churchill hacia el régimen franquista. Arriba, 25 de mayo de 1944.

<sup>1115</sup> Mensaje de Alba a Jordana, 30 de mayo de 1944, PL Caja 2ª, nº 5.

<sup>1116</sup> WIGG, R. (2005): pág. 226.

media entre 1940 y 1941, a suponer casi un 60 por ciento de media desde 1942 hasta 1944. Por el contrario, las exportaciones de productos alimenticios (clase XII) redujeron su importancia relativa desde un 67,9 por ciento en el período 1940-1941 hasta un 15,8 por ciento en el período 1942-1944.

Las importaciones españolas procedentes de Gran Bretaña estaban encabezadas por los productos químicos y sus derivados (clase VI), cuya participación media creció del 21,9 por ciento en el período 1940-1941 hasta el 43,6 por ciento durante el período 1942-1944. A continuación estaban los minerales, materias térreas y sus derivados (clase I) con una participación media del 31,8 por ciento durante 1942-1944, frente al 25,4 por ciento del período anterior. Dichas categorías, conjuntamente representaban más del 75 por ciento de las compras realizadas a Gran Bretaña. De nuevo, la partida de productos alimenticios, comestibles y bebidas (clase XII) se encontraba a gran distancia de las anteriores, con una participación media del 6,8 por ciento durante 1942-1944.

Las compras aliadas de minerales, unidas a las limitaciones en las importaciones, utilizadas por Gran Bretaña para presionar a España, hicieron que el comercio bilateral arrojase un importante superávit a favor de nuestro país. Si en 1941, el superávit comercial fue de 6 millones de dólares, en 1944 alcanzó los 70 millones de dólares. Convirtiéndose de esta forma en una de las principales fuentes de divisas libres para la economía española, a pesar de que una parte del comercio tuvo que realizarse en el marco del clearing hispano-británico. Parte del superávit se aplicó a la reconstrucción de las reservas de oro del Banco de España, adquiriéndose 1.226 lingotes al Banco de Inglaterra<sup>1117</sup>.

Tras el final de las campañas de guerra económica aliada, la estructura de las exportaciones españolas a Gran Bretaña volvió a equilibrarse. De este modo, en 1945 la partida de minerales pasó a representar un 47,3 por ciento, y los productos alimenticios crecieron hasta un 41 por ciento. Respecto a las importaciones españolas procedentes de Gran Bretaña, éstas continuaron dominadas por los productos químicos y sus derivados (clase VI), cuya participación en 1945 fue del 39,4 por ciento; metales y sus manufacturas (clase IV) con una participación media del 15,8 por ciento en 1945, frente a un 1,8 por ciento en el período 1942-1944; minerales, materias térreas y sus derivados (clase I) que decrecieron de un 31 por ciento de media en 1942-1944 hasta un 15 por ciento en 1945 y maquinaria, aparatos y vehículos (clase V) con una participación media del 13,1 por ciento.

---

<sup>1117</sup> MARTIN ACEÑA, P. (2001): pág. 88.

Tabla 6

**IMPORTACIONES ESPAÑOLAS DE ORIGEN BRITANICO 1942 - 1945**

En dólares

**A) En valor absoluto**

	<b>Producto</b>	<b>1942</b>	<b>1943</b>	<b>1944</b>	<b>1945</b>	<b>Total (1942-1944)</b>
I	Minerales, materias térreas y sus derivados	4.010.661	3.563.663	1.355.716	1.773.953	8.930.040
II	Maderas y otras materias vegetales empleadas en la industria	51.423	9.742	1.750	15.123	62.915
III	Animales y sus despojos	46.836	92.167	65.225	231.404	204.228
IV	Metales y sus manufacturas	149.680	81.846	274.989	1.871.280	506.515
V	Maquinaria, aparatos y vehículos	733.857	658.697	757.828	1.549.708	2.150.382
VI	Productos químicos y sus derivados	2.996.203	5.256.685	4.022.893	4.658.596	12.275.781
VII	Papel y sus manufacturas	65.554	77.951	48.089	379.621	191.594
VIII	Algodón y sus manufacturas	379.115	63.969	16.567	18.324	459.651
IX	Cáñamo, lino, pita, yute y demás fibras textiles vegetales y sus manufacturas	14.414	6.488	5.389	19.098	26.291
X	Lanas, crines, pelos y sus manufacturas	18.384	53.903	3.631	5.056	75.918
XI	Sedas y sus manufacturas	29.805	75	177.212	5.071	207.092
XII	Productos alimenticios, comestibles y bebidas	1.228.148	357.403	321.837	684.466	1.907.388
XIII	Varios	166.674	58.156	901.165	606.581	1.125.995
	<b>Total</b>	<b>9.890.754</b>	<b>10.280.745</b>	<b>7.952.291</b>	<b>11.818.281</b>	<b>28.123.790</b>

**B) En porcentaje sobre el total**

	<b>Producto</b>	<b>1942</b>	<b>1943</b>	<b>1944</b>	<b>1945</b>	<b>Total (1942-1944)</b>
I	Minerales, materias térreas y sus derivados	40,5%	34,7%	17,0%	15,0%	31,8%
II	Maderas y otras materias vegetales empleadas en la industria	0,5%	0,1%	0,0%	0,1%	0,2%
III	Animales y sus despojos	0,5%	0,9%	0,8%	2,0%	0,7%
IV	Metales y sus manufacturas	1,5%	0,8%	3,5%	15,8%	1,8%
V	Maquinaria, aparatos y vehículos	7,4%	6,4%	9,5%	13,1%	7,6%
VI	Productos químicos y sus derivados	30,3%	51,1%	50,6%	39,4%	43,6%
VII	Papel y sus manufacturas	0,7%	0,8%	0,6%	3,2%	0,7%
VIII	Algodón y sus manufacturas	3,8%	0,6%	0,2%	0,2%	1,6%
IX	Cáñamo, lino, pita, yute y demás fibras textiles vegetales y sus manufacturas	0,1%	0,1%	0,1%	0,2%	0,1%
X	Lanas, crines, pelos y sus manufacturas	0,2%	0,5%	0,0%	0,0%	0,3%
XI	Sedas y sus manufacturas	0,3%	0,0%	2,2%	0,0%	0,7%
XII	Productos alimenticios, comestibles y bebidas	12,4%	3,5%	4,0%	5,8%	6,8%
XIII	Varios	1,7%	0,6%	11,3%	5,1%	4,0%
	<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>

Fuente: Estadísticas del comercio especial de la Dirección General de Aduanas

Tabla 7  
**EXPORTACIONES ESPAÑOLAS A GRAN BRETAÑA 1942 - 1945**  
 En dólares

**A) En valor absoluto**

	<b>Producto</b>	<b>1942</b>	<b>1943</b>	<b>1944</b>	<b>1945</b>	<b>Total (1942-1944)</b>
I	Minerales, materias térreas y sus derivados	3.278.882	25.153.544	55.288.366	39.700.703	83.720.792
II	Maderas y otras materias vegetales empleadas en la industria	1.014.121	262.707	824.983	1.194.423	2.101.811
III	Animales y sus despojos	6.481.165	9.194.491	396.004	221	16.071.660
IV	Metales y sus manufacturas			71	387	71
V	Maquinaria, aparatos y vehículos	3.462	16.834		53.404	20.296
VI	Productos químicos y sus derivados	3.297.412	2.100.608	5.012.901	5.547.819	10.410.921
VII	Papel y sus manufacturas			22	6	22
VIII	Algodón y sus manufacturas	295.729		718.545		1.014.274
IX	Cáñamo, lino, pita, yute y demás fibras textiles vegetales y sus manufacturas	528			2.574	528
X	Lanas, crines, pelos y sus manufacturas	3.974.704	995.110	572.633	2.976.723	5.542.447
XI	Sedas y sus manufacturas	83.889	32.633	23.850	68.953	140.372
XII	Productos alimenticios, comestibles y bebidas	5.060.077	2.077.046	15.150.729	34.419.579	22.287.852
XIII	Varios	1.923			207	1.923
	<b>Total</b>	<b>23.491.892</b>	<b>39.832.973</b>	<b>77.988.104</b>	<b>83.964.999</b>	<b>141.312.969</b>

**B) En porcentaje sobre el total**

	<b>Producto</b>	<b>1942</b>	<b>1943</b>	<b>1944</b>	<b>1945</b>	<b>Total (1942-1944)</b>
I	Minerales, materias térreas y sus derivados	14,0%	63,1%	70,9%	47,3%	59,2%
II	Maderas y otras materias vegetales empleadas en la industria	4,3%	0,7%	1,1%	1,4%	1,5%
III	Animales y sus despojos	27,6%	23,1%	0,5%	0,0%	11,4%
IV	Metales y sus manufacturas	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
V	Maquinaria, aparatos y vehículos	0,0%	0,0%	0,0%	0,1%	0,0%
VI	Productos químicos y sus derivados	14,0%	5,3%	6,4%	6,6%	7,4%
VII	Papel y sus manufacturas	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
VIII	Algodón y sus manufacturas	1,3%	0,0%	0,9%	0,0%	0,7%
IX	Cáñamo, lino, pita, yute y demás fibras textiles vegetales y sus manufacturas	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
X	Lanas, crines, pelos y sus manufacturas	16,9%	2,5%	0,7%	3,5%	3,9%
XI	Sedas y sus manufacturas	0,4%	0,1%	0,0%	0,1%	0,1%
XII	Productos alimenticios, comestibles y bebidas	21,5%	5,2%	19,4%	41,0%	15,8%
XIII	Varios	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
	<b>Total</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>	<b>100,0%</b>

Fuente: Estadísticas del comercio especial de la Dirección General de Aduanas

### 3. El acercamiento español a los aliados

Durante las semanas siguientes a la firma de los acuerdos de mayo, la mayor parte del tiempo de los representantes aliados en España se dedicó a la supervisión del cumplimiento de los mismos. Los británicos no apreciaban ningún interés español en que se cumplieran, por lo que multiplicaron sus protestas. Realmente, los españoles eran los únicos responsables de las continuas quejas aliadas, por su retraso en cumplir lo acordado. A mediados de mayo, Yencken reclamó una fecha definitiva para la retirada del cónsul alemán de Tánger, especialmente para poder tranquilizar a la opinión pública británica. Jordana se negó en rotundo a precisar una fecha concreta, aduciendo que era ofensivo para la dignidad española, pero se comprometió a llevarlo a cabo en un plazo prudencial<sup>1118</sup>. El ministro español inmediatamente telegrafió al Alto Comisario en Marruecos para que se les concediera a los alemanes una semana para evacuar la ciudad<sup>1119</sup>. El cierre del consulado alemán en Tánger fue celebrado por los británicos como una nueva victoria sobre el Eje.

Tras cosechar el éxito, Hoare regresó a Londres para disfrutar de un permiso y recibir honores por el desarrollo de su misión. El embajador recibió el título de vizconde de Templewood como reconocimiento a su labor en España. Lamentablemente, a los pocos días de su visita, recibía la noticia que Yencken, su máximo colaborador, había muerto en un accidente de aviación cuando se dirigía a Barcelona a supervisar un intercambio de prisioneros. Esta tragedia aceleró su vuelta a Madrid, ya que la desaparición del ministro plenipotenciario obligaba a que el embajador estuviese presente para garantizar el funcionamiento de la misión diplomática. Antes de su regreso, Hoare fue instruido por el *Foreign Office* acerca de la necesidad de rectificar el discurso de Churchill ante las autoridades españolas<sup>1120</sup>. El embajador volvió a Madrid volando directamente desde Londres, inaugurando un servicio aéreo que unía ambas ciudades.

A comienzos de junio, Hoare se reunió con Jordana, al que trasladó el agradecimiento del Rey y del gobierno británico por los honores tributados a Yencken tras su súbito fallecimiento. Un exultante Jordana le manifestó que las relaciones entre sus respectivos países habían mejorado gracias a las declaraciones del Primer Ministro británico. Hábilmente, el embajador reinterpretó las palabras de Churchill, quien había dejado claro la no interferencia en los asuntos españoles. En este sentido, le señaló a Jordana que:

---

<sup>1118</sup> Conversación entre Jordana y Yencken, 15 de mayo de 1944, AMAE R2300/6.

<sup>1119</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 519-520.

<sup>1120</sup> WIGG, R. (2005): pág. 232.

*Sería una grave equivocación que se sugiera en España que las palabras pronunciadas por el Primer Ministro británico, en su trascendental discurso, hayan intentado dar soporte a ningún régimen, sino que han sido exclusivamente empleadas para dar cuenta al país del estado real de las relaciones entre Gran Bretaña y España, sin pretender intervenir para nada en el régimen interno de otra nación, ni tampoco ayudar a ninguno en particular*<sup>1121</sup>.

Hoare, llegó más lejos al afirmar que la opinión pública británica veía con “universal suspicacia y desagrado” al régimen falangista español y que desaprobaban que su Gobierno estrechara lazos con “un régimen totalitario”. Jordana negó que el régimen franquista pudiese ser calificado de totalitario, explicando que “cada país tiene sus características y cada momento sus exigencias”. Por otro lado, el ministro español ofreció la participación española en el “baluarte fortísimo” que pudiera desplegar Gran Bretaña con Francia en Europa frente a la amenaza comunista.

Al día siguiente de su entrevista con Jordana, Hoare envió a todos los cónsules instrucciones para aclarar la postura británica y para que manifestaran en sus respectivas regiones el profundo rechazo de la opinión pública de su país al totalitarismo, afirmando que la actitud británica hacia cualquier gobierno español dependía de su comportamiento <sup>1122</sup>. El embajador estaba implícitamente desautorizando las palabras de su Primer Ministro sobre el régimen de Franco.

Antes de que se produjera el desembarco aliado en Normandía, los embajadores de las potencias anglosajonas dejaron clara la incompatibilidad entre el régimen de Franco y el futuro de Europa en la posguerra. Los aliados no disminuyeron su presión sobre el régimen franquista, acrecentándose el número de exigencias que debía cumplir España. El 5 de junio, Hoare volvió a entrevistarse con Jordana, reiterando sus peticiones respecto a lo acordado en mayo, especialmente en lo referente a la expulsión de los agentes alemanes, y exigiendo que se concedieran facilidades a los aliados en Barcelona para que pudieran evacuar heridos del sur de Francia y utilizar el puerto de dicha ciudad para distribuir alimentos a la población francesa<sup>1123</sup>. Estas mismas peticiones habían sido también transmitidas anteriormente por Hayes al ministro español<sup>1124</sup>.

Por su parte, el embajador estadounidense siguió insistiendo en la necesidad de suspender las exportaciones de volframio a Alemania. El 6 de junio, se entrevistó con Franco antes de ser relevado. En dicha conversación, Hayes insistió en la necesidad de que España cambiase la orientación de su política exterior, ante

---

<sup>1121</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 1 de junio de 1944, AMAE R1372/22.

<sup>1122</sup> Mensaje de Hoare a los cónsules británicos en España, FO 371/39669, 2 de junio de 1944, C7456.

<sup>1123</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 5 de junio de 1944, AMAE R2300/6.

<sup>1124</sup> HAYES, C. (1945): pág. 240.

la marcha de las operaciones militares que parecían presagiar un final de la guerra en 1944. La respuesta de Franco fue que “las guerras largas pueden dar muchas sorpresas”, mencionando la existencia de armas secretas en poder de los alemanes que podían cambiar el curso de la contienda. Sin embargo, Hayes pudo observar como el dictador no creía ya en la victoria alemana. A continuación, Franco insistió en su discurso sobre el peligro de la expansión comunista en Europa Central y la necesidad de que los aliados lo impidieran<sup>1125</sup>.

Ese mismo día, tropas aliadas desembarcaban en las costas de Normandía, en el norte de Francia. Diez divisiones estadounidenses, británicas y canadienses consiguen establecer cabezas de puente, abriendo un segundo frente en Europa por el Oeste. Durante las siguientes semanas, el esfuerzo aliado se concentró en desembarcar hasta 1 millón de tropas en suelo francés, consiguiendo romper el frente alemán en el mes de julio. A finales del mes de agosto, los ejércitos aliados llegaban hasta el río Sena y liberaban París. El Tercer Reich tenía que hacer frente a una nueva amenaza que se combinaba con el imparable avance del Ejército Rojo en el Este, que ya había liberado Bielorrusia, Ucrania y combatía en Polonia. Franco no pareció apreciar el significado de la invasión aliada de Europa. El dictador estuvo cazando la mayor parte del tiempo durante los primeros días de la ofensiva. Franco no consideraba que la operación fuera decisiva, puesto que conservaba la esperanza que las nuevas armas alemanas cambiarían el curso de la guerra. Incluso después del desembarco, la prensa falangista seguía defendiendo la invencibilidad del Tercer Reich. En Madrid, se exageraba la eficacia de las bombas volantes alemanas y se interpretaban las dificultades del Ejército alemán como un ardid para acortar las líneas de comunicaciones, atraer al enemigo y destruirlo con nuevos medios bélicos<sup>1126</sup>.

El cambio en la fortuna de la guerra permitía a los británicos mantener una actitud más firme respecto a la política exterior franquista, después de tener que soportar durante muchos meses la parcial interpretación que los españoles daban a la neutralidad. En su reunión con Franco el día 12 de junio, Hoare se quejó duramente de la existencia de contrabando de volframio y de la falta de cooperación española en el control del mismo. La embajada conocía perfectamente la extensión de las prácticas de contrabando en España, como muestra que se quejaron porque cuatro camiones habían cruzado a Francia por la zona de Irún el día 28 de mayo cargados de volframio. El embajador también recordó que el régimen se había comprometido a expulsar a todos los agentes alemanes que operaban en España, lo que aún no se había producido. A continuación, Hoare intentó sin éxito disuadir a

---

<sup>1125</sup> HAYES, C. (1945): págs. 242-245.

<sup>1126</sup> Arriba, 30 de julio de 1944; 1, 5, 13 y 27 de agosto de 1944.



Franco de que las palabras de su Primer Ministro no suponían una declaración de apoyo a su régimen, protestando por la tergiversación que la prensa española había hecho del discurso de Churchill. Además, le planteó al dictador que tanto su gobierno como la opinión pública detestaban al falangismo. En palabras del embajador británico:

*Sin embargo, no se puede ocultar el hecho que mucha gente en la Gran Bretaña, y no poca en el Parlamento, desconfía de la posibilidad en las presentes circunstancias de unas buenas relaciones entre nuestros dos países, y especialmente duden de que la Gran Bretaña pueda tener relaciones amistosas con un país que en un tiempo reciente se identificó de una manera clara con los principios y programas de nuestros enemigos en Europa, y sostiene un criterio igualmente escéptico por lo que se refiere al acuerdo suscrito por el Gobierno español con los gobiernos británico y norteamericano en 2 de mayo último. (...) Cómo era posible que la Gran Bretaña y Estados Unidos pudieran sostener buenas relaciones con un país en que existía el falangismo que tanta similitud y puntos de contacto tenía con el nazismo y fascismo (...) Aunque el Gobierno británico no tiene la menor intención de intervenir en los asuntos españoles, es indudable que el falangismo por su identificación con el aspecto totalitario del Eje, ha de irrogar perjuicios a las relaciones españolas en opinión pública británica<sup>1127</sup>.*

Franco captó las alusiones a su régimen y destacó que el falangismo era radicalmente distinto al fascismo. El dictador siguió la línea marcada por Jordana, agradeciendo las frases de agradecimiento del Primer Ministro británico respecto a España y reiterando la voluntad del gobierno español de cumplir el acuerdo. Además, aprovechó la reunión para instar a Gran Bretaña a liderar un bloque europeo contra la Unión Soviética:

*Hay muchos puntos de contacto entre los intereses de Gran Bretaña y de España, y podemos mutuamente ayudarnos en estas coincidencias en beneficio de Europa, pues salvando a la civilización europea se salvará la civilización del mundo. Nosotros somos anti-comunistas, y tenemos que serlo por convencimiento y por experiencia por todo lo que ha pasado. A pesar de lo que se diga no creemos en la conversión de Rusia. (...) es muy grave el peligro de que Rusia se acerque a Occidente. Y aún la misma Inglaterra podría sufrir las consecuencias de ello, primero en el Mediterráneo, y luego en otros lugares y en la propia metrópoli. No se deben establecer relaciones con Rusia, pues siempre encuentra medio de ir dando la vuelta a sus propósitos<sup>1128</sup>.*

Los británicos no se mostraron satisfechos con las palabras de Franco. Durante los meses siguientes, Hoare y su personal protestaron periódicamente por la continua presencia de agentes alemanes en España. En el mes de julio, todavía estaban presentes en España 201 agentes alemanes de la lista de 220 que la embajada británica había presentado en mayo. A finales del año, todavía 68 operaban con total libertad por el país. La indiferencia y el obstruccionismo de otros departamentos de la Administración permitían que la situación perdurara, mientras

---

<sup>1127</sup> Conversación entre Franco y Hoare en presencia de Jordana, 12 de junio de 1944, AMAE, R1372/22.

<sup>1128</sup> Conversación entre Franco y Hoare en presencia de Jordana, 12 de junio de 1944, AMAE, R1372/22.

“los agentes alemanes jugaban amablemente al ratón y al gato con la policía española”<sup>1129</sup>. A pesar de las protestas aliadas, los puestos de observación alemanes y los radares se mantuvieron hasta el final de la guerra.

A pesar de ello, el deseo de aferrarse al poder hizo que Franco cambiara su postura y buscara un cierto acercamiento a los aliados. Para evitar nuevos incidentes relacionados con el contrabando de volframio que sirvieran de excusa a los americanos para volver a suspender los envíos de petróleo, los españoles empezaron a cumplir la mayoría de las demandas británicas. El primer paso fue la suspensión de las cuotas de exportación de volframio a Alemania para los meses de junio y julio, que no compensaban las más de 400 toneladas que los alemanes habían conseguido pasar a Francia mediante contrabando<sup>1130</sup>.

El 14 de junio Hoare volvió a reunirse con Jordana para revisar el avance en el cumplimiento de los acuerdos de mayo. El tono de la conversación fue más cordial, por la sintonía existente entre ambos. El ministro español aceptó las facilidades a los aliados en Barcelona e indicó al embajador británico que ya habían sido expulsados setenta y nueve agentes alemanes. Además, prometió investigar la falta de colaboración del Alto Comisario de Marruecos en el cumplimiento de los acuerdos de mayo. Significativamente, Jordana elogió las operaciones aliadas en Normandía, sugiriendo una vez más la posibilidad de hacer un bloque con Gran Bretaña y Francia después de la guerra<sup>1131</sup>.

La buena relación entre ambos motivó que Hoare planteara a Jordana la espinosa cuestión de la incompatibilidad de los aliados con el régimen franquista. El día 30 de junio le recomendó al ministro español que se procediera con la restauración monárquica para evitar que los rusos impusieran un gobierno de izquierdas al final de la guerra. Esta confidencia se apartaba de la línea oficial establecida por el *Foreign Office* que consideraba que la forma de gobierno en España era una cuestión puramente interna en la que Gran Bretaña no debía inmiscuirse<sup>1132</sup>. La reacción del ministro fue remitir una carta privada a Hoare en la que le advertía que:

*He reflexionado sobre la conversación provocada por el señor Embajador en la casa de los Condes de la Maza e insisto en que la cuestión planteada tiene tal gravedad que no puedo menos de aconsejar al Embajador y al General Torr, que asistió a ella, la mayor discreción. (...) por muchas que sean las salvedades hechas por el Embajador, todo el mundo supondrá que trataba de inmiscuirse en nuestra política interior, lo que desvirtúa totalmente las declaraciones de*

---

<sup>1129</sup> HOARE, S. (1946): pág. 268.

<sup>1130</sup> LEITZ, Christian (1998): pág. 270.

<sup>1131</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 14 de junio de 1944, AMAE R2300/6.

<sup>1132</sup> GÓMEZ-JORDANA, F. (2002): pág. 294.

*Mr. Churchill. (...) Esto no favorece a nadie y menos a la Embajada y a su país; y en cuanto a la instauración de la Monarquía, nada puede perjudicar más que el que abogue por ella un país extranjero*<sup>1133</sup>.

En el discurso del octavo aniversario del alzamiento militar, Franco cambió el tono de sus declaraciones, evitando hacer referencias a la Falange y a la Monarquía, centrándose en los grandes logros de su gobierno. El dictador rechazó las críticas extranjeras a su sistema político, aduciendo que la democracia más elevada era “seguir las prácticas del Evangelio”, que era precisamente lo que hacían en España. Con esta afirmación, estaba intentando identificar su régimen con el catolicismo, haciéndolo más aceptable para los aliados. Franco hizo veladas referencias a la introducción de posibles reformas políticas en España, aunque sin dar plazos concretos. Respecto a la guerra, el dictador pidió a las potencias beligerantes una solución pacífica al conflicto<sup>1134</sup>. Sus llamamientos a la paz, se presentaban como un servicio a la humanidad, pero no buscaban otra cosa que evitar la derrota total de Hitler y asegurar su permanencia en el poder. Lógicamente, los aliados hicieron caso omiso de su llamada a la paz, ya que tenían decidido lograr la derrota incondicional de Alemania.

En la subsiguiente celebración de la Fiesta Nacional en el palacio de la Granja se produjo un incidente que provocó una reacción airada de Hoare. El embajador había estado sentado en primera fila cerca del Caudillo, en un intento de honrar su presencia en el convite y en claro contraste con ocasiones anteriores. A su lado se encontraba la mujer del general Asensio, ministro del Ejército, que no le dirigió la palabra en toda la noche. Para colmo, la señora acabó sentando al embajador alemán a su lado, mostrando su preferencia sobre el embajador británico. Un indignado Hoare obligó a todos los diplomáticos de su país a que abandonasen la recepción. Su actuación suponía una ofensa al Jefe de Estado español y tensaba las relaciones entre los dos países. Parecía un pretexto para enturbiar las relaciones bilaterales y no cuadraba con el aplomo con el que el embajador había sufrido anteriormente provocaciones similares. A los pocos días, Hoare se quejó del incidente ante Jordana, amenazando con no volver a asistir a ningún acto oficial. La contestación del ministro español fue un duro reproche al embajador británico por su falta de educación:

*Respecto a la cuestión de la esposa del señor Ministro del Ejército, general Asensio, debe hacer constar que dicha señora padece una enfermedad de oídos que la imposibilita de percibir ningún ruido sin el empleo de un aparato especial, que por cierto no funcionaba. Si no atendió debidamente al señor Embajador es indudable que lo hizo porque no le oía. (...) ruega al señor Embajador que reflexione sobre el hecho de que abandonara la Residencia del Generalísimo*

---

<sup>1133</sup> Carta de Jordana a Hoare, 1 de julio de 1944, AMAE R1372/22.

<sup>1134</sup> Arriba, 18 de julio de 1944.

*ante la expectación de todas las personas allí presentes, las más representativas de toda España, sin despedirse del Jefe del Estado, ni de la señora de la casa en que estaba invitado*<sup>1135</sup>.

El hecho de que la mujer en cuestión fuera sorda y tuviera el audífono estropeado, no supuso una remisión en las protestas de Hoare, que consideró el asunto como un “insulto público”. Al margen del incidente, el embajador británico volvió a quejarse por la falta de cumplimiento de los acuerdos de mayo respecto a los espías alemanes. Hoare indicó que la explicación probablemente se encontraba en “la influencia del Gobierno alemán y de la GESTAPO en España”. Pidió ver una lista con los nombres de los agentes alemanes expulsados, demostrando no creer a su interlocutor respecto a dicho asunto. El embajador volvió a protestar por el contrabando de volframio y la existencia de depósitos alemanes de dicho mineral en la frontera franco-española. Finalmente, afirmó que la situación en las relaciones bilaterales era crítica por la actitud española, amenazando con que los acuerdos de mayo podían quedarse en papel mojado.

Para desesperación de Hoare, la situación no mejoró en las semanas siguientes, aunque no hubo ningún otro incidente que empeorara las relaciones bilaterales. A finales de julio, el embajador británico repitió la larga lista de reproches a Jordana, que incluía el contrabando de volframio, el lento desmantelamiento de la red de espionaje alemán y las escasas facilidades otorgadas a la conexión aérea entre Gran Bretaña y España<sup>1136</sup>. Jordana le manifestaba continuamente a Hoare su voluntad de cumplir sus demandas y de acabar con la red de espionaje alemana. Pero la realidad demostraba que muchos militares y funcionarios seguían colaborando con el Eje. A pesar de la declaración de neutralidad, se mantenía una actitud de no-beligerancia en muchos sectores, incluida la Falange. España se resistía a ser neutral.

Después de meses de protestas británicas, a finales de julio los españoles comenzaron a incautar todo el volframio alemán almacenado en Irún y Campana y a luchar contra el contrabando de dicho mineral. Un mes después, más de 1.000 toneladas de dicho mineral se encontraban depositadas en Madrid bajo custodia policial. Por otro lado, seis agentes de la Guardia Civil fueron expulsados del Cuerpo y un teniente fue encerrado en una fortaleza por el incidente del día 28 de mayo. A principios de agosto, Jordana anunciaba la suspensión de la cuota alemana de volframio para dicho mes. Todos estos gestos llegaron muy tarde, ya que a finales de agosto, la llegada de las tropas aliadas a la frontera española

---

<sup>1135</sup> Conversación entre Jordana y Hoare, 19 de julio de 1944, AMAE R2300/6. Pueden verse las impresiones de Jordana en GÓMEZ-JORDANA, F. (2002): pág. 297. Curiosamente, este embarazoso incidente no aparece en las Memorias de Hoare.

<sup>1136</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 528.

interrumpió las comunicaciones entre España y Alemania, reduciendo dramáticamente el comercio entre ambos países y poniendo fin a los envíos de volframio. Lamentablemente para las arcas del régimen, los aliados no estaban dispuestos a seguir comprando dicho mineral. El día 15 de junio habían suspendido las compras de volframio, negándose a cumplir las garantías que habían pedido los españoles para que continuaran sus adquisiciones si se producía alguna restricción de las exportaciones a Alemania. Esta petición fue hecha para evitar un súbito colapso de dicha industria y de los impuestos y moneda extranjera ligados a la misma. Cuando los aliados dejaron de comprar volframio se produjo el colapso total de dicho mercado<sup>1137</sup>. Después de 3 años, la guerra por el volframio había terminado.

A comienzos de agosto, Jordana fallecía en San Sebastián, víctima de una angina de pecho. Su salud se había deteriorado por un accidente de caza que se produjo el 23 de julio y por el exceso de trabajo tras la crisis del volframio. En lugar de descansar continuó trabajando y el accidente terminó por costarle la vida. El ministro había sido capaz de dar un giro significativo a la política exterior española después de la época germanófila de Serrano Suñer. Hoare tuvo palabras de elogio para Jordana, con quien había mantenido una relación cordial. Según el embajador, el ministro español había sido una persona honesta y trabajadora, destacando por su orientación anglófila y monárquica<sup>1138</sup>. Desde el comienzo de su labor al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores, le manifestó a Hoare su creencia en la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial, ganándose su confianza. Precisamente, uno de los errores del embajador británico fue confiar demasiado en Jordana, que era absolutamente leal a Franco. Hayes también lamentó el fallecimiento del ministro español, destacando su patriotismo y su tendencia pro-aliada en materia exterior<sup>1139</sup>. Curiosamente, el dictador se mostró impasible ante su muerte, asistiendo a una fiesta el propio día de su fallecimiento. Franco no se dignó en atender el funeral de Jordana y la prensa evitó incluir una reseña sobre su figura hasta que apareció en los diarios españoles la traducción del tributo que Hoare le dedicó en la edición británica del diario *Times*<sup>1140</sup>.

El momento de la muerte de Jordana se produjo en un momento muy significativo en la marcha de la guerra, ya que la victoria de los aliados parecía clara. Este luctuoso acontecimiento le brindaba a Franco la oportunidad de romper definitivamente con el Eje y mostrarse más favorable a los aliados. Con el

---

<sup>1137</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 578-581.

<sup>1138</sup> HOARE, S. (1946): págs. 269-271.

<sup>1139</sup> HAYES, C. (1945): pág. 247.

<sup>1140</sup> Necrológica, *The Times*, Londres, 4 de agosto de 1944.

nombramiento del sucesor de Jordana podía mandar un mensaje claro y rotundo a los aliados de cambio de tendencia dentro de su régimen. El paso más obvio era la elección de un hombre que fuese neutralista como el anterior ministro y cuyo pasado no estuviera marcado por su afinidad al fascismo.

El sustituto de Jordana fue José Félix de Lequerica, que había sido embajador en Vichy durante la guerra y que había intermediado entre Francia y Alemania a la hora de firmar el armisticio de 1940. Su nombramiento fue una sorpresa, puesto que no se trataba de un monárquico moderado, sino de un franquista, más cerca de la derecha autoritaria que del fascismo. Inteligente y culto, la anécdota por la que se definió a sí mismo como “carguista” (en lugar de carlista) expresa claramente su habitual cinismo. Hoare le definió como “très arribiste”, aplicándole la frase de Stendhal de “un homme qui digère” (es un hombre que digiere), significando que no tenía reparos en adular, ni escrúpulos en cambiar de opinión y defender puntos de vista completamente distintos sobre el mismo asunto. El embajador británico le describió como un hombre culto al que su pasado le incapacitaba para el puesto. Según Hoare, “su pasado era demasiado para su digestión”<sup>1141</sup>.

Su nombramiento no causó buena impresión en el embajador británico, ya que le tenía por anglófobo. Prueba de ello, fue el cese de Pan y Soraluze, el secretario que tan fielmente había apoyado la labor neutralista de Jordana, en cuanto llegó al Ministerio. Hay que señalar que Lequerica había creído en la victoria final de Alemania hasta los desembarcos de Normandía. Para Hoare, su presencia en el Ministerio de Exteriores indicaba que Franco estaba dispuesto a permanecer en el poder con el apoyo de Falange<sup>1142</sup>. Como Jordana, Lequerica mantuvo a Franco bien informado del desarrollo de la política exterior, aunque a diferencia de éste, no ofrecía sugerencias sobre la línea a seguir, limitándose a actuar como correa transmisora de las ideas de Franco. Otro contraste con su predecesor fue su menor capacidad de trabajo, ya que no llevó tan puntualmente como Jordana las labores burocráticas del ministerio<sup>1143</sup>. Por otro lado, el nombramiento contribuyó a resolver el problema de las relaciones españolas con la Francia de Vichy, evitando sustituir a Lequerica, aunque se siguió en contacto con ella hasta su disolución.

El nuevo ministro impulsó una política de alejamiento del Eje y de acercamiento a los Estados Unidos. Desde el primer momento, se mostró ante los embajadores anglosajones como el garante de la neutralidad española. En paralelo, Lequerica, lanzó una campaña para desmitificar el carácter fascista del régimen de

---

<sup>1141</sup> HOARE, S. (1946): págs. 273-274.

<sup>1142</sup> HOARE, S. (1946): págs. 273-274.

<sup>1143</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 542-546.

Franco y contrarrestar la negativa imagen que tenía la opinión pública extranjera. En este sentido, se dedicó a minimizar la ayuda prestada a Alemania, afirmando que si la Falange era verdaderamente un partido pro-nazi, España hubiese entrado en guerra en 1940 ó 1941. En su intento de lavar la imagen del régimen se apoyó en su carácter católico, aunque sin salirse de la ortodoxia franquista<sup>1144</sup>.

#### 4. La presión de los monárquicos

Como vimos en el capítulo anterior, la relación entre Franco y don Juan se había deteriorado después de los intercambios de cartas que tuvieron lugar en los primeros meses de 1943. La correspondencia de Franco había dejado claro que no pensaba abandonar el poder y proceder a restaurar la Monarquía. La presión de los monárquicos a favor de la restauración había ido aumentando al ritmo de las victorias aliadas en el norte de África. Tras el colapso del régimen fascista en Italia, los monárquicos redoblaron sus esfuerzos. Días después del cese de Mussolini, don Juan escribió una carta a Franco pidiéndole de nuevo que abandonara el poder en beneficio de España. El pretendiente insistía en que si terminaba la guerra y Franco seguía en el poder, España sería castigada como si fuera una derrotada potencia del Eje<sup>1145</sup>. El dictador respondió de manera desafiante el 8 de agosto, negando que la situación española fuera comparable a la italiana. Según Franco, lo sucedido en Italia se explicaba por la fatiga de la guerra y las sucesivas derrotas militares, mientras que España estaba apartada de la guerra gracias a su régimen<sup>1146</sup>.

En Londres no se barajaba la posibilidad de que Franco abandonara el poder tras la caída del Duce. Por aquellas fechas, Salvador de Madariaga ponía de relieve que Franco no estaba dispuesto a dejar el poder, planteando dudas acerca de la posibilidad de restaurar la monarquía y de la capacidad de ésta para solucionar los problemas del país. Estas opiniones, a las que tuvieron acceso los británicos, contribuyeron a reafirmar la intención británica de no forzar un cambio de régimen en España. En opinión del diplomático republicano:

*Franco no es tan listo como para irse antes de que le echen, y si se le desplaza del poder será mediante medios violentos, cuya extensión es difícil de prever (...). Es posible que el sentido común prevalezca y que la Falange sea eliminada durante un periodo de transición militar*

---

<sup>1144</sup> Para una valoración de la trayectoria de Lequerica como diplomático y ministro de Asuntos Exteriores, véase CAVA MESA, María Jesús (1989): *Los diplomáticos de Franco: J. F. de Lequerica, temple y tenacidad: (1890-1963)*, Bilbao, Universidad de Deusto.

<sup>1145</sup> Carta de Don Juan a Franco, 3 de agosto de 1944. Recogida en SAINZ RODRÍGUEZ, P. (1981): págs. 358-359.

<sup>1146</sup> Sobre este intercambio de correspondencia y la reacción de Franco, véase: WIGG, R. (2005): págs 152-153; PRESTON, P. (1994): pág. 617 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 518-520.

*que permita la vuelta del pretendiente en cuanto se solucione el problema del orden público (...). Incluso en dicha situación, la monarquía tendría que adaptarse a los nuevos tiempos, introduciendo medidas de carácter socialista para favorecer a las clases trabajadoras. No sé si la monarquía tiene el coraje y la gente necesaria para llevarlo a cabo*<sup>1147</sup>.

A mediados de agosto, Hillgarth avisó a Londres que un grupo de generales monárquicos, entre los que estaban Orgaz y Kindelán, había decidido dar un golpe de Estado entre los días 20 y 30 del mismo mes. Su información provenía de sus tres mejores fuentes, aunque no ofrecía grandes detalles de la iniciativa. Tan sólo se afirmaba que si el dictador no intentaba detenerles, se le permitiría continuar al frente de la Jefatura del Estado, para ser eliminado más tarde de la escena política sin hacer ruido. Hillgarth señalaba que los conspiradores no habían hablado en ningún momento de proceder a la restauración de la monarquía, aunque procederían a eliminar a la Falange. Según sus fuentes:

*Franco sabe de la conspiración e intentará anticiparse a ella deshaciéndose de la Falange y nombrando un gobierno puramente militar. Se cree que anunciará todo esto en la próxima reunión del gabinete en la Coruña (...). Franco está ya preparado para desembarazarse de la Falange para salvarse. En realidad, es demasiado tarde, al ser la Falange su único apoyo real*<sup>1148</sup>.

El agregado naval británico juzgaba que la noticia era muy relevante, pero que nadie estaba seguro de lo que podía pasar. En este sentido, transmitía el nerviosismo existente en círculos militares y políticos. Hoare no pudo confirmar la veracidad de dicho rumor con los líderes monárquicos civiles. El 24 de agosto, Ventosa informó a Hoare que estaba convencido de que se producirían cambios políticos en el futuro, sin hacer referencia al inminente golpe de Estado que había mencionado Hillgarth. El líder monárquico enseñó al embajador un telegrama en el que don Juan enfatizaba la necesidad de proceder con la restauración de la monarquía, afirmando que denunciaría públicamente a Franco si éste se negaba. Sin embargo, le manifestó a Hoare su oposición a acciones prematuras por parte del pretendiente, considerando que era más prudente esperar a que se aclarase la situación interna<sup>1149</sup>. El rumor de golpe de Estado demostró ser falso, reforzando la negativa percepción que tenía el *Foreign Office* de los generales españoles y erosionando el prestigio de Hillgarth. La falta de confianza en el generalato español hizo que el mensaje del agregado naval no despertara demasiado interés cuando fue recibido en Londres. Por esta razón, no fue transmitido a Churchill, que se encontraba en la Conferencia de Québec con el presidente Roosevelt.

---

<sup>1147</sup> Carta de Salvador de Madariaga, Censura de correspondencia, 13 de agosto de 1943, FO 371/34821, C9445/217/41.

<sup>1148</sup> Mensaje de Hillgarth al Almirantazgo, 16 de agosto de 1943, FO 371/34821, C9692/217/41.

<sup>1149</sup> Mensaje de Hoare al Foreign Office, 24 de agosto de 1943, FO 371/34821, C9999/217/41.



Aunque no se habían cumplido los pronósticos de Hillgarth, el ambiente en España era todavía de gran incertidumbre política. “Existe el presentimiento entre los círculos monárquicos que algo se está incubando en Madrid entre los militares, y que estallará en las próximas semanas”, informó Farquhar desde Barcelona. El propio general Kindelán le manifestó que su presencia era necesaria en Madrid, ya que “algo muy importante iba a ocurrir”<sup>1150</sup>. Por su parte, Yencken averiguó que se esperaba la formación de un gobierno militar que eliminase la influencia de la Falange. Incluso llegó a enviar a Londres la nueva combinación ministerial: Orgaz sería el nuevo ministro de Exteriores en sustitución de Jordana, quien pasaría a ser primer ministro; Varela recuperaría el Ministerio del Ejército y Ventosa sería el nuevo ministro de Hacienda. Este hipotético gobierno tenía una clara significación monárquica que convertiría al país en un régimen neutral y moderado<sup>1151</sup>.

A los pocos días, Yencken advirtió que Arrese haría un discurso que podía mostrar la verdadera actitud de Franco respecto a la Falange. El diplomático británico seguía creyendo en la posibilidad de que el dictador apartara a la Falange del poder, circunstancia que podía ser insinuada en el discurso del secretario general de dicha organización<sup>1152</sup>. El discurso de Arrese en Burgos agradó a los británicos al distanciar a la Falange del modelo italiano y alemán, pero no supuso ningún cambio político del papel del partido único. El ministro secretario del partido defendió el carácter católico de España, negando que Falange buscara el establecimiento de un Estado totalitario. Según Arrese:

*Qué poco se conoce a la Falange cuando dicen que es una especie de sucursal de regímenes extranjeros, y qué equivocados están los que a fuerza de negarnos originalidad, llaman a nuestro Estado totalitario. (...) la Falange, por tanto, no busca un Estado totalitario, busca la unidad de todos los hombres en su comunidad (...). Son muchos los que nos clasifican, sin concedernos la más pequeña flexibilidad, en esta o aquella postura. Pero la Falange sólo en una cosa es terca e inapable: en el servicio a España y a su Caudillo*<sup>1153</sup>.

Después de varias semanas de indecisión, los generales monárquicos y anti-falangistas decidieron enviar un escrito a Franco a través del general Varela, ministro del Ejército, en el que defendían la restauración monárquica. La petición, que se planteaba en términos muy respetuosos, fue entregada el día 15 de septiembre. En ella se preguntaba al dictador si pensaba que había llegado la hora de cambiar el régimen existente por la monarquía, pero recalando que se trataba de

---

<sup>1150</sup> Mensaje del cónsul de Barcelona al Foreign Office, 1 de septiembre de 1943, FO 371/34821, C10074/217/41.

<sup>1151</sup> Mensaje de Yencken al Foreign Office, 4 de septiembre de 1943, FO 371/34821, C10357/217/41.

<sup>1152</sup> Mensaje de Yencken al Foreign Office, 8 de septiembre de 1943, FO 371/34821, C10386/217/41.

<sup>1153</sup> Arriba, 9 de septiembre de 1943.

un “ruego que unos viejos camaradas de armas elevan dentro de la mayor disciplina y sincera adhesión al Generalísimo”. La misiva estaba firmada por Varela y varios de los generales más respetados durante la Guerra Civil: Orgaz, Kindelán, Dávila, Solchaga, Saliquet y Ponte. Faltaban las firmas de los generales Asensio, Jordana y Vigón, que ocupaban carteras ministeriales, y Aranda, que estaba apartado de los centros de poder. Entre los firmantes figuraban varios de los que habían investido a Franco con la máxima autoridad del Estado al estallar la Guerra Civil<sup>1154</sup>.

El dictador demostró una vez más su capacidad de aferrarse al poder ante cualquier amenaza, lo que también explica la supervivencia tan larga de su régimen. Para contrarrestar la presión de sus compañeros de armas, decidió apoyarse en los generales más jóvenes, como García Valiño o Yagüe, y en los más leales a su persona, como Moscardó. Astutamente, evitó enfrentarse en grupo a los generales críticos, por lo que fue recibéndoles a lo largo de octubre de manera individual o en parejas. Franco les fue manifestando que estaba de acuerdo con el retorno de la monarquía, pero en el momento oportuno, instándoles a retirar su petición. El dictador también insistió ante los generales que contaba con el apoyo de los aliados, probablemente haciendo referencia a las garantías que Churchill le había dado a Alba. Ninguno de los firmantes fue sancionado. De hecho, Dávila fue ascendido a Jefe del Estado Mayor. De esta manera, Franco supo deshacer el conato de rebeldía en el seno del Ejército e incrementar su control sobre este pilar del régimen. El dictador había superado una dura prueba merced a su astuta reacción y su decisión de mantenerse en el poder a cualquier coste. De este modo, pudo evitar que su régimen siguiera los pasos del fascismo italiano.

Los británicos tuvieron constancia inmediata de la entrega de la petición a Franco y de su contenido. Este era el acontecimiento que se había ido gestando durante las semanas anteriores y que les había mantenido alerta. De nuevo Hoare estaba ausente de Madrid cuando se producía un acontecimiento importante en la vida política española. Tuvo que ser Yencken quien fuera transmitiendo puntualmente a Londres las noticias relacionadas con este suceso, constatando como Franco intentaba evitar que se conociera la iniciativa de los generales. En este sentido, informó que el dictador había pedido al embajador portugués, que había visto la misiva, que no le comunicara a Salazar la petición llevada a cabo por los generales<sup>1155</sup>. Desde el primer momento, el general Aranda transmitió a Yencken su escepticismo respecto a la iniciativa de sus compañeros de armas. En su opinión: “no conseguirán nada con la petición”. Yencken le encontró bastante descorazonado

---

<sup>1154</sup> Sobre este episodio, véase: PRESTON, P. (1994): págs. 620-621; SUÁREZ, L. (1997): págs. 521-525; TOQUERO, J. M. (1989): págs. 68-75; KINDELÁN, A. (1981): págs. 125-128; y TUSELL, J. (1995): págs. 431-434.

<sup>1155</sup> Mensaje de Yencken al Foreign Office, 30 de septiembre de 1943, FO 371/34821, C11895/217/41.

ante la posibilidad de restaurar la monarquía, ya que creía que Franco estaba completamente opuesto a la idea y rechazaba la figura de don Juan como candidato al trono. Según pensaba Aranda: “antes se pondría el mismo en esa posición”<sup>1156</sup>. Vista la documentación del *Foreign Office*, no parece que el plante de los generales despertara ninguna esperanza de éxito. Las palabras de Aranda y la reacción de Franco confirmaron su percepción de los acontecimientos.

El general Kindelán le confió a Torr las disposiciones del dictador y el modo en el que sucedieron las entrevistas de los generales con Franco. Gracias a esta fuente, los británicos supieron que el general Kindelán le había manifestado al dictador su convencimiento de que los aliados terminarían ganando la guerra, intentando convencerle “para que cambiara su actitud y su régimen antes del final de la contienda”. Aparentemente, Franco admitió que los aliados resultarían vencedores en el conflicto, pero se mostró convencido de contar con “el beneplácito de Inglaterra y los Estados Unidos”. Según sus fuentes, este mismo argumento fue utilizado con Ponte y Orgaz. Por otro lado, conocieron que el general Saliquet se derrumbó ante el dictador, disculpándose por haber firmado la petición y argumentando que había sido presionado para hacerlo. Kindelán ofreció a Torr un inteligente análisis de la situación, al exponer la dificultad que encontraban en el seno del Ejército para llevar a cabo sus planes. El principal obstáculo era la dinámica existente en la cúpula militar, ya que los puestos relevantes en la línea de mando estaban en manos de generales como Asensio, García Valiño, Muñoz Grandes y Moscardó que debían su puesto a Franco. Además, el pro-falangista Yagüe controlaba la importante región militar de Burgos, y Saliquet se había visto obligado a demostrar su lealtad como jefe de la región militar de Madrid<sup>1157</sup>. Esta situación demostraba la extrema habilidad de Franco para neutralizar a sus oponentes mediante ascensos o promocionando la lealtad a su persona. Tras el fracaso de la iniciativa, los generales Orgaz, Solchaga, Dávila y Ponte se reunieron en casa de Kindelán y acordaron suspender sus actividades hasta la primavera de 1944<sup>1158</sup>. Ante los británicos, el general Kindelán se mostraba convencido de poder liderar un movimiento de oposición a Franco. Incluso volvió a escribir al dictador para pedirle de nuevo que impulsara la restauración monárquica<sup>1159</sup>. Sin embargo, su sinceridad y lealtad imposibilitaron que fuera capaz de convertirse en una figura que pudiera hacer de contrapeso al dictador.

---

<sup>1156</sup> Mensaje de Yencken al Foreign Office, 9 de octubre de 1943, FO 371/34821, C12174/217/41.

<sup>1157</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 28 de octubre de 1943, FO 371/34821, C13103/217/41.

<sup>1158</sup> WIGG, R. (2005): pág. 168.

<sup>1159</sup> Carta de Kindelán a Franco fechada el 25 de diciembre de 1943. KINDELÁN, A. (1981): págs. 58-59.

La petición de los generales no produjo ningún resultado. España seguía siendo un régimen comprometido con el Eje, cuando era evidente que los aliados, defensores de la democracia, terminarían ganando la guerra. Eden y Cadogan aumentaron su desprecio hacia los generales españoles, en los que Gran Bretaña se había gastado una fortuna en sobornos desde el comienzo de la guerra. En julio Eden había manifestado su desconfianza al apuntar que “una monarquía con el mismo grupo de generales corruptos no sería ninguna mejora”<sup>1160</sup>. Esta nueva decepción motivó que el *Foreign Office* no confiara nunca más en la capacidad de los generales para introducir cambios en la política española. Además, la desorganización y falta de decisión que mostraban justificaba la política británica de no-intervención en los asuntos españoles. El desarrollo de los acontecimientos y la falta de respuesta de los monárquicos motivaron que incluso la Embajada de Madrid pensara que no habría cambios en la arena política española en el futuro inmediato. A comienzos de diciembre, Yencken escribió:

*La causa monárquica está de capa caída, debido a la incapacidad de sus líderes para unir el movimiento y aprovechar las oportunidades que se les presentaron cuando los acontecimientos en Italia llegaron a su clímax*<sup>1161</sup>.

Al analizar lo sucedido, Hoare manifestó a Londres su escepticismo ante la posibilidad de que los generales dieran un golpe de Estado. El embajador comunicó a Londres que “ningún general es lo bastante fuerte para alzarse individualmente contra Franco”<sup>1162</sup>. El dictador mostró el control que ejercía sobre los generales en la inauguración del nuevo curso de la Escuela Superior del Ejército en noviembre. Todos los generales formaron un pasillo para recibirle con el saludo falangista mientras coreaban su nombre. Kindelán, director de la escuela, hizo un discurso en el que alabó la figura del Caudillo<sup>1163</sup>.

Don Juan resultó altamente perjudicado por el plante fallido de los generales. La amenaza de que los monárquicos abandonarían los puestos que ocupaban en el régimen franquista tuvo que ser abandonada por falta de respuesta favorable. El general Vigón, antiguo tutor del pretendiente, optó después del plante por permanecer del lado de Franco. Los británicos fueron testigos de este fracaso, viendo como Vigón canceló la cita que tenía prevista con don Juan en Suiza para demostrar su preferencia por el Nuevo Régimen<sup>1164</sup>. Las iniciativas desarrolladas tanto por los civiles, la petición de los procuradores, como los militares, el plante

---

<sup>1160</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 28 de octubre de 1943, FO 371/34821, C13103/217/41.

<sup>1161</sup> Mensaje de Yencken al Foreign Office, 4 de diciembre de 1943, FO 371/34821, C14866/217/41.

<sup>1162</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 13 de noviembre de 1943, FO/371/34790, C14115.

<sup>1163</sup> WIGG, R. (2005): pág. 171.

<sup>1164</sup> Mensaje de Yencken al Foreign Office, 30 de septiembre de 1943, FO 371/34821, C11895/217/41.

del generalato, fracasaron por la descoordinación entre ambas partes y por la falta de determinación en tomar medidas contra Franco. Don Juan era también responsable, por su falta de liderazgo y su ambigüedad, ya que todavía no había explicado qué tipo de monarquía defendía, tradicional o liberal. En este sentido, la incapacidad política del pretendiente generaba un gran escepticismo en Londres respecto a la posibilidad de que se produjera un cambio de régimen en España. En su diario, Gil Robles cita una frase de Churchill a Hillgarth que resulta muy significativa: “¡qué lastima de mozo! Era el pretendiente al trono que tenía mayor seguridad de reinar de todos los de Europa, y todo lo ha perdido!”. El agregado naval británico comunicó a los conspiradores españoles que en Londres ya no interesaba desde un punto de vista puramente militar la restauración de la monarquía, tras decantarse la marcha de las operaciones militares a favor de los aliados<sup>1165</sup>.

La petición de los generales no había alterado la decisión de Franco de permanecer en el poder. El dictador no estaba dispuesto a abandonarlo voluntariamente, confiando en que los aliados tendrían muchas cosas de que preocuparse después de la guerra como para interesarse en provocar un cambio de régimen en España. Sintiendo seguro, tras superar los envites planteados por la oposición monárquica, Franco escribió a don Juan tras conocer una misiva del pretendiente a sus seguidores en la que exponía una ruptura pública con el régimen. Los británicos tuvieron conocimiento de este intercambio epistolar que se produjo a comienzos de 1944 gracias al general Kindelán. En su carta, el Caudillo conminaba al pretendiente a no romper con el régimen que había surgido después de la Guerra Civil. El dictador afirmó que su autoridad no era ilegítima, al tener derecho a ejercerla tras salvar a la sociedad española del desastre. Por otro lado, intentó mermar las pretensiones de don Juan, al señalar que el alzamiento de 1936 no había tenido un carácter monárquico. Para finalizar, afirmaba que el régimen tendía hacia una solución monárquica, que el pretendiente amenazaba con su actitud<sup>1166</sup>.

En su réplica, don Juan contestó a Franco en términos muy duros, obedeciendo a sus consejeros y cambiando totalmente el tono respecto a comunicaciones previas. El pretendiente, manifestaba su convencimiento de que el régimen franquista no sobreviviría tras el final de la guerra, por lo que ofrecía la solución monárquica como vía intermedia entre el totalitarismo de Franco y la República. Aunque, hay que señalar que su solución era la restauración de una monarquía católica y tradicionalista, lejos de cualquier principio liberal<sup>1167</sup>. Estas

---

<sup>1165</sup> GIL ROBLES, J. M. (1979): pág. 71.

<sup>1166</sup> Carta de Franco a Don Juan, 6 de enero de 1944. recogida en SAINZ RODRÍGUEZ, P. (1981): págs. 359-361.

<sup>1167</sup> Carta de Don Juan a Franco, 25 de enero de 1944. recogida en SAINZ RODRÍGUEZ, P. (1981): págs. 361-362.

cartas eran una clara indicación de que se había alcanzado la ruptura entre ambos. Este hecho no preocupaba a Franco, que estaba seguro del apoyo de sus generales y veía la escasa implantación del movimiento monárquico en España.

La falta de decisión de don Juan durante los dos intentos monárquicos por desplazar a Franco del poder motivó que Gil Robles y Sainz Rodríguez quisieran ir a Lausana a convencerle de que anunciara públicamente su ruptura con el régimen y que se presentara como la alternativa más aceptable para las potencias aliadas<sup>1168</sup>. A comienzos de 1944, la crisis del volframio le proporcionaría a don Juan una nueva oportunidad para dar dicho paso y liderar el proceso de restauración monárquica en España. Sin embargo, el pretendiente no supo manejar la situación, mostrando de nuevo su torpeza política. El 3 de febrero, al conocer la noticia del embargo, envió un telegrama a Franco para insistir en la necesidad de proceder urgentemente con la restauración. Don Juan señalaba el peligro de que se produjera un rebrote de la Guerra Civil con ayuda extranjera. Por ello, apuntaba que una rápida restauración ayudaría a defender los principios por los que se habían alzado contra el Frente Popular<sup>1169</sup>. Esta declaración del pretendiente no gustó entre los republicanos, ya que se alejaba del espíritu de reconciliación nacional que debía impulsar el nuevo rey. Por esta razón, don Juan no consiguió nada más que debilitar su propia posición. Franco se indignó ante el mensaje del pretendiente, que parecía aprovechar los momentos de debilidad del régimen para intentar imponer la restauración monárquica.

Increíblemente, Ventosa seguía siendo optimista respecto a la posibilidad de restaurar la monarquía en España. En una conversación con el cónsul Farquhar en Barcelona, afirmó que era obvio que el Estado español tenía que cambiar de rumbo y que si no lo hacía, “la tripulación prescindiría del capitán del barco”. Según dejó entender, los monárquicos españoles estaban cerca de conseguir sus objetivos, aunque admitió que no podían pasar a la acción hasta que todo el Ejército les apoyara. Ventosa, creía que Franco estaba perdido, como demostraban los acontecimientos en Argentina, donde los militares habían derrocado al gobierno, y la sucesión de victorias aliadas<sup>1170</sup>.

Sus expectativas no se justificaban si se tiene en cuenta el propósito de Franco de permanecer en el poder a toda costa y la debilidad de la posición de los monárquicos, tanto interna como internacionalmente. A mediados de febrero, los británicos supieron gracias al Marqués de Eliseda las declaraciones de Franco al Conde de Rodezno en las que el dictador demostraba estar dispuesto a restaurar la

---

<sup>1168</sup> WIGG, R. (2005): pág. 239.

<sup>1169</sup> Carta de Franco a Don Juan, 3 de febrero de 1944, recogida en SAINZ RODRÍGUEZ, P. (1981): págs. 362-363.

<sup>1170</sup> Minuta de Hoare a Eden, 27 de enero de 1944, FO 371/39736, C1460/225/41.

Monarquía en el futuro, aunque dejando claro que continuaría siendo el Jefe del Estado mientras viviera. Franco mostró su resentimiento hacia don Juan, al que calificó de “estúpido liberal”<sup>1171</sup>. Por aquel entonces, los requetés pedían la desaparición de Falange y la institución de una Regencia como primer paso hacia la restauración monárquica. Franco entretuvo a los tradicionalistas durante un tiempo con la idea de la posible formación de un Consejo Real. De este modo, el dictador dividía a los monárquicos y evitaba mayores conflictos internos en un momento clave como la crisis del volframio.

A finales de febrero, el infante don Alfonso intentó sin éxito que Franco modificara su postura. El representante de don Juan en España le envió al dictador una carta personal y un documento que resumía el posicionamiento político del pretendiente. En dicho documento, se acusaba a Franco de querer “arrastrar consigo” a la monarquía con su insistencia en permanecer en el poder. Don Juan rechazaba identificarse con el falangismo y también la sugerencia, propuesta por algunos subalternos de Franco, de que el dictador podía convertirse en regente de una monarquía restaurada. Además, negaba que buscara la ruptura pública con el régimen. Pero Franco, en medio de la crisis del volframio, no estaba dispuesto a ceder a ningún tipo de presión, interna o externa. El dictador rechazó todas las peticiones de don Alfonso y se dedicó a reprimir a los partidarios de don Juan<sup>1172</sup>.

Precisamente, Hoare alertó a Londres de un aumento de la represión de los monárquicos, que se tradujo en una serie de detenciones en Madrid<sup>1173</sup>. Los británicos también supieron de la suerte que corrieron un grupo de profesores universitarios que decidieron mostrar públicamente su apoyo a don Juan. Estos habían revelado públicamente su creencia de que la Monarquía era la única solución para superar los males del país. Franco los hizo arrestar, multar y deportar a pueblos aislados durante meses. Para Hoare, este tipo de acciones parecía indicar cierto nerviosismo en el régimen ante los avances monárquicos. Don Juan tampoco utilizó la invitación de los firmantes para iniciar acciones contra el régimen franquista<sup>1174</sup>. Hoare era consciente de la ruptura total entre Franco y don Juan. A comienzos de marzo, resumía la situación a Londres:

*Don Juan ha proclamado que no quiere tener nada que ver con un régimen totalitario (...) Franco, no deja pasar la ocasión para criticar las ideas liberales de don Juan, afirmando que si se produce una restauración de la monarquía, don Juan no tiene derechos*

---

<sup>1171</sup> Minuta de Hoare a Eden, 15 de febrero de 1944, FO 371/39736, C2498/225/41.

<sup>1172</sup> WIGG, R. (2005): pág. 242.

<sup>1173</sup> Minuta de Hoare a Eden, 24 de marzo de 1944, FO 371/39736, C3938/225/41.

<sup>1174</sup> Minuta de Hoare a Eden, 27 de marzo de 1944, FO 371/39736, C4531/225/41.

sucesorios. (...) En estos momentos, señalar en público las diferencias entre Franco y la monarquía es estigmatizado como un acto deshonesto y poco patriótico<sup>1175</sup>.

El embajador británico informó de los esfuerzos de Franco para dividir a los monárquicos mediante la presentación de una nueva candidatura al trono español, la de Carlos VIII de Habsburgo y Borbón. Para Hoare, este candidato era un instrumento falangista que, eventualmente, podía servir de base para establecer un régimen alternativo alrededor de su figura<sup>1176</sup>. En su opinión, el nuevo pretendiente no era un candidato serio al trono por ser un descendiente de la línea femenina, por su carácter inestable y por haber servido como oficial en el ejército alemán. Acertadamente, supuso que los monárquicos leales a don Juan y los principales líderes tradicionalistas rechazarían su candidatura<sup>1177</sup>.

En marzo, don Juan nombró a Gil Robles, que se encontraba en Lisboa, como su representante oficial fuera de España, intentando revitalizar el movimiento monárquico<sup>1178</sup>. El nombramiento no fue muy acertado, ya que enajenaba a los republicanos de izquierdas, que eran enemigos declarados del antiguo líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) durante la Segunda República. El veterano político español no sirvió para atraer más pretendientes a la causa monárquica, ni para acercar a las potencias aliadas a la causa de don Juan. En este último caso, cabe señalar que Gil Robles no salió de Portugal para promocionar la causa monárquica hasta el año 1947, cuando ya no había ninguna posibilidad de desalojar a Franco del poder. El *Foreign Office* no tenía una buena opinión de su habilidad política, destacando su falta de seguidores en España. Al conocerse el nombramiento, el régimen lanzó una sonora campaña en la prensa contra su figura. Yencken recogió los ataques que el político recibía diariamente, siendo acusado de ser un traidor por asegurar que el régimen franquista desaparecería tras la victoria aliada. Los periódicos no escatimaban adjetivos como “rufián”, “chantajista” o “enemigo de España”<sup>1179</sup>. Gil Robles manifestó a los británicos que estos ataques que recibía eran en realidad dirigidos a don Juan, por ser él su representante<sup>1180</sup>. Franco intentó presionar sin éxito a las autoridades portuguesas para que Gil Robles fuera extraditado a España. Lo único que consiguió

---

<sup>1175</sup> Minuta de Hoare a Eden, 7 de marzo de 1944, FO 371/39736, C3668/225/41.

<sup>1176</sup> Minuta de Hoare a Eden, 15 de marzo de 1944, FO 371/39736, C3859/225/41.

<sup>1177</sup> Minuta de Hoare a Eden, 7 de marzo de 1944, FO 371/39736, C3668/225/41.

<sup>1178</sup> GIL ROBLES, J. M. (1979): pág. 82.

<sup>1179</sup> Minuta de Hoare a Eden, 13 de mayo de 1944, FO 371/39736, C6656/225/41.

<sup>1180</sup> Minuta de Campbell (Lisboa) a Eden, 26 de junio de 1944, FO 371/39736, C9067/225/41.



fue que le obligaran a abandonar Lisboa y le internaran en un pequeño pueblo al norte del país, desde donde continuó en contacto con los monárquicos españoles<sup>1181</sup>.

El tiempo pasaba y don Juan no mostraba ninguna iniciativa para aprovecharse de la debilidad del régimen de Franco, ni para presentarse a los aliados como la mejor alternativa para la España de la posguerra. En cualquier caso, el gobierno británico no estaba interesado en forzar un cambio político en el país. Los militares británicos no vieron ninguna ventaja militar en procurar la caída de Franco en la primavera de 1944, ya que no habría un gobierno en funciones antes del comienzo de los desembarcos de Normandía. La opinión del Alto Mando británico no era muy halagüeña respecto a los generales españoles. En su opinión, como económicamente les iba bien, no tenían ningún interés por cambiar el régimen. Además, se reconocía que los republicanos tampoco estaban en condiciones de aprovechar la debilidad del dictador<sup>1182</sup>.

En contra de la política del gobierno, la opinión pública británica y la oposición eran partidarios de deshacerse de Franco, a quien percibían como un dictador fascista. A comienzos de marzo, el secretario del partido laborista informó a Eden que estaban dispuestos a apoyar la solución monárquica para España. La respuesta del ministro de Asuntos Exteriores fue que ese asunto era una cuestión interna de los españoles y que Gran Bretaña no intervendría de ninguna manera<sup>1183</sup>. A pesar de acercarse el triunfo aliado en la guerra, se desvanecían las esperanzas de que tras su victoria se provocara un cambio de régimen en España.

A comienzos de abril, don Alfonso le comunicó a Hoare que don Juan le había escrito para justificar su postura de inactividad, aduciendo que había mantenido silencio durante los últimos meses para evitar que se le acusara de las desgracias que tenía que afrontar el régimen. El pretendiente denunciaba el intento de Franco de organizar una regencia, exigiendo la restauración inmediata de la monarquía. Para don Juan, la extrema izquierda estaba trabajando por una alternativa republicana para España, con el apoyo de Rusia y de los aliados. Por esta razón, la caída del régimen franquista motivaría la aparición de la anarquía en el país si no estaba la monarquía en el poder para evitarlo<sup>1184</sup>. La debilidad de la posición de don Juan quedó demostrada cuando ese mismo mes solicitó una entrevista personal con Franco y recibió una negativa como respuesta. Para que

---

<sup>1181</sup> GIL ROBLES, J. M. (1979): pág. 103.

<sup>1182</sup> WIGG, R. (2005): págs. 205-206.

<sup>1183</sup> Mensaje de Mr. James Middleton, Secretario del Partido Laborista, a Eden, 1 de marzo 1944, FO 371/39736, C3271/225/41.

<sup>1184</sup> Minuta de Hoare a Eden sobre las relaciones entre Franco y Don Juan, 11 de abril de 1944, FO 371/39736, C5031/225/41.

hiciese de intermediario, el pretendiente escribió a Vigón, ministro del Aire y que había sido su antiguo tutor. Sin embargo, el general no quiso colaborar con él, aduciendo en su respuesta que el régimen y sus principios eran indispensables para España. Además, acusaba al pretendiente de actuar, sin proponérselo, en contra de los intereses del país<sup>1185</sup>. Los británicos sabían que Vigón había reaccionado con violencia a las últimas propuestas de los asesores de don Juan, que buscaban que el pretendiente rompiera con el régimen, acusándoles de haber llegado a un acuerdo para deshacerse de Franco y poner a don Juan en su lugar lo antes posible<sup>1186</sup>.

El cierre de la crisis del volframio y las “buenas palabras” de Churchill sobre España supusieron un duro golpe para don Juan y las aspiraciones monárquicas. Resultaba evidente que Gran Bretaña no estaba interesada en presionar a Franco para forzar un cambio de régimen, a pesar del poco aprecio que Churchill y Eden tenían al dictador español. El gobierno británico no confiaba en la posibilidad de que los generales pudieran forzar una restauración de la Monarquía en España. Las deficiencias de don Juan y de los monárquicos resultaban evidentes para posicionarse como una alternativa efectiva contra Franco. El pretendiente permanecería sin dar señales de vida durante el otoño de 1944, para desesperación de Gil Robles y de sus seguidores. En los momentos en los que pudo haber hecho vulnerable al dictador, se mantuvo en una inacción que a la postre le resultó fatal, pues Franco permaneció inamovible en el poder.

---

<sup>1185</sup> TOQUERO, J. M. (1989): págs. 95-96.

<sup>1186</sup> Minuta de Hoare a Eden, 15 de febrero de 1944, FO 371/39736, C2499/225/41.

## **Capítulo X. LA VICTORIA ALIADA (SEPTIEMBRE 1944 – AGOSTO 1945)**

### **1. El paulatino enfriamiento de las relaciones bilaterales**

Tras el éxito del asalto aliado a la fortaleza de Hitler y la liberación de Francia en agosto de 1944, cambiaba la situación geoestratégica en Europa. Los ejércitos alemanes se vieron obligados a replegarse en todos los frentes ante la combinada presión anglosajona y soviética. La victoria de los aliados era cuestión de tiempo, por lo que disminuía su necesidad de contemporizar con un régimen como el franquista, que nada tenía que ver con el nuevo orden que se establecía en el continente europeo. Las circunstancias bélicas posibilitaban que los aliados aplicaran medidas más firmes contra la dictadura de Franco que las que se habían utilizado hasta ese momento. Precisamente, las potencias anglosajonas habían aplazado su decisión respecto al tratamiento que debía recibir la España de Franco hasta la consolidación del Segundo Frente. De este modo, en el otoño de 1944 se abría una nueva etapa en las relaciones hispano-británicas, que también resultaba clave para la supervivencia del régimen franquista.

Una vez consolidado el avance aliado en Europa, las relaciones bilaterales entraron en una fase de enfriamiento que revelaba la insatisfacción británica con el régimen de Franco. La nueva situación permitió a Hoare mostrar una actitud más dura en sus conversaciones con el personal del Ministerio español de Asuntos Exteriores. En este sentido, se dedicó a presentar múltiples quejas a las autoridades españolas por asuntos menores que en la época de Jordana hubiesen pasado desapercibidos o hubiesen sido presentados de manera más cordial. Su opinión negativa sobre Lequerica probablemente influyó en su cambio de actitud, dejando patente en sus entrevistas con el ministro su animadversión hacia las autoridades españolas.

Por otra parte, la conquista de Francia también señalaba el fin de la misión especial de Hoare en España. Su objetivo de contribuir al mantenimiento de la neutralidad española en la guerra mundial se había cumplido, por lo que pudo pedir el traslado a Londres. Durante los últimos meses de su mandato, Hoare estuvo mucho tiempo ausente en su país, donde se dedicó a organizar su relevo y a presionar por la definición de una nueva política respecto al régimen franquista. El embajador estaba decidido a conseguir que su gobierno endureciera su postura en relación a la España de Franco y actuara de acuerdo con los norteamericanos. En

este sentido, el embajador advertía que el dictador estaba convencido que podía mantener el doble juego de mantener “la política totalitaria en España y las buenas relaciones con las potencias aliadas”. Para Hoare, tras la liberación de Francia y la cercanía de la derrota de Hitler, el régimen franquista se convertía en una anomalía “cada vez más llamativa”. Proponía que se utilizara su última reunión con Franco para lanzarle una seria advertencia del gobierno británico, que debía ser respaldada por el gobierno estadounidense. A su vez, recomendaba que los expertos económicos diseñaran una serie de medidas de presión por si el dictador no respondía favorablemente a sus demandas. Dichas medidas debían lanzarse con el apoyo de una intensa campaña de propaganda que consiguiera hacer entender a la clase dirigente española que el Nuevo Régimen no tenía cabida en Europa por su falta de respeto a los derechos básicos de los individuos<sup>1187</sup>.

Hoare viajó a Londres a defender su propuesta, que encontró apoyos en el *Foreign Office*, especialmente en la figura del ministro de Asuntos Exteriores. Eden estaba también convencido de la necesidad de reconsiderar la postura del gobierno británico en relación al régimen franquista. El ministro destacaba que Franco no estaba cambiando la naturaleza de su régimen ni su política exterior ante la inminencia de la victoria de los aliados en la guerra<sup>1188</sup>.

Esta nueva postura de Hoare contrastaba con la posición contemporalizadora que había mantenido anteriormente, y que había llegado a desesperar a Eden. Especialmente, si se tiene en cuenta su apasionada defensa del bando nacional durante la Guerra Civil y su creencia en la voluntad neutralista del dictador español durante la Segunda Guerra Mundial. Su evolución se explica por la necesidad de desprenderse de su imagen de apaciguador antes de su regreso definitivo a Londres, etiqueta que arrastraba desde los nefastos acuerdos Hoare-Laval. Además, era consciente de que la cercanía de la victoria aliada hacía ya innecesaria la labor de apaciguamiento que venía desplegando en España. Hoare sabía perfectamente que las posibilidades de que se produjera la entrada de España en el conflicto eran casi inexistentes. Por esta razón, se podía cambiar la política hacia España, sin correr el riesgo de motivar al régimen franquista a participar en la contienda. Otro factor que pudo motivar su nueva actitud fue el cansancio. Después de cuatro años en España no detectaba ningún signo de cambio o evolución de un régimen que se caracterizaba por su falta de respeto a los derechos y libertades individuales. Posiblemente, consideraba que las medidas de presión podían acelerar el cambio de régimen y la vuelta de la monarquía.

---

<sup>1187</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 16 de octubre de 1944, FO 371/39671, C14492/23/41.

<sup>1188</sup> WIGG, R. (2005): págs. 260-261.

## a) Franco apela a Churchill y es rechazado

Mientras tanto, el duque de Alba advertía desde Londres a su amigo Lequerica que el gobierno británico no tenía ninguna simpatía por el régimen franquista ni por la Falange, a la que se le consideraba “un plagio del fascismo”<sup>1189</sup>. El duque comentaba que le causaba sorpresa que en Madrid se pensara que la presunta benevolencia británica permitiría a los dirigentes españoles que el régimen fuese aceptable para la comunidad internacional. Alba insistía en la necesidad de proceder a realizar algún cambio político en el país. Esto no hacía sino evidenciar como, a medida que se avecinaba la victoria aliada, se iban manifestando de forma creciente las diferencias entre el embajador y su Gobierno.

A pesar de las advertencias de Alba, Franco estaba convencido que podía presentarse ante los aliados como la alternativa más fiable y estable, frente a monárquicos y republicanos, en un mundo que estaba destinado a dividirse en dos bloques antagónicos liderados por Estados Unidos y la Unión Soviética tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Tras el éxito de los desembarcos aliados en Normandía, la posibilidad de una victoria alemana en la guerra se desvanecía. Ante la nueva perspectiva, Carrero recomendó a Franco que se mantuviera una posición de independencia respecto al conflicto y que se intentara hacer ver a las potencias anglosajonas que era un error liquidar al Ejército alemán, ya que podía contribuir a hacer frente a la expansión del comunismo en Europa. En este sentido, propuso que se ofreciera el apoyo español a quienes decidieran combatir el comunismo. Carrero estaba convencido que para Inglaterra y Estados Unidos era imprescindible que Europa no cayera bajo la órbita soviética<sup>1190</sup>.

Después de los últimos reveses alemanes, Franco aceptó que los aliados resultarían vencedores en la contienda. Preocupado por su propia supervivencia, intentó acercarse a Churchill tras el discurso que éste había pronunciado en la Cámara de los Comunes en el mes de mayo, tan favorable hacia el régimen franquista. El dictador hizo la aproximación a través del duque de Alba, ya que tenía fácil acceso al primer ministro británico. Convencido de haber acreditado suficientemente su condición de neutral, el 18 de octubre Franco le mandó al duque el texto que debía entregar a Churchill. Su carta fue recibida en Londres con perplejidad. Para Hoare, ningún otro documento ilustra mejor la autocomplacencia de Franco y la creencia en su propia infalibilidad. El embajador

---

<sup>1189</sup> Mensaje de Alba a Lequerica, 31 de agosto de 1944, PL Caja 2ª, nº 5.

<sup>1190</sup> Estas tesis fueron transmitidas por Carrero a Franco en dos informes fechados en agosto y septiembre de 1944. TUSELL, J. (1993): págs. 98-104.

calificó la misiva como “ingenua y llena de desvergüenza”<sup>1191</sup>. La tesis de Franco de que sólo una alianza entre España y Gran Bretaña podía salvar a Europa del peligro comunista, resultó una afrenta a los británicos. Un país que había estado tan cercano al Eje, incumpliendo las leyes de neutralidad, ahora intentaba convencer a los británicos de la necesidad de enfrentarse a la Unión Soviética, uno de sus aliados en la guerra. Sorprendentemente, afirmaba que el único obstáculo en las relaciones bilaterales durante la Segunda Guerra Mundial había sido la interferencia británica en la política interna española. En opinión de Franco, las relaciones bilaterales habían estado salpicadas de “pequeños incidentes”. El dictador incluso se atrevía a pedir que cambiara la actitud negativa que la prensa británica mantenía hacia España<sup>1192</sup>.

Tanto el *Foreign Office* como Hoare recomendaron que se enviara una enérgica respuesta al dictador español. Era necesario decirle a Franco que resultaba imposible mantener unas relaciones bilaterales amistosas si su régimen se apartaba de los principios que seguían las Naciones Unidas. El propio dictador había brindado a los británicos una magnífica oportunidad para mostrar un firme rechazo hacia su régimen y pedir su sustitución por otro más acorde a los nuevos ideales que se imponían en Europa. Clement Attlee, viceprimer ministro y líder laborista, también apoyó la sugerencia de Hoare de endurecer la actitud británica respecto a Franco. El político laborista dejó claro su posicionamiento ideológico y su oposición al franquismo cimentada durante la Guerra Civil española. Attlee manifestó que la desaparición de un régimen corrupto y opresor como el franquista sería muy positiva para el pueblo español. El 4 de noviembre redactó una nota en la que afirmaba lo siguiente:

*Creo que ha llegado el momento de que reconsideremos nuestra actitud hacia el actual Gobierno español. En las anteriores etapas de la guerra, nuestra posición estratégica nos forzaba a seguir una línea muy cautelosa. (...) Con Italia como co-beligerante y con Alemania expulsada de Francia, España está aislada y se queda como el único exponente neutral del fascismo.*

*Lord Templewood ha señalado frecuentemente en términos muy duros la incompetencia, corrupción y opresión del régimen franquista, que los españoles han sufrido durante mucho tiempo. (...) No hay ninguno de nuestros aliados que no quiera ver destruido este régimen y estamos corriendo el riesgo de ser considerados como el único apoyo exterior de Franco. (...)*

*Debemos dirigir nuestros esfuerzos a conseguir en España un gobierno que sea tolerante y que prepare el camino para el establecimiento de una democracia.*

---

<sup>1191</sup> HOARE, S. (1946): pág. 283.

<sup>1192</sup> Para una valoración de la carta de Franco a Churchill, véase: WIGG, R. (2005): págs. 249-255; TUSELL, J. (1995): págs. 569-572 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 610-613.

*Para este fin deberíamos endurecer nuestra actitud hacia el presente régimen y dejar claro que su desaparición sería bienvenida en las Naciones Unidas y que redundaría en ventajas considerables para el pueblo español. Debemos usar cualquier método disponible para ayudar a su caída. Debemos trabajar conjuntamente con los Estados Unidos y con Francia, especialmente en el campo económico, para negar facilidades al presente régimen*<sup>1193</sup>.

Eden y sus colaboradores pensaron aumentar la presión sobre España de forma coordinada con los norteamericanos, incluso con un nuevo embargo de petróleo. Sin embargo, la respuesta de Churchill fue radicalmente distinta a la propuesta del *Foreign Office* presentada por Eden. El primer ministro rechazó frontalmente que se tomara cualquier medida contra el régimen de Franco en base a argumentos puramente ideológicos. El Primer Ministro pensaba que las medidas propuestas por su ministro de Exteriores serían ineficaces contra el régimen de Franco y que sólo contribuirían a provocar un baño de sangre en España. En palabras de Churchill a su ministro:

*Por el contrario, interferir en el gobierno de un país con el que uno no ha estado en guerra y que nos ha hecho más bien que mal durante el conflicto, es un paso muy serio. No estoy más de acuerdo con el gobierno de Rusia de lo que lo estoy con el de España, pero ciertamente preferiría vivir en España antes que en Rusia. Las interferencias en los asuntos internos de un país siempre han sido muy peligrosas, y los peligros aumentan cuando la interferencia se realiza por razones ideológicas. (...)*

*No debe suponer, según creo, que la posición de Franco se debilitará por nuestras advertencias. Él y todos aquellos asociados a él nunca consentirán ser asesinados por los republicanos, que es lo que sucedería. Es una cuestión de vida o muerte en España y creo que no deberíamos, sin una cuidadosa consideración, hacernos responsables del comienzo de otro baño de sangre*<sup>1194</sup>.

A continuación, el Primer Ministro dejó claro a Eden cuáles debían ser los principios en los que debía basarse cualquier política hacia España:

- a) oposición al comunismo;*
- b) no injerencia en los asuntos internos de países que no nos han molestado;*
- c) evitar compromisos especiales en Europa que obliguen al mantenimiento de un gran ejército británico, en su lugar desarrollar adecuadamente una Organización Mundial de Paz debidamente armada.*

Churchill criticaba con dureza que la propuesta de Eden identificara a Gran Bretaña con las aspiraciones comunistas, lo que podía crear problemas innecesarios al promover la revolución en España. El premier pensaba que si los

---

<sup>1193</sup> Mensaje de Attlee al gabinete de guerra, 4 de noviembre de 1944, FO 371/39671, C15487/23/41.

<sup>1194</sup> Mensaje de Churchill a Eden, 10 de noviembre de 1944, CAB 120/692.

comunistas se adueñaban del país, se extenderían por Francia e Italia, poniendo en peligro el equilibrio político alcanzado en Europa. Hay que recordar que el premier británico siempre se había opuesto al comunismo, animadversión que compartía con Franco. En el otoño de 1944, el líder británico vio con alarma como el hundimiento del Ejército alemán daba a la Unión Soviética el dominio sobre toda Europa Central. El aumento de la influencia de Moscú podía alterar el equilibrio de fuerzas en el continente. Por esta razón, Churchill viajó a Grecia en diciembre para restaurar la monarquía e impedir que los comunistas tomaran el control del país. El gobierno estadounidense se alarmó al ver como el Primer Ministro británico se implicaba en una guerra civil para respaldar a las fuerzas conservadoras griegas. Sin embargo, como veremos, Churchill no mantuvo la misma postura respecto a España. Aunque veía con simpatía la restauración de la monarquía en España, quería evitar que la intervención británica provocara una reanudación de la Guerra Civil, por lo que pensaba que debía dejarse que el proceso de consolidación de las ideas monárquicas siguiera su propio curso.

Por otro lado, la propuesta de Attlee de revisión de la política británica hacia España fue contestada en el seno del gabinete por Lord Selborne, ministro de Guerra Económica. Su réplica lamentaba la discutible carga ideológica que estaba presente en los argumentos del político laborista, recordando dónde estaban las simpatías conservadoras durante la Guerra Civil española. Según Lord Selborne:

*Cualquiera que sea lo que pensemos sobre la “incompetencia, corrupción y opresión” del régimen de Franco, hay suficiente evidencia de que es menor que en el régimen que reemplazó, y que las atrocidades de Franco son menores y menos horribles que las que le precedieron. Tampoco hay ninguna razón para creer que Franco es más autoritario o más severo con sus oponentes políticos que nuestros aliados Stalin y Salazar*<sup>1195</sup>.

Lord Selborne se oponía radicalmente al recurso de sanciones económicas al régimen franquista, porque tal actuación entrañaba grandes riesgos para la situación económica británica. Además, argumentaba que su éxito no estaba asegurado, como lo demostraba la experiencia con las sanciones a Italia por la invasión de Abisinia en 1936. En opinión del ministro conservador:

*Una política de estrangulamiento y alfilerazos económicos contra España difícilmente resultaría en nuestro provecho y beneficio. No alcanzo a ver cómo se pueden justificar moralmente tales ataques sobre un país neutral que no nos ha lanzado serios ataques y por cuya no-beligerancia en 1940 debemos estar agradecidos. Los sectores que sufrirían primordialmente serían los comerciantes británicos y el pueblo español, cuyo resentimiento excitaríamos con plena justicia. Las experiencias de 1936 deberían habernos enseñado que las sanciones económicas inevitablemente producen una reacción anti-extranjera en el país atacado y que la interferencia en los asuntos internos españoles no sería popular. (...) Lo que el mundo necesita ahora mismo, y no*

---

<sup>1195</sup> Informe de Lord Selborne sobre la política hacia España, 15 de noviembre de 1944, CAB 66/58.



*menos España, es paz y la recuperación del comercio. Creo que deberíamos abstenernos de hacer cualquier cosa que pudiera obstaculizar ambas necesidades.*

El día 27 de noviembre se celebró una reunión del Gabinete de Guerra británico en la que se discutió la cuestión española y la respuesta que debía darse a la carta de Franco. Eden logró convencer al Primer Ministro de la necesidad de dejarle claro al dictador español que España y Gran Bretaña no se alinearían en el futuro contra Rusia. El secretario del *Foreign Office* hizo una propuesta que sintetizaba los informes de Attlee y Selborne y que guardaba los principios definidos por Churchill. Eden aconsejaba enviar al dictador una carta en la que se le advirtiese seriamente que, mientras las condiciones internas en España permaneciesen en conflicto con las Naciones Unidas, el país estaba condenado al ostracismo internacional <sup>1196</sup>. Churchill impuso su autoridad en el gabinete, impidiendo un endurecimiento de la postura británica hacia España y negándose a consultar a los norteamericanos sobre la posibilidad de presionar al régimen franquista. El premier descartaba la presión exterior para introducir cambios en la política española, determinando personalmente la política británica hacia la España de Franco en los últimos meses de la guerra. La decisión del gabinete situaba la nueva política en un punto medio entre la inhibición y la intervención. Se había perdido la oportunidad que presentaba la carta de Franco para cambiar la postura británica.

Los Jefes de Estado Mayor apoyaron la decisión tomada por el Gabinete de Guerra que evitaba un vuelco en la política española desarrollada por el gobierno británico. Los estrategas militares también mostraban cautela ante cualquier cambio brusco de dicha política debido a la preocupación existente por el expansionismo ruso en Europa. La futura hegemonía militar soviética en Europa central y oriental era incuestionable y no podía ser contestada por las fuerzas militares británicas sin el apoyo estadounidense. En dicho contexto, consideraban como vital la amistad española en la posguerra, para evitar que la Península Ibérica pudiera caer en el área de influencia soviética. En un informe elaborado por el Comité de Planificación Conjunta de los Jefes de Estado Mayor a comienzos de diciembre de 1944, se apuntaba dicho concepto:

*A la vista de este examen, resulta evidente que una España amiga es vital para nuestros intereses estratégicos en el Atlántico y en el Mediterráneo Occidental. Por lo tanto, la amistad española es más importante para nuestros intereses que la concesión de facilidades en el Marruecos español y en la propia España. Sin embargo, siempre condicionado a la amistad*

---

<sup>1196</sup> La propuesta de Eden puede verse en su informe sobre la política hacia España, 18 de noviembre de 1944, CAB 66/58.

*española, deberíamos intentar convencer a España para que nos conceda facilidades, tanto en la Península como en Marruecos*<sup>1197</sup>.

Hoare volvió a Madrid y siguió mostrando su inconformidad con la situación. El embajador presionaba para conseguir instrucciones claras del gobierno acerca de lo que tenía que hacer, intentando conseguir que la respuesta de Churchill a Franco sirviera para sacar al dictador de su habitual complacencia. Como no le llegaba ningún mensaje de Londres, el embajador tuvo que advertir que cualquier dilación sería percibida por los españoles como una señal de vacilación británica ante la postura a adoptar respecto a España<sup>1198</sup>. Ante la falta de indicaciones sobre la manera en la que actuar, Hoare se vio obligado a retrasar la reunión que tenía prevista realizar con Franco.

El día 4 de diciembre, Lequerica pudo darse cuenta de que Hoare había vuelto a Madrid sin tener unas instrucciones que supusieran un cambio de política británica hacia la España franquista. En la entrevista que mantuvieron, el embajador británico se limitó a mostrar su decepción porque no se habían satisfecho todas las peticiones realizadas en los meses anteriores respecto a asuntos como las dificultades para la iglesia protestante o la persecución a las sociedades bíblicas. Visiblemente nervioso, puesto que recurrió al inglés en lugar del español durante la reunión, Hoare protestó por la tergiversación que la prensa española había hecho acerca del discurso de Churchill del 24 de mayo. Irónicamente, Lequerica contestó que “lo que pudiera decir el Eco de Zamora o el Correo de Mérida no podía afectar a tan alto personaje”. A lo largo de la entrevista el embajador británico no dio a entender que la postura británica fuese a cambiar, tan sólo criticaba la naturaleza del régimen de Franco. Sintiendo seguro, el ministro español refutó sus críticas diciendo lo siguiente:

*Me sorprende esto cuando diariamente nos hablan de una cruzada democrática a cuyo frente figuran el Mariscal Stalin y (...) el dictador del Brasil Sr. Getulio Vargas. (...) España puede hacer una política internacional perfectamente favorable a ustedes sin necesidad de alterar su forma de gobierno. (...) Con Stalin y Getulio Vargas se entienden ustedes perfectamente en lo exterior, y no veo dificultad alguna para lograr un acuerdo con nosotros*<sup>1199</sup>.

Desde Londres, Alba también informaba que había encontrado a Eden muy impreciso en sus referencias a España<sup>1200</sup>. El día anterior de su entrevista con el dictador español, Hoare recibió un mensaje de Eden en el que se le comunicaba

---

<sup>1197</sup> Aspectos militares de nuestras futuras relaciones con España, Comité de Planificación Conjunta de los Jefes de Estado Mayor, 7 de diciembre de 1944, FO 371/39672, C14533/23/41.

<sup>1198</sup> Hoare a Eden, 6 de diciembre de 1944, FO 954/27.

<sup>1199</sup> Resumen de la entrevista entre Lequerica y Hoare, 4 de diciembre de 1944, AMAE R1372/22.

<sup>1200</sup> WIGG, R. (2005): pág. 276.

que la respuesta de Churchill no estaría preparada a tiempo para que él la utilizara. Además, se le insistía en que no prejuzgara el contenido de la carta del primer ministro, ni que discutiera el asunto con Hayes<sup>1201</sup>. Hoare aprovechó la espera para despedirse de sus colegas del cuerpo diplomático y de sus contactos en los círculos oficiales y en las filas monárquicas. El embajador se lamentaba por que no se hubieran visto cumplidas sus esperanzas de ver una monarquía restaurada en España durante su estancia en Madrid.

El día 12 de diciembre Hoare se entrevistó con Franco por última vez. La entrevista, que se produjo en el palacio del Pardo, duró más de dos horas y estuvo marcada por la frialdad. El embajador pudo constatar como las fotos de Hitler y Mussolini habían sido sustituidas por las del Papa y el presidente Carmona de Portugal. Este fue el único cambio que detectó en el Caudillo, puesto que Franco continuaba con su autocomplacencia habitual. En referencia a la carta del dictador, Hoare negó que Inglaterra pudiese participar en un bloque anti-ruso, criticando el incumplimiento de los acuerdos de mayo y la postura de España en el conflicto. El embajador también informó a Franco del profundo rechazo que sentía la opinión pública británica respecto a su régimen, al considerar al país como el último “reducto fascista” en Europa. Por esta razón, era difícil que hubiera relaciones amistosas entre los dos países. Según Hoare:

*Dice el señor Embajador, en primer lugar, que la opinión pública inglesa no acepta como neutral la posición de España en los primeros años del conflicto actual, pues se estima fue una no beligerancia tendente a favorecer siempre al Eje. (...) Subsiste en la opinión pública inglesa que la influencia alemana no ha desaparecido por completo. (...) Dice el señor Embajador que tiene que volver a insistir sobre el mal efecto que produce a la opinión inglesa los métodos que creen todavía que aquí subsisten de carácter genuinamente fascista o nazista, y que aunque tiene que dejar sentado que en ningún momento puede creerse en el menor deseo de intervenir en la política interior de ningún país, ha de ser en el futuro bastante incómoda la colaboración de las naciones del Oeste de Europa con un país que mantenga, aunque sea desvirtuados, los métodos fascistas.*

*Continúa el señor Embajador diciendo que hasta que la opinión inglesa no vea un cambio radical en los métodos y actitudes internas de España hacia los aliados, no podrá variar la impresión tan profunda que tiene de que, a pesar de toda la influencia alemana y los métodos tomados de ella, subsisten en España. Que se permite señalar esto a Su Excelencia con todo interés, pues lo considera un punto capital para el mantenimiento de las buenas relaciones entre los dos países, punto que seguramente será tratado con todo detenimiento en la respuesta que el señor Churchill dé a la carta que le envió Su Excelencia.*

*(...) Continúa el señor Embajador diciendo que será cuestión muy importante para el momento en que termine la guerra, el que todos los países del Oeste de Europa, países todos ellos históricos y que tiene una tradición establezcan su régimen de Gobierno tomando por base*

---

<sup>1201</sup> Mensaje del Foreign Office a Hoare, 11 de diciembre de 1944, FO 371/39672, C17212/23/41.

*los derechos básicos de cada uno de ellos, siendo de desear que puedan coincidir en la mayoría de puntos con los demás; (...) sería, desde luego, un poco molesto el que hubiera algún país que discrepara esencialmente de ellos*<sup>1202</sup>.

Hay que señalar que Hoare realizó todas estas advertencias sin el apoyo de Churchill ni de su Gobierno. La respuesta de Franco fue la habitual, centrándose en el peligro que suponía el comunismo para Europa y negando las quejas británicas respecto a la postura española al comienzo de la guerra:

*Su Excelencia reiterando lo dicho al señor Embajador en otras ocasiones, dice que al estallar la guerra entre Alemania, Polonia y demás países beligerantes en aquel entonces, se hizo una declaración de neutralidad por no interesar a España directamente el conflicto, lamentándolo, como es natural por la humanidad, pero que cuando Italia entró en la guerra y por consiguiente está llegó al Mediterráneo, tanto en el norte de África como en la costa francesa, España no podía permanecer indiferente, puesto que virtualmente tenía la guerra en sus costas, y por eso fue el hacer la declaración de no beligerancia, que debe ser interpretada no como una pre-beligerancia a favor de uno u otro, sino como una neutralidad vigilante y atenta a salvaguardar únicamente los intereses de España. (...) que por otro lado siendo el Pueblo español un Pueblo hidalgo, no podía olvidar la ayuda, que sin pedirla, le fue dada por Alemania e Italia durante nuestro Movimiento Nacional*<sup>1203</sup>.

Franco defendió el carácter especial de su régimen, “que no es ni nazista ni fascista, pues el carácter español no le van esas cosas ni pueden cuajar en España”. Además, descartó que España pudiese tener un régimen liberal como el del siglo pasado, ya que “ha sufrido un desgaste y es completamente inaplicable en la actualidad”. A continuación, Hoare criticó la labor represiva del régimen, haciendo referencia a las numerosas ejecuciones dictadas por los tribunales militares. A un político conservador como Hoare, defensor del ideal del “buen gobierno” y de los derechos individuales, le horrorizaban la cruda labor represiva que practicaba el Estado español. Ante sus quejas, Franco afirmó que todavía quedaban pendientes de juicio muchos crímenes de la Guerra Civil. El dictador, defendió que las sentencias de muerte eran resultado de un proceso legal, igual que “lo hubieran sido en cualquier país”.

Al terminar la audiencia Franco quiso imponer a Hoare la más alta distinción civil, la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica. Sin embargo, el embajador rehusó la condecoración, evitando que el dictador la usara como prueba de las buenas relaciones que supuestamente mantenía con los aliados. Hoare señaló

---

<sup>1202</sup> Informe de la entrevista entre Franco y Hoare, 12 de diciembre de 1944, AMAE R1372/22. La versión británica de se puede encontrar en el mensaje de Hoare a Eden, 12 de diciembre de 1944, FO 371/39672, C17266/23/41.

<sup>1203</sup> Informe de la entrevista entre Franco y Hoare, 12 de diciembre de 1944, AMAE R1372/22.

a Londres que sus palabras no produjeron ningún efecto en la complacencia de Franco ni en la de su ministro de Asuntos Exteriores<sup>1204</sup>.

Tras el fin de su misión en España, Hoare volvió a Londres para intentar reimpulsar su carrera política desde su escaño en la Cámara de los Lores. Sin embargo, se encontró con la animadversión de su partido y con la influencia de Churchill que dominaba la vida política británica. Lamentablemente para Hoare, ya no le quedaban amigos en las altas esferas desde la desaparición de Chamberlain<sup>1205</sup>. A pesar de ello, intentó lanzar un debate público sobre España y su futuro en la Cámara de los Lores que le devolviera al primer plano de la actualidad. Un avezado observador de la arena política británica, como el duque de Alba, supo apreciar el escaso éxito de la iniciativa de Hoare:

*Las afirmaciones de Lord Templewood, cuya acogida fue en general bastante fría en la Cámara de los Lores, donde, según rumores que a mí han llegado, la mayoría de sus nobles compañeros consideró su actitud y el tema de su discurso como poco elegante en quien venía de representar oficialmente a Inglaterra en el propio país a quien estaba criticando*<sup>1206</sup>.

El fracaso del debate motivó que Hoare abandonara su intento de volver a participar en la política del país. Tampoco quiso hacer sombra a la labor apaciguadora de su Primer Ministro, evitando hacer mención a la labor represiva que practicaba el régimen franquista. Decepcionado, Hoare se contentó con escribir un libro sobre su experiencia en España en la que justificaba la labor diplomática que había realizado<sup>1207</sup>.

En lugar del seguir los consejos de Hoare y del *Foreign Office*, Churchill redactó su propia respuesta a la comunicación de Franco. El Primer Ministro escribió su carta el día 20 de diciembre de 1944, pero su salida se retrasó hasta el 14 de enero de 1945. En dicha misiva, Churchill mostraba su sorpresa por la acusación de Franco de que las malas relaciones entre los dos países estuvieran causadas por la actividad de los servicios secretos británicos. El premier reconocía que España no había atacado a Gran Bretaña, pero se quejaba de la actitud hostil que había mantenido al comienzo del conflicto y de la continua beligerancia de la Falange. Según escribió Churchill:

*No he olvidado que España no nos combatió en dos momentos críticos de la guerra: el colapso de Francia en 1940 y durante la invasión anglo-americana del norte de África*

---

<sup>1204</sup> Mensaje de Hoare a Eden, 12 de diciembre de 1944, FO 371/39672, C17266/23/41. Su visión más personal se puede ver en HOARE, S. (1946): pág. 284.

<sup>1205</sup> Neville Chamberlain falleció el 9 de noviembre de 1940.

<sup>1206</sup> Informe del duque de Alba sobre la política británica, 30 de diciembre de 1944, PL Caja 2ª, nº 5.

<sup>1207</sup> Sus experiencias se recogen en la obra, ya mencionada, HOARE, Samuel (1946): *Ambassador on special mission*, Londres, Collins.

en 1942. Pero también recuerdo como durante toda la guerra se ha permitido consistentemente que la influencia alemana en España entorpeciera el esfuerzo de guerra británico y de sus aliados, y es un hecho que una división española fue enviada para ayudar a nuestros enemigos alemanes contra nuestro aliado ruso. Durante este periodo el Gobierno español públicamente persiguió una política no de neutralidad, sino de no-beligerancia. El Gobierno de Su Majestad también se ha visto forzado a realizar numerosas quejas por actividades que no concuerdan con la política española de neutralidad. (...)

*Ahora que la guerra está llegando a su fin y están siendo preparados los planes para el futuro de Europa y del mundo, el Gobierno de Su Majestad no puede pasar por alto el historial del gobierno español ni la consistente hostilidad del partido falangista, oficialmente reconocido como la base de la actual estructura política de España, ni el hecho de que Falange haya mantenido una estrecha relación con el partido nazi en Alemania y con los fascistas italianos*<sup>1208</sup>.

A continuación, Churchill rechazó las ideas de Franco de constituir un bloque de potencias que fuese hostil a la Unión Soviética. La misiva del Primer Ministro dejaba claro que era impensable que España formara parte de los acuerdos de paz y que fuera a ser invitada a formar parte de la futura Organización de Naciones Unidas (ONU). Significativamente, omitía que la naturaleza represiva del régimen era la razón por la que no sería admitido en la nueva comunidad de naciones que iba a surgir en la posguerra. Al no condicionar el ingreso español en la ONU a las reformas internas del régimen, los británicos dejaban de usar una baza muy importante para presionar a Franco.

El 19 de diciembre, el *Foreign Office* pidió a Halifax, embajador en Washington, que expusiera al Departamento de Estado las nuevas líneas de la política exterior británica hacia España. Hay que destacar el poco interés británico en consultar la opinión de su aliado atlántico en lo referente a España. Hasta ese momento, el gobierno estadounidense no tuvo constancia de la carta de Franco ni del contenido de la respuesta de Churchill. El gobierno británico informó al Departamento de Estado norteamericano que deseaban la desaparición de Franco y de la Falange, pero que consideraban inapropiado que se les desalojara por la fuerza, hecho que podía desencadenar una nueva guerra civil en España. El mensaje transmitido fue el siguiente:

*a) Nuestros intereses estratégicos y comerciales de posguerra requieren una España amiga y en paz.*

*b) Sin embargo, el gobierno de Su Majestad no ve posibilidades de desarrollar relaciones realmente amistosas con España en tanto el presente régimen continúe en el poder sin cambios.*

---

<sup>1208</sup> Carta de Churchill a Franco, 20 de diciembre de 1944, CHAR 20/138B/227-232. Mensaje de Eden a Bowker, 14 de enero de 1945, FO 371/49610 Z971.

c) Además, no sólo sería una desgraciada anomalía la continuación del régimen de Falange en España después de la eliminación de otros regímenes totalitarios hostiles en Europa; en opinión del gobierno de Su Majestad también provocaría con seguridad otra revolución o guerra civil en España de la que sólo los elementos extremistas e indeseables podrían beneficiarse, en perjuicio de los intereses mundiales de paz y seguridad.

d) Por otra parte, cualquier intento de los elementos de oposición en este momento para derribar el presente régimen mediante el uso de la fuerza sería igualmente indeseable. Además, los acontecimientos en España durante los últimos meses han dejado claro que la vasta mayoría del pueblo español está desesperadamente ansiosa por evitar que se repita la guerra civil.

e) A juicio del gobierno de Su Majestad, la mejor esperanza para España reside en la modificación del presente régimen en el próximo futuro por medios pacíficos desde dentro de España. La solución ideal sería la sustitución del presente régimen por uno más moderado, ya fuera una monarquía moderada o constitucional. Sin embargo, la información en manos del gobierno de Su Majestad indica que los elementos moderados en España, tanto republicanos como monárquicos, están en una situación de ánimo desfavorable y crece en ellos la tendencia a aceptar el régimen existente en España con todos sus fallos porque, en comparación, al menos parece garantizar orden y seguridad.

f) La única perspectiva de mejoramiento en España, por consiguiente, parece radicar en la modificación del presente régimen mediante la eliminación o supresión de sus elementos indeseables<sup>1209</sup>.

Estas comunicaciones muestran como el rumbo marcado por Churchill beneficiaba al dictador español, ya que no suponía un aumento de la presión internacional. Además, Franco podía utilizar el patriotismo para defenderse del “injusto” aislamiento internacional. En contraste con la actitud de su gobierno, la prensa británica llevó a cabo casi unánimemente una dura campaña contra Franco y su régimen. En el Parlamento británico también se producían interpelaciones frecuentes sobre España y la postura que debía mantenerse respecto a un régimen tildado de fascista. El gobierno británico, compuesto también por laboristas, tuvo que esforzarse para que no se aprobara una declaración de rechazo hacia el régimen de Franco<sup>1210</sup>.

## **b) Distanciamiento británico y acercamiento español a los Estados Unidos**

Después de que Churchill tomara la iniciativa respecto al tratamiento que debía recibir el régimen franquista, su ministro de Asuntos Exteriores dejó de estar interesado en la cuestión española. Eden admitió su derrota y decidió mantener

---

<sup>1209</sup> Eden a Halifax, 19 de diciembre de 1944, FO 371/39672, C18083/23/41.

<sup>1210</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 574.

la distancia con el régimen de Franco, para no dar a entender que su suerte era de interés para Gran Bretaña<sup>1211</sup>. Llama la atención que se opusiera a la publicación de la respuesta de Churchill a Franco. Esto fue un grave error de Eden, puesto que protegía al dictador contra sus adversarios políticos y contra cualquier intento de cambio promovido por las naciones aliadas. El distanciamiento de Franco y la frialdad en las relaciones bilaterales salvaban la imagen de Gran Bretaña, pero no solucionaban el “problema español”. Lamentablemente, el *Foreign Office* no tenía ninguna política preparada para resolverlo, ni se dedicaría a buscar su solución. Hoyer-Millar, el nuevo jefe de departamento que había sustituido a Roberts, recomendaba cautela a la hora de lidiar con el régimen franquista, esperando que fuese sustituido por algún movimiento de oposición española sin que Gran Bretaña tuviera que intervenir. Incluso, deseaba que hubiese menos menciones a España en la prensa británica y en el Parlamento, ante la incómoda posición en la que ponían al gobierno de su nación<sup>1212</sup>.

Mientras tanto, la situación en Madrid era más difícil para los intereses británicos, ya que la embajada se encontraba vacante. Hasta finales del mes de julio no llegó a España el nuevo embajador Víctor Mallet, un diplomático mediocre que había estado destinado en Estocolmo desde 1940. En los meses decisivos para la supervivencia de Franco, la delegación británica estuvo representada por el encargado de negocios James Bowker. A pesar de su buena disposición, no tenía las mismas capacidades diplomáticas de Hoare ni era capaz de analizar la realidad política española con su certera perspectiva. En aquellos momentos, la mejor baza de la embajada en España era el agregado militar Torr, que estaba en permanente contacto con los generales de alta graduación como Aranda o Kindelán.

En la Conferencia de Yalta entre los días 4 y 11 de febrero de 1945, Stalin, Roosevelt y Churchill intentaron dar forma al nuevo orden mundial. Los tres grandes acordaron la desmilitarización de Alemania y su división en cuatro zonas de ocupación repartidas entre la Unión Soviética, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia (incluida por demanda de Churchill). Alemania quedaba sujeta a fuertes reparaciones financieras y se procedía a reajustar su territorio. De este modo, perdería la Prusia Oriental y parte de Pomerania, quedando su frontera oriental fijada en la línea marcada por los ríos Oder y Neisse. Por su parte, Polonia fue desplazada al oeste, anexionándose los territorios perdidos por Alemania y cediendo los territorios que habían quedado bajo el dominio soviético tras el pacto de no agresión germano-soviético en 1939. La conferencia no hizo sino aumentar la

---

<sup>1211</sup> WIGG, R. (2005): págs. 297-298.

<sup>1212</sup> WIGG, R. (2005): pág. 301.



susplicacia de las potencias anglosajonas respecto a las verdaderas intenciones de la Unión Soviética. Stalin buscaba el establecimiento de una zona de influencia en Europa del Este, que consideraba fundamental para la seguridad de su país. Este hecho motivó que existieran grandes discrepancias sobre el futuro político de Polonia que minaron la alianza que había derrotado al nazismo. Las potencias anglosajonas se vieron incapaces de conciliar las demandas de seguridad rusas con sus propios objetivos, por lo que terminaron aceptando las pretensiones soviéticas a cambio de su participación en la creación de las Naciones Unidas. Hay que señalar, que en el momento en el que se celebró la conferencia, el Ejército Rojo ocupaba la mayoría de Europa central y oriental, encontrándose sus tropas en las cercanías de Berlín<sup>1213</sup>.

En aquella ocasión, se trató también sobre el futuro de España. Los tres grandes mandatarios estaban de acuerdo con la necesidad de eliminar a Franco y proceder a un cambio de régimen. Churchill era favorable a la opción de una restauración monárquica en la figura de don Juan, siendo apoyado por Roosevelt. Los dos dirigentes anglosajones querían evitar que la vuelta de la República en España supusiera un aumento de la influencia soviética en la Península Ibérica. Stalin terminó aceptando la solución propuesta por las potencias anglosajonas. En el comunicado final de la conferencia, las tres grandes potencias se comprometían a garantizar la autodeterminación de los países liberados y de aquellos que se encontraban en la órbita del nazismo mediante elecciones democráticas. Tras la Conferencia de Yalta, la desconfianza anglo-norteamericana respecto a las intenciones soviéticas en Europa motivó que dichas potencias abordasen la “cuestión española” con cautela. Precisamente, fue la violación de los acuerdos alcanzados en dicha conferencia por parte de los soviéticos lo que llevó a la división de Europa y a lo que se vino a denominar el “telón de acero”<sup>1214</sup>.

Ante la falta de embajador británico en Madrid, las autoridades españolas tuvieron que recurrir a su representación diplomática en Londres para entender si la reunión de las tres grandes potencias ponía en peligro la continuidad del régimen. A los pocos días del final de la Conferencia de Yalta, el marqués de Santa Cruz se reunió con Derick Hoyer-Millar. En dicha conversación, el diplomático español pidió a los británicos que aclarasen su postura. Si querían que Franco dejara el poder, debían hacer una declaración pública al respecto y detallar cual era el régimen político que debía sustituir a la dictadura. En su opinión, Franco

---

<sup>1213</sup> Sobre la Conferencia de Yalta y el comienzo de la denominada “guerra fría” véase POWASKI, Ronald E. (2000): *La guerra fría: Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Barcelona, Crítica y GADDIS, John Lewis (1972): *United States and the Origins of the Cold War: 1941-1947*, Nueva York, Columbia University Press.

<sup>1214</sup> Como sabemos, tras el final de la guerra, las “elecciones libres” en los países ocupados por tropas soviéticas introdujeron dictaduras comunistas en Rumania, Polonia, Bulgaria y Hungría.

no había entendido el mensaje de Churchill y seguía mostrándose seguro de que los aliados no presionarían a su régimen. Santa Cruz llegó incluso a advertir a Hoyer-Millar que estaban muy equivocados si esperaban que Franco fuera a desaparecer en el futuro, ya que los numerosos españoles que deseaban su marcha no se atrevían a actuar por miedo a desatar una nueva guerra civil. Por su parte, Hoyer-Millar insistió en la línea oficial británica de no intervenir en los asuntos internos de otros países<sup>1215</sup>. Dicha línea de actuación era la misma que defendían Eden y Cadogan, que querían evitar comprometerse con un régimen concreto en España.

A principios de marzo, Lequerica le comunicó a Bowker la disposición de Franco a introducir cambios en su régimen que lo hiciesen más aceptable internacionalmente, siempre que el dictador permaneciese en el poder<sup>1216</sup>. El ministro español ordenó a Santa Cruz que hiciera una gestión similar en Londres, pidiendo a Eden que concretara las medidas debía tomar el Estado español para resultar aceptable a los británicos. De este modo, se presentaba otra oportunidad para que el gobierno británico presionara a Franco y le forzara a cambiar la naturaleza política de su régimen. La entrevista con el diplomático español fue retrasada, en virtud de la “reserva fría” aplicada por Eden. Finalmente, fue el asistente del ministro británico quien recibió a Santa Cruz, evitando dar indicaciones sobre los cambios que debía afrontar el régimen franquista. Ni siquiera mencionó la repulsa que generaba la campaña de represión que se había desatado en España. Eden y el *Foreign Office* no quisieron contradecir la política marcada por Churchill, por lo que se desaprovechó esta gran ocasión para clarificar la postura oficial británica hacia el régimen franquista<sup>1217</sup>. Esto no significa que los británicos se cruzaran de brazos. Desde el mes de febrero, se pidió la vuelta de Tánger a su situación antes de la ocupación española de 1940. Los españoles consiguieron dilatar la cuestión, hasta que la conferencia de Postdam obligó la devolución del enclave, sin contar con la opinión del régimen de Franco. Las tropas españolas abandonaron definitivamente la ciudad en octubre de 1945.

El 22 de abril fue anunciado el nombramiento de Mallet como nuevo embajador en España. Desde Londres, Alba informó que el sustituto de Hoare no tenía una buena opinión del régimen de Franco. El marqués de Santa Cruz transmitió a Madrid que los responsables del *Foreign Office* tenían una actitud muy negativa respecto a España, ya que no olvidaban la asociación con el Eje, la ayuda prestada a los submarinos y el envío de la División Azul al frente ruso. Además, destacaba que la opinión pública británica sentía un profundo rechazo por la actitud

---

<sup>1215</sup> Informe de Hoyer-Millar a Cadogan, 14 de febrero de 1945, FO 371/ 49611 Z2783/233/41.

<sup>1216</sup> Informe de Bowker a Eden, 3 de marzo de 1945, FO 371/ 49611 Z2972/233/41.

<sup>1217</sup> WIGG, R. (2005): pág. 302.

española en el conflicto. Los medios de comunicación y la clase política en Gran Bretaña consideraban que la dictadura de Franco no era compatible con la nueva realidad europea<sup>1218</sup>. Estos signos anunciaban el aislamiento internacional del régimen franquista en la posguerra.

Al plantearse las opciones que se le presentaban a España en la posguerra, el *Foreign Office* juzgaba que era altamente improbable que después de la derrota de Alemania se produjera un levantamiento popular que derribara a Franco e instalara la República. Tampoco veían como probable que las mismas circunstancias condujeran a una restauración monárquica. Los analistas británicos veían ligeramente más probable que Franco fuera reemplazado por un gobierno militar de carácter interino como preludio de la monarquía. Para ellos, esta situación sólo tendría éxito si contaba con el respaldo de todo el Ejército. Una variante de esta opción era que el dictador permaneciera en el poder como regente de don Juan y como cabeza de un gobierno semi-militar. Esta opción era también considerada como poco probable, puesto que creían que Franco no se desharía de la Falange<sup>1219</sup>.

Por otra parte, las relaciones hispano-británicas se resentían por el cambio de prioridad en la acción exterior española que impuso Lequerica tras su llegada al Ministerio. La nueva línea que impulsó el ministro tendía a fomentar las relaciones con los Estados Unidos. Los dirigentes españoles eran conscientes del poderío económico y militar norteamericano y pensaban que resultarían más fáciles de convencer que los británicos. Especialmente, viendo la actitud amistosa desplegada por Hayes en Madrid, que había descrito a Lequerica el ambiente de “viva simpatía para España y de interés por sus asuntos” que existía en Estados Unidos. El embajador norteamericano destacaba el cambio visible en la postura internacional de España, insistiendo que su gobierno quería ver a España “firmemente unida a Estados Unidos e Inglaterra, guardando no una neutralidad formal y legalista sino una neutralidad benévola”<sup>1220</sup>.

Lo más significativo para Franco era la falta de interés americana en buscar la restauración de la monarquía en España. Respecto a dicho tema, Hayes creía que la monarquía era una forma de gobierno que era inviable para el país. Incluso le llegó a comentar a Doussinague que los Estados Unidos no estaban de acuerdo con la restauración de la monarquía. El embajador estadounidense consideraba que España era un Estado católico y conservador, al que no convenía presionar<sup>1221</sup>. Las interacciones con Hayes mostraron a Franco que los

---

<sup>1218</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 574-575.

<sup>1219</sup> Informe del Foreign Office a Hoyer-Millar, 28 de abril de 1945, FO 371/ 49588 Z5557/233/41.

<sup>1220</sup> Informe de la entrevista de Lequerica con Hayes, 28 de agosto de 1944, AMAE R1372/22.

<sup>1221</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 557-558.

norteamericanos no estaban interesados en forzar un cambio de régimen. Esta actuación contrastaba con la de Hoare que se inmiscuía continuamente en la política interna española, al fomentar vínculos con los representantes del movimiento monárquico.

La despedida a Hayes contrasta con la salida de España de Hoare. En su última audiencia con Franco, el embajador norteamericano tuvo palabras cordiales para España respecto a su conducta en la Segunda Guerra Mundial<sup>1222</sup>. Su actitud era radicalmente opuesta a la del embajador británico, que no ocultaba su disgusto por la naturaleza dictatorial del régimen. Por su parte, el dictador español le regaló un retrato suyo pintado por Zuloaga, el pintor del momento en España. A pesar de ello, Hayes recomendó a sus contactos más allegados que se realizaran reformas en el seno del régimen antes de que fuera tarde. De cualquier forma, hay que señalar que el embajador no creía necesaria una transformación radical del régimen, bastaba con cambiar las apariencias fascistas. Todo esto ayuda a comprender porqué el régimen franquista señalaba a Hayes como un amigo. La prensa española también se dedicó a reforzar el distinto trato obsequiado a los dos embajadores.

La llegada del nuevo embajador norteamericano, Norman Armour, provocó cierta incertidumbre en las autoridades españolas, ya que podía suponer un cambio de actitud estadounidense hacia el régimen franquista. Hay que recordar que Armour había sido embajador en Argentina, país hispanoamericano con el que los Estados Unidos habían mantenido una peor relación durante la guerra. El nuevo embajador mantuvo una posición más firme que su predecesor, intentando hacer ver a la Administración española que no les era posible estrechar lazos con un país gobernado por principios fascistas. De este modo, el Departamento de Estado conseguía tener en Madrid un representante diplomático que siguiera mejor sus directrices. En la presentación de sus credenciales no hubo la más mínima cordialidad. Cuando Franco explicó su teoría de las tres guerras, Armour le explicó que para su país se trataba de un solo conflicto. Respecto a la amenaza comunista, presentada por el dictador como la principal amenaza a la seguridad internacional en la posguerra, el embajador contestó que Rusia viviría en paz con sus vecinos. Armour también recriminó a Franco la existencia de numerosos prisioneros políticos en España<sup>1223</sup>. Los Estados Unidos comenzaban a marcar distancias respecto al régimen franquista, aunque tampoco querían intervenir en los asuntos internos de otro Estado para imponer un cambio de régimen. Los aliados defendían

---

<sup>1222</sup> HAYES, C. (1945): págs. 242-245.

<sup>1223</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 561-562. PRESTON, P. (1994): pág. 654.

posturas distintas respecto al régimen de Franco, pero las dos sirvieron para consolidarle en el poder ya que no estaban interesados en sustituirle.

Franco continuó haciendo méritos para hacer su régimen más aceptable a los ojos de las potencias anglosajonas, especialmente de Washington. En diciembre de 1944, se firmó con los Estados Unidos una serie de acuerdos para la navegación aérea, que permitieron la participación de representantes españoles en una conferencia celebrada en Chicago sobre dicho tema. A mediados de febrero de 1945, se aceptó que aterrizaran en España aviones de transporte militar estadounidenses<sup>1224</sup>. Esta medida suponía una clara violación de la neutralidad española en favor de los norteamericanos. El 12 de abril Franco rompió relaciones con Japón tras la destrucción de algunas propiedades del Estado español en Manila y el asesinato de su personal consular. No hay duda que Lequerica quería mostrar su simpatía con los Estados Unidos en la guerra que libraba en el Pacífico<sup>1225</sup>.

Los americanos también intervinieron en la defensa de sus intereses económicos, especialmente de la participación que la compañía ITT tenía en Telefónica. Carceller negoció con los norteamericanos la adquisición de las acciones en propiedad de los estadounidenses, manteniendo la relación de carácter técnico entre ambas compañías<sup>1226</sup>. En contraste con la inhibición británica, los norteamericanos se mostraron muy activos a la hora de coquetear comercialmente con el régimen de Franco. Esto llevó a Bowker a afirmar que había “un ambiente de luna de miel entre estadounidenses y españoles”<sup>1227</sup>.

Por otro lado, Lequerica hizo hincapié en las labores de salvamento de judíos desempeñadas por las delegaciones diplomáticas españolas para hacer méritos ante los aliados<sup>1228</sup>. En este sentido, envió el 16 de noviembre un telegrama a Cárdenas para que informara al Departamento de Estado y a las organizaciones sionistas de los Estados Unidos de las actividades españolas para protección de los judíos en la Europa ocupada. Alba también recibió el mismo telegrama, informándose a las organizaciones judías que operaban en Londres<sup>1229</sup>. Respecto a este tema, conviene señalar que la postura oficial del gobierno español estaba lejos del antisemitismo, aunque algunos de sus integrantes temieran la influencia de la

---

<sup>1224</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 552.

<sup>1225</sup> Doussinague incluso menciona que se estudió la posibilidad de enviar una división de la Escuadra española al Pacífico para mostrar solidaridad con la causa aliada en la zona, DOUSSINAGUE, J. M. (1949): pág. 348.

<sup>1226</sup> TORRES, Eugenio (2001): págs. 27-28.

<sup>1227</sup> Informe de Bowker a Hoyer-Millar, 27 de marzo de 1945, FO 371/ 49611 Z4225/233/41.

<sup>1228</sup> Para el estudio de la cuestión judía y la España de Franco, véase TUSELL, J. (1995): págs. 576- 595 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 480-496.

<sup>1229</sup> SUÁREZ, L. (1997): págs. 489-491.

comunidad judía internacional, que había apoyado a la causa republicana. Al avanzar la guerra, la actitud del régimen fue haciéndose más favorable hacia la protección de los judíos al buscar el favor aliado y al empezar a conocerse la magnitud de la barbarie nazi. También hay que destacar que la embajada norteamericana ejerció presión sobre el gobierno español para que colaborara activamente en la protección y salvamento de los judíos. En sus comunicados a Washington, Hayes valoró muy positivamente la ayuda prestada por el régimen franquista en este asunto<sup>1230</sup>. No en vano, gracias a las delegaciones diplomáticas españolas se salvaron unas treinta mil personas<sup>1231</sup>.

La actuación española se centró en la protección de judíos sefarditas, que habían accedido a la ciudadanía española bajo la Segunda República y a muchos de nacionalidades hispanoamericanas que tenían encargadas al gobierno español su defensa. Su labor se extendió por Grecia, donde había grupos relevantes de sefarditas en Salónica y Atenas, y Europa del Este. Incluso la Embajada española en Berlín hizo numerosas reclamaciones y gestiones a favor de los judíos. Pero fue en Hungría donde la función protectora de la delegación diplomática española fue más significativa. El encargado de negocios Ángel Sanz Briz consiguió proteger en edificios dotados de extraterritorialidad a miles de judíos que no eran de ascendencia española. Ante la urgencia de la situación, Lequerica le concedió libertad para que actuara siguiendo su propio criterio y sin esperar autorización de Madrid. Gracias a su labor humanitaria, Sanz Briz es el único español que figura en el monumento conmemorativo del Holocausto en Jerusalén.

Durante los últimos meses de la guerra, tanto británicos como norteamericanos presionaron a las autoridades españolas para evitar que España se convirtiera en un refugio de dirigentes y criminales nazis. Hay que señalar que el régimen franquista tampoco estaba interesado en ofrecer asilo a líderes italianos y alemanes, ya que quería evitar cualquier identificación con dichos regímenes que pudiera entorpecer su reconocimiento internacional. En cualquier caso, a pesar de las quejas aliadas, hubo personalidades de segunda fila del nazismo y del fascismo que pudieron permanecer en España. Por ejemplo, las autoridades españolas permitieron que personajes como Otto Skorzeny, jefe de los comandos de Hitler o León Degrelle, fundador del movimiento de extrema derecha belga REX se refugiaron en el territorio español. Asimismo, España fue utilizada por los nazis como país de tránsito hacia otros destinos como Argentina o Brasil. Sin embargo, en

---

<sup>1230</sup> HAYES, C. (1945): pág. 297.

<sup>1231</sup> Bernd Rother calcula que entre 20.000 y 35.000 judíos cruzaron la frontera española; mientras que unos 5.000 se beneficiaron de la protección española. ROTHER, Bernd (2005): *Franco y el holocausto*, Madrid, Marcial Pons. Otras fuentes citan cifras superiores, como el rabino norteamericano LIPSCHITZ, Chaim U. (1984): *Franco, Spain, the Jews, and the Holocaust*, Nueva York, Ktav Publishing.

ningún caso se puede considerar que el territorio español se convirtiera en un refugio nazi.

Otra de las preocupaciones aliadas fue el bloqueo de los numerosos intereses económicos alemanes existentes en España y la devolución del oro que hubiese sido importado de Alemania procedente del expolio nazi a los países ocupados. En el otoño de 1944 los aliados hicieron su primera petición formal al gobierno español para que cesara la compra de oro a Alemania y para que procediera a controlar todos los activos alemanes mencionados en la Declaración del Oro de febrero de 1944 y la Resolución VI de la Conferencia de Breton-Woods de julio de 1944. Esta iniciativa formaba parte del programa *Safehaven* diseñado por los Estados Unidos para evitar que Alemania moviera activos a las potencias neutrales para que sirvieran como base de un futuro resurgir nazi, ante su esperada derrota en la guerra<sup>1232</sup>. Durante la primavera de 1944, miembros del programa habían estado en España para evaluar los intereses alemanes en España. Curiosamente, el embajador Hayes se negó a cooperar con ellos, aduciendo que ya había informado suficientemente a su gobierno sobre las actividades alemanas en España y que no estaba dispuesto a realizar ninguna investigación adicional que se saliera de los procedimientos habituales diplomáticos<sup>1233</sup>.

Al no obtener ninguna contestación del gobierno español, en enero de 1945 las potencias anglosajonas discutieron cómo afrontar el problema. Los Estados Unidos querían ligar las negociaciones respecto al programa *Safehaven* con la renovación de los acuerdos comerciales que habían expirado a finales del año anterior. Como el avance de los Ejércitos aliados había separado a España del Tercer Reich, pensaban que podían adoptar una postura más dura respecto al régimen franquista. Nuevamente, los británicos salieron al rescate de Franco, argumentando que *Safehaven* era un asunto político que había que desligar de los acuerdos económicos. El gobierno británico estaba preocupado por la posible reacción negativa de España, que podía dejar a su industria sin los suministros que necesitaba de la Península Ibérica. Hay que señalar que comenzaban a surgir voces en Washington que intentaban evitar que se adoptara una línea excesivamente dura con Franco. Las discusiones entre los aliados continuaron durante muchos meses. Al final, se acordó seguir la propuesta británica, separando *Safehaven* de las negociaciones comerciales<sup>1234</sup>.

---

<sup>1232</sup> MEDLICOTT, W. N. (1959): vol. II, págs. 622-627.

<sup>1233</sup> SLANY, William Z. (199/): *U.S. and Allied Efforts To Recover and Restore Gold and Other Assets Stolen or Hidden by Germany During World War II*, Washington, Departamento de Estado norteamericano, pág. 17.

<sup>1234</sup> SLANY, W. Z. (1997): págs. 138-142.

El 1 de mayo de 1945, el gobierno español recibió una nota de los aliados conminándole a adherirse a la Declaración del Oro de febrero de 1944 y a la Resolución VI de Breton-Woods, inmovilizar todos los bienes alemanes existentes en el país, controlar las transacciones que involucrasen a empresas alemanas, facilitar información a los aliados sobre los residentes alemanes y permitir la devolución de aquellos bienes que hubiesen sido robados a sus legítimos dueños. Cuatro días más tarde, el gobierno de Franco emitió el Decreto-ley sobre bloqueo de bienes extranjeros en España, para bloquear y liquidar los intereses alemanes en España<sup>1235</sup>. Se abrían unas negociaciones con los aliados sobre el futuro de los bienes alemanes en España que durarían hasta bien entrados los años 50. Al término de la guerra, los aliados exigieron a España que proporcionara información sobre las compras de oro desde 1939, para identificar si se había adquirido oro robado por los alemanes. El Consejo de Control aliado sólo identificó 8 lingotes que debían ser restituidos, el resto de las reservas españolas quedaron libres de toda sospecha<sup>1236</sup>.

## **2. La difícil supervivencia del Nuevo Régimen**

La evolución de la guerra mundial pudo hacer posible un cambio en la situación política en España. Al acercarse el final de la guerra, existía la posibilidad de que los aliados no consintieran que la dictadura de Franco existiera en una Europa democrática. Por esta razón, tanto monárquicos como republicanos intentaron demostrar a los vencedores de la contienda que su opción era la más legítima para el futuro. Dadas sus limitaciones, su única esperanza era que las naciones aliadas decidieran imponer un nuevo régimen en España. La posición monárquica era presentarse como la mejor opción para garantizar la estabilidad de la zona y frenar la expansión del comunismo, que podía verse favorecido si los aliados decidían la implantación de una República en España. Lamentablemente para sus intenciones, a estas alturas de la guerra, don Juan todavía no se había presentado como una alternativa creíble al régimen franquista.

Los republicanos no estaban en una mejor posición. Tras la disolución del Gobierno de la República en 1939, no había un gobierno republicano en el exilio y sus dispersos seguidores no contaban con ningún apoyo relevante. Ciertos medios anglosajones defendían la legalidad del régimen republicano, pidiendo una vuelta a la democracia de 1936. Sin embargo, la gran dificultad residía en la profunda

---

<sup>1235</sup> Decreto-ley de 5 de mayo de 1945 sobre Bloqueo de bienes extranjeros, publicado en el Boletín Oficial del Estado del 10 de mayo de 1945, nº 130.

<sup>1236</sup> MARTIN ACEÑA, P. (2001): págs. 100-107.



división existente entre los diputados supervivientes de las Cortes de la Segunda República. La legitimidad se la disputaban Martínez Barrio, último presidente de las mismas, que se encontraba en Méjico, junto a la mayoría de diputados, y Negrín, que había permanecido en Londres durante la guerra y que contaba con el respaldo de la Diputación permanente que residía en París. En un intento de superar la división nacida en la Guerra Civil surgió la Alianza de Fuerzas Democráticas, que era más aceptable para las potencias anglosajonas por dejar al margen a los comunistas. En cualquier caso, ni el Departamento de Estado norteamericano ni el *Foreign Office* estaban dispuestos a ofrecer ningún signo de reconocimiento de la legitimidad republicana.

Como veremos, los distintos elementos de la oposición, tanto monárquicos como republicanos, contactaron con los británicos para buscar su apoyo. Ninguno de los dos grupos consiguió recabarlo.

### **a) La invasión de las guerrillas comunistas**

Tras la liberación de Francia, los comunistas y republicanos de izquierdas que habían colaborado con la Resistencia francesa decidieron trasladar la lucha contra el fascismo a España. Los guerrilleros españoles representaban una fuerza militar considerable en el sur de Francia, habiendo contribuido a la liberación de ciudades como Toulouse, Burdeos o Perpiñán. A finales de agosto de 1944 Lequerica ya se había quejado ante los embajadores anglosajones acerca de la amenaza que representaban los “rojos españoles” en la frontera de los Pirineos. Tanto Hayes como Hoare respondieron satisfactoriamente a la petición del ministro español de trasladar sus quejas al gobierno francés<sup>1237</sup>. El plan de los antiguos combatientes republicanos era entrar en España y establecer un gobierno provisional comunista que obligara a los aliados a reconocerlo y a colaborar con la liquidación del régimen franquista<sup>1238</sup>. Los invasores pensaban que la población se levantaría contra Franco en cuanto comenzase el ataque. Hay que señalar que el proyecto, de inspiración comunista, no contaba con el apoyo de todas las fuerzas de oposición a Franco<sup>1239</sup>. A pesar de sus limitaciones, fue una de las mayores

---

<sup>1237</sup> Informe de Lequerica sobre su reunión con Hoare y Hayes, 28 de agosto de 1944, AMAE R1372/22.

<sup>1238</sup> Sobre la invasión del valle de Arán y las actividades de los maquis contra el régimen de Franco, véase ARASA, Daniel (2004): *La invasión de los maquis*, Barcelona, Belacqua y MARÍN, Dolores (2002): *Clandestinos, el maquis contra el franquismo, 1939-1975*, Barcelona, Plaza & Janes.

<sup>1239</sup> Para el estudio de ofensiva de las guerrillas comunistas, véase TUSELL, J. (1995): págs. 606- 612 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 596-607.

amenazas a las que tuvo que enfrentarse el régimen de Franco durante la Segunda Guerra Mundial.

Unos 4.000 guerrilleros, con armamento requisado a los alemanes y entrenados en las operaciones de la Resistencia francesa, invadieron el valle de Arán. Esta zona era más accesible desde el lado francés que del español, por lo que esperaban mantenerla ocupada como símbolo de la liberación del país. Las primeras unidades entraron en suelo español a finales de septiembre, aunque el grueso de la invasión se produjo el 18 de octubre. El ataque de las guerrillas fue un rotundo fracaso, ya que no encontraron la bienvenida que esperaban, sino unos 80.000 hombres al mando de Yagüe y Moscardó. Las tropas de Franco, mejor equipadas y mejor organizadas, rechazaron fácilmente la invasión. Los guerrilleros tuvieron 800 bajas, de ellas 100 muertos, frente a 250 bajas del Ejército español, de las cuales 30 muertos. La operación militar duró tan sólo diez días y no tuvo ningún eco en el interior de España ni en el extranjero. Muy pocos guerrilleros consiguieron cruzar el río Ebro y unirse a células comunistas en otras regiones. Además, se hizo patente el declive de la opción comunista como núcleo de la oposición a Franco<sup>1240</sup>. En cualquier caso, diversas bandas armadas quedaron operativas en la zona, dedicándose a la guerra de guerrillas y obligando a Franco a mantener el despliegue militar en los Pirineos durante muchos meses.

La derrota de los guerrilleros había despejado muchas incógnitas. Por un lado, no había existido ningún intento de sublevación en el interior. Al ser una iniciativa mayoritariamente comunista, los generales y la población española se apiñaron en torno a Franco ante el peligro de la amenaza roja. El dictador utilizó estos acontecimientos para resucitar en el país la mentalidad de la Guerra Civil. Por otro lado, dejaba claro que sólo una intervención militar directa de los aliados podía forzar un cambio de régimen en España.

El duque de Alba protestó al embajador francés en Londres, que le prometió que su gobierno cerraría la frontera. Sangróniz en París también trasladó sus quejas al ministro francés de Asuntos Exteriores. Las mismas autoridades francesas estaban interesadas en limitar las actividades de los guerrilleros, por su temor a que fueran utilizados por los comunistas para derribar a De Gaulle. Desde muy pronto, los franceses estuvieron en contacto con militares españoles para colaborar en el control de estos elementos subversivos. De manera paulatina se fue consiguiendo que la zona del sur de Francia pasara a control gubernamental, procediendo a desarmarse a las guerrillas a partir de abril de 1945. Ese mismo mes,

---

<sup>1240</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 606-610.

el gobierno francés concedió su protección a los exiliados republicanos residentes en el país con la publicación del Estatuto de los refugiados españoles<sup>1241</sup>.

## **b) El general Aranda apela a Churchill**

A mediados de octubre, llegó una llamada al premier británico del general Aranda para que contribuyera a la eliminación del régimen franquista, apelando a los recuerdos de la guerra peninsular que liberó España de la ocupación francesa. La carta llegó secretamente a Londres de la mano de Walter Starkie, el director del Instituto Británico de Madrid. Aranda solicitaba a Churchill que retirara su apoyo al régimen de Franco. En su carta, señalaba que el dictador se sostenía sólo mediante un pretendido apoyo exterior de los aliados. A su entender, el régimen franquista había resultado útil como transitorio, pero se hacía necesario que evolucionase para evitar la división interna y resolver los problemas sociales. El general presentaba como única solución viable la monarquía liberal. Aranda terminaba diciendo que Gran Bretaña “no puede apoyar nada que, como la situación actual en España, vaya contra la dignidad y la humanidad”<sup>1242</sup>.

La carta del general español fue completamente ignorada por Churchill. El *Foreign Office* también era escéptico respecto a la relevancia de la carta de Aranda. Al haber incumplido sus innumerables promesas de emprender iniciativas contra el régimen de Franco desde 1941, no gozaba de la confianza del ministerio británico. Desde la embajada de Madrid, Bowker reforzó estas impresiones al ser consultado sobre la misiva de Aranda. El encargado de negocios británico reconoció que el general había tenido cierto éxito en sus contactos con los elementos republicanos, pero que no existía una oposición organizada ni una figura relevante que pudiera oponerse a Franco. Además, afirmaba que los españoles no deseaban llevar a cabo ninguna acción que pudiera suponer una nueva Guerra Civil<sup>1243</sup>.

Al acercarse el final de la guerra, el agregado militar Torr pulsó la opinión del general Dávila acerca de la posible evolución del régimen en la posguerra. El Jefe del Estado Mayor le manifestó que la derrota alemana era inevitable, lamentando el destino que le esperaba al Ejército alemán. En su opinión, el fin de la guerra se produciría en verano, como resultado de una nueva ofensiva

---

<sup>1241</sup> TUSELL, J. (1995): págs. 606-610.

<sup>1242</sup> Carta del general Aranda a Churchill, 12 de octubre de 1944, FO 371/39677 C13568.

<sup>1243</sup> Informe de Bowker a Roberts, 7 de noviembre de 1944, FO 371/39678, C15660.

soviética. Dávila mostró su convencimiento de que los vencedores de la guerra desaprobaban el régimen existente en España, por lo que podían esperar el aislamiento político en la posguerra. Respecto a Franco, le expresó que habían sido los generales quienes le habían puesto al frente de la Jefatura del Estado, lo que demostraba que el Ejército era quien estaba a cargo del régimen. Además, le dijo a Torr que los generales no aprobaban que Franco se hubiera nombrado Jefe Nacional de la Falange. De acuerdo con su opinión, la única solución para España era el establecimiento de una monarquía constitucional por iniciativa de los generales. La transición sería gestionada por una junta militar. Dávila declaró que “si Franco no está de acuerdo, tendrá que irse”. Tanto Torr como Bowker minimizaron la importancia de estas declaraciones, ya que no creían en la capacidad de los generales españoles para desplazar a Franco<sup>1244</sup>.

Torr también pulsó las opiniones de Aranda y Kindelán. En grandes líneas, sus manifestaciones venían a coincidir en la necesidad de eliminar a Franco. En su conversación con ambos personajes, el agregado militar británico pudo ver como también salían a la superficie las rivalidades en el seno de las Fuerzas Armadas españolas, entre los generales de alta graduación y sus colegas más jóvenes. El general Kindelán insistió en que la mayoría de sus conmlitonos estaban descontentos con la continuidad del régimen falangista. Además, manifestó que los generales sabían que mientras Franco y la Falange estuvieran en el poder, las relaciones con las potencias democráticas nunca serían amistosas. Por otro lado, señaló que, aunque Franco hablara de la restauración de la monarquía, no se sabían cuales eran sus verdaderas intenciones. Kindelán también le explicó que la invasión de las guerrillas comunistas había provocado que los generales se enfocaran en el mantenimiento del orden, paralizando su iniciativa política durante los últimos meses. El general anunció a Torr que se estaba formando una nueva junta militar, en la que las figuras más destacadas serían Dávila, Monasterio, Solchaga y el general Orgaz, en el que también se podía confiar. Kindelán también le dijo que estaba en continuo contacto con don Juan, al que mantenía al corriente de la situación en el interior del país<sup>1245</sup>.

Por su parte, el general Aranda explicó a Torr que el mayor temor de Franco era que los elementos izquierdistas de Falange se unieran con los comunistas para desestabilizar al régimen. En este sentido, mostró su convencimiento de que Franco recurriría al Ejército de África para restablecer el orden en el país si se producían graves disturbios. Aranda no creía que fuera fácil proceder a un cambio

---

<sup>1244</sup> Informe de Bowker a Roberts sobre la conversación mantenida entre Torr y el general Dávila, 27 de enero de 1945, FO 371/ 49587 Z1594/233/41.

<sup>1245</sup> Informe de Bowker a Roberts acerca de las conversaciones mantenidas por Torr con los generales Kindelán y Aranda, 30 de enero de 1945, FO 371/ 49587 Z1906/233/41.

de régimen a corto plazo. Dudaba que el Ejército estuviera preparado para imponer por la fuerza la monarquía y eliminar a Franco y a la Falange. El general español criticó a Dávila por no tener estatura política, y ser un simple arribista que se beneficiaba de su cercanía al dictador. En su opinión, los únicos líderes del movimiento monárquico a tener en cuenta eran Gil Robles y Ventosa. Aranda también aseguró a Torr que se encontraba en continua comunicación con don Juan, quien se encontraba deseoso de volver a España antes del final de la guerra en Europa. En su opinión, ya se daban las circunstancias para que el pretendiente pudiese volver a reclamar su trono, estando convencido que sería recibido por la población con los brazos abiertos<sup>1246</sup>.

Finalmente, el agregado militar británico se entrevistó con el general Asensio, que mostró la otra cara del generalato español. El ministro español señaló a Torr que las Fuerzas Armadas españolas no estaban politizadas y que eran absolutamente leales a Franco. Asimismo, expresó su convencimiento de que Franco era la única persona capaz de liderar a España, mostrando su respaldo al dictador. En su opinión, cualquier cambio político desestabilizaría al país, ya fuese la restauración monárquica o la disolución del partido único. Asensio comentó que Franco era consciente del rechazo que generaba la Falange entre los aliados. En un alarde de cinismo, declaró que no entendía las razones que motivaban dicho recelo, y que los aliados tenían más que temer del comunismo que del falangismo<sup>1247</sup>.

Estas entrevistas confirmaron la desconfianza existente en Londres respecto a la capacidad de los generales españoles para introducir cambios en la vida política española. Por un lado, se pudo constatar la división interna entre el Alto Mando del Ejército entre los partidarios de desplazar a Franco del poder y aquellos que le eran absolutamente fieles. Por otro lado, se comprobó que los generales no tenían ningún plan de acción, aunque intentaran mostrar que estaban en continuo contacto con otros elementos de oposición como don Juan o como los políticos republicanos. Hay que recordar que anteriormente habían anunciado repetidas veces que intervendrían en la vida política española para terminar con el régimen franquista y restablecer la monarquía en España. Como nunca llegaron a materializar sus planes, perdieron toda credibilidad ante los ojos de los representantes diplomáticos británicos. La cercanía de la victoria aliada no impulsó a los generales a ser más decididos en su oposición a Franco, por mucho que Dávila siguiera considerando al dictador como un *primus inter pares*.

---

<sup>1246</sup> Informe de Bowker a Roberts acerca de las conversaciones mantenidas por Torr con los generales Kindelán y Aranda, 30 de enero de 1945, FO 371/ 49587 Z1906/233/41.

<sup>1247</sup> Informe de Bowker a Roberts acerca de las conversaciones mantenida por Torr con el general Asensio, 13 de febrero de 1945, FO 371/ 49587 Z2155/233/41.

### c) Los inútiles esfuerzos monárquicos

En noviembre de 1944, don Juan envió una carta a su primo el rey Jorge VI a través de su madre, la antigua reina Victoria Eugenia. El pretendiente preguntaba por la actitud del gobierno británico hacia la causa monárquica, ya que Franco se vanagloriaba de contar con el apoyo anglosajón. Don Juan apelaba a los aliados, asegurando que había rechazado la identificación con los principios del régimen exigida por el dictador. Sin embargo, señalaba que no se oponía a una restauración en concierto con Franco. La carta incluía también un resumen de sus intenciones políticas redactado por López Oliván, cuyos principios eran los siguientes:

1. Establecimiento de una nueva Constitución que debía ser aprobada por votación popular.
2. Respeto a los derechos humanos.
3. Parlamento elegido por sufragio directo.
4. Separación de poderes legislativo y ejecutivo.
5. Amnistía para todos los delitos de naturaleza política.
6. Reformas sociales con la intención de lograr una distribución más equitativa de la riqueza y una mejora de las condiciones de vida de la población.

Curiosamente, el pretendiente afirmaba que nunca había buscado la ayuda exterior para recuperar el trono, pero que ahora podía plantárselo<sup>1248</sup>. En realidad, don Juan había estado coqueteado con el Eje y con los aliados para lograr la restauración de la corona. De nuevo, las contradicciones del pretendiente no resultaron convincentes para los británicos. A la vez que recurría a su ayuda para eliminar a Franco, se mostraba dispuesto a pactar con el dictador para restaurar la monarquía. Por esta razón, no logró atraer al gobierno británico a su causa. En Londres no deseaban enajenarse al régimen de Franco y no estaban dispuestos a arriesgarse por un pretendiente que no hacía sino demostrar continuamente su torpeza política.

La falta de interés británica en la causa de don Juan quedó demostrada cuando el *Foreign Office* se planteó la posibilidad de que el pretendiente quisiera

---

<sup>1248</sup> Carta de A. J. Melville Williams a Charles Sutton (Foreign Editor), Censura postal y telegráfica, FO 371/49582, 22 de noviembre de 1944, C16423/225/41.

visitar el Reino Unido para el funeral de su abuela, petición que era legítima y difícil de negar. Su visita hubiese supuesto la necesidad de fletar un vuelo especial para trasladarle desde Suiza a Londres. Al analizar la situación, Cadogan alertó a su Primer Ministro que si el pretendiente visitaba Gran Bretaña, podría querer entrevistarse con él. Como la situación en España “era muy fluida”, recomendó a Churchill que no le recibiera. En su opinión, la presencia de don Juan en el Reino Unido no perjudicaría a la causa monárquica, pero debía evitarse dar la sensación que el gobierno británico estaba involucrándose en la política interna de otro país<sup>1249</sup>.

Al final, fue López Oliván quien visitó Londres en representación de don Juan para entrevistarse con el ministro de Asuntos Exteriores. Sin embargo, sólo pudo ser recibido por un funcionario de segunda fila procedente del Departamento de Información del *Foreign Office*. A un diplomático experto como López Oliván no se le podía escapar el detalle, que mostraba el desinterés oficial británico por la causa monárquica. En la entrevista, el representante de don Juan se mostró ansioso por fijar los plazos para proceder con la restauración, abandonando su habitual cautela. Por otro lado, López Oliván indicó a los británicos su temor de que la gente pensara que don Juan apoyaba al régimen franquista, por no haber manifestado todavía su rechazo al mismo. Precisamente, la inacción del pretendiente no daba ninguna confianza a los británicos sobre sus capacidades y su programa político. Respecto a este último tema, López Oliván aseguró al diplomático británico que don Juan no tenía la intención de apoyarse en la “antigua aristocracia parasitaria”, mostrando su confianza en la capacidad de Gil Robles para liderar un movimiento político y ampliar el apoyo a la monarquía<sup>1250</sup>. Pero, como mencionamos en el capítulo anterior, los observadores del *Foreign Office* pensaban que el antiguo político republicano carecía de las capacidades necesarias para ello. Al terminar la reunión, el asesor del pretendiente pudo comprobar el escaso apoyo que tenía don Juan en Gran Bretaña y la necesidad imperiosa de que el pretendiente actuara con decisión.

Al cabo de un mes, Norton informaba desde Berna que don Juan había hecho público un manifiesto para exigir a Franco que dejara el poder de manera inmediata y diera vía libre a la restauración de la monarquía. Por fin, el pretendiente se decidía a romper públicamente con el régimen e impulsar su candidatura al trono español. El cónsul adelantó a Londres las ideas principales que contenía el texto: que el régimen de Franco no era compatible con el carácter de los españoles, que

---

<sup>1249</sup> Mensaje de Cadogan a Churchill, 27 de octubre de 1944, FO 371/49582 C18045/G.

<sup>1250</sup> Informe de Gannon (departamento de Información del Foreign Office) a Hoyer-Millar, 13 de febrero de 1945, FO 371/ 49629 Z2353/1484/41.

España estaba en peligro de quedarse aislada internacionalmente en la posguerra y que la monarquía era el único régimen que puede garantizar la reconciliación entre todos los españoles<sup>1251</sup>. En el llamado *Manifiesto de Lausana*, publicado el 19 de marzo de 1945, don Juan presentaba a la Monarquía como la mejor alternativa al régimen franquista:

*Por estas razones, me resuelvo a (...) requerir solemnemente al General Franco para que, reconociendo el fracaso de su concepción totalitaria del Estado, abandone el poder y dé libre paso a la restauración del régimen tradicional de España, único capaz de garantizar la Religión, el Orden y la Libertad (...) Primordiales tareas serán: aprobación inmediata, por votación popular, de una Constitución política; reconocimiento de todos los derechos inherentes a la persona humana; garantías de las libertades políticas correspondientes; establecimiento de una Asamblea legislativa elegida por la Nación; reconocimiento de la diversidad regional; amplia amnistía política (...)*<sup>1252</sup>.

El manifiesto fue considerado por Franco y por Carrero Blanco como una declaración pública de ruptura de don Juan con el Caudillo. Desde Madrid, Bowker informaba que el dictador estaba muy indignado por la iniciativa del pretendiente, prohibiendo la publicación del manifiesto y lanzando una campaña de descrédito contra don Juan y su programa. Sólo la BBC informó puntualmente de la existencia del Manifiesto de Lausana. El agregado de prensa de la embajada británica destacaba la existencia de presión falangista para la publicación de comentarios contra el pretendiente en los principales medios españoles. En este sentido, pudieron ver la reacción negativa de la prensa a la propuesta del pretendiente, detectando poca diferencia entre las posiciones que mantenían los distintos medios. Según la Embajada británica, el *ABC* fue el diario más condescendiente con don Juan, culpando a sus asesores de la falta de información sobre la realidad española. Para los británicos, el diario *Ya* fue más duro, atacando directamente a la monarquía y afirmando que el régimen no iba a abdicar y dejar el país en manos de políticos charlatanes<sup>1253</sup>.

La Embajada pudo comprobar como la aparición del manifiesto había resultado una auténtica sorpresa entre las filas monárquicas. Las fuentes de la embajada informaron que no había existido ninguna preparación de los monárquicos previa a la publicación del mismo. Este hecho, unido a los ataques lanzados por la prensa contra el pretendiente, motivó que Bowker afirmara que era poco probable que el manifiesto produjese algún efecto en la vida política

---

<sup>1251</sup> Informe de Norton a Eden, 21 de marzo de 1945, FO 371/ 49629 Z3724/1484/41.

<sup>1252</sup> El Manifiesto puede encontrarse en SAINZ RODRÍGUEZ, P. (1981): págs. 324-325.

<sup>1253</sup> Informe de Bowker a Eden sobre la reacción de la prensa española al manifiesto de Lausana, 10 de abril de 1945, FO 371/ 49629 Z4823/1484/41.



española<sup>1254</sup>. En Londres, la impresión del *Foreign Office* respecto a la actuación de don Juan fue bastante pesimista. Aunque consideraban que la monarquía era la única alternativa al régimen de Franco, no se creía que el manifiesto pudiese provocar ningún cambio político en España. Para los analistas británicos, la invitación al general Franco para que dimitiera tenía muy pocas posibilidades de éxito: “Por supuesto, él (Franco) nunca dimitirá por su propia voluntad y sólo se irá si le echan, algo que sólo pueden hacer los generales”<sup>1255</sup>. El episodio mostró la desorganización de los monárquicos y reforzó la negativa opinión existente en Londres sobre dicho movimiento y su extrema debilidad política.

En Madrid, los representantes diplomáticos británicos intentaron conocer el alcance real del Manifiesto de Lausana mediante sus contactos en los círculos monárquicos. Kindelán le comunicó a Torr que don Juan había ordenado a sus seguidores que dejasen de colaborar con el régimen y renunciasen a sus cargos oficiales. Sólo los generales estaban exentos para poder facilitar un golpe de Estado que restaurara la monarquía. Kindelán mencionó a Torr que personajes como el infante don Alfonso, el duque de Alba o Sangróniz habían recibido dicho mensaje. El general fue sincero con los británicos, reconociendo que el campo monárquico se encontraba dividido, por lo que muchos seguidores de don Juan desobedecerían sus órdenes y continuarían en sus puestos. Específicamente, mencionaba el caso del duque de Alba que iba a dimitir, pero que sentía que servía mejor a su país permaneciendo más tiempo en su cargo. Kindelán se lamentaba porque la aparición del manifiesto les había cogido completamente desprevenidos, por lo que no habían podido planificar una estrategia común para desplazar a Franco del poder<sup>1256</sup>.

El único efecto real que produjo el manifiesto fue la dimisión de sus cargos de un pequeño número de monárquicos. Entre ellos, el duque de Alba, que renunció a su puesto de embajador en Londres, aunque se mantuvo en el cargo hasta octubre de 1945. El propio duque comunicó a los británicos que había presentado su renuncia irrevocable a Lequerica. Además, les dio detalles de su entrevista con Franco, en la que le planteó la dimisión si no se le garantizaba la restauración de la monarquía y la disolución de la Falange. Según Alba, el dictador se mostró firme, dejando claro su decisión de evitar la restauración monárquica. Cuando el duque se refirió a la crítica al régimen contenida en la carta de Churchill, Franco le manifestó que podía ignorar a Inglaterra, ya que el futuro de España se basaba en las relaciones con Estados Unidos. Tras su entrevista, Alba aseguró a los británicos que Franco estaba determinado a evitar la restauración de la monarquía a cualquier coste,

---

<sup>1254</sup> Informe de Bowker a Eden, 24 de marzo de 1945, FO 371/ 49629 Z3919/1484/41.

<sup>1255</sup> Informe de Garran, 26 de marzo de 1945, FO 371/49629 Z3939/148/41.

<sup>1256</sup> Informe de Bowker a Eden, 27 de marzo de 1945, FO 371/ 49629 Z4138/1484/41.

rechazando cualquier sugerencia de negociar con don Juan. Por otro lado, Bowker supo que don Alfonso también le había comunicado a Franco el conflicto personal que tenía entre su puesto militar y su carácter de representante de don Juan en España. Su dimisión fue aceptada por el dictador y el Infante fue confinado en su residencia<sup>1257</sup>. Lamentablemente para los intereses de don Juan, las previsiones de Kindelán se habían cumplido y muy pocos seguidores monárquicos abandonaron sus puestos dentro del régimen. Por ejemplo, en el cuerpo diplomático, Alba fue el único embajador que presentó su renuncia, todos los demás decidieron seguir al frente de sus embajadas.

La Embajada británica detectó que las reacciones al Manifiesto de Lausana fueron de muy distinto signo en España. Por un lado, los monárquicos se mostraron exultantes tras su publicación, exceptuando a los tradicionalistas que rechazaron su contenido. Como era de esperar, los sectores falangistas fueron muy críticos con la iniciativa del pretendiente. Algunas voces de sus filas dijeron que el manifiesto era un invento de la BBC para provocar disturbios en España. Los británicos vieron como la clase obrera era muy escéptica con el contenido del manifiesto, lo que parecía indicar que la monarquía no tenía ningún arraigo popular<sup>1258</sup>. Por otro lado, Bowker recogió los rumores que circulaban en Madrid tras la publicación del Manifiesto de Lausana. Uno de ellos señalaba que don Juan había abandonado Suiza con destino a Londres para formar un gobierno en la oposición, compuesto entre otros por López Oliván y Madariaga<sup>1259</sup>. Otro indicaba que Franco había decidido preparar el terreno para una restauración monárquica, que incluía su nombramiento como regente. Según la Embajada británica, el embajador portugués estaba convencido de que esa era la verdadera intención de Franco. Theotonio Pereira le indicó a Bowker que no era pesimista respecto a la posible evolución interna del régimen franquista, creyendo que todavía era posible lograr la restauración monárquica a corto plazo<sup>1260</sup>.

Los británicos tenían una opinión distinta de la realidad. Desde Madrid, la Embajada informaba de un fortalecimiento de la posición de Franco tras la aparición del manifiesto de don Juan. En Londres, Hoyer-Millar opinaba que no existía ningún signo que indicara que Franco pudiera ser eliminado de la arena política española. De acuerdo con su percepción, el pueblo español estaba preocupado por el futuro de España en la posguerra, pero la población prefería apoyar a Franco, aunque no le apreciaran, antes de emprender una incierta aventura

---

<sup>1257</sup> Informe de Bowker a Eden, 10 de abril de 1945, FO 371/ 49629 Z4822/1484/41.

<sup>1258</sup> Informe del Bowker a Eden, 15 de mayo de 1945, FO 371/ 49588 Z6204/233/41.

<sup>1259</sup> Informe de Bowker a Eden, 12 de abril de 1945, FO 371/ 49629 Z4670/1484/41.

<sup>1260</sup> Informe de Bowker a Eden, 21 de abril de 1945, FO 371/ 49629 Z5342/1484/41.

política en un momento tan crítico. Además, destacaba que los propios monárquicos, como el marqués de Santa Cruz, uno de los principales colaboradores de Alba en Londres, se quejaban del mal momento elegido para la publicación del manifiesto de don Juan. Por otro lado, Hoyer-Millar era plenamente consciente de la falta de iniciativa de los generales españoles. Según su opinión, éstos apoyaban a Franco porque no querían arriesgarse a perder sus cargos y ser detenidos si fallaban sus planes o si se producía la instauración de un régimen republicano en España<sup>1261</sup>. Ante esta desalentadora perspectiva, el *Foreign Office* no quiso dar su apoyo a la iniciativa de don Juan.

La escasa acogida del manifiesto puso de relieve la debilidad de la posición del pretendiente. El documento no generó ni un solo gesto de simpatía pública en los aliados. Como don Juan no había preparado convenientemente a sus seguidores, tampoco consiguió sacar ningún fruto dentro de España. A pesar de la satisfacción que produjo la publicación del manifiesto tanto a Gil Robles como a Sainz Rodríguez, fueron muy pocos los monárquicos del interior que decidieron apartarse del Régimen. Ante la disyuntiva de Franco o don Juan, la mayoría eligieron al primero. Hay que señalar también que la clase alta de la sociedad española acababa de sobrevivir a una guerra civil y no quería arriesgarse a perder su privilegiada posición social y económica en el Nuevo Régimen en una aventura liderada por el vacilante don Juan. A muchos les desagradaba Franco, pero les gustaban las ventajas económicas que disfrutaban y el mantenimiento del orden que representaba el franquismo, aunque fuese a costa de sacrificar las libertades políticas. Por su parte, la clase obrera deseaba la vuelta a la República y no una restauración monárquica, a pesar de que, por fin, el pretendiente se había manifestado a favor de un Estado de Derecho. Semanas más tarde, los británicos supieron que dos representantes de Franco, Alberto Martín Artajo y Joaquín Ruiz Giménez visitaron a don Juan y le comunicaron que la Iglesia y el Ejército permanecían fieles a Franco<sup>1262</sup>. Nuevamente, otra iniciativa del pretendiente terminaba en fracaso por su supina torpeza política. Don Juan no tenía la personalidad suficiente ni la capacidad política para formar en torno a su persona el núcleo de una organización política.

Otro de los fallos del pretendiente fue la elección de sus representantes, ya que ninguno pudo contribuir eficazmente a su causa. El infante Alfonso, por su fidelidad al Ejército y su posición en la familia real no podía liderar el movimiento de oposición dentro de España. Por su parte, Gil Robles no supo aprovechar las oportunidades que se le presentaron ni consiguió movilizar ningún

---

<sup>1261</sup> Informe de Hoyer-Millar, 6 de abril de 1945, FO 371/ 49587 Z4682/233/41.

<sup>1262</sup> Informe de Bowker a Eden, 25 de abril de 1945, FO 371/ 49589 Z5249/1484/41.

apoyo a la causa de don Juan. Conviene recordar que, a principios de noviembre de 1944, el veterano político republicano pidió ayuda a los británicos para trasladarse a Suiza a visitar a don Juan, dado que necesitaba un visado para realizar su tránsito por territorio francés<sup>1263</sup>. Desde Madrid, Bowker advirtió a Londres que cualquier ayuda a Gil Robles podía ser interpretada por el gobierno español como una acción dirigida contra ellos. Contrariamente a lo que pensaba el *Foreign Office*, Bowker creía que si el gobierno pensaba cambiar su política respecto a España, el antiguo líder de la CEDA sería una persona muy valiosa<sup>1264</sup>. Al no recibir el visado francés, Gil Robles quiso conseguir uno británico para visitar el Reino Unido. El *Home Office* emitió un visado para el político español, aunque no fue utilizado hasta 1947.

Después de la victoria aliada en Europa, el *Foreign Office* intentó entender cual era la fuerza real del movimiento monárquico tras el fracaso de la última iniciativa del pretendiente. Bowker recapitulaba la existencia de tres grupos muy definidos entre los monárquicos. Por un lado, los partidarios de don Juan, el heredero de Alfonso XIII. Por otro, los tradicionalistas, que negaban los derechos sucesorios de don Juan y que apoyaban al príncipe Javier de Borbón Parma. Bowker se lamentaba de que el pretendiente no hubiese podido atraer el apoyo de los carlistas, lo que le hubiese ayudado enormemente. Para los británicos, los tradicionalistas rechazaban a don Juan por su carácter liberal, repudiando los ideales contenidos en el Manifiesto de Lausana. Por otro lado, se señalaba la existencia de divisiones entre los carlistas, ya que había un grupúsculo que apoyaba los derechos de Carlos VIII, un candidato de la casa de Habsburgo y que había sido presentado por la Falange para dividir a los monárquicos y desacreditarlos. En cuanto al apoyo existente para don Juan, Bowker señalaba que la mayoría de sus seguidores eran partidarios de “sentarse para ver cómo se desarrollan los acontecimientos y aplaudir si el rey regresa”. Es decir, nada se podía esperar de sus seguidores. Según Bowker, el Ejército era la mejor carta que tenía el pretendiente para volver a ocupar el trono de España. Aunque, criticaba que los supuestos “golpes preparados” por el generalato monárquico nunca se habían producido. El diplomático británico señalaba la sensación existente en Madrid de que don Juan había perdido su oportunidad<sup>1265</sup>. La inactividad de los generales y de los líderes monárquicos facilitaba la política de pasividad de los británicos. Don Juan había gozado de cierta simpatía en Gran Bretaña, pero, como no había sido capaz de organizar ninguna alternativa política a Franco, desperdició el crédito con el que contaba y alienó el posible apoyo que podía conseguir de los británicos.

---

<sup>1263</sup> Mensaje de la embajada de Lisboa, 8 de noviembre de 1944, FO 371/49582 C15806/225/41.

<sup>1264</sup> Memorando de Bowker a Eden, 28 de noviembre de 1944, FO 371/49582 C17006/225/41.

<sup>1265</sup> Informe del Bowker a Eden, 17 de mayo de 1945, FO 371/49589, Z6566/233/41.

#### **d) El vano sueño republicano**

A finales de enero de 1945, Torr informó a Londres del rumor que circulaba en Madrid en el que se decía que los aliados planeaban sustituir a Franco por un gobierno republicano encabezado por el conservador Miguel Maura<sup>1266</sup>, que conspiraba desde el exilio. Nada más lejos de la realidad, ya que el gobierno británico había dejado claro que no quería relacionarse de ningún modo con la oposición republicana. Es cierto que se permitió a los exiliados republicanos desarrollar cierta actividad política en Inglaterra, pero siempre evitando que pudieran hacer algo que ofendiera al gobierno de Franco. En este sentido, se impidió el uso de la BBC para atacar al dictador español y se impusieron limitaciones a las actividades de Negrín. Significativamente, todas las propuestas de los republicanos españoles fueron ignoradas por las autoridades británicas. Por ejemplo, en febrero de 1942 se rechazó la petición de Azcarate de trasladar al Reino Unido a un grupo de negrinistas y comunistas como Álvarez de Vayo, antiguo ministro de Asuntos Exteriores de la República<sup>1267</sup>.

Los opositores republicanos dentro de España, animados por la cercana victoria de los aliados, redoblaron sus esfuerzos contra el régimen de Franco. La embajada de Madrid señalaba la existencia de cierta actividad izquierdista dentro de España, que se tradujo en un aumento de la acción policial en su contra<sup>1268</sup>. En Barcelona, el cónsul Farquhar también apuntaba la creciente actividad de células de la UGT y CNT en los distritos más pobres de la ciudad. En su opinión, dichos grupos conseguían fondos para financiar sus actividades gracias a la extorsión de la población de los barrios obreros<sup>1269</sup>. Los británicos también sabían del resurgimiento de las actividades de la CNT dentro de España. Sus fuentes españolas les habían transmitido la preocupación de las autoridades porque no había sido localizada la célula que operaba en Madrid. La embajada tuvo acceso a un panfleto anarquista que había circulado clandestinamente por la capital. En dicho documento se hacía un llamamiento a las potencias democráticas a intervenir dentro de España para llevar a cabo un cambio de régimen. Se quejaban de que la población española sufría a manos de la Iglesia y del Ejército. La única manera de proteger a la población era interviniendo directamente en el país y luchando contra el fascismo. En este sentido, apelaban a la conciencia moral de las naciones aliadas

---

<sup>1266</sup> Informe de Torr, 30 de enero de 1945, FO 371/ 49587, Z1534/233/41.

<sup>1267</sup> ARASA, D. (1995): pág. 58.

<sup>1268</sup> Informe de Bowker a Roberts, 20 de enero de 1945, FO 371/ 49587 Z1359/233/41.

<sup>1269</sup> Memorando del cónsul Farquhar describiendo las condiciones en Barcelona, 7 de febrero de 1945, FO 371/ 49587 Z2138/233/41.

para que no permitieran que un régimen fascista persistiera en Europa después del fin de la guerra<sup>1270</sup>.

Además, los británicos fueron testigos de los ataques terroristas que se produjeron contra la Falange. A mediados de febrero, se informaba a Londres que en la delegación de prensa de la Falange habían explotado dos bombas sin causar heridos<sup>1271</sup>. Unas semanas más tarde, se relataba como dos falangistas habían sido asesinados a manos de pistoleros comunistas. Estos ataques no hacían sino acrecentar el temor del *Foreign Office* de que la instauración de un régimen republicano supusiese una vuelta al caos y la anarquía de los últimos meses de la Segunda República. En contraste, Bowker destacaba la firmeza de la respuesta del régimen ante los ataques terroristas y como éstos no generaban ningún tipo de desórdenes en Madrid<sup>1272</sup>. Por su parte, el diario *Arriba* manifestó que el asesinato de los falangistas era una lección para España, ya que demostraba que el país tenía que hacer frente a la agitación comunista que había sido denunciada muchas veces por la Falange<sup>1273</sup>. Prueba de la mayor actividad de la oposición republicana fueron las más de seiscientas detenciones de agentes subversivos practicadas entre noviembre de 1944 y febrero de 1945<sup>1274</sup>.

Según la Embajada británica, se podía percibir un creciente nerviosismo entre los falangistas, ante los ataques sufridos y ante el incierto futuro que les esperaba en la posguerra. A mediados de marzo, Bowker informó de las declaraciones de Raimundo Fernández Cuesta en las que salió en defensa de la Falange, aduciendo que el falangismo “daba sustancia al régimen”. El veterano político falangista reconoció que había gente que pensaba de buena fe que la desaparición del partido único podía salvar el país. En este sentido, declaró que la Falange no continuaría en su puesto si se demostraba que eran un estorbo al futuro de España<sup>1275</sup>. Por otro lado, Bowker transmitió la inquietud de la población ante la posibilidad de que los partidarios de la Falange se tomaran la justicia por su cuenta. La mayoría de la gente consultada por la Embajada, que incluía personas de diferentes clases sociales, opinaba que el régimen de Franco estaba a punto de colapsarse y que debían tomarse medidas para evitar un cambio brusco después del fin de la guerra<sup>1276</sup>.

---

<sup>1270</sup> Informe de Bowker a Eden, 4 de abril de 1945, FO 371/ 49587 Z4806/233/41.

<sup>1271</sup> Informe de Bowker a Eden, 16 de febrero de 1945, FO 371/ 49587 Z2274/233/41.

<sup>1272</sup> Informe de Bowker a Eden, 2 de marzo de 1945, FO 371/ 49587 Z3150/233/41.

<sup>1273</sup> *Arriba*, 27 y 28 de febrero de 1945.

<sup>1274</sup> SUÁREZ, L. (1997): pág. 603.

<sup>1275</sup> Informe de Bowker a Eden, 14 de marzo de 1945, FO 371/ 49587 Z3944/233/41.

<sup>1276</sup> Informe de Bowker a Eden, 17 de marzo de 1945, FO 371/ 49587 Z3945/233/41.

Los británicos fueron testigos de la aparición de un Manifiesto de la Alianza de Fuerzas Democráticas que pedía el apoyo aliado para lograr un cambio de régimen en España y que se promovieran elecciones libres. Bowker destacaba la llamada a los gobiernos anglosajones para que intervinieran en España con el fin de garantizar la estabilidad en el país cuando se produjera el colapso del régimen franquista. A los británicos les llamó la atención que tuvieran que ser las potencias democráticas las responsables de encontrar una fórmula adecuada para intervenir en el país y llegar a algún tipo de acuerdo. Lógicamente, esto era debido a la falta de unidad entre la oposición republicana. Bowker señalaba irónicamente que las fuerzas democráticas españolas pedían la búsqueda de una solución concertada cuando “no podían ni llegar a un acuerdo entre ellas mismas”<sup>1277</sup>. Como hemos visto, los británicos habían descartado la posibilidad de intervenir en los asuntos españoles y hacían oídos sordos a sus peticiones de ayuda.

Aunque los opositores al régimen se jugaran la vida diariamente en España, sus acciones no encontraban ningún eco en el gobierno británico. En Londres se descartaba el apoyo a los republicanos para evitar que se desatara la revolución en España. Prueba de la preferencia dada a Franco, fueron las reiteradas negativas de Churchill a recibir a Negrín, último primer ministro de la República española. Preguntado por Alba a mediados de 1943 si le había llegado a ver, el Primer Ministro británico contestó despectivamente “nunca he visto a ese animal”<sup>1278</sup>. El premier tenía muy claras sus preferencias en lo referente a la cuestión española. En febrero de 1945, un grupo de exiliados españoles se dirigió a Churchill para denunciar el terror existente en el país. Le pedían al premier que solicitara al gobierno español una amnistía para todos los presos políticos que se encontraban en la cárcel. Pero la carta de los republicanos no encontró respuesta, ya que el gobierno británico descartaba dar publicidad a la labor represiva del régimen de Franco. Desde Madrid, Bowker transmitió su preocupación porque la actividad de estos refugiados políticos en Gran Bretaña pudiese perjudicar las relaciones bilaterales entre ambos países<sup>1279</sup>. Posiblemente, no hacía sino reflejar las protestas que recibía de Lequerica por las actividades de los exiliados republicanos en el Reino Unido. Al acercarse el final de la guerra no cambió la postura británica respecto a los líderes republicanos. Eden también quiso mantenerse al margen de ellos, evitando entrevistarse con Negrín en el mes de marzo de 1945, cuando los aliados comenzaban su asalto al corazón de Alemania. Meses más tarde, tampoco

---

<sup>1277</sup> Informe de Bowker a Eden, 24 de abril de 1945, FO 371/ 49588 Z5394/233/41.

<sup>1278</sup> DOUSSINAGUE, J. M. (1949): pág. 234.

<sup>1279</sup> Informe de Bowker a Eden, 19 de febrero de 1945, FO 371/ 49582 Z3146/119/41.

quiso recibir al afamado violonchelista Pau Casals para evitar que le planteara la espinosa cuestión de la persecución a los republicanos en Cataluña<sup>1280</sup>.

La opinión pública británica no apreciaba la postura que tomaba su gobierno de “reserva fría” respecto a España, pidiendo que se pusiera fin al último vestigio del fascismo en Europa. En marzo y abril arreciaron las críticas en Gran Bretaña sobre el régimen de Franco, pidiendo que las representaciones diplomáticas presionaran para poner fin a las ejecuciones de prisioneros políticos en España. Los partidos Liberal y Laborista pidieron a Churchill que se rompieran las relaciones diplomáticas con España, pero el premier se mantuvo inflexible en su criterio<sup>1281</sup>.

### **e) La reacción de Franco: represión interior y nueva imagen en el exterior**

Ante la pasividad británica, el régimen lanzó una oleada represiva a gran escala para impedir la organización de cualquier elemento de oposición, tanto monárquica como republicana. Fue precisamente Carrero quien recomendó a Franco reprimir toda actividad política que atentara contra la fortaleza del régimen<sup>1282</sup>. Los observadores británicos supieron intuir que la represión intentaba evitar que la oposición se aprovechara de la encrucijada en la que se encontraba el régimen. La Embajada de Madrid mantuvo puntualmente informado al *Foreign Office* del incremento de detenciones y ejecuciones de prisioneros políticos en España. Durante 1945, se enviaron comunicaciones que han sido agrupadas en cinco legajos sobre “detenciones y ejecuciones políticas”<sup>1283</sup>. Como ejemplo, podemos citar como Bowker comunicó a Londres que a comienzos de 1945 en España había todavía 22.000 personas en prisión y como mínimo cien mil personas retenidas por el Ministerio de Gobernación. Estos últimos eran prisioneros políticos acusados de haber cometido delitos tipificados en la Ley de Responsabilidades Políticas de 1939. En febrero, Malley se entrevistó con el Director General de Prisiones, quien le comentó que en España se producían unas 350 ejecuciones cada seis semanas<sup>1284</sup>. Aunque el gobierno británico estaba al corriente de la crudeza de la represión practicada por el régimen franquista, no hizo nada por detenerla.

Como reacción a los negativos comentarios que aparecían en la prensa británica sobre la represión desatada en España, Lequerica informó a mediados de

---

<sup>1280</sup> WIGG, R. (2005): pág. 317.

<sup>1281</sup> WIGG, R. (2005): pág. 317.

<sup>1282</sup> TUSELL, J. (1993): págs. 98-101.

<sup>1283</sup> Se trata de los legajos FO 371/49575, FO 371/49576, FO 371/49577, FO 371/49578 y FO 371/49581

<sup>1284</sup> Informe de Bowker a Eden, 24 de febrero de 1945, FO 371/49575 Z2952.



abril a Bowker que su gobierno iba a suavizar el uso de la pena de muerte en la reforma del Código Penal. En este sentido, anunció que ya no habría más ejecuciones por delitos cometidos durante la Guerra Civil<sup>1285</sup>. En efecto, los tribunales especiales de responsabilidades políticas desaparecieron, pero los británicos pudieron constatar que las ejecuciones continuaron de forma irregular. Un caso destacado fue el de José Vitini Flores, distinguido en la guerra mundial combatiendo a los alemanes junto a la Resistencia en Francia y comandante de una partida de guerrilleros que participó en la invasión del valle de Arán. Capturado por las tropas de Franco, fue ejecutado sin piedad. Este acontecimiento motivó las protestas enérgicas del gobierno provisional francés. Un grupo de personalidades francesas, incluyendo a representantes de partidos políticos, 22 clérigos católicos, 33 profesores universitarios, 16 ex ministros, 59 ex diputados, 21 prefectos, 39 directores de periódicos y revistas y 44 oficiales de las fuerzas armadas pidieron a Churchill que interviniera en España y restaurara la democracia en el país. Ni el Primer Ministro ni Eden hicieron nada respecto a dicho asunto. Desde Madrid, Bowker informaba a Londres que Vitini había sido sometido a un consejo de guerra donde había confesado sus crímenes, siendo castigado por un delito común<sup>1286</sup>. Esta interpretación del encargado de negocios británico no podía coincidir más con la opinión oficial franquista.

Los representantes diplomáticos británicos vieron como Franco reaccionaba de manera implacable ante cualquier posible núcleo de oposición organizada. En primer lugar, contra los monárquicos, procediendo a detener a todos aquellos que se relacionaban con Gil Robles. Nadie estaba a salvo de la represión política, produciéndose detenciones significativas como la del Marqués de la Eliseda, uno de los máximos representantes monárquicos, o la de Alfonso García Valdecasas, un profesor de Derecho que defendía la necesidad de proceder con la restauración de la monarquía en España. Ambos fueron detenidos porque sus nombres aparecieron asociados a la publicación de ciertas octavillas monárquicas. Las fuentes de la Embajada británica señalaron que la intervención de José María de Areilza, miembro del Consejo Nacional de la Falange, consiguió su pronta liberación<sup>1287</sup>. En segundo lugar, contra cualquier simpatizante republicano, especialmente los de izquierdas. Por ejemplo, a finales de marzo se informó a Londres de la detención de 65 personas acusadas de ser miembros del Partido Socialista. Además, los observadores británicos supieron que el movimiento opositor que estaba intentando organizar el general Aranda había sido

---

<sup>1285</sup> Informe de Bowker a Roberts, 17 de abril de 1945, FO 371/ 49575 Z4874/233/41.

<sup>1286</sup> Informe de Bowker a Eden, 16 de mayo de 1945, FO 371/ 49575 Z5996/233/41.

<sup>1287</sup> Informe de Bowker a Roberts, 20 de enero de 1945, FO 371/ 49587 Z1359/233/41.

completamente desarticulado<sup>1288</sup>. Bowker recogió a través de sus fuentes que Franco justificaba la amplitud de la represión que tenía lugar en España afirmando que “ningún ministro es responsable de la actuación de sus subordinados”<sup>1289</sup>.

La embajada británica era consciente de la capacidad de Franco para neutralizar a la oposición en el seno del Ejército, la única institución que realmente podía forzar al dictador a introducir cambios políticos en España. El general Kindelán informó a los británicos de la reunión del Consejo Superior del Ejército que se produjo a mediados de marzo de 1945, tras la publicación del manifiesto de don Juan. En dicha ocasión, Franco volvió a ejercer su autoridad sobre sus compañeros de armas. El dictador manifestó a los generales que conocía sus preocupaciones sobre la situación interna y la posición internacional del régimen. A continuación, les dijo que dentro de España la situación no había sido nunca tan tranquila. En este sentido, Franco recalcó que la Falange jugaba un papel muy relevante dentro del régimen como elemento estabilizador. En cuanto al futuro del régimen en la Europa de la posguerra, el dictador intentó tranquilizarles mostrando su convencimiento de que Gran Bretaña jugaría un papel menor por la debilidad en la que se encontraría al terminar el conflicto. Además, les aseguró que contaba con el apoyo del presidente Roosevelt. En su opinión, lo único que debía preocuparles era la posible extensión del comunismo, apoyado por Francia y Gran Bretaña<sup>1290</sup>. De este modo, Franco recuperaba la amenaza comunista para unir a los generales e intentaba neutralizar los efectos divisorios que provocaba la influencia británica en el Alto Mando del Ejército español.

El dictador volvió a consolidar su posición con una serie de cambios en puestos clave. Destaca el nombramiento del general Muñoz Grandes como capitán general de Madrid. Como antiguo jefe de la División Azul, necesitaba cierta protección frente a los aliados que podían acusarle de ser un criminal de guerra. Su sustituto como jefe de la Casa Militar del Caudillo fue el fiel Moscardó. El puesto que éste dejó vacante como capitán general de Barcelona lo ocupó Solchaga, que era otro general de significación franquista. Con estos cambios, las dos zonas militares más importantes del país quedaban en manos de dos militares fieles a Franco. La designación de Varela como Alto Comisionado de Marruecos, en sustitución del general Orgaz fue interpretado positivamente por los británicos, ya que podía contribuir a mejorar las relaciones en la zona y a la resolución de los problemas que pudieran surgir con los intereses aliados<sup>1291</sup>. Por otro lado, el

---

<sup>1288</sup> Informe de Bowker a Eden, 24 de marzo de 1945, FO 371/ 49587 Z428/233/41.

<sup>1289</sup> Informe de Bowker a Roberts, 31 de enero de 1945, FO 371/ 49587 Z1534/233/41.

<sup>1290</sup> Informe de Bowker a Eden, 26 de marzo de 1945, FO 371/ 49587 Z4137/233/41.

<sup>1291</sup> Informe de Bowker a Eden, 6 de marzo de 1945, FO 371/ 49587 Z3356/233/41.

dictador mantuvo bajo vigilancia a los generales disidentes como Aranda y Kindelán, para controlar sus actividades y evitar que pudiesen formar una oposición efectiva. Este último fue destituido como director de la Academia Militar por su apoyo a la iniciativa de don Juan.

Ante cualquier interlocutor, tanto civil como militar, Franco seguía manifestando su absoluta confianza en que los aliados no le apartarían del poder. Del mismo modo, su manera de actuar demostraba que no existían muchas esperanzas de lograr una rápida transición a la monarquía. Su apego por la fastuosidad regia quedó patente en la fiesta que organizó el 23 de diciembre de 1944 en el Pardo para celebrar la puesta de largo de su hija Carmen. A la fiesta asistieron dos mil invitados, siendo Hayes el único representante del cuerpo diplomático que acudió a la celebración. Con su presencia, las autoridades españolas intentaban ganarse la amistad de los norteamericanos<sup>1292</sup>. En sus discursos de enero de 1945, el dictador recalcó la naturaleza fundamentalmente católica de su régimen para distanciarse del fascismo, defendiendo que la debilidad de los sistemas democráticos facilitaba la victoria del comunismo. En esta época, fue fraguándose la máxima de Franco o comunismo, usada hasta la saciedad por la propaganda del régimen para garantizar la tranquilidad interna.

De forma paralela a su política represiva, el régimen se embarcó en una campaña para crear una imagen positiva del régimen para hacerlo más aceptable en el exterior y para contrarrestar la campaña de la prensa anglosajona que denunciaba su carácter anti-democrático. Lequerica consiguió que la agencia de noticias americana *United Press* entrevistara a Franco. La entrevista adoptó el formato de respuestas a un cuestionario enviado previamente, publicándose el 7 de noviembre y alcanzando una gran difusión. En sus respuestas, el dictador manifestó su intención de que España participara en la conferencia de paz que tuviese lugar después del final de la guerra. Para hacer el régimen más aceptable y evitar que fuera asociado con el fascismo, declaró que en España existía una “democracia orgánica”, resaltando también los principios católicos de su régimen. Además, justificaba la naturaleza dictatorial de su régimen con las “particularidades del temperamento español” que impedían el normal funcionamiento de las instituciones democráticas. Franco volvió a dejar entrever su disposición a llevar a cabo una restauración en la línea de los principios del Nuevo Régimen. El contenido de sus declaraciones encontró una respuesta desfavorable en las capitales aliadas, a pesar de que la prensa nacional ensalzara su discurso. En este sentido, Hoare manifestó a Lequerica su rechazo a las declaraciones de Franco en las que defendía la

---

<sup>1292</sup> PRESTON, P. (1994): pág. 649.

neutralidad de España durante la Segunda Guerra Mundial y el carácter democrático del régimen<sup>1293</sup>.

No todos los intentos de mejorar la imagen del régimen en el exterior dieron mejor resultado. En otoño se autorizó la visita a España de Vernon Bartlett, un periodista y político inglés que había criticado con dureza a los regímenes fascistas y que se había opuesto a la política de apaciguamiento de Chamberlain. La visita se produjo en el mes de noviembre. El gobierno español le permitió que hiciera sus propios planes, sin imponerle ninguna agenda o reunión. En su visita, Bartlett no escondió sus preferencias políticas, reuniéndose con el general Aranda y con miembros destacados de los círculos monárquicos. Por otro lado, fue agasajado por las autoridades del régimen, compartiendo una cena informal con el ministro español de Asuntos Exteriores y entrevistándose con el gobernador civil de Madrid. Lequerica esperaba que Bartlett cambiara su concepción de España y del régimen franquista. Aprovechando la coyuntura, el ministro español criticó a los medios británicos que desconocían la realidad del país, afirmando que “el gobierno español tendría más en cuenta a la opinión pública británica si estuviese más informada”<sup>1294</sup>.

Lamentablemente para sus intenciones, Bartlett criticó al régimen de Franco a su regreso a Londres, señalando en el *News Chronicle* la violencia represiva que existía en España. En respuesta a sus artículos, el periódico *Arriba* hizo una defensa cerrada del régimen, afirmando que en nuestro país se producían menos ejecuciones que en Rusia, Italia, Grecia o Francia. Este medio afirmaba que en España las sentencias eran formuladas en juicios legales y que Franco había usado su prerrogativa para indultar a numerosos condenados. Bartlett era criticado por sus ataques a España, declarándosele enemigo del país. De forma dramática, *Arriba* señalaba su deseo de que Inglaterra no tuviera que conocer todas las tragedias que habían asolado España y que afortunadamente se habían terminado<sup>1295</sup>.

A principios de enero, Arias Salgado protestó ante el agregado de prensa de la embajada británica por el injusto tratamiento que recibía España en los medios del Reino Unido. En este sentido, se quejó de que en el exterior nadie apreciara el progreso realizado en el país desde el final de la Guerra Civil. Además, rechazando las críticas británicas al régimen franquista, pidió que “se dejara a España seguir su curso”, ya que la alternativa sería desastrosa si no se ponía coto a la influencia comunista<sup>1296</sup>. Bowker tuvo que escuchar repetidas quejas por el

---

<sup>1293</sup> Para valorar el contenido de la entrevista véase WIGG, R. (2005): págs. 254-255; PRESTON, P. (1994): págs. 646-647; TUSELL, J. (1995): págs. 554-555 y SUÁREZ, L. (1997): págs. 613-616.

<sup>1294</sup> Informe de Bowker a Roberts, 18 de noviembre de 1944, FO 371/ 39823 C17502/12345/41.

<sup>1295</sup> Informe de Bowker a Roberts, 22 de diciembre de 1944, FO 371/ 39823 C17918/12345/41.

<sup>1296</sup> Informe de Bowker a Roberts, 2 de enero de 1945, FO 371/ 49587 Z355/233/41.

escaso reconocimiento británico respecto a los avances sociales alcanzados en España gracias a la Falange. Se trataba de un descarado intento de las autoridades españolas de minimizar el carácter fascista de dicha organización. A comienzos de abril de 1945, el encargado de negocios británico señalaba acertadamente a Londres que el dictador estaba muy satisfecho con su posición como cabeza del partido único y que nunca había tenido la intención de disolver la Falange<sup>1297</sup>. En este sentido, los británicos destacaron la creación de la guardia personal de Franco, ligada a la Falange y compuesta por antiguos miembros de la División Azul. Bowker indicó que la ceremonia había despertado poco interés público, asistiendo únicamente los familiares de los miembros de la nueva guardia<sup>1298</sup>.

En el mes de abril de 1945, Franco concedió una entrevista a Thomas F. Burns, director del semanario católico británico *The Tablet*, que durante la Guerra Civil había apoyado a los insurgentes. Las manifestaciones del dictador intentaban apelar al sector de la población británica que le resultaba más próximo. Sobre todo, de cara al giro católico que deseaba darle al régimen y que se pusieron de manifiesto en los cambios ministeriales del mes de julio. Conociendo el interés anglosajón por el reconocimiento de los derechos individuales de la persona, Franco anunció la preparación del *Fuero de los Españoles*, sucedáneo de una carta de derechos y libertades. A continuación, el dictador afirmó que en España existía la libertad de culto, negando la persecución que sufrían los protestantes. Como conclusión, Franco declaró que España era muy poco conocida y que era un error identificarla con las potencias del Eje, defendiendo los avances sociales conseguidos en España gracias a la Falange<sup>1299</sup>. En esta ocasión, sus palabras tampoco convencieron en el exterior, por lo que el régimen no pudo desprenderse de su imagen fascista.

### **3. El ostracismo internacional del régimen franquista**

Tras la caída de Berlín y el desmoronamiento del Tercer Reich, el 9 de mayo se firma en Reims la capitulación incondicional de Alemania que ponía fin a la guerra mundial en Europa. Días antes habían capitulado los contingentes de la Wehrmacht aislados en Italia y Holanda. El 10 de mayo, el día de la victoria para los aliados, se caracterizó por demostraciones de alegría en las ciudades de Europa occidental y Estados Unidos. Como destacó la embajada británica, en España hubo

---

<sup>1297</sup> Informe de Bowker a Eden, 4 de abril de 1945, FO 371/ 49588 Z4808/233/41.

<sup>1298</sup> Informe de Bowker a Eden, 4 de abril de 1945, FO 371/ 49588 Z4808/233/41.

<sup>1299</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 576.

pocos signos externos de alegría por la victoria aliada. En opinión de los diplomáticos, la población no se atrevía a exteriorizar sus sentimientos por las negativas consecuencias que podían sufrir. En este sentido, Bowker informaba que la policía apuntó los nombres de aquellas personas que acudieron a celebrar el día de la victoria en fiestas privadas. A pesar de ello, las autoridades españolas permitieron que las colonias de residentes de naciones aliadas celebraran la victoria en la guerra<sup>1300</sup>. La embajada también relataba como se había ordenado a la prensa del régimen que cambiara el mensaje de las noticias sobre el fin de la guerra. En este sentido, vieron como los distintos medios se volcaban con el Caudillo mediante titulares como “La paz de Franco”, “Franco gana la guerra” o “Franco, arquitecto de la paz”<sup>1301</sup>.

El final de la guerra tuvo para España un impacto significativo tanto económico como político. Por un lado, el Estado franquista pudo sacudirse la tutela o dependencia económica que seguramente hubiera supuesto una victoria alemana. Las deudas de guerra contraídas con Italia y Alemania quedaron prácticamente saldadas, aunque a costa de no haber podido sacar más provecho comercial de la situación de neutralidad. Por otra parte, para lograr cierto acomodo a la nueva situación internacional, se abrió un lento proceso de institucionalización del Régimen. En un ejercicio de relaciones públicas se anunció la intención de convertir al régimen en una monarquía con su correspondiente Consejo del Reino. Naturalmente, Franco era reconocido como el Jefe del Estado. A continuación, aparecieron el Fuero de los Españoles (17 de julio) y la Ley de Referéndum (22 de octubre). Ambas normas intentaban dar al franquismo la consideración de “democracia orgánica”. Todas estas reformas institucionales eran para contentar a los aliados y hacer al régimen aceptable en el exterior. Además, el dictador las utilizó para apaciguar a los mandos militares cercanos a las posiciones monárquicas, sin reducir su poder omnímodo.

En el plano internacional, la victoria aliada contra el Eje motivó el comienzo del ostracismo del régimen franquista. A comienzos de abril de 1945, Lequerica reconoció a los británicos que España debía resignarse a permanecer aislada después del final de la contienda. Más aún, asumía que las relaciones bilaterales nunca serían cordiales mientras Franco permaneciera al frente del Estado español<sup>1302</sup>. En efecto, los síntomas del aislamiento fueron continuos durante los primeros meses de la posguerra. En el mes de junio, Franco recibió a Armour en el Pardo. La reunión no sirvió para mejorar las relaciones entre los dos países. El

---

<sup>1300</sup> Informe del Bowker a Eden, 18 de mayo de 1945, FO 371/ 49588 Z6206/233/41.

<sup>1301</sup> Informe del Bowker a Eden, 17 de mayo de 1945, FO 371/ 49588 Z6453/233/41.

<sup>1302</sup> Informe de Hoyer-Millar, 6 de abril de 1945, FO 371/ 49587 Z4682/233/41.

embajador estadounidense se quejó de la falta de avances políticos en el régimen, criticando que el papel de la Falange fuese el mismo del partido único en los regímenes totalitarios. Armour manifestó su falta de esperanza de que se produjeran cambios en el futuro que hicieran al Nuevo Régimen aceptable entre la comunidad de naciones. También se le comunicó a Franco que España no recibiría ninguna ayuda estadounidense mientras mantuviese su naturaleza dictatorial. Ese mismo mes, la conferencia fundacional de la futura Organización de las Naciones Unidas (ONU) rechazaba el ingreso de la España franquista en dicha organización. Mientras, la opinión pública internacional se volcaba en su condena al franquismo<sup>1303</sup>. Hay que destacar que los exiliados republicanos no tuvieron nada que ver con la condena efectuada por la ONU, lo que pone de manifiesto la escasa atención internacional que recibían de las potencias occidentales.

La llegada de Truman a la presidencia norteamericana, tras la muerte de Roosevelt en abril, y la victoria de los laboristas de Attlee en las elecciones británicas en agosto no beneficiaron al régimen franquista, aunque no supusieron un cambio en la línea de política exterior seguida anteriormente por las potencias anglosajonas. Ambos países siguieron defendiendo la no intervención en los asuntos de España, ya que temían que el vacío de poder en España significara la penetración comunista en la Península Ibérica. En la Conferencia de Postdam, celebrada entre el 17 de julio al 2 de agosto, los líderes de las tres potencias vencedoras emitieron una declaración conjunta que condenaba a la España franquista por su origen ligado a las potencias del Eje, por su naturaleza y su asociación con los países agresores. A pesar de la claridad de estas palabras, las potencias anglosajonas decidieron rechazar la propuesta soviética de romper todas las relaciones con España y dar apoyo a las fuerzas democráticas. En cualquier caso, a las autoridades franquistas no se les escapaba el hecho de que se trataba de una declaración ineficaz que no acarrearía ninguna sanción efectiva. Además, como indicaba un informe de la Dirección General de Política Exterior, se observaba una creciente fractura entre la Unión Soviética y las potencias occidentales:

*Tratando de ver desde un punto de vista general la marcha del mundo entre el día 8 de mayo, que terminó la guerra en Europa, y el 2 de agosto en que se ha dado este comunicado, se advierte, pues, como punto esencial, la falta de unidad entre Rusia y los anglosajones, falta de unidad que mas bien es una clara contraposición de intereses y de puntos de vista en todos los problemas que están abiertos para el futuro, salvo quizás en lo referente a Alemania, y que hasta ahora ha estado disimulada. El temor de que Rusia continúe llevando a la práctica*

---

<sup>1303</sup> Para un panorama completo del ostracismo internacional al que se vio sometido el régimen de Franco, véase PORTERO, Florentino (1989): *Franco aislado. La cuestión española, 1945-1950*, Madrid, Aguilar. Para entender el posicionamiento británico y norteamericano, véase EDWARDS, Jill (1999): *Anglo-American relations and the Franco question, 1945-1955*, Oxford, Clarendon Press.

*imperturbablemente sus proyectos de expansión imperialista y revolucionaria, es cada vez más visible. (...)*

*Estamos, sin embargo, en el centro de una evolución que tiende a oponer cada día más claramente los anglosajones y a los rusos. Esta evolución será forzosamente lenta y no puede esperarse una ruptura, sino movimientos y corrientes de opinión que, poco a poco, vayan señalando con mayor precisión tal oposición de intereses. Estas corrientes, que existen ya, pueden llegar a ser un día tan importantes que no haya forma de ocultar al público la contraposición radical entre unos y otros y se cree con ellos una nueva situación diplomática que España tendrá que vigilar con atención, por las consecuencias que para nosotros puede tener<sup>1304</sup>.*

La caída del Eje y la muerte de sus benefactores, Hitler y Mussolini, no supuso un desaliento para Franco. Su nuevo objetivo fue asegurar su propia supervivencia. Realmente, el mayor peligro para el dictador era que la presión exterior animase a los movimientos de oposición interna y diese alas a los monárquicos en un momento en que su liderazgo aún se estaba consolidado. Por esta razón, Franco se concentró en afianzar su posición y obtener la fidelidad de los tres pilares del régimen: el Ejército, la Falange y la Iglesia. Paralelamente, desactivó las amenazas que suponían la oposición monárquica y republicana. Frente a la primera, utilizó la prudencia para no enajenarse el apoyo de los generales monárquicos, prometiendo una pronta restauración y procediendo a la institucionalización del régimen. Para hacer frente a la oposición republicana utilizó la represión y la propaganda anti-comunista que encendía los recuerdos de la Guerra Civil. Todas estas actuaciones quedan recogidas en la fórmula de Carrero de “orden, unidad y aguantar” para garantizar la supervivencia del régimen<sup>1305</sup>. Por otro lado, Franco supo usar las críticas internacionales a su favor, presentando la imagen de un país injustamente cercado por una conspiración masónica-comunista ideada para destruir España. En este sentido, durante los años 1945-1950 llegó a convencer al país que sufría un peligroso asedio. La embajada británica era perfectamente consciente de esta manipulación de la opinión pública española. A mediados de agosto de 1945, se transmitía desde Madrid el siguiente panorama:

*La gente no está impresionada por la denuncia exterior del régimen. (...) Franco ha tenido cierto éxito en desvirtuar nuestro ataque a su régimen presentándolo como un ataque contra el país. (...) Mucha gente siente que en el extranjero se está mal informado sobre la situación en España y no se entienden las críticas recibidas del exterior<sup>1306</sup>.*

De cara al extranjero, la reacción del Régimen fue organizar una ofensiva de diplomacia de propaganda para difundir la nueva imagen política

---

<sup>1304</sup> Informe sobre el comunicado de la conferencia de Postdam, 6 de agosto de 1945, AMAE R3306/2.

<sup>1305</sup> TUSELL, J. (1993): págs. 98-101.

<sup>1306</sup> Informe de Mallet al Foreign Office sobre las reacciones en España respecto a la declaración de Postdam, 14 de agosto de 1945, FO 371/49589, Z9516/233/41.



diseñada por Franco: catolicismo, conservadurismo y anticomunismo. En Londres, el duque de Alba, intentó conjugar todas las actividades de los simpatizantes con España mediante la publicación de *Spain*, con fondos de la embajada desde junio de 1945. El embajador español también fomentó la creación de una sociedad anglo-española que emulase a *The friends of Spain*, existente durante la Guerra Civil<sup>1307</sup>. El despliegue diplomático fue acompañado de un considerable esfuerzo para desligarse completamente del Eje. La campaña de propaganda ensalzaba la neutralidad española en el conflicto y reescribía el papel del dictador en la Segunda Guerra Mundial.

El propio Franco negó en todas sus declaraciones que hubiese sido aliado de Alemania o Italia. Por ejemplo, en su discurso anual ante el Consejo Nacional de la Falange comenzó a cambiar el aspecto externo del régimen, que se hizo en apariencia más católico. El 18 de julio de 1945 se materializó un cambio ministerial que sustituyó a los ministros más cercanos al Tercer Reich. En este sentido, Lequerica fue reemplazado por el católico Martín Artajo, cuyo perfil era más aceptable en la comunidad internacional. Los falangistas continuaron en el gabinete pero de forma menos significativa. Bowker valoró que los cambios ministeriales tenían poca significación política, salvo la desaparición de la cartera de ministro del partido que suponía un paso atrás para la Falange<sup>1308</sup>. En cualquier caso, todas las operaciones de imagen desplegadas por el régimen no sirvieron para librar al franquismo del estigma del fascismo.

Concretamente, fue Carrero Blanco quien desarrolló la estrategia que debía seguir el régimen para garantizar su supervivencia a largo plazo. Consciente de la división del mundo en bloques, supo captar la importancia geoestratégica que podría adquirir la España después de la guerra. Este hecho hacía necesario a los aliados pactar con el régimen franquista, lo que garantizaba su continuidad. Carrero sabía que venían tiempos difíciles, pero pensaba que se disponían de ciertos armas intentar sobrellevarlos: “no tenemos más que tres, pero que serán eficaces si se las maneja con habilidad: nuestro catolicismo, nuestro anticomunismo y nuestra posición geográfica”<sup>1309</sup>. Por lo tanto, las esperanzas de supervivencia de Franco se basaban en la ruptura de la alianza entre las democracias y el régimen totalitario de Stalin. Mientras duró la aparente concordancia entre las potencias anglosajonas y su aliado comunista durante los primeros meses de la posguerra, se tambaleó el esquema diseñado por Franco y Carrero para la supervivencia del régimen. Ésta no estuvo garantizada hasta que el aumento de la tensión entre la Unión Soviética y sus

---

<sup>1307</sup> BUÑUEL, L. (1982): pág. 24.

<sup>1308</sup> Informe de Bowker sobre los cambios ministeriales en España, 23 de julio de 1945, FO 371/ 49588 Z9062/233/41.

<sup>1309</sup> Informe reservado de Carrero de mayo de 1945, recogido en TUSELL, J. (1993): págs. 115-120.

antiguos aliados occidentales hizo que los gobiernos anglosajones flexibilizaran su actitud hacia el régimen franquista.

Tras el final de la guerra en Europa, el gobierno británico mantuvo su política de fría reserva respecto al régimen franquista. La llegada del nuevo embajador británico, Victor Mallet, en julio de 1945 no supuso ninguna mejora en las relaciones bilaterales. En su presentación de credenciales, el embajador insistió en la repulsa que suscitaba la España franquista en Gran Bretaña por su pasada asociación con los fascistas y los nazis. Franco rechazó sus argumentos, minimizando el apoyo que había prestado al Eje. A pesar de los esfuerzos de Mallet por hacerle comprender la magnitud de su aislamiento internacional, el dictador seguía manteniendo su complacencia frente al devenir de los acontecimientos<sup>1310</sup>. Por aquel entonces, comenzaba a ser patente que la política británica de “alfilerazos” para expulsar a Franco del poder era completamente ineficiente. Como reconocía el encargado de asuntos españoles en el *Foreign Office* a finales de junio de 1945:

*Las protestas y advertencias de las embajadas británica y norteamericana en Madrid no han tenido ningún efecto. Franco está convencido de que tiene el apoyo de Estados Unidos y de que, en cualquier caso, Gran Bretaña y Estados Unidos pronto estarán en guerra contra Rusia. ¡Por eso piensa que no hay necesidad de ningún cambio o modificación de su régimen!*<sup>1311</sup>

El mismo analista resaltaba que bajo las actuales circunstancias no podía esperarse una modificación del régimen de Franco. Especialmente dada la debilidad de los opositores monárquicos. Según sus reflexiones a comienzos de julio de 1945:

*Los elementos moderados, en particular los monárquicos, se han hecho más activos pero siguen siendo tan ineficaces como siempre. Y está claro que los únicos elementos en España capaces de expulsar a Franco del poder son los generales del Ejército. Efectivamente, es cierto que muchos han mostrado signos de impaciencia y han hablado de la necesidad de un cambio de gobierno. Pero a pesar de sus palabras, no están haciendo nada y el general Franco parece capaz de dominarlos a todos con su carácter. Además, con suma cautela ha situado a sus fieles en puesto militares clave. No hay que excluir totalmente la posibilidad de una acción de los generales, pero todos los informes llegados de Madrid dan la impresión de que Franco está más firmemente asentado en el poder que nunca*<sup>1312</sup>.

Lo peor para Franco pudo llegar con el cambio de gobierno en Londres, tras la derrota de Churchill en las elecciones de agosto de 1945. La vuelta

---

<sup>1310</sup> Informe de Mallet al Foreign Office, 27 de julio de 1945, FO 371/49617, Z8861/829/41.

<sup>1311</sup> Informe de Garran, 27 de junio de 1945, FO 371/49589, Z7338/233/41.

<sup>1312</sup> Informe de Garran, 1 de julio de 1945, FO 371/49612, Z8559/233/41.

del partido laborista al poder podía suponer un cambio en las relaciones bilaterales, puesto que su líder se había distinguido por defender una postura de mayor dureza contra el régimen franquista. Así lo entendieron los republicanos en el exilio, que pusieron sus esperanzas en que el nuevo gobierno británico impusiera sanciones económicas y diplomáticas a España para forzar la caída de Franco. Una vez más, éstas quedarían defraudadas.

Al gobierno de Attlee le disgustaba enormemente el régimen franquista, pero no estaba dispuesto a intervenir abiertamente en favor de la restauración monárquica, ni a correr el riesgo de encender una guerra civil en España. La retórica antifranquista del nuevo gobierno laborista se limitaba a muestras de rechazo verbal. El nuevo secretario del *Foreign Office*, Ernest Bevin, en su primer discurso en la Cámara de los Comunes el día 20 de agosto de 1945, dejó bien claro que las potencias democráticas no intervendrían en España para expulsar a Franco del poder<sup>1313</sup>. De esta manera, confirmaba que la política del nuevo gobierno respecto a España no iba a variar de la línea seguida anteriormente. Las declaraciones de Bevin debieron suponer un gran respiro a Franco, que temía que el nuevo gobierno británico emprendiera acciones contra su persona.

La actitud británica respecto al régimen franquista se mantuvo inalterada durante los meses siguientes. Desde Madrid, Mallet recomendaba el mantenimiento de la política británica de no-intervención en los asuntos españoles. En su opinión, las circunstancias internas del país justificaban dicho posicionamiento. El embajador creía que la imposición de sanciones económicas a España podía acelerar la caída de Franco. Sin embargo, resaltaba que estas medidas supondrían fuertes privaciones para la inocente clase trabajadora. Además, Mallet pensaba que un golpe de Estado liderado por los militares tampoco garantizaba que se fueran a respetar los derechos y las libertades de la población<sup>1314</sup>. Respecto a esta última cuestión, el embajador también tenía una imagen negativa de la actividad de los conspiradores españoles. A pesar de que los generales hablaban de la necesidad de modificar la naturaleza del régimen, Mallet supo ver cómo no estaban dispuestos a arriesgarse a provocar otra guerra civil. El embajador no entendía que nadie en todo el país estuviese preparado para liderar la introducción de cambios políticos fundamentales en el régimen de Franco.

Las relaciones bilaterales se fueron enfriando hasta que la llegada de la Guerra Fría y la rivalidad entre americanos y soviéticos hicieron que las necesidades estratégicas de los primeros supusieran el reconocimiento internacional

---

<sup>1313</sup> Informe del duque de Alba sobre la política británica, 25 de agosto de 1945, PL Caja 2ª, nº 5.

<sup>1314</sup> Informe de Mallet al Foreign Office, 6 de octubre de 1945, FO 371/49589, Z11432/233/41.

del régimen de Franco. Lo máximo que se hizo desde Londres fue realizar una serie de desaires diplomáticos, culminados en la retirada de su embajador en diciembre de 1946, en el marco de una declaración condenatoria de la ONU hacia España y fruto de la presión de la opinión pública. En cualquier caso, el *Foreign Office* continuaba recomendando prudencia respecto a España, al temer que los soviéticos desearan que estallase una nueva guerra civil en el país para hacerse con el poder.

Paulatinamente, las potencias anglosajonas fueron renunciando a su política de alfilerazos, al compás del aumento de la tensión con la Unión Soviética. Especialmente, desde la concepción de la Doctrina Truman en marzo de 1947, que abogaba por la contención de la expansión comunista en el mundo. A partir de entonces, se fue relajando el cerco internacional a España. Prueba de ello, fue la revocación a finales de 1950 de la resolución condenatoria hacia España aprobada en 1946 por la ONU, aunque con la abstención británica. Por aquel entonces, los Estados Unidos se convirtieron en el máximo valedor internacional del régimen de Franco. En este sentido, se firmaron en 1953 unos Acuerdos bilaterales que permitieron la instalación de bases militares norteamericanas en España en las localidades de Torrejón de Ardoz, Zaragoza, Morón y Rota. A cambio España recibió una ayuda económica norteamericana que no es comparable a la que recibieron otros países europeos dentro del esquema del Plan Marshall<sup>1315</sup>. Ese mismo año se firmó el Concordato entre España y la Santa Sede. Para completar su rehabilitación, el régimen de Franco ingresó en la ONU en diciembre de 1955. La colaboración española con Alemania e Italia durante la Segunda Guerra Mundial había quedado olvidada.

---

<sup>1315</sup> Sobre esta cuestión, véase VIÑAS, Ángel (1981): *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos: bases, ayuda económica, recortes de soberanía*, Barcelona, Grijalbo y LIEDTKE, Boris N. (1998): *Embracing a dictatorship: U.S. relations with Spain, 1945-53*, Nueva York, St. Martin's Press.

## Conclusiones

En el contexto de la Segunda Guerra Mundial, la España de Franco adquirió una gran importancia para los estrategas británicos durante el periodo 1939-1942. Era vital para sus intereses que los puertos españoles del Atlántico no cayesen en poder de los alemanes y que Gibraltar continuase disponible como base naval para sus comunicaciones con el Mediterráneo y Oriente Próximo. Por esta razón, el *Foreign Office* siguió con gran atención la evolución de los acontecimientos políticos en España, dado el alineamiento diplomático e ideológico del nuevo régimen con las potencias del Eje. La política exterior británica respecto al régimen franquista durante dicho periodo estuvo delimitada por la imagen que se configuraron del país y de sus gobernantes, así como de la evolución política interna, mediante la información e impresiones suministradas por su personal diplomático destacado en España.

Los observadores británicos vieron claramente que en nuestro país existía un régimen dictatorial encabezado por el general Franco y sustentado en tres pilares: el Ejército, la Iglesia y la Falange. De acuerdo a su perspectiva, la vida política española de la posguerra estaba completamente dominada por el partido falangista, organizado claramente en imitación de sus modelos nazi y fascista. Dicha percepción fue reforzada por toda la parafernalia falangista desplegada por el Nuevo Estado, por el predominio de la Falange en la administración pública y por las amplias atribuciones y competencias que se encontraban en manos del partido único. A pesar de todas las referencias que hacían los nuevos gobernantes acerca del carácter totalitario del régimen, Hoare señalaba que la mayoría de la población lo rechazaba:

*En teoría, España es un estado totalitario con un partido único que se dedica a apoyar al Generalísimo, tenga o no tenga razón. En la práctica, el único rasgo totalitario del país es su rechazo al régimen falangista. Si hubiese habido un plebiscito en España, ni siquiera el cinco por ciento de la población hubiera votado por el falangismo, que se supone que es la roca sólida sobre la que descansa el régimen*<sup>1316</sup>.

En cualquier caso, los diplomáticos británicos fueron testigos del avance del Nuevo Estado por la senda del fascismo de la mano de Serrano Suñer, que extendió el dominio falangista en todos los rincones de la vida española. La impresión que tuvieron los diplomáticos británicos de los nuevos gobernantes

---

<sup>1316</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

españoles fue sumamente negativa. Por un lado, criticaron su inexperiencia en el gobierno y la incapacidad que mostraba la nueva administración para solucionar los acuciantes problemas que tenía la España de la posguerra. En este sentido, eran conscientes de las lamentables condiciones económicas del país, que constituía una de las claves de la situación política interna. De esta manera, vieron como la falta generalizada de alimentos y de bienes esenciales, junto al encarecimiento del coste de la vida llevaba a la desesperación y al sufrimiento de la población, que padeció hambre y numerosas enfermedades durante esos años. Asimismo, destacaron que la escasez de materias primas ponía en dificultades a la industria, mientras que las deficientes comunicaciones paralizaban el comercio y la escasez de divisas complicaba la reconstrucción económica. El análisis de la situación les llevaba a considerar que existía un caos total en la organización del Estado, que no sólo era incapaz de hacer frente a la situación, sino que la empeoraba con sus políticas disparatadas en materia económica, que eran de clara inspiración nazi. Por ello, Hoare llegó a decir que el nuevo régimen español no había significado otra cosa que la vuelta de la “anarquía, el caos y la corrupción, siendo peor que cualquier otra forma de gobierno anterior”<sup>1317</sup>. Dada la desastrosa situación interna del país, los británicos detectaban como la población estaba cada vez más desencantada con el nuevo régimen.

Otra de las claves detectadas del malestar social era la represión política ejercida por las autoridades del régimen, que implicaba la continuación de las ejecuciones y la existencia de una gran masa de población presa o encuadrada en batallones de trabajo<sup>1318</sup>. Los británicos no eran ajenos a la violencia represiva del régimen y al trato inhumano que se daba a los prisioneros, criticando este tipo de políticas, ya que a sus ojos impedía la reconciliación nacional después de la Guerra Civil. Por otro lado, lamentaban que el gobierno español se negara a conceder una amnistía general, que era considerada como la mejor solución para superar las divisiones y enfrentamientos pasados entre los españoles<sup>1319</sup>. Otro de los contrastes que los diplomáticos británicos descubrieron en el régimen franquista fue que a pesar de su carácter centralista y unificador, estaba dividiendo a España y fomentando el separatismo. Hoare criticaba que Franco no quisiera unir al país para superar el trauma de la guerra:

*En lugar de intentar reconciliar el país para superar las divisiones de la Guerra Civil, se ha esforzado en llevar a cabo más cazas de herejes que en los mejores tiempos de la Inquisición. Falangismo o comunismo son las dos únicas alternativas que ofrece al país. Si no eres*

---

<sup>1317</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>1318</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

<sup>1319</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

*falangista, entonces eres un comunista que debe ser perseguido y fusilado. Si eres falangista, eres un privilegiado que debe ser recompensado con los principales cargos e interminables oportunidades para la corrupción*<sup>1320</sup>.

En cuanto a la dinámica interna, los británicos percibían que venía determinada en su mayor parte por las divisiones y enfrentamientos existentes entre los nuevos gobernantes, que entorpecían la labor de reconstrucción del país. De esta manera, fueron capaces de ver como dos de las principales instituciones del país, el Ejército y la Iglesia, se oponían al predominio del partido único en la vida nacional, lo que significaba la existencia de tensiones entre los nuevos grupos dirigentes. Para los diplomáticos británicos, el estamento militar era contrario a las gestiones falangistas en materia de política exterior y a su predominio en el nuevo régimen. Además, observaron como algunos generales, motivados por su rechazo o descontento, llegaban a organizarse como una “Junta Militar” que se planteó la posibilidad de realizar un golpe de Estado que eliminara a su enemigo político, Serrano Suñer, e incluso al propio Franco si éste se negaba a acceder a sus demandas<sup>1321</sup>. Sin embargo, tanto Peterson como Hoare reconocieron que los generales no eran un grupo ni unido ni homogéneo. Respecto a la Iglesia, constataron como ésta rechazaba la injerencia falangista en sus ámbitos tradicionales de actuación, como la educación o el dominio sobre la conciencia de la nación. Para los británicos, la devoción religiosa de los españoles y de muchos de sus gobernantes podía suponer un serio obstáculo para las ambiciones falangistas. Por otro lado, captaron la existencia de intrigas dentro de la Falange por el control de la misma, observando como los carlistas se mostraban frustrados por el incumplimiento de su ideario político.

Paralelamente, detectaron la influencia de la situación internacional en el panorama político español, que dividía al país entre los favorables a la intervención española en el conflicto bélico y los opuestos a ella. En general, veían como la Falange era mayoritariamente favorable a la guerra, mientras que los militares eran más partidarios del mantenimiento de la neutralidad, a pesar de que muchos admiraban la maquinaria de guerra alemana. Llama la atención que se considerase en todo momento que Franco no era partidario de la guerra, por lo que Hoare indicaba que “no había que tratarlo como un enemigo”<sup>1322</sup>. Por el contrario Serrano Suñer representaba para los británicos el paradigma de la belicosidad falangista, retratándosele como un “fanático” y un “pro-nazi” que deseaba

---

<sup>1320</sup> HOARE, S. (1946): págs. 287-288.

<sup>1321</sup> Minuta de Hoare a Eden, 13 de agosto de 1941, FO 954/27A.

<sup>1322</sup> HOARE, S. (1946): pág. 40.

fervorosamente unirse al Eje y que detestaba las democracias occidentales<sup>1323</sup>. De igual modo, llegaron a apreciar su actitud más taimada cuando comenzó su decadencia política en torno al otoño de 1941.

Durante el periodo 1939-1945 los diplomáticos británicos vieron como los enfrentamientos en el seno del régimen motivados por las divergencias tanto en materia de política exterior como en la configuración del nuevo régimen provocaron diversas crisis ministeriales. En la correspondencia diplomática británica encontramos numerosas referencias al ambiente de tensión política existente en el país. A su vez, fueron capaces de observar como las divisiones internas deterioraban el panorama político español y acababan degenerando en enfrentamientos físicos entre los defensores de distintas tendencias, llegándose incluso al derramamiento de sangre, como en el incidente de Begoña.

En cuanto al posicionamiento de Franco, observaban perfectamente como éste manejaba las fuerzas políticas que componían el bando vencedor en la Guerra Civil, enfrentado a unas con otras y realizando calculados ejercicios de equilibrio político para evitar la preponderancia de cualquier grupo o tendencia sobre las demás, circunstancia que podía amenazar su posición. Un observador como Hoare pudo apreciar que Franco tenía la capacidad de ver cual era el punto débil de sus oponentes, explotando sus necesidades y jugando con sus temores. Como ejemplo indicó que se aprovechaba del miedo de la oposición monárquica a los republicanos para paralizar su iniciativa política<sup>1324</sup>. Otro rasgo del dictador destacado por el embajador británico era su prudencia a la hora de actuar. En sus memorias comenta que “Franco siendo gallego nunca se mueve sin mirar cuidadosamente a todos los lados, y cuando por fin se mueve lo hace paso a paso”. Como ejemplo de ambas capacidades, Hoare destacaba su táctica a la hora de hacer cambios ministeriales. Según el embajador, el proceso de destitución de los ministros comenzaba generalmente con la propagación de rumores y noticias sobre una posible dimisión de la persona afectada; meses después, cuando el ministro era cesado de su cargo, normalmente sin que se le comunicase personalmente por anticipado, la noticia ya no era novedad, por lo que pasaba desapercibida<sup>1325</sup>. Como sabemos, este proceso fue empleado por Franco con personajes tan dispares como Beigbeder y Serrano Suñer.

De acuerdo con la percepción de la diplomacia británica, la base social que rechazaba las tesis falangistas era muy amplia, como indicaban tanto sus

---

<sup>1323</sup> Las opiniones de Hoare sobre Serrano Suñer abundan en su correspondencia diplomática. También describe su figura y talante en HOARE, S. (1946): págs. 56-57.

<sup>1324</sup> HOARE, S. (1946): pág. 293.

<sup>1325</sup> HOARE, S. (1946): págs. 72-74.



impresiones directas, como la opinión que se filtraba de la censura de la correspondencia entre España y Gran Bretaña. Aunque entre la aristocracia, algunos altos mandos del Ejército, los hombres de negocios y la Iglesia existiese un cierto temor a que la victoria británica pudiese significar la restauración de un régimen comunista en España, en general, demostraban un rechazo del falangismo y un gran descontento con el gobierno que lo había usado como un instrumento. Incluso el propio Hoare se sorprendía del poco apoyo a las doctrinas totalitarias que existía en la sociedad española:

*El Ejército no ha escondido su odio y desprecio hacia los codiciosos, inexpertos y maleducados jóvenes en camisas azules, que se han agenciado los principales puestos, y que por su incompetencia arruinan la maquinaria del gobierno. Soldados, oficiales y generales han mostrado unanimidad en sus sentimientos, algo raro en la historia reciente del Ejército español. La Iglesia, la otra gran organización casi intacta en medio de la confusión generalizada, se ha mostrado igualmente hostil. (...) Particularmente hostiles a las nuevas doctrinas son los grades hombres de negocios. (...) La clase trabajadora, desarticulada, indefensa, maltratada y pagada miserablemente, está completamente en contra del régimen. Incluso en la alta sociedad española, el lugar de los nobles y los ricos, hay sorprendentemente poco apoyo a las doctrinas totalitarias. Fueron en estos círculos de la extrema derecha donde Alemania encontró simpatizantes en la anterior guerra mundial. En las reuniones sociales en el club de golf de Puerta de Hierro, en el hotel Ritz o en las interminables fiestas, no se escucha otra cosa que no fuese crítica al régimen que ha paralizado muchos de los entretenimientos de la vida civilizada*<sup>1326</sup>.

En cuanto a los apoyos sociales del falangismo, los británicos observaban que los miembros locales del partido estaban formados por excombatientes, estudiantes, personas procedentes de la clase media y oportunistas que siempre se juntaban al partido que tuviese éxito en ese momento<sup>1327</sup>. Los analistas británicos destacaban que la Falange no había conseguido atraerse a la clase trabajadora del país. Este hecho ponía de relieve la paradoja en la que se encontraba el partido, al sólo ser capaz de mantenerse en el poder mediante el incumplimiento de su programa y la dependencia de las fuerzas sociales de la reacción. Las limitaciones internas de la propia Falange, unidas al enfrentamiento con el Ejército y la Iglesia, llevaba a los analistas británicos a expresar serias dudas sobre la estabilidad del régimen y el futuro de la Falange<sup>1328</sup>.

El inmediato resultado de esta situación fue el revivir del sentimiento monárquico, en el que el *Foreign Office* puso grandes esperanzas para un posible cambio de régimen en España, sobre todo a partir de 1943. Hay que destacar el

---

<sup>1326</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

<sup>1327</sup> Informe del cónsul británico en Barcelona a Peterson, 1 de mayo de 1940, FO 371/24528, C6580/6314/61.

<sup>1328</sup> Guía de de las fuerzas políticas en España realizada por el Profesor W.C. Atkinson y remitido al Foreign Office, 21 de marzo de 1942, FO 371/31234, C3121/220/41.

papel de Hoare, que se convirtió en el gran defensor de la restauración monárquica en España. Desde Madrid, Hoare informaba de la extensión del movimiento monárquico:

*Ha sido tan grande el impulso del sentimiento a favor de la restauración que, si hubiese habido plebiscito en 1941, el joven rey habría vuelto inmediatamente apoyándose en una mayoría aplastante. En el pasado, el campo era tradicionalmente monárquico, mientras que la ciudad era republicana. La incompetencia del falangismo ha conseguido unir al campo y la ciudad en la plena convicción de que solo la restauración puede salvar a España del completo caos y de la anarquía que supone el régimen falangista. (...) Las clases profesionales, antiguamente republicanas, se han unido al movimiento monárquico, mientras que miles de los llamados rojos que siguen en prisión piensan que solo el regreso del rey les ofrece la posibilidad de que obtengan una amnistía política. Dejando de lado la actividad de los políticos, existe un amplio grupo de personas que tienen poco interés por la política, pero que han experimentado en sus propias carnes los fallos de todos los sucesivos regímenes desde que Alfonso XIII abandonó el país, y que todavía recuerdan la gran prosperidad que había disfrutado la población bajo la monarquía. La mayoría de los españoles asume que la restauración es inevitable y sólo se preguntan cuándo y cómo volverán Don Juan y Doña Mercedes. Los más inteligentes entre los monárquicos defienden un rápido regreso del rey, siempre que no se comprometa con los falangistas ni con las promesas de una potencia extranjera*<sup>1329</sup>.

Sin embargo, los británicos eran conscientes de la debilidad de la oposición a Franco. El mayor obstáculo que tenían los monárquicos era la falta de liderazgo. Como señaló Hoare, carecían de una figura como Cánovas que definiese una estrategia y elaborase un programa político. En ausencia de dicho liderazgo, sus esfuerzos se diluían en interminables discusiones sobre la conveniencia de colaborar o no con Franco, de cuándo debían actuar y cómo debían llevar a cabo el cambio de régimen. Además, la falta de resolución de don Juan y la inercia de los generales, que aún siendo monárquicos en su mayoría no se decidían a actuar, no facilitaban que se produjese una restauración de la monarquía. Por su parte, los republicanos tenían para Hoare el lastre de la Guerra Civil que llevaba a los españoles a rechazar la anarquía y desear vivir en orden. Según su opinión, la población no deseaba volver a experimentar los desórdenes del periodo republicano, que provocaron numerosas muertes y destrucciones, ni el recorte de libertades que había supuesto la Ley de Seguridad Pública. Aparte de la negativa imagen que tenían los españoles de la República, viendo las disputas entre los líderes republicanos en el exilio, juzgaba que las divisiones que rompieron el frente de la izquierda en el pasado impedirían de nuevo cualquier oportunidad de estabilidad republicana. Viendo todo esto a posteriori, Hoare afirmó en sus memorias que el Generalísimo tenía razón al ser complaciente con su posición, ya que si la fortaleza de un régimen es la debilidad de

---

<sup>1329</sup> Informe de la embajada británica sobre las relaciones hispano-británicas durante los años 1940 y 1941, 5 de enero de 1942, FO 371/31234, C514/220/41.

su oposición, entonces el régimen franquista era menos precario de lo que muchos se creían<sup>1330</sup>.

Según los analistas políticos británicos que asesoraban al *Foreign Office*, el nuevo régimen español no sobreviviría a una victoria aliada en la guerra mundial, la cual no debía significar un impulso al comunismo en España. En el caso de que España consiguiera mantenerse fuera de la guerra, para ellos lo más probable era que el Ejército destronase a la Falange y que se produjese una restauración de la monarquía con el consentimiento de toda la población. La entrada de España en la guerra significaría la segura derrota española, lo que no debía impedir en ningún caso la vuelta de la monarquía. A su vez, señalaban que en España se rechazaban las formas de gobierno procedentes del exterior y que podría existir cierta “resistencia a las formas predominantes de democracia”. En este sentido, consideraban que la inmadurez política de los españoles era un obstáculo al funcionamiento de gobiernos constitucionales. Especialmente, porque como había demostrado la historia reciente, se transformaba en violencia e intransigencia<sup>1331</sup>.

En virtud de la percepción e interpretación que la diplomacia británica tenía de la realidad española y de la evolución de su política interna, el gobierno británico articuló una serie de políticas respecto a España, teniendo también en cuenta la marcha de la guerra y las necesidades estratégicas de su campaña militar contra las potencias del Eje. En un primer momento, la política británica estuvo basada en una serie de expectativas sobre la posición internacional española. Dada la posición geopolítica del país, los gobernantes británicos consideraron que al encontrarse España rodeada por Gran Bretaña por el mar y por Francia en tierra, el gobierno español estaba condenado a mantener una posición neutral, aunque fuese a disgusto. Además, como España acababa de salir de una devastadora guerra civil, se reafirmaba su dependencia económica respecto al bloque franco-británico. Estas expectativas se reforzaban con la negativa percepción de la realidad española transmitida por la embajada británica en Madrid. El propio embajador Peterson creía que cualquier política respecto a España era irrelevante, ya que el desastroso estado de la economía española aseguraba que el país nunca entraría en guerra<sup>1332</sup>. En este sentido, el gobierno de Chamberlain confiaba que la ayuda económica británica para la reconstrucción de España fuera suficiente para mantener al país neutral. Tras el estallido de la guerra, el gobierno británico intentó realizar un mayor acercamiento a España a través de las relaciones económicas y comerciales, que

---

<sup>1330</sup> HOARE, S. (1946): pág. 293.

<sup>1331</sup> Informe enviado al Foreign Office por el Profesor A. Toynbee, 8 de julio de 1941, FO 371/26898, C 7823/33/41. Guía de de las fuerzas políticas en España realizada por el Profesor W.C. Atkinson y remitido al Foreign Office, 21 de marzo de 1942, FO 371/31234, C3121/220/41.

<sup>1332</sup> PETERSON, M. (1950): págs. 229-230.

fructificaron con la firma de los acuerdos comerciales de 1940. A partir de entonces, el apaciguamiento económico del régimen franquista se convirtió en el principal eje de la política británica.

El proceso de reconciliación entre la España de Franco y las potencias aliadas marchaba de acuerdo a las expectativas británicas hasta que fue interrumpido súbitamente por el colapso francés tras la ofensiva alemana en el verano de 1940. Desgraciadamente para los planificadores británicos se rompían todos sus cálculos, ya que el régimen franquista pasaba a encontrarse en libertad para negociar con las fuerzas nazis, presentes en la frontera de los Pirineos. Este hecho planteaba unas circunstancias nuevas en las relaciones hispano-británicas y provocaba la ansiedad en los gobernantes británicos por mantener la suficiente influencia en un país como España en el que la realidad del poderío franco-británico había asegurado automáticamente el mantenimiento de sus intereses<sup>1333</sup>.

Tras la derrota de Francia, la posición española aumentó en importancia, por lo que los gobernantes británicos le dedicarían una mayor atención. Este hecho se demuestra con el envío de una figura política como Hoare a España en misión especial cuya finalidad era mantener la neutralidad española. Los recursos que Hoare tenía para influir en la postura del régimen franquista eran escasos, ya que el poderío militar y económico británico se concentraba en el esfuerzo bélico para asegurar la supervivencia de su nación. En cualquier caso, existía la necesidad de desarrollar una serie de políticas nuevas que tuviesen como objetivo evitar el desplazamiento de España de la órbita del Eje. La nueva estrategia y diplomacia vino determinada en su mayor parte por las políticas articuladas por Hoare, que fueron apoyadas por Halifax, responsable de la política exterior británica y por el propio Churchill. Dichas políticas estaban basadas en una serie de factores:

a) *La negativa situación económica española.* Debido al lamentable estado de la economía del país y la necesidad de llevar a cabo la reconstrucción de las devastaciones causadas por la Guerra Civil, se juzgaba que el gobierno español estaba forzado a acudir al capital británico, a pesar de las teorías autárquicas defendidas por la Falange. Especialmente, dada la incapacidad española para generar los recursos necesarios para dicha tarea y la imposibilidad de obtenerlos de las potencias del Eje. Además, el *Foreign Office* consideraba que “no existían lazos más fuertes que los comerciales” para atraer a un país a su órbita económica<sup>1334</sup>. En este sentido, el gobierno británico impulsó la firma de unos acuerdos comerciales con España. De esta

---

<sup>1333</sup> SMYTH, D. (1986): pág. 8.

<sup>1334</sup> Informe de Makins sobre las posibles vías de actuación para garantizar el mantenimiento de la neutralidad española, FO 371/24510.

manera, con el suministro de financiación y ayuda económica se esperaba mostrar al régimen español que sus intereses estaban en el mantenimiento de la neutralidad, ya que de lo contrario, se produciría el colapso de la economía española. Igualmente, se creía que ayudarían a crear en el país simpatía respecto a la causa aliada.

b) *La creencia en la actitud neutralista de Franco.* Los diplomáticos destacados en España, como Hoare, creían que Franco no deseaba intervenir militarmente en la Segunda Guerra Mundial y que era partidario de mantener una posición neutral<sup>1335</sup>. No descartaban que Franco interviniese cuando Gran Bretaña hubiese perdido la guerra, circunstancia que para ellos era irrelevante pues significaría que su país estaba ya derrotado. Por tal motivo, como argumentaba Hoare, no se debía castigar a España mediante políticas de carácter negativo, como el bloqueo económico total, ya que sólo servirían para empujar a Franco hacia posiciones de abierta beligerancia. A pesar del rechazo de su régimen, podía ser útil a la causa aliada si mantenía a España fuera de la guerra. Esto no quiere decir que se interpretara que Franco era favorable a los aliados. Los diplomáticos británicos sabían perfectamente que el dictador español no dudaba que los alemanes saldrían victoriosos del conflicto, esperando obtener ventajas del mismo sin necesidad de luchar. Sin embargo, creían que las derrotas italianas, el rechazo de Hitler a sus pretensiones y la oposición del pueblo español empujarían a Franco a rechazar las presiones alemanas para la entrada española en la guerra<sup>1336</sup>.

c) *La existencia de opiniones favorables a la neutralidad dentro del nuevo régimen.* Como ya he comentado, los británicos detectaron que el nuevo régimen no era monolítico, al existir una cierta diversidad de tendencias en su seno. Es más, vieron que dos instituciones como la Iglesia y el Ejército servían de freno a las aspiraciones totalitarias y a la belicosidad de la Falange. Naturalmente, los británicos se dedicaron a apoyar y cultivar a aquellas personalidades o grupos que eran significativamente favorables a la neutralidad española o simpatizantes de la causa aliada, con la intención de que difundieran y defendieran dichas posiciones en el seno del gobierno y de la sociedad española. De esta manera, Hoare se relacionó regularmente con la Iglesia española mediante numerosas visitas y entrevistas con el alto clero y con representantes de las principales órdenes religiosas. Paralelamente, reconociendo la importancia del estamento militar en el seno del nuevo

---

<sup>1335</sup> HOARE, S. (1946): pág. 49.

<sup>1336</sup> HOARE, S. (1946): pág. 286.

régimen, mantuvo contactos regulares con un grupo de generales de alta graduación de los que algunos pasarían a estar en la paga de los británicos. La mayoría de estos generales eran de significación monárquica, como Kindelán, o bien oportunistas, como Aranda, o militares desafectos como el coronel Beigbeder. Por esta razón, cuando el movimiento de oposición de los militares de alta graduación contra Serrano Suñer y la Falange tomó cierto cuerpo, Hoare pudo conocer todos sus propósitos, al ser contactado por éstos en busca de apoyo ante un hipotético golpe de Estado. Hoare les atendió porque un posible cambio a través de dicha vía no alteraba la esencia del régimen, estimando que el movimiento era potencialmente pro-británico. Por último, hay que destacar que la diplomacia británica observaba como la inmensa mayoría de la población española era contraria a la intervención en la guerra. Dicha opinión era pulsada por el personal diplomático destacado en España y reforzada por los comentarios que se recogían en las cartas analizadas por la oficina de censura de correspondencia.

d) *La falta de oposición efectiva al régimen.* Los británicos prefirieron confiar en el régimen de Franco y no en los derrotados republicanos. Por un lado, creían que la supervivencia del régimen español estaba ligada a su neutralidad en la guerra. Por este motivo, estaban convencidos que en el interés de los nuevos gobernantes estaba el mantenimiento de dicha situación, ya que de lo contrario, terminarían provocando su derrota y la paralización económica del país. La opción republicana fue rechazada por la debilidad de sus medios, por las profundas divisiones existentes entre sus líderes y por su temor al peligro comunista. Igualmente, se tuvo en cuenta que a pesar del revivir monárquico, no existía un movimiento organizado que pudiese beneficiarse de dicho impulso, ni personalidades en España que pudiesen liderarlo. Además, las divisiones internas de los monárquicos y la ambigüedad del propio don Juan eran percibidas como los grandes obstáculos para la restauración de la monarquía en España. A pesar de ello, Hoare se dedicó a promover su causa y a participar de sus planes para desplazar a Franco del poder. El embajador estaba convencido que si los militares forzaban la restauración monárquica, los intereses británicos saldrían reforzados. Sin embargo, al considerarse al régimen de Franco como el mejor instrumento para el mantenimiento de la neutralidad española, el *Foreign Office* no quiso arriesgarse a promover un cambio de régimen, que pudiese desestabilizar la Península.

e) *Escasez de recursos británicos.* Los responsables del *Foreign Office* conocían la limitación de los recursos británicos para influir en la posición española después de la caída de Francia. El gobierno británico no

podía desviar recursos de su esfuerzo de guerra para destinarlos a ayuda económica para España. Asimismo, su capacidad militar y material se hallaba al límite, al concentrar todos sus medios materiales en su lucha contra Alemania. Tan sólo tenían a su disposición el bloqueo naval al continente europeo, que abarcaba a la Península Ibérica, y una cierta simpatía a las aspiraciones territoriales españolas. El bloqueo naval incidía de lleno en las carencias económicas españolas y en su dependencia respecto a los aliados para lograr los suministros necesarios para alimentar a su población y sostener su industria. Por otro lado, el mostrar cierto apoyo a las aspiraciones expansionistas españolas servía para atemperar los ánimos imperialistas del régimen, al indicar que no sólo el Eje podía ofrecerles ciertas compensaciones territoriales.

Basándose en los factores mencionados emergió en 1940 una política diseñada para satisfacer las necesidades económicas españolas, con la esperanza de que la España de Franco pudiese ser apartada de la órbita del Eje. Este hecho motivó que los factores económicos se convirtieran en el aspecto central de las relaciones entre España y Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial. El gobierno británico utilizó la dependencia económica española de las importaciones de productos de países aliados para convencer a Franco de que mantuviese su posición de neutral en lugar de intervenir en el conflicto del lado de Alemania. Esta estrategia se fundamentaba en la creencia de que mediante el cultivo de vínculos económicos y el uso de incentivos, se podían provocar cambios relevantes en la política exterior española. Sus antecedentes se encuentran en la política exterior desplegada por Gran Bretaña durante el periodo de entreguerras para apaciguar a las potencias revisionistas.

Este tipo de política, que ha sido denominada como diplomacia económica o acercamiento económico, tiene un carácter positivo, ya que usa “la zanahoria en lugar del palo” para influir en terceros países. Sus críticos la califican como apaciguamiento económico, asociándola a posiciones de debilidad o indecisión<sup>1337</sup>. Se fundamenta en recompensas y no en castigos para intentar cambiar el comportamiento exterior de otros estados. Mediante la creación de vínculos económicos se espera que aparezca un interés en la sociedad y el gobierno del Estado objetivo, ante los beneficios que se reciben, para cambiar su política doméstica y acomodar su política exterior a los parámetros deseados. Las agendas políticas de los gobernantes se ven modificadas por la sensibilidad que existe a las implicaciones en la economía del país y los problemas domésticos que supondrían

---

<sup>1337</sup> BALDWIN, David A. (1985): *Economic statecraft*, Princeton, Princeton University Press, pág. 34.

una alteración en las relaciones bilaterales<sup>1338</sup>. En el caso que analizamos el gobierno británico esperaba que el régimen franquista se convenciera de que su verdadero interés estaba en el mantenimiento de la neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial. De mantener dicha postura en el conflicto, las autoridades españolas podían obtener ayuda británica para afrontar las tareas de reconstrucción del país y conseguir suministros básicos de alimentos y combustibles, de los que carecía la economía doméstica.

Para que esta política funcione es necesaria la existencia de asimetrías entre los distintos actores, que son el origen de las palancas que pueden utilizarse como fuentes de influencia en las relaciones exteriores<sup>1339</sup>. Siguiendo las tesis que hemos descrito anteriormente, la diplomacia económica puede ser utilizada para que un estado débil reoriente sus preferencias en materia de política exterior a las del estado más fuerte. En el caso que nos ocupa, las relaciones entre España y Gran Bretaña eran claramente asimétricas, como lo habían sido desde comienzos del siglo XX, por las grandes diferencias que existían a todos los niveles entre ambos países. Mientras que Gran Bretaña era una gran potencia mundial, tanto desde un punto de vista económico como militar; España era una potencia de segundo orden que acababa de salir de una cruenta y devastadora guerra civil, ocupando tradicionalmente una posición poco relevante en las relaciones internacionales. Los gobernantes británicos esperaban que la diplomacia de la libra pudiese acomodar la política exterior de un estado potencialmente revisionista como España.

Otro requisito imprescindible para el correcto funcionamiento de la estrategia de diplomacia económica es la existencia de una amenaza creíble si el estado objetivo no cambia su conducta<sup>1340</sup>. En este sentido, el Reino Unido contaba con un elemento disuasorio para convencer al gobierno español de la necesidad de atemperar su política exterior. Utilizando el poderío naval de la *Royal Navy*, el gobierno británico podía imponer un bloqueo a la Península Ibérica que impidiera la llegada de suministros a España. De este modo, se esperaba que las concesiones realizadas en el ámbito comercial no pareciesen un signo de debilidad.

---

<sup>1338</sup> Los estudios de Relaciones Internacionales se han centrado tradicionalmente en el papel de las sanciones como herramienta de política exterior, dedicando poca atención al uso de incentivos positivos. Entre los pocos que existen destacamos el de CORTRIGHT, David (1997): *The Price of Peace: Incentives and International Conflict Prevention*, Carnegie Commission on Preventing Deadly Conflict, Lanham, Rowman & Littlefield Pub Inc. y la obra ya mencionada de BALDWIN, David A. (1985): *Economic statecraft*, Princeton, Princeton University Press.

<sup>1339</sup> MASTANDUNO, Michael (2003): "Economic Engagement Strategies: Theory and Practice", en MANSFIELD, Edward D. y POLLINS, Brian (2003): *Economic interdependence and international conflict : new perspectives on an enduring debate*, Michigan University Press, págs. 175-189.

<sup>1340</sup> Las zanahorias (incentivos positivos) y los palos (amenazas o sanciones) van frecuentemente mezclados en la mayoría de los intentos de influir en el comportamiento exterior de otros países. CORTRIGHT, D. (1997): págs. 7-8.



Por otro lado, también resulta fundamental la existencia de un amplio consenso interno en el país para utilizar de manera enteramente satisfactoria la política de apaciguamiento económico. Este tipo de políticas requieren paciencia y un compromiso de mantenimiento de la misma línea de actuación a largo plazo. En caso contrario, se corre el riesgo de que los vaivenes de la política de acercamiento económico, producidos por la resistencia interna que genera, impidan alcanzar los objetivos de partida<sup>1341</sup>. En el caso de la política desplegada por Gran Bretaña respecto a España durante la Segunda Guerra Mundial, hemos visto como se generó una amplia resistencia en los círculos gubernamentales y entre los miembros de la oposición. La negativa experiencia previa del apaciguamiento a Italia y Alemania, que no pudo evitar el estallido de la guerra, motivó que se desconfiara de la aplicación de esta política respecto a un régimen autoritario como el español. También cabe resaltar que la opinión pública británica era mayoritariamente contraria al régimen franquista desde los tiempos de la Guerra Civil. En cualquier caso, la polémica suscitada por la actitud gubernamental respecto al régimen franquista durante la guerra, motivó que se convirtiera en uno de los ejes de la campaña electoral de agosto de 1945. Uno de los lemas elegidos por los laboristas en dichas elecciones fue “un voto para Churchill es un voto para Franco”<sup>1342</sup>.

A la hora de evaluar la decisión tomada por las autoridades británicas respecto a la política que debían seguir hacia España es necesario considerar las alternativas disponibles. Las opciones a las que se podía haber recurrido eran la aplicación de sanciones económicas, como el embargo de petróleo, o la intervención militar. Descartado el uso de la fuerza, la única alternativa real a la política de apaciguamiento era el uso de sanciones para inducir al gobierno franquista a cambiar su política exterior. Hay que señalar que esta medida fue propuesta en repetidas ocasiones por los norteamericanos, tras su entrada en la guerra, y por algunos miembros del gobierno británico, especialmente los políticos laboristas. Teóricamente, la presión económica exterior priva a la población del país objeto de esta política de los beneficios que conllevan unas relaciones económicas fluidas. Esto lleva a que la población presione al gobierno para que termine con las privaciones económicas, y a que las clases favorecidas del país demanden el mantenimiento de las ventajas económicas que disfrutan. El gobierno ante la presión de la ciudadanía se divide y si la presión exterior es suficiente termina por capitular y cambiar su conducta. Incluso se pueden llegar a provocar cambios en las

---

<sup>1341</sup> MASTANDUNO, Michael (2003): “Economic Engagement Strategies: Theory and Practice”, en MANSFIELD, Edward D. y POLLINS, Brian (2003): págs. 175-189.

<sup>1342</sup> Informe del duque de Alba sobre la política británica, 2 de julio de 1945, PL Caja 2ª, nº 5.

formas de gobierno, que sustituyan a regímenes dictatoriales por otros más democráticos<sup>1343</sup>.

Históricamente las sanciones han sido utilizadas en numerosas ocasiones, y en la actualidad son un recurso habitual de las Naciones Unidas y de las grandes potencias como los Estados Unidos. Sin embargo, es cuestionable que sean una herramienta eficaz en la política internacional. Los estudios existentes tienden a cifrar su éxito en un tercio de los casos en los que se emplea<sup>1344</sup>. Una de sus principales características es que suelen acarrear efectos negativos para las sociedades del país que son objeto de las mismas. Este hecho, en ocasiones ha suscitado debates internos sobre la conveniencia de su aplicación, ante el sufrimiento que puede suponer para la mayoría de la población que las soporta<sup>1345</sup>. Aunque en la actualidad estas medidas cuentan con menos respaldo internacional por las consideraciones humanitarias, durante los años 30 se consideraban como un medio capaz de detener las agresiones de potencias con afanes expansionistas como Japón e Italia<sup>1346</sup>.

El problema es que no siempre las sociedades y los gobiernos reaccionan de la manera deseada ante la imposición de sanciones. Ésta política puede inspirar resentimiento y resistencia en el país que es objeto de las mismas, provocando que la población se una en apoyo de su gobierno o líder<sup>1347</sup>. En este sentido, las sanciones funcionan mejor si estos líderes tienen una fuerte oposición interna, al limitar su recurso de unir al país frente a la amenaza externa. En estos casos, las autoridades de los países que sufren las sanciones tienden a cumplir con las demandas del exterior al no poder protegerse adecuadamente. Sin embargo, en el caso de España, estas medidas hubiesen sido probablemente explotadas por el régimen franquista para consolidar su poder. Como en el caso del volframio, se procedería a movilizar al país para hacer frente a la intrusión extranjera. Por otra parte, el presumible deterioro en las relaciones bilaterales podría haber

---

<sup>1343</sup> MASTANDUNO, M. (2003): págs. 180-181.

<sup>1344</sup> La cifra varía según los estudios y la metodología utilizada, oscilando entre el 34%, véase del estudio de HUFBAUER, Gary Clyde; JEFFREY, J. Schott y KIMBERLY, Ann Elliot (1990): *Economic Sanctions Reconsidered*, Washington, Institute for International Economics; y el 5% defendido por PAPE, Robert (1997): "Why sanctions still do not work", *International Security*, vol. 22, nº 2, págs. 90-136.

<sup>1345</sup> Como ejemplo reciente podemos citar las discusiones sobre las sanciones que pesaban sobre el régimen iraquí de Saddam Hussein antes de la invasión norteamericana de 2003. Para ilustrar este debate véase el artículo de CORTRIGHT, David y LOPEZ, George A. (1999): "Are sanctions just: the problematic case of Iraq", *Journal of International Affairs*, vol. 52, nº2.

<sup>1346</sup> Aparte de los estudios citados anteriormente, sobre el uso de las sanciones véase WALLENSTEEN, Meter (2000): "A century of economic sanctions: A file revisited", *Uppsala Peace Research Papers* nº 1, Uppsala University.

<sup>1347</sup> CORTRIGHT, D. (1997): pág. 10.

desencadenado una escalada de tensión entre ambas naciones<sup>1348</sup>. En el caso de las relaciones hispano-británicas durante la Segunda Guerra Mundial, las sanciones económicas podían culminar con la intervención española en la guerra mundial, que es precisamente lo que se quería evitar.

Por el contrario, las políticas económicas positivas tienden a motivar una actitud de predisposición a la negociación y al entendimiento, frente a las sanciones que suelen generar enfrentamiento y distanciamiento<sup>1349</sup>. Esto no quiere decir que la política de atracción económica no tuviera riesgos para el gobierno británico. Por un lado, suponía un problema moral, ya que planteaba ayudar a un país cuyo régimen político era aborrecible y que potencialmente podía convertirse en un adversario militar. Cabe recordar que durante la Guerra Civil, el gobierno británico se resistió a ser la primera potencia democrática en reconocer al gobierno de Franco, para evitar alinearse con los regímenes fascistas europeos. Mayor gravedad entrañaba el fallo de la política desplegada, al correr el riesgo de enfrentarse militarmente a un rival cuyas capacidades habían sido fortalecidas a través de los intercambios comerciales.

Otro aspecto interesante a considerar es que los incentivos económicos suelen abrir también oportunidades al comercio de las que se pueden beneficiar las empresas domésticas, mientras que la imposición de sanciones puede afectar negativamente a aquellas industrias o empresas que mantengan relaciones comerciales con el país objeto de las mismas<sup>1350</sup>. A la hora de decidir cuál debía ser la política hacia el régimen franquista durante la Segunda Guerra Mundial, el gobierno británico tenía siempre en cuenta el mantenimiento de sus intereses económicos en España, mercado tradicionalmente dominado por el comercio británico y fuente de ciertas materias primas necesarias para su industria. La imposición de sanciones económicas al régimen de Franco podía poner en peligro su posición comercial en España, obstaculizando sus planes de expandir los intercambios bilaterales después de la guerra mundial. De nuevo, los intereses económicos estaban en un primer plano a la hora de tomar decisiones. Este hecho se puso de manifiesto en el debate de noviembre de 1944 sobre la política que convenía desarrollar hacia España. Entre los argumentos usados por Lord Selborne, ministro de Economía de Guerra, para rechazar la aplicación de sanciones al

---

<sup>1348</sup> Un ejemplo clásico de como las sanciones pueden ser el desencadenante de un conflicto bélico es la entrada de Japón en la Segunda Guerra Mundial, en parte motivada por el embargo de petróleo impuesto por los Estados Unidos en julio de 1941. Antes que renunciar a sus planes de dominio del sureste asiático, como exigían los norteamericanos, los líderes japoneses prefirieron la guerra. GEORGE, Alexander L. (1992): *Forceful persuasion: Coercive diplomacy as an alternative to war*, Washington, United States Institute of Peace, pág. 19.

<sup>1349</sup> BALDWIN, David (1971): *Power of positive sanctions*, World Politics, vol. 24, nº1.

<sup>1350</sup> CORTRIGHT, D. (1997): pág. 8.

régimen franquista se encontraba el perjuicio que supondría para la economía británica:

*Una política de estrangulamiento y alfilerazos económicos contra España difícilmente en nuestro provecho y beneficio. (...) Los sectores que sufrirían primordialmente serían los comerciantes británicos y el pueblo español, cuyo resentimiento excitaríamos con plena justicia*<sup>1351</sup>.

Estos mismos argumentos ya habían sido utilizados por Churchill en sus discusiones con Roosevelt sobre España en la primavera de 1944, donde advertía del riesgo que la aplicación de sanciones al régimen franquista supusiera para Gran Bretaña la pérdida del suministro español de mineral de hierro y de potasa:

*Me atrevería a recordarles que hemos colaborados con ustedes en Argentina y nos sentimos autorizados a pedirles que tomen en serio nuestros puntos de vista sobre la Península Ibérica, donde nuestros intereses estratégicos y económicos se ven mucho más afectados que los de Estados Unidos. Espero que tengan en consideración nuestra propuesta, sin lo cual nos veríamos en graves dificultades*<sup>1352</sup>.

Esto no quiere decir que la política de apaciguamiento británica estuviera exenta de riesgos. El mayor peligro que afrontaba su estrategia era el carácter imprevisible de la política interna española, al tratarse de un régimen dictatorial que comenzaba a definirse tras el final de la Guerra Civil. Además, resultaba difícil usar el intercambio comercial como un instrumento para manipular la política española, tras la implantación de la autarquía económica por parte de las autoridades franquistas. La expectativa británica era que la interdependencia económica provocaría cambios en el comportamiento exterior del régimen español, haciendo que sus criterios se acomodaran a los deseos británicos. La lógica británica suponía que los incentivos económicos serían suficientes para que Franco dejara aparcadas sus aspiraciones revisionistas. Al mismo tiempo, como hemos mencionado, los gobernantes británicos creían que el lamentable estado de la economía española supondría otro freno a las ambiciones franquistas. El *Foreign Office* esperaba utilizar el poder de la libra y de la economía británica para conseguir la amistad con el nuevo régimen español, ante su dificultosa tarea de llevar a cabo la reconstrucción de España una vez finalizada la Guerra Civil.

En cualquier caso, hay que señalar que el apaciguamiento económico era la opción más realista para los gobernantes británicos durante los años 1940 y 1941. En aquellos momentos, en los que Gran Bretaña luchaba por su supervivencia,

---

<sup>1351</sup> Informe de Lord Selborne sobre la política hacia España, 15 de noviembre de 1944, CAB 66/58.

<sup>1352</sup> Telegrama de Churchill a Roosevelt, 30 de marzo de 1944, CHAR 20/160/107-109.

no podía permitirse la enemistad española. Especialmente, si tenemos en cuenta sus limitados recursos bélicos, al tener que hacer frente en solitario a las embestidas de los Ejércitos del Eje. La aplicación de una política de sanciones económicas hubiese provocado un aumento de tensión diplomática entre los dos países, con el consiguiente riesgo de estimular la entrada del régimen de Franco en la guerra. Hasta la entrada de Estados Unidos en la contienda, los aliados no dispusieron de recursos militares y económicos suficientes como para poder responder de manera efectiva a la posible entrada de España en el conflicto.

Sin embargo, desde su gestación existió una fuerte oposición doméstica a la política española desarrollada por el gobierno británico. Los laboristas y políticos más radicales querían que la lucha de los aliados se extendiera contra todas las dictaduras fascistas europeas, incluyendo la de Franco. Como muestra de dichas opiniones podemos señalar a Dalton, político laborista y máximo oponente de la oposición a la política de apaciguamiento hacia España. Como ministro de Guerra Económica quiso aplicar un férreo bloqueo económico al régimen de Franco, para evitar que reexportara bienes a Alemania o que España entrara en la guerra reforzada por la ayuda británica. Dalton manifestaba ser personalmente e ideológicamente contrario al régimen franquista, tanto que defendía que era correcto dejar que la población se muriese de hambre cuando proponía cancelar el envío de suministros a España:

*Prefiero que se mantenga a España fuera de la guerra y que no se convierta en una vía de suministros al enemigo. Si no puede ser así, no está claro para mí que es mejor permitir que España sea dicho canal durante algún tiempo, y después la tengamos como enemigo, que dejar que venga contra nosotros desnuda y desnutrida, aunque sea un poco antes*<sup>1353</sup>.

Esta situación provocó que Hoare tuviera que dedicarse a defender su política frente a sus críticos y fue inherente a la peligrosa posición estratégica de Gran Bretaña durante el periodo 1940-1941. En aquellos momentos, los estrategas británicos se mostraron ansiosos en evitar el surgimiento de nuevos enemigos y peligros. España, por su posición estratégica y afinidad con el Eje, era el centro de los temores británicos. En determinadas ocasiones, los acontecimientos llevaron a Churchill y a otros miembros de su gobierno a creer que Franco se había pasado definitivamente al Eje. Al anticipar la inevitable pérdida de Gibraltar, se planteaba la necesidad de capturar bases alternativas en el Atlántico como las Canarias o las Azores. Sin embargo, la influencia moderadora de Halifax y Hoare y de su política hacia España, se mostraron decisivas en numerosas ocasiones para evitar el desencadenamiento de hostilidades, que hubiesen precipitado a la España de Franco

---

<sup>1353</sup> Informe de Dalton a Eccles, 27 de agosto de 1941, FO 800/323.

a los brazos del Eje. El propio Hoare no era consciente de lo crucial que fue su papel en prevenir un ataque preventivo británico a España.

A pesar de las críticas, la política de Hoare y Halifax se impuso gracias al apoyo de Churchill. Debido a que dicha política parecía haber tenido un relativo éxito, el Primer Ministro estaba dispuesto a escuchar sus opiniones en el caso de una emergencia y así volver a su opción preferida, la paz con la España de Franco, a pesar de que su instinto estratégico le indicara la existencia de cierto peligro. A finales de 1940, la sustitución de Halifax por Anthony Eden, contrario a la política de Hoare, y la creciente suspicacia en Londres sobre las intenciones de Franco pudieron significar un cambio en la política británica. Sin embargo, las llamadas a la precaución de Hoare, que habrían sido inútiles de no haber contado con el apoyo de Churchill que siempre estuvo dispuesto a escucharle, consiguieron evitar un cambio de política. El embajador británico pensaba que la neutralidad española era muy valiosa y que por razones estratégicas debía mantenerse durante el máximo tiempo posible. Por ello, sostenía que cualquier cambio de la política exterior británica hacia España era muy peligroso, a pesar de las continuas provocaciones españolas<sup>1354</sup>. Por este motivo, pedía continuamente ayuda económica para España, incluso sin la colaboración norteamericana. La durabilidad de la política de Hoare-Halifax y su relativo éxito terminaron por convencer al propio Eden de la necesidad de mantener la línea de actuación británica<sup>1355</sup>.

Desde 1940 a 1945 el gobierno británico se mantuvo fiel a su política, a pesar de las críticas que recibía de la opinión pública y de sus aliados. Esta durabilidad es ciertamente sorprendente, ya que resultaba válida para los años 1940 y 1941, antes de la entrada de los Estados Unidos en la guerra, e incluso como medio para apaciguar al régimen franquista de cara a los desembarcos aliados en el norte de África de noviembre de 1942. A partir de entonces, al ir decantándose la marcha de la guerra hacia los aliados, la política británica de apaciguamiento económico de España dejaba de tener tanto sentido. Es difícil justificar la necesidad de mantenerla tras los desembarcos aliados en Sicilia y la capitulación de la Italia fascista en septiembre de 1943. En aquellos momentos, la posición española había dejado de ser relevante para el desarrollo de las operaciones bélicas, por lo que se podía haber introducido una política de sanciones económicas que forzara un cambio en el comportamiento exterior del régimen de Franco.

Los norteamericanos fueron más desconfiados que sus aliados británicos, negándose a colaborar ciegamente en el programa de apaciguamiento

---

<sup>1354</sup> HOARE, S. (1946): pág. 49.

<sup>1355</sup> SMYTH, D. (1986): págs. 4-8.

económico a España. El Departamento de Estado estadounidense era favorable al uso de medidas de presión, como el embargo de petróleo, para modificar la conducta del régimen franquista y obligarle a volver a una estricta neutralidad. Las diferencias entre británicos y norteamericanos sobre la manera con la que debía tratarse a España supuso una fuente de recelo y fricción entre los aliados. La necesidad de acomodarse a la opinión de su aliado trasatlántico pudo haber motivado que los británicos abandonaran su línea de atracción económica a España. Sin embargo, el *Foreign Office* intentó suavizar en todo momento la actitud estadounidense. En Londres no se apreciaba la injerencia norteamericana en los asuntos españoles, que tradicionalmente habían estado en el ámbito de influencia británica.

A partir de 1943, al desaparecer el peligro de una intervención española en la guerra, el gobierno británico cambió el enfoque de su política hacia España. La prioridad pasó de mantener a España fuera de la guerra a restringir al máximo la ayuda, fundamentalmente económica, que prestaba el régimen franquista a la Alemania nazi. Para ello, se decidió utilizar los lazos comerciales desarrollados con el régimen franquista como instrumento para desarrollar una campaña de guerra económica contra Alemania, con el fin de evitar que se aprovisionara de mercancías españolas de carácter estratégico. Con ayuda norteamericana, se desplegaron un conjunto de medidas entre las que destacaron las compras de acaparamiento de minerales como el volframio. La coordinación de esfuerzos y políticas entre los aliados fue dificultada por las diferencias existentes respecto al uso de los lazos comerciales como palanca para influir en el régimen franquista.

A comienzos de 1944, el gobierno británico tuvo que apoyar a regañadientes la iniciativa estadounidense de presionar a las autoridades españolas para que suspendieran los envíos de volframio a Alemania mediante la imposición de un embargo de petróleo. Sin embargo, los británicos se resistían a utilizar esta estrategia con España, a pesar de su deseo de mostrar un frente unido con los Estados Unidos. Sobre todo, porque las autoridades españolas podían reaccionar mediante la presión a los intereses británicos en España y recurriendo al contrabando para continuar con los suministros de volframio al Tercer Reich. Fue precisamente Churchill quien consiguió convencer a Washington para que tomara una actitud menos drástica en el asunto. La persistencia británica fue recompensada con la firma de los acuerdos de mayo de 1944 que solucionaban dicho contencioso.

Al acercarse el final de la guerra, el gobierno británico se planteó la posibilidad de usar las sanciones económicas para acabar con el último bastión del fascismo en Europa. Pero Churchill asumió toda la responsabilidad respecto a la formulación de la política británica hacia España, decidiéndose por mantener la política existente y por la no intervención en los asuntos españoles. En este sentido,

se enfrentó a Eden y a Hoare, partidarios de aumentar la presión sobre el régimen franquista de manera coordinada con Washington. En aquellos momentos, el líder británico estaba muy preocupado con el futuro de Europa, vislumbrando la división del mundo en dos bloques antagónicos: los países occidentales y los comunistas. Por esta razón, Churchill desaconsejó los esfuerzos por introducir cambios políticos en España, ya que podían terminar con la Península Ibérica bajo la influencia soviética. La defensa de los intereses estratégicos británicos primaba en su decisión. Quien había destacado por negarse a apaciguar a Hitler, se convertía ahora en el máximo exponente del apaciguamiento a Franco. El gobierno laborista de Attlee que le sucedió tampoco se decidió por el uso de medidas de presión económica contra la dictadura franquista.

A pesar de que la política desarrollada por los británicos hacia España fue mayoritariamente de carácter “positivo”, la impresión que causó al gobierno franquista fue sumamente negativa. La privación de suministros y alimentos por el bloqueo naval británico a una Europa dominada por el nazismo, fue más evidente a los ojos de los españoles que todos los esfuerzos británicos por alimentarles. Este aspecto negativo de la política diseñada por Hoare-Halifax fue el que prevaleció con el paso del tiempo y el que resaltó la propaganda franquista. La prensa española realizó una cruenta campaña contra Gran Bretaña, a la que se acusaba de provocar el hambre y la escasez en España por culpa del bloqueo económico que ejercía sobre Europa<sup>1356</sup>.

Por parte española, no se supo aprovechar la situación para conseguir grandes ventajas económicas o facilidades de crédito de Gran Bretaña, ni de los Estados Unidos. En un primer momento, el régimen franquista ignoró los repetidos intentos de acercamiento económico realizado por los británicos. Sin embargo, la posición de extrema debilidad económica del régimen franquista le llevó a buscar un entendimiento mutuo, aunque ambas potencias estudiaran la posibilidad de atacarse. En el momento de firmarse los acuerdos de 1940, España se encontraba en una posición de debilidad económica, al tener que reconstruir el país tras la Guerra Civil y depender de los suministros exteriores, y de subordinación a Alemania en el campo de las relaciones internacionales. Por su parte, Gran Bretaña se encontraba en una posición de debilidad militar, por su lucha en solitario frente a las potencias del Eje. Sin embargo, dada la relevante posición estratégica española, los británicos no podían arriesgarse a provocar la intervención de España en la guerra, aunque planificasen intervenciones militares en la Península Ibérica. Por lo tanto, para Gran Bretaña era vital la neutralidad española. Para el régimen español también, dada su debilidad militar y económica, que era perfectamente conocida por los gobernantes

---

<sup>1356</sup> Véanse artículos como “España, agredida” del diario Arriba, 13 de agosto de 1940.



británicos gracias a la información suministrada por su personal diplomático destacado en España.

Sin embargo, la diplomacia británica interpretó erróneamente algunos hechos y realidades españolas, por lo que algunas de las premisas en las que basaban su política exterior respecto a España no resultaban del todo correctas. En concreto, no supieron leer algunas de las señales que el régimen franquista daba respecto a su posición internacional. En este sentido, los diplomáticos británicos tuvieron una concepción equivocada de la actitud de Franco respecto a la posible participación española en la Segunda Guerra Mundial. Como han apuntado diversos autores, tanto nacionales como extranjeros, Franco ciertamente tuvo la intención de entrar en el conflicto europeo durante la segunda mitad de 1940. Sin embargo, el Generalísimo era consciente que su posición política y la debilidad de la economía española no podían soportar un prolongado esfuerzo de guerra. El peligro para el dictador venía determinado tanto por una entrada prematura en la guerra como por permitir la victoria de Hitler sin su intervención militar. Por ello, Franco mostró un evidente interés por la participación española en el conflicto en los meses de junio y septiembre de 1940, momentos en los que creyó ver cercana la victoria alemana.

La negativa respuesta de Hitler a sus iniciativas no impidió que Franco acordara con las potencias del Eje la intervención española en la guerra en el momento de su elección. Sin embargo, la resistencia alemana a satisfacer todas sus aspiraciones territoriales, unido al lamentable estado de la economía española, motivó que la no-beligerancia española se fuese consolidando. Especialmente, dada la ausencia de una derrota total de los aliados, como podía haber significado la caída de Suez en manos alemanas o la capitulación rusa en el Este. Curiosamente, en el periodo en el que Franco se había mostrado dispuesto a entrar en guerra, de junio a noviembre de 1940, los británicos estaban plenamente convencidos de que deseaba mantener la neutralidad española. Por el contrario, a pesar de las indicaciones de Hoare, los gobernantes británicos temieron la intervención española durante la primavera y el verano de 1941, especialmente tras la caída de Grecia, justo en el momento en el que Franco descartaba la entrada inmediata en el conflicto bélico.

Por otro lado, los diplomáticos británicos también interpretaron incorrectamente determinadas realidades, aunque no tan significativas respecto a la posición internacional española. Desde la Embajada de Madrid se dio una excesiva relevancia a la influencia política de los contactos británicos, como el coronel Beigbeder, el general Kindelán o el general Aranda. Este último fue considerado por Hoare como una de las figuras clave de un hipotético movimiento contra Franco. En realidad, fue un buen informador, pero en ningún caso tuvo relevancia política

alguna. Nunca pasó de ser un intrigante cuyas actividades eran bien conocidas por Franco y Serrano Suñer, quien llegó incluso a denunciarlas al embajador alemán<sup>1357</sup>. De igual modo, los británicos no supieron caracterizar correctamente a determinadas personalidades españolas. Por ejemplo, comenzaron por considerar que el general Muñoz Grandes era una persona moderada y no muy cercana a las ideas falangistas. Con el paso del tiempo le terminaron caracterizando como un extremista pro-nazi, enemigo de los intereses británicos y un hombre muy peligroso.

Aunque Hoare estuviese relacionado con un grupo muy numeroso de generales, sus contactos no representaban a la totalidad del estamento militar. Los generales a los que Hoare trataba, como Aranda, Kindelán u Orgaz, todavía parecían considerar a Franco como un “primus inter pares”, pero, como ha señalado la historiografía, su influencia política estaba en declive, al apoyarse Franco en oficiales y generales más jóvenes para los que estaba el Caudillo por encima de todo<sup>1358</sup>. La dictadura de Franco no era una dictadura militar, en la que dicho colectivo rigiese los destinos de la nación, se trataba de una dictadura de carácter personal.

Como se demostró, la posibilidad de que estos generales fuesen capaces de introducir cambios en la política española y provocar un cambio de régimen eran ciertamente remotas. A pesar de ello, Hoare consideraba erróneamente que el resultado de la crisis de política de 1941 era consecuencia de su labor en España y de la operación secreta de sobornos a determinadas autoridades españolas para reforzar la tendencia de opinión contraria a la intervención en la guerra. Es difícil evaluar la influencia de estos pagos en la postura exterior española durante el conflicto, pero creemos que la dinámica política interna es el mayor factor explicativo en los cambios políticos que se produjeron en España durante la Segunda Guerra Mundial. La inacción de los generales, que anunciaban continuamente la inminencia de golpes contra Franco que luego nunca se llevaban a cabo, provocó que en Londres se descartara el uso de esta vía para intentar forzar un cambio de régimen en España. Como hemos visto, los comentarios de Eden y de otros miembros del *Foreign Office* llegaron a ser muy despectivos por la actuación de los generales españoles, siendo también muy críticos con Hoare por hacer oídos a sus vacuas intrigas. De ahí que la carta que el general Aranda envió a Churchill en 1944 fuese completamente ignorada.

En cualquier caso, la percepción británica de la España de Franco y de los acontecimientos políticos durante el periodo 1939-1945 estuvo

---

<sup>1357</sup> SMYTH, D. (1986): pág. 211.

<sup>1358</sup> TUSELL, J. (1996): págs. 178-181.

mayoritariamente alineada con la realidad. Esta percepción estaba fundamentada en la correcta interpretación y valoración no sólo de las condiciones del país, sino también de los principales acontecimientos políticos. La visión de la capacidad militar y económica española transmitida por la embajada británica en Madrid, que como se ha señalado fue muy importante en la formulación de la política exterior británica respecto a España, era un reflejo fidedigno de la realidad, permitiendo al gobierno británico realizar hipótesis sólidas en ese campo. A su vez, el personal diplomático británico ofreció a sus gobernantes una amplia información sobre los acontecimientos políticos españoles. En este sentido, hay que señalar que la red de contactos cultivada por Peterson y, sobre todo, por Hoare en España permitió disponer de una abundante información sobre la marcha de la política española desde múltiples puntos de vista. Las fuentes de información británicas estaban formadas por personalidades civiles y militares, miembros del gobierno español y funcionarios de sus ministerios, así como representantes de la Iglesia española. Al no haber prensa libre, los rumores que circulaban por Madrid eran la única fuente de noticias. En su labor de obtención de información, Hoare se apoyó en el personal de su embajada. Especialmente en sus agregados militares, el brigadier Torr y el capitán Hillgarth, como también en su agregado de prensa y en el ministro plenipotenciario Yencken, en el que tenía toda su confianza.

La preparación de los embajadores británicos, en especial de Samuel Hoare, significaba que eran capaces de interpretar correctamente la mayoría de los acontecimientos que tenían lugar en España, como de predecir los efectos de la política británica sobre el gobierno franquista. Aunque, por otro lado, tuvieron dificultades para entender e interpretar la actitud y motivaciones de Franco y de algunos miembros de su gobierno. Como resultado de sus dificultades, el gobierno británico basó su política en la falsa premisa de que Franco era favorable al mantenimiento de la neutralidad española. Por pura suerte, la política exterior británica no sufrió la sorpresa de ver como Franco, supuestamente neutral de acuerdo con sus impresiones, declaraba la guerra a Gran Bretaña. Como ha señalado Tusell, si se comparan los despachos de Hoare con sus memorias, se tiene la sensación de que éste estuvo peor informado de lo que pretendía<sup>1359</sup>, o por su displicencia con los españoles, no supo interpretar correctamente los acontecimientos que se desarrollaban en España.

La política de apaciguamiento económico articulada por los británicos no consiguió atraer a España a su órbita, aunque contribuyó a su paulatino distanciamiento respecto al Eje. El fracaso viene en parte explicado por la dificultad inherente a la utilización de dicha política con un régimen como el franquista, que

---

<sup>1359</sup> TUSELL, J. (1995): pág. 174.

no reconocía la interdependencia económica ni buscaba beneficiarse de ella. Es complicado que este tipo de políticas funcionen con estados que deciden cerrar sus economías mediante el establecimiento de una férrea autarquía y la sustitución de las importaciones por mercancías nacionales. Por mucho que se pretenda curar a ese tipo de países o a sus gobernantes de ese “mal”, su falta de maleabilidad ante la influencia exterior limita las posibilidades de acomodar su comportamiento mediante el uso de incentivos económicos. La concentración de las decisiones en materia de política exterior en las manos del general Franco tampoco favoreció el desarrollo de la política de apaciguamiento, al limitar drásticamente el número de actores que se podían influenciar.

Curiosamente, las únicas medidas que motivaron al gobierno español a cambiar su actitud y alejarse del Eje fueron las de carácter negativo. Como se demostró en 1941 y en 1944, al aplicarse cierta presión económica al régimen franquista se conseguía que atemperase sus planteamientos en política exterior. Estos hechos demostraron que existía una alternativa a la política de apaciguamiento que podía llevar a España hacia posiciones de verdadera neutralidad e incluso a ser más favorable a las intenciones aliadas. El control de las importaciones españolas era un arma muy importante a disposición de británicos y estadounidenses para influir en la postura del régimen franquista respecto a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, fue una palanca que no llegó a explotarse de manera decidida por la reticencia británica a modificar su política de apaciguamiento. Aunque podría argumentarse que la presión ejercida por los norteamericanos logró convencer a los españoles de la magnitud de la crisis económica que les esperaba si se unían al Eje, no hay que olvidar que hubiese sido altamente contraproducente si hubiese impulsado a España a la guerra en 1941 ó 1942, justo lo que deseaban evitar los británicos.

Otra gran limitación de la estrategia británica fue su falta de recursos con los que atraer de manera decidida a España hacia su órbita económica. En el hipotético caso que el régimen franquista hubiese decidido abrir más su economía al comercio británico y acceder a facilidades de crédito para financiar las tareas de reconstrucción, Gran Bretaña no hubiese podido hacer frente a estos compromisos sin la colaboración norteamericana. En este sentido, la negativa de Washington a participar en el esquema de ayuda económica a España redujo drásticamente la capacidad británica de atraer al gobierno español hacia sus posiciones. El gobierno británico incluso llegó a temer que la presión económica mantenida por los norteamericanos respecto a España hiciese peligrar la neutralidad española, forzando al régimen franquista a intervenir en el conflicto en el lado del Eje.

La falta de cooperación del gobierno estadounidense en el programa de atracción económica planteada por los británicos dio al traste con su ambicioso

proyecto, al no disponer Gran Bretaña de recursos suficientes para llevar a cabo el programa por su cuenta. Como se ha mencionado, los aspectos positivos de la política diseñada por Hoare, tendieron a convertirse en secundarios, al tener que proceder a convencer a sus críticos que si Gran Bretaña no podía atraerse a España, al menos debían evitar realizar acciones, como un ataque preventivo o un bloqueo económico total, que sólo servirían para provocar la beligerancia española. Hoare estaba convencido que, dado el carácter de los españoles, “era más aconsejable usar la táctica de la zanahoria que la del palo”<sup>1360</sup>. Sus esfuerzos consiguieron calmar los nervios de su gobierno en momentos de peligro, posibilitando que se llevara a cabo un bloqueo económico que no fuese intolerable para los españoles y evitando que se impusieran sanciones económicas al régimen franquista. En su labor fue ayudado por el apoyo incondicional que le mostraba Churchill, partidario de mantener una política de contención estratégica de España. Hay que destacar que el Primer Ministro británico también era contrario a la iniciativa norteamericana de imponer sanciones económicas al régimen de Franco. En definitiva, la existencia de diferencias entre los aliados respecto al trato que debía recibir el régimen franquista supuso que ni el programa de ayuda económica, ni las sanciones se aplicaran de manera decidida.

La guerra económica que desarrollaron los aliados en España fue también un éxito parcial. Es indudable que las compras de acaparamiento anglosajonas de mercancías estratégicas como el volframio consiguieron desatar una fuerte competencia, dejando en algunas ocasiones fuera del mercado a los compradores alemanes. Sin embargo, la amistad de Franco con el Eje supuso que los alemanes dispusieran en todo momento de la financiación y de los suministros que necesitaban. Después de los acuerdos de mayo de 1944, que limitaban drásticamente el suministro de volframio al Tercer Reich, las autoridades españolas recurrieron al contrabando para aprovisionar a los alemanes. Tan sólo la ocupación aliada de Francia pudo interrumpir definitivamente las relaciones comerciales hispano-alemanas.

Esta actitud reticente de las autoridades españolas en las negociaciones e interacciones con los aliados explica también el fracaso relativo de la política británica. La composición ideológica del régimen le hacía poco permeable a la influencia de una potencia como Gran Bretaña, catalogada como enemiga histórica de las ambiciones expansionistas españolas. Además, su forma de gobierno democrática y su sistema económico chocaban con la situación existente en España, siendo calificadas por los medios falangistas como instituciones decadentes. Por otra parte, la cercanía ideológica y la ayuda recibida de las

---

<sup>1360</sup> HOARE, S. (1946): pág. 62.

potencias del Eje durante la Guerra Civil, motivaban un claro alineamiento español con dichos países. La presencia de tropas germanas al otro lado de los Pirineos y la creencia en la invencibilidad de su maquinaria bélica dificultaban también el acercamiento español a Gran Bretaña. Por muy desesperada que fuera la situación interna, las autoridades del régimen se resistían a vincular su economía y la recuperación del país a la ayuda británica.

Durante el periodo clave de 1940 a 1942, el objetivo fundamental de la política británica respecto a España, mantener su neutralidad, fue conseguido mediante los esfuerzos de los responsables de la política exterior y por pura suerte. El propio Hoare reconocía que “la providencia” les ayudó en algunas ocasiones, como en el cese de Serrano Suñer justo antes del lanzamiento de la Operación *Torch*<sup>1361</sup>. Como hemos visto, la estrategia desplegada por los británicos no resultó decisiva a la hora de impedir la participación española en el conflicto. Los factores que consolidaron la neutralidad española fueron la resistencia alemana a satisfacer las aspiraciones territoriales de Franco, el lamentable estado de la economía española y la resistencia del Alto Mando español a participar en el conflicto. Conviene apuntar que la cuestión económica estuvo en todo momento en el primer plano durante el periodo de máxima tentación española de intervenir en la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, los británicos acertaron al convertir a la cuestión económica en el factor preponderante en las relaciones bilaterales, aunque no supieron aprovechar la palanca que tenían para influir en el comportamiento exterior de la España de Franco.

De esta manera, Gran Bretaña superaba un agónico periodo en el que su mera existencia como nación había estado en juego, ganando tiempo para su recuperación militar. Tal era la fe de los británicos en la neutralidad española que en agosto de 1942, en fechas cercanas a la invasión angloamericana del norte de África, Churchill aseguró al general Eisenhower que “España no haría nada”<sup>1362</sup>. A partir de noviembre de 1942, con las fuerzas aliadas operando en el norte de África se produjo un cierto cambio en la postura británica, ya que, dada la patente superioridad bélica aliada, pudieron endurecer su actitud respecto al gobierno franquista y a su colaboración encubierta con el Eje. Sin embargo, en ningún momento se llevó a cabo una modificación de la política definida en 1940, a pesar de que la situación era radicalmente diferente y los supuestos en los que se basaba habían cambiado.

---

<sup>1361</sup> HOARE, S. (1946): pág. 164.

<sup>1362</sup> Churchill a Eisenhower, 27 de agosto de 1942, FO 371/31289, C10739/10738. Documento mencionado en SMYTH, D. (1986): pág. 236.

Consecuencia de la postura británica durante esos años fue una cierta connivencia con el régimen de Franco. En un primer momento, al percibir que éste era el mejor y único instrumento para garantizar el mantenimiento de la neutralidad española frente a las aspiraciones intervencionistas de Falange. Posteriormente, cuando desapareció la amenaza de una entrada española en la guerra, el temor al comunismo llevó al gobierno británico y a sus diplomáticos a considerar que era preferible mantener a Franco en el poder que su sustitución por un gobierno democrático, susceptible de caer bajo el control comunista. Todo ello a pesar de que los diplomáticos y gobernantes británicos detestaban personalmente la tiranía y la dictadura que representaba el nuevo régimen español. De cualquier modo, Franco representaba para los británicos la garantía de orden y estabilidad en España, cuya neutralidad era necesaria para la supervivencia británica en la Segunda Guerra Mundial. Además, veían como su poder estaba firmemente establecido con el apoyo del Ejército y de la Iglesia. Por este motivo, mientras Franco estuviese en el poder no se producirían nuevos fenómenos revolucionarios que amenazasen a los intereses británicos en la zona.

Su respeto al régimen franquista les llevaba a no querer tratar directamente con el gobierno español el tema de la represión política, ya que podía herir su susceptibilidad. Todos sus cálculos sobre la intensidad de la represión franquista fueron erróneos, estando siempre muy por debajo de la realidad. Incluso, como ya se ha señalado, el propio embajador Peterson justificaba parcialmente la represión política al mencionar que “medio millón de personas habían sido ejecutadas en el área bajo el control republicano durante la guerra civil”<sup>1363</sup>, cifra claramente exagerada. Franco se vio favorecido por la postura británica hacia España, pudiendo disponer de tiempo y recursos para consolidar su régimen. Además, su supervivencia quedaba garantizada ya que el gobierno británico no quiso cambiar la forma de gobierno existente en España o forzar al gobierno franquista a moverse hacia direcciones más liberales y democráticas. Como se ha mencionado, la percepción británica de la política española les llevaba a creer que el país podía ser reticente a aceptar formas de gobierno procedentes del exterior, como la democracia. De este modo, se cumplía el máximo objetivo de la diplomacia española, que no era otro sino garantizar la supervivencia del régimen.

A lo largo de este trabajo se ha realizado un estudio detallado de las relaciones hispano-británicas durante la Segunda Guerra Mundial. Hemos intentado completar el conocimiento existente sobre el tema, mediante el uso de un enfoque del trabajo diferente de los anteriormente publicados, que ofrezca una perspectiva global de las relaciones bilaterales. Esperamos haber demostrado el fracaso parcial

---

<sup>1363</sup> Informe anual elaborado por la embajada británica sobre el año 1939, FO 371/24507.

de la política británica de apaciguamiento económico del régimen franquista. Como se ha visto, la existencia de unas relaciones comerciales más intensas no significó un mayor acercamiento entre España y Gran Bretaña. Ambos países estuvieron separados entre 1939 y 1945 por sus diferentes planteamientos políticos y por la desconfianza mutua, impidiendo que fructificara un proceso de *rapprochement*. Se ha ilustrado como la España de Franco desaprovechó una magnífica ocasión de hacer valer su posición de neutral para obtener ventajas de los intentos de acercamiento llevados a cabo por los aliados. Las características internas del régimen y su alineamiento ideológico y diplomático con el Eje impidieron que se aprovechara dicha oportunidad. Como se ha visto, el único beneficiario de estas circunstancias fue Francisco Franco, que usó la benevolencia británica para consolidar su posición interna, en lugar de intentar conseguir medios para mejorar la situación interna del país. De forma tangencial, se ha aportado un nuevo punto de vista sobre la evolución política interna del primer franquismo mediante el uso de las fuentes británicas. En especial, se han proporcionado nuevos detalles sobre las intrigas y las conspiraciones de los militares españoles para terminar con el predominio de la Falange y de Serrano Suñer en la vida nacional.

Esperamos haber contribuido al conocimiento sobre la política exterior española durante los primeros años del franquismo. A su vez, confiamos haber realizado alguna aportación en la dirección contraria: la historia de las relaciones de Gran Bretaña con la España franquista. En este sentido, este trabajo ha intentado ofrecer una valoración de la política de apaciguamiento británica, así como de su percepción de la realidad española



# Fuentes y Bibliografía

## 1. Fuentes documentales archivísticas

Public Record Office (Kew, Surrey).

- BT 11. Records of the Board of Trade, Commercial Relations and Treaties department, (Archivos del Ministerio de Comercio, Departamento de Relaciones Comerciales y Tratados), 1939-1945.
- CAB 66. Records of the Cabinet office, Minutes of the War Cabinet (Archivo del Consejo de Ministros, Actas del Gabinete de Guerra), 1944.
- CAB 120. Records of the Cabinet office, Ministry of Defence, Secretariat files (Archivo del Consejo de Ministros, Secretaría del Ministerio de Defensa), 1944.
- FO 371. Records of the Foreign Office, General Correspondence (Archivo del Foreign Office, correspondencia general), 1939-1945.
- FO 800. Records of the Foreign Office, Private Office Papers of Lord Halifax (Archivo del Foreign Office, colección particular de Lord Halifax), 1939-1945.
- FO 954. Records of the Foreign Office, Private Office Papers of Sir Anthony Eden, (Archivo del Foreign Office, colección particular de Anthony Eden), 1939-1945.

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid).

- Serie de archivo renovado: documentación referente a las relaciones hispano-británicas, 1939-1945.
- Serie de personal: expedientes de los diplomáticos británicos en 1939-1945.

Archivo del Palacio de Liria (Madrid).

- Archivo del XVII duque de Alba correspondiente a su función como embajador en Londres, 1939-1945.

Churchill Archive Centre (Cambridge)

- Correspondencia política de sir Winston Churchill, 1939-1945.

## 2. Fuentes documentales impresas

Boletín Oficial del Estado, 1939-1945.

Estadísticas del comercio especial de la Dirección general de Aduanas, 1939-1945.

Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas, 1939-1950.

Britannica Concise Enciclopedia, 2003.

Balances de la Banca Privada del Consejo Superior Bancario, 1934.

## 3. Publicaciones periódicas

The Manchester Guardian (Manchester), 1936-1944.

The Times (Londres), 1936-1944.

Arriba (Madrid), 1939-1945.

The New York Times (Nueva York), 1942-1944.

## 4. Memorias y testimonios

Azaña, Manuel. *Diarios completos, Monarquía, República y Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2000.

Cadogan, Sir Alexander. *Diaries*, Londres, David Dilks, 1971.

Churchill, Winston S. *The Second World War*, Londres, The Folio Society, 2000.

——— *Alba de Liberación*, discursos pronunciados por el primer ministro británico durante el año 1944, Barcelona, Los Libros de Nuestro Tiempo, 1945.

——— *The end of the beginning*, war speeches – 1942, Londres, Cassell, 1943.

Doussinague, José María. *España tenía razón*, Madrid, Espasa-Calpe, 1949.

Eden, Anthony. *Memorias*, Barcelona, Noguer, 1965.

Gil Robles, José María. *La monarquía por la que yo luché: páginas de un diario (1941-1954)*, Madrid, Taurus, 1976.

Gómez-Jordana Souza, Francisco. *Milicia y Diplomacia, Los diarios del Conde Jordana 1936-1944*, Burgos, Dossoles, 2002.

Hayes, Carlton. *Wartime Mission in Spain*, Nueva York, Mcmillan, 1945.

Hoare, Samuel. *Ambassador on special mission*, Londres, Collins, 1946.

Kindelán, Alfredo. *La verdad de mis relaciones con Franco*, Barcelona, Planeta, 1981.

Peterson, Maurice. *Both sides of the curtain*, Londres, Constable and Company Ltd., 1950.

Sainz Rodríguez, Pedro. *Un reinado en la sombra*, Barcelona, Planeta, 1981.

Serrano Suñer, Ramón. *Entre Hendaya y Gibraltar*, Barcelona, Nauta, 1973.

## **5. Bibliografía: libros**

Adams, E. J. Q. *British Politics and Foreign Policy in the Age of Appeasement, 1935-39*, Stanford, Stanford University Press, 1993.

Aguilar, Mariano. *El Ejército español durante el franquismo, un juicio desde dentro*, Madrid, Editorial Akal, 1999.

Alonso, Teresa. *La economía de entreguerras-la gran depresión*, Madrid, Akal, 1990.

Arasa, Daniel. *La invasión de los maquis*, Barcelona, Belacqua, 2004.

——— *Exiliados y enfrentados: los españoles en Inglaterra de 1936 a 1945*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 1995.

Armero, José Mario. *La política exterior de Franco*, Barcelona, Planeta, 1978.

Avilés, Juan. *Pasión y Farsa, franceses y británicos ante la guerra civil española*, Madrid, Eudema, 1994.

Baldwin, David A. *Economic statecraft*, Princeton, Princeton University Press, 1985.

Beaulac, Willard Leon. *Franco: silent ally in World War II*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1986.

- Buchanan, Tom. *Britain and the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- Bueno Carrera, José María. *La División Azul y la Escuadrilla Azul : su organización y sus uniformes*, Madrid, Aldaba, 2003.
- Bowen, Wayne H. *Spain during World War II*, Columbia, University of Missouri Press, 2006.
- Burgwyn, H. James. *Italian Foreign Policy in the Interwar Period: 1918-1940*, Westport, Praeger Publishers, 1997.
- Campillo, Manuel. *Las inversiones extranjeras en España (1850-1950)*, Madrid, Gráficas Manfer, 1963.
- Carreras, Albert (coord.) *Estadísticas históricas de España: siglos XIX-XX*, Madrid, Fundación BBVA, 2005.
- Caruana, Leonardo. *Las relaciones bilaterales entre España y Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1989.
- Casanova, Julián. *La Iglesia de Franco*, Madrid, Editorial Temas de Hoy, 2001.
- Casanova, Marina. *La diplomacia española durante la Guerra Civil*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1996.
- Catala, Michel. *Les relations franco-espagnoles pendant la Deuxième Guerre mondiale, rapprochement nécessaire, réconciliation impossible, 1939-1944*, Paris, L'Harmattan, 1997.
- Catalan, Jordi. *La economía española y la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Ariel, 1995.
- Cava Mesa, María Jesús. *Los diplomáticos de Franco: J. F. de Lequerica, temple y tenacidad: (1890-1963)*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1989.
- Cazorla Sánchez, Antonio. *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2000.
- Clarke, Michael and White, Brian (eds.) *Understanding Foreign Policy. The Foreign Policy Systems Approach*, Aldershot, Edward Elgar Publishing, 1989.

- Chueca, Ricardo. *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco, Un estudio sobre FET-JONS*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983.
- Cortright, David (ed.). *The Price of Peace: Incentives and International Conflict Prevention*, Carnegie Commission on Preventing Deadly Conflict, Lanham, Rowman & Littlefield Pub Inc., 1997.
- Deutsch, Karl W. *The analysis of international relations*, Nueva York, Prentice Hall, 1988.
- Diego, Álvaro de. *José Luís Arrese o La Falange de Franco*, Madrid, Actas, 2001.
- Edwards, Jill. *Anglo-American relations and the Franco question , 1945-1955*, Oxford, Clarendon Press, 1999.
- . *The British Government and the Spanish Civil War*, Londres, Macmillan, 1979.
- Espadas Burgos, Manuel. *Franquismo y política exterior*, Madrid, Rialp, 1988.
- Feiling, Keith. *Life of Neville Chamberlain*, Londres, Macmillan, 1946.
- Fusi, Juan Pablo. *Franco. Autoritarismo y poder personal*, Madrid, Taurus, ediciones de bolsillo, 1995.
- Gaddis, John Lewis. *United States and the Origins of the Cold War: 1941-1947*, Nueva York, Columbia University Press, 1972.
- García Delgado, Luís. (coord.) *El primer franquismo: España durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1989.
- García Pérez, Rafael. *Franquismo y Tercer Reich: las relaciones económicas hispano-alemanas durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Centro de estudios constitucionales, 1994.
- George, Alexander L. *Forceful persuasion: Coercive diplomacy as an alternative to war*, Washington, United States Institute of Peace, 1992.
- Gilbert, Martin. *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.
- Gómez Mendoza, Antonio. *El "Gibraltar económico": Franco y Riotinto, 1936-1954*, Madrid, Civitas, 1994.
- González Cuevas, Pedro Carlos. *Historia de las derechas españolas, De la Ilustración hasta nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

- Harvey, Charles E. *The Río Tinto Company, an economic history of a leading international mining concern, 1873-1954*, Cornwall, Penzance, 1981.
- Hermes, Guy. *Los católicos en la España franquista*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1981.
- Holsti, K. J. *International Politics. Frameworks for Analysis*, Londres, Prentice-Hall, 1995.
- Hopkins, James K. *Into the Heart of the fire, the British in the Spanish Civil War*, Stanford, Stanford University Press, 1998.
- Hufbauer, Gary Clyde; Jeffrey, J. Schott y Kimberly, Ann Elliot. *Economic Sanctions Reconsidered*, Washington, Institute for International Economics, 1990.
- Jenkins, Roy. *Winston Churchill*, Barcelona, Ediciones Folio, 2003.
- Keohane, Robert O. y Nye, Joseph S. *Power and Interdependence*, New York, Longman, 2001.
- Jackson, Robert y Sorensen, Georg. *Introduction to International Relations*, Oxford, Oxford University Press, 1999.
- Jerez, Miguel. *Elites políticas y centros de extracción en España*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1982.
- Juliá, Santos (coord.). *Victimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999.
- *Historia económica y social moderna y contemporánea de España*, vol. 2, el Siglo XX, Madrid, UNED, 1993.
- Kindleberger, Charles P. *La crisis económica 1929-1939*, Barcelona, Crítica, 1995.
- Knox, MacGregor. *Mussolini unleashed, 1939-1941, politics and strategy in Fascist Italy's Last War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- Leitz, Christian. *Spain in an international context: 1936-1959*, Oxford, Oxford University Press, 1999.
- *Economic relations between Nazi Germany and Franco's Spain, 1936-1945*, Oxford, Oxford University Press, 1996.
- Liddle Hart, Basil. *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Caralt, 1991.
- Liedtke, Boris N. *Embracing a dictatorship: U.S. relations with Spain, 1945-53*, Nueva York, St. Martin's Press, 1998.

- Little, Douglas. *Malevolent neutrality. The United States, Great Britain, and the Origins of the Spanish Civil War*, Londres, Cornell University Press, 1985.
- Lipschitz, Chaim U. *Franco, Spain, the Jews, and the Holocaust*, Nueva York, Ktav Publishing, 1984.
- Mansfield, Edward D. y Pollins, Brian. *Economic interdependence and international conflict : new perspectives on an enduring debate*, Ann Arbor, Michigan University Press, 2003.
- Marín, Dolores. *Clandestinos, el maquis contra el franquismo, 1939-1975*, Barcelona, Plaza & Janes, 2002.
- Martínez Bande, José Manuel. *La Marcha sobre Madrid*, Madrid, Servicio Histórico Militar, Monografías de la guerra de España, nº 1, 1982.
- *La batalla de Teruel*, Madrid, Servicio Histórico Militar, Monografías de la guerra de España, nº 10, 1990.
- *La campaña de Aragón y la llegada al mar*, Madrid, Servicio Histórico Militar, Monografías de la guerra de España, nº 11, 1991.
- *La batalla del Ebro*, Madrid, Servicio Histórico Militar, Monografías de la guerra de España, nº 13, 1988.
- Martínez Ruiz, Elena. *Guerra Civil, comercio y capital extranjero. El sector exterior de la economía española (1936-1939)*, Madrid, Banco de España, 2006.
- *El sector exterior durante la autarquía, una reconstrucción de las balanzas de pagos de España (1940-1958)*, Madrid, Banco de España, 2003.
- Martín Aceña, Pablo. *Los movimientos de oro en España durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2001.
- Medlicott, W. N. *The economic blockade*, Londres, H.M.S.O. y Longman, Green and Co., 1959.
- Merino, Ignacio. *Serrano Suñer, conciencia y poder*, Madrid, Algaba Ediciones, 2004.
- Mir, Conchita (ed.) *La represión bajo el franquismo*, Madrid, Ayer, Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2001.
- McDonough, Frank. *Hitler, Chamberlain and appeasement*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

- Moradiellos, Enrique. *Franco frente a Churchill*, Barcelona, Editorial Península, 2005.
- La España de Franco (1936-1975), Política y sociedad*, Madrid, Editorial Síntesis, 2000.
- La perfidia de Albión*, Madrid, Siglo XXI, 1996.
- Neutralidad benévola*, Oviedo, Editorial Pentalfa, 1990.
- Morales Lezcano, Víctor. *Historia de la no-beligerancia española durante la segunda guerra mundial (VI, 1940-X, 1943)*, Las Palmas, Cabildo Insular, 1980.
- Moreno Fonseret, Roque y Sevillano Calero, Francisco (eds.). *El franquismo, visiones y balances*, Alicante, Universidad de Alicante, 1999.
- Moreno Juliá, Xavier. *La División Azul : sangre española en Rusia, 1941-1945*, Barcelona, Crítica, 2006.
- Mowat, Charles Loch. *Britain between the wars, 1918-1940*, Londres, Methuen & Co., 1956.
- Pardo, Rosa María. *¡Con Franco hacia el Imperio!: la política exterior española en América Latina: 1939-1945*, Madrid, UNED, 1995.
- Payne, Stanley G. *The Franco Regime (1936-1975)*, Londres, Phoenix Press, 1987.
- Falange. La historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, 1965.
- (dir.) *España y la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Editorial Complutense, 1996.
- Peijian, Shen. *The Age of Appeasement: The Evolution of British Foreign Policy in the 1930s*, Stroud, Alan Sutton Publishing, 1999.
- Pertierra de Rojas, José Francisco. *Las relaciones hispano-británicas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Fundación Juan March, serie universitaria, 1984.
- Powaski, Ronald E. *La guerra fría : Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Barcelona, Crítica, 2000.
- Portero, Florentino. *Franco aislado. La cuestión española, 1945-1950*, Madrid, Aguilar, 1989.
- Preston, Paul. *Franco, Caudillo de España*, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1994.



- Rico, Juan José. *El papel político de la Iglesia en la España de Franco (1936-1971)*, Madrid, Tecnos, 1997.
- Robbins, Keith. *Appeasement*, Oxford, Historical Association studies, Basil Blackwell, 1988.
- Roberts, Geoffrey. *The Soviet Union and the Origins of the Second World War. Russo-German relations and the road to war, 1933-1941*, Londres, Macmillan, 1995.
- Rock, William R. *British appeasement in the 1930's*, Londres, Edward Arnold, 1977.
- Rodríguez-Moñino, Rafael. *La misión diplomática del XVII duque de Alba en la embajada de España en Londres (1937-1945)*, Madrid, Castalia, 1971.
- Rodao García, Florentino. *Relaciones hispano-japonesas, 1937-1945*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 1993.
- Ros Agudo, Manuel. *La guerra secreta de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Ros Hombravella, Jacint. *Capitalismo español: de la autarquía a la estabilización (1939-1959)*, vol. I, Madrid, EDICUSA, 1973.
- Rother, Bernd. *Franco y el holocausto*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
- Ruhl, Klaus-Jörg. *Franco, Falange y III Reich*, Madrid, Akal, 1986.
- Salas Larrazábal, Ramón y Jesús María. *Historia General de la Guerra de España*, Madrid, Rialp, 1986.
- Salas Larrazábal, Ramón. *Pérdidas de la guerra*, Barcelona, Planeta, 1997.
- Sánchez, Glicerio (ed.) *El primer franquismo (1939-1959)*, Madrid, Ayer, Marcial Pons, Ediciones de Historia, 1999.
- Santos, Juliá (ed.) *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999.
- Saz, Ismael. *Mussolini contra la II República*, Valencia, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1986.
- Slany, William Z. *U.S. and Allied Efforts To Recover and Restore Gold and Other Assets Stolen or Hidden by Germany During World War II*, Washington, Departamento de Estado norteamericano, 1997.
- Smyth, Denis. *Diplomacy and strategy of survival. British policy and Franco's Spain, 1940-41*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

- Stevenson, John y Cook, Chris. *Britain in the Depression: Society and Politics 1929-1939*, Londres, Longman, 1994.
- Suárez, Luís. *España, Franco y la Segunda Guerra Mundial, desde 1939 hasta 1945*, Madrid, Editorial Actas, 1997.
- Tello, José Antonio. *Ideología y política, la Iglesia católica Española (1936-1975)*, Zaragoza, Libros Pórtico, 1984.
- Terrón, Javier. *La prensa de España durante el régimen de Franco, un intento de análisis político*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1981.
- Thomas, Hugh. *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995.
- Toquero, José María. *Franco y Don Juan, la oposición al franquismo*, Barcelona, Plaza & Janes/Cambio 16, 1989.
- Tortella, Gabriel. *El desarrollo de la España contemporánea, historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- Tusell, Javier. *La dictadura de Franco*, Madrid, Ediciones Altaya, 1996.
- *Franco, España y la II Guerra Mundial*, Madrid, Temas de Hoy, 1995.
- *Carrero, la eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993.
- (ed.) *El régimen de Franco 1936-1975. Política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, 1993.
- *Franco en la guerra civil, una biografía política*, Barcelona, Tusquets, 1992.
- *Franco y los católicos: la política interior española entre 1945-1957*, Madrid, Alianza, 1984.
- Watkins, K.W. *Britain divided. The effect of the Spanish Civil War on British political opinion*, Londres, Thomas and Sons Ltd., 1963.
- Weinberg, Gerhard L. *Hitler's Foreign Policy 1933-1939: The Road to World War II*, Nueva York, Enigma, 2005.
- Wigg, Richard. *Churchill y Franco. La política británica de apaciguamiento y la supervivencia del régimen, 1940-1945*, Barcelona, Debate, 2005.
- Viñas, Ángel. *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos: bases, ayuda económica, recortes de soberanía*, Barcelona, Grijalbo, 1981.

## 6. Bibliografía: artículos

- Alpert, Michael. *Las relaciones hispano-británicas en el primer año de la postguerra: los acuerdos comerciales y financieros de marzo de 1940*, Revista de política internacional, nº 147, 1976.
- Avilés, Juan. *Un Alba en Londres: la misión diplomática del XVII duque, 1937-1945*, Historia Contemporánea (Universidad del País Vasco) nº 15, 1996.
- *Un país enemigo: Franco frente a Francia, 1939-1944*, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 7, 1994.
- *Lequerica, embajador franquista en París*, Historia 16, nº 160, 1989.
- Baldwin, David. *Power of positive sanctions*, World Politics vol. 24, nº1, 1971.
- Buñuel, Luís Antonio. *La embajada del duque de Alba en Londres*, Historia 16, nº 76, 1982.
- Caruana, Leonardo and Rockoff, Hugh. *A Wolfram in Sheep's Clothing: Economic Warfare in Spain, 1940–1944*, The Journal of Economic History, The Economic History Association, vol. 63, nº 1, 2003.
- Casanova, Marina. *Depuración de diplomáticos durante la Guerra Civil*, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 1, 1987.
- Catala, Michel. *L'ambassade espagnole de Pétain (mars 1939-mai 1940)*, Vingtíeme Siecle, nº 55, 1997.
- Cortright, David y Lopez, George A. *Are sanctions just: the problematic case of Iraq*, Journal of International Affairs, vol. 52, nº2, 1999.
- Egido, Ángeles. *Franco y las potencias del Eje. La tentación intervencionista de España en la segunda guerra mundial*, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 2, 1989.
- Fernández-Longoria, Miguel. *La percepción de los acontecimientos políticos españoles de enero a julio de 1939 en la prensa inglesa*, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 17, 2005.
- Gómez de las Heras, M<sup>a</sup> Soledad y Sacristán, Esther. *España y Portugal durante la segunda guerra mundial*, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 2, 1989.

- Leitz, Christian. *More carrot than stick, British Economic Warfare and Spain, 1941-1944*, Twentieth Century British History, Oxford University Press, vol. 9, nº 2, 1998.
- Marquina Barrio, Antonio. *La etapa de Serrano Suñer en el Ministerio de Asuntos Exteriores*, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 2, 1989.
- *El atentado de Begoña*, Historia 16, nº 76, 1982.
- *El Ejército y la injerencia extranjera en España: el papel de Aranda (1939-1945)*, Historia 16, nº 72, 1982.
- Pape, Robert. *Why sanctions still do not work*, International Security, vol. 22, nº 2, 1997.
- Salas, Ramón. *La División Azul*, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 2, 1989.
- Smyth, Denis. *Les Chevaliers de Saint-George: La Grande-Bretagne et la corruption des généraux espagnols (1940-1942)*, Guerres mondiales, nº 162, 1991.
- Sueiro, Susana. *España en Tánger durante la Segunda Guerra Mundial: la consumación de un viejo anhelo*, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 7, 1994.
- Tascón, Julio. *International capital before "capital internationalization" in Spain, 1939-1956*, Center for European studies, Working paper nº 79, 2001.
- Torres Villanueva, Eugenio. *La empresa*, VII Congreso de la Asociación de Historia Económica, La economía del primer franquismo (1939-1959), 2001.
- Tusell, Javier. *La etapa Jordana (1942-1944)*, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 2, 1989.
- *Franco no fue neutral*, Historia 16, nº 141, 1988.
- Viñas, Ángel. *La política exterior del franquismo*, Historia 16, nº 121, 1986.
- Wallensteen, Peter. *A century of economic sanctions: A file revisited*, Uppsala Peace Research Papers nº 1, Uppsala University, 2000.
- Velasco, Carlos. *Propaganda y publicidad nazi en España durante la Segunda Guerra Mundial*, Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea (UNED), nº 7, 1994.